Nº 1822 (doble)

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

ENSAYO

SOBRE

LAS REVOLUCIONES

ANTIGUAS,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDA

POR D. FRANCISCO MADINA-VEYTIA.

MADRID:
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe, núm. 4

1856

Nº 482 (doble) L47-5

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

4380 Sep 1847

ENSAYO

SOBRE

LAS REVOLUCIONES

ANTIGUAS,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDA

POR D. FRANCISCO MADINA-VEYTIA.

2708

CHATEAUBRIAND.

MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe, núm. 4.

1856.

ADVERTENCIA.

(Para la edicion de 1826).

Prometí reimprimir el *Ensayo* sin alterar una palabra y lo he cumplido tan escrupulosamente que no he querido corregir las faltas de lenguaje, ni he hecho desaparecer los helenismos, anglicismos, ni latinismos de que la obra está llena. Pidiéronme que la publicara; yo la doy al público con todos sus defectos. En los números romanos de la fecha de la edicion de Londres se cometió un descuido; ni aun eso he querido enmendar, y me he contentado con advertirlo al lector.

No he publicado el *Ensayo histórico* mas que una sola vez, imprimiéndolo en el establecimiento de Baylis, Londres, 1796 y vendiéndolo en casa de Boffe 1797. El título y el epígrafe eran exactamente los mismos que en la presente edicion. El *Ensayo* componia entonces un solo tomo de 681 páginas en 8.° grande sin contar la portada, el prólogo, el índice, ni la fe de erratas; mas en realidad, como ya lo he indicado en el prólogo de la edicion antigua, podia decirse que eran dos tomos reunidos en un cuerpo. Al presente me he visto obligado á dividir esa enorme produccion, porque con las notas críticas (1), y el nuevo prólogo se habria formado un tomo mas de 800 páginas.

No atendiendo á mas intereses que los de mi amor propio, habria preferido publicar el *Ensayo* en un solo tomo, y sufrir de una vez mi sentencia, á no tenerme que ver amarrado por dos veces al carro triunfal de los que jamás han cometido errores; pero nunca será bastante lo que yo sufra por haber escrito el *Ensayo*.

Esta obra ha sido reimpresa, en Alemania é Inglaterra: La falsificacion inglesa no es mas que un compendio hecho sin duda con buena intencion, pues tuvieron cuidado de suprimir todo lo que hay mas digno de crítica en el *Ensayo*, y la falsificacion alemana es enteramente una copia de la inglesa. Sabido es que semejantes omisiones nunca redundan en provecho del autor: de ellas podria decirse recordando ciertas palabras de Tácito, que en los funerales de un mal libro se hacen visibles los pasajes suprimidos por la sola razon de ser echados de menos. No existe pues completa esta obra sino en la edicion que hize de ella por primera vez en Londres y en la que público actualmente.

PREFACIO

(*Edicion de* 1826).

Eh aquí la obra que desde hace ya mucho tiempo habia prometido reimprimir: no han faltado personas caritativas que contemplaron esta promesa como un medio de ganar tiempo é imponer silencio á mis enemigos, pues, segun ellas decian, no me hallaba interiormente decidido á no cumplir nunca semejante palabra. Antes de formar juicio de esta obra, principiaremos dando alguna noticia histórica acerca de ella.

Yo habia atravesado el Atlántico con la intencion de emprender un viaje por el interior del Canadá para

(1) Estas notas se distinguiran de las antiguas por las iniciales N. ED. (NUEVA EDICION): las notas antiguas estan indicadas por medio de *números*, y las nuevas por medio de *letras*, y por último, las notas de las notas se distinguen por un asterisco.

descubrir si era posible el paso al Noroeste del continente americano. En medio de mis correrias supe por una casualidad la fuga de Luis XVI, su arresto en Varennes, y la retirada al otro lado del Meuse, del Moselle y del Rin de casi todo el cuerpo de oficiales de infantería y caballería del ejército francés.

Luis XVI no era ya mas que un prisionero en poder de una faccion y el estandarte de la monarquía habia sido llevado por los príncipes al otro lado de la frontera. No aprobaba yo la emigracion intentada por el monarca, pero me creí obligado por el honor á participar de su imprudencia, mayormente cuando ella me ofrecia el incentivo del peligro. Pensé que llevando el uniforme francés no debia estarme paseando por los bosques del Nuevo-Mundo, cuando mis compañeros iban á batirse.

Desistí pues de mis proyectos en América, regresé á Francia, emigré con mi hermano y serví en la campaña de 1792.

Habiendo sido atacado de la disenteria conocida en aquella época con el nombre de *anfermedad de los Prusianos*, complicada con unas horribles viruelas, fui abandonado por muerto en una retirada y me dejaron en un foso. Ciertos hombres pertenecientes á la servidumbre del príncipe de Ligne notaron que todavía daba algunas señales de vida y me colocaron en un furgon. Al llegar bajo las murallas de Namur tuve que echar pié á tierra y atravesé la ciudad teniendo materialmente que sostenerme con las manos en las paredes de las casas. Habiendo podido colocarme en otros furgones me encontré en Bruselas con mi hermano que regresaba á Francia para subir al cadalso. A penas se atrevia nadie á curarme una herida que tenia en el muslo, temiendo contagiarse con mi duplicada enfermedad.

Sin embargo aun en aquella situacion queria yo pasar á Jersey para poderme reunir con los realistas de la Bretaña. Con un poco de dinero que pude tomar prestado me hize transportar á Ostende y me encontré con muchos paisanos y camaradas mios que tenian las mismas intenciones que yo. Fletamos una barquichuela para Jersey, y amontonados unos sobre otros bajo cubierta emprendimos el viaje. El calor, la falta de aire que habia en él reducido espacio en que íbamos metidos y el movimiento del barco acabaron de agotar mis fuerzas: el viento y la marea, nos obligaron á desembarcar en Guernesey.

Creyéndome muy próximo á exhalar el último suspiro, me dejaron sentado contra una pared con la cara vuelta al sol. La mujer de un marinero que pasaba casualmente por aquel sitio se compadeció de mí y llamó á su marido, que ayudado de otros dos ó tres marineros ingleses me transportó á casa de un pescador, donde me metieron en una buena cama: á este acto de caridad debo probablemente la vida. Al dia siguiente me volvieron á embarcar en el *sloop* de Ostende. Cuando anclamos en Jersey, yo me hallaba en un completo delirio, y fui recogido por mi tio materno el conde de Bedée y permanecí muchos dias entre la vida y la muerte.

Creyéndome ya con fuerzas suficientes para tomar las armas al llegar la primavera de 1793, pasé á Inglaterra, esperando poder dirigirme desde allí á donde estuvieran los príncipes; pero mi salud en lugar de restablecerse, fue cada vez á menos: el pecho se afectó, y la respiracion se hizo penosa. Segun el parecer de hábiles facultativos yo estaba condenado á pasar algunos meses tal vez uno ó dos años en esta angustiosa situacion, absteniéndome por supuesto de toda fatiga y renunciando á la esperanza de una larga vida.

¿En qué habia yo de emplear aquel tiempo de gracia que me concedian? Viéndome imposibilitado de poder defender á mi rey con la espada traté de serle útil con la pluma. Entiéndase, pues, que cuando yo escribí el *Ensayo histórico* me hallaba bajo el peso de una sentencia de muerte, y por decirlo asi entre el período de la sentencia y la ejecucion. Como si no bastara la angustia de semejante estado, todavía tenia que luchar contra el infortunio de la emigracion. Todo el dia tenia que estar trabajando en traducir, y aun asi no podia procurarme la subsistencia: en el primer prólogo de la Atala puede verse lo mucho, que en este particular he sufrido. Por lo demás no dejaban esos sacrificios de llevar consigo mismo la recompensa: yo cumplia con los deberes de lealtad hácia mi soberano, y me reputaba por tanto mas dichoso, cuanto menos ilusiones me hacia (como puede verse en la obra) por lo tocante á las faltas del partido á que me habia consagrado.

Estos detalles históricos eran necesarios para explicar un pasaje de la *Noticia* que figura al frente del *Ensayo* y otro pasaje del texto de la misma obra que dice:» Viéndome atacado de una enfermedad que me deja pocas esperenzas de vida, veo con serenidad los objetos que me rodean: El viajero que se halla á pocas jornadas de la tumba no puede menos de empezar á sentir el aire tranquilo que en ella se goza. Tengo que dar necesariamente noticia de estos detalles personales para que se me perdone el tono de misantropía que domina en el *Ensayo*, y para que el lector no extrañe la amargura de ciertas reflexiones. Un escritor que creia estar ya tocando el término de la vida, y que en medio de las penalidades de su destierro, no tenia otra cosa para escribir que la lápida del sepulcro, no podia ver el mundo bajo un aspecto risueño. Bien merece, pues, perdon si alguna vez se abandonó á las preocupaciones de la desgracia, porque esta suele tal vez cometer injusticias, asi como la fortuna suele acompañarse de egoismo é ingratitudes. Muchas faltas podrá perdonarme el lector imparcial si se coloca, cual debe, en la situacion que me hallaba al escribir el *Ensayo*.

Esta obra tan poco divulgada en Francia no pasó enteramente desapercibida en Inglaterra y Alemania, y aun se trató de traducirla en ambos paises como lo he dicho ya en la *Advertencia*. Principiáronse efectivamente esas traducciones, pero no llegaron á publicarse, El librero Boffe, editor del *Ensayo* en Inglaterra trató de dar una edicion en Francia; pero las circunstancias del tiempo hicieron abortar el proyecto. Algunos ejemplares de la edicion de Londres circularon en París, por haberlos yo dirigido á los señores de la Harpe, Guinguené y de Sales á quienes habia conocido antes de emigrar. Hé aquí lo que sobre el particular me escribió un sobrino del poeta Lemierre:

París 13 de julio de 1797.

. . . . . .

»Con arreglo á vuestras instrucciones he hecho entregar por Mr. Say, director de la *Década filosófica y literaria*, á Mr Guinguené, propietario tambien del mismo periódico la carta y el ejemplar que me remitísteis para él.....He ido á ver á Mr. de la Harpe: me ha recibido perfectamente, conmoviéndose mucho con la lectura de vuestra carta, y prometiéndome anunciar la obra con todo el interés y atencion que en su concepto merece el autor; mas habiéndole pedido que me diera una carta para vos me contestó que por razones particulares se hallaba decidido á no escribir á paises extranjeros.

»Mr. de Sales ha quedado sumamente satisfecho de vuestra obra, y me encargó os felicitara en su nombre. En el *Republicano francés* se ha hecho tambien un completo elogio de vuestra obra. Muchas personas inteligentes han dicho que podria considerarse

»como un suplemento muy bueno del *Anacarsis*, y »por lo tanto dejando á un lado algunos críticos que »censuran alguna que otra cita tal vez supérflua, y una »ó dos comparaciones que en su concepto son violen»tas vuestro *Ensayo ha conseguido el mas brillante »resultado.*»

A pesar de ese *brillante resultado* con que halagaban mi vanidad de actor, lo cierto que si el *Ensayo* fue conocido por algunos momentos en Francia, no tardó tampoco mucho en caer en el olvido.

La muerte de mi madre fijó mis opiniones religiosas. Entonces fue cuando en expiacion del *Ensayo* empezé á escribir el *Genio del Cristianismo*. Habiendo vuelto á Francia en 1800 publiqué esa última obra y puse en su prefacio la confesion siguiente: «No siem»pre han sido mis sentimientos religiosos lo que son »en la actualidad. No pudiendo menos de convenir en »la necesidad de una religion y admirando el cristia»nismo, hubo sin embargo un tiempo en que no su»pe darme razon de muchas de sus aplicaciones. Mal »avenido con los abusos de algunas instituciones y con »los vicios de ciertos hombres, hubo un tiempo en que »caí en el lazo de los sofismas y prorrumpí en decla»maciones. Fácil seria achacar esa falta a la inexpe»riencia de la juventud, al delirio de la época, ó á las »sociedades que en aquella época yo frecuentaba, pero »prefiero atraer la responsabilidad unicámente sobre »mi cabeza, y no tratar de disculpar lo que en reali»dad no es disculpable. Me limitaré pues á la simple »exposicion de los medios de que se ha valido la Pro»videncia para encarrilarme en la senda de mis de»beres.

»Mi madre, despues de haber sido arrojada á los se»tenta y dos años de edad en los calabozos, y de haber »tenido que presenciar la muerte de algunos de sus hi»jos, pasó á mejor vida sobre el desnudo tablado de la »cárcel á donde su mala estrella la habia conducido. »Acerba fue la amargura que el recuerdo de mis »extravíos derramó sobre sus últimos momentos. Al »exhalar su postrer suspiro encomendó á una de mis »hermanas la piadosa tarea de atraerme á la religion »en que me habia educado. No dejó mi hermana de »cumplir fielmente con el encargo; pero ¡ah! la muer»te no le dió tiempo mas que para principiar, pues »cuando llegó á mis manos la carta en que me daba »cuenta de nuestra comun pérdida, ella tambien ha»bia sucumbido á consecuencias del mal trato sufrido »en la prision. Pero esos dos ecos de la tumba, esa »muerte que servia de intérprete á la muerte, no pu»dieron menos de conmover mi corazon: volví al seno »del cristianismo. Cierto es que mi extraviada razon, »cedió vencida por el irresistible esplendor de luces »sobrenaturales; pero he llorado y he creido; mi nue»vo convecimiento procede del corazon.»

No se crea que esto es una anécdota inventada para que no se me tilde de inconsecuencia, cuando el *Ensayo* llegue á manos del público. Aun conservo la carta de mi hermana.

La señora de Jarcy, despues de haberse dado á conocer en París por su talento en la poesía, renunció á las Musas, y se convirtió en una verdadera santa, pudiendo hasta decirse que las austeridades de su vida penitente la condujeron al sepulcro. Estoy autorizado para hablar de este modo habiendo el venerable abate Carron escrito y publicado la vida de mi hermana. Lo que esta me decia en la carta que he citado en el prefacio del Genio del Cristianismo es lo siguiente.

San Servando, 1 julio 1798,

«Amigo mio: acabamos de perder la mejor de las »madres: á pesar mio me veo en la necesidad de te»nerte que dar cuenta de ese golpe funesto (siguen »algunos detalles de familia)....si tú no fueras objeto »de nuestra ternura, nosotras habriamos dejado de »vivir. *Si supieras qué de lágrimas han costado tus »errores á nuestra respetable madre.* Que deplora»ble parece tu conducta á cualquiera que profese, no »diré los principios de piedad, sino hasta los de la »simple razon. ¡Si tú llegaras á comprenderlo, cuánto »contribuiria tal vez á abrirte los ojos, y á que renun»ciaras á seguir escribiendo! Si el cielo movido por »nuestras súplicas permitiera que pudiéramos reunir»nos, en medio de tu familia hallarias toda la ventu»ra que en este mundo es dado gozar. A su vez tam»bien nos la daria tu presencia, pues no hay dicha »para nosotras en tanto que no te veamos, y deje de »acongojarnos la incertidumbre en que estamos por lo »relativo á tu suerte.»

Esa es la carta que resucitó mis creencias por medio de la piedad filial.

Todo marchó prósperamente por espacio de algunos años: mi segunda obra excedió el límite de mis esperanzas. Como nunca he hablado sino con arreglo á mis convicciones, y he procurado no salir de los límites de la sincera verdad, creia hallarme ya seguro mediante las confesiones que inserté en el prólogo del *Genio del Cristianismo*, mayormente al ver que tanto yo, como el público habiamos echado en olvido el *Ensayo*.

Mas hé aquí que Bonaparte se indispone con la Córte de Roma, y se retrae del aparente afecto que habia mostrado á las ideas religiosas: el *Genio del Cristianismo* habia conseguido demasiada celebridad para que Bonaparte no se diera por resentido de ella. Ocurrió el asunto del Instituto: encendióse una contienda literaria, y no faltó quien desenterrara el *Ensayo*. Grande fue la satisfaccion de la policía al tener noticia de semejante hallazgo y como todavía en aquella época no habia llegado al grado de perfeccion que ahora tiene, y como entonces todavía no se preciaba de hacer estúpido alarde de una especie de imparcialidad, permitió que algunos literatos tomaran mi defensa. Sin embargo no quiso, como no tardaré en decirlo, que mi defensa se cambiara en triunfo, lo cual nada tiene de extraño por parte de la policía.

No diré el nombre del primer adversario que me arrojó el guante, porque cuando en tiempo de la Restauracion, desenterraron por segunda vez el *Ensayo*, me dió lealmente noticia de los libelos que se iban á publicar, á fin de que pudiera tomar providencias para impedirlo. No lo hice porque nada tenia que ocultar y porque mi amor á la libertad de imprenta llegaba al extremo de complacerme hasta en lo que se le antojara decir contra mí.

Un jóven llamado *Damaso de Raymon*, que de allí á poco fue muerto en un desafío, se presentó como campeon mio en tiempo del Imperio, y la censura no se opuso á la publicacion de su escrito; mas el gobierno no fue tan condescendiente conmigo, cuando por contestacion á los extractos del Ensayo le pedí me permitiera publicar toda la obra,

Hé aquí mi carta al general, baron de Pommereul, consejero de Estado, y director general de imprenta y librería.

«Señor Baron:

»Se ha dado permiso para publicar fragmentos de »una obra de que soy autor. Por consiguiente creo »que no habrá reparo en dejarme publicar toda la obra.

»En vista de esto, Señor Baron, os ruego se me »conceda la autorizacion competente para entregar »á la prensa en el establecimiento de Mr. Normant, »mi obra intitulada: *Ensayo histórico político y mo»ral sobre las revoluciones antiguas y modernas, »consideradas en sus relaciones con la revolucion*

»*francesa*. No alteraré ni una sola palabra de su texto, »y al frente de la obra pondré el prólogo del Genio del »Cristianismo.»

Tengo el honor de ser etc.

París 17 noviembre de 1812.

Al dia siguiente Mr. de Pommereul me contestó con la carta que pongo á continuacion. En aquel tiempo de usurpacion se preciaban de tener atenciones hasta con las personas que estaban en desgracia, hasta con un emigrado. Mr. de Pommereul no me concedió el permiso que yo le habia pedido; pero compárese el tono de esa carta (toda de su letra) con las que en la actualidad salen del bufete de un director general, ó de un ministro.

París 18 noviembre de 1812.

AL CABALLERO DE CHATEAUBRIAND.

«El martes próximo presentaré vuestra carta al mi»nisterio del Interior; pero no os debo ocultar que »vuestra obra escrita en 1797 es poco á propósito para »la época actual, y que si fuese ahora cuando por »primera vez debiese salir al público, dudo que pu»diera verificarlo con permiso de la autoridad. No falta »quien os ataca por esa produccion; mas nosotros no »nos parecemos á los periodistas que admiten el ata»que y rechazan la defensa, y por lo tanto vuestra »obra no encontrará ningun obstáculo en la direccion »de la librería. Quedo en daros noticia de lo que el »ministro resuelva por lo tocante á la reimpresion de »vuestra obra.

»Dignaos aceptar, caballero, etc.

»FIRMADO, BARON DE POMMEREUL»

El 24 de noviembre recibí del mismo Mr. de Pommereul esta otra carta.

«He presentado al ministro del Interior la carta que »me hicísteis el honor de dirigir en 17 del presente, »y la contestacion que acerca de ella os dí. Su Exce»lencia ha tenido por conveniente resolver que no »habiendo sido publicada en Francia la obra, cuya »reimpresion solicitais, debe quedar sujeta á las for»malidades prescritas por los decretos imperiales. Por »lo tanto debeis presentar en nombre vuestro ó en el »del impresor una declaracion á la direccion general »de imprenta manifestando querer imprimir la obra, »depositando al mismo tiempo la edicion cuya reim»presion deseais hacer, á fin de que pueda pasar á la »censura.

»Dignaos, etc.

»FIRMADO, BARON DE POMMEREUL.»

Segun acaba de verse, Mr. de Pommereul echó de ver en su primera carta que mi obra *escrita en* 1797 *era muy poco á propósito para la actualidad* (la época del Imperio), *y que si debiera publicarse por primera vez ahora* (en tiempo de Bonaparte), *dudaba que pudiera serlo con permiso de la autoridad*. ¡Qué justificacion del *Ensayo*!

En su segunda comunicacion el señor director de la imprenta me manda someterme á la censura, si es que deseo reimprimir mi obra. Claro está que la censura no hubiera dejado pasar todo lo que yo decia en elogio de Luis XVI, de los Borbones, de la antigua monarquía, ni todas mis reclamaciones en favor de la libertad: claro está tambien que el *Ensayo*, despojado de todo lo que podia servir de contrapeso á sus errores, habria quedado reducido poco mas ó menos á un extracto semejante al que motivaba mis quejas. Forzoso me fue, pues, renunciar á reimprimirlo, en vista de no haberlo podido hacer sin entregarlo á las mutilaciones de la censura.

Sobre todo el gobierno imperial andaba muy acertado en decir que el *Ensayo* no era un libro, que ni bajo el concepto de las libertades públicas, ni bajo el de la monarquía legítima pudiera publicarse en tiempos de usurpacion y despotismo. La policía afectaba imparcialidad dejando decir algo en obsequio mio; pero en su interior se reia al no dejarme consumar la única medida que en realidad habria podido defenderme.

Finalmente el rey legítimo fue devuelto á su pueblo: por de pronto pareció que yo gozaba el favor con que tan infundadamente se cree deben remunerarse servicios que muchas veces no merecen la pena de que se piense en ellos; mas no cabia duda de que siendo yo el que proclamé la legitimidad, contribuyendo á dar direccion á la opinion pública, habia de haber chocado con pasiones, dañado intereses, y por consiguiente adquirido enemistades. A fin de privarme de la influencia que temieron pudiera yo ejercer en un gobierno religioso, tuvieron por conveniente reproducir la antigua cuestion del *Ensayo*. Anunciaron estrepitosamente una obra á lo *Chateaubriand*, un folleto sobre el *Sacerdocio*, etc. Todo ello no era mas que compilaciones del *Ensayo* (a). Habia en esa nueva persecucion algo que no era tan generoso como en la primera: ya no podia dudar al ver el denuedo con que mis generosos críticos se desencadenaban contra mí, que habia yo caido estando el rey legítimo sentado en el trono, en tanta desgracia, comó cuando lo ocupaba el usurpador. ¿Por qué razon no me atacarian cuando yo estaba en el ministerio? Brava ocasion de haber patentizado su espíritu de independencia.

La única contestacion que tan amables personas me han merecido es la siguiente nota puesta en el prefacio de mis *Misceláneas políticas*.

«Si nunca he variado en mis principios políticos no »siempre he abrazado el cristianismo en el conjunto »de sus aplicaciones de un modo tan completo como »lo hago en la actualidad. En mi primera juventud, »en aquella época en que la generacion se alimentaba »con la lectura de Voltaire y de J. J. Rousseau, yo »tambien me creí con algunos ribetes de filósofo y »escribí un mal libro. Nadie lo ha condenado con mas »dureza que yo en el prólogo del *Genio del Cristia»nismo*, y es extraño que me acriminen el haber sido »filósofo á los veinte años y cristiano á los cuarenta. »¿Se ha reprendido en ningun tiempo á nadie por ha»berse convertido? El escritor verdaderamente cul»pable es el que principia bien y acaba mal, no el que

(a) Ni sé los nombres, ni el número de todos esos folletos; ni leí ninguno de ellos, no siendo que por casualidad los viera en los periódicos; pero sé que se publicaron: uno titulado *Espíritu, máximas y principios de* M. Chateaubriand. Otro con el título de *Itinerario de Pantin al monte Calvario*, otro *el Caballero de la Casa-oscura* y *los Perseguidores*, etc. etc.

»principia mal y acaba bien. De todos modos no se »pierda de vista, que si me fuera posible destruir »hasta la memoria del *Ensayo histórico*, lo haria, »porque en lo tocante á la religion tiene algunas pá»ginas que pueden lastimar varios puntos de la dis»ciplina; mas no siéndome dado destruir esa obra, y »viendo que por otra parte extraen algo del veneno »que en ella se encierra, sin hacer caso de los mu»chos reactivos que abundan tambien en dicho libro »y considerando que lo estan dando á la prensa en »fragmentos, creo que será oportuno manifestar á »mis enemigos que me hallo decidido á reimprimirlo »por completo, *sin alterar una sola palabra*, y po»niendo únicamente algunas notas.

»Anuncio á los que se habian propuesto transfor»mar el Ensayo histórico en un libro espantoso, que »no quedaran muy satisfechos de mi publicacion, y »que redundará enteramente en mi favor (no doy ver»dadera importancia, sino á mi carácter), y que solo »mi amor propio tendrá tal vez ocasion de resentirse. »Literariamente hablando el libro es detestable, y »completamente ridículo; es un caos donde se en»cuentran reunidos los Jacobinos y los Espartanos; la »Marsellesa y los Cantos de Tirteo; un viaje á las Azo»res y el Periplo de Hannon, el elogio de Jesucristo »y la crítica de los frailes, los versos dorados de Pi»tágoras y las fábulas de Mr. de Nivernois, Luis XVI, »Agis, Carlos I, Paseos solitarios, Vistas de la Natu»raleza, la Desgracia, la Melancolía, el Suicidio, Frag»mentos de Política, un pequeño principio de Atala, »Robespierre, la Convencion, y Cuestiones sobre »Zenon, Epicuro y Aristóteles; todo en estilo hin»chado (a), lleno de faltas de lenguaje, de idiotismos »extranjeros y de barbarismos. Mas en cambio de »todo eso encontrará tambien el lector un jóven exal»tado mas bien que abatido por la desgracia, y cuyo »corazon está enteramente consagrado á su rey, al »honor y á la patria.»

Esa solemne promesa es la que voy á cumplir en la actualidad.

Tal es la historia completa de esa obra, de su orígen, de la posicion que yo ocupaba al escribirla, y de las travesuras que contra mí pusieron en juego. Ahora conviene examinar la obra en sí misma y las críticas de mis Aristarcos.

¿Qué es lo que yo pretendí demostrar en el *Ensayo*? *Que nada hay nuevo bajo el sol* y que en las revoluciones antiguas y modernas se encuentran los principales rasgos y personajes de la revolucion francesa.

Fácil es comprender á cuántas comparaciones violentas, ridículas, extrañas ha debido dar lugar la exageracion de semejante proyecto.

Dí principio al *Ensayo*, y lo publiqué en 1797. Muchas veces ocurrió que por la noche borraba el cuadro que habia bosquejado durante el dia. Los acontecimientos corrian mas rápidamente que mi pluma y á lo mejor ocurria una revolucion que destruia la exactitud de mis anteriores comparaciones. Podia decirse que hallándome situado en un barco intentaba copiar durante una tempestad las escarpadas orillas que cuando menos lo pensaba desaparecian de mi vista y al parecer se hundian en el abismo. Jóven y desgraciado, aun no habia tenido tiempo ni oportunidad de fijar mis opiniones, nada podia aun establecer sólidamente por lo relativo á la literatura, á la filosofía, á la moral ni á la religion. Solo estaba completamente decidido en materias políticas: ese es el único punto sobre el cual nunca he variado.

(a) Séame lícito ser tan justo para conmigo mismo, como lo soy para con el público: esta crítica del estilo del Ensayo, es exagerada. Es un juicio que formulé *ab irato* sobre la produccion sin haberla vuelto á leer. No tardará el lector en ver que he modificado esa opinion, emitiéndola en mi concepto con mas imparcialidad.

La educacion cristiana que me dieron habia fijado profundas raices en mi corazon; mas mi cabeza estaba trastornada por los libros que habia leido, y las sociedades que habia frecuentado. Yo me parecia exactamente á los hombres de aquella época: era hijo de mi siglo.

Si en la edad madura he dado pruebas de tener una imaginacion viva, júzguese lo que esta seria en mi primera juventud, cuando semi-salvaje, sin patria, sin hogar, sin fortuna ni amigos, no conocia la sociedad, sino por los males que me habia causado.

Antes de imprimir los fragmentos del *Ensayo* divulgaron misteriosamente toda la obra, propalando extraños rumores acerca de ella. ¿Por qué se tomaron ese trabajo? Lejos de pensar yo sepultarla en la oscuridad se la prestaba á cualquiera que solicitaba leerla. Y á pesar de eso no falta quien dice que yo andaba comprando los ejemplares de la obra sin reparar en el precio (b). ¿De dónde me habrian venido los tesoros que para obrar de ese modo habria necesitado? Por otra parte es cosa clara que habiendo tratado de reimprimir el *Ensayo* en tiempo de Bonaparte, no debia ser mi intencion el tenerlo muy oculto.

De todos modos las oficiosas manos que pusieron en circulacion el *Ensayo histórico*, perdieron su trabajo; porque al fin se conoció que producian un efecto contrario al que se habian prometido. Fue, pues, preciso recurrir al partido menos leal; pero mas seguro, de publicar la obra por fragmentos, es decir, ocultando el bien, y poniendo de manifiesto el mal.

Resolvieron principiar el ataque por el lado de la religion, oponiendo algunas páginas del *Ensayo* á otras del *Genio del Cristianismo*; pero una cosa desbarataba sus planes, y era el prólogo de esta última obra. ¿Qué cargos podian hacerse á un hombre que tan francamente se habia condenado á sí mismo?

No pudiendo, pues, salvar esa barrera, se les ocurrió el pensamiento de destruir el efecto de mis confesiones por medio de una calumnia; esparcieron el rumor de que mi madre habia muerto antes de la publicacion del *Genio del Cristianismo* y de ese modo trataron de probar que el prólogo de aquella obra estaba basado en una mentira.

¿Eran amigos ó parientes mios los que decian tales cosas? ¿Habian vivido conmigo en Londres, leido mis cartas, ó penetrado mis secretos? ¿Podian dar testimonio del instante en que mis ojos se habian inundado de llanto? Si eran extraños á todos los actos de mi vida; si ni siquiera habian tenido noticia de mi existencia hasta el dia en que el público se la reveló; si estaban en Francia cuando yo me estaba consumiendo en el destierro, ¿cómo se atrevian á establecer tan infame acusacion sobre un suceso que no podian ni saber ni probar? ¡Ah! ¡Lejos de mí la idea de creer que los que se empeñaban en fijar la época de mis desgracias tuviesen motivos particulares de conocerla!

He citado ya el texto de la carta de mi hermana, cuya fecha era 1.° de julio de 1798. Hé aquí otro documento, cuya autenticidad nadie puede negar.

«Extracto del libro de defunciones de la ciudad de »Saint-Servand, primer distrito del departamento de »Ille-et-Vilaine, por lo tocante al año VI de la repú»blica, fol. 35, v°. que literalmente dice:

»Ante mi Jacobo Bourdasse, oficial municipal de »Saint-Servand, electo oficial público en 4 *floreal* úl»timo, comparecieron en 12 *prairial* del año VI de »la república francesa, Juan Barlé y José Boulin, jor»naleros, mayores de edad y vecinos de esta munici»palidad, declarando que Apolina, Juana, Susana de

(b) Cierto dia vinieron á proponerme que comprara un ejemplar del *Ensayo* que se vendia por 1200 rs. Yo contesté que tenia dos que los daria por 20.

»Bédée, que en 7 de abril de 1726 habia nacido en la »municipalidad de Bourseuil, de Angel, Maria de Bé»dée, ya difunto, y de Benigna, Juana, María de Ra»venel, viuda de Renato, Augusto de Chateaubriand, »habia muerto á la una de la tarde de aquel dia en casa »de la ciudadana Guyon, vecina de esta municipali»dad. Con arreglo á esta declaracion, de cuya verdad »me he cerciorado, he redactado el presente acto que »Juan Barlé firma juntamente conmigo, como repre»sentante de José Boulin que ha declarado no saber »hacerlo.

»Dado en las casas municipales en el dia y año de »la fecha. *Firmado* Juan Barlé y Bourdasse.

»Certifico hallarse conforme con el original. Saint»Servand, 31 de octubre de 1812. (Por el alcalde) »Fresvaux Reselaye, adjunto.

»Visto por lo tocante á la identidad de la firma del »señor Fresvaux Reselaye, adjunto, por nos, juez del »tribunal civil, residente en Saint-Maló en treinta y »uno de octubre de mil ochocientos doce. *Firmado* »(por ausencia del presidente), Robion (a).»

La fecha de la defuncion de la señora de Chateaubriand es del 12 *Prairial* año VI de la república, esto es, de 31 de mayo de 1798. La publicacion del *Ensayo* se verificó á principios de 1797, y debió haberse realizado antes, como puede verse por el prospecto que la anunciaba para últimos del 1796 (b). ¡Qué amarga crítica la que le pone á uno en necesidad de entrar en semejantes detalles, y obliga á un hijo á reproducir la partida de defuncion de su madre!

Desconcertados por la evidencia de los hechos acudieron al vil expediente de truncar los pasajes para alterar el sentido de la obra. Con folletos de cuarenta páginas pretendian dar á conocer un libro de mas de setecientas, en octavo grande. ¿Fragmentos sin ningun enlace con el resto de la obra cómo habian de poder dar una idea exacta de ella? Trasladaban algunas frases atrevidas por lo tocante al culto; pero no decian que en un capítulo dedicado á los que padecen, se encontraba este elogio del Evangelio: «Un libro »verdaderamente útil al desgraciado porque en él en»contrará piedad, tolerancia, dulce indulgencia, y la »esperanza aun mucho mas dulce que confecciona el »bálsamo único para las heridas del alma: ese libro es »el Evangelio. Su divino autor no se limitó á ofrecer »vanamente consuelos á los desgraciados: hizo mucho »mas, pues bendijo sus lágrimas y apuró con ellos el »cáliz hasta las heces.»

Me parece que quien habla de este modo no da muchas pruebas de incredulidad.

Citaremos ademas otro pasaje de ese libro que tanto escandalizaba á esos cristianos de circunstancias, que acaso en su interior no creen en Dios; de esos hipócritas que sacian sus venganzas, acumulan oro y suben á los altos puestos valiéndose de la caridad, de la pobreza y de la humildad religiosa. «Si la moral mas pura y el corazon mas sensible; si toda una vida pasada en combatir errores, y hacer bien á los hombres son los atributos de la divinidad ¿quién podrá negar la de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad lo vió adormecido en el regazo de Juan ó encomendando á su madre á ese discípulo querido; la tolerancia lo admira enternecido en la sentencia de la mujer adúltera; en todas partes lo encuentra la piedad bendiciendo el llanto del desgraciado; en su amor á los niños se descubre la cándida inocencia de su alma; la fuerza de su espíritu resplandece en medio de los tormentos de la cruz, y el último suspiro dado entre las agonías de la muerte es un suspiro de misericordia.»

¡Es esto lo que yo decia cuando no era cristiano! ¡Cosa bien extraña deberá ser, pues, esa obra titulada *Ensayo*! No estará tampoco demás el hacer notar que habiendo trasladado ese retrato de Jesucristo al *Genio del Cristianismo* juntamente con algunos otros pasajes del *Ensayo* en nada disuenan del tono de aquella obra.

Si echaban de ver mis adversarios en el *Ensayo* alguna frase de sentido oscuro por la que creian que se ponia en duda la existencia de Dios; al instante se apoderaban de ella; mas á pesar de eso no tenian mas remedio que encabezar el capítulo sobre la *Historia del politeismo* del modo siguiente: «Hay un Dios: las »yerbas del valle y los cedros del Líbano lo bendi»cen, etc. Solo el hombre es quien ha dicho: no hay »Dios. No habrá, pues, levantado nunca en sus des»gracias los ojos al cielo, etc.»

Por otra parte, despues de haber dado yo noticias en el *Ensayo* de las objeciones que en todos tiempos se han hecho contra el cristianismo (c), y cuando acaso no faltará quien creyera que iba á sacar de ella una consecuencia semejante á la que acostumbran sacar los titulados *espíritus fuertes*, concluyo diciendo estas terminantes palabras: «Yo como muy »poco versado en esa clase de materias, no podré ha»cer mas que repetir á los incrédulos, valiéndome de »la simple luz de mi debil razon lo que les he dicho »ya en otras ocasiones. Vosotros destruis la religion »de vuestro país, vosotros sumergís el pueblo en la »impiedad, y vosotros, sin embargo, no proponeis »ningun otro medio capaz de conservar y proteger la »moralidad. Renunciad á esa cruel filosofía: no arre»bateis al desgraciado su última esperanza ¿Qué im»porta que sea una ilusion, si con ella puede aliviarse »en parte del peso de su existencia; si esa ilusion vela »durante las largas noches del dolor junto la solitaria »cabecera de su lecho y enjuga sus lágrimas; si por »último le tributa el mas tierno servicio de la amistad »cerrándole los párpados cuando solo y abandonado »queda el infeliz sobre el miserable lecho en brazos de »la muerte?»

Suprimid ese párrafo, publicad el capítulo sin esa conclusion y tendré que pasar por un verdadero filósofo. Si por el contrario se fija la atencion en esos últimos renglones no podrá menos de verse en ellas al futuro autor del *Genio del Cristianismo*, al espíritu vacilante que solo espera una leccion para volver á entrar en la senda de la verdad. Al leer con atencion el *Ensayo* se descubre que la naturaleza religiosa constituye el fondo, y la incredulidad solo domina en la superficie.

Por lo demás la obra es un verdadero caos: cada palabra está en contradiccion con la que viene en pos de ella. Podrian hacerse dos análisis diferentes de la obra: por el uno seria posible probar que soy un escéptico decidido, un discípulo de Zenon y de Epicuro, y por el otro se me podria dar á conocer como un cristiano hipócrita, un espíritu supersticioso, y enemigo de la razon y de las luces. En esos sueños de un jóven sin experiencia campea á pesar de todo una profunda veneracion hácia Jesucristo y al Evangelio, y al lado de las alabanzas dadas á los obispos y al clero parroquial figuran declamaciones contra la Córte de Roma y contra los frailes: encuéntranse pasajes que al parecer favorecen todas las extravagancias del espíritu hu-

(a) Sírvase el lector tener presente mi exactitud. En el prólogo del *Genio del Cristianismo* en 1802, dije que mi madre despues de haber sido arrojada en calabozos, y visto perecer algunos de sus hijos, habia perecido sobre el desnudo tablado de la cárcel á donde su mala estrella la habia conducido. Véasela pues morir en una aldea aislada entre dos jornaleros, de los cuales el uno ni escribir sabia.

(b) Véase el Prospecto al fin de este prefacio.

(c) Sin embargo, al acumular esas objeciones no me olvidé de decir que habian sido victoriosamente refutadas por los hombres de mas talento, y que no soy yo quien las hace.

mano, el suicidio, el materialismo y la anarquía, y á renglon seguido se leen capítulos enteros sobre la existencia de Dios, la belleza del órden y la excelencia de los principios monárquicos. Es el combate de Oromanes y Arimanes: las lágrimas de una madre y la autoridad de la razon cada vez mas preponderante deciden la victoria en favor del genio del bien.

La posicion de los que me atacaban en tiempo del Imperio era sumamente falsa. ¿De qué me acusaban? De los principios que ellos mismos profesaban. No comprendian que cuando intentaban calumniarme hacian mi elogio. Si el *Ensayo* hubiera en realidad contenido las ideas de que me acusaban ¿qué es lo que con ellas habian podido probar? Que yo en medio de todas las situaciones de la vida habia sabido mantenerme en una honrosa independencia; que viéndome desterrado y proscrito habia predicado la monarquía moderada á los nobles desterrados y la tolerancia á los sacerdotes perseguidos, que á todos habia dicho la verdad, y que tomando parte en las desgracias de mis compañeros de infortunio, sin participar enteramente de sus opiniones, no habia carecido del valor bastante raro por cierto, de decirles que en cierto modo habíamos dado pretexto á nuestras calamidades.

Esos principios, puestos en contradiccion con el partido político que yo habia abrazado, demostraban, que yo era mas bien un mártir de honor, que el fanático de una causa, cuyo flanco débil me era bien conocido, y que me habia batido como Falkland en los campamentos de Carlos I sin haber podido ser tan afortunado como aquel.

Demostrábase tambien con estos principios que aquellos desterrados que algunos presentaban como unos viles *esclavos*, adictos á la *tiranía* únicamente por amor á sus *privilegios*, eran sin embargo hombres que conocian lo bueno que podia haber en todas las opiniones; que no desechaban ninguna idea generosa; que no reprobaban en la libertad sino la anarquía; que confesaban lealmente sus propios errores, al paso que sabian soportar sus infortunios; que á pesar de conocer los abusos del antiguo gobierno, no por eso dejaban de servir al soberano con peligro de su propia existencia, y finalmente que participaban de las luces de su siglo sin faltar á sus deberes de vasallos.

¿No podria haber yo contestado tambien á mis adversarios en tiempo del Imperio con el siguiente dilema? ¿Los principios filosóficos que criticais en el *Ensayo* estan, ó no estan en dicha obra? Si no estan sosteneis una cosa falsa; si estan, no hice mas que ser un discípulo vuestro, pues esos principios son los que vosotros profesais. Mis errores os pertenecen; libre soy de volver á la senda de la verdad.

Tambien se han supuesto motivos de interés en mis opiniones. En ese caso, enorme habia sido mi falta de tacto, pues iba constantemente predicando doctrinas contrarias á las que abrian la puerta al favor en los paises que yo habitaba.

En el extranjero nada sacaba de la emigracion á que me habia condenado en obsequio de la monarquía mas que todos los géneros de miseria propios de semejante situacion que acababa de empeorarse por mi tenacidad en hablar de las faltas que habian contribuido á derribar el trono, y en ponderar las libertades públicas.

Cuando regresé á mi patria encontré los templos derribados, y el poder y los honores en manos de la filosofía: en el acto me puse de parte del débil y enarbolé el estandarte de la religion. Grosera en extremo debia ser mi ignorancia si obraba de ese modo para mejorar mis intereses. ¿Qué mayor insensatez podria darse que esperar favor de unos hombres con quienes me estaba poniendo en contradiccion en dos diversas situaciones?

Ya habia anunciado en lo que yo sin saber por qué lo llamaba *Noticia* en vez de *Prólogo del Ensayo*, la especie de persecucion que me suscitaria la obra.

«Estoy convencido, dije en aquella *Noticia* que es»te libro *me atraerá muchos enemigos*. Si lo hubie»se creido pernicioso, no lo habria publicado; mas »como en mi concepto es útil, nada me arredra para »obrar de otro modo. Desentendiéndome de todos los »partidos, no he tratado mas que de investigar la ver»dad. ¿Lo habré conseguido? No tengo el orgullo de »creerlo. Todo lo que he podido hacer es caminar á »tientas, desconfiar constantemente de mí mismo, y »no haber anunciado nunca una opinion sin descen»der á mi propio seno para descubrir el sentimiento »que la habia dictado. He tratado de oponer filosofía »á filosofía, razon á razon y principio á principio ó »hablando con mas propiedad, nada de eso he hecho, »y me he limitado únicamente á manifestar las dudas »de un hombre honrado»

Treinta años hace que un *hombre honrado* hizo esa profecía.

Otros censores del *Ensayo* me creyeron enteramente desprendido de pretension de intereses materiales; pero me acusaron de ambicion de figurar.

Si para inmortalizar mi nombre hubiera yo abrazado la causa del crímen y defendido á los perversos, no podria menos de confesar que me habria dejado dominar de un criminal deseo. Mas si por el contrario he combatido siempre en favor de los sentimientos generosos donde quiera que los he visto, si he hablado con entusiasmo de cuanto me ha parecido bello é interesante, la religion, la virtud, el honor, la libertad y el infortunio, preciso será convenir en que mi supuesta ambicion de celebridad se funda en un principio bastante excusable; seré tal vez digno de compasion; pero nadie me podrá condenar. Por otra parte, ¿No soy francés? Aun cuando haya preponderado algo en mi pecho el amor á la gloria, no podré decir á mis compatriotas. «¿Quién de vosotros me tirará la primera piedra?»

Esto supuesto, el *Ensayo* parecerá mucho menos criticable en materias de religion que lo que mis adversarios han querido suponer, y por lo tocante á política quedará enteramente en mi favor. Lejos de predicar el republicanismo, como algunos oficiosos censores han aparentado creer, he procurado por el contrario demostrar, que en el estado actual del mundo la república es una cosa imposible. Desgraciadamente no tengo ya la misma conviccion. En el *Ensayo* he discurrido constantemente con arreglo al sistema de la libertad republicana de los antiguos, de aquella libertad, que era hija de las costumbres; no habia fijado suficientemente mi atencion en otra especie de libertad, producida por las luces y por la civilizacion perfeccionada: el sistema de la república representativa ha cambiado enteramente de aspecto la cuestion. Entre los antiguos, el espíritu humano era jóven, aunque las naciones se habian envejecido ya, la sociedad se hallaba en la infancia, aunque el hombre estaba encorvado bajo el peso del tiempo. Por no haber establecido bien esta distincion, se ha comparado sin ninguna razon los antiguos pueblos con los modernos, se han confundido dos sociedades esencialmente distintas, y se ha raciocinado en un órden de cosas enteramente nuevo con arreglo á verdades históricas que carecen ya de aplicacion. La monarquía representativa es mil veces preferible á la república representativa; tiene todas sus ventajas sin participar de ninguno de sus inconvenientes; mas si se incurre en la insensatez de creer que puede derribarse esa monarquía para volver al absolutismo, no habrá mas remedio que caer en la república representativa, cualquiera que sea el estado actual de las costumbres. Lejos se hallan estas de ser tan corrompidas como al principio de la república: apenas se conocen en la actualidad los escándalos domésticos: toda la nacion ha adquiri-

do cierta gravedad y hasta la misma juventud presenta algo de austero.

Háblase con bastante imparcialidad en el *Ensayo* de los personajes históricos; mas sin embargo hay algunos hombres á quienes he tratado con excesivo rigor. A estos suplico perdonen tales opiniones que como hijas de la desgracia y la inexperencia carecen de autoridad. La juventud es decisiva y presuntuosa, y sus fallos adolecen casi siempre de severidad. Al envejecernos aprendemos á perdonar en los otros, lo que conocemos que merece pedir perdon en nosotros mismos: tenemos cuidado de no cenvertir las faltas en crímenes, y nos gusta mas poner de relieve las virtudes que las faltas. Precisamente por esas inmeditadas apreciaciones es por lo que mas siento no haber podido corregir el *Ensayo*; mas no hay que perder de vista que me ví en la dura necesidad de reproducir mis errores, y de presentarme á los ojos del público con todas mis lacerias.

No se me oculta que ni este prefacio, ni las *Notas críticas* del *Ensayo*; no cambiaran las opiniones de la presente generacion. Los que aprecien el *Ensayo* por lo que es, se hallaran tal vez contrariados por las notas, y los que crean que la obra es mala no se desarmaran tampoco por ellas. En concepto de estos últimos mis confesiones estaran como fuera de lugar, y reproduciran sus acusaciones con la buena fe digna de su caridad.

En el fondo esos supuestos cristianos no acaban de decir lo que les desagrada. No se entienda que es el tono de *filosofismo* lo que les ofende: lo que tales hombres no pueden perdonar es el amor á la libertad que campea en toda la obra. Bajo este concepto las notas no haran mas que empeorar mis faltas. Lejos de haber entrado en el círculo del *absolutismo*, me he aferrado mas y mas en el pecado constitucional. En vista de esto ¿qué les importa á esos hombres que yo me haya enmendado como cristiano? En hora buena que seais ateo; predicad empero la arbitrariedad, la policía, la censura, la sabia independencia de la camarilla, los encantos de la servidumbre, la humillacion de la patria, la aficion á lo mezquino, y la admiracion á las medianías: ponderad todas esas miserias, y se os perdonaran todos vuestros pecados.

De manera que al escribir las notas de ningun modo me he propuesto reformar la opinion de mis contemporáneos; mas la posteridad llegará á su vez y si entonces existe mi memoria, entonces se pronunciará un juicio imparcial sobre el libro, y sobre sus comentarios. Me atrevo á esperar que la posteridad juzgará el *Ensayo* del mismo modo que mi cabeza encanecida lo ha juzgado, pues al ir avanzado hácia la muerte se participa algo de la equidad que mas allá de la vida nos espera.

No falta sin embargo quien supone que no será imposible que el público dispense al *Ensayo* un favor que estoy muy ageno de esperar: confieso que las razones en que suponen fundarse para concebir esa esperanza me causan tanta tristeza, como espanto. Ciertamente me parece á mí mismo que si ahora diese á luz por primera vez el *Genio del Cristianismo*, no tendria tanta popularidad como tuvo á principios de este siglo, y tambien es muy cierto que si en 1801 hubiese publicado el *Ensayo histórico* en vez de la otra obra hubiese sido recibido con un murmullo general de reprobacion. ¿En qué consiste, pues, que el *Ensayo* tenga mas afinidad con las ideas del dia en tiempo de la legitimidad que la que tuvo en tiempo de la usurpacion? ¿En qué consiste que el *Genio del Cristianismo* entra menos en el espíritu del momento que en la época en que se publicó?

¿Qué causas tan amenazadoras han podido producir en la opinion un efecto tan contrario al órden natural de los tiempos y los sucesos? ¿Por qué fatalidad el *Ensayo* se habrá convertido en libro de la actualidad y el *Genio del Cristianismo* en libro del tiempo pasado? ¿Habran cambiado de puesto los opresores y los oprimidos? ¿Qué faltas se habran cometido, qué senda de perdicion se habrá seguido para llegar á tales resultados? ¿Se habrá padecido equivocacion respecto de los medios de devolver á la religion su esplendor y su verdadero poder? ¿Habran creido que esa religion ilustrada y generosa no podria prosperar mas que con la extincion de las luces, y el aniquilamiento de las libertades públicas? Habran conseguido inquietar á los hombres mas pacíficos, á los espíritus mas tranquilos y moderados, amenazándonos retroceder á un órden de cosas imposible, y entregando el poder á una pequeña bandería hipócrita que produciria por segunda vez y para siempre, la ruina del trono y del altar.

Reflexionen bien lo que voy á decir, si es que hay una causa que propende á la destruccion de la monarquía, esa causa no existe sino en los motivos que acabo de indicar. No es entre doctrinas de calumnia é intolerancia donde la religion encontrará hombres capaces de defenderla. Unas manos débiles incapaces de sostener el peso que se les confía, lejos de levantarlo del suelo lo dejaran caer. ¿Dónde estan los talentos que en otro tiempo salian en defensa de los principios religiosos y monárquicos? Hoy al verse rechazados se retiran de la arena y dejan el éxito del combate á merced de la intriga y la incapacidad.

La Francia deseaba union en la religion, en la monarquía legítima, y en las libertades públicas, y han tenido el placer de desunirla, é inspirarle alarmas en esos objetos de su deseo. El descrédito total del poder administrativo, el cansancio de todo, el desprecio ó la indiferencia en las cosas mas graves, hé aquí lo único que resta de aquellas antiguas esperanzas. Detrás de nosotros, una juventud fogosa está esperando lo que le dejemos para modificarlo ó romperlo segun sus fuerzas, pues no se conformará en seguir nuestros destinos.

En tal estado de cosas todo hombre sensato debe pensar en sí mismo, y debe tratar de separarse de lo que nos conduce á la perdicion y buscarse un asilo para el momento en que estalle la tempestad.

Triste cosa es tener que andar aun haciendo profesiones de fe, suscitando controversias religiosas, y esas deplorables disputas que nunca hubieran debido sacarse del olvido; mas ya que nos han traido á ese extremo, forzoso es tomar un partido. Puesto entre el *Ensayo* y el *Genio del Cristianismo* fijaré para evitar toda falsa interpretacion los límites en que me he contenido á fin de que nadie me busque fuera de ellos. Esta confesion pública tendrá por lo menos la ventaja de demostrar lo que en mi concepto hubiera sido útil para el triunfo de la religion en el reinado del hijo de San Luis.

Creo muy sinceramente no vacilaria en subir mañana al patíbulo en obsequio de mi fe.

No me desdigo ni en una sola palabra de lo que he escrito en el *Genio del Cristianismo*: no se escapará ni un acento á mi boca, ni una letra á mi pluma que esté en oposicion con las opiniones religiosas que profeso desde hace veinte y cinco años.

Esto es todo lo que yo soy.

Lo que no soy es:

Cristiano para tener el privilegio de traficar en materias de religion; mi único título de privilegio es mi partida de bautismo. Pertenezco á la comunion general, natural y pública de todos los hombres que desde la creacion han estado acordes en elevar á Dios su oracion.

No soy mercader de opiniones, ni trato de especular con ellas. Independiente de toda traba exceptuando la de gratitud á mi criador, soy cristiano sin perder por eso de vista mi propia flaqueza, sin querer que nadie me tome por modelo, sin ser perseguidor, in-

quisidor, ni delator, sin espiar la conducta de mis hermanos, sin calumniar los hechos de mis vecinos.

No soy un incrédulo disfrazado de cristiano que propone la religion como un freno útil á los pueblos. No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia.

Si no fuera cristiano, no me molestaria por aparentarlo: toda violencia me abruma; todo disfraz me sofoca: si intentara fingir, mi carácter me arrebataria al pronunciar la segunda frase y haria traicion á mi propósito. Por otra parte no adjudico tanta importancia á la vida para entretenerme en decorarla con mentiras.

Conformarse en todo con el espíritu de elevacion y dulzura del Evangelio; marchar con el tiempo; defender la libertar por medio de la autoridad de la religion; predicar obediencia á la Carta, y sumision al monarca; hacer que resuenen en el púlpito palabras de compasion en obsequio de los que padecen, cualquiera que sea el país y culto á que pertenezcan y reanimar la fe con el ardor de la caridad, tal es en mi concepto lo que daria al clero la potestad legítima que debe ejercer y lo salvaria de la irreparable ruina á que se lanza caminando por el sendero opuesto. Cierto es que la sociedad no puede sostenerse, sino apoyándose en el altar; pero los ornamentos de este deben cambiar al tenor de los siglos y al par de los progresos del espíritu humano. Si el santuario de la Divinidad es hermoso entre sombras, aun lo es mucho mas cuando está bañado de claridad: la cruz es el estandarte de la civilizacion.

No me haré incrédulo, sino cuando me habran demostrado que el cristianismo es incompatible con la libertad: entonces dejaré de considerar como verdadera una religion opuesta á la dignidad del hombre. ¿Cómo podria creer que dimana del cielo un culto que sofocase los sentimientos nobles y generosos, que degradara el alma, que cortara las alas al genio y que abominara la luz como un nuevo medio de elevarse á la contemplacion de las obras de Dios? Por muy sensible que me fuera no podria menos de convenir á pesar mio en que me estaba nutriendo de quimeras, y con horror me acercaria á la tumba donde en vez de encontrar el deseado reposo solo esperaba encontrar la nada.

Mas no es tal por cierto el carácter de la verdadera religion: el cristianismo á mi modo de ver lleva consigo dos pruebas evidentes de su celestial orígen; por medio de su moral propende á librarnos de las pasiones, y por medio de su política, nos redimió de la esclavitud. El cristianismo es una religion de libertad: esa religion es la mia.

En vano los hombres que combaten el gobierno constitucional nos dicen que ese sistema nos conducirá al protestantismo, y que este á su vez nos traerá la república, porque el protestantismo que es la independencia en materia de religion produce la independencia en materias políticas, que es la república. Semejante aserto está desvanecido por los hechos. ¿Es república la Alemania por seguir una parte de ella el protestantismo? ¿No se encuentran en aquel país las formas de gobierno mas absoluto, en tanto que muchos cantones de la Suiza son católicos? ¿Venecia y Génova no fueron católicas? ¿No se va aumentando la poblacion católica de los Estados Unidos de un modo increible sin que por eso se turbe el órden establecido? ¿No son católicas todas las nuevas repúblicas de América que antes pertenecieron á la España? ¿No ha mostrado el clero de esos gobiernos, exceptuando muy pocos casos, el mayor celo por la causa de la independencia?

No es, pues, cierto que el protestantismo sea mas favorable que la religion católica á la causa de la libertad. Creer que nuestra libertad no llegará á consolidarse sino cuando seamos protestantes, es igual error que suponer que devolviendo al clero católico su antiguo poder vendríamos á parar en la monarquía absoluta. Los que sostienen la primera de estas dos suposiciones, podrian con gran sorpresa ver que la Francia protestante se acomodaba á tal ó cual constitucion despótica, tomada de alguno de los principados de Alemania, y los otros podrian llegar á un dia en que se dispertasen republicanos con un clero católico, con frailes mendicantes, y con toda clase de órdenes religiosas.

No demos pues, á las teorías, mas valor del que tienen, y no emitamos nuestro juicio sino con arreglo á los hechos. No calumniemos ni á los protestantes, ni á los católicos, suponiendo á los primeros animados de un espíritu revolucionario y á los segundos embrutecidos por un espíritu de esclavitud. Limitémonos exclusivamente á este axioma. No hay verdadera religion sin libertad, ni libertad sin verdadera religion.

No estriba tampoco la cuestion, como los hombres astutos de cierto partido quieren suponer, entre los protestantes y los católicos, sino entre el filosofismo y el fanatismo.

Hay en la actual época dos especies de hombres que realmente son la plaga de la humanidad. Unos de ellos, los antiguos discípulos de Diderot y de Dalambert fundan todo su placer en burlarse de la Biblia, en preconizar el ateismo, y en insultar al clero, y los otros, espíritus tan limitados como iracundos, dicen que la religion corre peligro, porque la nacion tiene una ley constitucional, porque el Estado ha reconocido los diversos cultos cristianos, y sobre todo, porque gozamos libertad de imprenta. Los primeros harian revivir los malhadados tiempos de Luis XV y las persecuciones irreligiosas del último período de aquella época, los segundos nos harian retroceder á la crasa ignorancia del tiempo que ellos llaman el *buen tiempo antiguo*: los unos filantrópicamente exterminarian al clero; el clero á su vez ahorcaria caritativamente á los filósofos.

Voy á terminar este demasiado largo prólogo. Las *notas críticas* que acompañan el texto de la obra acabaran de manifestar lo que pienso acerca de ella. Dispénseme si por casualidad se me ha escapado alguna palabra en alabanza propia en atencion al rigor excesivo con que yo mismo he emitido el juicio de la obra, juicio que en verdad me atreveré á asegurar que se aventaja en severidad á cuanto el crítico mas inexorable pudiera decir. Adviértase que las concesiones que he hecho no son del género de aquellas, que un autor se resigna á hacer para poner á cubierto su amor propio ni para enaltecerse rebajándose y aparentando cándida franqueza, sino de aquellas que la vanidad nunca hace, y que tan costosas son á la naturaleza humana.

Si no hablo del estilo del *Ensayo* es por que no me toca á mí juzgarlo: solamente diré que es mas incorrecto que el de mis otras obras, y que no expresa con tanta exactitud el pensamiento; pero en cambio tiene el apasionado tono de la juventud, y encierra el gérmen de todo lo que el público ha tenido la complacencia de alabar en mis escritos de la edad madura. Es fácil notar los adelantos que por lo tocante al estilo hice desde las primeras páginas del *Ensayo* hasta las últimas. Los tres años que gasté en edificar esa torre de Babel me aprovecharon como escritor.

Por último, si los prefacios de esta edicion completa de mis obras participan algo de la índole de Memorias, téngase entendido que no me ha sido posible proceder de otro modo.

Me hallo cercano al término de mi vida: el viajero que está á punto de abandonar la cima de la montaña no puede menos de fijar por última vez la vista sobre el terreno que ha recorrido. Por otra parte mis obras, como ya lo he hecho observar en otra ocasion, son los materiales, y los documentos justificativos de mis

memorias: su historia se enlaza con la mia de tal modo, que es casi imposible esperarlas.

¿Qué habria podido decir en prefacios comunes? ¿Qué habria procurado revisar y corregir mis obras? No hay necesidad de decir una cosa que por sí misma se revela. ¿Habria hecho ediciones particulares para tratar de un asunto general? No, porque tales asuntos se amoldan mucho mas naturalmente con una especie de Memorias que puedan hablar de todo, que con fragmentos especiales escritos, ó traidos á propósito de otro lugar para hablar de ellos. El lector juzgará: si esos prefacios le cansan, indudablemente son malos; mas si por el contrario encuentra en ellos algun interés, estaré seguro de que he hecho bien de dejar correr libremente mi pluma y mis ideas.

ENSAYO

SOBRE LAS

REVOLUCIONES ANTIGUAS,

POR

F. A. DE CHATEAUBRIAND.

LIBRO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

REVOLUCIONES ANTIGUAS.

INTRODUCCION.

¿Quién soy? ¿Qué novedad vengo á anunciar al mundo? Bien puede hablarse de las cosas pasadas; mas quien no sea espectador desinteresado de los sucesos presentes debe guardar silencio. ¿Y en dónde encontraremos un espectador semejante? Todos los individuos, desde el aldeano hasta el monarca se han visto envueltos en esa espantosa tragedia. Diran tal vez: «no solo habeis sido espectador, sino que habeis tomado parte en esa tragedia como actor, como actor pasivo, como francés desgraciado que habeis visto desparecer vuestra fortuna, y vuestros amigos en el abismo de la revolucion; sois por decirlo de una vez, un emigrado.» Al oir esto, veo que todos los hombres sabios ó todos aquellos, cuyas opiniones son moderadas ó republicanas arrojan lejos de sí el libro sin querer leer ni una línea mas. Esperad, esperad lectores: no os pido que leais sino unos pocos renglones. Bien sé que no seré inteligible para todo el mundo; pero el que me entienda no dejará la lectura del *Ensayo*. Los que no me entiendan pueden enhorabuena, cerrar el libro: no lo he escrito para ellos (a).

El que en su corazon dice: «Quiero ser útil á mis semejantes» debe ante todo juzgarse á sí mismo: debe estudiar sus pasiones y conocer los intereses y preocupaciones que á su despecho podrian tiranizarle. Si hecho este exámen se siente con fuerzas suficientes para decir la verdad, dígala; pero si se siente débil, cierre el labio. Si el que escribe un libro sobre las circunstancias del momento no puede ser leido lo mismo en la democrática asamblea del pueblo, que en el retirado gabinete del monarca, tenga entendido que su obra es inútil, y si el autor, que tal hace, tiene talento, aun será mucho peor, pues su obra será mas que perjudicial. El mal, el grave mal de la sociedad consiste en que no nos adaptamos á nuestro siglo. Cada edad es á manera de rio impetuoso que nos arrastra por la pendiente de nuestros destinos cuando nos abandonamos á su deseo. En mi concepto todos estamos en lucha con sus raudales. Los republicanos los han atravesado vigorosamente, y se han

(a) Ese tono solemne y esa enfática gravedad con que se anunciaba por primera vez un autor desconocido, serian ridículos sino se tuviera en cuenta que eran imitacion hecha por un jóven, nutrido con la lectura de J. J. Rousseau y que en ella reproducia los defectos del modelo. El *Yo* que figura á cada paso en el *Ensayo*, me es tanto mas odioso, cuanto que no hay cosa alguna que me sea mas antipática y que mi disposicion habitual por lo tocante á mis obras, lejos de ser orgullo, es mas bien una indiferencia tal vez excesiva. Por lo demás debo advertir, que ya entonces comprendí que ese modo de hablar no era el que me pertenecia: en la *Noticia*, ó prólogo de la antigua edicion, se podran ver disculpas harto interesantes del uso que habia hecho del *yo*. (N. ED.)

situado en la orilla opuesta. Los demás partidos no se han atrevido á luchar con la corriente y se han quedado en la otra márgen, y unos y otros desde ambas riberas gritan, se insultan y amenazan, y unos y otros se desentienden de la idea de lo justo y conveniente. Los republicanos corriendo en pos de ilusorias perfecciones se empeñan en que nos anticipemos á nuestra época; los segundos se empeñan en que retrocedamos, y para eso quieren vendarnos los ojos y convertirnos en hombres del siglo XIV, siendo asi que nuestra era es el 1.96 (a).

La imparcialidad de este lenguaje debe reconciliarme con los que de la prevencion contra el autor habrian podido pasar al disgusto de la obra. Aun diré mas: si el que ha nacido con un amor ardiente á las ciencias, consagrándoles los desvelos de su juventud; si el que devorado del afan de saber se ha desentendido de los goces de la fortuna para ir al otro lado de los mares á contemplar el mas sublime espectáculo que puede presentarse á los ojos del filósofo, á meditar sobre el hombre libre en el estado natural y el hombre libre en la sociedad, colocados en un mismo terreno; finalmente, si el que en la práctica diaria de la desgracia ha aprendido desde muy temprano á conocer las preocupaciones de la vida; si tal hombre, vuelvo á decir, es acreedor á que se le dispense alguna confianza, yo puedo con justo motivo aspirar á ella.

La posicion en que me encuentro es tambien favorable á la verdad. Atacado de una dolencia que me deja pocas esperanzas de vida, contemplo con serenidad todos los objetos. Quien se halla cercano á la tumba no puede menos de empezar á sentir la verdad que en ella se respira.

Careciendo de deseos y hallándome libre de temores estoy muy distante de alimentarme con las vanas quimeras de la dicha: los hombres no pueden hacerme mas daño que el que sufro. «La desgracia, segun dice el autor de los Estudios de la naturaleza se parece á la montaña negra de Bember en los extremidades del abrasado reino de Lahor: en tanto que vais subiendo por ella nada podeis ver mas que rocas áridas, mas asi que llegais á la cima se os presenta á la vista el cielo sobre vuestra cabeza, y el reino de Cachimir á vuestros piés.»

Creo que el lector me perdonará esta digresion, considerando que sirve de prefacio y que sin ella habria tal vez seguido en esa funesta desconfianza que nos hace recelar del autor y sin la cual no es posible terminar con interés la lectura de una obra. Mas en virtud de haber yo tratado de allanarle el paso, creo que él hará por su parte algun sacrificio en mi obsequio.

Lectores, despojaos por un momento de vuestras pasiones al recorrer en este escrito las mas altas cuestiones de que en estos instantes de crisis pueden ocuparse los hombres. Meditad el asunto con escrupulosa atencion. Si alguna vez sentís que vuestra sangre se inflama, suspended la lectura y esperad que vuestro corazon vuelva á latir naturalmente para proseguirla. En recompensa yo no me lisonjeo de ofreceros una obra del genio, sino un corazon tan exento de preocupaciones como lo puede ser el de cualquiera hombre. Tambien yo cuando he sentido enardecerse mi sangre la he dejado enfriar antes de proseguir escribiendo para reducirme á poder hablar simplemente con vosotros y á raciocinar siempre bajo unos mismos principios. Puedo engañarme; mas sino siempre soy justo, siempre iré acompañado de buena fe. Si al fijarse en mi mente recuerdos demasiado tiernos dejan caer mis ojos una lágrima sobre las páginas de este escrito, no os olvideis que esa es la única expansion concedida al desgraciado, cuyos dias pasan sin el consuelo de la amistad, y decid: «Perdonémosle en recompensa del valor que ha debido tener en escuchar la voz de la verdad á pesar de las preocupaciones tan excusables en la desgracia.»

EXPOSICION.

I.—¿Cuáles son las revoluciones ocurridas antiguamente en los gobiernos? ¿Cuál era en aquellas épocas el estado de la sociedad, y cuál la influencia ejercida por dichas revoluciones, tanto en el momento de estallar, como en los siglos siguientes?

II.—¿Habrá entre esas revoluciones algunas que por el espíritu, luces y costumbres de los tiempos puedan compararse con la actual revolucion francesa?

III.—¿Cuáles son las primitivas causas de esta última revolucion y á cuáles se debe su imprevisto desarrollo?

IV.—¿Qué clase de gobierno es el que rige actualmente en Francia? ¿Está basado sobre principios sólidos? ¿Puede subsistir?

V.—Si subsiste ¿qué efecto causará en las demás naciones y gobiernos de Europa?

VI.—Si llega á ser destruido ¿qué consecuencias resultaran para los pueblos contemporáneos y para la posteridad?

Esas son las cuestiones que me propongo examinar. A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre la revolucion francesa, puede decirse, que como cada faccion no ha tratado mas que de desacreditar á su rival, el asunto es enteramente nuevo, pues nadie lo ha escrito con imparcialidad.

Republicanos, constitucionales, realistas, girondinos, emigrados, hombres de todas las comuniones políticas tened entendido que de esas cuestiones mas ó menos bien dilucidadas depende vuestra felicidad ó vuestra desgracia en el porvenir. No hay hombre que no fragüe proyectos de gloria, de fortuna y de bien estar, y sin embargo, ninguno hay que en estos momentos de crisis pueda decir: «Yo haré tal cosa mañana» sino ha previsto lo que durante ese dia podrá suceder. Pasó ya el tiempo de las felicidades individuales: las pequeñas ambiciones, los mezquinos intereses de un hombre desaparecen ante la ambicion general de las naciones y el interés del género humano. En vano esperais salvaros de las calamidades de vuestro siglo, aislándoos en la oscuridad de las costumbres solitarias: el amigo se ve arrastrado lejos del amigo, y el estrépito del trono que se hunde turba el silencio del gabinete del sabio. A nadie le es dado prometerse un momento de paz: vamos bordeando

(a) ¿Hablo de otro modo en la actualidad? ¿No es esa la doctrina que he profesado en las *Reflexiones políticas*, en la *Monarquía con arreglo á la Carta*, en el *Conservador* y en mis *Opiniones en la cámara de los Pares*, etc? Hace ya sin embargo treinta años que habiaba de ese modo. ¿Pero en dónde? En Londres, en el destierro y en medio de las víctimas de la revolucion. Tal vez habré necesitado algun valor para hablar con tal claridad al partido á que pertenecia, y de cuya desgracia estaba participando. Ese furor de decir la verdad á todo el mundo, explica suficientemente los percances de mi vida.

Para evitar profusion de notas diré, que las doctrinas políticas que yo profesaba al escribir este libro son las mismas que defiendo ahora, y que he manifestado hasta en tiempo del despotismo de la usurpacion, sea en el *Genio del Cristianismo*, sea en otros escritos. Me considero como honrado por esta constancia no desmentida en ninguna vicisitud. Este espíritu de independencia merece, que á los ojos de un hombre imparcial desaparezcan muchos de los errores de esta obra. ¿Qué extraño es que una mano jóven, que aun no se habia sentido estrechada por la de ningun amigo, se extraviara al trazar el primer bosquejo?

De manera, que los que al oirme expresar con viveza el horror que me inspiraban los crímenes revolucionarios, creyeron que yo era enemigo de las libertades públicas, se engañaron lo mismo que los que al oirme hacer el elogio de esas libertades, pensaron que yo estaba conforme con las ideas revolucionarias. Ahora pueden volver á leer todas mis obras: tengan en cuenta la edad, los tiempos y las circunstancias, y no tendré reparo en someterme enteramente á su buena fe. (N. ED.)

una costa desconocida sin mas luz que el fúnebre resplandor del rayo que rasga las apiñadas nubes. Todo el mundo tiene por lo tanto interés personal en que vayamos analizando esas cuestiones, porque en ellas está vinculada su existencia, porque ellas son á manera de un mapa, donde el piloto discreto debe estudiar el derrotero, y ver con anticipacion los escollos para no estrellarse en ellos al desencadenarse la furia de la tormenta. ¿Habrá en ese mar proceloso alguna isla en que el miserable náufrago pueda guarecerse? Si, ese punto de salvacion es una conciencia sin remordimientos.

VISTA DE MI OBRA.

Por lo regular en las obras políticas, si bien son las que mas órden y claridad exigen, suele echarse de menos la falta de método. Trataré de dar una idea terminante de esta obra, diciendo una palabra acerca del método que he seguido.

1.º Examinaré las causas próximas y remotas de cada revolucion.

2.º Sus partes históricas y políticas.

3.º El estado de las costumbres y ciencias de cada pueblo en particular, y del género humano en general en el momento de la revolucion.

4.º Las causas que limitaron, ó propagaron su influencia.

5.º Y finalmente sin perder nunca de vista el objeto principal del cuadro, haré incesantemente notar las relaciones ó diferencias entre la revolucion antigua que esté describiendo y la moderna francesa. De manera que esta servirá de centro comun donde vendran á parar todos los rasgos históricos, políticos y morales (a).

Esta interesante pintura ocupará la mayor parte de los cuatro primeros libros, y servirá de contestacion a la primera cuestion.

El exámen de la tercera y el de la segunda (medio resuelta ya), llenaran la tercera parte del libro cuarto.

El libro quinto escrito en forma de diálogo, estará consagrado á investigaciones sobre la cuarta cuestion.

En la primera parte del libro sexto se encontraran algunos asuntos desprendidos de los otros libros, y en el segundo se dará cuenta de algunas probabilidades relativas á las dos primeras cuestiones.

De manera que toda la obra se compondrá de seis libros, unos de dos y otros de tres partes, formando un conjunto de quince partes subdivididas en capítulos.

De este bosquejo general pasemos ahora á las divisiones particulares, y establezcamos por de pronto el valor que doy á la palabra *revolucion*, que tantas veces ha de figurar en el curso de la obra.

No daré á entender, pues, en lo sucesivo con esa palabra mas que una mudanza total de la forma de gobierno de un pueblo, sea de la monarquía á la república, ó sea de esta á aquella. De manera que todo Estado que ha caido por las armas extranjeras, todo cambio de dinastía, toda guerra civil que no ha producido alteraciones notables en la sociedad, todo movimiento parcial de una nacion momentáneamente insurreccionada, no deben en mi concepto calificarse de revoluciones. Efectivamente, si el espíritu de los pueblos no cambia, ¿qué importa que por algunos instantes se vean agitados en sus miserias, y que su nombre ó el de su tirano haya cambiado?

(a) Ese sistema de convergencia no puede producir mas que aplicaciones históricas alguna vez curiosas; pero casi siempre violentas. Con este motivo diremos, que las pretensiones de método y claridad de que se trata en los párrafos siguientes, estan muy mal fundadas, y que no puede darse cosa mas embrollada que esas divisiones y subdivisiones (N. ED.)

Consideradas bajo este punto de vista no reconoceré mas que cinco revoluciones allá en la mas remota antigüedad, y siete en la Europa moderna. Las cinco primeras seran el establecimiento de las repúblicas en Grecia: la pérdida de su independencia en tiempo de Filipo y Alejandro con las conquistas de este héroe: la caida de los reyes en Roma; la destruccion del gobierno popular por los Césares, y finalmente la destruccion del imperio de estos por los bárbaros (1).

La república de Florencia, la de Suiza, los trastornos en tiempo del rey Juan, de la Liga en tiempo de Enrique IV, la union de las provincias belgas, las calamidades de Inglaterra bajo el reinado de Carlos I, y la ereccion de los Estados-Unidos de America en nacion libre formaran el asunto de las siete revoluciones modernas.

Por lo demás dibujaré ligeramente la parte de esta obra consagrada á la historia antigua, reservando los grandes detalles para cuando hable de las naciones actuales de Europa. La índole de los Griegos y los Romanos se diferencia tan esencialmente de la de los pueblos modernos, que apenas pueden encontrarse entre ellas algunos puntos de contacto. Bien habria podido extenderme sobre las revoluciones de Tebas, Argos y Micenas: los anales de Suecia y de la Polonia, los de las ciudades imperiales, y las insurrecciones me suministraban tambien materia suficiente para muchos volúmenes. Pero fijando una atenta mirada sobre la historia, he visto que una multitud de circunstancias que por de pronto me habian llamado la atencion quedaban despues de un maduro exámen reducidas á unos pocos hechos totalmente extraños en sus causas y en sus efectos á los de la revolucion francesa. Si me hubiera andado deteniendo á cada paso en cualquiera pequeña ciudad de la Grecia ó de Alemania, hubiera caido en un círculo de repeticiones tan pesadas, como poco útiles. No me he aprovechado pues, mas que de los grandes rasgos que ofrecen lecciones, ó ejemplos que imitar. No he tratado de escribir una novela en la que doblegando violentamente los sucesos á mi sistema, no habria dejado en pos de mí mas que uno de esos deplorables monumentos en que nuestros sucesores contemplaran con angustia el espíritu que animó á sus padres, y daran gracias al cielo de no haberlos hecho nacer en dias de tanta calamidad. Confesaré, sin rodeos, que al escribir estas páginas me he propuesto un fin mas noble: la esperanza de ser útil á la humanidad exaltaba mi alma, y conducia mi pluma. Si es tanto mas grande un asunto cuanto mayor número de verdades pueden deducirse de él naturalmente, si fijando ademas la suma de esas verdades históricas, conduce ese asunto á la solucion del problema del hombre, ¿podrá nunca haberse presentado asunto mas digno de la filosofía que el plan que nos hemos propuesto en esta obra? Desgraciadamente su ejecucion ha sido confiada á unas manos poco hábiles (b). Al dar el libro el título de *Ensayo*, he hecho pública confesion de mi debilidad: yo me daré por satisfecho con la gloria de haber enseñado el camino á otros ingenios mas aventajados.

(1) La irrupcion de los bárbaros en el Imperio no es propiamente hablando una revolucion en el sentido que doy á esta palabra. Otro tanto puede decirse de las guerras en tiempo del rey Juan y de la Liga en el reinado de Enrique IV, y sin embargo he puesto esos acontecimientos en el número de las revoluciones. Por lo tocante á los bárbaros, es fácil ver que formando el punto de contacto en que se une la historia de los antiguos y los modernos, no podia prescindir de hablar de ellos, y respecto de las otras dos épocas, hay que advertir, que es tal la celebridad de aquellos tiempos y tan singulares las analogías y caracteres que presentan, que sin esfuerzo pueden tambien figurar en el número de las verdaderas revoluciones.

(b) Ya empiezo á entrar en mi propio terreno: nada tiene esto de comun con el estilo de Rousseau.

CAPITULO PRIMERO.

CUESTION PRIMERA.—ANTIGÜEDAD DE LOS HOMBRES.

«¿Cuáles son las revoluciones ocurridas antigua»mente en los gobiernos? ¿Cuál era en aquellas épo»cas el estado de la sociedad, y cuál la influencia ejer»cida por dichas revoluciones, tanto en el momento de »estallar, como en los siglos siguientes?»

El solo anuncio de esa cuestion basta para demostrar su importancia. El vasto asunto que ella abraza llenará la mayor parte de esta obra, y sirviendo de clave á nuestros últimos problemas, dará lugar á una multitud de verdades desconocidas. Con la tea que han dejado en nuestras manos las revoluciones pasadas penetraremos audazmente en la noche de las revoluciones venideras Conoceremos al hombre de otros tiempos al través de sus disfraces, y obligaremos al proteo á que se nos presente bajo una sola forma en el porvenir. Inmensa es la perspectiva que se ofrece á nuestra vista: lisonjéome de conducir al lector por senderos no pisados aun por la filosofía al terreno de nuevos descubrimientos, y de nuevas vistas de la humanidad (a). Pasando del cuadro de los trastornos de la antigüedad al de las naciones modernas, me iré remontando por una serie de calamidades desde las primeras edades del mundo hasta nuestro siglo. La historia de los pueblos es una cadena de miserias cuyos eslabones son las diversas revoluciones.

LOS PASTORES DE EGIPTO.

Si se considera que desde el memorable dia en que Cristóval Colon llegó á las playas americanas, ninguna de las hordas que vagan errrantes por los bosques del Nuevo Mundo, ha dado un solo paso hácia la civilizacion, sin embargo de estar dichos pueblos lejos del estado de la naturaleza (b), en la época de su descubrimiento, no se podrá menos de convenir en que la forma mas grosera del gobierno ha debido ser el resultado de siglos pasados anteriormente en la barbarie.

¿Que es lo que nos presenta la historia en el momento de abrirse? Grandes naciones en el período de decadencia, costumbres corrompidas, un lujo espantoso, ciencias abstractas (1), como la astronomía, la escritura y la metafísica de los idiomas, y artes cuyo perfeccionamiento parece exigir la duracion de un mundo. Si á esto se añaden las tradiciones de los pueblos: los pastores del antiguo Egipto apacentando sus gazelas en las ciudades abandonadas y entre las ruinas de una nacion desconocida, que floreció en otros tiempos en aquellos desiertos (2): si se conside-

(a) ¡Qué petulante seguridad, solo excusable en un jóven! ¡*Nuevas vistas de la humanidad*! Mas me hubiera valido principiar por conocerme á mí mismo (N. ED.)

(b) Acerca del lento progreso de la civilizacion de esos pueblos, se ofrece una interesante observacion, y es que acaso depende de haberles negado la naturaleza rebaños que pueden considerarse como el primer tipo de sociabilidad entre los hombres. Las hordas americanas mas civilizadas eran aquellas entre las que se encontraba algun animal domesticado.

(1) HEROD, lib. I y II; DIOD. lib. I y II.

(2) *Viaje á las fuentes del Nilo* por J. BRUCE, tom. III, lib. II, cap. II, pág. 117 etc. Admitiendo con este autor que los pastores reemplazaron á los antiguos pueblos del Egipto, deshecho lo restante de su sistema segun el cual los pastores debieron haber venido de Etiopia. Dice Bruce, que los descendientes de Cush, nieto de Noé, poblaron aquellas regiones *que entonces se hallaban desiertas*, y de allí á pocas páginas añade, que los *Cushitas* se encontraron con un pueblo poderoso, los pastores. Ademas de dar á entender los historiadores antiguos que los pastores entraron en Egipto

ra ese mismo Egipto contando mas de cinco mil años (1) desde el fin de la edad pastoril hasta la institucion de la monarquía en tiempo de Menés hasta Alejandro: la China fundando su historia sobre una serie de eclipses cuyo cálculo se remonta al diluvio (2), mas allá del cual se pierden sus anales en siglos innumerables: finalmente la India presentando el fenómeno de una lengua primitiva, orígen de todas las del Oriente, no comprendida ya sino de los Bramines (3), y que en otro tiempo fue la usada por un gran pueblo, del cual ha desaparecido hasta el nombre: si se consideran, volvemos á decir, todas esas circunstancias, es cierto que la primera mirada que se fije en la historia bastará para convencernos que nuestra limitada cronología no llena apenas la última página. ¿Qué será si para mayor certeza se fija la atencion en los monumentos de la naturaleza que lo demuestran de un modo que no tiene réplica (4)?

La destruccion y renovacion de una parte del género humano es otra conjetura igualmente fundada. Los cuerpos marítimos trasportados á la cima de las montañas, ó sepultados en los senos de la tierra; los lechos de piedras calcáreas, y las capas paralelas y horizontales de ciertos terrenos (5) estan acordes con las tradiciones de los hebreos (6), indios (7), chinos (8), egipcios (9), celtas (10), negros (11) del Africa, y hasta con las de los salvajes del Canadá (12), en cuanto á demostrar la sumersion del globo (13).

Sentemos, pues, por base de la historia estas dos verdades: la antigüedad de los hombres y su renovacion despues de haber sido completamente destruida la raza humana.

por el istmo de Suez, Bruce ignoró sin duda un pasaje de Eusebio que dice *Æthiopes ab Indo flumine consurgentes juxta Œgyptum consederunt*. Fija la época de su llegada en el reinado de Amenofis, antes de la décimanona dinastía, hácia el tiempo de la fundacion de Esparta, quinientos años antes de la era vulgar. De manera, que los Pastores habian sido los primeros habitantes de la Etiopía. Por otra parte, segun Usserius, Sesostris fue hijo de Amenofis, y Sesostris lejos de arrancarle su reino de mano de los Pastores victoriosos, emprendió la conquista del mundo si hemos de creer á Diodoro de Sicilia. Preciso es pues colocar el reinado de los Pastores en una antigüedad mas remota que la que establece el viajero Bruce, y desechar la inverosímil opinion de que esos pueblos descendian de la Etiopía. Manethon en su décimasexta dinastía, les da el nombre de Fenicios extranjeros. Josefo refiere, que Thetmosis los obligó á abandonar su imperio, lo cual haria remontar su época hácia el año 2889 del período Juliano. Mas esto no debe entenderse sino por lo tocante á los últimos Pastores, que es cierto que desolaron varias veces el Egipto.

(1) Segun el cálculo moderado de Manethon. Si se admitiera el reinado de los dioses y semi-dioses, habria que contar mas de veinte mil años. Diod., lib. I pág. 41.

(2) Duhalde *Hist. de la China*, tom. II, pág. 2. Se observó el primer eclipse dos mil ciento cincuenta y cinco años antes de Jesucristo.

(3) *Hist. of Ind. from the Earliest. Acc*: Robertson *Appendix to his Disquis.*

(4) Buffon, *Teoría de la Tierra*. Yo habia recogido un gran número de observaciones botánicas y mineralógicas para demostrar la antigüedad de la tierra; pero el manuscrito de estos viajes, de los cuales se encontraran algunos extractos en esta obra, pereció con el resto de mi fortuna en la revolucion.

(5) Buffon *Id. Ib.*

(6) *Genesis.*

(7) *Hist. of. Ind. from. the larliest* etc.

(8) Duald *Hist. de la China*, tom. II.

(9) Lucian., *de Dea Syria*. Luciano refiere la historia de la paloma de Noé.

(10) Edda., *Mitol.*; Keyl., Ant. Sept. cap. II; Sehed. *de Diis German.*

(11) Koben's *Acc. of the C. of Good Hope*; Sparrm. *Voy. among. the Hott.*, VI. Cap. V. Segun este autor, es tal el horror que los hotentotes tienen á la lluvia, que no se les puede hacer creer que alguna vez es necesaria. Atribuye el viajero sueco esta antipatía á las opiniones religiosas de aquellos pueblos; pero es mas natural suponer que dimana de una tradicion confusa de las desgracias ocasionadas por el diluvio. Es cierto que esta tradicion fue llevada al Africa sea por los Mahometanos que penetraron en aquel país antes del siglo VIII, ó mucho antes por los Cartagineses, de quienes algunos viajeros modernos han encontrado monumentos hasta en las playas del Senegal y del Tigris. Sin embargo, si los Cartagineses siguieron la opinion de sus antepasados, los Fenicios no debieron creer en el diluvio.

(12) Laf. *Costumbres de los Salvajes*. art. Relig.

(13) Sin embargo, no es posible pasar en silencio una grande objecion histórica. Sanconiaton el fenicio, contemporáneo de Semiramis, no dice una sola palabra del diluvio. Acaso en toda la literatura no hay documento mas curioso que los pasajes de este autor, salvados de las ruinas del tiempo en los escritos de Porfiro y de Eusebio. No solamente causa admiracion el que nada se diga en esos fragmentos acerca de las dos célebres tradiciones del diluvio y de la caida del hombre, y la explicacion que en ellos se da del orígen del culto entre los Griegos, sino el encontrar en ellos el primer historiador del mundo ateo por principios, lo cual es sin duda una circunstancia de la mas extraordinaria naturaleza. No siendo esos preciosos restos de la antigüedad conocidos mas que de los sabios, el lector llevará á bien que los reproduzcamos.

«El principio del mundo, dice Sanconiaton, era un aire sombrío y turbulento, un caos infinito y sin forma. Este aire se enamoró de sus propios principios, y de ellos salió una sustancia mixta llamada *deseo*.

»Esta sustancia fue la matriz general de las cosas; mas el aire ignoraba lo que habia producido. Con ella engendró á *Mot* (barro fermentado), y de este embrion brotaron todas las plantas y el sistema del universo.»

El autor fenicio cuenta en seguida, que el sol, la luna y las estrellas son animales inteligentes que se formaron del *Mot*, y que habiendo la luz producido los truenos, todos los animales se escondieron en los bosques ó se precipitaron en las aguas. En este pasaje Sanconiaton se refiere á otro autor anterior llamado Taautus, al cual atribuye la invencion de las letras y el orígen de su cosmogonía: de manera, que no es posible referirse á una antigüedad mas remota. Pasando en seguida el historiador á la generacion de los hombres, dice:

»Del viento Colpia y de su mujer Baan, fueron engendrados dos mortales (macho y hembra), llamados *Protogenus* y *Œon*. De esa primera union nacieron Genus y Genea, que en cierta ocasion de gran sequía extendieron sus manos hácia el sol diciendo: ¡*Beelsamin*! (en idioma fenicio, Señor del cielo.)» De aquí proviene el gran nombre de la divinidad entre los Griegos, y el historiador se burla de ellos, porque no entendieron la expresion fenicia.

Sanconiaton cuenta las doce siguientes generaciones: Protogono, Genus, Phos, Líbano, Memrumo, Agres, Chrisor, Tecniches, Agro, Amino, Misor y Taautus, atribuyendo á unos la invencion de la agricultura, á otros la de las artes mecánicas etc., y demostrando como de esos primitivos hombres tomaron denominacion las divisiones geográficas, como Libanus de Líbano, y por último, como se originaron la mayor parte de los dioses divinizados por los Griegos.

Es de notar en la décima generacion (Amino), que corresponde á Noé en el Génesis, Sanconiaton pasa inmediatamente á Misor sin hacer mencion del memorable suceso que entonces debió ocurrir. De Agro, dice el autor, nació Amino que enseñó á edificar ciudades; de Amino, Misor el justo etc.

Concluiremos esta nota con una interesante observacion. Créese, que Sanconiaton escribió en tiempo de Semiramis. Esta reinaba cerca dos mil ciento noventa años antes de nuestra era. Segun la opinion mas recibida, la primera expedicion egipcia no llegó á las costas de la Grecia hasta el año 1856 de la misma cronología, y el sistema religioso no adquirió formas permanentes hasta la legislacion de Cecrope, esto es, algo mas de tres siglos despues. Sin embargo, el autor fenicio ridiculiza los errores de los Griegos acerca de los dioses, y habla de aquel pueblo como de una nacion que era ya muy antigua. Aun hay mas: dice, que Athena hija de Crono, reinó en el Atica en una época que es difícil determinar y que destruiria completamente nuestro sistema cronológico. Puede el lector creer lo que tenga por conveniente acerca de la historia y orígen moderno de los Griegos, teniendo en cuenta que Diodoro en *Eusebio*, Herodoto, Apolodoro y Pausanías confirman la opinion del autor fenicio en varios pasajes. Pero si se supone que Sanconiaton vivió dos ó tres siglos despues de Moisés como piensan algunos sabios, quedan desvanecidas todas las dificultades. (Sancon. *apud* lus. *Præparat. Evang.*, lib. I, cap. X.)

Mas no principiando la historia sino en la época muy incierta del diluvio, estareis lejos de haber vencido todas las dificultades. Sanconiaton por de pronto no nos da noticia mas que de la fundacion de las ciudades y los Estados. Crono, hijo del rey Ourano, se apoderó de su padre al pié de una fuente, lo mandó cruelmente mutilar, emprendió largos viajes, repartió coronas á medida de su deseo y dió el Atica á su hija Athena y el Egipto al dios Taautus. En seguida Herodoto y Diodoro os introduciran en el país de las maravillas. En ellos vereis descripciones de ciudades de veinte leguas de circunferencia, edificadas como por encanto, de jardines suspendidos en el aire y de lagos enteramente abiertos por la mano del hombre. El Oriente se presentará súbitamente á nuestra vista en el apogeo de su corrupcion y de su gloria. Se han sentado ya tres poderosas monarquías las unas en las ruinas de las otras, y por todas partes ha dominado furor de conquistas tan desastrosas para los vencidos, como inútiles ó funestas para los mismos vencedores. En Persia contemplareis una nacion envilecida y sátrapas mutilados; en Egipto un pueblo ignorante y supersticioso, sacerdotes sábios y despóticos. Dejemos que duerman ignorados los crímenes de los tiranos y las desgracias de los esclavos en esa parte del mundo donde el palacio de Sardanápalo se levanta junto la caverna del esclavo, donde el templo de la divinidad no ve bajo las cúpulas de pórfido mas que una reunion de hombres abrumados de miseria: en ese cáos de lujo é indigencia, de dolores y voluptuosidades, de fanatismo y de luces, de opresion y de servidumbre. Un rayo de luz emanado del Egipto despues de haber luchado por algun tiempo con las tinieblas de la Grecia, bañó por último de claridad á ese país predestinado. Las hordas errantes que Inaco, Cecrope y Cadmo habian reunido en su tiempo, se fueron despojando poco á poco de sus costumbres salvajes, y constituyeron en diversas épocas repúblicas, que ahora nos dan ocasion á que principiemos á examinar la primera *revolucion*. (a)

CAPITULO II.

PRIMERA REVOLUCION. — LAS REPÚBLICAS GRIEGAS. — SI EL CONTRATO SOCIAL DE LOS PUBLICISTAS ES EL PRIMITIVO CONVENIO DE LOS GOBIERNOS.

Las repúblicas de la Grecia consideradas como primeros gobiernos populares entre los hombres, (1) ofrecen un objeto muy interesante á la filosofía. Si la historia nos hubiese trasmitido las causas que contribuyeron á instituirlas, hubiéramos podido obtener la solucion del famoso problema político, á saber: cual es el primitivo convenio de la sociedad.

Juan Jacobo opina que ese convenio debió llevarse á cabo bajo las bases siguientes: «Cada uno de nosotros pone en un fondo comun su persona y todo su poder bajo la direccion de la voluntad general, y recibimos en cuerpo cada miembro, como parte indivisible del todo.»

Mas para poder discurrir de ese modo ¿no será preciso suponer una sociedad preexistente? Podrá el salvaje, que ha pasado su vida vagando por los desiertos, sin nocion de lo *mio* y *tuyo*, pasar repentinamente de la libertad natural á la libertad civil, especie de libertad puramente abstracta, y que necesariamente supone anteriores ideas de propiedad, de justicia convencional, y de fuerza comparada del todo con la parte, etc. Hay, pues, un estado civil intermediario entre el natural y el que Juan Jacobo supone. Luego su convenio no es primitivo.

¿Cuál será, pues, ese convenio? En esto consiste la enorme dificultad.

Si por un momento admitimos como auténtico el supuesto por Rousseau, por lo menos será cierto que ese pacto fundamental se remonta á las sociedades de que podemos formarnos alguna idea, puesto que ni una sola de las hordas salvajes que se han encontrado sobre el globo no existia bajo el gobierno popular. Luego debe suponerse de estas dos cosas una:

Que es preciso admitir con Platon, que el gobierno monárquico, establecido sobre la imágen de una familia, es el único natural, y por consiguiente que el contrato social no puede referirse sino á una época posterior:

O que siendo ese pacto original;

Los pueblos se cansaron muy pronto de su propia soberanía, y la confiaron á un ciudadano valeroso y sabio.

De aquí proviene esta interminable cuestion: ¿Cómo del gobierno primitivo, suponiéndolo monárquico, llegaron los hombres á concebir el fenómeno de otra libertad distinta de la natural?

O bien si quiere suponerse que la constitucion primitiva fue republicana:

¿Por qué grados el espíritu humano, despues de siglos de observaciones, despues de la experiencia de los males que resultan de todo gobierno (b), ha vuelto á encontrar las bases de la constitucion natural tenida en olvido por espacio de tanto tiempo? (c)

(a) ¿Qué es lo que esa confusion de observaciones sobre los hombres y sobre la historia natural pretende probar? Que yo dudaba de la cronología de Moisés, y suponia que el mundo era mas antiguo. Pues eso no obstante, repetidos pasajes de este mismo *Ensayo* demostraran que yo creia en la autenticidad histórica de los sagrados libros; puede pues decirse que yo mismo ignoraba lo que *creia* y *lo que dejaba de creer*.

Por lo tocante á las antigüedades egipcias y chinas, es cosa demostrada en la actualidad, que lejos de tener tal supuesta antigüedad, no son sino muy modernas. Los Chinos, el sanscrito, los geroglificos egipcios, todo se ha penetrado, y se ha visto comprendido en la cronologia de Moisés. El zodiaco de Denderah ha sido explicado en Paris, y no puede ya menos de conocerse, que algunos monumentos que se consideraban como antidiluvianos, no datan acaso mas que del segundo siglo de la era cristiana. Desde que el espíritu filosófico ha dejado de ser espiritu de irreligion, no se da tanta importancia á la edad del mundo.

Respecto á los monumentos de historia natural que he citado, debe tambien decirse, que los estudios geológicos del S. Cuvier, no han dejado duda alguna acerca de las razas que han perecido y acerca del diluvio universal (N. ED.)

(1) Tampoco esto es exactamente riguroso. La república de los Judios principió á su salida de Egipto el año 1491 de nuestra era, y la de Tiro fue fundada en 1252 de la misma. (*Genes.*, Josefo., *Antig.*, lib. VIII cap. II.)

(b) Grande fue la importancia que se dió á esta frase, que dado caso que signifique alguna cosa, no puede ser mas, sino que en todas las constituciones humanas debe haber algun defecto. Por lo demás, la frase solo es un rasgo tomado al sistema de dudas de Montaigne, ó al sombrio humor de Rousseau (N. ED.)

(c) Bastaria este solo capítulo para demostrar lo que he dicho en uno de los prólogos de esta edicion completa de mis obras, á saber: que en mi primera juventud escribí de política con la misma viveza que en asuntos de imaginacion. No es pues la Restauracion la que me ha hecho pasar como algunos han aparentado creer, de la literatura á la politica.

En este pasaje se echan de ver los dos caracteres que distinguen mi sistema politico, siempre monárquico de buena fe, y siempre favorable á la libertad. A pesar de la admiracion que en aquella época yo profesaba á J. J. Rousseau, combato vigorosamente su *Contrato social*, y no tardará en verse que me decidí contra las repúblicas en favor de la monarquía constitucional. Es gracioso que en estos últimos tiempos hayan querido hacerme pasar por republicano, solo por haber dicho que de no adoptar francamente la monarquía representativa, iriamos á parar en una república: verdad que me parece demostrada hasta la evidencia. El despotismo militar podria dominar tal vez por algunos momentos; pero su duracion es imposible en el estado actual de nuestras costumbres. Si el ejército es numeroso, no podrá menos de participar de todas las opiniones de la nacion; si es débil, la poblacion lo dominará y arrastrará en pos de sí. Tampoco pueden todos los ti-

Mediten los lectores sobre tan alto asunto. Si yo intentara dilucidarlo en este lugar no haria mas que acumular obra sobre obra, y hay que tener presente que no me he propuesto escribir mas que un *Ensayo*. Pocos datos ofrecen las causas de la destruccion de la monarquía en Grecia para el esclarecimiento de esa cuestiones.

CAPITULO III.

EPOCA DE LA MONARQUIA EN GRECIA.

No puede el ánimo fijarse en los primeros tiempos de la Grecia sin sentirse poseido de horror. Si en la Argolide floreció bajo los pastores Inaco y Phoroneo la edad de oro; si Cecrope dió leyes puras al Atica; si Cadmo introdujo las letras en la Beocia; esos dias venturosos se deslizaron tan rápidamente que fueron á manera de un sueño para la malhadada posteridad.

Las musas hicieron resonar frecuentemente la escena con los trágicos nombres de Agamenon, de Edipo y de Teseo (1). ¿Quién de nosotros no se ha enternecido tambien con las obras maestras de los Crebillon y de los Racine (a)? Al relato de aquellas insignes desgracias de los reyes, nosotros hemos derramado en otro tiempo lágrimas, como si asistiéramos á la representacion de una fábula trágica: hoy que hemos visto la catástrofe de Luis XVI y su familia, podemos llorar en presencia de la realidad (b).

Asesinatos (2); raptos (3); incendios (4); pueblos enteros forzados á la emigracion por la miseria (5); otros levantándose en masa para invadir á sus vecinos (6); reyes sin autoridad (7); insignes facciosos (8); naciones bárbaras (9); tal es el cuadro que nos presenta la monarquía griega. De repente, sin que podamos ver las razones que lo motivan, se instituyen repúblicas por todas partes. ¿De donde nace tan súbita mudanza? ¿Será que la opinion á manera de torrente ha derribado de improviso los tronos? ¿Será que los tiranos á fuerza de crímenes se hayan hecho acreedores á esa suerte? No. En unas partes extinguen la monarquía movidos del exagerado aprecio en que tienen á esa institucion. «Ningun hombre, dicen los Atenienses, es digno de reemplazar á Codro (10), y en otras partes el príncipe heredero de la corona es el mismo que establece la constitucion popular (11).

Esta singular revolucion, diversa en sus principios de todas las que conocemos, ha sido el escollo de la mayor parte de los escritores que han tratado de investigar su orígen (c). Mably tocando superficialmente el asunto, entra á tratar de las constituciones repu-

blicanas (12) sin darnos noticia de la oculta causa que hizo establecerlas. Procuremos, pues, á pesar de la oscuridad de la historia, hacer algunos descubrimientos en ese nuevo campo de la política.

CAPITULO IV.

CAUSAS DE LA DESTRUCCION DEL GOBIERNO MONÁRQUICO ENTRE LOS GRIEGOS.—SON ENTERAMENTE DISTINTAS DE LAS QUE PRODUJERON LA REVOLUCION FRANCESA.

La primera causa que se echa de ver en la caida de las monarquías griegas se saca de las revoluciones que por espacio de tanto tiempo desolaron aquel hermoso país. Desde la toma de Troya hasta la extincion de la monarquía en Atenas, y aun mucho tiempo despues, cambió un trastorno general la faz de aquellas regiones. En aquel caos de innovaciones fue violado el órden de la regia sucesion (13): los monarcas perdieron poco á poco su poder y los pueblos la idea de un gobierno legal. Todos los elementos del cuerpo politico puestos en fermentacion por la fiebre de las revoluciones, llegaron al mas alto punto de energía del cual se desprenden las formas primitivas y los grandes pensamientos: bastaba que en tal situacion ocurriera el menor choque en el Estado para que se derrocaran aquellas débiles monarquías que apenas podian sostener el nombre de tales.

En el espíritu de los hombres ricos de aquel tiempo encontramos otra causa no menos evidente de la ruina del gobierno monárquico en Grecia. Aprovechándose aquellos hombres de la confusion general para usurpar la autoridad, sembraban discordias en rededor de los tronos á que aspiraban. Es un rasgo comun á todas las revoluciones en sentido republicano el haber sido rara vez iniciadas por el pueblo. (d) Siempre son los nobles los que en proporcion de su poder y riquezas, han dado el primer ataque el trono; sea porque el corazon humano es mas accesible á la envidia en los poderosos que en los infelices; sea que en los de aquella clase domina la corrupcion mas que en los de esta; sea que la participacion del poder solo sirva para irritar la sed de mando, ó sea por último, que el destino se complazca en obcecar las víctimas que ha marcado con su sello. ¿Qué sucede despues que la ambicion de los grandes ha conseguido derribar el trono? Que el pueblo oprimido por sus nuevos señores no tarda en tener que arrepentirse de haberse dado una multitud de tiranos en lugar de un rey legítimo. Al llegar á ese caso, desentendiéndose el pueblo del supuesto patriotismo con que aquellos hombres se habian cubierto, concluye por arrojar la vil faccion y el Estado, volviendo á su posicion normal

e

ranos convertirse en déspotas militares, pues no es cosa qu se consiga sino á fuerza de gloria y de combates.

(N. ED.)

(1) Esquilo, Sofocles, Euripides.

(a) ¡Extraño modo de comparar á Crebillon y á Racine! ¡Juicios de estudiante!

(b) En este *Ensayo* yo deberia ser ateo y republicano, y á cada paso me manifiesto religioso, monárquico y fiel á mis principios legítimos.

(N. ED.)

(2) PLUT., *in Thes.*

(3) HOM., *Iliad.*

(4) *Ibid.*, lib. IX.

(5) HEROD., lib. I, cap. CXLV; STABON., lib. XIII, p. 582. PAUSAN., lib. VII, cap. II, p. 584.

(6) PAUSAN, lib. II, cap. XIII.

(7) PLUT., *in Thes.*; DIVD, lib. IV, p. 266.

(8) PAUS., cap. XI, p. 7.

(9) ÆLIAN., *Var. His.*, lib. III, cap. XXXVIII.

(10) MEURS, *de Regib. Athen.*, lib. III, cap. XI. Reconocieron por rey á Júpiter.

(11) PLUT., *in Lyc.*

(c) Nueva es indudablemente la cuestion que suscito; mas tambien prometo temerariamente una solucion que no podré dar.

(12) *Observ. sobre la Hist. de la Grec.*, pp. I, 20.

(13) PAUSAN., lib. II, cap. XIII y XVIII, VELL. PATERC., libro I, cap. II.

(d) Esta es una observacion digna de la historia; mas para hablar lógicamente, deberia no haber usado la palabra *siempre* despues de haber dicho *rara vez*. Conviene advertir que juzgo á la aristocracia con demasiado rigor. ¿Por qué se halla esta dispuesta siempre á poner obstáculos al poder de uno solo? Porque su principio natural es la libertad, asi como el principio natural de la democrácia es la igualdad. Por esa razon vemos que los reyes que aspiran al despotismo, detestan la aristocracia y solicitan el favor popular, el cual estan seguros de obtener, sacrificando los nobles y los ricos al principio de igualdad. Si la aristocracia ha atacado alguna vez al poder soberano, la democracia es quien todavía con mucha mas frecuencia ha entregado á su poder la libertad. Pero nótese que asi que el monarca ha llegado al despotismo por medio del pueblo, se desentiende de la union con este, y se echa en brazos de la aristocracia que proscribió anteriormente, pues si el pueblo es bueno para facilitar la usurpacion de la tirania, no vale absolutamente nada para sostenerla.

(N. ED.)

se cambia en república, ó vuelve á la monarquía. (a).

Hay otra tercera causa de haberse establecido la constitucion popular entre los griegos que merece ser considerada con particular atencion, porque se deriva esencialmente de un hecho político y porque aun no ha sido, segun mis noticias, descubierta por los publicistas: esta causa es el aumento de poder de los Amfictiones. La asamblea federativa que estos componian instituida por el tercer rey de Atenas (1) extendió poco á poco su autoridad por toda la Grecia (2). En un Estado no pueden subsistir dos soberanos á un mismo tiempo. La monarquía deja de existir asi que se establece una convencion soberana en unidad. Si se dice que aquella asamblea no tenia mas que el derecho de proposicion y se parecia por lo tocante á sus relaciones á las dietas de Alemania es por no haber echado de ver que:

Los que componian aquellas no eran delegados por el soberano, sino diputados por el pueblo (3);

Que semejante convencion era á propósito para despertar en los pueblos que representaba la idea de las formas republicanas;

Finalmente, que los miembros de aquella asamblea, favorecidos por la opinion pública debian abrogarse tarde ó temprano por el ambicioso espíritu de corporacion, natural á toda asociacion particular, derechos superiores á la esfera de su institucion, lo cual por consiguiente ocasionaria mas ó menos pronto la ruina de los tronos (4).

Pero la mas poderosa y general razon del establecimiento de las repúblicas griegas, es que tales repúblicas nunca habian sido verdaderas monarquias (b); en lo sucesivo daré explicaciones sobre este importante asunto (5).

Tales fueron las causas próximas y remotas que contribuyeron al desarrollo de esta gran revolucion. Mas puesto que nada nos dice la historia por lo tocante á la serie de ideas mediante las cuales pudieron unos hombres que habian vivido siempre bajo monarquías, encontrar el principio de las formas republicanas, diremos que algunos actos positivos de tiranía, y no pocos imaginarios, el cansancio á las cosas antiguas y el amor á las nuevas, y los percances y las casualidades, porque en último término todo llega á esa necesidad, que se llama fuerza de las cosas (c), produjeron las repúblicas, sin que por de pronto se supiera á punto fijo lo que eran, y habiendo en lo sucesivo el efecto hecho analizar la causa, los filósofos se dieron prisa á describir principios.

Por lo demás es cosa supérflua el hacer observar á los lectores que el orígen de que dimanó la revolucion republicana en Grecia, nada, ó casi nada tiene de comun con los motivos que produjeron la última revolucion en Francia. Pasemos ahora á considerar las consecuencias de aquella, fijándome como todos los escritores, únicamente en la historia de Esparta y Atenas, pues las demás pequeñas ciudades son demasiado poco conocidas para que sus anales puedan interesarnos.

(a) Esto se imprimió en 1797; la prediccion se verificó enteramente por lo tocante á Francia.

(1) No se sabe á punto fijo la época de esta institucion, ni el nombre de su autor. Algunos, entre ellos Pausanias, le llaman *Amficcion*, y otros, como Estrabon, le denominan *Acrisio*. Segun la opinion generalmente adoptada, la época de su establecimiento, se remonta al siglo XV, antes de nuestra era.

(2) Eschip., *de fals Leg.*

(3) *Id. Ibid.*: Estrab., p. 413.

(4) En las sentencias que esta asamblea anfictiónea pronunciaba contra tal ó cual pueblo, tenia el derecho de hacer tomar las armas á toda la Grecia para cumplir su decreto, y podia separar al pueblo condenado de la comunion del templo. ¿Cómo podia una débil monarquía resistir á ese coloso del poder popular, ayudado del fanatismo religioso? Diod., lib. VI, Plut. in Temist.

(b) Esta frase es oscura. ¿Qué se entiende por repúblicas que nunca habian sido verdaderas monarquías? El fondo del pensamiento quiere decir que las primitivas monarquías de Roma y de Grecia nunca fueron verdaderas monarquías en el sentido absoluto de la palabra, y que para cambiarse en repúblicas, no necesitaron mas que abolir el poder real.

(5) En la revolucion de Bruto.

(c) Aquí puede tachárseme de materialista: suspendamos el juicio por algunas páginas.

(N. ED.)

CAPITULO V.

EFECTO DE LA REVOLUCION REPUBLICANA EN GRECIA. —ATENAS, DESDE CODRO HASTA SOLON COMPARADA CON EL NUEVO ESTADO DE FRANCIA.

Muy distante estuvo esta revolucion de dar felicidad á la Grecia. La prueba de que el principio fundamental no habia sido aun puesto en accion, es que despues de la estincion de la monarquía cayeron inmediatamente todas las pequeñas repúblicas en un estado anárquico. Solo Esparta que mereció la fortuna de encontrar reunidas en una misma persona las condiciones de revolucionario y de legislador, gozó desde luego el fruto de su nueva constitucion. En todas las demás partes los ricos valiéndose capciosamente del título de magistrados, se apoderaron de la autoridad soberana que acababan de abolir (6) y los pobres prosiguieron devorados por las facciones y por la miseria (7).

Desde la abnegacion de Codro en Atenas hasta el siglo de Solon nada casi nos dice la historia acerca de esa república. Nada mas sabemos sino que la autoridad de arconte vitalicio, conque los ciudadanos reemplazaron por de pronto la monarquía, fue luego reducida á diez años, y últimamente quedó repartida entre nueve magistrados anuales (8).

Asi se fueron acostumbrando gradualmente los Atenienses al gobierno popular, pasando lentamente de la monarquía á la república. Las nuevas instituciones se componian en parte de las antiguas, y de este modo se evitaban las transiciones bruscas tan peligrosas en los Estados, y las costumbres tenian tiempo de simpatizar con la política. Mas de esa marcha resultó el inconveniente de que las leyes no alcanzaron nunca el grado de pureza que debian tener, y que el plan de la constitucion presentó una continua mezcla de errores y de verdades como aquellos cuadros en que el pintor ha pasado por una graduacion insensible de las sombras á la luz: cierto es que en semejante lienzo habrá mucha dulzura, pero tambien lo es que se compondrá únicamente de una monotona sucesion de claro y oscuro.

Sin embargo, la movilidad de principios debia en último resultado producir grandes males. Los atenienses parecidos en tantas cosas á los franceses, cambiando incesantemente la economía de su gobierno, como estos últimos lo han hecho en nuestros dias, vivian en un estado perpétuo de turbacion (9): pues en todas las revoluciones se encuentran siempre fogosos partidarios de las nuevas instituciones y hombres adictos á las antiguas instituciones de la patria por el recuerdo de la vida pasada bajo sus auspicios.

Asi como en Francia llegó tambien en Atenas á su colmo la antipatía de los pobres y los ricos (10). No quiera el cielo que me manifieste sordo á la voz del menesteroso. Sé enternecerme cuando otro me refiere sus males; pero ya es demasiado lo que en este siglo de filantropía hemos declamado contra la fortuna.

(6) Arist., *de Rep.*, tom. II, lib. II, cap. XII.

(7) Plut., *in Solon.*

(8) Meurs., *de Archont.*, lib. I, cap. I, etc.

(9) Estos pasajes y algunos otros del libro, merecen tal vez que se dispense alguna consideracion á su jóven autor.

(10) *Id. Ibid.*

Los pobres en los Estados son infinitamente mas peligrosos que los ricos, y no pocas veces valen mucho menos que estos (a).

Cada vez se echaba mas de ver la falta de una constitucion determinada. Dracon, filósofo inexorable, fue el escogido para dar leyes á la humanidad. Este hombre desconoció el corazon de sus semejantes: confundió las pasiones con los crímenes y castigó igualmente con la última pena al vicioso y al débil (1); su código parece una sentencia de muerte contra el género humano.

Aquellas leyes de sangre, parecidas á los fúnebres decretos de Robespierre, favorecieron las insurrecciones. Cylon, aprovechándose de los trastornos de su patria quiso apoderarse de la soberanía. Sitiánlo en la ciudadela desde donde pudo escaparse. Pero sus partidarios fueron sacrificados en el altar de las Euménides (2), despues de haber salido del templo de Minerva mediante promesa de que no se atentaria contra su vida. No es pues la Francia la única república que ha tenido leyes salvajes y bárbaros ciudadanos.

Pasó aquel régimen de terror; pero en su lugar quedaron la laxitud y la debilidad. Los atenienses, parecidos tambien en esto al pueblo francés, aborrecieron las atrocidades y se contentaron con derramar estéril llanto. Sin embargo, aquel pueblo aterrado por su crímen creia estar viendo suspendida continuamente sobre su cabeza la venganza de Minerva. Los dioses secundando al parecer el grito de la humanidad llenaban las conciencias de terror, y tal vez algun sugeto que en la incrédula Francia fue un antropófago digno de compasion, hubiera sido presa de remordimientos en Atenas: ¡Tan necesaria es á los hombres la religion! (b)

A fin de calmar esos tormentos del alma, mas insoportables aun que los del cuerpo, recurrieron á un sabio llamado Epimenides (3). Si este consiguió cerrar las heridas positivas del Estado, hizo todavía mayores servicios curándole de sus males imaginarios. Restableció los templos de los dioses, y les ofreció sacrificios (4), derramando el bálsamo de la religion en lo íntimo de los corazones. Guardóse de calificar de supersticion lo que propende á disminuir el número de nuestras miserias; sabia muy bien que la estátua popular y el oscuro penate que consuelan al desgraciado son mas provechosos á la humanidad que las máximas del filósofo incapaz de enjugar una de sus lágrimas (c).

Mas estos remedios, si bien calmaron por un momento los males del Estado, no tuvieron sin embargo poder para curarlos radicalmente. A poco de haberse marchado Epimenides volvieron á inflamarse las facciones, y finalmente, cansados ya todos los partidos determinaron arrojarse en brazos de un solo hombre. La república tuvo la fortuna de que este hombre fuese Solon.

No entraré en detalles acerca de las instituciones de este célebre legislador, ni tampoco de las de Licurgo, pues otros maestros harto distinguidos lo han hecho ya. Solo hablaré de lo que tiene relacion con el objeto de mi obra. Para no cortar la narracion proseguiré la historia de Atenas hasta el destierro de los Pisistrátidas: en seguida volveremos á ocuparnos de Lacedemonia.

(a) Como se ha podido confundir en mis escritos el amor á una libertad razonable con el sentimiento revolucionario, cuando por todas partes manifiesto mi horror al crímen y á los principios demagógicos. Si he hecho algunas recriminaciones á los reyes, la misma conducta he seguido respecto de los nobles y de los plebeyos. Mucho desconfio de esos Junios Brutos, que principian cambiando un puñal por un distintivo de policía, y concluyen llenándose de cruces y cintas los vestidos. En los *Mártires*, he colocado en el infierno un pobre al lado de un rico, es preciso hacer justicia á todo el mundo. (N. ED.)

(1) TUCIDID., lib. I, cap. CXXVI; PLUT., *in Solon*.

(2) *Id.* PLUT. *in Solon*.

(b) ¿Que es de mi anterior materialismo? (N. ED.)

(3) PLATON *de leg.*, lib. I, tom. II.

(4) STRAB., lib. X, p. 479.

(c) Preciso es convenir en que soy un singular ateo! ¿Se podrá encontrar en el *Genio del Cristianismo* una página mas sinceramente tierna? (N ED.)

CAPITULO VI.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA LEGISLACION DE SOLON.—COMPARACION.—DIFERENCIA.

Los gobiernos mixtos son verosimilmente los mejores, porque el hombre en el estado social es tambien á su vez un ser complexo, y porque es preciso poner á la multitud de sus pasiones una multitud de trabas. Por esta razon Esparta, Cartago, Roma é Inglaterra han sido consideradas como modelos en política. Por lo tocante á Atenas haremos observar que en realidad llegó á poseer lo que la Francia de nuestros dias pretende tener: la constitucion mas democrática que jamás ha existido en pueblo alguno. ¿Se figuraran que por la palabra *democracia* debe entenderse una nacion reunida en corporacion deliberativa acerca de sus leyes? nada de eso. Esa palabra significa en la actualidad la existencia de dos consejos, un directorio y ciudadanos que pueden permanecer en sus casas hasta que se les mande dejarlas (d).

El legislador ateniense y los reformadores franceses se encontraron colocados poco mas ó menos en los mismos grados de peligro al dar principio á sus obras. Una multitud de votos pedian la reparticion de fortunas, y Solon para evitar el naufragio de la cosa pública se vió en la necesidad de cometer una injusticia. Dió por saldadas todas las deudas y se negó á la reparticion de terrenos (5). Las asambleas francesas tuvieron por conveniente obrar de distinto modo, pues garantizaron el crédito del usurero y repartieron los bienes de los ricos. Este solo rasgo basta para caracterizar las dos épocas (e).

En las instituciones morales se nos presentan los mismos contrastes. En Atenas creyeron que debia haber mujeres puras á fin de que dieran ciudadanos virtuosos al Estado (6) y el divorcio no fue permitido sino bajo condiciones muy rigurosas (7). La Francia republicana creyó que la Mesalina, que va ofreciendo su lubricidad de esposo en esposo, no por eso dejaria de ser tal vez una excelente madre.

Sea expelido de los tribunales, de la asamblea general y del sacerdocio, decia la ley de Atenas, sea rigurosamente castigado el que hallándose notado de infamia por la depravacion de sus costumbres, se atreva á ejercer las sagradas funciones de legislador ó de juez (8); el magistrado que se presente a los ojos del pueblo en estado de embriaguez sea en el acto privado de la vida (9).

(d) Esta burla del directorio era buena en aquella época; mas sin embargo, el principio de la division de poderes establecido por aquella constitucion, es lo que salvó á Francia.

(5) PLUT. *in Solon.*, p. 87.

(e) Cierto es que no todos los acreedores eran usureros; mas no por eso me parece menos importante la observacion. Hasta el presente puede sostenerse la comparacion entre las revoluciones antiguas y la francesa, y no produce mas que símiles políticos, mas ó menos ciertos, mas ó menos ingeniosos, como los que el mismo Montesquieu hizo en el *Espíritu de las leyes*; mas en lo sucesivo, esa continua comparacion entre los hombres y las cosas, llegará á ser el colmo del ridículo. (N. ED.)

(6) PLUT. IN *Solon.*, pp. 90, 91.

(7) PET., *in Leg. Attic.*

(8) ÆSCH, *in Tim.*

(9) LAERT., *in Solon.* Sin duda que el partido de Drouet, al insurreccionarse contra el Directorio, tuvo presente otra ley de Solon, que permitia dar muerte al magistrado que conservase su puesto despues de la destruccion de la democracia.

Lejos estaban esas leyes de haber sido hechas para Francia ¿Qué hubiera sido de la Asamblea Constituyente si semejantes leyes hubiesen estado en vigor durante la noche del 4 de agosto de 1789? (a).

Esto nos mueve á hacer una triste reflexion. Siendo en general los franceses de aquella época tan fanáticos admiradores de la antigüedad, no habian al parecer tratado de imitar mas que los vicios y casi nunca las virtudes. Connaturalizando entre ellos las desvastaciones y asesinatos de Roma y de Atenas, sin elevarse á la altura en que fueron alguna vez cometidos en aquellas regiones, pueden ser comparados á los tiranos que para embellecer su país despojaron la Grecia de ruinas y sepulcros.

Vamos á entrar ya en un terreno sagrado en que á cada paso se nos presentaran variados objetos de admiracion. Tal vez me seria posible revelar desde ahora muchas cosas, mas aun no es tiempo. Lectores, vuelvo á repetirlo, dominad cuanto podais vuestras preocupaciones. El momento en que principia á descorrerse un pliegue del velo es el momento de mas sensibilidad, particularmente si lo que se nos presenta á la vista no está en el órden de nuestras ideas.

Muchas veces me han criticado de ver los objetos de un modo distinto de los demás (b): tal vez será asi. Mas si me juzgan sin darme tiempo de desarrollarme á mi manera, si empiezan á disgustarse de ciertas cosas antes de verlas colocadas en el sitio que deben tener para formar el conjunto armónico de las partes, entonces mas me valdría interrumpir mi tarea, pues no tengo ni el talento, ni el deseo de pensarlo y decirlo todo de una vez.

Vuelvo al asunto.

CAPITULO VII.

ORÍGEN DEL NOMBRE DE LAS FACCIONES LA MONTAÑA Y LA LLANURA.

Quiso coronar Solon sus trabajos con un sacrificio. Viendo que su presencia causaba trastornos en Atenas, resolvió condenarse á un destierro voluntario. Arrancóse, pues, para un término de diez años de la dulce morada de la patria, y antes hizo prometer á sus conciudadanos que vivirian en paz hasta su regreso. No tardó en conocer que no es dable aplazar las pasiones.

Hacia ya tiempo que el Estado alimentaba en su seno tres facciones que incesantemente lo estaba desgarrando. Reuniéndose algunas veces por interés, ó quedando tranquilas por efecto de cansancio parecian por un momento extinguidas, mas de allí á poco tornaban á desarrollarse con nueva furia.

La primera, llamada de la *Montaña*, se componia, asi como el famoso partido que hubo del mismo nombre en Francia, de los ciudadanos mas pobres de la república, que solo querian una democracia pura (1), estableciendo un senado (2) y admitiendo exclusivamente á los ciudadanos ricos en la clase de la magistratura (3). Solon habia opuesto un poderoso dique á la fogosidad del pueblo, y la Montaña, al verse engañada en sus esperanzas, no aguardaba mas que una ocasion favorable para insurreccionarse contra estas últimas instituciones. Estos pueden llamarse los jacobinos de Atenas.

El segundo partido, conocido con el nombre de la *Llanura*, se componia de ricos propietarios que creyendo que el legislador habia extendido demasiado el poder de la clase proletaria, pedian una constitucion oligárquica que fuera mas favorable á sus intereses (4). Estos propietarios eran los aristócratas.

Finalmente otro tercer partido conocido por el nombre de faccion de la *Costa*, daba cabida á todos los mercaderes del Atica, que igualmente temerosos de la libertad concedida á los pobres, que de la tiranía que aspiraban los ricos, pedian un gobierno mixto, á propósito para enfrenar á unos y otros (5). Puede, pues, decirse que desempeñaban el papel de los moderados.

Atenas se encontraba, como acabamos de ver, en la misma situacion que la Francia republicana: nadie estaba contento con la nueva constitucion: todos pedian otra y cada cual la pedia con arreglo á sus intereses particulares. De aquí se ve nacer el orígen de las denominaciones que los franceses aplicaron á sus partidos (c), removiendo como si no les bastáran sus animosidades nacionales, las cenizas de facciones extranjeras entre las ruinas de los Estados que han sido devorados por ellas.

CAPITULO VIII.

RETRATOS DE LOS GEFES.

De unas mismas causas nacen unos mismos efectos. En Atenas debieron surgir en aquellas circunstancias tiranos semejantes á los que hemos visto últimamente en París. Pero cuanto mas excede el siglo de Solon al nuestro en moralidad, tanto mas superiores en talento fueron los facciosos del Atica á los de Francia.

Al frente de los montañeses se distinguia Pisistrato (6), bizarro (7), elocuente (8), generoso (9), de aspecto simpático (10) y de imaginacion culta (11). Nada tenia de semejante á Robespierre mas que una disimulacion profunda (12), ni del infame Orleans (d) mas que las riquezas (13) y lo ilustre de la cuna (14). Tambien siguió la senda que este último conspirador trató de seguir en nuestros dias: hizo resonar la palabra *igualdad* (15) en el oido del pueblo, y en tanto que sus labios no sabian al parecer pronunciar otra palabra que libertad, ocultaba la tiranía en el fondo de su alma.

Licurgo mereció la confianza de la Llanura (16).

(a) Duro es este juicio, mas evidentemente no se refiere mas que al estado de embriaguez en que se supone se hallaban los miembros de la asamblea Constituyente la noche del 4 de agosto de 1789. En la actualidad, yo examinaria mas detenidamente cualquier hecho histórico antes de establecerlo por base de una reflexiou. (N. ED.)

(b) Ya he escrito otra nota para desvirtuar este tono de pedantería que mi inexperiencia me hacia tomar. ¿Quién me habia de criticar, si nadie me conocia aun?

(1) PLUT., *in Solon.*

(2) HEROD,, lib. I, cap. LIX.

(3) HERODOT., lib. I, p. 88.

(4) PLUT., *in Solon*, p. 85.

(5) *Id. id.*

(c) Hé aquí el principio de las comparaciones violentas: ¿Cómo he podido yo imaginar que los tres partidos atenienses: la *Montaña*, la *Llanura* y la *Costa*, cuyos nombres no significaban mas que las opiniones políticas de tres clases de ciudadanos, estaban representados en las tres secciones de la Convencion francesa? Cuando uno se ha dejado dominar de una idea, y se quiere que todo quede subordinado á ella, se establecen sin ningun fundamento las imaginaciones mas vacías de sentido como hechos indudables. (N. ED.)

(6) PLUT., *in Solon.*

(7) HEROD., lib. I, cap. LIX.

(8) PLUT., *in Solon.*

(9) *Id.*, *Ibid.*

(10) ATHEN., lib. XII, cap. VIII.

(11) CICER., *de Orat.*, lib. III, cap. XXXIV.

(12) PLUT., *in Solon.*

(d) Como comentario á esta expresion violenta, puede el lector ver un pasaje en el capítulo XII de la segunda parte de este *Ensayo* que principia: «Ya un Borbon que debia ser el mas rico etc.» (N. ED.)

(13) HEROD, lib. I, cap. LIX.

(14) *Id.*, lib. V, cap. LXV.

(15) PLUT., *in Solon.*

(16) *Id.*, *Ibid.*

Nada casi sabemos acerca de este personaje, que probablemente seria uno de esos oscuros intrigantes que el torbellino revolucionario exalta alguna vez á la cumbre del poder, sin que ellos mismos puedan darse razon de cómo han subido. Los aristócratas de Atenas no anduvieron mas acertados en la eleccion de sus caudillos que los aristócratas franceses.

Parece que hay hombres que en el intervalo de algunos siglos renacen en distintos pueblos y con diversos nombres para desempeñar un mismo papel en iguales circunstancias: Megacles y Tallien parecen comprobar este aserto. Ambos debian á un casamiento ventajoso la consideracion que se dispensa á la riqueza (1), ambos figuraron al frente del partido moderado (2) en sus respectivas naciones y el uno y el otro se dieron á conocer por la volubilidad de sus principios, y por la semejanza de su destino. Vacilando el ateniense, asi como el revolacionario francés á merced de un carácter caprichoso fue por de pronto subyugado por el talento de Pisistrato (3), en seguida consiguió derribar á este tirano (4) y no tardó en arrepentirse de haberlo hecho: volvió á confederarse con los montañeses (5) y á indisponerse nuevamente con ellos: fue expulsado de Atenas, volvió á presentarse en escena, y por último, quedó enteramente eclipsado en la historia, último paradero de los hombres sin carácter: luchan por un momento contra el olvido que les amenaza, y por último término se abisman repentinamente y desaparecen en su propia nulidad.

Tal era la situacion de Atenas cuando Solon al cabo de diez años de ausencia volvió á su desgraciada patria (a).

CAPITULO IX.

PISISTRATO.

Despues de haber andado errante por el mundo el hombre, cediendo á un instinto particular de su naturaleza, desea ir á morir en las mismas regiones en que vió la luz y sentarse por un momento al borde de su tumba bajo los mismos árboles que dieron sombra á su cuna. La vista de estos objetos, que tambien han cambiado, le recuerda á un mismo tiempo los afortunados dias de su inocencia, las calamidades que les siguieron, los azares y rapidez de la vida, y se reanima en su corazon ese conjunto de ternura y melancolía que suele designarse con el nombre de *amor de la patria.*

¡Qué profunda debe ser la tristeza del que al volver á su patria la encuentra decaida de su esplendor antiguo y casi desierta y entregada á las convulsiones de los partidos! Los que viven en medio de las facciones y se van digámoslo asi envejeciendo con ellas, apenas echan de ver la diferencia que se va estableciendo entre lo pasado y lo presente; mas el viajero que regresa al hogar paterno, y ve los campos arrasados durante su ausencia, queda hondamente afectado al ver tan funestas innovaciones, y experimenta igual sensacion que al encontrar al cabo de algunos años un amigo en cuyo rostro se han impreso profunda y rápidamente las huellas del dolor. Tales debieron ser poco mas ó menos las sensaciones de aquel ilustre ateniense, cuando pasados los primeros momentos de alegria al verse entre sus amigos fijó su vista en la desolada patria.

No vió en su alrededor mas que un caos de anarquía y de miserias: trastornos, division y opiniones encontradas. Los ciudadanos se habian convertido en otros tantos conspiradores: apenas podian encontrarse dos hombres que pensasen de un mismo modo, ni dos brazos que hubiesen obrado de concierto: cada cual llevaba en su seno el gérmen de una nueva faccion, y aunque todos estaban acordes en aborrecer el último sistema de gobierno, todos discrepaban por lo tocante á las bases de una nueva organizacion (6).

En tales apuros Solon trataba de buscar un hombre honrado que sacrificando sus intereses pudiera volver á restablecer la calma. Creyó que este hombre podria tal vez encontrarse al frente del partido popular; dejóse por un momento seducir por las ventajosas apariencias de Pisistrato, mas no tardó en conocer que se habia engañado. Comprendió que de dos motivos que concurran á la realizacion de un hecho, es preciso esforzarse en creer que el uno es bueno, pero obrar como si no se creyera. Solon como muy profundo conocedor del corazon humano, conoció muy pronto lo que debia prometerse de un hombre rico y de ilustre cuna, adherido á la causa del pueblo; lo conoció pronto; pero ya era tarde.

Estando á punto de denunciar la conspiracion, cuando Solon nada esperaba ya para hacerlo mas que adquirir algunos nuevos datos, se presentó inopinadamente Pisistrato á los ojos del pueblo en la plaza pública cubierto de heridas que él mismo se habia hecho (7). El pueblo se reune tumultuosamente. En vano Solon se esfuerza para que oigan su voz (8): el pueblo se enfurece: llena de insultos al sabio anciano, y decreta por aclamacion una formidable guardia que proteja á la ilustre víctima de la democracia, que los nobles habian querido asesinar. (9). *O homines ad servitutem paratos!* Hemos visto en nuestros dias un tirano que usó del mismo artificio en la Convencion.

Nadie que tenga la menor nocion de política necesita que se le diga lo que resultó de semejante decreto. No puede existir democracia donde haya una fuerza militar en activo servicio. ¿Qué juicio formaremos de las cohortes del Directorio? Pisistrato se apoderó de allí á poco de la ciudadela (10) y habiendo desarmado á los ciudadanos, como la Convencion á las secciones de París, reinó en Atenas con todas las virtudes excepto las de republicano.

CAPITULO X.

REINADO Y MUERTE DE PISISTRATO.

La victoria acompañará al partido popular siempre que este sea dirigido por un hombre de talento, porque aventaja á todas las otras en la brutal energía de la muchedumbre que no comprende los encantos de la virtud, ni siente los remordimientos del crímen.

No hay que perder de vista que los prósperos resultados no aseguran la felicidad, como lo demuestra la historia de Pisistrato. Viéndose arrojado del Atica por Megacles se reunió con Licurgo y fue de allí á poco vuelto á llamar por ese mismo Megacles que

(1) HEROD., lib. VI, cap. CXXV, CXXXI.—Véanse todos los papeles publicados acerca de los asuntos de Francia. Megacles era rico; pero su fortuna se aumentó considerablemente por su matrimonio con la hija de Clistenes, tirano de Sicyone.

(2) PLUL., *in Solon.*; *Pap. Pub.*, etc.

(3) *Id. Ibid.*, p. 96.

(4) HERODOT., lib. I, cap. LXIV.

(5) *Id. Ibid.*

(a) ¡Pisistrato y Robespierre, Megacles y Tallien! Pido perdon al lector por semejantes incoherencias, asegurando que me ha sido muy doloroso el volver á leer estas páginas. Acaso habrá alguna afinidad en esos retratos, mas el parecido no es exacto.

(6) PLUT., *in Solon.*

(7) HEROD., lib. I, cap. LIX y LXIV.

(8) PLUT., *in Solon.*

(9) JUSTIN., lib. II, cap. VIII.

(10) PLUT., *in Solon.*

cambiando por tercera vez de partido le puso en la precision de volverse á expatriar. Dos veces las tempestades que suelen formarse alrededor de los tiranos derribaron á Pisistrato de su trono, y dos veces el pueblo lo volvió á colocar con su propia mano (1). El fin de su carrera fue mejor que lo que podia esperarse, pues terminó tranquilamente sus dias en Atenas dejando á sus dos hijos la usurpada corona (2). Por lo demás esas diversas facciones habian á su vez, segun las eventualidades de la fortuna, llenado los paises extranjeros de emigrados atenienses. Al morir Pisistrato se hallaban los moderados y los aristócratas diseminados por varias ciudades de la Grecia (3) y no tardaremos en verles desempeñar en ellas el mismo

DRACON.

papel y con igual resultado que los constitucionales y aristócratas de Francia representaron tan desgraciadamente en Europa.

CAPITULO XI.

HIPARCO E HIPIAS.—ASESINATO DEL PRIMERO.—COMPARACIONES.

Hipias é Hiparco subieron al trono en medio de los aplausos de la multitud. Gobernando con discrecion (4) y siendo frugales en su modo de vivir (5), puede decirse que tuvieron aquellas virtudes oscuras que la envidia perdona, y aquellos amables defectos en que el odio no halla medio de cebarse. Tal vez habrian logrado trasmitir el cetro á su posteridad, tal vez el cambio de un solo eslabon en la cadena de los pueblos habria alterado la faz del mundo antiguo y moderno,

(1) HEROD., lib. I, cap. LXIV; ARIST., lib. V, *de Rep.*, capítulo XIII.

(2) *Id. Ibid.*
(3) HERODOT., lib. V, cap. LXII.
(4) THUCYD., lib. VI, cap, LIV.
(5) ATHEN., lib. XII, cap. VIII.

si a fatalidad que arregla los imperios, no hubiese dispuesto de otro modo la serie de los sucesos (a).

Habiendo Hiparco sido insultado por un valeroso jóven ateniense llamado Harmodio, tomó venganza haciendo sufrir públicamente una afrenta á su hermana (1). Harmodio juró con su amigo Aristogiton quitar la vida á los tiranos de su patria (2). No confiaron su proyecto sino á unas pocas personas leales, contando para el momento de la ejecucion con lo principios políticos de unos, las pasiones de otros, y con el secreto placer que los mas experimentan al ver sufrir las amarguras de la suerte á las personas que en otro tiempo les habrian parecido dichosas. Por amor de la humanidad conviene olvidarse de que el vicio y

PISISTRATO SE PRESENTA AL PUEBLO CUBIERTO DE HERIDAS.

la virtud no pocas veces conducen á unos mismos resultados (b).

Estando fijado el momento de la ejecucion para el dia en que se celebraban las fiestas llamadas Panateneas, los asesinos fueron al sitio convenido, mataron á Hiparco y no pudieron saciar su venganza en Hipias, porque consiguió fugarse. Mejor le hubiera sido, sin embargo, el participar de la suerte de su hermano! Puesto Aristogiton en cuestion de tormento, acusó pérfidamente á los amigos mas queridos de Hipias (3), que en el acto fueron entregados á los verdugos. La amistad ofreció ese sacrificio tan ingenioso como terrible á los manes de Harmodio, á quien los satélites del tirano habian despojado de la vida.

Desde entonces Hipias, desengañado de que los favores nada conseguian en el corazon humano, no quiso deber la seguridad de su persona mas que á los actos de su barbarie (4). Atenas se llenó de proscripciones: pusiéronse en juego los tormentos mas horribles, y las mujeres de aquella época se distinguieron como en la nuestra por la constancia mas héroica (5). Viéndose á cada paso amenazados de muerte los ciudadanos, se dieron prisa en abandonar de tropel aquella patria; pero siendo mas dichosos que los emigrados franceses, pudieron llevar consigo sus riquezas y por consiguiente (6) su virtud (c). Asi es como hemos visto multiplicarse los asesinatos en nuestra patria, y huir de ella bandadas de ciudadanos que iban á incorporarse con sus desgraciados compatriotas en otras regiones extranjeras, cuando despues del supuesto asesinato de uno de los satélites de Robespierre, se creyó el monstruo obligado á renovar su furor.

(a) Otra vez la *fatalidad*; no tardaremos en consolarnos con un acento de la religion. (N. ED.)

(1) THUCYD., lib. VI, cap. LVI.

(2) *Id.*, *Ibid.*—PLUT., *in Hipparc.*, p. 229.

(b) Esto es horrible, y solo puede considerarse como la imprecacion de un jóven que se cree próximo á la muerte, y que no ha sufrido mas que desgracias que cree no haber merecido. Rasgos como este son mucho menos disculpables que las tontas impiedades de este libro, que por otra parte deben ser imputadas al espíritu de la época en que se escribió el *Ensayo*. (N. ED.)

(3) SENEC., *de Ira*, lib. II, cap. XXIII.

CAPITULO XII.

GUERRA DE LOS EMIGRADOS.—FIN DE LA REVOLUCION REPUBLICANA EN GRECIA.

Los desterrados acudieron á las potencias vecinas solicitando que les restablecieran en el uso de sus

(4) THUCYDID., lib. VI, cap. LIX.

(5) *Id. Ibid.*

(6) HEROD., lib. V.

(c) Amarga ironía. (N. ED.)

derechos. Mezclaron con su propio interés el interés de la religion (1) y el de un pueblo que representaban como oprimido por los tiranos. Los Lacedemonios tomaron las armas en favor suyo (2), y fueron por de pronto rechazados por los atenienses hasta que una casualidad les dió por último la victoria. Habiendo caido en manos de los lacedemonios los hijos de Hipias, este que antes que rey se consideraba padre, consintió rescatarlos á costa de su abdicacion, y se avino á expatriarse antes del término de cinco dias. Esa caida arranca lágrimas: no es agradable ver que un tirano concluye su carrera por un rasgo del que muchos hombres que se reputan honrados no serian tal vez capaces.

En la retirada de Hipias puede fijarse la época de los buenos dias de la Grecia y el fin de la revolucion republicana: pues aunque en Atenas (3) se suscitaron alguna que otra vez facciones á manera de las espumas que despues de una larga tempestad suelen aparecer en la superficie de los mares, no tardaron en desaparecer. Conviene asimismo tener presente que los lacedemonios, que al armarse en favor de los émigrados, no se habian propuesto otro objeto que apoderarse del Atica, trataron al ver frustrados sus planes de restablecer en el trono al mismo que con sus armas habian derrocado (4). ¡Tan poco crédito merecen esas grandes palabras de justicia universal y de filantropía! La naturaleza ha grabado con su propia mano en el corazon del hombre el deseo de libertad, y la tiranía y libertad para nosotros, esclavitud para los demás, tal es la divisa del género humano (a).

La reinstalacion del tirano de Atenas, propuesta por los espartanos en el consejo de los anfictiones, fue desechada con indignacion. El desgraciado Hipias se retiró entonces á la córte del sátrapa Artafernes, desde donde atrayendo las armas del gran rey contra su patria, no hizo mas que consolidar la república que intentaba destruir.

Este fue uno de los primeros príncipes que habiendo descendido de la categoría de monarca á la humilde condicion de particular, fue arrastrando de país en país su malhadada existencia á cargo de la tierra, teniendo que devorar en todas partes la insolencia ó la conmiseracion de los hombres (b).

Aquí termina como ya lo he hecho observar anteriormente la revolucion popular en Grecia. Mas antes de pasar á los caracteres generales y á la influencia de esta revolucion en los demás paises, es necesario volver á tratar de Esparta.

CAPITULO XIII.

ESPARTA.—LOS JACOBINOS.

Esparta aparece como un fenómeno en medio del mundo político. En ese país encontramos la causa del gobierno republicano, no en las cosas, sino en el mas insigne talento que los siglos han producido. La fuerza intelectual de un solo hombre produjo aquellas nuevas instituciones de las que puede decirse que salió un mundo nuevo. No entra en mi plan el repetir aquí lo que mil publicistas han dicho ya acerca de Lacedemonia. He aquí, pues, únicamente algunas reflexiones que se enlazan con mi asunto.

El trastorno general que los franceses y sobre todo los jacobinos, intentaron verificar en las costumbres de la nacion, destruyendo la propiedad, trasportando las fortunas, cambiando los usos y hasta el mismo culto de la Divinidad, no ha sido mas que una imitacion de lo que Licurgo hizo en su patria. Mas lo que fue posible en un país de poca poblacion y muy próximo al estado de la naturaleza, ¿era, por ventura, practicable en un antiguo reino de veinte y cinco millones de habitantes? Se dirá que el legislador griego transformó en ciudadanos virtuosos á unos hombres sumergidos en toda clase de vicios, y que otro tanto pudo hacerse en Francia. Pero muy distantes estan de ser idénticos ambos casos. Los lacedemonios padecian la inmoralidad de un pueblo que existe sin formas civiles: inmoralidad que mas bien puede llamarse desórden que corrupcion: una sociedad semejante se metamorfosea de golpe al someterse al influjo de una constitucion, porque conserva toda la fuerza primitiva, toda la elasticidad, digámoslo asi, de una materia que no ha perdido aun su vigor. Los franceses tenian toda la corrupcion de las leyes, y ademas la inmoralidad de un antiguo pueblo sometido desde hace mucho tiempo á un gobierno regular. En tal caso la materia ha perdido ya su elasticidad, y en vez de prestarse á la impresion de nuevas leyes, se quiebra por todas partes.

Hay tambien que advertir que las grandes innovaciones que Licurgo llevó á cabo en Lacedemonia, gravitaron mas bien en el órden de cosas morales y civiles, que en las políticas. Instituyó las comidas públicas y ciertas asambleas que reuniendo todas las condiciones de los *clubs* modernos, servian únicamente para hablar de política (5); desterró el oro y las ciencias; arregló las requisiciones de hombres y propiedades (6); hizo una reparticion de terrenos, estableció la comunidad de la prole (7) y casi tambien la de las mujeres (8). Siguiéndole los jacobinos paso á paso en estas violentas reformas, se empeñaron en destruir el comercio y las letras, establecer gimnasios, comidas patrióticas y clubs; quisieron obligar á las doncellas á recibir esposos (9); no se olvidaron de poner en práctica las requisiciones, y se disponian á promulgar leyes agrarias.

Aquí concluye la imitacion. El sabio lacedemonio no hizo ninguna innovacion religiosa, y dejó á sus compatriotas sus dioses, sus reyes y sus asambleas populares (10), que desde época inmemorial acostumbraban celebrar con el resto de la Grecia. No hizo vibrar á un mismo tiempo todas las fibras del corazon humano, rompiendo imprudentemente todas las preocupaciones; supo respetar lo que era digno de respeto, y tuvo buen cuidado de acometer su empresa

(1) HERODOT., lib. v.
(2) *Id, Ibid.*
(3) *Id. Ibid.*, cap. LXVI.
(4) *Id. Ibid.*

(a) No quisiera haber dicho verdad: me es grato suponer que he calumniado la especie humana. Por mí parte sé que al pedir independencia para mí, la reclamo tambien para los demás.

(b) Si se suprimieron de esta historia de los Pisistratidas algunas frases relativas á la revolucion francesa y á sus agentes; no careceria tal vez de interés y de ulteriores miras: el tono que en ella domina es grave, al par que triste. (N. ED.)

(5) PLUT., *in Lyc*; PAUSANIAS, lib. III, cap. XIV, p. 240. ISOCR., *Panath.*, tit. II. Cuanto mas se estudian las leyes de Licurgo, tanto mas imposible parece que pueda hacerse ya nada nuevo en política, pues su talento extraordinario no omitió cosa alguna de cuantas pueden interesar al hombre, desarrollar sus facultades, é influir en sus pasiones. Licurgo y Newton han sido á manera de dos divinidades de la especie humana. (N. ED.)

(6) XENOPHON., *de Rep. Laced.*, p. 681.
(7) PLUT., *Ibid.*
(8) *Id. Ibid.*

(9) Bien sabidos son los decretos propuestos en la Convencion para obligar á las mujeres de los emigrados, y las jóvenes que llegaban á cierta edad á casarse con los que entonces se llamaban ciudadanos. Un sugeto de cuya veracidad no puedo sospechar, me ha referido que durante el mas violento período de la persecucion de Robespierre solian entrar en los calabozos donde estaban hacinadas las mujeres y las hijas de los emigrados, algunos hombres perversos que tenian valor para decirles: Ciudadanas, mañana á la guillotina... Pero aun os queda un medio de salvaros: casaos con nosotros, etc. acompañando estas palabras con gestos y expresiones, cuyo solo recuerdo estremece, al meditar los crímenes de que el hombre es capaz.

(10) PLUT., *in Lyc.*

en medio del trastorno de guerras que engendran toda clase de inmoralidades. Cierto es que tuvo que vencer obstáculos sin cuento: no faltó ocasion en que tuvo que emplear hasta una especie de violencia (1); mas no derramó en el patíbulo la sangre de sus conciudadanos para convencerles de la superioridad de sus nuevas leyes; lejos de eso llegó hasta mostrar cariño á los que con descompasada energía se atrevieron á oponerse á sus innovaciones (2). Tal vez sea este cuadro uno de los asuntos mas curiosos y de mas alto interés que en los fastos del universo se presentan. ¿Qué puede haber en efecto mas interesante que encontrar en este pasaje el plan original del admirable edificio tan desastrosamente copiado por los jacobinos? Bien merece la pena de que nos detengamos un momento á deducir útiles lecciones. En los capítulos siguientes iré comparando el cuadro de las reformas hechas por los jacobinos con el de las llevadas á cabo por Licurgo, que sirvieron de modelo á las primeras, y de las que acabo de dar una sucinta relacion. No obrando de este modo, seria imposible formarse una idea exacta de las relaciones y diferencias de ambos sistemas, considerados bajo el aspecto del tiempo, lugares y circunstancias: hecho esto, el mismo lector podrá fallar acerca de las causas que consolidaron la revolucion en Esparta, y acerca de las que influiran para sostenerla ó destruirla en Francia. El que lee la historia se parece al que viaja por el desierto al través de aquellos bosques fabulosos que en los tiempos mitológicos se suponian dotados de la facultad de predecir (a).

CAPITULO XIV.

CONTINUACION.

Si bien se propusieron los jacobinos por modelo á Licurgo, partieron sin embargo de un principio enteramente opuesto. La gran base de su doctrina era el sistema de perfeccion (3) que yo desarrollaré en lo sucesivo, á saber, que los hombres llegaran algun dia á un estado de pureza desconocida en la actualidad, tanto por lo relativo al gobierno, como por lo concerniente á las costumbres (b).

El primer paso que habia que dar hácia ese sistema era el establecimiento de una república. Los jacobinos, á quienes ciertamente no se les puede negar la horrible alabanza de haber sido consecuentes en sus principios, habian comprendido que el vicio radical existia en las costumbres, y que en el estado moral de la nacion francesa, esto es, con la desigualdad de fortunas, con las diferencias de opinion, con las ideas religiosas, y con otros mil obstáculos, era imposible pensar en una democracia sin verificar una revolucion completa en el órden moral (c). ¿Dónde podria encontrarse el talisman capaz de allanar tan insuperables dificultades? En Esparta, ¿qué costumbres podrian substituir á las antiguas? Las mismas que Licurgo puso en lugar de los antiguos desórdenes de su patria. El plan estaba, pues, trazado: los jacobinos no tenian que hacer mas que seguirlo. Pero, ¿cómo habian de poder ejecutarlo? Al promulgarse en Lacedemonia las nuevas leyes, el país disfrutaba de una paz profunda. A Licurgo le habia sido fácil hacer que los propietarios de un pequeño país consintieran de grado ó por fuerza en la particion de las tierras y en la igualdad de condiciones: le era fácil mandar armamentos en masa y requisiciones forzosas para las guerras que en lo sucesivo ocurrieran, cuando todo en su alrededor estaba tranquilo, y por último podia tambien transformar fácilmente la monarquía en gobierno popular, tratandose de un país que poseía anticipadamente los elementos de este último. ¡Qué diferencia de tiempos y de circunstancias entre la época de la reforma lacedemonia y aquella en que los jacobinos pretendian introducirla en Francia! Veíase este país atacado por la Europa entera, desgarrado por las guerras civiles, agitado de mil facciones, sus plazas fronterizas perdidas ó sitiadas, sin ejército, sin mas recursos que una clase de papel desacreditado que por momentos acababa de desvirtuarse, con el desaliento en todas las clases, y por último amenazado del hambre. Esa era la situacion que presentaba la Francia cuando algunos hombres pensaban entregarla á una revolucion general. Preciso era remediar esa complicacion de males; preciso era establecer como por milagro la república de Licurgo en un pueblo envejecido en la monarquía, inmenso en su poblacion, y corrompido en sus costumbres, y salvar á un mismo tiempo sin ejércitos á un gran país, afeminado en la paz y estenuado por las convulsiones políticas de la invasion de ciento cincuenta mil hombres de las tropas mas aguerridas de Europa.

Solo aquellos delirantes pudieron discurrir medios y lo que es aun mas increible llegar en parte á realizarlos: abominables eran sin duda alguna aquellos medios; pero preciso es tambien confesar que la concepcion fue una idea gigantesca. Aquellos espíritus sublimados, por decirlo asi, en el fuego del entusiasmo republicano, y reducidos por sus escrutinios depuratorios (4), á la quinta esencia del crímen, desplegaron repentinamente una energía sin ejemplo, y

(1) Id., Ibid.
(2) Plut., *in Lie.*
(a) Esparta y los jacobinos! Sin embargo, la comparacion establecida en este capítulo, puede hablando con todo rigor sostenerse, pues no hay duda que los semi-literatos que fueron los primeros caudillos de los jacobinos afectaron imitar á Roma y á Esparta, segun lo acredita la nomenclatura que tomaron de los hombres y las cosas de esos paises. Los capítulos siguientes que saliendo de las comparaciones generales entran á comparar detalles, caen en esas semblazas inoportunas que he criticado ya tantas veces en estas notas; pero al mismo tiempo estan escritas con tal afluencia de indignacion, con tanto vigor de odio al crímen, que bien puede perdonárseles lo que tienen de absurdo en su sistema de composicion. Tambien me parece que el estilo se eleva en esos capítulos, y puede compararse con lo menos malo que he escrito en politica ó historia durante las últimas épocas de mi vida. Las personas que desenterraron el *Ensayo* para echármelo en cara, no lo habian sin duda leido todo. Es probable que los que me han obligado á presentar contra mí mismo ese documento justificativo, no quedaron tal vez enteramente satisfechos. (N. ED.)
(3) Este sistema (mas ó menos adoptado por los demás revolucionarios, pero que exclusivamente pertenece á los jacobinos), sobre el cual se desarrolló toda la revolucion, es muy poco conocido del público. Los iniciados en ese gran misterio, se lo ocultaban religiosamente á los profanos. Creo ser el primer escritor de actualidades que ha arrancado la máscara al ídolo. Yo tuve ocasion de oir ese secreto de boca del mismo Champfort, á quien se le escapó en cierta ocasion que fui á visitarle. Ese sistema de perfeccion ha merecido mucho aplauso en Inglaterra entre los miembros de la Societé Correspondante. Los S. S. T. y H. han adoptado segun parece, los mismos principios, asi como el autor del libro titulado Justicia general, obra, que á pesar de mi divergencia de opiniones con las del autor, no puedo menos de decir que revela ideas poco comunes en política. Se encontrará todo lo que tiene relacion con esta interesante circunstancia en la segunda parte del libro V de este *Ensayo*.
(b) No es falso este sistema sino por lo tocante á las costumbres. (N. ED.)
(c) Los jacobinos carecian de talento para combinar un plan con arreglo á estas bases; yo les supongo talento, cuando no deberia suponerles mas que crímenes, que alguna vez han producido tambien inmensos resultados. Tampoco estoy acertado en atribuir á un puñado de hombres sanguinarios lo que debe atribuirse á toda la nacion: la defensa de la patria. Hago demasiado honor á unos perversos asociándolos á una gloria que apenas basta á sofocar con su esplendor tan abominable recuerdo. (N. ED.)
(4) Sabido es que los jacobinos en ciertas épocas periódicas expulsaban de su seno todos los miembros que contemplaban como sospechosos de moderantismo ó de humanidad: eso es lo que ellos llamaban *escrutinio depuratorio*.

consumaron atentados que sobrepujan en enormidad á cuantos se presentan en la historia.

Conocieron que para obtener el resultado que se proponian, no podian serles útiles los sistemas de justicia, ni los axiomas comunes de humanidad, ni todo el círculo de los principios adoptados por Licurgo, y por lo tanto, se propusieron seguir un rumbo opuesto. Esperar que la muerte hiciera desaparecer los grandes propietarios, ó que estos consintieran en despojarse; que los años desarraigasen el fanatismo, ó vinieran á cambiar los usos y costumbres; que el ejército se fuera reemplazando con nuevos reclutamientos; todo eso les pareció de éxito poco seguro y demasiado lento, y como si el establecer la república y el defender el país, fuesen empresas, que acometidas separadamente no se acomodaran á la magnitud de su ardimiento, resolvieron acometer las dos á un mismo tiempo.

Seguros de la adhesion de la guardia nacional, colocados en sus respectivos puestos los agentes que en todos los ángulos de la república habian de intervenir en la obra, y dada la palabra de paso á todas las sociedades secretas, tapándose los monstruosos ejecutores del plan los oidos, mas bien dicho, embotando cuanto les fue posible su sensibilidad dieron la espantosa señal que debia reanimar las cenizas de la antigua Esparta. La nacion creyó oir el pavoroso eco de la trompeta del ángel exterminador; los monumentos de los hijos de los hombres se derrocaron sobre sus cimientos: entreabriéronse las tumbas como para devorar las nuevas presas.

CAPITULO XV.

CONTINUACION.

Mil ensangrentadas guillotinas aparecieron simultáneamente en todas las poblaciones de Francia. Entre el estrépito del cañon y el redoble de los tambores el ciudadano se dispertaba á media noche y recibia la órden de marchar al ejército, y en tanto que creyéndose víctima de la ilusion de un sueño, duda y vacila en lo que ha de hacer, sus ojos se fijan en los pálidos rostros y en los mutilados cuerpos de los infelices que tal vez no rehusaron obedecer á la primera intimacion, sin tener el triste consuelo de dar el postrer adios á su familia! ¿Qué podrá hacer en tal conflicto? ¿A quién podrá reunirse para evitar la requisicion? (1) Cada ciudadano ha sido cogido aisladamente; no hay medio de defensa. Por una parte es inevitable la muerte, por la otra ve pasar grupos de voluntarios que huyendo del hambre, de la persecucion, y de la intolerancia del interior, van al ejército, ébrios de vino, de himnos (2) y de juventud á buscar pan y libertad. No hallando, pues, mas que un solo camino para evitar la guillotina que no se aparta de su vista, se lanza por él y marcha al ejército con el corazon abrumado de desesperacion. Al llegar á la frontera la necesidad de defender su vida, el valor natural á su raza, la volubilidad y entusiasmo de su carácter, la buena paga que goza, (3) el alimento abundante, el tumulto, los azares de la vida militar, las mujeres, el vino y su condicion naturalmente dispuesta á la alegría, le hacen olvidar que ha sido violentamente arrancado de sus hogares, y por último llega á convertirse en un héroe. Asi es como el rigor y las recompensas crean ejércitos como por encanto. Una vez dado el primer ejemplo de obediencia á las requisiciones, los hombres cediendo al impulso de imitacion, y desentendiéndose de sus propias opiniones, siguen precipitadamente los pasos de los demás.

Estos fueron los rudimentos de la fuerza militar, pero era preciso darles organizacion. Un comité, cuyos talentos, segun dicen, no pudieron ser excedidos sino por los crímenes, se ocupó en dar union á esos cuerpos disgregados, y no se crea que para eso se consultaron las tácticas de los Julio César ni los Turennes; nada de eso. Todo debia ser enteramente nuevo en un mundo de nueva creacion. Ya no se trataba de salvar la vida de un hombre, ni de dejar de dar una batalla, cuando la pérdida pudiera ser por lo menos recíproca: todo el arte se redujo á un cálculo de masas, de velocidad y de tiempo. Los ejércitos se precipitan en número duplicado ó triplicado con respecto á las masas: los soldados de artillería viajan en posta de Niza á Sila por lo tocante á la velocidad, y todas las horas son á propósito para caer sobre el enemigo: quedan, pues resueltos los tres problemas. ¿Se perderán diez mil hombres para tomar una posicion? ¿Será preciso atacar viente veces y veinte dias seguidos un reducto? (4) ¿Qué importa si por último se consigue la victoria? Fácil es hacer conquistas cuando no tiene ningun valor la existencia de los soldados. ¿No son conducto seguro los desertores y los espías? En medio del campo raso van los ingenieros á estudiar los flancos mas débiles de los ejércitos enemigos y á asegurar la victoria á despecho del secreto y del talento. El telégrafo hace volar las órdenes: la tierra cede su salitre y la Francia vomita innumerables legiones.

CAPITULO XVI.

CONTINUACION.

Al paso que los ejércitos se organizaban, iban poblándose las cárceles con todos los propietarios de la nacion. En unas partes los ahogaban á millares (*en Nantes*): en otras abrian las puertas de los calabozos llenos de víctimas, y descargaban sobre ellas cañones cargados con metralla, (*en Lyon*). El cuchillo de la guillotina no descansa de dia ni de noche. La accion de esta máquina de destruccion pareció demasiado lenta en concepto de los verdugos; no faltaron artistas que inventaron otras capaces de cortar muchas cabezas de un solo golpe (*en Arras*). Preciso fue cambiar el sitio donde se hacian las ejecuciones, pues ya no era practicable el paso por las plazas públicas inundadas de sangre: no cabian ya los cadáveres en los inmensos fosos que se habian abierto á propósito; hubo que abrir otros nuevos (5). Ancianos octogenarios, niñas de diez y seis años, padres, madres, hermanos, hermanas, maridos, esposas, todos confusamente caen en un horrendo monton, cubiertos los unos con la sangre de los otros..... De esta manera consiguieron los jacobinos cuatro objetos cardinales para el establecimiento de la república: destruyeron la desigualdad de condiciones, nivelaron las fortunas, aumentaron la hacienda pública apropiándose los bienes de los sentenciados, y se captaron la adhesion del ejército, lisonjeándolo con la esperanza de ponerlo algun dia en posesion de aquellos bienes.

Sin embargo, el pueblo que no oye hablar mas que de conspiraciones, de perfidias y de invasion, aterrado por sus propios amigos, y creyéndose puesto so-

(1) Ya hemos dicho que la idea de las requisiciones se tomó de Esparta. Todos los ciudadanos estaban obligados á servir á la patria desde los veinte á los sesenta años. En caso de urgencia, los reyes y los eforos podian requisar caballos, esclavos, carros, etc. (V. PLUTARCO Y JENOFONTE).

(2) Los himnos de Tirteo en Esparta, y los de Lebrun y Chenier en Francia.

(3) La paga está demás. No pocas veces se batieron los soldados republicanos sin paga y sin vestidos. Solo en tiempo del Imperio principiaron las fortunas militares.

(4) En Esparta el general que salia mal de un primer combate estaba obligado á volverlo á dar. (JENOFONTE, Historia de Grecia).

(5) Véanse los *Mensages á la Convencion*.

bre una mina próxima á estallar, cayó en una especie de estúpido terror. Ya lo habian previsto los jacobinos (a). Entonces le pidieron su alimento y el pueblo se lo dió; su vestido, y el pueblo se despojó de él; su vida, y el pueblo la entregó sin dar una señal de sentimiento (1). Vió el pueblo que los templos se cerraban; vió caminar sus ministros al patíbulo, vió que su antiguo culto quedaba proscripto bajo pena de muerte. Dijéronle que no temiera las venganzas del cielo sino la guillotina, y al mismo tiempo le proponian que adorara virtudes, en cuyo obsequio se instituyeron públicas solemnidades, en las que unas jóvenes vestidas de blanco y coronadas de rosas, entretenian la estúpida curiosidad de la multitud, cantando himnos en honor de los dioses (2). Llegó aquel desgraciado pueblo en medio de su estupefaccion á no saber dónde, ni cómo existia. En vano se ofrecian alguna vez á su memoria recuerdos de sus antiguas costumbres; nada de ellas existia ya. Parece que una nacion extranjera extrañamente vestida (3), ha invadido el suelo patrio, y reemplazado á la antigua generacion. Si recuerda sus antiguos dias festivos y sus acostumbrados deberes, oye resonar en su oido otros nombres cuyo significado apenas puede comprender. No figura ya el domingo en el catálogo de los dias. Presume el pueblo que aquel estado de angustia cesará al principiar el año nuevo. ¡Vana esperanza! Como si para siempre hubiese sido condenado á tal cúmulo de miserias, los meses han cambiado de nomenclatura, y el tiempo ha variado su sucesion cronológica, de modo que no parece sino que el efecto de la revolucion politica ha influido hasta en la revolucion periódica de los astros. Anda sobre su suelo nativo el triste pueblo como desencaminado en una tierra de prodigios, temiendo extraviarse al atravesar calles y plazas, cuyos nombres le son desconocidos (4).

Si tales innovaciones perturbaban su cabeza, no eran menos extrañas las ideas que acababan de trastornar su corazon. La lealtad, la constancia, el amor á los hijos, el respeto á la religion, todos esos nobles afectos que desde su infancia estaba *acostumbrado* á considerar como muy buenos, no son, segun le dicen ahora, mas que vanas quimeras de que los tiranos se aprovechan para tener en sujecion á los esclavos. No debia un republicano (5) tener amor, ni lealtad, ni respeto mas que á la patria. Resueltos finalmente los jacobinos á producir un cambio total en la sociedad, y sabiendo que la educacion es lo que forma al hombre, pusieron á los ciudadanos en la precision de enviar sus hijos á los colegios militares, en donde se les nutrió de hiel y de odio contra toda clase de gobiernos, y preparándolos por medio de una educacion á lo espartano (6), se les puso en disposicion de emprender la conquista del mundo, enseñándoles á cambiar los mas dulces afectos de la naturaleza por la ferocidad de los tigres, ó las virtudes de unos seres cuyo corazon fuera de metal.

A tal estado habia quedado reducido el infeliz pueblo traqueteado por las poderosas manos de aquella faccion, transportado sin saber cómo á un nuevo mundo, aturdido con el clamor de las víctimas y los cánticos de victoria que resonaban en todas las fronteras, cuando Dios fijó una mirada sobre la Francia, y precipitó otra vez los monstruos en el abismo (7).

CAPITULO XVII.

FIN DEL ASUNTO.

Acabamos de ver lo que fueron los jacobinos. Mucho se ha hablado acerca de ellos, y sin embargo son pocas las personas que los conocieron. La mayor parte de estas se contentan con declamar y revelar los vicios de aquella sociedad, sin dar noticia del principio general que era el móvil de todas sus acciones. Ese principio consistia en el sistema de perfeccion para el cual era preciso restaurar las leyes de Licurgo.

Hemos concedido demasiado á las pasiones y á las circunstancias. Un rasgo distintivo de nuestra revolucion es, que es preciso admitir la vía especulativa y las doctrinas abstractas como causa infinita en sus efectos. La revolucion fue producida en parte por los literatos que habitando, por decirlo asi, mas en Roma y en Atenas que en su patria, trataron de resucitar en Europa las costumbres antiguas (8). Por este ligero

(a) Los jacobinos nada habian previsto: sacrificaban al pueblo solo por sacrificarlo. La revolucion era un combate entre lo pasado y lo presente, solo se pensaba en triunfar sin pensar en lo que se haria despues de la victoria. (N. ED.)

(1) Requisiciones de Esparta.

(2) Para sustituirlo con el culto de la Grecia.

(3) El gorro de los hombres y la casi desnudez de las mujeres eran tambien imitacion de Esparta, aunque podrian haberlo sido asimismo de otros paises.

(4) Muy conocidas son las variaciones que se hicieron en la nomenclatura de los meses, de las calles, etc.

(5) En esto se echa particularmente de ver toda la moral de Licurgo, pero pervertida y acomodada á su manera.

(6) Los gimnasios. Sabido es que el carácter dominante de Esparta era el odio á las demás naciones, y el espíritu de ambicion. «¿En dónde fijareis vuestras fronteras, le preguntaron á Agecilao? En la punta de nuestras picas», contestó el Lacedemonio. Los republicanos franceses habrian respondido tal vez: «En la punta de nuestras bayonetas».

(7) No falta quien se ha reido de la minuciosidad con que los franceses trataron de cambiar su traje, costumbres é idioma; pero es indudable que obraban con arreglo á un plan vasto y meditado. Los que saben la influencia que ejercen en el corazon humano unas palabras frívolas en apariencia cuando recuerdan costumbres antiguas, placeres ó penas comprenderan la profundidad de semejante plan.

Cuando se considera las grandes empresas llevadas á cabo por los jacobinos, los descubrimientos de historia natural que durante su dominacion se hicieron, y los eminentes generales que se formaron en su escuela, no se puede menos de confesar que aquellos monstruos escapados del infierno trajeron consigo parte de los talentos diabólicos. No ignoro que desde su caida se esfuerza el partido reinante en representarla como unos imbéciles é ignorantes; pero puede calcularse el vigor de ese partido por los sacudimientos que ahora mismo está dando al gobierno.

No vaya á creerse que tengo la locura de afirmar que los jacobinos pretendieron reproducir materialmente el siglo de Licurgo en Francia: lo que quiero decir es que los caudillos de aquel partido aspiraron á una severa reforma, y que encontraron trazado en la historia de Esparta el plan que debian seguir. Algunas veces he sentido que el magnífico cuadro que tales sucesos presentan no haya sido delineado por manos mas hábiles que las mias.

(8) No se crea que me expreso así para insultar á ningun literato francés. Nunca será la diversidad de opiniones un motivo que me impida respetar los talentos. Aun cuando no fuera mas que por las relaciones que en otros tiempos tuve con algunos de aquellos hombres célebres, sabria en la actualidad contenerme en los límites del decoro.

Siempre me será grato recordar que algunos de ellos que gozan de merecida celebridad, como Mr. de La Harpe, se dignaron alentar los esfuerzos de un jóven que no tenia otro mérito mas que su sensibilidad. La desgracia nos hace ser injustos, y nosotros, los emigrados no tenemos razon en despreciar la literatura de aquella época. Ademas del autor que he citado, recuerdo con singular placer los nombres de Bernardino de Saint-Pierre, Marmontel, Fontannes, Parny, Lebrun, Guinguené, Hins, Semierre, Collin d'Harleville, etc. etc. Los señores Fontannes, Lebrun y otros muchos no parece sino que duplicaban sus talentos en proporcion que se aumentaban los males que aflijian á sus compatriotas.

Parece que la poesía adquiere nuevo brillo entre las ruinas de los imperios, asi como algunas flores se complacen en cubrir las ruinas de los edificios.

Por otra parte, los literatos que permanecieron en Francia, han juzgado con demasiada acrimonia á los que emigraron. Tampoco tengo la dicha de conocer á estos, pero no cabe duda que los señores Peltier, Rivard, etc., ocupan un puesto distinguido en la literatura francesa. Los señores d' Ivernois y Mallet du Pan no son franceses, mas como han es-

bosquejo he procurado abrir una senda á los escritores que vendran en pos de mí. ¡Cuántas cosas me faltan aun que decir! Mas el tiempo, la salud y mi estilo, me van precipitando hácia la conclusion de la obra.

Desde que hemos puesto el pié en esta senda, abundan sobremanera en nuestro alrededor lecciones y ejemplos. Atenas nos ha hecho ya ver sus facciones en el tiempo de Pisistrato y la catástrofe de su hijo; Esparta en la organizacion de sus leyes acaba de presentarnos maravillosas semblanzas. Cuanto mas avancemos en este inmenso asunto, tanto mas interesante lo encontraremos. Hemos visto el establecimiento de los gobiernos populares entre los griegos; ahora vamos á comparar el talento de aquellos con el de los franceses, y el estado de las luces é influencia de la revolucion sobre la Grecia y sobre las naciones extranjeras, y por último, de la situacion política y moral de estos pueblos en aquella época.

CAPITULO XVIII.

CARÁCTER DE LOS ATENIENSES Y DE LOS FRANCESES.

¿Qué pueblos fueron en ningun tiempo mas amables que las brillantes naciones del Atica y la Francia? Al quedarse encantado el extranjero entre las delicias de la antigua Atenas y París, nunca encontró mas que corazones compasivos y bocas siempre dispuestas á sonreirle. Los veleidosos habitantes de esos dos emporios del buen gusto y de las bellas artes, no parece que han recibido la existencia sino para dejarla pasar en el seno de los placeres. Sentados en espléndidos festines (1) podreis ver á los ciudadanos de esas capitales riéndose con finura (2) de sus propios defectos y de los de sus príncpes (3), hablando á un mismo tiempo de política y de amor, de la existencia de Dios, y del triunfo alcanzado por la comedia que acaba de ponerse en escena (4), animando la conversacion con todas las gracias de la sal ática, y alternándola con canciones de Anacreonte y Voltaire entre amores, flores y vino (5).

¿Mas á dónde corre ese pueblo furioso? ¿De qué provienen esos alaridos de rabia en los unos y de desesperacion en los otros? ¿Qué víctimas son esas degolladas sobre el altar de las Eumenides (6)? ¿Qué corazon es el que esos monstruos han devorado con su ensangrentada boca (7)?... Esos monstruos son los mismos hombres que haciendo alarde de profesar los principios de Epicuro danzan alegremente, y por la noche asisten á las farsas de Thespis (8) y al baile de la ópera.

Siendo á un mismo tiempo oradores, arquitectos, escultores y apasionados de todas las bellas artes, amando su existencia y estando llenos de dulzura y humanidad, parece que no han sido creados (9) por la naturaleza mas que para estar adormecidos entre las dulzuras de la sociedad y de la paz. Mas si llega á resonar el eco de una marcial trompeta, todo aquel pueblo de mujeres se levanta presuroso. Arrancándose de la voluptuosidad de los festines y de los brazos de las cortesanas (10), se entrega á las mas duras fatigas de la guerra: pasando las noches en el campo raso y careciendo hasta de alimento, se lanza sonriendo (11) contra innumerables ejércitos de veteranos, y los dispersa cual manadas de tímidas ovejas (12). Hasta el gobierno que rige en esos pueblos participa de su carácter jovial y espléndido. ¿Qué importan los vicios? Sacrifique sus dias en la austeridad el que desee elevarse á una altura sublime; nosotros, dicen ellos, consagremos el dia de hoy á los placeres. A modo de oscuros pasajeros voguemos silenciosa y alegremente por el rio de la vida. La mejor forma de gobierno no es la mas libre, sino la que nos ofrece mas probabilidades de dulces pasatiempos (13)... ¡Cielos! ¿A qué fin condenar tantos ciudadanos á la cicuta y á la guillotina? ¿Por qué han quedado desiertos y ensangrentados esos tronos (14)? ¿Por qué huyen de su patria esas numerosas turbas de proscriptos (15)?—¿Pues qué? ¿No sabeis que eran unos tíranos que intentaban sujetar por medio de la esclavitud á un pueblo libre é independiente?

Turbulentos y veleidosos en la prosperidad; invencibles y constantes en los momentos de infortunio; con natural disposicion para todas las artes, civilizados hasta el exceso durante la calma del Estado, rudos y casi salvajes en los disturbios políticos; flotando como un buque sin lastre á merced de sus impetuosas pasiones, remontándose una vez á las nubes, y cayendo otra vez en el abismo; entusiastas de lo bueno y de lo malo, practicando la primera de estas dos cosas sin exigir recompensa, y la segunda sin sufrir remordimientos; olvidándose con tanta facilidad de sus crímenes, como de sus virtudes; amantes tan pusilánimes de la vida durante la paz, como pródigos temerarios de sus dias en el momento del combate; vanos, ambiciosos, mofadores y propensos á innovaciones, despreciadores de todo lo que no sea ellos mismos; los mas amables de los hombres, si se les considera individualmente, y los mas detestables de todos cuando se reunen en corporacion, mas inofensivos que el cordero que se deja degollar, y mas feroces que el tigre que desgarra las entrañas de su víctima: tales fueron los atenienses de los tiempos antiguos, y tales son los franceses de la actualidad (16).

crito asi como su ilustre compatriota en idioma francés, pueden los emigrados honrarse con sus ilustres talentos. La mayor parte de los miembros de la asamblea Constituyente, los Lalli, Mounier y Montlosier han escrito de un modo que hace tanto honor á su capacidad como á su corazon. Yo desearia que todos fuésemos justos, ¿pero como serlo dominando las pasiones?

(1) Æschin., *in Ctes.* Voltair., *Cuentos y miscelánneas.*

(2) Plut., *de Præc. reip. Ger.; Caract. de la Bruy.*

(3) Plut., *in Pericl., Sat. Menipp.: Noéls de la Cour., etc.*

(4) Plut., *Conv*; Jenofon., *Ibid.*, Plut., *Sept. Sapien. Conviv.*; J. J. *Confesé., y Nuev. Elois.*

(5) Anacreon., *OS.*, Volt., *Corresp. Gener.*

(6) Tucidid.

(7) Mr. de Belrunce y otros muchos. Yo mismo he visto á uno de aquellos miserables decentemente vestido llevar colgando de un ojal un pedazo del corazon del desgraciado Herselles. La horrible repugnancia de otros hechos que podrian citarse, nos obligan á pasarlos en silencio.

(8) Thespis fue el inventor de la Tragedia.

(9) Sabido es cuánto apego á la vida tenian los griegos. Antes de la revolucion no habia ningun pueblo que muriera con mas denuedo en el campo de batalla, ni mas timidamente en el lecho que los franceses.

(10) Plut., *in Pelop.*, Siglo de Luis XIV.

(11) Herodot., lib. viii, cap. xxviii.

(12) Herodot., lib. ix, cap. lxx *Memorias del general Dumourier, Campañas de Pichegru.* Estando Leonidas á punto de atacar á los persas en las Termópilas, dijo á sus soldados: Esta noche cenaremos con Pluton, y todos contestaron con una exclamacion de alegria.

(13) Atheneo. lib. xii, cap. viii; *Luis XIV, su corte y el regente.*

(14) Plat *in Hipparc., Consp. de L. F. de Orleans y de Max. Robespierre.*

(15) Herodot., lib. v.

(16) Todos estos rasgos estan tomados de los autores citados en las notas anteriores, no habiendo por mi parte añadido al retrato mas que los epítetos comprendidos desde la palabra *vanos* hasta *corporacion.* Ese prurito de ridiculizar á los demás pueblos, tal vez habrá costado tantos males á la Francia como á los mismos griegos que tambien estuvieron poseidos de esa manía. No pocas veces auxiliado del arte de la fisonomía, tan superiormente tratado por Labater, me he complacido en examinar rostros donde al través de la petulante sonrisa, de la presunta superioridad, se traslucia una alma frívola y enteramente opuesta á su aspecto exterior.

Lejos de mí la intencion de difamar el carácter francés. Cada pueblo tiene su vicio característico, y sé muy bien que si los hijos de la Francia pecan por crueldad, tambien redimen ese defecto por otras mil apreciables cualidades. Sé muy bien que son generosos, bizarros, padres indulgentes y buenos amigos: me complazco en tributarles esos justos elogios, cuanto mas se han ensañado en perseguirme (a).

CAPITULO XIX.

DEL ESTADO DE LAS LUCES EN GRECIA EN EL MOMENTO DE LA REVOLUCION REPUBLICANA.—SIGLO DE LICURGO.

Al hablar de luces en este *Ensayo* no me refiero por lo general mas que á la parte moral y política. Lo relativo á las artes, no entra propiamente hablando en mi asunto; sin embargo diré algunas palabras acerca de la influencia que esta parte pueda haber ejercido en algunos hombres, cuya historia me haya propuesto escribir.

Principiando nuestras investigaciones en el siglo de Licurgo, y concluyéndolas en el de Solon, nos encontramos desde luego con Homero y Hesiodo. No entretendré al lector con la historia de esos dos famosos poetas. ¿Quién no ha leido la *Iliada* y la *Odisea*? ¿Quién no conoce los *Trabajos y los dias*, la *Teogonia* y el *escudo de Hércules*? Homero dió Virgilio á la antigua Italia, y el Taso á la moderna: dió el Camoens á Portugal; Ercilla á España; Milton á Inglaterra; Voltaire á Francia, Klopstock á Alemania, y no necesita de las alabanzas que yo pueda tributarle.

Para nosotros la parte interesante de los poemas de aquel sublime talento es la accion que ejerció sobre la libertad de la Grecia. Licurgo fue quien los llevó á Esparta (1) y quiso que sus compatriotas bebiesen en ellos aquel entusiasmo marcial que ofrece una garantía contra la esclavitud por parte de los extranjeros. Solon escribió leyes á propósito en favor de aquel mismo Homero (2) que tambien ofrece rasgos de alto interés como historiador. Solo á los atenienses dió la denominacion de pueblo, y á los escitas la de los mas justos de los hombres (3). Con una sola pincelada caracteriza muchas veces la política y moralidad de aquellas antiguas naciones.

Las obras de Hesiodo estan llenas de las máximas mas excelentes. No veia este poeta los hombres bajo un aspecto muy risueño, y respira en sus obras aquella melancolía que al parecer es propia de los mas insignes talentos. Sabido es que Virgilio tomó de la obra titulada los *Trabajos y los Dias* la idea de sus *Geórgicas* (4). De la magnífica descripcion de la edad de oro (5) sacó este interesante pasaje:

> ¡Oh fortunatos nimium, sua si bona norint,
> Agricolas!

Considerable debió ser la influencia que Hesiodo ejerció en su siglo, cuando apenas era aun conocido el arte de escribir en prosa. Sus poemas propenden á encaminar los hombres hácia el estado de la naturaleza: la moral acompañada de la magia, de la versificacion, produce casi siempre un resultado seguro.

Thales de Creta, poeta y legislador, de quien apenas conocemos mas que el nombre, fue el precursor de las leyes en Lacedemonia (6). Por la amistad que profesaba á Licurgo, se resolvió á pasar á Esparta, y por la dulzura de sus cantos y pureza de sus dogmas preparó los ánimos á la revolucion. Conocian muy bien esos eminentes varones que no conviene precipitar á los pueblos en extremos opuestos cuando se trata de que las reformas sean duraderas. No hay revolucion donde los ánimos no estan preparados: puede suspenderse el curso de las ideas momentáneamente poniendo en juego la violencia: mas si no se cambia el orígen de donde ellas dimanan, no tardaran en volver á seguir su natural inclinacion (b).

Por esta razon los filósofos de la antigüedad dulcificaban los preceptos de la sabiduría, engalanándolos con los encantos de las Musas. A los ingleses ha cabido el honor de ser los primeros entre los pueblos modernos que han aplicado la poesía en asuntos útiles á los hombres. La Francia por su parte se preparó á las buenas costumbres con la *Doncella de Orleans* y otras obras del mismo tenor que ni siquiera me atrevo á nombrar (c).

CAPITULO XX.

SIGLOS MEDIOS.

El siglo que vino en pos del de Licurgo, recuerda el nombre de algunos legisladores, cuyos escritos no han llegado hasta nosotros.

Mas adelante apareció Tirteo (7), cuyos cantos hicieron triunfar la injusticia; Arquiloco, lleno de crímenes y de talento, fue el primero que se atrevió á publicar á la faz del mundo (8) la historia de su conciencia, é Hipponax (9) cuyos conceptos respiran hiel y odio. En cada verso de estos poetas se trasluce el espíritu de su época, y la vehemencia y el entusiasmo dominan en las pasiones que nos dejaron descritas. Su siglo puede con razon llamarse el de la energía, aunque no fue el de mas lata libertad. No se crea que esta observacion sea frívola; pues por ella se viene en conocimiento de la fermentacion que anuncia y precede al regreso periódico de las revoluciones de los pueblos.

Dracon floreció tambien en aquella misma época, y es produccion suya la obra que J. J. Rousseau nos ha dado en su sublime *Emilio* (d). Era un tratado de educacion (10) que seguia al hombre desde la cuna hasta el sepulcro al través de todas las miserias de la vida. La revolucion griega y la francesa fueron precedidas poco mas ó menos de una misma clase de escritos.

Epimenides trató como Fenelon, de hacer felices á los hombres dirigiéndolos por la senda del amor y del

(a) Tambien he trasladado algunas pinceladas de este retrato en el *Genio del Cristianismo*, al hablar del modo de escribir la historia. (N. ED.)

(1) PLUT., *in Lic.*
(2) LAERT., *in Solon.*
(3) *Il.*, lib. IV.
(4) *Georg.*, lib. II, V. CLXXVI.
(5) HESIOD., *Opera et Dies.*
(6) STRAB., lib. X, p. 482.

(b) Observacion muy exacta. De aquí nace que cuando se ha verificado la revolucion en el *corazon*, esto es, en las *ideas* y en las *costumbres*, no hay humana fuerza que pueda oponer un dique al torrente. (N. ED.)

(c) Esto es cierto. Nunca gozaremos de aquella clase de libertad, hija de las costumbres que pertenecen á la infancia de los pueblos, pero en cambio podemos tener la que nace de las luces, y de la edad madura de las naciones. Al escribir el *Ensayo*, no comprendia yo bien mas que el sistema de las repúblicas antiguas, ni habia fijado suficientemente la atencion en el descubrimiento de la república representativa que no siendo nada mas que una monarquia constitucional sin rey, puede existir con las artes, la riqueza y la civilizacion mas avanzada. La monarquia constitucional con un monarca es en mi concepto preferible á la otra; pero es preciso adoptar francamente la primera sino se quiere pasar violentamente á la otra. (N. ED.)

(7) PLUT, *in Agid.*, HORAT., *in arte poética*. Con el objeto de presentar al lector bajo un solo punto de vista el cuadro de las luces y el espíritu de los tiempos, dejo para el siglo de Solon el citar los poetas que se mencionan en este capítulo.
(8) QUINTIL., lib. X, cap. I.
(9) ANTHOL., lib III, HORAT., Epod. VI.
(d) Mas adelante hablaré sobre este particular. (N. ED.)
(10) ÆSCH., *in Timarc.*, p. 261.

respeto á los dioses (1). Si no temiera usar de grandes ejemplos para cosas pequeñas, diria que tambien pagó su tributo á la revolucion francesa, inspirando á Mr. Hins (a) el asunto de su ingeniosa comedia (2).

Desgraciadamente no se presentan en este particular mas que notables diferencias. ¿Qué analogía puede haber entre los libros, fruto de una época de moralidad, y los publicados en tiempo del regente y Luis XV? En vano nos hacemos ilusiones: si, á pesar de Condorcet y la turba de filósofos modernos, juzgamos del tiempo presente por lo pasado, si un siglo encierra constantemente la historia del que le sigue, no vacilaria yo mucho en predecir lo que nos espera en lo sucesivo (b).

CAPITULO XXI.

SIGLO DE SOLON.

Esta es la época de una de las mayores revoluciones del espíritu humano, asi como lo fue tambien de las mas considerables variaciones en la política. Todas las semillas de las ciencias que desde mucho tiempo atrás estaban fermentando en la Grecia, germinaron á la vez. No llegaron las luces como en nuestros dias al zenit de su gloria; pero alcanzaron aquella altura media desde donde ilustran á los hombres sin deslumbrarlos. Desde aquella altura despedian brillo suficiente para que el género humano progresara por el camino de la libertad sin temor de extraviarse en las ignoradas sendas de los sistemas, y tenian aquella justa proporcion que nos da á conocer los principios sin el exceso de ciencia que nos impele á dudar de la verdad. La tragedia debió su orígen á Thespis; la comedia á Susarion (3); la fábula á Esopo (4), la historia á Cadmo (5), la astronomía á Thales (6) y la gramática á Simonides (7). Memnon Antimaquides perfeccionó la arquitectura; la estatuaria se elevó por el ingenio de una multitud de artistas; pero sobre todo la filosofía y la política se remontaron á una altura desconocida. Repentinamente apareció una multitud de publicistas y legisladores, que dieron la señal de una revolucion general. Asi es tambien como hemos visto que los pueblos modernos han sido llamados á la libertad por los Locke, los Montesquieu y los J. J. Rousseau.

Fijemos por de pronto una mirada sobre las bellas artes (8).

CAPITULO XXII.

POESIA EN ATENAS.—ANACREONTE, VOLTAIRE.—SIMONIDES, FONTANES.—SAFO, PARNY.—ALCEO, ESOPO, NIVERNOIS.—SOLON, LOS DOS ROUSSEAU.

Pisistrato al usurpar la autoridad soberana comprendió que para poder conservarla en un pueblo tan veleidoso, era preciso tenerlo continuamente distraido por medio de diversiones; mas atan las cadenas de flores que las de hierro. Llenó el patrio suelo de monumentos artísticos, y sus hijos, siguiendo el mismo sistema convirtieron su córte en punto de reunion de todos los mas brillantes ingenios de la Grecia (9), La capital del Atica resonó como la de Francia con las liras de los poetas y el rumor de las orgías. Oigamos al cantor octogenario de Teos, y al anciano de Ferney; al primero en los brillantes círculos de Atenas y al segundo en los de París.

«¿Qué me importan los vanos discursos de la retórica? ¿Qué necesidad tengo de tantas palabras inútiles? Enseñadme mas bien á beber el sonrosado licor de Baco, y á juguetear con la amorosa Venus, la de los cabellos de oro. Pon, muchacho, una guirnalda en mis sienes encanecidas. Derrama vino en mi copa para que pueda adormecer mi espíritu. No tardarás en tenerme que llevar á la huesa, y entonces ya no me acosaran los deseos (10).»

«Si quereis que yo ame, decia Voltaire, volvedme á la edad de los amores: volvedme si es posible á la aurora de mis dias.

»El tiempo, asiéndome de la mano, me advierte que me retire de los deliciosos sitios en que Lieo comparte su imperio con el amor.

»Saquemos algun partido de ese rigor inflexible: no conocer el espíritu de su edad es lo mismo que exponerse á sufrir todos los inconvenientes de ella. . .

. . . . . .

»Asi he deplorado la pérdida de los placeres de mis primeros años. . . . . .

. . . . . .

»Cuando la amistad descendiendo del cielo se ha dignado venir en mi ayuda. La amistad que acaso será tan tierna como los amores, pero menos hermosa que ellos.

»Embelesado con sus nuevas gracias, é iluminado por su resplandor la voy siguiendo; pero lágrimas me cuesta el no poder seguir ya mas que á ella (11).»

Esas dos pequeñas obras maestras revelan que la buena sociedad es la misma en todas partes, y que del mismo modo se expresaban en la córte de Hiparco que en la de Luis XV y Luis XVI. Fácil es de ver que un pueblo que llega á tal refinamiento de ideas está ya muy distante de la primitiva sencillez, y por consiguiente muy próximo al tiempo de las revoluciones (c).

Al par de Anacreonte brillaba Simonides, de cuyo corazon se exhalaba continuamente la mas dulce filosofía, sobresaliendo particularmente en cánticos á los dioses. Mas cuando modulaba su lira los lamentables acentos de la elegía, el alma quedaba sumergida en la mórvida (12) tristeza de sus tonos. Decia que la virtud habitaba sobre unas rocas tan escarpadas que el hombre no podia llegar hasta ella sin aventurarse á caer en el abismo (13); que no hay perfeccion (14); que las debilidades mas merecen compasion que censura; que la vida no dura mas que un momento, que morimos para siempre, y que aquel momento debe concederse á los placeres (15).

Si algo puede dar una idea de aquella inefable mezcla de religion y melancolía, que domina en los versos del poeta de Teos, son los fragmentos que voy á insertar. Mr. de Fontanes puede con mucha razon ser llamado el Simonides francés. Me es sensible que con arreglo al plan de este Ensayo no me sea dable trasladar todo el pasaje.

El poema de donde lo he tomado se intitula *Dia de*

(1) STRAB., lib. X.

(a) Nadie esperaria ver citado á *Hins* en este pasaje, pero es el tributo que un autor jóven paga á su primera amistad literaria. (N. ED.)

(2) *Disportamiento de Epimenides.*

(b) Lo que en tiempo de la república podia esperarse, era el despotismo militar: ya lo habia yo previsto.

(3) ARIST., *de Poet.*, cap. IV.

(4) PHÆD., lib. I.

(5) SHID., *in Cadm.*

(6) HERODOT., lib. I, cap. LXXIV.

(7) CIC., *de Orat.*, lib. II, cap. LXXXVI.

(8) En lo sucesivo hasta el fin de esta revolucion, tomaré a fecha del destierro de Hippias (olimpiada 67).

(9) PLUT., *in Hipparc.*

(10) ANACR., *Oda* XXXVI.

(11) VOLTAIRE: *Miscelánea poéticas.* — *Estancias á la vejez.*

(c) Doy demasiada importancia á esos dos pequeños poemas; pero tengo razon en darles el nombre de obras maestras.

(12) QUINTIL., lib. X, cap. I, p. 631.

(13) PLAT. *in Protag.*

(14) *Id. Ibid.*

(15) STOB., *Serm.* XCVI. Poseo algunas poesías de Simonides que no merecen la pena de publicarse, ni tienen relacion con mi objeto.

los muertos, y pinta una solemnidad de la Iglesia romana que se celebra el dia dos de noviembre.

»Desde lo alto del cielo el cruel Sagitario habia asestado su arco y asolado la tierra. Las colinas, los valles y los prados no ostentaban ya mas que secos despojos y noviembre habia contado su dia primero. En tanto yo contemplaba en la soledad la caida del año y vivia en el campo satisfecho con la tranquilidad que allí gozaba. ¿Cuál será el poeta que no se inflame de entusiasmo al presenciar cuadros tan interesantes; cuál será el alma sensible que no se haya complacido alguna vez con la monótona belleza de las escenas de otoño? ¡Ah! ¡con cuánto placer el meditabundo dolor pasea al ponerse el sol con pasos lentos por aquellos valles descoloridos, penetra en los bosques que amarillean, y escucha el rumor del viento que despoja á los árboles de su última verdura! Aquel sordo rumor tiene no sé qué misterioso encanto para mí. Si lo escucho agitarse repentinamente por el bosque, creo que los murmullos de la hoja seca son los acentos de alguna persona amada. Todo se encamina hácia el sepulcro en aquel triste período y por eso la religion toma un traje de luto, que aumenta su magestad: al aspecto de un mundo que se arruina, no parece sino que su divina grandeza toma mayores proporciones.»

En este otro pasaje se encuentra la pintura del sacerdote, pastor venerable que consuela al hombre moribundo y alivia al pobre afligido. El hombre justo pasa en seguida al templo y despues de un discurso análogo á las circunstancias.

«Prepara el augusto sacrificio. Unas veces sus brazos extendidos parecen indicar que el cielo será propicio, otras veces adora inclinándose profundamente. ¡Oh solemne momento! Ese pueblo prosternado, ese templo cuyo pórtico ha cubierto el musgo, esas antiguas paredes, esa dudosa claridad que penetra al través de las góticas ventanas, esa lámpara que suspendida desde la mas remota antigüedad brilla de dia y de noche ante el Altísimo, como un símbolo del sol ó de la eternidad, la magestad de un Dios; los gemidos, el murmullo de las oraciones, el incienso que humea ante el altar; esas jóvenes bellezas que al lado de sus piadosas madres acaban de dar un tierno interés con su inocente voz á la pompa religiosa; ese órgano que ahora está callando; ese piadoso silencio; esa invisible union de los cielos y la tierra, todo inflama, engrandece y conmueve al hombre sensible, que en el fondo de su alma cree haberse remontado al mundo inaccesible en que los serafines con las arpas de oro cantan himnos sin fin á los piés de Jehová. Entonces es cuando expontáneamente el espíritu se eleva á Dios, que se oculta al sabio y se revela al corazon tierno: debe menos probarse que sentirse (1).»

La multitud precedida de la cruz y mezclando sus sagrados cantos con el murmullo lejano de las tempestades, se encamina hácia la morada de los muertos. Allí la viuda llora por el esposo; la doncella por el que fue su futuro y la madre por un niño de pecho. Por tres veces la procesion da vuelta alrededor de las tumbas rociándolas con el agua expiatoria. En seguida el pueblo se dispersa: las nieblas del otoño se disipan y el sol aparece radiante en el firmamento (a).

Simonides tuvo tambien una suerte parecida á la de los poetas franceses en tiempo de la revolucion. Vió los dos sistemas políticos que se establecieron en Atenas, esto es, la monarquía bajo los Pisistratidas y la república despues de su expulsion. Habiendo sido testigo de las victorias de los griegos sobre los persas las celebró con himnos triunfales, y aunque celebró á Hiparco obligado sin duda por los muchos favores que de su mano habia recibido, tributó desmedidos elogios á los que asesinaron á este príncipe (2). Los reyes caidos deben encontrar mas ingratitud que el resto de los hombres, por la razon de haber hecho mas favores (3).

No eran Anacreonte y Simonides los únicos poetas que habian adquirido la inmortalidad. Toda la Grecia repetia con entusiasmo los versos de aquella Safo tan célebre por sus vicios y por su númen. Tambien estaba reservado á nuestro siglo el recordar la inmoralidad de gustos de la décima Musa. Me es grato creer que tales costumbres no se encontrarian entre nosotros en el elevado rango que la calumnia se ha complacido en darles. Safo ejerció una influencia mas directa sobre su siglo inspirando á las jóvenes de Lesbos aficion á las letras (4). De aquí nacieron ciertas sospechas que la oda siguiente no es muy á propósito para disipar.

A SU AMIGA.

«Feliz quien suspira á tu lado y por tí únicamente; quien goza el placer de oirte hablar; quien alguna vez te ve sonreirle cariñosamente. ¿Podrá la dicha de los dioses igualar á la de este mortal?

»Al verte se insinua por todas mis venas un penetrante fuego y abrasa todo mi ser: el alma se deja apoderar de tan dulces ilusiones que no encuentro palabras, ni me queda voz para expresarlas.

»Extiéndese en torno de mis ojos á manera de una densa nube; pierdo el oido, y pálida, y palpitante, y confusa y turbada, me estremezco y muero (5).»

A este fragmento de la musa de Mitylene opondremos un pasaje del único poeta elegiaco que la Francia ha dado á luz (6). Las costumbres de los pueblos se pintan alguna vez mejor en sonetos de amor que en libros de filosofía.

DELIRIO.

«Ha pasado ya ese momento de placeres, cuya rapidez ha burlado mis deseos. ¡Ya ha pasado! Mi jóven y tierna amiga, tu felicidad ha duplicado la mia: vuelvan á brillar tus ojos lánguidamente oscurecidos: vuelva este beso á reanimar tu existencia. . . . . .

. . . . . .

»Leonor, amante afortunada, quédate para siempre encadenada en mis brazos. . . . . .

. . . . . .

»Perdona mis arrebatos, Leonor; el amor es quien me incita á cometerlos. Mi ser se estremece al aproximarse á tí. Cuando estoy mas cerca siento con delicia palpitar tu abrasado seno junto al mio..... ¡Ah! deja

(1) *Diario de Peltier*, núm. 21, vol. III, p. 273.

(a) Tengo una gran satisfaccion en ver consignado hasta en mi primera obra el nombre y la memoria de un sugeto á quien tanto debia amar en lo sucesivo.

(2) ÆLIAN., *Varied. hist.*, lib. VIII, cap. II.

(3) Yo deploraba hablando con cierto amigo, hombre de distinguido mérito en todas materias, esa malhadada volubilidad de opinion que alguna vez oscurece las mas brillantes cualidades. Contestó el amigo con estas reflexiones que prueban su sensibilidad y la rectitud de su juicio; «la sociedad juzga con demasiado rigor á los literatos. Habiendo estos recibido de la naturaleza un alma extremadamente sensible, no pueden menos de ceder á impresiones vivísimas. De aquí proviene el rápido cambio de sus ideas, de sus amores y de sus odios, particularmente si la novedad va acompañada de alguna apariencia de grandeza. Por otra parte, no hay que olvidarse de que la mayor parte de los literatos son pobres, y que *la primera ley es la de la existencia.*» Vuelvo á repetirlo; por mi parte profeso respeto á los literatos. Si hubiera tenido intencion de hacer alguna alusion personal, (lo cual está muy lejos de mi pensamiento) no habria elegido ese pasaje de M. de Fontanes, cuyo carácter, en los pocos momentos que tuve la dicha de conocerlo, me pareció tan puro como sus talentos.

(4) SUID., *in Sapho.*

(5) DESPR. *traduct. de Longin.*

(6) Nó hablo del caballero Berlin ni de M. Lebrun por no haber sido todavia publicadas las elegias de este póeta cuando salí de Francia. Ignoro si lo han sido posteriormente.

que en mi insaciable arrebato pueda embriagarme de amor en tus húmedos labios. Sí, tu aliento ha penetrado hasta mi corazon y ha encendido la llama de la voluptuosidad. Encantador objeto de mi tierno frenesí recibe toda mi alma en este beso (1).»

Juzgue el lector cual de los dos poetas expresa con mas entusiasmo su pasion. Los dos parece que comunicaron á sus versos el fuego del sol que brilló sobre su cuna (2).

Hubiera sido interesante ver como Alceo, expulsado de Mitylene por una revolucion, cantaba las miserias del destierro y de la tiranía; mas por desgracia no se conserva ya ninguna produccion de este poeta (3).

Esopo floreció tambien en aquella célebre época. Paseándose un dia por Atenas y viendo que unos ciudadanos se impacientaban bajo el yugo de Pisistrato, les dijo:

«Cansadas las ranas de la independencia que gozaban pidieron un rey á Júpiter. Este se burló de su insensata peticion. Redoblaron ellas su importunidad y el señor del olimpo tuvo que acceder á sus clamores. Arrojóles un madero que al caer estremeció las aguas del estanque. Las ranas llenas de terror guardaron por de pronto un profundo silencio; luego con el pretexto de saludar al nuevo rey se le fueron arrimando poco á poco hasta que perdido enteramente el miedo, cometieron actos de la mas indecorosa familiaridad, saltando sobre el pacífico monarca é insultando su apocamiento y su condicion pacífica. Acudieron nuevamente á Júpiter, y este les envió una cigüeña, que paseándose de un lado al otro del estanque iba devorando cuantos vasallos se presentaban. Aquí fue el lamentarse de las ranas; aquí el dirigir nuevas súplicas al cielo... El soberano de los dioses no hizo caso de ellas... y las dejó á merced de un tirano en castigo de no haber podido sufrir á un buen rey (4).»

¡Cuán pesadamente cae toda la verdad de esa fábula sobre el corazon de un francés! ¡Qué al vivo retrata la historia de esa nacion!

La Francia ademas de su inmortal fabulista se gloría de poseer otro que vió muy de cerca las desgracias de la revolucion. Mr. de Nivernois no tiene la naturalidad de Esopo, ni la sencillez de la Fontaine; pero su estilo está lleno de precision y elegancia, y en él se revela el poeta que ha llegado á envejecerse en los círculos de la buena sociedad.

LA MARIPOSA Y EL AMOR.

Fábula.

«Cierto dia la mariposa daba quejas al amor diciéndole: ¡Qué singular capricho es el vuestro! Si hay en el mundo dos seres que verdaderamente hayan nacido el uno para el otro, somos vos y yo: entre nosotros es idéntica la semejanza. Convenid de buena fe en que nadie sino yo deberia guiar la vagabunda carrera de vuestro ligero carro. Pero vos empleais en ese objeto á la mas constante de las aves. Dejad que vaya el pichon á arrullar en torno de Himeneo, y dignaos uncirme á vuestro carro, para que el mundo nos vea volar sin mas guia que el capricho. Amiga mia, contestó el amor, discurres perfectamente, sabes que te amo, aunque no sea mas que por la identidad de nuestras inclinaciones; pero guardémonos bien de presentarnos nunca juntos, porque entonces podiamos dar por acabados nuestros triunfos. No hay verdadera dicha sino en la constancia; yo engaño á los mortales presentándome guiado por las aves que son el símbolo de ella; sino me valiera de esta apariencia, sino engañara, ay amiga mia, mis aras se quedarian abandonadas (5).»

Ya es tiempo de presentar al lector una preciosa reliquia de la literatura de aquellos tiempos. Todo el mundo conoce á Solon (a) como legislador; pero, como poeta, no es conocido mas que de un reducido número de literatos. Consérvanse muchos fragmentos de sus elegías, que voy á traducir ó á extractar segun su respectivo mérito.

«¡Ilustres hijas de Mnemosyna y de Júpiter Olímpico! ¡Musas que habitais en el Parnaso! Oid mi súplica. Haced que los dioses inmortales me concedan la felicidad, y que nunca me haga indigno de la consideracion que se merece un hombre honrado. Haced que pueda yo siempre ser amable y placentero con mis amigos, y severo y sombrío para sus enemigos, pareciendo tan amable á los unos como terrible á los otros.

»Un poco de oro colmaria mis deseos; mas no lo quiero si ha de ser precio de una injusticia que tarde ó temprano halla su merecido castigo. Las riquezas que los dioses dispensan son duraderas; pero las que los hombres acumulan..... no parece sino que ellas les siguen á despecho y no tardan en desaparecer dejando en su lugar la infelicidad..... Detestable es el triunfo del crímen: Dios es el supremo fin de todas las cosas.

»Semejante al viento que agita las olas del mar hasta en las profundidades del abismo, y que despues de haber asolado los campos se remonta súbitamente á los cielos, morada de los inmortales y restablece inesperadamente la serenidad, haciendo que el sol sonria amorosamente á la tierra despues de disipadas las nubes; tal es la venganza de Júpiter.

»Tú que en lo íntimo del corazon ocultas el crímen no presumas permanecer siempre desconocido. El castigo va en pos de tí ó muy inmediato, ó suspendido sobre tu cabeza. Si la divina justicia no te alcanza, dia vendrá en que tus hijos inocentes pagarán los atentados de su criminal padre. ¡Ah! Todos, buenos y malos, estamos en la inteligencia de que nuestra opinion es la mejor, hasta el momento que conocemos que nos ha sido perjudicial. Entonces nos quejamos de los dioses, como si ellos tuvieran la culpa de habernos entregado á locas esperanzas.....»

El poeta prosigue pintando la imbecilidad humana: el enfermo incurable creyendo alcanzar la salud, el pobre esperando riquezas; unos confiando su vida á merced de las olas, otros desgarrando el seno de la tierra, etc.

«El destino dispensa los bienes y los males; no podemos evitar el fin que él nos prepara. En las mejores acciones hay peligro. Muchas veces los proyectos del sabio fracasan, en tanto que los del insensato llegan á buen término.» . . . . . .

. . . . . .

El siguiente pasaje ofrece extremado interés porque pinta la situacion moral de Atenas en el momento de la revolucion.

«No perecerá la ciudad de Minerva por rigor de los hados sino por la influencia de sus propios ciudadanos. Pueblo y autoridades insensatas que ni podeis poner coto á vuestros deseos, ni gozar en paz de vuestras riquezas, en fuerza de crímenes os vais haciendo acreedores á la desgracia!..... Sin respetar el sagrado derecho de la propiedad, ni del tesoro público, cada cual se apresura á despojar el bien del Estado, sin el

(1) Obras de Parny.
(2) Mr. de Parny nació en la isla de Borbon.
(3) Horat., lib. II, oda XIII.
(4) Esopo, fab. XIX.

(5) *Diario de Peltier*,, núm. 73.

(a) Tiene indudablemente esta fábula cierta especie de elegancia, pero en vista de ella y de las demás composiciones que acabo de citar, no puedo menos de preguntarme ¿á qué contribuirian todas esas citas de poetas elegidos, y ese curso de poesía anacreóntica para hablar de la revolucion?

menor cuidado de las sacrosantas leyes de la justicia. Pero entre tanto esta justicia pesa vuestros hechos pasados, observa lo presente y asi que vea colmada la medida del crímen descargará su inexorable brazo sobre vosotros. Esta es la causa primordial de todos los males de un Estado: este es el delito que se paga con la esclavitud, este es el que enciende el fuego de la guerra civil que devora la juventud. ¡Ah! la amada patria se ve asaltada repentinamente de enemigos; se dan y se pierden batallas, triste orígen de lágrimas, y el miserable pueblo cargado de cadenas pasa á ser esclavo de los extranjeros.» . . . . . .

. . . . . .

Solon concluye exhortando á sus ciudadanos á mudar de costumbres, y recomendándoles ante todo la justicia: «Esa madre de las buenas acciones, que pone freno á la violencia; templa la exaltacion; corrige las leyes, reprime el entusiasmo y sirve de dique al torrente de la exaltacion (1).»

Esas elegías políticas (permítaseme la expresion) van acompañadas de otras composiciones de distinto género. Del paralelo entre su pasaje acerca de la vida del hombre y las estancias de Juan Bautista Rosseau, sobre el mismo asunto podran resultar algunas reflexiones llenas de interés.

«Júpiter, dice Solon, da los dientes al hombre durante los siete primeros años de su vida. Antes de recorrer los otros siete le anuncia su virilidad. En el siguiente período hace que sus miembros se desarrollen y cubre su barba de bello. La cuarta época le ve llegar al apogeo de su vigor, y hace brillar su denuedo. En el período de la quinta le obliga á solemnizar la pompa nupcial, y á crearse una posteridad. En la sexta su ingenio se halla apto para todo, y no rehusa sino el trabajo material de manos. Durante la séptima llega al mayor grado de sabiduría y elocuencia y en la octava adquiere el conocimiento del corazon humano. Al llegar la novena época se nota rápidamente el descenso. El que haya recorrido los siete últimos años de su carrera, no acuse á la muerte de haberle cogido de sorpresa (2).»

ODA AL HOMBRE.

«¿Qué es el hombre durante su vida sino un perfecto espejo de dolor? Sus llantos, sus quejidos al venir á este mundo, ¿qué otra cosa son mas que anuncios de las calamidades que le esperan?

»En la época de la niñez todo son lágrimas, maestros de triste catadura, libros de todos colores y castigos de todo género.

»La impetuosa y ardiente juventud lo coloca todavía en peor situacion. Entre acreedores y queridas se ve atormentado como un presidiario.

»En la edad madura principia un nuevo combate al verse estimulado por la ambicion, el afan de riquezas, el cuidado de la familia y la ambicion no le dejan un momento de reposo.

»Al llegar á la vejez todos huyen de él, y lo desprecian: por otra parte le asaltan de tropel la tos, la gota y el mal humor que no le dejan de dia y le acompañan de noche.

»Por colmo de miseria cae en poder de la muerte, conociendo que nadie le echará de menos. ¿Merecia esto la pena de haber venido al mundo?» (3).

Solon y Juan Bautista no debieron sin duda representar un mismo hombre, y se valieron de distintos modelos. El primero trabajó con arreglo á lo bello ideal antiguo, y el otro se sujetó á las formas góticas de su siglo. En sus obras dejaron huellas del espíritu que les animaba.

Sensible me es tener tambien que decir que el severo autor de las leyes contra las malas costumbres, el restaurador de la virtud en su patria, Solon por decirlo de una vez, manchó la santidad de legislador con el desenfreno de su musa. El tiempo ha devorado sus escritos; mas aun se censerva escrupulosamente su memoria y algunos renglones que aunque inocentes revelan su amor á los placeres.

«Por ti, reina desde hace mucho tiempo en estos sitios. . . . . .

. . . . . .

»Pero que Venus, la del seno perfumado de violetas, me haga montar en un ligero buque y me aleje de esa isla célebre. Que en recompensa del culto que le he tributado, me conceda volver cuanto antes á mi patria . . . . . .

. . . . . .

»Gratos me son los favores de Venus y de Baco, asi como los de las Musas que inspiran amables locuras» (4) (a).

He aquí como el autor del *Contrato Social* y del *Emilio* escribió en este género.

«¡Muramos, dulce amiga mia! ¡muramos, adorada de mi corazon! ¿Qué he de hacer de una juventud insípida, cuyas delicias hemos agotado por completo? . . . . . .

. . . No, no son esos arrebatos lo que mas echo de menos. . . . . .

. . . Devuélveme esa íntima union de las almas que tú me habias anunciado y que positivamente me has hecho saborear: devuélveme aquella tan dulce languidez, colmada por la efusion de nuestros corazones; devuélveme aquel sueño encantador que yo hallaba en tu regazo, y aquel dispertar aun mas delicioso; devuélveme aquellos suspiros, aquellas ardientes lágrimas (5)». . . . . .

Buen jóven, que lees con ojos enternecidos este pasaje de la humana flaqueza, no te desdeñes, no, de cultivar esa preciosa sensibilidad, señal la mas positiva de talento, y tú, hombre perfecto, cuya irónica sonrisa me parece estar viendo, recógete dentro de tí mismo, y apláudete allá á tus solas de tu superioridad; por mi parte no te quiero ni por amigo, ni por lector (6).

CAPITULO XXIII.

LA POESIA EN ESPARTA.—PRIMER CANTO DE TIRTEO, LEBRUN.—SEGUNDO CANTO DE TIRTEO, HIMNO DE LOS MARSELLESES.—CORO DE LOS ESPARTANOS, ESTROFAS DE LOS NIÑOS.—CANTO EN HONOR DE HARMODIO, EPITAFIO DE MARAT.

En tanto que Pisistrato y sus hijos procuraban corromper por medio de las bellas artes á los atenienses

(1) *Poet. Minor. Græc.*, p. 427.

(2) *Poet. Minor. Græc.*, pp. 431-33.

(3) Si alguna vez reproduzco pasajes demasiado conocidos debe tenerse presente que no tengo tanto empeño en presentar composiciones nuevas, como en citar las que pueden arrojar alguna luz sobre las causas de la revolucion, comparando las épocas en que se publicaron, y que ademas yo me hallaba en país extranjero

(4) *Poet. Minor. Græc.*, pp. 431-33.

(a) Aunque en realidad estos fragmentos de Solon no tienen nada que ver con el asunto de este libro, no carecen enteramente de interés. La imbécil opinion moderna, con que la envidia procura consolar á las medianías literarias, suponiendo que no cabe distinguirse como escritor político y de asuntos de imaginacion, se ve rechazada por el ejemplo de ese ilustre griego. El ser poeta no le impidió ser un gran legislador, asi como tampoco le impidió á Jenofonte ser un consumado político, ni á Ciceron ser elocuente orador, y ni á Julio César su eminente estrategia. ¿Quién fue mas apasionado de la literatura que Richelieu? ¿El autor del *Espíritu de las leyes* no escribió tambien el *Templo de Guido*? Federico el Grande empleaba mas tiempo en hacer versos que en ganar batallas, y el primer ministro actual de Inglaterra Mr. Caning es poeta. (N. ED.)

(5) *Euev. Elois.*, tom. II, part. I, p. 117.

(6) ¿No es parecido este pasaje á uno de aquellos grotescos

para reducirlos á la esclavitud, se empleaban los mismos recursos en Lacedemonia para sostener la integridad de las costumbres. Asi es como la virtud y el vicio ennoblecen ó desfiguran los mas preciosos dones del cielo.

Los versos de Tirteo, que conducian allá en aquellos tiempos á la victoria eran tambien repetidos por los espartanos. Bien merecen la alta celebridad de que gozan. Nada hay mas hermoso, ni noble que los fragmentos que de ellos conservamos y que yo me apresuro á ofrecer al lector.

PRIMER CANTO GUERRERO.

. . . . . .

«Poco á propósito es para la guerra quien no puede ver con serenidad correr la sangre, y no arde en deseos de aproximarse al enemigo. La corona mas bri-

CRONO PRENDIENDO A SU PADRE CERCA DE UNA FUENTE.

llante es la que está reservada para el guerrero intrépido, la corona que ilustra á los héroes. Verdaderamente útil á su país es el jóven que avanza denodadamente en primera fila, permanece en ella y luego ageno de toda idea de fuga ignominiosa se precipita al mayor peligro, y da frente al enemigo que halla mas inmediato. Verdaderamente grande, verdaderamente útil es ese jóven.

»Las compactas falanges de enemigos se disipan á su presencia: el torrente de la victoria sigue el curso que el valor de ese jóven le indica. Mas si traspasado el escudo por mil dardos, si cubierto el pecho de mil heridas, cae el denodado guerrero sobre el campo de

apóstrofes que Diderot introducia en la *Historia de las Indias*, bajo el nombre del abate Raynal?

¡Rio Adjinga, nada eres! pero en tus riberas nació Elisa, etc.

batalla, ¡que honor para su patria! ¡Que honor para sus conciudadanos, y para su padre! Jóvenes y ancianos todos le lloran : en pos de si arrebata el amor de un pueblo entero. Su tumba, sus hijos, su posteridad la mas remota, merecerán el respeto de los hombres. No, no muere el héroe que da su vida por la patria; no muere : es inmortal (1) »....

Ese pasaje es sublime : no se nota en él ni fingido entusiasmo, ni violenta aplicacion de palabras, ni esa ampulosa hinchazon de que Voltaire empezó á quejarse (2), y que La Harpe y otros muchos distinguidos literatos (3), trataron en vano de contener. Tambien los franceses celebraron con cantos sus combates; He aquí como Lebrun cantó las victorias de la república.

CANTO DEL BANQUETE REPUBLICANO.

«O dia de eterna memoria, embellécete con nuestros laureles: ¡Siglos! apenas podreis creer las victorias de nuestros guerreros: el enemigo puesto en dispersion huye ó muerde el polvo.

» ¡Que de encantos tiene Baco cuando está coronado de laureles! Llenemos amigos la copa de la gloria de néctar chispeante y sonrosado. Brindemos, brindemos por la victoria, fiel amiga de los franceses. Brindemos, brindemos por la victoria.

SOLON.

(1) *Poet. Minor. Græc.*, p. 434.

(2) VOLTAIRE, *Cartas al abate d'Olivet sobre su prosodia.*

(3) Los señores Hins y Fontaunes en el *Moderateur*.— Mr. Guinguene en el *Moniteur*, y en la actualidad los redactores de muchos periódicos redactados con elegancia y pureza.

» Ven libertad á presidir nuestras solemnidades y á gozar de nuestras brillantes hazañas. Los Alpes han encorbado sus cabezas y no han podido defender á los reyes : el Eridano da cuenta al mar de nuestras rápidas conquistas. ¡Qué de encantos tiene Baco cuando está coronado de laureles!

» El Adda presenta sobre sus devoradores abismos un puente circuido de rayos : el mismo Marte se detiene admirado al verlo; pero nuestros Alcides se precipitan y atraviesan aquel canal de fuego. La victoria empalidecia al ver tanta intrepidez. ¡Qué de encantos tiene Baco cuando está coronado de laureles!

» Nada resiste al esfuerzo de un pueblo libre, ni las rocas, ni los torrentes, ni el destino : el Sur espanta al Norte con los golpes con que se extremeció el Tiber. Hemos roto el equilibrio de las balanzas de Pitt. ¡Qué de encantos, etc!

» Rival del fuego y del viento el soldado francés triunfa á la carrera : semejante al rayo que vuela, derriba al águila y hace caer del capitolio al déspota sagrado. ¡Qué de encantos, etc!

. . . . . .

» Respirad, mármoles de Paros animados por el buril de nuestros Praxiteles : Musas, cantad himnos de nuestros héroes, acompañándolos con vuestras liras inmortales, Los nuevos triunfos exigen nuevos himnos. ¡Que de encantos, etc!» (a) (1).

Tirteo desplegó en el segundo canto guerrero que estampamos á continuacion, todos los recursos de su numen. Patético y elevado á un mismo tiempo parece que gime por la patria ó se inflama por ella con todo el ardor de la guerra. Para excitar al jóven en defensa de su país, invoca todas las pasiones y pone en movimiento todas las fibras del corazon. Un canto parecido á este debió ser el que hizo volver por tercera vez á la carga á los lacedemonios vencidos, y les dió por último la victoria á despecho de la suerte.

SEGUNDO CANTO GUERRERO.

(b) «¡Que bello es morir combatiendo en primera fila por la patria! No hay calamidad que pueda compararse con la del ciudadano que tiene que abandonar su país. Lejos de los deliciosos sitios que le vieron nacer, tiene que andar errante, mendigando un pedazo de amargo pan en tierra extranjera, con su madre querida, con su padre abrumado de años, con su jóven esposa, y con sus tiernos hijos en brazos. Objeto del desprecio de los hombres se va viendo lentamente devorado por la abominable miseria. Su nombre se envilece, sus formas, tan gallardas en otro tiempo, se han desfigurado : una ansiedad insufrible, una enfermedad desconocida se va apoderando de su pecho. No tarda en perder toda idea de pudor, y su frente ya no se sonroja. ¡Ah! sepamos morir por nuestra patria, por nuestra familia y por la libertad. Heroes espartanos, combatamos estrechamente unidos. Nadie de nosotros se deje dominar del temor ni se entregue á la fuga. Pródigos de vuestra vida precipitaos con generosa resolucion sobre el enemigo. Guardaos de abandonar á esos ancianos, á esos veteranos, cuyas rodillas estan ya endurecidas por la edad. ¡Qué ignominía si el padre cayera en la refriega antes que el hijo! ¡Qué ignominia seria el verle agitarse por el suelo con su cabeza cana y sus barbas blancas, y cuando el enemigo viniera á despojarle, acudir con sus manos á cubrir su ensangrentada desnudez! Ese anciano es enteramente parecido á los jóvenes guerreros; en su frente brillan aun las flores de la adolecencia. Durante su vida ha sido objeto de adoracion de las mujeres y de los hombres, y despues de muerto se le ha concedido el honor de una corona. Espartanos, marchemos, pues, contra el enemigo. Marchemos con paso seguro; guarde cada héroe su puesto y muerda sus labios.»

El himno de los marselleses (2), no carece enteramente de mérito : su compositor tuvo el gran talento de comunicarle entusiasmo sin parecer ampuloso. Ademas esa oda republicana no perecerá porque representa una época de la revolucion, y fueron tantas las veces que repitiéndola, consiguieron victorias los franceses que nada mejor puede hacerse que colocarla al lado de los cantos del poeta que hizo triunfar á los lacedemonios. De aquí podemos sacar la triste consecuencia de que en todos tiempos los hombres han sido como una especie de máquinas que se han dejado degollar por palabras.

HIMNO DE LOS MARSELLESES.

«Marchemos, hijos de la patria, ya ha llegado el dia de la gloria. Contra nosotros se ha levantado el sangriento pendon de la tiranía. ¿No ois mujir por la campiña á esos feroces soldados? Vienen á degollar á nuestros hijos y á nuestras compañeras hasta en nuestros propios brazos.

¡A las armas, ciudadanos! Formad vuestros batallones : queden nuestros campos bañados de sangre impura.

CORO.

Marchemos, queden nuestros campos bañados de sangre impura.

» ¿Qué pretende esa horda de esclavos, de traidores y de reyes conjurados? ¿Para quién son esos grillos y esas cadenas preparadas desde hace ya tanto tiempo? Para nosotros, franceses, ¡ah! ¡Qué ignominia! ¡Qué arrebatos de furor no deben excitar! ¡Somos nosotros los que ellos se atreven á pensar reducir á la antigua esclavitud!

¡A las armas, ciudadanos! etc.

» ¡Cómo! ¡Las legiones extranjeras darían la ley en nuestros hogares! ¡Cómo! ¡nuestros antiguos guerreros serian vencidos por esas turbas de mercenarios! ¡Gran Dios! ¡Nuestras frentes se doblarian al yugo que les impusieran unas manos cargadas á su vez de cadenas! ¡Serian unos infames déspotas los dueños de nuestro porvenir!

¡A las armas, ciudadanos! etc.

» Temblad tiranos, y vosotros traidores, que sois el oprobio de todos las partidos. Vuestros parricidas proyectos no tardaran mucho en recibir su merecido. Todos somos soldados para batirnos contra vosotros: si nuestra juventud llegara á sucumbir, vereis que del seno de la tierra brotaran otros á punto de medir sus armas con las vuestras.

¡A las armas, ciudadanos! etc.

» Sagrado amor de la patria conduce y da esfuerzo á nuestros brazos vengadores. ¡Libertad! ¡libertad adorada, combate en auxilio de sus defensores : Haz que al eco de su varonil acento corone nuestros estandartes la victoria, y que tus enemigos al morir presencien tu triunfo y nuestra gloria.»

¡A las armas, ciudadanos! etc.

(1) PELT., *Diario*, núm. 60, p. 484.

(a) Este canto es verdaderamente una cosa vulgar, y es tanto mas chocante su vulgaridad por estar colocado entre esos dos admirables cantos de Tirteo.

(b) *Poet. Minor. Græc.*, p. 441.

(2) Creo que el autor de este himno se llamaba Mr. de l' Isle; pero no era el traductor de las *Geórgicas*. Adviértase por esta nota cuán poco exactas eran las noticias que se tenian en Inglaterra acerca de la revolucion francesa; pues no es la poesía, como allí se decia, sino la música, lo que asegura la inmortalidad de este himno. Para coronar tan extravagantes paralelos no me faltaba mas que comparar el canto de los libertadores de la Grecia con el epitafio de Marat. (N. ED.)

En las solemnidades patrióticas de Lacedemonia los ciudadanos cantaban á coros.

LOS ANCIANOS.

En otro tiempo fuimos jóvenes, valerosos y atrevidos.

LOS HOMBRES QUE ESTABAN EN EL VIGOR DE LA EDAD.

Ahora lo somos nosotros, y se lo podemos probar al primero que se presente.

LOS NIÑOS.

Nosotros lo seremos algun dia, y os llevaremos mucha ventaja (1).

De aquí sin duda tomaron los franceses la idea de la estrofa de los niños añadida al himno de los marselleses, que decia:

«Nosotros entraremos en la carrera cuando nuestros hermanos mayores habran dejado de existir, y en sus cenizas encontraremos la huella de sus virtudes. Menos deseosos de sobrevivirles que de participar de su gloria, nos cabrá el orgullo sublime de vengarlos ó acompañarlos en la tumba (2).»

Si en este pasaje llevan al parecer alguna ventaja los franceses, hay que tener presente que en Esparta hablaba el ciudadano y en Paris el poeta.

Concluiremos este artículo por los versos que se cantaban en Grecia en honor de los asesinos de Hiparco, y por el epitafio que los franceses escribieron en alabanza de Marat. La miseria y la maldad humana se complacen en repetir los nombres que recuerdan las desgracias de los monarcas: la primera encuentra al obrar de este modo una especie de consuelo, y la segunda se alimenta digamoslo asi de las calamidades agenas: solo un reducido número de seres oscuros se lamentan en secreto.

CANTO EN HONOR DE HARMODIO Y ARISTOGITON.

«Y llevaré mi espada cubierta de hojas de mirto como Harmodio y Aristogiton cuando mataron al tirano y establecieron en Atenas la igualdad de las leyes.

»Querido Harmodio, aun no habeis muerto: se asegura que habitais en aquellas regiones de los bienaventurados donde estan Aquiles, el de los piés ligeros y Diomedes, el valiente hijo de Tideo.

»Llévaré mi espada cubierta de hojas de mirto, como Harmodio y Aristogiton, cuando dieron muerte al tirano Hipparco en el tiempo de las Panateneas.

»Querido Armodio, querido Aristogiton sea inmortal vuestra gloria en premio de haber dado muerte al tirano y restablecido en Atenas la igualdad de las leyes (3).

EPITAFIO DE MARAT.

Marat el amigo del pueblo y de la igualdad, habiendo podido salvarse de los furores de la aristocracia, aterra con su varonil carácter al enemigo de la libertad desde el fondo de un subterráneo. Una parricida mano se atrevió á cortar la vida de este republicano que siempre fue constante objeto de persecucion. En premio de su inalterable virtud, la nacion agradecida trasmite su nombre á la posteridad (4).

Pido perdon al lector por haberle reproducido la idea de semejante monstruo, por medio de los miserables conceptos de ese epitafio; pero es preciso tener presente el espíritu de la época.

(1) PLUT., *in Lyc.*, traduct. d'Amyot.

(2) DR. MOORE'S *Journ.* En la festividad del Ser Supremo se añadieron otras varias estrofas para los ancianos, las mujeres, etc. Véase el *Moniteur* del 20 *prairial* (8 de junio), 1793.

(3) *Viaje de Anacarsis*, tom. I, p. 362, nota IV.

(4) *Moniteur* del 18 Noviembre de 1785.

CAPITULO XXIV.

FILOSOFÍA Y POLÍTICA.—LOS SABIOS; LOS ENCICLOPEDISTAS.—OPINIONES ACERCA DEL MEJOR GOBIERNO.—THALES, SOLON, PERIANDRO, ETC. J. J. ROUSSEAU, MONTESQUIEU.—MORAL; SOLON, THALES, LA ROCHEFOUCAULD, CHAMFORT.—PARALELO DE J. J. ROUSSEAU Y HERACLITO.—CARTA Á DARIO; CARTA AL REY DE PRUSIA.

Mientras que las bellas artes principiaban á brillar en todos los puntos de Grecia, marchaban al par de ellas la política y la moral. Habíase reunido una especie de sociedad conocida por el nombre de *Los sabios*, asi como en Francia hemos visto formarse la sociedad de los Enciclopedistas. (a).

Pero los sabios de la antigüedad merecieron esa denominacion porque se ocuparon exclusivamente, no de vanos sistemas, sino del bien de los pueblos, diferenciándose completamente de los sofistas que vinieron en pos de ellos y que tan parecidos son á nuestros filósofos modernos.

Al frente de los sabios figuraba Thales de Mileto, astrónomo y fundador de la escuela Jónica (5). Decia este filósofo que el agua es el principio material del universo, sobre el cual Dios habia ejercido su accion (6). Fue tambien el primero que hizo cundir entre los griegos ese espíritu metafísico, tan inútil á los hombres, que tanto mal hizo á su país en lo sucesivo, y que andando el tiempo llegó á corromper nuestro siglo.

Chilon, Bias y Cleóbulo son apenas conocidos, Pitaco y Periandro, á pesar de sus virtudes llegaron á ser tiranos de su patria, reinando, el primero en Mitylene y el segundo en Corinto. Tal vez pensaban como Ciceron que la soberania preexiste, no en el pueblo, sino en las grandes inteligencias.

Hé aquí las opiniones de esos filósofos por lo relativo á la mejor forma de gobierno.

Segun Solon será aquella en que la masa colectiva de los ciudadanos toma parte en la injuria hecha al individuo.

Segun Bias, aquella en que no hay mas tirano que la ley.

Segun Thales, aquella en que reina la igualdad de fortuna.

Segun Pitaco, aquella en que el mal ciudadano no puede nunca llegar al poder.

Segun Cleóbulo, aquella en que el temor de una reprension es mas poderoso que la ley.

Segun Chilon, aquella en que la ley habla en vez del orador.

Segun Periandro, aquella en que el poder está en manos del mas pequeño número de ciudadanos.

Montesquieu deja indecisa esa gran cuestion. Indica los diversos principios de los gobiernos y se contenta con dar á entender que concede la preferencia á la monarquía limitada. «¿Cómo me atreveré á fallar, dice en cierto pasaje de sus obras, por lo tocante á la excelencia de las instituciones políticas, cuando en mi concepto hasta el mismo exceso de razon es perjudicial, y cuando creo que los hombres se acomodan mas á los partidos medios que á los extremos?

»Cuando preguntan, dice J. J. Rousseau, cuál es el mejor gobierno, proponen una cuestion imposible de resolver por indeterminada, ó si se quiere, porque presenta tantas soluciones buenas, cuantas combinaciones hay posibles en la situacion relativa ó absoluta de los pueblos (7).

(a) Los sabios de Grecia y los Enciclopedistas. ¡Dios eterno! ¡Qué comparacion.

(5) DIOG. LAERT.: in *Thal.*

(6) CIC., lib. I *de Nat. Deor.*, núm. 25.

(7) *Contrat. social.*, lib. III, cap. IX.

Pasemos á examinar la moral de los sabios:

«Sea en todas las cosas vuestra guia la razon. Contemplad lo bello. En lo que emprendais tened siempre á la vista el fin (1). Hay tres cosas difíciles: guardar un secreto, sufrir una injuria y emplear bien el tiempo. Visita á tu amigo cuando se halle en desgracia, mas bien que cuando esté en una situacion próspera. Guárdate de insultar al desgraciado. El oro es conocido por la piedra de toque, y el hombre por el oro. Conócete á tí mismo (2). No quieras para los otros lo que no quieras para tí mismo. La mayor de las desgracias es la de no poder sufrirlas con paciencia. No desperdicies la ocasion. Ofrece á los dioses todo el bien que hagas. No te olvides del miserable (3). Al salir de casa piensa en lo que has de hacer, y cuando vuelvas á entrar en ella, en lo que has hecho (4). No dejes escapar la ocasion (5). El placer es fugaz; la virtud inmortal. Oculta tus pesares.» (6).

Veamos ahora algunas de las principales máximas de nuestra filosofía:

«No es tan peligroso hacer mal á la mayor parte de los hombres como hacerles bien (7). Los reyes convierten á los hombres en una especie de moneda, que circula no por lo que vale, sino por el valor que le han querido dar (8). Prefiere uno hablar mal de sí mismo, á estar reducido á no decir nada absolutamente (9). Puede adoptarse que toda idea pública, todo convenio adoptado es una necedad, pues debe haber sido conveniente solo á los mas que la propagaron (10). Los hombres de carácter débil son las tropas ligeras de los perversos y hacen mas daño que el ejército mismo (11). Preciso es confesar que para vivir en el gran mundo es necesario tener algunas facultades del alma enteramente *paralizadas* (12). Magnífica es la alegoría que presenta la *Biblia* en el árbol de la ciencia del bien y del mal que causa la muerte. ¿No querrá ese emblema decir que así que se penetra en el fondo de las cosas, la pérdida de las ilusiones causa la muerte del alma, esto es un desinterés completo sobre todo lo concerniente á los demás hombres (13)?

Solon, temiendo que los espectáculos llegáran á dañar las costumbres decia á Thespis.

«¿Toleramos vuestras mentiras? No tardaremos en verlas ingeridas en nuestros mas sagrados compromisos.»

Juan Jacobo escribia á d' Alambert, diciéndole:

. . . . . .

Creo que de todas esas consideraciones podemos inferir que el efecto moral de los teatros nunca podrá ser bueno ni saludable en sí mismo, pues no teniendo en cuenta mas que sus propios provechos, no se encuentra en ellos ninguna especie de utilidad real que no vaya acompañada de inconvenientes de mayor consideracion. Y por efecto de esa misma inutilidad al paso que el teatro no es bueno para corregir las costumbres, es muy á propósito para trastornarlas, pues como favorece á todas nuestras inclinaciones, da nuevo ascendiente á las que nos dominan. Las continuas emociones enervan nuestra sensibilidad y debilitándonos facilitan el triunfo de las pasiones; el estéril interés que tomamos por la virtud en el teatro, no sirve mas que para halagar nuestro amor propio sin estimularnos á ponerla en práctica (14).

Despues de aquellos primeros sabios la historia nos presenta á Eraclito de Efeso, que al parecer fue la forma original sobre que la naturaleza modeló el alma de nuestro gran Rousseau. Lo mismo que el ciudadano de Ginebra, se educó aquel filósofo griego sin maestro, y debió únicamente al vigor de su alma todos los conocimientos científicos que adquirió (15). Tambien comprendió la perversidad de las instituciones políticas y lamentó la suerte de sus semejantes (16); creyó que las luces eran inútiles al bienestar de la sociedad; y habiendo sido invitado á dar leyes á un pueblo, juzgó que sus contemporáneos se hallaban demasiado corrompidos (17) para poder adoptar buenas leyes: últimamente, viéndose acusado de orgullo y de misantropía se vió en la precision de ocultarse en los desiertos (18), prra librarse del odio de los hombres.

Creo que será conveniente comparar las cartas que esos hombres extraordinarios escribieron á los príncipes de su tiempo.

Dario, hijo de Hystaspes, ofreció á Heráclito su córte, á cuya invitacion contestó el filósofo con esta carta.

HERÁCLITO AL REY DARIO, HIJO DE HYSTASPES, SALUD.

Los hombres huellan con el mayor desprecio la verdad y la justicia. Un insaciable deseo de riquezas y de gloria les acosa eternamente. Pero yo que huyo de la ambicion, de la envidia y de la vana emulacion propia de la grandeza, no iré á la córte de Suza sabiendo contentarme con poco, y gastándolo con arreglo á mi deseo (19).

AL REY DE PRUSIA.

Moitiers-Travers 30 de octubre de 1762.

Señor:—Sois mi bienhechor, me dispensais vuestra proteccion: yo soy naturalmente agradecido, y por lo tanto quiero ver si puedo pagaros á mi modo esa deuda.

Quereis darme pan: ¿no habrá alguno de vuestros vasallos que lo necesite?

Quitad de mi vista esa espada que me deslumbra y me hiere: esta ha hecho demasiado buen servicio y el cetro está abandonado. La carrera de los reyes de vuestra ralea es vasta, y aun os hallais muy distante de la meta. Sin embargo, el tiempo pasa con rapidez, y no debeis perder ni un momento para llegar á ella. Sondead bien vuestro corazon, Federico! ¿Podreis resignaros á morir sin haber sido el mas grande de los hombres?

(1) Plut. *in Solon.*
(2) Laert., lib. II, párrafo LVIII-LXXV.
(3) Plut., *Conviv., sap.*
(4) Laert., lib. I, párrafo LXXXII.
(5) *Id., Ib.*
(6) *Id Ibid.*, párrafo LXXXIX.
(7) Rochefoucauld, *Max.*
(8) *Id. Max.* CLXV.
(9) *Id. Max.* CXL,
(10) Chamfort., *Max. etc.* p. 37.
(11) *Id., Ibid.*
(12) *Id.* p. 56.
(13) *Id.*, p. 13.

Invito el lector á que lea el tomo de las *Máximas* de Chamfort, (que es el IV de sus obras completas), publicado por su amigo y literato Mr. Guinguené. La sensibilidad, el estilo original y la profundidad de los pensamientos, hacen que esa obra sea una de las mas interesantes y buenas de este siglo. Los que han conocido á Mr. Chamfort saben cuán grato era oir su conversacion animada de curiosísimas anécdotas que desgraciadamente no aparecen en la última publicacion de sus obras sin duda por efecto de la casualidad de que habla Monsieur Guinguené. Muchas veces me he admirado de que un hombre que tan profundo conocimiento tenia del corazon humano, hubiese podido adoptar con tanto calor ningun partido político. ¿Ignoraba que todos los gobiernos son parecidos, y que las palabras REPUBLICANO Y REALISTA no dicen en resumidas cuentas mas que una sola cosa? Ah! demasiado tarde lo conoció el desgraciado filósofo.—Al leer esta *Nota* de la primera edicion, no puedo menos de admirarme de mi importunidad en comparar algunas máximas de Chamfort con las de los sabios de la Grecia, y declarar que en mi edad madura me retracto del juicio que formé en mi juventud acerca de aquel literato, cediendo sin duda al imperio que toda reputacion literaria ejercia entonces en mi ánimo.

(14) *Obras completas de Rousseau; Carta á d' Alambert.*, tom. XII.
(15) *Heracl. ap.* Diog. Laert., lib. IX.
(16) *Id., Ibid.*
(17) *Id., Ibid.*
(18) *Id., Ibid.*
(19) *Id., Ibid.*

Ojalá pueda yo ver que Federico, el justo, Federico, el temido, llena sus Estados de pueblos, ¡que al gozar de tal prosperidad le llamen padre! Entonces será cuando J. J. Rousseau, el enemigo de los reyes, irá á morir á los piés de aquel trono.

Dígnese V. M. aceptar mi profundo respeto (1).»

La noble franqueza de esas dos cartas es digna de los filósofos que las escribieron. Pero en la de Heráclito se trasluce algo de indignacion, en tanto que la de Juan Jacobo estaba llena (a) de comedimiento. No puede uno menos de enternecerse al ver qué idéntica fue la suerte de esos dos grandes hombres que vinieron al mundo en períodos tan distantes y parecidos, estando á punto de estallar una revolucion, y siendo ambos perseguidos por sus opiniones. Tal es el espíritu dominante: no podemos sufrir nada de lo que se separa de nuestras limitadas ideas y de nuestras mezquinas costumbres. Nuestra capacidad nos sirve para fijar el límite de las de los demás: todo lo que pasa de ese límite nos ofende. «Esto está bien, esto está mal;» son las palabras que sin cesar estan saliendo de nuestra boca ¿Qué derecho tenemos para pronunciar tan severo fallo? ¿Por ventura hemos comprendido el motivo secreto de esta ó aquella accion? ¿Sabemos acaso en medio de nuestra miserable condicion, ni lo que es bien, ni lo que es mal?

¡Tiernos y sublimes talentos de Heráclito y de Juan Jacobo! ¿Qué sirve que la posteridad os haya pagado un tributo de estériles honores?... Cuando sobre esta ingrata tierra, llorabais las calamidades de vuestros semejantes, no teniais ni un solo amigo (b).

(1) *Obras completas de Rousseau*, tom. XXVII, página 209.

(a) No, no hay comedimiento en la carta de Rousseau; oculta en su fondo tanto orgullo como la de Heráclito. Decir á un rey: «Haced bien á los hombres y á ese precio me vereis,» es tener una reputacion demasiado elevada de sí mismo; pues el rey al hacer bien á los pueblos podia encontrar una recompensa tan bella por lo menos como la que le ofrecia el ciudadano de Ginebra. Muy justo es que el talento tenga conciencia de su dignidad y su mérito; pero se aventura á eclipsarlo quien se cree con derecho de morigerar los pueblos, ó tratar con familiaridad á los reyes. (N. ED.)

(b) He vuelto á leer las obras de Rousseau, á fin de ver si justificaban en el tribunal de mi razon madura y de mi gusto ya formado, el entusiasmo que me inspiraron en la juventud.

No he encontrado sublimidad en el *Emilio*, pero convengo en que es una obra superiormente escrita en cuanto á las formas de estilo, aunque no por lo relativo á la lengua propiamente dicha, y que en ella se encuentran páginas de rara elocuencia, aunque no debe ser considerada mas que como obra de pura teoría, y de imposible aplicacion.

En el *Emilio* se vislumbra mas la tendencia de un misántropo que la severidad de un sabio: la sociedad se ve juzgada por el amor propio ofendido: los sistemas de la época se reproducen en las mismas páginas escritas contra aquellos, y el autor declama contra las costumbres del siglo, sin poder ocultar que está plagado de ellas. La obra no es grave sino por el pensamiento, ni uniforme por el estilo: es sofística sin ofrecer novedad: y aunque sus ideas propenden á lo extraordinario, son sin embargo de una naturaleza bastante vulgar. En una palabra, falta la verdad en ese tratado de educacion, y ademas es inútil, porque nada apenas de lo que dice se queda grabado en la memoria.

La profesion de fe del vicario saboyano, que tanta celebridad mereció al ser publicada, ha perdido ya el interés de las circunstancias, y queda en la actualidad reducida á no ser mas que un sermon sociniano bastante pesado, sin tener nada que pueda llamarse admirable mas que la exposicion de la escena. Las pruebas de la espiritualidad del alma son buenas, pero inferiores á las presentadas por Clarke.

Rousseau en sus obras políticas, es claro, conciso, inflexible, lógico y concluyente al enlazar corolarios que con bastante frecuencia suele deducir de alguna proposicion errónea. A pesar de mostrarse tan partidario del derecho social de la escuela antigua, suele confundirlo involucrándolo con el derecho natural. Por otra parte, los gobiernos han seguido marchando, y la política de Rousseau ha envejecido.

Ultimamente Rousseau no tiene una verdadera superioridad sobre los demás escritores, mas que en unas sesenta cartas de la *Nueva Heloisa* (que conviene leer como yo lo hago en este mismo instante á la vista de las rocas de Meillerie), en sus *Desvarios* y en sus *Confesiones*. En esos escritos campea la verdadera fuerza de su capacidad, y se eleva á una elocuencia de pasion no conocida anteriormente. Voltaire y Montesquien encontraron modelos de estilo en los escritores del siglo de Luis XIV; Rousseau, y en cierto modo Buffon, crearon un lenguaje desconocido en aquel gran siglo.

Eso no obstante, diremos que Rousseau no es tan noble como ardiente, ni tan delicado como lleno de pasion. Por todas partes se revela el trabajo, y el autor no puede encubrirse ni aun con el vestido de amante. Rousseau es mas poético en las imágenes que en los afectos: su inspiracion proviene mas de los sentidos que del alma; participa muy poco de la divina llama de Fenelon; expresa los sentimientos profundos, pero rara vez los elevados; puede decirse que su ingenio es de una rara hermosura, pero mas bien pertenece á la tierra que al cielo.

Hay tambien una especie de escenas que se escapan al pintor de Julia y Saint-Preux: es dudoso que hubiese podido escribir novelas de asuntos caballerescos. ¿Habria tenido capacidad para idear un *Tancredo* ó una *Zaira*? No me atreveria á afirmarlo: asi como juzgando por el *Emilio*, no me atreveria á afirmar tampoco que Rousseau hubiese podido erigir un monumento imitado de lo antiguo como el que nos ha dejado el arzobispo de Cambray.

No le era dable á Rousseau escribir algunas páginas sin poner de manifiesto su educacion descuidada, y los hábitos de la inferior sociedad en que pasó la primera y principal parte de su vida. Frecuentemente confunde la familiaridad con la sencillez: si Voltaire nos hubiera hablado de sus comidas, lo habria hecho de un modo muy diferente que el marido de Teresa.

No me reprendo de mi entusiasmo por las obras de Rousseau: aun conservo en cierto modo mi admiracion hácia ellas, y sé la causa en que esta se funda: Pero si he debido admirarle como escritor, ¿qué escusa habré podido darle como hombre? ¿Cómo he podido leer sin indignacion las *Confesiones* por lo tocante á los hechos? ¡Cómo creyó Rousseau poder disponer de la reputacion de madama de Warens, inmortalizando el deshonor de su misma bienhechora! Que el ciudadano de Ginebra en el arrebato de su vanidad se crea bastante elevado para publicar sus propias faltas (modero mis expresiones), sea enhorabuena. Pero revelar las debilidades de la mujer que le habia alimentado en la miseria, de la mujer que se le habia consagrado! Presumir que podria cubrir esa odiosa ingratitud con algunas páginas de un talento inimitable; creer que prosternándose á los piés del idolo que acababa de mutilar, le devolveria sus derechos á la consideracion de los hombres, eso es combinar el delirio del orgullo con una dureza, con una esterilidad de corazon de que hay pocos ejemplos. Para excusarle me complazco en suponer que Rousseau no era siempre dueño de su razon; pero en tal caso no me inspira interés ese maniático; reducido á semejante estado, no por una calamidad de las que no es dado al hombre librarse, sino por la incurable herida que los vértigos de su amor propio llegaron á producir en su cerebro. (N. ED.)

Investiguemos ahora las consecuencias de ese cuadro de luces que acabamos de comparar. Veamos por de pronto las diferencias que se notan en las definiciones de la mejor clase de gobierno.

Los legistas atenienses que vinieron en pos de Licurgo y Solon se anunciaron en el sentido de los modernos: la razon de esto se encuentra en el siglo. Platon, Aristóteles, Montesquieu y Juan Jacobo, vivieron en una edad corrompida y era preciso reformar los hombres por medio de las leyes, en tiempo de Thales por el contrario las leyes habian de ser reformadas por los hombres. Temo no ser entendido, y voy á explicarme con mas claridad. Las costumbres consideradas absolutamente son la obediencia ó desobediencia á ese sentido interior que nos manifiesta lo que es bueno y lo que es malo, para que obremos con arreglo al primero y evitemos lo segundo. La política es aquel prodigioso arte por medio de cual se consigue reunir en un cuerpo las costumbres antipáticas de muchos individuos. Dicho esto convendria saber lo que ese sentido interior nos aconseja, ó nos prohibe rigurosamente. ¿Quién sabrá hasta qué punto la sociedad ha alterado ese sentido? ¿Quién sabrá si las

preocupaciones, tan propias de nuestra organizacion que alguna vez confundimos con la misma naturaleza, no nos hacen ver vicios y virtudes donde en realidad no las hay? ¿Qué nombre daremos, por ejemplo, al pudor, á la infamia, al valor, á la rapiña? ¿Si esa voz de la conciencia no fuese ella misma.... (a)? Guardémonos de sondear ese espantoso abismo. He dicho ya lo bastante para demostrar la diferencia que hay entre los publicistas de los tiempos inocentes de la Grecia y los de nuestra época: seria ocioso extenderme mas sobre este particular.

En la parte moral encontramos tambien las mismas disonancias. Los sabios consideraron al hombre bajo las relaciones que tiene consigo mismo, y quisieron que sacara su felicidad del fondo de su alma. Nuestros filósofos lo han tomado bajo el punto de vista de sus relaciones civiles, y han querido hacerle pagar sus placeres como una contribucion impuesta sobre el resto de la sociedad. De aquí nacieron los resultados de sus especies de máximas: «Respetad á los dioses, »conoceos á vosotros mismos; comprad de la sociedad »lo mas barato que podais, y volvédselo á vender al »precio mas subido.»

Eh aquí en breves palabras la suma total de esas dos filosofías: la de los buenos tiempos de la Grecia se apoyaba enteramente en la existencia del Gran Ser y la nuestra en el ateismo. Aquella se referia á las costumbres; esta á la política. La primera decia á los pueblos: «Sed virtuosos y sereis libres:» la segunda les grita: «Sed libres y sereis virtuosos.» La Grecia con aquellos principios, llegó á la independencia republicana y á la prosperidad: ¿A dónde llegaremos nosotros marchando por el opuesto rumbo? Dos ángulos de distintos grados no pueden producir dos arcos de igual dimension (b).

Examinaremos el estado de las luces en las naciones contemporáneas, cuando hablaremos de la influencia de la revolucion republicana de la Grecia en los demás pueblos. Ahora vamos á hacernos cargo de la influencia de la Grecia sobre sí misma.

CAPITULO XXV.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION REPUBLICANA SOBRE LOS GRIEGOS.—BIENES.

Los griegos y los franceses en medio de una tranquilidad profunda vivian sometidos á reyes que los pueblos durante una larga serie de años habian aprendido á respetar. Súbitamente se apoderó de aquellas naciones un vértigo de libertad: sus monarcas cayeron precipitados á puñaladas del trono. La fiebre se desarrolló con intensidad, y se declaró guerra eterna á los tiranos. Cualquiera pueblo que intenta deshacerse de sus soberanos, está seguro que no le faltaran regicidas. La propaganda cundió de Estado en Estado, y de allí á poco tiempo no quedó un solo príncipe en toda la Grecia (1); los franceses de nuestros tiempos juran tambien á su vez romper todos los cetros (c).

El Asia tomó las armas en favor de un tirano desterrado (2): la Europa se ha levantado en nuestros dias para reponer á un rey legítimo en el trono. Algunas provincias de la Grecia (3) y de Francia (4) se confederaron cada cual en su época con los ejércitos extranjeros: y el Asia y la Europa y las provincias sublevadas se estrellaron á su vez contra una masa de entusiastas, que al parecer no podian ni defenderse de aquellas fuerzas reunidas: cantando el himno de Castor (5), asi como los franceses la Marsellesa, los republicanos de ambos paises se lanzaron á la muerte. Al grito de *viva la libertad* se consumaron prodigios, y la Grecia y la Francia pueden jactarse de presentar en su historia hechos como los de Marathon, Salamina, Platea, Fleurus, Weisembourg y Lodi (6).

Entonces tuvo lugar una época de maravillas. Siendo ambos pueblos tan ingratos como caprichosos, los atenienses redujeron á prision, desterraron ó hicieron tomar un veneno á sus generales, y los franceses los expulsaron de su país ó les quitaron la vida (7). Y no por eso se crea que las victorias interrumpian su curso: el primer hombre que se presentaba tenia tanta capacidad como el general que acababa de desaparecer. Hubiérase dicho que los talentos brotaban de la tierra. Temístocles reemplaza á Milciades, Arístides á Temístocles; Cimon á Arístides: los Dumouriez ocupan el puesto de los Luckner; Custine el de Dumouriez, Jourdan el de Custine y Pichegrú el de Jourdan.

De modo que el efecto inmediato de la revolucion en Grecia y en Francia fue: odio implacable á la monarquía, valor indómito en los combates y constancia á toda prueba en la adversidad. Pero los griegos como que conservaban su moralidad, por no haber pasado de la monarquía á la república sino despues de largos años de sufrimientos debieron obtener de su resolucion ventajas que á los franceses no les fue dado conseguir de la suya (d). La alma de aquellos se abrió deliciosamente á los halagos de la virtud. Allí el espíritu de libertad purificó la época que le habia dado nacimiento, y elevó las siguientes generaciones á una altura á que los demás pueblos no han podido llegar.

(a) Yo mismo ignoro lo que quise decir al expresarme de este modo: sin duda me crei sublime por dar á entender con arreglo a las bufonerías de Voltaire, que no teniendo los pueblos una misma idea acerca del pudor, del robo, etc, no sabiamos de un modo muy terminante ni lo que era vicio, ni lo que era virtud. En seguida guardé ese gran secreto en mi seno, muy orgulloso de haberme elevado á la filosofia *holváquica*. Es muy justo que me adjudique á mí mismo parte de la desaprobacion que ha recaido sobre esa filosofía. Sin embargo es cosa harto extraña, que sin salir de ese mismo capítulo, ataque á los filósofos del siglo XVIII sin reparar que me hallaba tambien contagiado de sus máximas.

(b) En todo este libro se echa de ver que mi razon, mi conciencia y mis inclinaciones estaban en contradiccion con mi filosofismo, y que á cada paso me dejaba caer con tanto placer, como amor en el terreno de las verdades religiosas. Tambien se vé que mi espíritu de libertad corria parejas con mi espíritu monárquico. (N. ED.)

(1) Menos los Macedonios considerados como bárbaros por el resto de los griegos. Cierto Alejandro (no el Grande), tuvo que probar que descendia de Argos para ser admitido en los juegos olímpicos.

(c) He aquí uno de los pasajes que prueban cuánta razon tenian en no dejarme imprimir la obra por completo. (N. ED.)

(2) HERODOT., lib. v, cap. XCVI.

(3) *Id.*, lib. VI, cap. CXII.

(4) TURREAU, *Guerra de la Sandé.*

(5) PLUT, *in Lyc.*

(6) De todo esto se veran detalles en la guerra de los medos.

(7) HEROD., lib. VI, cap. CXXXVI, PLUT., *in Temist.*

(d) Su tono es demasiado afirmativo: me hallaba demasiado cerca de los sucesos para poder apreciarlos cual ellos merecian: todas las heridas causadas por la revolucion estaban abiertas aun: lo que habia sido destruido para siempre y lo que en lo sucesivo podria reedificarse, no formaba mas que un confuso monton de ruinas. No consideraba yo con bastante atencion la revolucion que se habia verificado en los ánimos, é ignorando que pudiera existir otra clase de libertad mas que la republicana de los antiguos, veia obstáculos insuperables para establecerla en las costumbres de mi tiempo. Treinta años de observacion y de experiencia me han hecho descubrir y anunciar esta otra verdad que llegará á ser fundamental en los sistemas políticos, á saber, que hay otra libertad, hija de las luces. A los reyes toca decidir si quieren que esa libertad sea monárquica ó republicana, y eso depende de la discrecion ó de la imprudencia de sus consejeros. (N. ED.)

Allí se combatia por una corona de laurel (1); se moria por obedecer á las santas leyes de la patria (2), el ilustre candidato que se veia rechazado de un destino público, se alegraba de que el país tuviera trescientos ciudadanos mejores que él (3); el grande hombre injustamente condenado, escribia su nombre condenándose al ostracismo (4) ó bebia cicuta (5); allí por decirlo de una vez no se adoraba mas que la virtud; mas por desgracia los misterios de su culto quedaron profundamente vedados al resto de los demás hombres.

CAPITULO XXVI.

CONTINUACION.—MALES.

Si tal fue la influencia de la revolucion republicana sobre la Grecia considerada bajo el punto de vista de los bienes que produjo, no es menos digna de atencion por lo concerniente á los males que causó. La ambicion que constituye el carácter de los gobiernos populares, no tardó en apoderarse de las repúblicas, como sucede actualmente en Francia. No contentos los atenienses con haber librado á su patria, se dejaron dominar del furor de conquistas, y ningun país pudo tener seguridad de no ver en sus playas falanjes de la Grecia. Vióse á estas recorrer rápidas como un voraz fuego las islas del mar Egeo (6) y aparecer en Egipto (7) y en Asia (8). Los pueblos que al principio quedaron deslumbrados con las gigantescas victorias de aquellas expediciones guerreras, fueron poco á poco dispertando de su admiracion cuando echaron de ver que los griegos al haberse declarado libres, pretendian encadenar el resto del universo y que no se dejaban llevar sino del espíritu de conquista. (9) Gradualmente se fue formando contra ellos una masa colectiva de odio (10), como esas bolas de nieve que habiendo salido primeramente de la mano de un niño, adquieren rodando sobre sí mismas una monstruosa magnitud. Por otra parte los atenienses enriquecidos con los despojos de las demás naciones (11) principiaron á perder el elemento del gobierno popular, la virtud (12) No tardaron en resonar las plazas públicas con los gritos de los demagogos y los facciosos (13), dando lugar á que estallaran las disensiones mas funestas. Aquellas pequeñas repúblicas tan unidas en tiempo de la desgracia, se dividieron al gozar dias prósperos, y cada cual quiso ser la dominadora de las demás. Por todas partes (14) se encendieron guerras crueles sostenidas por el oro de la Persia, mas poderoso que las armas, y para colmo de infortunio, el espíritu humano libre de toda ley por influencia de la revolucion produjo á un mismo tiempo todas las obras maestras de las artes y todos los sistemas disolventes de la moral y la sociedad. Una multitud de sofistas se empeñaron en derrocar á Dios de su trono, y enseñaron públicamente el ateismo (15) ó publicaron nuevos planes de república, y numerosísimos tratados acerca de los verdaderos principios de la libertad (16). En medio de esta confusion aparecieron Filipo y Alejandro.

(1) PLUT., *in Lyc.*
(2) PLUT., *in Arist.*
(3) PLUT., *in Phæd.*
(4) PLUT., *in Them.*
(5) TUCIDID., lib. I, cap. CX.
(6) PLUT., *in Them.*
(7) *Id.*, *in Aristid.*
(8) PLAT., *in Phæd.*
(9) DIOD., *Sic*, lib. II, p. 47.
(10) PLUT., *in Cim.*, p. 489.
(11) *Id.*, *Ibid.*
(12) TUCIDID., lib. I, cap. CI.
(13) *Id.*, *Ibid.*
(14) PLAT., *de Leg.*, lib. IV, p. 706.
(15) ARISTOT., *de Rep.*, lib. V, cap. III.
(16) Por no multiplicar citas aconsejo al lector que por lo tocante á la época á que se refiere este capítulo, lea alguna historia general de Grecia, y verá una admirable semejanza con lo que en estos tiempos modernos ha ocurrido en Francia. Verá ciudades tomadas y saqueadas sin misericordia; pueblos forzados á pagar enormes contribuciones; neutralidad de las potencias violadas, naciones obligadas á seguir por fuerza la causa de los atenienses; y por último, verá la insolencia é injusticia en su mayor altura. Ocasion hubo en que los atenienses, insultando á los embajadores de los demás pueblos, dijeron sin ningun rebozo que no conocian mas derecho que la fuerza. (Véase TUCIDID, lib. V, etc.)

CAPITULO XXVII.

ESTADO POLÍTICO Y MORAL DE LAS NACIONES CONTEMPORÁNEAS EN EL MOMENTO DE LA REVOLUCION REPUBLICANA DE GRECIA.—CONSIDÉRASE ESTA REVOLUCION EN SUS RELACIONES CON LOS DEMÁS PUEBLOS. CAUSAS QUE RETARDARON Ó ACELERARON SU INFLUENCIA.

Es difícil trazar un cuadro de la naciones conocidas en el momento de la revolucion republicana de Grecia, estando la historia de esa época llena de oscuridades y de fábulas. Sin embargo, voy á hacer el ensayo de dar una idea general al lector.

Por de pronto consideraremos esos pueblos, separadamente, y luego los veremos obrar de consuno al tratar de la Persia en tiempo de la guerra Médica. Tomando nuestro punto de partida del Egipto, dirigiéndonos al Sur, y describiendo un círculo por el Oeste y el Norte volveremos á la Persia, para terminar nuestras observaciones en Oriente en el mismo punto donde principiamos. Colocados en Atenas como en un centro, seguiremos los radios que desde allí van á parar á los pueblos colocados en los diversos grados de esa vasta circunferencia.

CAPITULO XXVIII.

EL EGIPTO.

Cuando fue destruida en Atenas la tiranía, el Egipto no era mas que una provincia de la Persia, de manera que se vió expuesta como el resto de los países que la componian á toda la influencia de la revolucion griega. Trataremos por lo tanto de su historia en general cuando hablaremos del imperio de Ciro, y aquí no examinaremos mas que algunas de las circunstancias que le son particulares.

Desde la época mas remota habian los Egipcios estado sometidos á un gobierno teocrático, (17) y asi como los pueblos de la India de donde probablemente se deriva su orígen (a), estaban divididos en tres clases inferiores, á saber: de agrícolas, de pastores y de artesanos. (18) Todo particular estaba obligado á seguir en la clase en que habia nacido, la profesion de sus padres, sin que el talento ni el estudio pudieran elevarlo á otra gerarquía superior. ¿Mas qué digo? Ni aun esto es bastante. En aquel país de esclavitud, el espíritu debia gemir bajo cadenas mucho mas pesadas aun: el artista no podia seguir mas que una línea de sus estudios, ni el médico mas que una rama de la ciencia (19).

Mas al redoblar los lazos de la ignorancia en rededor del pueblo, sus caudillos habian tenido tambien buen cuidado de atarlo con los vínculos de la moral. No ignoraban que es inútil poner trabas al genio para evitar las revoluciones, si al mismo tiempo se halaga á los vicios que conducen á un idéntico resultado por distinto camino. El respeto á la religion y á las leyes (20) el amor á la justicia, y la virtud del agradeci-

(17) DIOD., lib. I, p. 63.
(a) No puede eso afirmarse absolutamente. (N. ED.)
(18) DIOD., lib. I, p. 67.
(19) HERODOT., lib. II, cap. LXXXIV.
(20) *Id.*, lib. II, cap. XXXVII.

miento (1) formaban el código de la sociedad egipcia, y bien puede decirse que si aquel pueblo era uno de los mas supersticiosos de la tierra, podia tambien al mismo tiempo figurar como uno de los mas inocentes.

El Egipto en todos tiempos habia sostenido considerable comercio con la India. Sus naves iban por los mares de Arabia y de la Persia á buscar aromas, marfil y sederia á aquellos remotos paises, llegando hasta Trapobana, que es el Ceilan de los tiempos modernos. Los Chinos y los demás pueblos situados mas allá del cabo de Comaria (2), llevaban sus mercancías á esta costa en la época del regreso periódico de las flotas egipcias y las trocaban por el oro de Occidente (3).

Mas en tanto que el pueblo estaba sistemáticamente entregado á la mas crasa ignorancia, todas las luces estaban aglomeradas en la clase sacerdotal. Sus individuos reconocian los dos principios del universo (a), esto es, la materia y el espíritu, llamando á la primera *Athor* y al segundo *Cneph*, y suponian que este por la energía de su voluntad habia disgregado los elementos, sacándolos de su primordial confusion y haciendo que al obrar sobre la masa inerte, produjeran todos los cuerpos y todos los efectos (4). El movimiento, el calor y la vida esparcida en toda la naturaleza, les hizo imaginar una infinidad de medios en donde veian una multitud de acciones. Creyeron que por el espacio flotaban emanaciones del Gran Ser, y daban vida á las diversas partes del universo (5). Estaban persuadidos que el alma era inmortal, y Herodoto supone que ellos fueron los primeros que enseñaron esta base de toda moralidad (6). En sus funerales dirigian al cielo esta plegaria: «Sol y vosotras, potencias que dispensais la vida á los hombres, recibidme y dispensadme un lugar entre los dioses inmortales» (7). (b) Otras sectas religiosas enseñaban la doctrina de la transmigracion de las almas (8).

La física considerada en todas sus relaciones con la astronomia, la geometría, la medicina y la química, era cultivada por los sacerdotes egipcios de un modo desconocido á los demás pueblos y sobre todo á los Griegos en el momento de su revolucion. Tambien les era conocida la sublime ciencia del gobierno, como lo demuestran Pitágoras, Thales, Licurgo y Solon, que fueron educados en sus escuelas.

Entre los Egipcios sobresalieron dos autores célebres: los dos Hermes, de los cuales el primero se cree que fue inventor de las artes, y el segundo un restaurador. Serapis enseñó á curar las dolencias, y aunque las obras que escribieron estos hombres han perecido en las revoluciones de los imperios, sus nombres se han conservado entre los de los bienhechores de la humanidad. Dicen los alquimistas que la trasmutacion de metales fue tambien conocida entre los sabios egipcios.

En ese país, cuyo nombre no debe ningun aficionado á las ciencias pronunciar sino con respeto, es en donde encontramos establecidas por primera vez las bibliotecas, y como si la naturaleza hubiese destinado esas regiones á ser la cuna de las ciencias hizo nacer en ellas el *papyrus* (9) en donde deben conservarse los adelantos de la humana inteligencia. Desgraciadamente los misteriosos signos en que los sacerdotes envolvian sus estudios, han privado al universo de una multitud de preciosos descubrimientos. Me ocurre una duda que proponer á los sabios. ¿Eran los egipcios verdaderamente indios de orígen? No es lo mismo la lengua filosófica de aquellos, que el idioma sanscrito de estos? ¿No seria posible toda vez que está ya descifrado este idioma valerse de él para explicar la lengua filosófica? (c). Colocando Cambyses bajo su poder las diversas naciones diseminadas por las riberas del Nilo, favoreció la propagacion de las artes Hasta entonces los egipcios, recelándose de los extranjeros, no los admitian sino con la mayor repugnancia á sus misterios; mas cuando aquellos quedaron convertidos en vasallos de la Persia, tuvieron que franquear las puertas de su país á todos los amantes de la filosofía. Desde aquel rincon del mundo es de donde principió á brillar la aurora de las ciencias en el humano horizonte: no tardaron en avanzar las luces del Egipto hácia Occidente, como los rayos luminosos del astro que surge diariamente de las mismas regiones.

CAPITULO XXIX.

OBSTÁCULOS QUE SE OPUSIERON AL EFECTO DE LA REVOLUCION GRIEGA EN EGIPTO.—SEMEJANZA DE ESTE PAIS CON LA ITALIA MODERNA.

Considerando atentamente este cuadro, se echan de ver dos grandes causas que debieron amortiguar la accion de la revolucion griega en Egipto. La primera puede atribuirse á la subdivision uniforme de las clases de la sociedad. Esta institucion da tal imperio de costumbre á los pueblos en que domina, que llegan sus hábitos á ser eternos como los Estados. En vano, tales naciones vienen á ser subyugadas por algun conquistador; pues en tal caso no hacen mas que cambiar de dueño; pero no de carácter. Cierto es que no estan totalmente libres de revoluciones intestinas; la capacidad intelectual por muy agoviada que se halle bajo el peso de las cadenas, da de cuando en cuando violentas sacudidas, asi como aquellos Titanes de la fábula, que aunque sepultados bajo los abismos del Etna, se agitan alguna vez estremeciendo la enorme masa y causando convulsiones en los cimientos de la tierra.

El segundo obstáculo que de una manera insuperable se oponia en Egipto al espíritu de libertad, es uno de los que mas poderosa influencia ejercen en nuestra alma, la supersticion. Estaban los sacerdotes demasiado interesados (10) en ocultar la verdad al pueblo, y por lo tanto debian poner en juego todos los elementos de su sagacidad á fin de oponerse á la influencia de una revolucion que habria podido arran-

(1) Diod., lib. I, p. 70. Sabido es que los egipcios acostumbraban juzgar á los muertos, y que ni los mismos reyes podian librarse de ese juicio. Por otra costumbre no menos rara el deudor solia entregar en fianza el cadáver de su padre. Esas leyes sublimes tienen demasiada fuerza para nuestras mezquinas nacionalidades modernas: las admiramos, pero ya no las comprendemos porque nos falta la virtud que las caracterizaba.

(2) Comorin.

(3) Roberston's, *Disquisition et concern. Ancient. India*, sec. I.

(a) No hay dos principios en el universo: ó de lo contrario seria preciso admitir la eternidad de la materia, con lo cual se destruiria toda verdadera idea de Dios. (N. ED.)

(4) Jablonsk., *Canth. Ægypt.*, lib. I, cap. I; Euseb., libro III, cap. XI.

(5) Plut., *Isis, Osiris.*

(6) Jablonsk., lib. II, cap. I, II.

(7) Lib. II. cap. CXXIII.

(b) Héme aquí bien distante del materialismo. (N. ED.)

(8 Porphir., *de Abstinent.*, lib. IV.

(9) Plinio, lib. XIII, cap. XI.

(c) Seguia yo demasiado absolutamente la opinion de los sabios que suponen que los egipcios proceden de la India: los progresos que Mr. Champollion ha hecho en la explicacion de los geroglificos, no han demostrado hasta el presente que haya relacion entre el sanscrito y la lengua sabia de los egipcios. (N. ED.)

(10) Ademas de la gran influencia que ejercian en el gobierno, sus bienes territoriales no pagaban contribuciones al Erario.

carles la máscara. El hombre en realidad no tiene que temer mas que un solo mal, la muerte: libradle de ese temor y será libre. Asi es que todas las religiones de esclavos estan calculadas á propósito para aumentar ese temor. No se habia descuidado de hacerlo asi la casta sacerdotal egipcia, rodeándose de terribles misterios, capaces de inspirar terror en la credulidad del pueblo por medio de las imágenes mas monstruosas. Por esta razon sostenian tambien el trono con todo el prestigio de su magia á fin de gobernar al soberano, cuyo respeto encomendaban al pueblo, y dominar la nacion, haciendo que esta obedeciese sumisa al soberano. Si el Egipto hubiese sido una potencia independiente en el acto de estallar la revolucion griega, no se habria tal vez librado de su influencia; pero en aquel momento, como ya lo hemos dicho, no componia mas que una provincia de la Persia, y se encontraba envuelto en las calamidades del imperio á que por su mala suerte se veia unido.

El antiguo reino de Sesostris presentaba en aquellos instantes, marcadas relaciones de semejanza con la Italia moderna. Siendo al parecer gobernado por monarcas, no lo era en realidad sino por un pontífice, dueño de la opinion, y cuyo gobierno puede decirse que se componia de magnificencia y debilidad (1): entre magníficas ruinas (2) andaba vegetando un pueblo esclavo: las ciencias eran patrimonio de unos pocos, y los restantes estaban sumergidos en la mas crasa ignorancia. A las riberas del Nilo (3) es adonde los filósofos de la antigüedad acudian á instruirse; bajo el hermoso cielo de Florencia (4), es donde la Europa bárbara fue á encender la antorcha de las ciencias, que en ambos paises se habian conservado bajo el misterioso velo de una lengua sabia ignorada de la multitud (5). Al uno y al otro de estos dos paises cupo asimismo la suerte de ser, digámoslo asi, el canal por donde las riquezas de las Indias circularon á los demás pueblos. Con tanta conformidad de costumbres y circunstancias, el Egipto y la Italia debieron correr poco mas ó menos la misma suerte, el primero en los tiempos de trastorno de la Grecia, y la segunda al ocurrir la revolucion francesa. Arrastrados á su pesar á tomar parte en una guerra desastrosa por el impulso coercitivo de otra potencia, tuvo el Egipto, como provincia del gran imperio persa, y la Italia, como sujeta á la Alemania, que dar batallas en obsequio de una nacion extranjera, y debilitarse mediando en disputas agenas. No tardaron los enemigos victoriosos en volver contra esos paises sus armas, y lo que es aun peor, sus intrigas. Inflamaron la ambicion de algunos particulares, y la tierra clásica del talento se vió asolada por los bárbaros. Despues de seis años de calamidades, los persas consiguieron arrancar el Egipto del poder de los atenienses (6) y sus aliados, imponiendo por último el yugo á esos mismos atenienses en tiempo de las conquistas de Alejandro, que pueden considerarse en sí mismo como accion remota de la revolucion republicana de Esparta y Atenas.

CAPITULO XXX.

CARTAGO.

Encontraremos en las costas de Africa los célebres cartagineses que entre todos los pueblos de la antigüedad, son los que presentan mayor afinidad con las naciones modernas. Aristóteles hizo un magnífico elogio de sus instituciones políticas (7). El gobierno de este país se componia: de dos magistrados supremos ó cónsules anuales llamados *sufetas*; de un senado ó tribunal, llamado de *Los Ciento*, que servia de contrapeso á las otras dos ramas del poder; del consejo de los *Quinientos*, cuya autoridad se extendia á una especie de censura general sobre toda la legislatura, y finalmente, de la asamblea del pueblo, sin la cual no hay república (8) (a).

Cartago adoptó en cuanto á la moral los principios de Lacedemonia; desterró las ciencias y hasta llegó á prohibir que se enseñara el idioma griego á los niños. De este modo se libró de los sofismas y de la elocuencia de Atica. Inútil seria investigar el estado de ilustracion en semejante pueblo, por lo cual paso inmediatamente á hablar de las artes en las que habia hecho considerables adelantos.

Impulsados por un atroz instituto de religion los cartagineses arrojaban en obsequio de sus dioses niños á las llamas, bien sea porque creyeran que el candor de tales víctimas deberia ser agradable á la divinidad, ó bien porque tal vez pensaban hacer un acto de humanidad librando á las inocentes víctimas de las amarguras de la vida.

Sus principios militares se diferenciaban tambien esencialmente de los que dominaban en su siglo. Aquellos comerciantes africanos encerrados en sus despachos encomendaban á ciertas tropas mercenarias el cuidado de defender la patria. Compraban la sangre á precio de oro adquirido con el sudor de la frente de sus esclavos y de este modo convertian en provecho propio el furor y la imbecilidad de la raza humana.

Mas lo que distinguia particularmente á los habitantes de las tierras púnicas era su carácter mercantil. Ya habian enviado colonias á España, á Cerdeña á Sicilia y á lo largo de las costas del continente de Africa, cuya vasta circunferencia se habian atrevido á medir, y hasta se habian aventurado á penetrar en el borrascoso mar de las Galias, descubriendo las islas Cassiterides (9). A pesar del imperfecto estado de la navegacion, la avaricia, mas poderosa que las invenciones humanas les habia servido de brújula en los desiertos del Océano (b).

CAPITULO XXXI.

PARALELO DE CARTAGO É INGLATERRA.—SUS CONSTITUCIONES.

Alguna vez he considerado lleno de admiracion las semejanzas de costumbres y de carácter que existen entre los antiguos soberanos de los mares, y los actuales dueños del Océano. Muy notable es su afinidad por lo tocante á sus constituciones políticas y por su espíritu mercantil y guerrero á un mismo tiempo (10). Examinemos la primera de estas dos semejanzas.

Siguiendo los principios constitutivos de ambos paises se ve que sus gobiernos son idénticos. La cosa pública se componia en Cartago asi como en Ingla-

(1) Fue el Egipto casi siempre presa del primero que lo atacó.

(2) En su mayor prosperidad estuvo cubierto de ruinas de los monumentos de un antiguo pueblo que floreció antes de la invasion de los rectores.

(3) Los Licurgos y Pitágoras.

(4) En tiempo de los Médicis.

(5) La lengua geroglífica en Egipto; en Italia el latin.

(6) Quedaron los griegos completamente derrotados, y tuvieron que entregarse á discrecion, por no poder recibir auxilios de su país demasiado distante. Otro tanto habria sucedido á los franceses en Italia á no haber mediado la paz universal.

(7) Aristot. *de Rep.*, lib. II, cap. XI.

(8) *Id., Ibid.*

(a) El jóven autor se lamentaba sin duda, en este pasaje de la falta de combinaciones políticas que componen un sistema favorito. Cierto es que no habia república sin asamblea de pueblo antes de haberse ideado la república representativa. N. ED.)

(9) Probablemente las islas Británicas.

(b) No me desdigo de estos últimos capítulos; salvas algunas pequeñeces, volveria á escribirlos del mismo modo.

(10) Aquí concluye la semejanza entre ambos paises. ¿Qué tiene que ver la humanidad y luces de los Europeos con la ignorancia y crueldad de aquellos africanos?

terra de un rey (1) y dos cámaras, de las cuales la primera se llamaba senado y representaba la Cámara Baja y lo segunda era conocida con el nombre de consejo de los Ciento. Este poder, agregándose á los otros dos miembros de la legislatura, ó separándose de ellos segun los tiempos, venia á ser lo mismo que la cámara de los Pares de Inglaterra, el peso regulador de la balanza del Estado. Mas ¿como puede ser que la constitucion púnica fuese republicana y la constitucion inglesa monárquica? Por una de esas maravillosas combinaciones de política que voy á tratar de explicar.

Supongamos una proporcion política cuyos términos fuesen P. S. R. Si se invierte el órden de esas letras produciran relaciones diferentes pero los términos seran siempre los mismos: el gobierno de Cartago se componia de tres partes; el pueblo, el senado y los reyes. Era una república, porque el pueblo en masa era legislador y componia el primer término de la propocion. ¿Qué habria habido que hacer para que esa constitucion hubiese sido monárquica sin alterar los principios, es decir, sin hacerla despótica? Cambiar la proporcion P. S. R. en esta otra R. S. P. esto es, trasponer los términos extremos P y R. en cuyo caso el poder legislativo habria sido devuelto á los reyes y al senado, conservando sin embargo una tercera parte del pueblo. Mas si este no teniendo sino una tercera parte del poder legislativo prosigue ejerciendo en corporacion sus funciones, la proporcion será ilusoria, pues la república existe donde quiera que la nacion se reune á deliberar en masa. El pueblo en ese caso no puede ser mas que representado (2). De aquí toma orígen la constitucion inglesa. Ambas formas de gobierno son excelentes: la primera convenia á un pueblo sencillo y pobre como el de Cartago; la segunda es muy á propósito para una nacion, como la inglesa, grande, culta y rica.

Si ahora, siguiendo nuestra proporcion política; despues de haber cambiado los dos términos extremos y conservando siempre los términos primitivos P. S. R. quisiéramos formular la peor de las combinaciones posibles ¿qué haríamos? No admitir ni rey, ni pueblo y poner en su lugar algun ente que yo no acierto á calificar. Eso es precisamente lo que vimos hacer en Francia. Dejando á un lado los dos términos P. R. la Convencion desechó los dos principios sin los cuales no hay gobierno posible. Los franceses no podian llamarse vasallos porque no tienen rey; ni republicanos porque el pueblo está representado. ¿Qué es pues su constitucion? no lo sé; un caos que tiene todas las formas sin tener ninguna; una masa indigesta en que todos los principios estan confundidos. O mas bien dicho es el término medio de la proporcion S. multiplicado por los dos extremos P y R absorviendo todo el poder del rey y del pueblo. ¿Qué resultará de ese cuerpo henchido de poder, y pasiones? Una multitud de asquerosos tiranos que naciendo y educándose en sus entrañas, saldrán repentinamente para devorar el pueblo y al monstruo político que los habrá engendrado (a).

Por lo tocante á las demás columnas de la legislacion púnica, simples apéndices del edificio, no servian mas que para desfigurar su hermosura, sin aumentar por eso su solidez.

Por lo demás los gobiernos de Cartago é Inglaterra han gozado de unos mismos aplausos y han sido objeto de crítica por unos mismos puntos. Los pueblos contemporáneos les han echado en cara la venalidad y la corrupcion en los puestos de los senadores (3). Polibio observa que el pueblo africano tan celoso de sus derechos, no consideraba semejante uso como un crímen. Tal vez llegaron á comprender que la aristocracia del dinero, debe considerarse como la menos peligrosa no siendo llevada á un grado excesivo, por la razon de que teniendo el propietario un interés personal en la conservacion de las leyes, debe ser uno de sus mas celosos defensores, en tanto que el hombre destituido de bienes de fortuna naturalmente propende á derribar y destruir (b).

CAPITULO XXXII.

LOS DOS PARTIDOS EN EL SENADO DE CARTAGO—HANNON.—BARCA.

De unas mismas instituciones, de unas mismas cosas y de unos mismos hombres, no pueden salir sino formas iguales. El senado de Cartago, asi como el parlamento de Inglaterra se hallaba dividido en dos bandos, opuestos continuamente en opiniones y en principios. Esas facciones dirigidas por los hombres de mas talento y de mas ilustre familia del Estado estallaban particularmente en tiempos de guerra y de calamidades nacionales (4). De aquí resultaba para la nacion la ventaja de que acechándose continuamente los rivales á fin de sorprenderse, tenian un interés personal en practicar la virtud en tanto que les podia ser útil y les daba ocasion de criticar los vicios de los demás.

No habiendo llegado hasta nosotros la noticia de esas disensiones políticas en el momento de la revolucion republicana de Grecia, tendremos que considerarla en una época posterior á ese siglo infiriendo por conjeturas lo que pudo pasar en la metropolí africana.

En el período de la segunda guerra Púnica es cuando encontramos ardiendo por todas partes en el senado de Cartago el fuego de la discordia. Hannon, célebre por su templanza, su amor al bien público y á la justicia, brillaba al frente del partido que antes de la declaracion de la guerra, opinaba por las medidas pacíficas, representando las ventajas de una paz duradera y los azares de una empresa, cuyos resul-

(1) Los griegos dieron alguna vez el nombre de *rey* al magistrado que en Cartago se le daba la denominacion de *Sujeta*, y que como ya hemos dicho, eran dos, y se cambiaban anualmente. Mas aunque Cartago no hubiese sido gobernada mas que por una sola autoridad suprema vitalicia, no por eso hubiera su constitucion dejado de ser republicana, porque esto se deriva únicamente de existir ó no existir la asamblea general del pueblo Me admiro de que los publicistas no hayan establecido mas sólidamente ese gran axioma que simplifica la política y da explicacion de muchos problemas cuya solucion seria imposible sin esa circunstancia.

(2) Este importante asunto será tratado á fondo en la segunda parte de esta obra, y alli demostraré en qué puntos se equivocó J. J. Rousseau ó en cuáles se aproximó á la verdad al hablar de esta materia, verdadera base de la política.

(a) Esta especie de álgebra política, creo que agradará á los hombres muy reflexivos y apasionados á lo positivo. Mi política, como por ese pasaje puede echarse de ver, no es una política de circunstancias: su fecha es bastante antigua, y ha constituido el estudio é inclinacion de toda mi vida.

(3) Para poder ser electo miembro del senado en Cartago, era preciso, asi como en Inglaterra, poseer ciertarenta anual. No encuentro fundamento para que Aristóteles criticara esa ley. Si en Francia se hubiera seguido esa regla, es probable que se hubieran evitado la mitad por lo menos de los males que causó la revolucion. Suelen decir que en tal caso no hubiera un J. J. Rousseau podido ser diputado. Ciertamente es sensible, pero es infinitamente mas perjudicial la admision de personas no propietarias en un cuerpo legislativo.

(b) Me complazco en ver cómo he defendido desde mi juventud los principios conservadores de la sociedad. Diré de paso que no encuentro en toda esta obra un solo principio político diferente de los que hoy defiendo. Ojalá pudiera decir otro tanto de los numerosos errores religiosos y morales que abundan en ella. Mas aun estos van templados por algun sentimiento de benevolencia y de humanidad. Diga el lector de buena fe, si por lo tocante á este asunto, juzgo demasiado favorablemente mi obra. (N. ED.)

(4) Liv., lib. xxi.

tados inciertos costarian inmensas sumas, y acarrearian tal vez la ruina de la patria.

Amilcar, por sobrenombre *Barca*, padre de Anibal, perteneciente á una familia muy amada del pueblo, gozando de mucha influencia y de gran talento, arrastraba en pos de sí la mayoría del senado. Despues de su muerte continuó la faccion á que este hombre insigne habia dado su nombre, pronunciándose en favor de la guerra. Indudablemente contribuia á mantenerles en ese propósito la injusticia de los romanos que sin respetar la fe de los tratados se acababan de apoderar de la Cerdeña (1). En nuestros dias la Holanda produjo la guerra entre Francia é Inglaterra.

Durante las hostilidades no dejó la minoria de combatir las resoluciones adoptadas, esforzándose unas veces en disminuir las victorias de Anibal, y exagerando otras veces sus pérdidas. La oposicion puso cuantos obstáculos pudo á la marcha del gobierno, y si el capitan cartaginés no hubiese contado con los inagotables recursos de su talento hubiera por falta de recursos perecido con todo su ejército en Italia (2). Hácia el fin de la guerra los partidos cambiaron de opinion. Anibal, aunque perteneciente á la mayoría habló con calor en favor de la paz despues de la batalla de Zama. Un solo senador tuvo el valor de oponerse á su discurso: Gisgon hizo presente que sus conciudadanos debian mas bien perecer generosamente con las armas en la mano que someterse á vergonzosas convicciones. Anibal replicó que debia darse gracias á los dioses de que los romanos en medio de circunstancias tan alarmantes se manifestasen dispuestos á entrar en negociaciones. Este dictámen fue el que prevaleció y en su consecuencia se despacharon á Italia embajadores del partido de Hannon, que entreteniendo á sus vencedores con la relacion de sus disensiones domésticas, se alabaron de que si se hubieran seguido sus consejos no habrian tenido que venir á mendigar la paz á Roma (a).

CAPITULO XXXIII.

CONTINUACION.—MINORIA Y MAYORIA EN EL PARLAMENTO DE INGLATERRA.

Las disensiones que empezaron á agitar la Inglaterra á fines del reinado de Jacobo I, dieron origen á dos divisiones que desde aquella época, han quedado marcadas en el parlamento de la Gran Bretaña. La oposicion que por de pronto se dió á conocer con el nombre de *Partido del campo* (3) (*Country Party*) arrastró luego al desgraciado Carlos I al cadalso. Bajo el reinado de su sucesor la minoría tomó la célebre denominacion de *whigs*, y bajo la influencia de un hombre deborado del espíritu de faccion, lor Shaftesbury estuvo á punto de sumergir el Estado en las calámidades de una nueva revolucion. Jacobo II, dió por su imprudencia el triunfo al partido de los *whigs*, y Guillermo III se hizo dueño de una de las mas hermosas coronas de Europa. La reina Ana gobernada durante un largo período por los *whigs* pasó luego al partido de los *torys*. El regreso del duque de Marlborough salvó á la Francia de una ruina casi inevitable (4). Jorge I, sostenido por todo el poder de los primeros que le elevaron al trono se entregó á sus consejos. En el reinado de Jorge II fue cuando la minoría empezó á darse á conocer por el nombre de *Partido de la oposicion* que es el que aun conserva, y alcanzó muchas victorias. Ella fue la que derribó á Sir Roberto Walpole, ministro que por su sistema pacífico se habia grangeado el amor (b) del comercio. De allí á poco consiguió poner al frente del gabinete al insigne lord Chatham que elevó al apogeo la gloria de su patria durante la guerra de 1754, tan desgraciada para la Francia. Habiendo lord Bute sucedido á lord Chatham poco despues del advenimiento al trono del rey actual de Inglaterra la oposicion empezó á desacreditarse. Procuró volver á recobrar su prestigio en el asunto de Mr Wikes, miembro del parlamento, sentenciado por haber escrito un folleto contra el gobierno, y por último recobró nuevo vigor mediante la fatal contribucion del timbre que recuerda á un mismo tiempo la revolucion americana y la francesa. Asi se encadenan los acontecimientos: nadie podia entonces presumir que un *bill* financiero, aprobado en el parlamento de Inglaterra en 1765 habia de elevar un nuevo imperio sobre la tierra en 1782, y hacer desaparecer del mundo uno de los mas antiguos reinos de Europa en 1789 (5).

La oposicion creyó haber conseguido una distinguida ventaja sobre el ministro cuando alcanzó que se volviera á poner en vigor aquella famosa contribucion, y sin embargo no es menos cierto que á ella mas bien que al *bill* se debe la revolucion de las colonias.

Tres ministros se sucedieron rápidamente despues de esta primera irrupcion del volcan americano. Por fin las riendas del gobierno pararon en manos de lord North, que asi como sus predecesores habia adoptado el sistema de los impuestos en ultra-mar. Apenas se tuvo noticia en Inglaterra de la insurreccion de

(1) *Id., Ibid.*

(2) Un miembro de la faccion Barcina preguntó despues de la batalla de Canas á Hannon si se hallaba aun disgutado de la Guerra: Hannon contestó que no habia variado de opinion, y que suponiendo que aquellas VICTORIAS FUESEN CIERTAS, no se alegraba sino porque conducirian á la paz. ¿Quién no cree oir en esas palabras un miembro de la oposicion inglesa, dudando hasta de los buenos resultados obtenidos por su ejército?

(a) Aunque es algo violento este paralelo entre Inglaterra y Cartago, me parece mas natural que los otros, y los hechos históricos que refiero, son curiosos. (N. ED.)

(3) HUMÉ's *Hist. of Engl*, tom. VII.

(4) SMOLL., *Cont. to Humé s Hist. of Engl.*

(b) Y el odio por su sistema de corrupcion.

(5) Una chispa del incendio provocado en tiempo de Carlos I, cayó en América en 1636 (la emigracion de los puritanos), la abrasó en 1765, y volvió á pasar el Océano en 1789 para asolar nuevamente la Europa. Hay algo de incomprensible en esas generaciones de calamidades. Al fijar la atencion en la sociedad americana de la actualidad, no se puede menos de volver atrás la vista, hácia su origen. Es una cosa amarga al par que risible, ver la triste raza humana juguete de sus propias acciones, y conducida á unos mismos resultados por las preocupaciones mas opuestas. Los puritanos pidieron encarecidamente á Dios les dirigiera en su piadosa emigracion, y Dios les condujo al cabo Cod, donde casi todos murieron de hambre y de miseria. No tardaron sus acérrimos enemigos, los católicos en desembarcar, persiguiéndolos en las mismas playas, Un cargamento de insensatos llenos de gravedad, cubierta la cabeza con sombreros de ala ancha y vestidos de trajes sin botones, bajó en seguida á las riveras de Delaware, etc. ¿Qué debia pensar un indio al ver sucesivamente á los extraños farsantes de la gran tragi-comedia que la sociedad está continuamente representando? Al ver que unos hombres quemaban por amor del cielo á sus hermanos en la Nueva Inglaterra; que otra raza hacia profesion en Pensilvania de dejarse cortar la cabeza sin oponer resistencia; que un tercer grupo acompañado de sacerdotes de traje abigarrado y llenos de cruces y de talismanes, proclamaba en Maryland la tolerancia universal, y en Virginia aparecia otro partido con esclavos negros y doctores de ropa talar que se dedicaban á la persecucion. ¿Cómo habia de imaginarse aquel indio que aquellos seres tan distintos procedieran de un mismo pais? Sin embargo, asi era: todos salian de la pequeña isla de Inglaterra, y todos no formaban mas que una sola y única nacion. Cuando se piensa en la variedad y complicacion de las enfermedades que fermentan en un cuerpo politico, apenas puede comprenderse su existencia.

Bajo la fe de los libros y de los interesados, nosotros nos entusiasmamos de oir el solo nombre de americanos: nos llenan de admiracion los *romanos de Boston* y los *tiranos* de Lóndres. ¡Qué diferente sensacion causa el verlos sobre su propio terreno! ¿Conoceria Guillermo Penn á sus virtuosos

los habitantes de Boston con motivo de la remesa de té que enviaba la compañía de Indias, redobló la oposicion su celo y actividad. Lord Chatham volvió á resentarse en la cámara de los Pares y habló acaloradamente contra las medidas del gabinete. Habiendo sido desechada su proposicion por una mayoría de cincuenta y ocho votos, quedaron los medios coercitivos restablecidos en todo su vigor.

No tardó en correr sangre en America. He visto los campos de Lexington: en ellos me he detenido contemplando silenciosamente, como el viajero en las Termópilas, la tumba de aquellos guerreros de ambos mundos que fueron los primeros en dar su vida por obedecer á las leyes de su patria. Al pisar aquella tierra filosófica que con muda elocuencia me decia como se fundan y como se arruinan los imperios no pude menos de confesar mi nulidad ante los designios de la Providencia y postrar en el polvo mi vana frente.

Memorable ejemplo de las desgracias que tarde ó temprano vienen en pos de toda accion inmoral por mas brillantes que sean los pretestos con que pretenda deslumbrar nuestra vista! La Francia seducida por la jerga filosófica, por el interés que se prometia, y por la mezquina manía de humillar á su antigua rival violó sin provocacion por parte de la Inglaterra el derecho sagrado de las naciones en nombre del género humano. Por depronto suministró armas á los americanos contra sus legítimos dueños, y no tardó en declararse abiertamente en favor de aquellos. Sé muy bien que en el terreno de la sútil lógica puede argumentarse acerca del interés general de los hombres en favor de la causa de la libertad; mas tampoco ignoro que aplicando la ley del todo á la parte, no hay vicio que no pueda justificarse. La revolucion americana es la causa inmediata de la revolucion francesa. La Francia desierta, anegada en sangre, cubierta de ruinas, con su rey en el cadalso, y con los ministros de su religion proscritos ó asesinados, dan testimonio de que la justicia eterna, sin la cual todo pereceria á impulso de los sofismas y de nuestras pasiones, suele tomar espantosas venganzas.

Doloroso es para un francés leer en el estado actual ese período de la revolucion americana. Mas de una vez he tenido que cerrar el libro cediendo á las impresiones mas acerbas, y poseido de mudo terror al contemplar el encadenamiento de las acciones humanas. Cada sílaba de Ramsay resuena dolorosamente en el corazon del lector al ver que el honrado ciudadano alaba á despecho de sus propias convicciones la taimada conducta de la Francia respecto de Inglaterra. Mas cuando con el corazon ardiendo de gratitud el lector derrama bendiciones sobre la preciosa cabeza de Luis XVI; cuando se llega al pasaje en que al recibir Mr. de La Fayette la primera noticia del tratado de alianza se arroja con el rostro bañado de lágrimas entre los brazos de Washington, y el ejército al saber la noticia prorrumpe espontáneamente en mil gritos de *Larga vida al rey de Francia*, el libro cae de las trémulas manos, y el puñal del dolor queda clavado en lo profundo de las entrañas. ¡Americanos! Ese La Fayette, ese ídolo vuestro, no es mas que un malvado! Esos nobles franceses, que en otro tiempo fueron objeto de vuestros elogios y que han derramado su sangre en vuestras batallas, no son mas que unos miserables cubiertos de vuestro desprecio, y á quienes tal vez negareis un asilo, y ese augusto padre de vuestra libertad....¿Qué voy á decir? ¿No ha babido uno de vosotros que lo ha sentenciado (1)? ¿No habeis jurado sobre su tumba amor y alianza á los que le asesinaron? (a).

Durante el resto de la guerra la oposicion no cesó de acosar á los ministros y adquirió preponderancia en proporcion de las calamidades nacionales. Entonces fue cuando Mr. Burke lanzó como un rayo su elocuencia sobre la cabeza de los ministros. Ese eminente orador que posee uno de los mas hermosos talentos de que el hombre haya podido honrarse en ningun tiempo se excedió á sí mismo en aquellas circunstancias. Remontóse al orígen de los trastornos de las colonias; trazó enérgicamente sus progresos y con aquel talento que alguna vez le hace penetrar hasta en el porvenir abogó por la causa de la libertad americana en el lenguaje sublime y patético de Demóstenes.

Finalmente la oposicion alcanzó en 27 de Marzo de 1782 un triunfo completo: se cambió el gabinete y el marqués de Rockingham se puso al frente del gobierno.

Habiéndose restablecido la paz entre las potencias beligerantes, la oposicion se unió al partido del ministro caido. Mr. Fox y lord North formaron el gabinete llamado *coalicion de los gefes*, y arrastraron en pos de sí la mayoría del Parlamento. Lord Shelburne, sucesor del marqués de Rockingham, que murió en 1.° de julio de 1782 tuvo que retirarse y Mr. Fox, lord North, y el duque de Portland, se apoderaron del timon del Estado.

Mr. Fox permaneció muy poco tiempo en el ministerio. Habiendo sido desechado en la cámara de los Pares su famoso bill de la compañía de Indias, hizo dimision (19 diciembre de 1783), y Mr. Fitt reemplazó al duque de Portlan, como primer lord de la tesorería.

Los principales actos del gobierno desde la subida de Mr. Pitt fueron: 1.° el *bill* relativo á la compañía de Indias de 5 de julio de 1784; 2.° el de 18 de abril del año siguiente en favor de una reforma parlamentaria rechazado por una mayoría de setenta y cuatro votos; 3.° el plan de liquidacion de la deuda nacional mediante el establecimiento de un fondo de un millon anual de amortizacion en 1786, y 4.° el acta de la trata de los negros, y sobre mejorar la condicion de los esclavos en 21 mayo de 1788. La nacion estaba en la cumbre de la prosperidad y Mr. Pitt, que aun no tenia treinta años de edad demostraba lo que un solo hombre puede influir en la prosperidad de un Estado.

La enfermedad del rey que ocurrió de allí á poco pribó á la oposicion del favor del público y cubrió de gloria al ministro. Habiendo sido devuelto el monarca al amor de un pueblo, que con las mas interesantes demostraciones le manifestaba todo su cariñoso respeto, volvió á empuñar las riendas del Estado, y prosigue labrando la dicha de todos los que tienen la fortuna de estar colocados en el número de los súbditos británicos.

Para concluir esta breve reseña de la oposicion presentaremos el retrato de los dos hombres célebres que desde hace tiempo estan siendo objeto de la administracion de Europa y que tan eficaz influjo han ejercido sobre la revolucion francesa.

descendientes, si les viera apurar su ingenio en engañarse recíprocamente? ¿Consistirá la probidad en llevar un traje distinto, y en no decir mas que *si* y *no*?

(1) ¡Un extranjero, no un americano, asistiendo como juez al fallo del proceso de Luis XVI! ¡O humanidad! ¡O providencia!

(a) No sé qué decir del pasaje que principia por estas palabras: *He visto en los campos de Lexington* y termina, «*á los que le asesinaron.*» Mas por grande que en la actualidad sea el destino de América, es cierto que no cambiaria yo una sola palabra de este pasaje, si al escribirlas encontrara en mi calma el ardor propio de la juventud. Asies que nunca han sofocado mis sistemas políticos el grito de mi conciencia, ni nunca por admiracion que me hayan dispertado los grandes hechos, he dejado de conocer lo que puede haber de injusto é ingrato en la conducta de los hombres. Cuando Mr. La Fayette estaba emigrado, los americanos partidarios de nuestra revolucion, criticaban su conducta: posteriormente recompensaron con toda magnificencia sus servicios. (N. ED.)

CAPITULO XXXIV.

MR. FOX.—MR. PITT.

Asi como hemos visto aparecer al frente de la mayoría y la minoría en el senado de Cartago los hombres de mas talento y crédito de aquel siglo, asi tambien vamos á ver brillar en el parlamento inglés dos eminentes oradores, muy diferentes de aquellos en

HARMODIO Y ARISTOGITON.

solo alguna vez se ha dejado arrastrar á ellos impulsado por esa vehemencia propia de la época de la que no es posible librarse completamente. Mas cuando alza su poderosa voz en favor de la desgracia, es cuando domina, es cuando consigue un verdadero triunfo. Siempre abogando en favor del que padece, puede decirse que su elocuencia es un tesoro gratuito que sin interés de ninguna especie se presta al necesitado. Entonces particularmente es cuando se siente

costumbres, en opiniones y en elocuencia; vamos á bosquejar ligeramente su retrato.

Mr. Fox lleno de sensibilidad y de talento habla segun las inspiraciones de su corazon, y de aquí resulta que encuentra eco en todos los corazones simpáticos. Profundamente instruido en las leyes de su país, moderado en sus opiniones políticas, no desentendiéndose de la fragilidad humana, y reclamando para todos la indulgencia que cree necesitar para sí mismo, rara vez se le ve militar en los extremos, y

estremecido el corazon de quien lo escucha, al sentir que no hay recóndito pliegue á donde no penetre su voz: cuando en el conmovido acento de sus palabras se revela todo el hombre, en vano es que la parte de su alma no acostumbrada á la tribuna trate de esconder el llanto; no tiene mas remedio que volver el rostro y dar rienda suelta á su emocion. Tan aborrecido de un partido, como adorado de otro, Mr. Fox tiene que oir las recriminaciones de los unos y las alaban-

zas de los otros: no nos toca á nosotros decidir esa competencia: sus enemigos le achacan errores. ¿Quién dejará de tenerlos? Cuando ese hombre célebre se habrá desprendido del tumulto de las opiniones y de la penosa tarea de una vida consagrada á la cosa pública, entonces se le hará justicia; mas sea el que quiera el fallo de la posteridad, los desgraciados que vivian en aquellos tiempos que indudablemente compondrán el número mayor, no podrán menos de decir: «Ese orador empleó su elocuencia en favor de nuestros hermanos de aquellos tiempos y los amó.»

Al hablar Mr. Pitt en la Cámara baja no puede uno menos de recordar la comparacion que hace Homero de la elocuencia de Ulises con los copos de nieve, cayendo silenciosamente de la nube. Conmovida, animada á la voz del representante de la oposicion la asamblea vacila entre la incertidumbre y la duda: levántase el canciller del *echiquier*, y su lógica expresada con gracia y fluidez apaga un ardor inútil, siempre peligroso á los legisladores; cada cual se siente admirado al ver que sus pasiones se enfrian, el prestigio de la sensacion se disipa y nada queda en el fondo del alma mas que la verdad.

Colocado Mr. Pitt al frente de una gran nacion debe tener por enemigos á los hombres que envidian su elevado rango y aquellos cuyas opiniones combate. El texto de las reclamaciones contra el ministro británico es la guerra funesta en que la Europa se halla envuelta en estos momentos. Con frecuencia se han discutido los principios respecto del modo de sostenerla, y la injusticia de las recriminaciones que sobre ese particular se han hecho al canciller es cosa que debe llamar la atencion de los ánimos mas prevenidos. ¿Quieren que sirvan de modelo para las hostilidades del tiempo presente los combates regulares que se daban en las épocas pasadas? ¿A dónde van á parar esas mezquinas inteligencias que calculan importunamente lo que se debe hacer por lo que se ha hecho; que no ven en la lucha actual mas que batallas perdidas ó ganadas, en lugar de ver el Genio de la Francia agonizando en las convulsiones de una crisis producida por la fuerza de las cosas; despedazando como el Hércules de Œta á los que su atreven á arrimársele; lanzando sus miembros ensangretados sobre las llanuras llenas de cadáveres de Italia y Flandes y á punto de convertir contra sí mismo sus sacrílegas manos? Podria suponerse que existen épocas desconocidas; pero regulares en las que se renueva la faz del mundo. Tenemos la desgracia de haber nacido en una de esas grandes revoluciones: cualquiera que sea el resultado que para el porvenir nazca de semejante crisis, lo cierto es que la generacion presente se halla perdida, asi como lo estuvieron tambien las del quinto y sexto siglo, cuando todos los pueblos de Europa se desbordaron como rios que salen súbitamente de su cauce. ¿Quién cometerá el absurdo de exigir que Pitt pueda vencer con medidas ordinarias la fatalidad de los sucesos? Hay circunstancias en que los talentos son casi enteramente inútiles: póngase al frente de la situacion el mejor ministro, un Jimenez, un Richelieu, un J. de Witt, un Chatham, un Kaunitz, y vereis como se desprestigia, y por decirlo asi desaparece bajo el peso de las cosas y de los tiempos actuales. No se trata ya de maquinaciones oscuras, ó culpables de algunos gabinetes intrigantes, ni se disputa por una porcion de terreno en los desiertos de América: en la actualidad son las irresistibles masas de las naciones las que se lanzan y chocan mutuamente á merced de la suerte. No hay nacion que no presente guerras en lo exterior, facciones intestinas, mala inteligencia en todas partes y enemigos cuyas opiniones no causan menos estragos que sus armas: el mundo presenta un conjunto de pueblos corrompidos, córtes viciosas, recursos agotados, y gobiernos oscilantes; por mi parte no puedo menos de confesar mi admiracion al ver como en medio de tal desórden puede Mr. Pitt sostener en sus hombros, como otro Atlante la bóveda de un mundo que se desploma (1) (a).

CAPITULO XXXV.

CONTINUACION DEL PARALELO ENTRE CARTAGO É INGLATERRA.—LA GUERRA A EL COMERCIO.—ANIBAL, MALBOROUGH.—HANNON, COOK; TRADUCCION DEL VIAJE DEL PRIMERO, EXTRACTO DEL VERIFICADO POR EL SEGUNDO.

No nos falta mas que considerar Cartago é Inglaterra bajo el punto de vista guerrero y mercantil.

He hablado ya algo acerca de este interesante asunto Añadiremos que por un singular capricho de la fortuna, ni la nacion rival de Roma ni la de Francia no han tenido cada una mas que un gran general, á saber: la primera Annibal, la segunda Malborough (2). Un paralelo no interrumpido entre los dos ilustres capitanes, nos alejaria demasido de nuestro propósito: por lo tanto, nos contentaremos con hacer observar que habiendo sido ambos empleados contra el antiguo enemigo de su patria, lo redujeron al último apuro (3) y estuvieron á punto de entrar triunfando en la capital de su imperio; que el uno y el otro general han sido criticados del mismo defecto; la avaricia; y que al regresar á su patria no encontraron mas recompensa que la ingratitud.

Habiendo ya descrito la extension del comercio de ambos paises, me limitaré á citar un hecho poco sabido, y es que Cartago fue la única potencia marítima de la antigüedad, que imaginó dar, como la Inglaterra, leyes prohibitivas á sus colonias, viéndose estas por lo tanto obligadas á proveerse de lo necesario en los mercados de la madre patria, y privadas de poderse dedicar al cultivo de este ó aquel ramo de industria. Por ese rasgo puede juzgarse cómo entendió aquel pueblo africano la verdadera índole del comercio y las especulaciones del fisco; tambien podrian encontrarse tal vez en esta razon las turbulencias que incesantemente agitaron á las colonias púnicas.

(1) Estas palabras me ponen en la precision de manifestar que no soy apologista de la guerra, ni de Mr. Pitt, á quien no conozco, ni probablemente conoceré. Siguiendo mi natural inclinacion, expreso atrevidamente mi parecer á despecho de la fortuna y de las acciones; por esa razon habló del canciller con la misma franqueza que de otro cualquier hombre, desentendiéndome de las declamaciones de los periódicos, asi como de las groserías que los Franceses vomitan contra el. Séame lícito formular mi opinion á mi modo en tanto que no haya pruebas que la destruyan. Si no hubiera encontrado en Mr. Pitt esas condiciones que alabo, habria expresado sus defectos con la misma espontaneidad. Téngase entendido que al hablar asi, creo honrar al hombre de Estado á quien me refiero y á mi mismo: si mis palabras llegáran á ofenderle en tal caso confesaré que me he engañado.

(a) En este capitulo andan muy exagerados los elogios; pero eran un tributo muy natural de gratitud, que yo pagaba á la hospitalidad. Por otra parte hay cosas muy ciertas en lo relativo á la diferencia que habia entre la guerra de la revolucion y las que la habian precedido. Aun me siento animado de la independencia de carácter que manifesté al escribir la nota anterior: nunca se decide mi opinion por las personas sino por sus hechos. Mi franqueza con Mr. Pitt es sincera, mas no deja de ser ridícula. Es probable que el ministro de Inglaterra no llegará á leer nunca la oscura obra de un oscuro emigrado. (N. ED.)

(2) No faltaron otros ilustres generales, pero su gloria queda confundida en la de estos dos.

(3) En este siglo imparcial no se juzga ya de Malborough, con tanto entusiasmo, como en tiempo de nuestros padres. Es indudable que nunca tuvo que habérselas sino con malos generales, y que casi siempre maniobró en union con el príncipe Eugenio. La única vez que tuvo que combatir contra un gran capitan (en Malplaquet), perdió veinte y dos mil hombres. En la toma de Silay de Vendome estaba subordinado al duque de Borgoña. Anibal venció á los Fabios y á los Escipiones, etc.

Si dos gobiernos se entregan á las mismas especulaciones sugeridas por idénticos motivos, bien puede inferirse que se hallan animados casi de una misma índole, y esto es precisamente lo que vemos en el antiguo gobierno de Cartago y en el de Inglaterra. Vamos á dar cuenta de los dos viajes emprendidos por estas dos naciones para extender su comercio: el primero mandado hacer en una época que no nos es exactamente conocida por el senado de Cartago (1) y el segundo llevado á cabo en nuestros dias á expensas de la liberalidad de un rey de la Gran Bretaña. Hannon que fue el caudillo de la expedicion cartaginesa, debió entrar en el Océano por el estrecho de Cádiz, descubrir regiones desconocidas, dando la vuelta de Africa, y establecer colonias donde mejor le pareciera. Cuando se considera que sin el auxilio de la brújula, sin un completo conocimiento de las estrellas hubieran debido con sus débiles naves, impelidas las mas de las veces á fuerza de remos, aventurarse á las tempestades del cabo de Buena Esperanza, límite respetado durante mucho tiempo por los navegantes modernos, no puede uno menos de admirar el intrépido genio que hacia acometer á los cartagineses empresas de tal consideracion. Hannon regresó á su patria sin haber conseguido enteramente el objeto, y publicó una relacion de su viaje que habiendo sido posteriormente traducida al griego, ha podido llegar hasta nosotros. La brevedad y el interés del único monumento (2) de literatura púnica que se ha salvado de los azares del tiempo, me han incitado á trasladarlo íntegramente. A continuacion copiaremos uno de los pasajes mas interesantes del viaje de Cook, que como todo el mundo sabe se empleó en descubrir el paso del mar del Sur al Atlántico por los mares septentrionales de América y Asia (a).

VIAJE POR MAR Y TIERRA MAS ALLÁ DE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES, HECHO POR HANNON, REY DE LOS CARTAGINESES, QUE A SU REGRESO ARCHIVÓ EN EL TEMPLO DE SATURNO LA RELACION SIGUIENTE.

Habiéndome el pueblo de Cartago mandado hacer un viaje mas allá de las *Columnas de Hércules* para establecer poblaciones líbico-fenicias, me hice al mar con una flota de sesenta buques de cincuenta remos, llevando á bordo gran cantidad de víveres, vestidos y cerca de treinta mil personas entre hombres y mujeres.

A los dos dias de habernos hecho á la vela pasamos el estrecho de Cádiz, y al dia siguiente tocamos en la costa de Africa, dejando una colonia que denominamos *Thymiaterium*, en un punto á cuyo alrededor se extiende una vasta llanura. Desde allí navegamos al Oeste, doblamos el cabo Soloent sobre la costa de Libia, que es un promontorio cubierto de árboles, y edificamos un templo á Neptuno.

Dirigiendo el rumbo á Oriente, despues de medio dia de navegacion llegamos á poca distancia del mar (3) á la altura de un lago cubierto de gruesas cañas, y en su orilla vimos elefantes y otras muchas fieras. A distancia de un dia de navegacion de ese lago fundamos varias poblaciones marítimas: Cytte, Acra, Nelisa, etc.

Durante nuestra estancia avanzamos hasta el gran rio Lixa, que sale de la Libia, no lejos de los Nómadas, y vimos los Lixios, que se ocupan en criar rebaños; permanecí algun tiempo entre ellos é hicimos un tratado de alianza.

Mas allá de esos pueblos habitan los etíopes; nacion inhospitalaria poblada de fieras y atravesada de montes, en los cuales se dice que tenia nacimiento el rio Lixa. Los Lixios nos contaron que aquellos montes son visitados con bastante frecuencia por los Troglodítas, hombres de extraña forma y mas veloces que los caballos. En seguida hice, acompañado de intérpretes, dos jornadas hácia el Mediodía en el desierto.

A mi regreso mandé levar áncoras y corrimos por espacio de veinte y cuatro horas hácia el Este. En el fondo de una bahía encontramos una isla de cinco estadios de circunferencia, á la cual dimos el nombre de *Cernes*, dejando en ella algunos moradores. Examiné mi diario y ví que Cernes debia estar situada en la costa opuesta á Cartago, siendo la distancia de esta isla á las Columnas de Hércules, la misma que desde estas á Cartago.

Volvimos á seguir nuestro rumbo y despues de haber atravesado un rio llamado *Chreles*, entramos en un lago donde se forman tres islas mas considerables que la de Cernes. Empleamos un dia en llegar desde esas islas al fondo del lago. La circunferencia de este se halla rodeada de elevadas montañas, desde las cuales unos hombres cubiertos de pieles nos recibieron á pedradas. Navegando por las orillas de este lago, descubrimos un rio de ancha embocadura cubierto de cocodrilos y caballos marinos. Desde aquí viramos de bordo y regresamos á Cernes, y dirigiendo la proa al Sur, costeamos por espacio de doce dias una playa habitada de etíopes que al parecer nos contemplaban aterrados, hablando un idioma desconocido hasta para nuestros intérpretes.

A los doce dias descubrimos altas montañas cubiertas de bosques, cuyos árboles de diversas especies exhalaban aromas. Despues de haber doblado esas montañas, en dos dias de navegacion entramos en un mar inmenso. En los sitios próximos al continente se elevaba una especie de campo, de donde durante la noche veíamos salir por intervalos llamas de mayor ó menor dimension. Como algunos de nuestros buques hacian agua, nos ceñimos á la costa por espacio de cuatro dias y luego bordeamos un gran golfo que nuestros intérpretes llamaban *Hesperum Ceras* (cuerno de la noche). Allí encontramos situada una isla de una latitud considerable: su interior está ocupado por un lago salino, en cuyo centro se ha formado un islote. Navegamos á lo largo del terreno; pero no vimos mas que un bosque. Durante la noche veíamos fuegos y oíamos pífanos, tambores y el rumor de un pueblo inmenso.

Poseidos de espanto, y habiendo nuestros augures dado la órden de abandonar aquella isla, nos largamos al mar y costeamos la tierra de fuego de Thymiaterium, cuyos inflamados torrentes desembocan en el mar. Tan caldeado estaba aquel terreno, que no era posible fijar en él las plantas. Doblamos con cuanta velocidad nos fue posible el Cabo á lo largo, y á la noche del cuarto dia nos vimos á la altura de un país cubierto de llamas, en medio de las cuales se elevaba un cono de fuego que al parecer iba á perderse en las nubes. Al dia siguiente conocimos que el cono era una elevada montaña llamada *Lheon Ochema*.

Despues de haber costeado esas regiones del fuego y en seguida le encontramos fundando poblaciones marítimas. Yo me he atenido al sentido mas probable.

(1) No falta quien dice que este viaje no es de Hannon, á quien generalmente se atribuye, y que debió vivir en tiempo de la expedicion de Agatocles al Africa. Unos suponen que el autor de esa relacion debió ser contemporáneo de Aníbal, y otros le colocan en un siglo mas inmediato á la revolucion de la Grecia de que estamos hablando: eso importa poco al lector.

(2) Tambien en Plauto se conserva una escena escrita en idioma púnico y fragmentos de una obra de agricultura traducida al latin.

(a) No puedo menos de pedir mil perdones por este capítulo consagrado á la memoria de Aníbal. En esta ocasion sirven las notas para cubrir los defectos del original. ¿Qué tendrán que ver con este libro el Periplo de Hannon, ni los viajes de Cook? Tómelos el lector como un asunto divertido, y olvídese por un instante del plan del *Ensayo histórico*. (N. ED.)

(3) Aquí se presenta una dificultad en el texto griego. Por de pronto parece que Hannon remontó el curso de algun rio,

entramos á los tres dias de navegacion en el golfo *Notu Ceras* (1) (cuerno del Oriente), en cuyo fondo está situada una isla con un lago y un islote semejante al que anteriormente hemos descrito. Habiendo tocado en ella la encontramos habitada de salvajes, siendo el número de mujeres que vimos infinitamente superior al de los varones: reparamos tambien que todo su cuerpo estaba cubierto de vello. Nuestros intérpretes les daban el nombre de *Gorillas*. En vano corrimos detrás de ellas: huian salvando precipicios con asombrosa agilidad y sin dejar de tirarnos piedras Sin embargo, conseguimos apoderarnos de tres, y las tuvimos que matar para que no nos despedazaran, pero hemos conservado su piel. Habiendo empezado á escasear los víveres nos vimos en la precision de dirigir nuestro rumbo hácia Cartago.

Cook no existe ya: el gran navegante ha perecido en las islas de Sandwich que acababa de descubrir. Sus buques, mandados por los capitanes Clertie y Gore, estan esperando viento favorable para hacerse á la vela, y en tanto el teniente de la fragata llamada *La Resolution*, hace á vista de tierra la descripcion siguiente:

«Los habitantes de las islas de *Sandwich* son indudablemente de la misma raza de los de la Nueva Zelandia, de las islas de la *Sociedad* y de los *Amigos*, de *Pascuas* y de las *Marquesas*, raza que ocupa, sin mezcla de otra alguna, todas las tierras comprendidas entre los 47 grados de latitud Norte y 20 grados de latitud Sur y entre los 184 y 260 grados de longitud oriental. Este hecho, por extraordinario que parezca, está bastante demostrado por la analogía que existe entre los usos y costumbres de esos diversos pueblos, por la semejanza general de sus facciones, y sobre todo por la identidad absoluta de sus idiomas.

. . . . . .

La estatura de los habitantes de las islas de Sandwich no pasa por lo general de un término medio, y sus miembros son bien proporcionados, cuya circunstancia les da cierta gracia al andar y velocidad en la carrera: pueden asimismo soportar grandes fatigas. Son sin embargo algo inferiores por lo relativo á fuerzas y actividad á los habitantes de las islas de los *Amigos*, y sus mujeres no tienen las facciones tan delicadas como las de *O-taiti*, ni el cutis tan claro, ni tanta dulzura de expresion. Sin embargo muchos individuos de ambos sexos presentan una fisonomia agradable y franca, y las mujeres en particular tienen hermosos ojos, buena dentadura, y un atractivo en la mirada que predispone mucho en su favor. Sus cabellos son por lo regular de un color negro castaño, y no son generalmente lisos como los de los Salvajes de *América*, ni crespos como los de los negros de *Africa*. . . . . .

. . . . . .

En el diario á que nos referimos se habla mucho de la hospitalidad, y buena acogida que nos dispensaron esos isleños; asi fue en efecto: siempre nos recibieron con la mayor amabilidad. Cuando bajamos á tierra se disputaron entre sí la dicha de ser los primeros en ofrecernos regalos, condimentar nuestros víveres y dispensarnos otras señales de respeto. Los ancianos nunca nos contemplaban sin derramar lágrimas de alegría, y al parecer tenian la mayor satisfaccion cuando les concediamos el permiso de tocarnos, de lo cual resultaba que hacian comparaciones entre ellos y nosotros que revelaban mucha modestia por su parte. No nos manifestaron menos obsequiosa solicitud las jóvenes; uniéronse á nosotros sin reserva, hasta el momento en que comprendieron cuanto tendrian que arrepentirse de nuestra intimidad. . . . . .

. . . . . .

(1) Créese que esta isla, término de la navegacion de los cartagineses, es la isla de Santa Ana.

«Diferéncianse estos isleños de Sandwich de los de las islas de los *Amigos* en que se dejan crecer toda la barba, aunque tambien es cierto que vimos unos pocos y en particular el rey que la llevaban cortada, y otros que no se dejaban nada mas que la que cubre el labio superior. Su modo de arreglarse el cabello es tan variado como el de los demás isleños de la mar del Sur; pero tambien se distinguen por una moda que en nuestro concepto es enteramente peculiar suya. Consiste esta en rasurar la cabeza por los lados hasta la oreja, de manera que solo queda en el centro del cráneo, desde la frente á la nuca, una zona de cabello como cuatro dedos de ancha, que se parece á la cimera de los cascos que antiguamente se usaban. Tambien hay algunos individuos que se adornan con trenzas postizas que flotan en anchos bucles por su espalda, como puede verse en los retratos de los habitantes de la isla de *Horn* en la coleccion de Mr. Dalrymple: otros arreglan su cabellera de manera que forma un solo copete redondo en el vértice de la cabeza, y tan ancho como toda ella, y finalmente otros la reparten en cinco ó seis moños. Dan lustre á sus cabellos y algunas veces un color amarillo pálido, frotándolos con una pasta compuesta de arcilla gris y polbos de conchas de mariscos.

»Una sola tira de cierta tela gruesa, de diez á doce pulgadas de ancho, que pasando entre los muslos se anuda en la cintura, constituye en general el trage de los hombres de todas condiciones y es conocida entre ellos con el nombre de *Maro*. Tejen ciertas esteras, de las cuales hay algunas muy hermosas y de diverso tamaño, aunque por lo general no tienen mas que cinco piés de largo y cuatro de ancho. Con estas suelen cubrirse la espalda, ajustándolas al cuerpo particularmente en tiempo de guerra que es cuando por lo regular las usan como una especie de escudo capaz de embotar la accion de una pedrada ó de una arma que no esté afilada. Por lo general van con los piés descalzos, mas cuando conviene los cubren con una especie de sandalias tejidas con hilos de coco.

. . . . . .

»El vestido comun de las mujeres es muy parecido al que acabamos de describir: su cintura queda envuelta en una faja que cae hasta medio muslo, y algunas veces durante la noche se nos presentaron con hermosas telas flotando sobre la espalda á manera de las mujeres de O taiti. Hemos visto tambien algunas jóvenes con otro trage llamado *Pau*, y que consiste en una pieza de tela fina y ligera, que dando varias vueltas alrededor del talle cae hasta media pierna, y se parece exactamente á una saya corta. Las mujeres cortan su cabellera por la parte posterior de la cabeza y atusan lo restante sobre la frente como las otahitianas y las de la Nueva-Zelandia, diferenciándose en este particular de las isleñas de los *Amigos*, que dejan crecer toda su cabellera. En la bahía de Karakakooa, vimos una mujer, cuyo cabello estaba arreglado de un modo verdaderamente singular, y formaba una especie de pequeño gorro. . . . . .

. . . . . .

»Puede creerse que estos isleños pasan su vida de un modo muy sencillo y variado. Levántanse al salir el sol y despues de haber gozado la frescura de la mañana, descansan algunas horas. Los hombres que se ocupan en la construccion de piraguas y en el tejido de esteras son los llamados *Erees*: los *Towtows* tienen particularmente á su cargo el cuidado de las plantaciones y la pesca, y las mujeres se dedican al tejido de telas. En sus horas de descanso suelen entregarse á varias distracciones. La juventud de ambos sexos es ardientemente apasionada al baile, y en ciertos dias señalados tienen combates de lucha y pugilato muy inferiores á los de las islas de los *Amigos*, como ya lo hemos dicho anteriormente. . . . .

. . . . . .

»Es indudable que los naturales de estas islas estan divididos en tres categorías. Los *Erees*, ó gefes de algun distrito componen la primera, y reconocen un superior á quien le dan el nombre de *Whyhee*, *Eree-Taboo* y *Eree Moee*: la primera de estas denominaciones denota una autoridad absoluta, y la segunda indica que todo el mundo está obligado á prosternarse ante él, ó segun la significacion genuina de la palabra que significa *acostarse para dormir en su presencia*. La segunda categoría se compone de los propietarios que no ejercen ningun poder. Los *Towtows*, ó criados que ni son propietarios ni tienen autoridad componen la tercera..... Tambien parece indudable que el gobierno (*monárquico*) es hereditario. . .

. . . . . .

»El poder de los *Erees* sobre las clases inferiores nos ha parecido muy absoluto. Algunos hechos que hemos referido ya, nos demostraron esta verdad mientras estuvimos fondeados en aquellas aguas. El pueblo por otra parte manifiesta la sumision mas completa, y semejante estado de esclavitud contribuye de una manera sensible á degradar el espíritu y el cuerpo de los vasallos. Sin embargo es preciso confesar que los gefes nunca nos dieron ocasion de poderlos acusar de crueldad, de injusticia, ni aun de insolencia respecto de sus vasallos; pero no faltaron ocasiones en que les vimos ejercer entre sí la autoridad del modo mas arrogante y opresivo. Citaré dos ejemplos.

»Un gefe subalterno acogió con mucha urbanidad al contramaestre de nuestro buque, que habia ido á reconocer la bahía de Karakakoca el dia antes que llegara el buque *Resolution*; queriéndole manifestar nuestro agradecimiento, le hice de allí á unos dias pasar á bordo y se lo presenté al capitan Cook, que le convidó á comer con nosotros. A poco rato entró otro gefe isleño llamado Pareea, y al ver tan honrado á su compatriota, dió rienda á la mas violenta indignacion. Cogiólo en el acto por los cabellos, é iba á arrastrarle fuera del camarote: interpuso nuestro capitan su autoridad, y despues de muchos altercados todo lo mas que pudimos conseguir sin exasperar á Pareea, fue que nuestro convidado se sentara en tierra y el agresor ocupara su puesto en la mesa. No tardó Pareea en recibir su merecido, pues habiéndolo visto Maiha-Maiha la primera vez que vino á bordo de la *Resolution* acompañando á Terrecoboo, lo trató del modo mas ignominioso, y sin embargo nosotros estábamos seguros de que Pareea era un personaje de importancia.

. . . . . .

La religion de los naturales de Sandwich es muy parecida á la de los isleños de la *Sociedad* y de los *Amigos*: Los *Morais*, los *Waltas*, los ídolos, los sacrificios y los himnos sagrados son los mismos en los tres grupos, y parece no poderse dudar que las tres tribus han tomado sus ideas religiosas de una misma fuente. Es cierto que las ceremonias religiosas de las islas de Sandwich son mas largas y numerosas, y que á pesar de encontrarse en todas las tierras marítimas del Sur una clase de hombres encargada de los ritos religiosos, no habiamos visto en ninguna parte sociedad de sacerdotes reunidos, hasta que descubrimos los claustros de *Kakooa* en la bahía de Karakakoca. El gefe de aquella corporacion se llamaba *Orano*, denominacion que en nuestro concepto debe expresar alguna dignidad muy sagrada, y era causa de que se tributaran á la persona de Omeeah homenajes que casi rayaban en adoracion. Es verosímil que solo ciertas familias gozan el privilegio de entrar en la carrera del sacerdocio, ó por lo menos que solo algunas pueden llegar á ejercer sus principales funciones. Omeeah era hijo de Kavo y tio de Kaireckea: este último presidia en ausencia de su abuelo en todas las ceremonias religiosas del *Morai*. Tambien reparamos que no debian presentarse nunca en público al hijo único de Omeeah, que era un niño de cinco años, sin rodearlo de una numerosa comitiva, y sin prodigarle las mayores atenciones. De esto inferimos que empleaban el mayor cuidado en la conservacion de sus dias, y que probablemente sucederia á su padre en la dignidad (1).

Inútil será citar mas palabras para demostrar la diferencia de los tiempos en que se verificaron los viajes cuyos textos acabamos de comparar. Nada demuestra mejor el espíritu y las luces del siglo, el carácter de los antiguos, sobre todo de los cartagineses, que el diario de Hannon.

En cada línea de aquel documento se revelan la ignorancia de la naturaleza y de la geografía, la supersticion y la credulidad. No puede menos de echarse de ver en todas partes la barbarie de los marinos cartagineses. Aunque las mujeres velludas de que se hace mencion en dicho diario, no serian probablemente mas que una especie de monas, bastaba que el almirante africano hubiese creido que pertenecian á la especie humana para que resaltara su atrocidad de haberla mandado matar. ¡Qué diferencia entre aquel conjunto de crueldades y de fábulas y la relacion del capitan Cook buscando tierras desconocidas, no para engañar á los hombres, sino para ilustrarlos; llevando á los pobres salvajes las comodidades de la vida; asegurando la tranquilidad y el bienestar en sus afortunadas regiones á aquellos hijos de la naturaleza; sembrando entre los hielos australes frutos de otros paises mas templados; cuidando del porvenir del miserable náufrago que la tempestad arroje en lo sucesivo sobre aquellas tierras desoladas, é imitando con tan noble conducta la providencia que se anticipa y da consuelo á las miserias de los hombres! ¡Qué diferencia, volvemos á decir, entre el navegante púnico suspendiendo el curso de su navegacion, retrocediendo ante el fantasma de su supersticion ó de su crasa ignorancia, y el buen Cook midiendo paso á paso, permítasenos la expresion, la circunferencia del globo, y conociendo la extension que le dieron las manos del Supremo Hacedor!

Mas al hacer notoria esa diferencia, no podemos menos de confesar que si bien nuestros adelantos son palpables bajo el punto de vista de las ciencias, hemos perdido mucho campo en el terreno de la imaginacion. Complacíanse los antiguos en dejar correr su espíritu por espacios que no conocian límites; pero nuestra alma no puede salvar el reducido espacio en que la encarcelan sus propios conocimientos. ¿Qué hombre sensible no se habrá alguna vez encontrado como comprimido en la breve circunferencia de algunos millones de leguas? Cuando yo en el interior del Canadá subia á la cima de alguna alta montaña, dirigia la vista constantemente al Oeste sobre los impenetrables desiertos que se extienden en esa longitud. Cuando fijaba mi vista en el Oriente, la imaginacion tropezaba al momento con el Atlántico y los paises que habia recorrido, y se desvanecia toda mi plácida ilusion. Por el lado opuesto me sucedia lo mismo; pues la mente recorria en un instante la mar del Sur: de aquí volaba al Asia, de allí á Europa, y de Europa á... Yo hubiera querido poder decir como los griegos. «¡Mas allá, mas allá! ¡la tierra desconocida! ¡la tierra inmensa! Todo está perfectamente equilibrado en la naturaleza. Si hubiera tenido que escoger entre la ilustracion de Cook y la ignorancia de Hannon, creo que tal vez habria tenido la debilidad de decidirme por la última.

CAPITULO XXXVI.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION GRIEGA EN CARTAGO.

Hallábase Cartago al establecerse las repúblicas

(1) Tercer viaje de Cook., tom. IV, can. VII-VIII, p. 61, 112.

griegas en la misma situacion respecto de estas que la Inglaterra con relacion á la Francia actual. Teniendo poco mas ó menos la misma constitucion, las mismas riquezas y el mismo espíritu guerrero y mercantil que la gran Bretaña, separada como esta del país insurreccionado por el mar, siendo tan libre ó mas que ese mismo país, estaba á cubierto de la influencia militar de Esparta y Atenas por la superioridad de sus buques, y del contagio de sus opiniones políticas por la excelencia de su propio gobierno. Las naciones marítimas tienen la inapreciable ventaja de estar menos expuestas que los pueblos agrícolas á la accion de los movimientos de otros paises. Además de la barrera natural que les defiende de toda fuerza invasiva, la parte sobrante de su poblacion puede, si habitan en una isla ó en una region separada del continente, hallar fácil salida sin tener que permanecer estancada en un estado de fermentacion en lo interior del país. Los demás ciudadanos hallan medio de ocupar su actividad en el comercio nacional sin tener que tomar parte en cabilaciones políticas. Donde los brazos tienen ocupacion, el espíritu está en reposo.

Al caer los Pisistrátidas, Cartago estaba aun al frente del imperio de los mares y del tráfico del mundo entero establecido sobre las ruinas del comercio de Tyro, asi como la Inglaterra de nuestros tiempos sobre las ruinas del de Holanda. Por otra no menos rara coincidencia, creyó tambien Cartago deber tomar parte activa contra la revolucion griega y favorecer la monarquía. Jerjes, que aparentando restablecer á Hippias en el trono, meditaba la conquista del Atica y del Peloponeso, comprometió á los cartagineses á que atacaran á un mismo tiempo las colonias griegas de Sicilia (1). Amilcar al frente de un ejército de mas de trescientos mil hombres y una numerosa escuadra, puso sitio á Himera (2). Gelon vino corriendo desde Siracusa á defender la plaza con cincuenta mil ciudadanos, cayó sobre el general africano, destruyó completamente su ejército y le obligó á arrojarse en una hoguera que estaba dispuesta para hacer un sacrificio (3).

El entusiasmo en la victoria y el desaliento en las desgracias es uno de los rasgos característicos que los soberanos de los mares en otros tiempos tienen de comun con los señores actuales del Océano (4) ¿Cuántas veces durante las presentes hostilidades, si no hubiera estado sostenida por la varonil firmeza de sus ministros, habria la Inglaterra ido á echarse á los piés de su rival?

No bien llegó á Cartago la noticia de la destruccion del ejército, cuando todo el pueblo cayó en la desesperacion y trató de comprar la paz á toda costa. Con este objeto enviaron humildes diputaciones á Gelon, que se mostró digno de la victoria por la moderacion con que trató á los vencidos, exigiendo únicamente que le pagaran los gastos de la guerra, cuyo total no ascendió á mas de dos mil talentos (5).

Asi se terminó para los Cartagineses aquella guerra tan funesta á todos los aliados, que tambien presentó la circunstancia de haber ido cesando poco á poco como la guerra actual por medio de la paz forzosa y parcial de distintos coaligados (6). Desde el tratado de Africa y Grecia vivieron ambos paises en buena inteligencia; y hallándose el influjo de la revolucion republicana detenido por las causas que he indicado, no produjo por lo tocante á Cartago mas que la calamidad pasajera terminada por la magnanimidad de Gelon (a).

(1) Diod., lib, xi, p. 1.
(2) *Id.*, *Ibid.*, p. 16 y 22.
(3) Herodot., lib. vii, p. 167.
(4) Humé s., *Hist. of England.*, etc. etc.
(5) Diez millones ochocientos mil francos, suponiendo que los talentos fuesen áticos, y doce millones seiscientos mil idem, si se habian contado, como es muy probable, en moneda de Oriente. No sabemos á punto fijo el valor del talento púnico.
(6) Hablaremos de esto en el cuadro general de la guerra médica.

CAPITULO XXXVII.

IBERIA.

En la orilla del estrecho de Cádiz opuesta á las posesiones africanas de Cartago, existia una region llamada Iberia, cuya historia durante el período á que nos referimos, es aun poco conocida, aunque se sabe que el país estaba habitado por varios pueblos, celtas de orígen, de los cuales unos se distinguian por su denuedo y por su desprecio de la vida, en tanto que los otros llenos de inocencia eran reputados por los mas justos de los hombres (7). Desgraciadamente en las arenas de sus rios iba envuelto un metal que despertó la codicia de otros pueblos.

Los tirios para apoderarse de ese metal engañaron por de pronto á los íberos: con no menor perfidia consiguieron imponerles su yugo los cartagineses, forzándoles á trabajar en las minas que no pocas veces les servian de sepultura estando aun vivos. Si este libro llegara á atravesar los mares y viniera á parar á manos de algun indio sepultado bajo los montes del

(a) El vicio radical de todos estos paralelos, dejando á parte las extravagancias que resultan de ellos, consiste en suponer que la sociedad de aquel tiempo era parecida á la actual, siendo asi que no puede darse una cosa mas distinta.

Las relaciones que mediaban entre los pueblos eran escasísimas, y cada nacion vivia aislada ó ignoraba absolutamente lo que pasaba en el reino vecino. Comparar la caida de los Pisistrátidas en Atenas (que en realidad no eran mas que unos usurpadores de la autoridad popular), con la caida de los Borbones en Francia; investigar trabajosamrnte cuál pudo ser la influencia republicana de la Grecia sobre el Egipto, Cartago, Iberia, Escitia y la Gran Grecia, y tratar de encontrar relaciones entre la influencia de aquella revolucion y la de nuestros dias sobre los diversos gobiernos de Europa, es desconocer absolutamente la historia, ó mejor dicho, es falsearla del todo. Muy dudoso es que la Escitia, el Egipto, ni aun el mismo Cartago, hubieran oido hablar nunca de Hippias, y si este último pueblo atacó las colonias griegas por instigacion del rey de Persia, no debe considerarse mas que como uno de esos actos aislados, como resultado de la ambicion de un particular que en todos tiempos ha servido de pretexto á un pueblo para aprovecharse de las desgracias de otro.

No se hallaba tan adelantada la sociedad en aquellos tiempos remotos, para que las ideas políticas pudiesen convertirse en causa de un movimiento general. Viéronse algunas guerras religiosas, pero aun esas mismas fueron raras, y no pudieron pasar de ciertos límites. La antigüedad no llevó á cabo grandes revoluciones, sino por el espíritu de conquista: los persas, los griegos y los romanos no dilataron sus imperios sino por medio de las armas; la fuerza física, y no la moral era la que entonces dominaba. Cuando esta fuerza pasó, no quedó de los dominadores mas que algun monumento artístico, alguna ley civil, alguna ordenanza municipal, alguna regla de administracion, pero ni una sola idea política.

Roma era ya formidable, y estaba á punto de echar su mano sobre el Oriente, cuando los griegos apenas conocian la existencia de semejante pueblo, ni tenian noticia de las revoluciones ni de las leyes, de los enemigos que iban á invadir su territorio, y á pesar de eso, yo supongo que una pequeña revolucion consumada en la reducida ciudad de Temistocles, cuando toda la humanidad estaba aun medio sumergida en la barbarie, supongo que esa revolucion comunicó movimiento á todo el universo.

En los tiempos modernos el rechazo de las revoluciones ha sido mas ó menos fuerte, segun el grado de civilizacion de la época en que dichas revoluciones estallaron.

Nada hay exacto en los paralelos que he tratado de establecer, ni de esas comparaciones queda nada de positivo mas que algunas verdades de detalles independientes del fondo y de la forma. (N. ED.)

(7) Me refiero á la Bética, de cuyo país Fenelon hace una pintura tan interesante.

Potosí, sepa que los que ahora le hacen gemir en la lobreguez perecieron tambien esclavos como él en su propio suelo nativo, y tuvieron que sacar de las entrañas de su madre patria oro para contentar la avaricia de unos extranjeros que las olas del mar condujeron á sus playas. Tal vez el indio al saber esa circunstancia adoraria en secreto la Providencia y no le pareceria tan tenebrosa la oscuridad subterránea.

Es muy probable que los trastornos de la Grecia ejercieran de algun modo su influencia sobre los desgraciados habitantes de la Iberia. Cartago para pagar los gastos de la guerra de Sicilia debió necesariamente duplicar los sudores de sus esclavos (1). Cada peso duro que el vicio consume en Europa cuesta lágrimas de sangre en los abismos del continente americano. Asi es como todos los sucesos tienen íntimo enlace, y esa es la causa de que una revolucion haga sentir, á manera de una descarga eléctrica, su influencia en todas partes.

CAPITULO XXXVIII.

LOS CELTAS.

A este lado de los Pirineos habitaba un pueblo numeroso, conocido con el nombre de Celtas, cuyo poder se extendia sobre la Bretaña, las Galias, y la Germania. Intimamente unido por sus costumbres é idioma, si hubiera conocido el arte de dar unidad á su gobierno, fácilmente habria podido aspirar al dominio del mundo.

Hay en la pintura de las naciones bárbaras cierto colorido romántico que provoca nuestra aficion. Complácenos el que se nos retraten costumbres distintas de las nuestras, particularmente si traen el sello de grandeza que imprime la antigüedad, á manera del inimitable colorido que los siglos comunican á los muros de piedra. Llenos de un religioso terror aun nos parece que asistimos con los galos de rizada cabellera, de túnica corta y sujeta al cuerpo con el ancho cinturon de cuero, á los terribles misterios de Teutates en el fondo de un bosque de encinas seculares y alrededor de una enorme piedra circular y aislada. Allí cerca está la jóven de ojos de color de cielo, y ademan agreste: una larga túnica ciñe su cuerpo revelando todos sus contornos: sus piés estan desnudos: pende graciosamente de sus arqueados hombros, un manto de blanco lino, y su rubia cabellera está sujeta por los pliegues de una ancha venda, cuyas extremidades despues de rodear el seno y pasar por debajo el brazo ondean á lo lejos detrás de ella. En medio de todos los concurrentes, y de pié sobre el *Cromleach*, se ve el druida con la blanca túnica, un cuchillo de oro en la mano, y collar y brazaletes del mismo metal. Pronunciando ciertas palabras mágicas quema algunas hojas del muérdago sagrado, cogido el sexto dia del mes, en tanto que los *eubagos*, ó sacerdotes preparan en un zarzo de mimbres la víctima humana y los bardos pulsando suavemente el arpa cantan á media voz en lontananza á Odin, Thor, Tuisco y Hela (2).

El gran cuerpo de los celtas se dividia en una multitud de pequeños Estados gobernados por *yarlas*, ó gefes militares. Estaba la parte política y civil de estos Estados encomendada á los Druidas (3).

Esta célebre corporacion parece haber existido desde la mas remota antigüedad, y no faltan autores que la consideren como orígen de las sectas sacerdotales de Oriente. (4) Dividíase en tres categorías, á saber, los druidas, depositarios de la sabiduría y autoridad; los *eubagos*, encargados del órden de los sacrificios, y los bardos que con sus cantos enaltecian las acciones de los héroes. Todos estos sacerdotes enseñaban la inmortalidad del alma, (5) la recompensa de las virtudes (6) y el castigo de los vicios (7) y un término fijado por la naturaleza para una felicidad general. (8) Muchos son los pueblos que han creido este último dogma, que se deriva de nuestras miserias. Puede la esperanza hacernos olvidar nuestros males, pero es como una bebida espirituosa que embriagando nos mata.

No es ocasion la presente de extendernos sobre los usos, luces y costumbres de las naciones bárbaras que en otro lugar nos suministraran un capítulo interesante. Siendo posterior al reinado de Jerjes lo que sabemos acerca de ese particular, incurriríamos en un anacronismo si tratáramos de hacer ahora su descripcion. Nos limitaremos por lo tanto únicamente á demostrar que las revoluciones de Grecia extendieron su influencia hasta sobre esos pueblos salvajes.

Una colonia procedente de la Fócida, llena de amor á la libertad que no le era dado conservar en las playas del Asia, (9) vino á las Galias buscando la independencia bajo un cielo mas propicio y fundó la antigua Marsella. No tardaron las luces y el idioma de aquellos extranjeros en diseminarse entre los druidas. (10) Imposible es seguir en la oscuridad de la historia las consecuencias de tales innovaciones, pero bien se echa de ver que no pudieron menos de ser considerables, pues sabemos que á veces basta la menor alteracion en las costumbres de un pueblo para desnaturalizarlo.

Sin recurrir á conjeturas, podemos decir que el establecimiento de aquella colonia en las Galias, fue una de las causas secundarias de la esclavitud de estas últimas. Los marselleses, como antiguos y fieles aliados de los romanos, abrieron una puerta á los ejércitos de los Césares facilitándoles una retirada segura en el caso de una derrota. El conocimiento del país, su valor, sus luces, y todo por decirlo de una vez se convertia en daño de los pueblos de la Galia. (11) Asi es como los pueblos ejercen entre sí mutua influencia, sin que por eso los cabos de sus destinos dejen de venir á parar en la mano de Dios, y asi es tambien como en esa admirable trama no puede un hilo enredarse sin causar confusion en todo lo demás.

Los marselleses, que como acabamos de ver son de distinto orígen que los otros pueblos de Francia, tienen tambien diverso carácter. Diríase que aun conservan el tumultuoso espíritu de sus fundadores, su valor impetuoso y del momento, y su entusiasmo por la libertad. Niégase en nuestros tiempos el poder de la sangre, porque no está conforme con los principios dominantes; pero es indudable que las razas de los hombres se perpetuan, asi como las de los animales (a).

Este es el motivo porque los antiguos legisladores querian que no se criaran sino los niños fuertes y ro-

(1) La Iberia, las Galias, y hasta la Italia, tuvieron que dar tropas á Cartago para la expedicion contra Siracusa.

(2) Véase acerca de todo este pasaje el libro de Velleda en los Mártires. No comprendo qué relacion podrá tener nada de eso con el escrito de esta obra.

(3) Cesar, *de Bello Gall.*, lib. VI, cap. XIII; Tacit., *de More Germ*, cap. VII.

(4) Laert, lib. I.

(5) Cæs., *de Bell. Gall.*, cap. XIV.

(6) Los dos *Edda*.

(7) Sæmundus Snorro, *trad. lat.*

(8) *Id.*, *Ibid.*

(9) Año de Roma 165.

(10) Estrab, lib. IV, p. 181. Ese autor dice que los galos aprendieron las letras de los marselleses. Lo cierto es que en tiempo de Julio César usaban aun los primeros de caracteres griegos en sus escritos.

(11) Como en el paso de Aníbal á las Galias: Es demasiado sabida la adhesion de la república de Marsella á los romanos, y los diversos servicios que les prestó para entreternos en dar mas detalles.

(a) Si, pero tambien esas razas se empobrecen, se gastan y degeneran como las de los animales. (N. ED.)

bustos, como suele tal vez hacerse con las razas de los caballos.

CAPITULO XXXIX.

ITALIA.

La Italia en tiempo de la revolucion republicana de Grecia, estaba así como en nuestros tiempos dividida en muchos pequeños Estados, que presentaban muy poca diferencia en cuanto á sus costumbres é idioma. Los consideramos todos en un grupo para evitar detalles inútiles.

En casi todos esos pueblos dominaba la constitucion monárquica (1).

Su religion era parecida á la de los griegos y posteriormente le añadieron el arte de la auguracion.

Su trage no carecia enteramente de lujo, ni sus costumbres de corrupcion: (2) efecto lo uno y lo otro del contacto con las ciudades de la Gran Grecia.

Aquellos pueblos contaban ya algunos filósofos.

Tages, el mas antiguo de estos, fue un impostor, ó un insensato que inventó la ciencia de los preságios (3).

Otro autor desconocido escribió sobre el sistema de la naturaleza: decia entre otras cosas que este mundo visible tardó sesenta siglos en llegar á disposicion de poder ser habitado, que durará un período igual antes de destruirse del todo y que el total de su existencia será de doce mil años (4).

Rómulo y Numa habian ya brillado en materias políticas, y Plutarco los compara el primero á Teseo y el segundo á Licurgo. (5) Es tan feliz esta comparacion por lo tocante á Rómulo, como desacertada por lo relativo á Numa. ¿Qué hay de comun entre las leyes teocráticas del rey de Roma con las instituciones sublimes del legislador de Esparta? (6) (a). Muchos filósofos se han entusiasmado por Numa, solo por haber sido discípulo de Pitágoras. La cronologia demuestra que ha mediado mas de un siglo entre la existencia de esos dos hombres. En tal caso ¿á dónde va á parar el mérito de Numa? ¡Cuántos hombres hay que no deben su reputacion mas que á un error de fecha!

CAPITULO XL.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION GRIEGA EN ROMA.

En la época del establecimiento de las repúblicas de Grecia se efectuó tambien una gran revolucion en Italia. El año que vió salir desterrado del Atica á su tirano, vió tambien caer el del Lacio. (b) Si se atiende á las consecuencias de estos dos sucesos tendrá que figurar ese año como uno de los mas célebres de la historia.

El derrocamiento de la monarquía de Atenas produjo viva sensacion en Roma. Bruto habia ido por mandado de Tarquino al oráculo del Delfos cuando ocurrió la caida de Hipias. No puedo creer que el corazon del patriota no latiera con mas energia cuando al salir de su país esclavo puso su pie en aquella tierra de independencia. El espectáculo de un pueblo que estaba en fermentacion y á punto de desgarrar sus cadenas debió necesariamente inflamar la sangre del magnánimo romano. Tal vez al oir contar la muerte de Harmodio, referida por algun sacerdote del templo, brilló en la frente de Bruto algun rayo que reveló toda la gloria que Roma adquirió en los siglos venideros. Regresó por fin el ilustre enviado á las orillas del Tíber, sintiéndose no vanamente poseido del espíritu que agitaba á la sacerdotisa Délfica, sino inspirado del númen que da la libertad á los pueblos y no se revela sino á los grandes hombres. (c)

Roma en lo sucesivo volvió á recurrir á la Grecia, y los atenienses fueron los legisladores del primer pueblo de la tierra. Esta circunstancia está relacionada con la influencia de otra revolucion de que hablaré en lo sucesivo. Mas la política de Atica, que penetraba en Italia por mediacion de la Gran Grecia, halló un invencible obstáculo en la dichosa ignorancia de los pueblos del interior de Italia. Acostumbrados los ciudadanos de aquellos pueblos á los ejercicios marciales, á obedecer las leyes y á respetar los dioses, no iban á las escuelas de la demagógia (d) á aprender vana palabrería acerca de los de los derechos del hombre y á trastornar el órden de su país. Los magistrados tenian buen cuidado de que esas inútiles luces no corrompieran la juventud. Roma, finalmente, opuso á Grecia una república á otra república, una libertad á otra libertad, y con sus propias virtudes supo hacer frente á las virtudes extranjeras.

Si hay quien se admira de lo que acabo de decir, tenga presente que he dicho *virtudes*, y no *virtud*: dos cosas totalmente distintas, y que sin embargo acostumbramos confundir con bastante frecuencia. La primera, la virtud es inmutable y es propia de todos los tiempos y todas las cosas; las segundas, esto es, las virtudes, son propiamente convencionales y de pura localidad; aquí se llaman virtudes y mas allá se llaman vicios. Tal vez me replicaran que es una distincion poco exacta; que de ella se deduce que la virtud es un sentimiento innato y sin embargo vemos que son tan pocos los que la tienen, y muchos los que al parecer estan absolutamente privados de ella. Y ¿por qué razon hemos de exigir del corazon sus funciones mas sublimes, cuando la maravillosa obra se halla aun en manos del artífice?

No se diga que es una empresa frívola el empeñarse en probar la poca influencia que el establecimiento de los gobiernos populares entre los griegos debió ejercer en Roma, objetando que siendo esta republicana, no podia ser sugerida por otros gobiernos de su misma clase. Francia, siendo republicana, ¿no ha destruido á Ginebra y á Holanda? ¿no ha conmovido á Génova, Venecia y la Suiza? ¿No ha estado á punto de trastornar á la misma América? Sin vuestra influencia, Oh Varon insigne (e) que os dignásteis recibirme en vuestra morada, que yo visité con tanto respeto como un templo, ¿qué habria sido de ese hermoso país?

CAPITULO XLI.

LA GRAN GRECIA.

Los atenienses, los aqueos y los lacedemonios, ha-

(1) Liv., lib. I, núm 15; Velleı., lib. v, núm. 1; Denina., *Istor. del Ital.*

(2) En el siglo mas virtuoso de Roma, el hijo del gran Cincinato fue acusado de frecuentar demasiado las mancebias. Es cosa sabida el lujo del último Tarquino.

(3) Ovid., *Metam*, lib. xv

(4) Sistema algo parecido al de Buffon, menos en lo tocante á la longitud de los periodos.

(5) *In vit Romul., Thes.* etc

(6) La prueba del vicio de las leyes de Numa, es el haber caido á los cien años, y haber el Senado mandado quemar el libro donde estaban escritas, hallado en el sepulcro de aquel rey.

(a) Mucho ha disminuido mi admiracion por las leyes de Licurgo; todo lo que está en contradicion con las leyes naturales, lleva consigo algo de vicioso y sofistico. Por lo tocante á Numa, hay que advertir que mi *filosofismo* no me permitia tratarlo de otro modo.

(b) Plin, lib. xxxiv, cap. iv.

(c) Nótese que estos sentimientos prueban que no es un espíritu de oposicion el que me los hace revelar en la actualidad. (N. ED.)

(d) Siempre he distinguido y distingo el espíritu demagógico del espíritu de libertad y las falsas luces de la verdadera ilustracion. (N. ED.)

(e) Washington. Sin la intervencion de ese grande hombre, la revolucion francesa habria destruido el pacto federal.

bian ido sucesivamente estableciendo varias colonias en las costas de Italia y á todas ellas reunidas se les daba el nombre de Gran Grecia. Entre esas ciudades, Sibaris, Crotona y Tarento, adquirieron brevemente celebridad por sus disensiones políticas, costumbres relajadas é ilustracion. Asi como los pueblos de donde habian tomado su orígen, amaban tambien ellas apasionadamente la libertad, pero no conocian el arte de conservarla. Tan pronto repúblicas, como sometidas á los tiranos, iban pasando por un círculo continuo de revoluciones, y de la relajacion mas desenfrenada á la esclavitud mas vergonzosa (1).

Hácia el tiempo de la revolucion de los Pisistrátidas en Atenas, fue cuando Pitágoras de Samos fijó despues de largos viajes su residencia en Crotona. Este filósofo, uno de los mas elevados talentos de la antigüedad, y fundador de la secta que lleva su nombre, habia adquirido sus conocimientos entre los sacerdotes de Egipto, de Persia y de la India. (2) Sus nociones acerca de la divinidad eran sublimes, y consideraba á Dios como una unidad de donde dimanaba la causa que él habia empleado para la creacion. De la accion que ejerció sobre esta causa salió luego el universo. De aquí resultaba que como *todo* traia su orígen de Dios, ese *todo* debia ser tambien parte de la divinidad: de manera que la doctrina de aquel filósofo venia por último á caer en los absurdos del sistema de Espinosa; con la diferencia que Pitágoras admitia el principio como espíritu, y el sectario no lo admite sino como materia. (a)

El dogma de la transmigracion de las almas que el sabio filósofo de Samos aprendió de los bramas y ginosofistas de Oriente (3) es demasiado conocido de todo el mundo para que yo me entretenga en hablar de él. Por absurdo que nos parezca, puesto que no es posible concebir como la memoria, que nada mas es que una imágen producida por los sentidos, puede pertenecer al espíritu desprendido de estos, sin embargo no deja de ser un sistema tan lleno de incongruencias como otros muchos que se han defendido. Ademas de que la metemsícosis física milita en su favor, con él pueden los *Pitagóricos* hallar solucion de varias dificultades concernientes á la otra vida; pues á sus ojos el universo no es mas que un *todo* eterno, donde nada se aniquila, ni nada se crea. De este modo la doctrina de Pitágoras era á manera de un círculo cuyos extremos necesariamente debian estar en contacto; pues de los principios de la transmigracion era forzoso retroceder á la idea primitiva que aquel filósofo habia concedido del τὸν ὄν, ó de lo que *existe por sí mismo.*

Si Pitágoras se hubiera contentado con sondear el abismo de la tumba, no habria sido muy acreedor al agradecimiento de los hombres; pero lo mereció altamente dedicándose á otros estudios mas útiles á la humanidad. Su sistema de la Naturaleza es como el de las *Harmonias*, desarrollado en nuestros tiempos por Bernardino de Saint-Pierre, que ha sabido dar el mas agradable colorido á la mas pura moral.

El sabio de Samos, lo mismo que el amigo de Juan Jacobo, representaba el universo como un gran cuerpo perfecto en su simetría, movido por leyes armónicas y eternas. El mas perfecto entre los números armónicos, el 4 segun Pitágoras, y el 5 segun Bernardino de Saint-Pierre, componia en la serie de las cosas creadas una aritmética misteriosa, de la que se derivaban los secretos y las gracias de la naturaleza. El etéreo espacio estaba lleno de melodías de las esferas que giraban por él, y los dioses benéficos se dignaban comunicarse alguna vez con los mortales por medio del sueño.

Quiso Pitágoras añadir á la gloria de naturalista, la peligrosa corona de legislador. Su política fue religiosa y dulce como la de Bernardino, y estando convencido que de unas costumbres puras no puede menos de derivarse una buena constitucion, recomendaba con mas ahinco la sencillez de corazon que la forma de gobierno. Muy distinto cuadro que los modernos legisladores presenta el anciano Pitágoras con su venerable barba hasta la cintura, una corona de oro sobre sus blancos cabellos y una larga túnica de lino de Egipto, enseñando al son de la lira la mas amable moral á los pueblos reunidos. Por de pronto los resultados que el sabio consiguió con su palabra fueron inmensos: verificóse una revolucion general en Crotona; pero cansándose luego los habitantes de esa ciudad de las reformas que el filósofo iba llevando á cabo, le acusaron de conspirar contra el Estado, aunque mejor hubieran dicho de conspirar contra sus vicios. Quemaron vivos á sus discípulos en el colegío, y le obligaron á sepultarse en los bosques donde pereció miserablemente (4).

Dudan los sabios si Pitágoras dejó algunas obras. Voy á presentar al lector los *Versos dorados* que se se le atribuyen (5) ó que por lo menos encierran toda su doctrina. Los principales de los setenta y dos que componen el número total son los siguientes:

Honra á los dioses inmortales del modo y forma que lo mande la ley. Respeta el juramento con toda clase de religion. La muerte es inevitable; asi lo previene el destino. El poder habita cerca de la necesidad. No les toca á los hombres honrados la mayor parte de los sufrimientos. Unos hombres discurren bien y otros discurren mal; pero tú guárdate de admirar á los unos, ni despreciar á los otros. No te dejes deslumbrar. Cuida de que en lo venidero no tengas que arrepentirte de lo que haces en la actualidad. Principia el dia por medio de la oracion, y de ese modo conocerás la constitucion de Dios y de los hombres, y la relacion de los seres entre sí; conocerás con arreglo al espíritu de justicia que el universo es el mismo en todas partes; no esperarás que se realice lo que no puede realizarse porque no existe; comprenderás que nuestros males son voluntarios; que ignoramos cuán cerca de nosotros se halla la felicidad; que es muy reducido el número de los que saben librarse de los padecimientos; y que andamos rodando á merced del destino como cilindros movidos por la discordia (6).

Si se meditan atentamente los *Versos dorados* se verá que en ellos se encierran todos los principios de las verdades morales, cubiertas á veces con un velo de misterio que les comunica nuevo atractivo. Encuéntranse en Bernardino de Saint-Pierre, una multitud de pensamientos verdaderos y de reflexiones interesantes, expresadas con el íntimo acento del corazon. Sirvan de ejemplos los siguientes:

La muerte es un bien para todos los hombres: es

(1) Strab., lib. vi.

(2) Yamblico., *In vit. Pith.*

(a) Yo me sentia muy inclinado al estudio de esa metafísica religiosa, como puede inferirse de las pruebas metafísicas de la existencia de Dios puestas en las notas del *Genio del Cristianismo*.. (N. ED.)

(3) No puede enteramente afirmarse que Pitágoras hubiese recorrido la Persia y la India. Solo lo afirman asi algunos escritores muy posteriores al siglo de Pitágoras. Yamblico está lleno de fábulas.

(4) Refiérese de varias maneras la muerte de Pitágoras. Solo Diógenes Laercio la refiere de cuatro modos distintos.

(5) Algunos creen que esos versos son de Empedocles. Al preparar estas páginas para la prensa, me ha hecho Mr. Peltier el obsequio de enviarme un libro, que me podia haber ahorrado mucho trabajo si hubiera llegado antes á mis manos. Intitulase ese libro *Noches literarias*, que se extienden desde el mes de octubre de 1795 hasta junio ó julio de 1796. Las elegantes traducciones que trae ese libro, hubieran contribuido mucho al ornato del mio, y me habrian librado del trabajo de la traduccion.

(6) *Poet. Minor. Grec.*

la noche que sigue al dia turbulento que se llama vida.—El mejor de los libros que no predica mas que igualdad, amistad, humanidad y concordia, el Evangelio, ha servido de pretexto por espacio de siglos á los furores de los europeos... En vista de esto ¿quién se lisonjeará de ser útil á los hombres por medio de un libro?—¿Quién querria vivir si el tiempo venidero no estuviese cubierto con un velo? Una sola desgracia prevista nos causa tantas inquietudes!—Tan necesaria *es la soledad* á la dicha, aun en el mismo mundo, que me parece imposible gustar un placer duradero de cualquier género que sea, ni arreglar la conducta bajo ningun principio estable, sin recogerse el ánimo á una soledad interior, de donde sale rara vez nuestra opinion y á donde nunca entra la agena. —En esa isla, situada en el camino de la India.... ¿Qué europeo se resignaria á vivir dichoso, pero pobre é ignorado? No hay mas que un lado agradable de conocer en la vida humana: semejante al globo con el que vamos girando por el espacio, nuestra rápida revolucion se verifica en un dia, y una parte de este dia no puede ser iluminada sin que la otra quede sumergida en la oscuridad.—La vida del hombre con todos sus proyectos se va elevando á manera de una torrecilla, cuya cúpula es la muerte.—Hay males tan terribles y poco merecidos que desconciertan hasta á las mismas esperanzas del sabio.—La paciencia es el valor de la virtud.—Los seres sensibles y afligidos tratan por un instinto comun de refugiarse á los sitios mas agrestes y desiertos, como si las rocas pudieran servir de baluarte contra el infortunio, ó si como la calma de la naturaleza pudiese apaciguar las funestas agitaciones del alma.

CAPITULO XLII.

CONTINUACION.—ZALEUCO.—CHARONDAS.

Pitágoras fue seguido de otros dos legisladores Zaleuco y Charondas, que brillaron en la Gran Grecia, en la época de mas gloria de la madre patria.

Charondas se aplicó menos á la política que á la reforma de la moral, pues estaba en la inteligencia que el gobierno seria lo que las costumbres fuesen. Hé aquí sus principales máximas:

«Azotad al calumniador. Entregad el malvado á su propio corazon, dejándolo en una profundad soledad: sea castigado todo el que se enlace amistosamente con el perverso. El que proponga una inovacion en las leyes antiguas, preséntese con un dogal al cuello para ser estrangulado en el caso de reprobarse su proyectos.

Zaleuco fundó su legislacion sobre el principio del teismo. «Dios, pide almas puras, caritativas y amantes de los hombres.» Sin embargo, las leyes suntuarias de este filósofo demuestran que tuvo muy poco conocimiento de la humanidad. Creyó desterrar el lujo y arrancar la máscara á la corrupcion, permitiendo solamente á las personas de mala vida el uso de costosos adornos. No comprendió que el ciudadano deshonrado no repararia mucho en tomar una nueva máscara para parecer hombre de bien. Para dejarle en posesion de sus vicos no merecia la pena de hacerle representar otra farsa.

CAPITULO XLIII.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION DE ATENAS SOBRE LA GRAN GRECIA.

Considerable y en un excelente sentido fue la influencia de la revolucion de Grecia en sus colonias de Italia. Crotona y Sibaris al caer la monarquía de Atenas estaban sumergidas en los horrores de las gueras civiles y entregadas á la rapacidad de hordas de malvados (1). Es cosa digna de notarse, que los vástagos de un Estado aventajan siempre en lujosa é inutil vegetacion al tronco paterno. Hombres, abandonados en una playa desierta, se creen súbitamente redimidos del freno de las leyes, y al verse lejos de la vigilancia de los magistrados, se abandonan á los desórdenes de la sociedad sin tener las virtudes de la naturaleza. La fertilidad de un terreno no gastado, los eleva prontamente á la prosperidad, y de estas dos causas combinadas resulta esa mezcla de riquezas y de malas costumbres que por lo general domina en las colonias.

De todos modos no debemos dejar pasar desapercibido que la revolucion republicana de Francia aceleró la destruccion de las islas de América, en tanto que el establecímiento del gobierno popular en Atenas retardó por el contrario la de las ciudades griegas de Italia. Lamentando Atenas la suerte de aquellas desgraciadas poblaciones, las reforzó con una nueva asociacion de ciudadanos de la metrópoli que por de pronto restablecieron la tranquilidad y edificaron una ciudad á la que Charondas dió leyes. Mas esos buenos resultados fueron de muy breve duracion: el mal habia arrojado profundas raices y no era posible extirparlo; la enfermedad del cuerpo político no podia tener otra terminacion mas que la muerte.

CAPITULO XLIV.

SICILIA.

En la extremidad de la Gran Grecia se encuentra la isla de Sicilia (2) que en aquella antigüedad contaba ya con ilustres ciudades. Nosotros no fijaremos la atencion sino sobre Siracusa que tanto figuraba en la historia de la raza humana.

Arquías de Corinto fundó esta colonia hácia el año cuarto de la décimo-sétima olimpiada. Desde aquel momento hasta la brillante época de la libertad griega, apenas se hace mencion de ella en la historia. Si la oscuridad constituye la dicha, lícito nos será presumir que Siracusa debió ser dichosa. Costáronle empero muy caros aquellos momentos de tranquilidad; no parece sino que no es posible gozar impunemente de la dicha. El ser feliz solo es por excepcion y por injusticia, pues estando tasada la cantidad de bienes y males de que es susceptible la capacidad humana, no se da el bien á uno, sino aumentando la suma de los males á otro. Es el bien á manera de un préstamo: no tardará el que lo goza en tener que devolver el capital y los réditos con usura. Ejemplo son de esta triste verdad los siracusanos. Desde el momento que Jerjes invadió la Grecia, ningun pueblo presentó un espectáculo mas admirable: en aquel mismo instante principió una revolucion extraña y contínua, que no acabó sino cuando los romanos se apoderaron de la metrópoli. Fue cosa bastante vulgar ver reyes que de la cumbre de la grandeza rodaban al abismo de la miseria; hoy monarcas, mañana maestros de niños... Pero no anticipemos ese grandioso asunto.

La forma del gobierno de Sicilia habia sido republicana hasta lo caida de los Pisistrátidas en Atenas, y las costumbres, la política y la religion habian seguido siendo las mismas que las de la metrópoli. Ya habian figurado un historiador llamado *Antioco*, muchos sofistas y algunos poetas, como Stesícore, Parmenides, etc. Fue ademas aquella célebre isla el pun-

(1) Esto se demuestra por la muerte de Charondas, que habiendo entrado con armas en la asamblea del pueblo al volver de una expedicion contra los facciosos, se traspasó con su propia espada, por cumplir lo que el mismo habia mandado contra los que entraran armados en aquel recinto.

(2) Tuvo alternativamente los nombres de *Tinacria*, *Sicania y Sicilia*, y anteriormente se llamó *País de los Lestrigones*. (Hom. y Virg.)

to de reunion de todos los ingenios de la Grecia, atraidos sin duda por el oro de los tiranos que se complacian en oir sus habladurías políticas y sus disensiones literarias (1).

CAPITULO XLV.

CONTINUACION.

Hemos entrevisto ya al hablar de Cartago que la reaccion de la revolucion griega fue rápida y de larga duracion en Sicilia. Siracusa como por rechazo de la muerte de Hipias, se vió atacada por los cartagineses, y degraciadamente al librarse de estos puede decirse que fraguó sus propias cadenas, elevando por gratitud á su general Gelon á la monarquía. Así es como á merced de las eventualidades de la fortuna, madre de las virtudes y de los vicios, de la reputacion y la oscuridad; del bienestar y del infortunio, la misma revolucion que dió libertad á la Grecia, produjo la esclavitud en Sicilia (a).

Otro asunto mas halagüeño llama nuestra atencion. Grato es fijar la vista cansada del espectáculo de los vicios, en las tranquilas escenas de la inocencia. Atravesando el mar Adriático vamos desde luego á buscar en las orillas del Danubio las virtudes que no nos ha sido posible encontrar en las riberas de Italia. Puede uno tal vez detenerse con cierto interés en medio de una sociedad corrompida; pero el corazon no se dilata mas que al hallarse entre hombres justos.

CAPITULO XLVI.

LAS TRES EDADES DE LA ESCITIA Y DE LA SUIZA (2).—PRIMERA EDAD.—LA ESCITIA FELIZ Y SALVAJE.

Los afortunados escitas, á quienes los griegos daban el nombre de *bárbaros*, habitaban aquellas regiones septentrionales que se extienden al Este de Europa y al Oeste del Asia. Un rey, ó mas bien dicho un padre, guiaba aquel pueblo errante que á manera de hijos le seguia mas bien por amor que por deber, y como que no tenian ni mas justicia que su sencillez, ni mas leyes que sus buenas costumbres, en él encontraban un árbitro durante la paz y un caudillo durante la guerra. ¿Qué habrian los monarcas vecinos ganado en atacar á un pueblo que despreciaba el oro y la vida? Darío tuvo la insensatez de hacerlo y recibió de sus enemigos el enérgico símbolo, que fue presagio de su ruina. Habiéndolos invitado á un combate sin mas motivo que su vana arrogancia, «ven, le contestaron aquellos hombres tan pobres como virtuosos, ven á atacar los sepulcros de nuestros padres. No era ciertamente una presa muy apetecible para un ambicioso tirano.

(1) Píndaro daba á sus rivales en la córte de Hieron el nombre de *Cuervos graznadores*. Por otra parte Simónides referia con toda gravedad máximas políticas al tirano raquítico y de mal humor que sin duda se acordaria de que el adulador de Hiparco habia elevado á las nubes á los asesinos de aquel príncipe. Píndaro por su parte fatigaba el ingenio por celebrar los caballos de Hieron etc. ¿Cuándo sabrán los literatos sostener su propia dignidad? ¿Cuándo cesaran de adular á los tiranos, cualquiera que sea el nombre que estos tengan?

(a) No escribiré mas notas por lo tocante á las comparaciones políticas que voy haciendo en esta obra, porque ya he dicho lo bastante acerca de su frivolidad. Otro tanto digo de mis aberraciones filosóficas: acabo de hablar en ese párrafo de la influencia de la fortuna, y á los pocos renglones volveré á tomar el tono de mis propias convicciones. En eso se revela mi buena fe, y el estado de vacilacion en que se hallaba mi espíritu. Buscaba con ansia la luz, y solo me era dado encontrarla momentáneamente. (N. ED.)

(2) Presento al lector las edades salvaje, pastoril-agrícola, y filosófica y corrompida, como para darle, sin salir del asunto, un índice, una miniatura de la historia del hombre.

Libre como el ave de las selvas, el escita, sentado á la fresca sombra de sus valles, veia en derredor agrupadas las caras prendas de su carazon, y extenderse por la llanura los rebaños que constituian su riqueza. La miel que hallaba en las concavidades de las rocas, la leche de las cabras bastaban para contentar todas las necesidades de su vida; la tierna amistad satisfacia los deseos de su corazon. Cuando faltaba pasto á sus ganados, montaba con toda su familia en un carro cubierto de pieles, y al través de los bosques iba á buscar las riberas de algun rio desconocido, cuyas orillas alfombradas de verde cesped, y cuya soledad deliciosa le invitaban á fijar por algun tiempo su residencia.

¡Con que suave dulzura debian pasar las horas de la vida para aquel pueblo amado del cielo! Mil delicias desconocidas para nosotros brindaban á cada paso al hombre en su estado primitivo. Los bosques con su bóveda de follaje, los valles con su delicioso silencio, el rumor de las olas rompiéndose en lejanas playas, los últimos rayos del sol al ponerse tras de una elevada cima, son espectáculos sublimes que enaltecian su espíritu. ¡Cuantas veces entre los acebos que sombrean las orillas de un gran lago del Canadá, he visto al hijo predilecto de la naturaleza, que siente mucho y piensa poco, que no conoce mas razon que la de sus necesidades, y que llega á los resultados de la filosofía como el niño, jugando y durmiendo. Sentado, libre de toda inquietud en la puerta de su choza, ni siquiera se cuida de contar los dias que van pasando. La llegada de las aves de paso, no le hace suspirar por el año que acaba de perder, ni las nieblas de otoño no le anuncian sino la llegada de los hielos. En la frente del indio afortunado, hasta en el fondo de su alma, no se revela como en la nuestra esa expresion inquieta y agitada: solo expresa su rostro un ligero afecto de melancolía propia del exceso de felicidad y que acaso no es mas que el presentimiento de su incertidumbre. Alguna vez por aquel instinto de tristeza particular de su corazon, se le sorprende como abismado en reflexiones, con la vista fija en alguna corriente, en una mata agitada por el viento ó en las nubes que vuelan fugitivas por encima de su cabeza y que como hemos dicho en otra parte pueden ser comparadas con las ilusiones de la vida. Al dispertar de aquellas abstracciones, al volver en sí mismo le he observado muchas veces mirando tierna y agradecidamente al cielo, como tratando de buscar alguna cosa desconocida que cuida de la suerte del pobre salvaje.

Buenos escitas, ¿por qué no habreis prolongado vuestra feliz independencia hasta nuestros dias? Entre vosotros habria yo ido á buscar un asilo contra la tempestad. Lejos de las insensatas disputas de los hombres, mi vida se habria deslizado plenamente tranquila en vuestros desiertos, y mis cenizas honradas tal vez con vuestras lágrimas, habrian encontrado en vuestros solitarios bosques la pacífica tumba que les rehusará la tierra de la patria (b).

CAPITULO XLVII.

CONTINUACION DE LA PRIMERA EDAD. LA SUIZA POBRE Y VIRTUOSA.

El viajero que por primera vez entra en el territorio de la Suiza va trepando penosamente por alguna cuesta cóncava y oscura, cuando de repente á la vuelta de un bosque se presenta como por encanto á sus ojos una vasta extension de terreno bañado enteramente de claridad. Las cimas de los Alpes cubiertas de nieve parecen columnas de alabastro en que des-

(b) Este capítulo está casi íntegramente reproducido en el *René*, en la *Atala* y en algunos párrafos del *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

cansa la azulada bóveda del firmamento. De lo alto de las heladas montañas descienden torrentes y rios cristalinos; agítanse pendientes de las enormes masas de granito, las plantas que vegetan en las hendiduras de las rocas; los gamos saltan por encima de la catarata; desde la cornisa de una roca extiende al aire su ramaje un grupo de antiguas hayas; las hiedras festonean el mármol que algun dia rodó con estrépito desde la cima mas elevada; allá en el fondo de los abismos levantan su gigantesca cabeza los pinos y en medio de toda esa variedad en medio de todos esos contrastes aparece en el fondo al través de los álamos del valle la cabaña del suizo agrícola y guerrero.

Cuando las costumbres de un pueblo tienen analogía con el paisaje que animan, son duplicados nuestros goces. El antiguo cultivador de la Helvecia en medio de aquellas vegetaciones alpinas, tanto mas robustas, cuanto mas combatidas por los vientos, se arraigó vigorosamente en sus montañas conservando su libertad con tanto mas denuedo, con cuanto mas ahinco se empeñaron los tiranos en hacerle doblar su altiva frente. Adorar á Dios, defender el suelo patrio, cultivar su campo, amar á la esposa y á los hijos que el cielo le diera, he aquí la profesion de fe religiosa y política del suizo. Ignorando como el escita el valor del oro (1), no consideró que hubiera cosa digna de mayor aprecio que su independencia. Si alguna vez se dejaba ver en alguna morada de los reyes, su trage era sencillo como el de los aldeanos, y sus maneras francas como las de un hombre que no conoce dueño (2). «He visto, dice Felipe de Comines un embajador de ese pueblo (Suitz) cuyo trage era el mas humilde, y sin embargo decia su parecer como cualquiera otro.»

Los escitas en el mundo antiguo, y los suizos en el moderno llaman la atencion de sus contemporáneos por la celebridad de su inocencia. Sin embargo, su diverso género de vida debió producir alguna diferencia en sus virtudes. Los primeros, como pastores, amaban la libertad por ella misma, y los segundos, como agrícolas, la amaban por sus propiedades. Aquellos no habian salido aun de la pureza primitiva; estos habian ya dado un paso hácia la civilizacion. Los unos poseian la felicidad del salvaje; los otros la iban sustituyendo poco á poco con goces convencionales. Acaso esa felicidad que solo puede hallarse en el límite donde el estado de la naturaleza concluye y la sociedad principia, seria la mejor si pudiese ser duradera. Mas allá de los límites sociales los pueblos permanecen por algun tiempo á una misma distancia de nuestras instituciones, mas apenas han salvado la línea divisoria, caminan precipitadamente hácia la corrupcion sin poderse detener.

Asi es como á despecho de uno mismo, hay que detenerse á contemplar el cuadro de un pueblo que se halla contento. Parece que ocupándonos de la felicidad que disfrutan los otros, nos apropiamos alguna parte de ella. Adherímonos á cuanto nos rodea y menos vivimos en nuestras propias sensaciones que en las de los otros. A este motivo es preciso atribuir la pasion que los miserables demuestran á los muebles, á los árboles y á los animales. El hombre sediento de felicidad, y desgraciado las mas veces lucha sin cesar contra los males que le sumergen. Asi como el marinero que lucha con las olas, se agarra ansiosamente al que tiene al lado para salvarse aunque sea á costa suya. Si aun este recurso le falta, se aferra al recuerdo de sus pasadas felicidades, y de ellas se sirve para ir sobrenadando en un mar de dolores.

CAPITULO XLVIII.

SEGUNDA EDAD.—LA ESCITIA Y LA SUIZA FILOSÓFICAS.

Si me hubiera detenido en este punto habria deseado dejar al lector una completa ilusion. Mas al trazar el cuadro de la felicidad humana, apenas asoma á los labios la sonrisa cuando los ojos estan ya preñados de lágrimas.

No hay asilo que esté completamente al abrigo de las opiniones políticas, ni mares, desiertos, ni distancias que las detengan. Las de la Grecia republicana agitaron tambien los bosques de la Escitia y ahuyentaron la felicidad de sus pacíficas moradas.

La inocencia de un pueblo puede ser comparada con la sensitiva, que al solo contacto marchita todas sus hojas. La desgracia de los escitas consistió en haber producido filósofos que ignoraron esa verdad. Zamolxis en una época desconocida introdujo entre ellos un sistema de teología, cuyos principales artículos eran los siguientes: existencia de un Ser supremo, inmortalidad del alma y predestinacion de los héroes que sucumbian en el campo de batalla.

Este padre de la sabiduría de los escitas fue seguido de Abaris, como diputado de su nacion en Atenas. Profesó este último la medicina, y suponia que viajaba por el aire en una flecha que Apolo le habia dado. Fue célebre en los primeros siglos de la Iglesia por haber sido opuesto á Jesucristo por los platónicos.

Abaris tuvo por sucesor en reputacion á Toxaris que abandonó á su mujer y á sus hijos para ir á estudiar á Atenas, donde murió honrado por sus virtudes y probidad.

Pero el corruptor de la antigua sencillez de los escitas fue Anacarsis que llegó á creer que sus compatriotas eran bárbaros porque vivian en el estado de la naturaleza. La filosofía de Anacarsis era de aquellas

(1) Despues de contar Felipe de Comines la batalla en que Carlos el Temerario, duque de Borgoña, fue muerto por los suizos, refiere algunas anécdotas ocurridas al apoderarse del botin para probar la ignorancia en que se hallaban los vencedores, respecto de objetos de gran valor como el haber vendido por un florin un diamante que llevaba el duque, y que era uno de los de mas quilates que en aquella época se conocian.

(2) Cométese por lo regular un error por lo tocante á los autores de la independencia de los suizos Los tres grandes patriotas que dieron libertad á su país se llamaban Stauffacher, Melchtal y Gautier-Furst. Las trágicas escenas que preludiaron la insurreccion de la Helvecia, estan latamente descritas en la *Helvetiorum Respública.* que segun creo es de Simler. Ofrecen dichas escenas el mas alto interés. La aventura del viejo Enrique, á quien el gobernador de Landeberg mandó arrancar los ojos; la del noble Wolfenschiz con la mujer del labrador Conrado, y la sorpresa de varias fortalezas de los duques de Austria por los aldeanos tienen un colorido de romanticismo, que combinándose con las grandes escenas de los Alpes, producen un vivo interés. Por lo tocante á la anécdota de la manzana y Guillermo Tell, es bastante dudosa. Grammaticus en la historia de Suecia, cuenta exactamente el mismo suceso relativo á un aldeano y á un gobernador suéco. Yo citaria ambos pasajes sino fuera por su demasiada longitud. Puede verse el primero en Simler (*Helvet. Resp.*, libro 1, p. 58); el otro existe íntegramente al fin de Cokés *Letters on Svitzerland.* En la p. 62 de la coleccion intitulada: *Codes Juris Gentium*, publicada por Guillermo Leibnitz en 1693, se encuentra el tratado original de alianza entre los tres primeros cantones, Uri, Schwitz y Underwalden: en ellos se lee: «Primero de marzo despues de San Nicolás 1315: En Nombre de Dios, Amen.....Nosotros los aldeanos de Hury, de Schwitz y de Underwalden..... nos obligamos, mediante dichos juramentos, á no tolerar ni consentir ser gobernados por señores, ni recibir como tal á ningun príncipe. Si alguno de nosotros dañase á otro por *loco*, es decir, aparentando serlo, y obrando en realidad temeraria y maliciosamente, jamás el tal será reputado como paisano nuestro.» La virtud de aquellos buenos habitantes está caracterizada magníficamente en este rasgo. De paso haré la singular observacion de que la ortografía de los documentos del siglo á que pertenece el anterior escrito (el XIII) es mucho mas fácil de leer que la del XV. Igual observacion he hecho en las antiguas baladas escocesas, que se entienden mucho mas fácilmente que el inglés del mismo período. En otro lugar sacaremos consecuencias de esta observacion. (N. ED.)

que nada ven mas allá del límite de sus opiniones. Llevado de su entusiasmo á la Grecia abandonó su patria y fue á instruirse al lado de Solon en el arte de dar leyes á los que ninguna necesidad tenian de ellas. No tardó en granjearse el nombre de *sabio*, tan poco conveniente á la naturaleza humana, y se dió á conocer por sus máximas. Solia decir que la viña produce tres frutos: el primero el placer, el segundo la embriaguez, y el tercero el remordimiento. A un ateniense de mala reputacion que le echaba en cara su origen bárbaro le contestó en cierta ocasion. Yo debo avergonzarme de mi país; pero vos avergonzais al vuestro. El orgullo y la bajeza de esta expresion son intolerables; el que pueda cometer la bajeza de renegar de su patria no merece ser escuchado por ningun hombre de bien. Decia tambien aquel filósofo que las leyes

CULTO DE TEUTATES.

son parecidas á las telas de araña, que se rompen al impulso de las moscas grandes y solo detienen á las pequeñas. Escribió un tratado en verso del arte de la guerra, y un código de instituciones escitas. No es enteramente cierto que sean suyas las cartas que llevan su nombre.

Segun acabamos de ver la filosofía fue el primer grado de corrupcion de los escitas. Cuando los suizos eran virtuosos, ignoraban tambien las ciencias y las artes. Asi que empezaron á malearse sus costumbres aparecieron los Haller, los Tissot, los Gessner y los Lavater.

CAPITULO XLIX.

CONTINUACION.—TERCERA EDAD.—LA ESCITIA Y LA SUIZA CORROMPIDAS.—INFLUENCIA DE LA REVOLUCION GRIEGA EN LA PRIMERA, Y DE LA FRANCESA EN LA SEGUNDA.

Acabamos de ver que en el seno de Escitia nacieron hombres que creyéndose mejores que el resto de los ciudadanos se pusieron á moralizar á expensas de su felicidad y la de sus compatriotas. La revolucion republicana de Grecia acabó de dar impulso á aquellos caracteres turbulentos, influyendo poderosamente en el destino de los pueblos normandos. Los Abaris y los

Anacarsis, henchidos del vano saber adquirido en las escuelas de Atenas, llevaron á su país una multitud de opiniones é instituciones extranjeras con las cuales corrompieron las costumbres nacionales. Las innovaciones, aun siendo ventajosas no pueden contenerse en un límite reducido: para desnaturalizar á los salvajes, basta introducir entre ellos cualquiera innovacion, un miserable torno de alfarero.

Anacarsis pagó esas innovaciones con su vida (1), mas no por eso dejo de fermentar el gérmen de ellas hasta que al fin cansados los escitas de su afortunada inocencia apuraron el veneno de la vida civil (2). Amarga le parece esta al hombre acostumbrado á la libertad de los bosques; mas apenas la costumbre empieza á hacérsela soportable la abraza con una especie de frenética manía: infíltrase el veneno hasta los huesos, y en el delirio que produce le hace ver á la imaginacion turbada un extraño mundo poblado de fantasmas y borra de su vista todo espíritu de sencillez, justicia, verdad y bienestar (3).

El torrente de males de la sociedad no se precipitó sobre los escitas por un solo raudal. Aquellos pueblos guerreros y pastoriles hicieron tráfico de su sangre con las naciones vecinas (4), demasiado débiles, ó demasiado cobardes para defenderse con sus propias fuerzas. Atenas sostenia un cuerpo de tropas escita (5) así como los reyes de Francia se han rodeado durante mucho tiempo de bizarros aldeanos de la Suiza. Parece que los habitantes del Danubio y los de Helvecia tuvieron la suerte comun de distinguirse en sus tiempos de inocencia por las mismas cualidades, la lealtad y la sencillez (6), y por los mismos vicios en los dias de corrupcion, por el amor al vino y la sed del oro (7). Estos dos pueblos derramaron por el oro su sangre en cuestiones agenas á su patria (8). Permaneciendo neutrales en las grandes revoluciones de los Estados que les rodean, se han enriquecido con las calamidades de otros pueblos, estableciendo un banco sobre las calamidades humanas. Sometidos en un todo á la misma fatalidad, debieron la pérdida de sus costumbres á los pueblos que mas semejanza presentan entre sí en la historia antigua y moderna, los atenienses y los franceses. Siendo á la vez objeto de aprecio y de burla, de esas naciones satíricas, el montañés de los Alpes y el pastor del Danubio aprendieron á avergonzarse de su sencillez en París y en Atenas. No tardó en estrellarse toda su antigua virtud en el escollo de las revoluciones. Solo queda en la historia una tradicion de ella como los masteleros de un buque que ha naufragado (a).

(1) Su hermano lo mató con una flecha estando cazando.

(2) STRAB., lib. VII, p. 531.

(3) ESTR., lib. VII, p. 331.

(4) Con frecuencia hablan los historiadores antiguos de los escitas, como de soldados mercenarios en los ejércitos de los persas, (Véase HEROD. y Jenof.) En Francia fue Luis XI el primer soberano que los empleó en su servicio. (Véanse las MEM. de *Phil de Com.*)

(5) SUIDAS, *Topar.*

(6) DAVILA, *Histor. del Guer. civil de Franc.*, tom. III, p. 282.

(7) JUSTIN., lib. XI, cap. XI.

(8) ESTRAB., ATHEN., lib. XI, cap. VII, p. 427. *Dice de la Suiza.* En Atenas se decia: BEBER COMO UN ESCITA; y en París: BEBER COMO UN SUIZO.

(a) Estos tres capítulos sobre las tres edades de la Escitia y la Suiza, son, por decirlo así, hijos de la superabundancia de un espíritu que se complace en el exámen de la naturaleza, pero así como las tres cuartas partes de la obra nada tienen que ver con el objeto del *Ensayo*. Yo en aquella época era como Rosseau gran partidario del estado salvaje, y nada amigo del estado social. Posteriormente me fuí reconciliando con los hombres, y en la actualidad pienso, como otro filósofo del siglo XVIII, que *lo superfluo es una cosa bastante necesaria.*

En esos capítulos hay pensamientos, imágenes y hasta expresiones que han sido reproducidas en otras obras mias. (N. ED.)

CAPITULO L.

LA TRACIA.—FRAGMENTOS DE ORFEO.

El Danubio separa la Escitia de aquellas regiones que descienden en forma de anfiteatro hasta las riberas del Bósforo. Ese país conocido con el nombre general de *Tracia*, y conquistado por Darío, hijo de Histaspes (9), se dividia en varios pequeños reinos, bárbaros unos y civilizados otros. Muchas colonias griegas habian transportado las artes (10), á ese país, y Milciades lo honró largo tiempo con su presencia (11).

Muy poco es lo que sabemos de sus primeros habitantes, no siendo que se habian distinguido por su crueldad y aficion á la guerra. Una de sus costumbres nos parece digna de referirse, y es que al nacer un niño, los parientes se reunian y derramaban copioso llanto (12). Esta costumbre es tan filosófica como interesante.

A este país debió la Grecia su mas antiguo y acaso el mejor de sus poetas (13). No hay lector que ignore lo que la fábula ingeniosa refiere de Orfeo. Es de creer que toda la magia de los prodigios atribuidos á su musa consistia en una verdadera pintura de la naturaleza. Vivió ese poeta en un siglo medio salvaje (14), cuando por primera vez empezaba el desmonte de los terrenos. Estarian sin duda siempre fijas sus miradas en el grandioso espectáculo de los desiertos, en donde algunos árboles derribados al extremo de un surco mal trazado en la orilla de un bosque, anunciarian los primeros esfuerzos de la humana industria. Semejante involucracion de la naturaleza antigua y de la agricultura naciente, de un campo cubierto de espigas, entre las malezas del bosque, y de la choza cubierta de paja al lado de la cabaña, cubierta con cortezas de árbol, debió ofrecer á Orfeo, imágenes acomodadas á la ternura de su númen, y cuando el amor acabó de dar un tono melancólico á sus acentos (15), es de creer que su voz poéticamente hablando, llegó á enternecer las encinas, y á conmover al mismo tártaro.

De las muchas obras que se atribuyen á ese poeta, no son en realidad suyas (16), sino los fragmentos que voy á trascribir. Los *Argonautas* no lo son.

«Todo lo que pertenece al universo: el inmenso arco de la bóveda de los cielos, la vasta extension de las indómitas olas, el tártaro profundo, los rios y las fuentes, y hasta los mismos inmortales dioses y diosas han sido engendrados en Júpiter.

Júpiter tonante es el principio, el medio y el fin; Júpiter inmortal es varon y es hembra; Júpiter es la tierra inmensa y el cielo estrellado; Júpiter es la dimension de todo cuerpo, la energía del fuego y la superficie del mar; Júpiter es rey y padre universal de cuanto existe. Es uno y es todo, porque ese todo está contenido en el ser inmenso de Júpiter (17)

Difícil seria expresar con mas grandeza un asunto mas sublime.

Como provincia del imperio de los persas, la Tracia no pudo librarse de las desgracias que la revolucion griega causó al género humano. Puede juzgarse del daño que causarian tres millones de soldados sin dis-

(9) HEROD., lib. IV, cap. CXLIV.

(10) *Id.*, lib. VI.

(11) *Id.*, *Ibid.*, cap. XL; LACT., lib. VIII.

(12) JULIAN., *in Cæsaribus.*

(13) HEROD., lib. V.

(14) DIOD., lib. IV, cap. XXV.

(15) VERG., *Georg.*, lib. IV.

(16) Tampoco es enteramente cierto, pero muy probable que ese fragmento lo sea. Ciceron negó la existencia de Orfeo.

(17) *De Poes., Orphic.*; APUL. *de Mundo* Pueden verse algunos otros pasajes en los *Poetæ Minor. Græci*, página 459.

ciplina, al pasar por sus campos; pero afortunadamente los tracios resguardándose en la espesura de las selvas y en sus costumbres salvajes, pudieron librarse de la accion prolongada de la caida de la monarquía de Atenas (1).

CAPITULO LI.

MACEDONIA.—PRUSIA.

Cerca de la Tracia se encontraba el pequeño reino de Macedonia, cuyo destino presenta singulares semejanzas con la Prusia. Por de pronto siendo tan oscuro como la patria de los caballeros teutónicos, no era conocido de los demás Estados griegos sino por la proteccion que tenian á bien concederle. Pero engrandeciéndose poco á poco con las conquistas, aumentó en la misma proporcion que la del electorado de Brandeburgo, y finalmente en tiempo de Filipo se hizo dueño del resto de la Grecia y en tiempo de Alejandro del universo. Nadie puede tampoco conjeturar á dónde puede llegar la Prusia, siguiendo su sistema actual de gobierno (a).

Un mismo espíritu parece haber animado á los soberanos de esos dos paises: la guerra, y particularmente la política, fueron sus rasgos característicos. La historia nos pinta á los reyes de Macedonia cambiando de partido segun los tiempos y circunstancias (2), adormeciendo la vigilancia de sus vecinos por medio de tratados é invadiendo sus territorios en el momento menos pensado (3). En otra parte hablaré del monarca que ocupaba el trono de Macedonia cuando ocurrió la expedicion de Jerjes.

En la época cuya historia estamos trazando, eran las costumbres y religion de los macedonios parecidas á las de los demás griegos. Solo que hallándose mas próximos que estos á la barbarie, y por consiguiente no tan inmediatos á la corrupcion, no habian producido aun ningun filósofo, cuyo nombre merezca mencionarse.

Nadie podrá negar que la caida de Hippias en Atenas acarreó serios resultados respecto de Macedonia. Aprovechándose el político Alejandro de las calamidades de su época, supo manejarse diestramente entre los persas y los griegos, y en tanto que estos se desgarraban mutuamente, él recibia el oro de Jerjes (4) y protestaba amistad á sus enemigos. De este modo supo Filipo conservar tranquilo á su país y enriquecerse con los despojos de todos los partidos, estableciendo mientras que estos se extenuaban en guerras tan funestas las bases de la futura grandeza de Alejandro. ¡Inexplicable coincidencia! Jerjes huye en Salamina derrotado por el espíritu de la libertad, y entre tanto su oro, quedando acumulado en un pequeño Estado de la Grecia, sirve para destruir esa misma libertad y arruinar el imperio de Ciro!

CAPITULO LII.

ISLAS DE LA GRECIA.—JONIA.

Entre las costas de Europa y Asia se encuentran una multitud de islas que en el tiempo á que nos referimos estaban habitadas por diferentes pueblos de la Grecia. No me propongo describirlas, puesto que componen parte del mismo imperio de los griegos, y quedan por lo consiguiente comprendidas en lo que he dicho acerca de la revolucion general de estos últimos.

Es, sin embargo, preciso hacer algunas observaciones por lo tocante á las diferencias morales y políticas que podian existir entre esos isleños y sus compatriotas en los dos continentes de Europa y Asia en el momento de la invasion de los persas.

La mas considerable y célebre de esas islas era Creta. Sabido es que Licurgo calcó en ella sus instituciones sobre las de Minos; mas las leyes de este monarca habian ya por diversas causas perdido su vigor (5). Una democracia turbulenta habia usurpado el puesto de un gobierno monárquico mixto (6), y los cretenses estaban reputados en tiempo de la expedicion de Jerjes por el pueblo mas falso é injusto de la Grecia. Negáronse á socorrer á los atenienses contra los medos (7).

Las demás islas sometidas simultáneamente á pequeños tiranos, ó sumergidas en la democracia, andaban oscilando en un estado perpetuo de trastornos. Rodas se distinguia por su comercio (8), Lesbos por su corrupcion (9), y Samos por sus riquezas. Algunas de estas se incorporaron espontáneamente á los persas; otras fueron subyugadas, y el menor número de ellas siguió denodadamente el partido de la libertad (10). Pueden, por decirlo de una vez, ser considerados esos isleños de la Grecia como el término medio entre la virtud de Esparta y Atenas y los vicios de las ciudades jónicas, ó como el punto de transicion de las buenas costumbres de los lacedemonios á la corrupcion de los griegos asiáticos. Ya veremos por lo tocante á estos últimos, como se convirtieron en causas de la guerra médica. No considerándolos aquí mas que bajo el aspecto moral, puede decirse que no existia virtud entre los pueblos de la Jonia. Al considerarlos tan voluptuosos, ricos y enervados por las delicias del clima, hubiera podido creerse que eran lo mismo que aquellos viles esclavos que Jerjes traia en su comitiva.

CAPITULO LIII.

TIRO.—HOLANDA.

De manera que despues de haber dado la vuelta á Europa entramos finalmente en Asia. Antes de describir las grandes escenas que va á presentarnos la Persia, tenemos que decir algo acerca de una potencia marítima que á pesar de haber estado sometida al imperio de Ciro, representó en la antigüedad un papel demasiado interesante para que nos podamos excusar de consagrarle un artículo.

Al salir de las ciudades de la Jonia y avanzando á lo largo de las costas del Asia Menor hácia el Norte, se encuentra Tiro, ciudad famosa en todo el Oriente por su comercio y sus riquezas.

Dícese que Hipsuriano allá en los siglos mas remotos fue el que puso los cimientos de esta capital de la Fenicia (11). Determinóse este país á seguir el comercio por la misma circunstancia que ha impelido

(1) Es célebre un rey de Tracia por haber seguido el partido de los griegos, y haber mandado sacar los ojos á sus hijos que siguieron las banderas de Jerjes.

(a) Muchos destinos ha trastornado el soldado heredero de la revolucion. (N. ED.)

(2) HEROD., lib. V, cap. XVII, XXI. Amyntas, que tuvo la bajeza de entregar sus mujeres á los diputados de Darío, permitió á su hijo Alejandro degollar á esos mismos diputados, y ese mismo Alejandro tuvo la destreza de conservar á pesar de ese ultraje el favor de Jerjes, sucesor de Darío. (HERODOT., lib. V, cap. XVII, XXI.)

(3) DIOD., lib. XVI.

(4) DIOD., lib XVI; JUST., lib. VII; POLLÆN., *Stratag.*, libro IV, cap. XVI.

(5) ARIST., *de Rep.*, lib. II, cap. X.

(6) *Id.*, *Ibid.*

(7) HEROD., lib. VII, cap. CLXIX.

(8) STRAB., lib. XIV, p. 654.

(9) ATHEN., lib. X.

(10) PLAT., *in Pericl.*

(11) SANCONIATON apud EUSEB., *Præpar. Evangel.* Dando mas crédito á un historiador fenicio en lo relativo á su país que á las de otras naciones, no sigo la opinion general segun la cual Tiro provino de una colonia de Sidon.

generalmente á los demás pueblos mercantiles, á saber, la esterilidad del suyo (1).

No tardó aquella ciudad formada en su principio como las primeras poblaciones de Holanda de cabañas de pescadores cubiertas de cañas, en convertirse en una soberbia metrópoli. Sus naves iban á buscar los productos en bruto de las tierras mas fértiles, y los habitantes de Tiro los convertian con su industria en objetos aplicables á la voluptuosidad y necesidades de la vida. La Batavia de los fenicios era la Bética que les suministraba el oro de su suelo (2). Por medio del Egipto recibian el lino, el trigo y las riquezas de la India y Arabia (3), y de las costas occidentales de Europa sacaban estaño, hierro y plomo. En los mercados de Atenas se proveian de aceite, madera de construccion y libros, y en Corinto compraban objetos de bronce y vasos Las islas del mar Egeo les daban vinos y frutas; la Sicilia queso; la Frigia tapicerías; el Ponto Euxino esclavos, miel, cera y cueros; finalmente la Macedonia y la Tracia leña y pescados salados. Impulsados de su espíritu mercantil llevaban los tirios esos productos á los diversos pueblos, y la ciudad de Tiro, como la moderna Amsterdam, llegó á convertirse en un depósito central de los productos de todas las naciones.

La constitucion política de los fenicios parece haber sido monárquica; pero es probable que en el gobierno dominó la oligarquia (4). Da lugar á esta conjetura la riqueza de los tirios comparados por las escrituras (5) con los príncipes de la tierra.

No prosperan por lo regular las bellas letras en los paises dedicados exclusivamente al comercio: parece que el espíritu mercantil limita el vuelo de la inteligencia, y el hombre, dedicado á llevar con exactitud libros de caja, rara vez se ocupa en meditar las producciones de los filósofos. Sin embargo, en la historia de la Fenicia figuran algunos nombres célebres, y en primer lugar los de Moscus y Sanconiaton. El primero es autor del sistema de los átomos, que por de pronto fue adoptado por Pitágoras, y en seguida por Epicuro que le dió publicidad. El segundo escribió la historia de Fenicia, de la cual he citado ya varios pasajes, y ahora voy á trasladar algunos fragmentos.

. . . . . .

»Y entonces Hipsuriano habitó en Tiro, é inventó el modo de construir chozas de cañas. Suscitóse grande enemistad entre él y su hermano Usous, que fue el primero que cubrió su desnudez con pieles de fiera. Y habiendo una violenta tempestad de viento y de lluvia hecho frotar las ramas de los árboles, unas con otras se inflamaron y produjeron el incendio del bosque de Tiro. Usous fue el primero que habiendo ahuecado el tronco de un árbol, tuvo el valor de confiarse á las olas. . . . . .

Enseñaron á labrar los campos, por cuya razon se tributaba singular honor á su memoria, haciendo que la estátua de Usous conducida por una ó varias parejas de bueyes se paseara por toda la Fenicia, y en los libros se le daba el dictado de el mayor de los dioses.»

Ademas del curioso orígen que ese pasaje atribuye á la navegacion y á la agricultura, agrada por la sencillez de la narracion tan en armonía con las antiguas costumbres á que se refiere. La Holanda se jacta tambien de haber sido patria de Erasmo, de Grocio y de una multitud de sabios célebres por sus penosas investigaciones.

(1) Exceptuando Cartago entre los antiguos, y Florencia entre los modernos.

(2) Diod., lib. v. p. 312.

(3) Los tirios hacian por sí mismos el comercio de la India, para lo cual se habian apoderado de varios puertos en el golfo Arábigo, desde donde las mercancías iban por tierra á Rhinocoluro, puerto del Mediterráneo, y allí volvian á ser fletadas en buques fenicios (Robertson's *Disquis on the Anc. Ind.*, sec. I, p. 9.)

(4) Las escrituras hablan de reyes de Tiro y de Sidon; pero es tan variable el significado de ese nombre entre los pueblos antiguos, que no se puede inferir por él la forma de Gobierno.

(5) Isaias, xxiii, 8.

CAPITULO LIV.

CONTINUACION.

La Fenicia sufrió grandes revoluciones, y asi como Holanda tuvo que sostener guerras memorables; los diversos sitios que su capital tuvo que sufrir, hacen pensar en los de Harlem y Amberes (a). En tiempo de Felipe II. A mediados del siglo VI antes de nuestra era fue aquella capital arrasada por un rey asirio despues de trece años de resistencia. Los ciudadanos que pudieron librarse de aquella catástrofe, edificaron una segunda Tiro no lejos del sitio donde la primera habia florecido. La nueva ciudad pasó sucesivamente del yugo de los medos al de los persas, y no adquirió fuerza ni celebridad hasta que Darío le volvió á conceder sus antiguos privilegios. Durante este período de calamidades fue cuando Cartago se fue engrandeciendo sobre las ruinas de aquella.

En la época de la guerra médica la Fenicia tuvo que entrar en la confederacion general contra la Grecia. Teniendo que doblegar su propia opinion á la de sus tiranos, no tuvo mas arbitrio que poner sus bajeles al servicio del gran rey (6), siendo probable que hubiera obrado en sentido contrario si hubiese creido que las repúblicas griegas habian de salir vencedoras en el combate. El comercio fenicio cerró prontamente las heridas que su patria recibió en el desastre de Salamina (7), y por de pronto la inmensa influencia de la revolucion griega se limitó por lo tocante á los tirios á solo esa desgracia pasajera, si bien luego adquirió mayores proporciones y sucumbió como todo el resto de Oriente bajo el poder de Alejandro. Siguió hasta ese momento en todo su vigor el espíritu mercantil, sin cuidarse los que lo ejercian, de los vanos sistemas que atormentaban á los diversos pueblos. Los artefactos absorvian toda la inteligencia de los fenicios, y tambien se les vió como á los modernos bátavos llevar de uno á otro país los libros de los mas insignes ingenios de aquella época, sin haber tenido la curiosidad de leer ni un solo renglon de sus escritos. Tampoco será extraño que los habitantes de Tiro hubiesen traficado con sus opiniones políticas, pues en épocas de trastornos solo las opiniones son las mercancías que estan de baja (b).

CAPITULO LV.

PERSIA.

Al fin vamos á desarrollar un vasto cuadro. Despues de haber considerado en detalle los Estados por lo tocante al establecimiento de las repúblicas en Grecia, y recíprocamente en el establecimiento por lo relativo á los mismos Estados, vamos ahora á ver todos esos diversos pueblos moviéndose en masa bajo la influencia general de esa misma revolucion y no formando mas que un solo cuerpo. Vamos á ver cómo se levantan de consuno á fin de destruir unos principios

(a) ¡Tiro y Harlem! El lector habrá tal vez notado que al paso que doy tanta autoridad á Sanconiaton, apenas me digno citar la Sagrada Escritura. ¡Es mucho espíritu filosófico! y sin embargo puede soportarse la lectura de esos capítulos por algunas observaciones que se encuentran en ellos. (N. ED.)

(6) Los fenicios y los egipcios fueron los que construyeron el puente de barcas por donde Jerjes pasó su ejército.

(7) Las galeras fenicias formaban el ala izquierda de la escuadra persa en la batalla de Salamina, estaban mandadas por un hermano de Jerjes y combatieron con mucho valor.

(b) Si no hubiese hecho esta observacion hace treinta años, ¿no podria creerse que era una alusion á las circunstancias actuales? (N. ED.)

y un gobierno que ellos mismos á su despecho acabaran de consolidar, estrellándose sus esfuerzos por lentos, mal dirigidos y parciales contra una sociedad poco numerosa, pero unida; pobre, pero libre.

Paso en silencio los etíopes, los judíos, caldeos é indios, á pesar de hallarse ya bastante adelantados en las ciencias, cuando ocurrió la revolucion griega. La suma de la filosofía y luces de esos pueblos se hallaba generalmente reducida á creer en un Ser Supremo, al conocimiento de los astros, y á poseer algunos secretos de la naturaleza. Como el resto de las naciones del Oriente, esos pueblos á que nos referimos, estaban gobernados por reyes y sectas de sacerdotes que asi como sus hermanos de Egipto se envolvian entre misterios a fin de dominar al pueblo por medio de la ignorancia y tenerlo sujeto al yugo de la tiranía civil y religiosa. En Etiopía los miembros de esa casta sagrada se llamaban *Gymnosofistas*; en Judea *Levitas*; en la Caldea *Sacerdotes*; en la Arabia *Zabianos* y en la India *Brahmas*. Cada país se envanecia con sus grandes hombres: los etíopes con Atlas; los árabes con *Lokman*; los judíos con *Moisés*; los caldeos con *Soroastro* y la India con *Budda* (1) (a).

Algunos de estos escribieron acerca de la naturaleza, otros de historia, y los mas trataron de moral. De todas sus obras solo las fábulas de Lokman y la historia de Moisés han llegado hasta nuestros dias. Los libros que se atribuyen á Zoroastro (2) no son originales.

Habiendo la mayor parte de esos diversos paises estado sometida á la córte de Suza, ó no habiendo llegado á ser conocidos de los griegos, seria inútil que nos detuvieramos en ellos Volvamos, pues, la atencion hácia los vastos Estados de Ciro.

El imperio de los persas y de los medos, al ocurrir la catástrofe de Hipias, se extendia desde el rio Indo al Este hasta el Mediterráneo al Occidente, y desde las fronteras de la Etiopia y Cartago al Mediodia hasta las de Escitia al Norte, comprendiendo un espacio de mas de cuarenta grados en latitud y mas de diez y seis en longitud (3).

Habiendo ido formándose sucesivamente con los restos de otros muchos reinos, hacia aun pocos años que aquel enorme coloso pesaba sobre la tierra. El imperio de los asirios, que por de pronto componia su parte mas crecida, fue conquistado por los medos seis siglos antes de nuestra era. Habiendo el famoso Ciro reunido en sus sienes las coronas de Persia y Media, derribó el trono de Lidia que floreció bajo Creso en el Asia Menor en tiempo del reinado de Pisistrato en Atenas. Cambyses, sucesor de Ciro, añadió el Egipto á sus antiguas posesiones, y Darío, hijo de Histaspes, en cuyo tiempo tuvo principio la famosa guerra de los persas y los griegos, aumentó sus inmensos dominios con algunas regiones de la Tracia y de las Indias (4).

CAPITULO LVI.

ESTADO DE LA PERSIA AL ABOLIRSE LA MONARQUIA EN GRECIA.—SU GOBIERNO.—HACIENDA.—EJÉRCITO.—RELIGION.

Todo el derecho político de Persia estribaba en esta máxima que condujo al cadalso á Carlos I, *Principem dat Deus*. (b)

Sin embargo no era tan absoluta la autoridad del gran rey como la que los sultanes de Constantinopla gozan en nuestros dias: tenia aquel que compartirla con un consejo, que por lo tanto absorbia parte de su poder.

En el órden civil las leyes eran puras y la justicia se administraba escrupulosamente por parte de unos jueces sacados de la clase de los ancianos. En casos graves se elevaba la causa ante el mismo monarca. (5)

La tramitacion de las causas criminales era pública. Careábase al acusador con el acusado y á este se le concedian todos los medios de defensa que en su concepto podian servir á poner de manifiesto su inocencia, ó á excusar su crímen. Esta admirable costumbre, que hallamos reproducida en Inglaterra era reemplazada en Francia por la execrable ley de los interrogatorios secretos. (c)

Al derrocarse la monarquía en Grecia, la sociedad habia tal vez hecho mas adelantos en Persia hácia el progreso que en ninguna otra parte del globo. Un sistema regular de administracion hacia mover armoniosamente todos los resortes del Imperio. Las provincias eran gobernadas por medio de sátrapas ó de gobernadores delegados de la corona. El ejército y la hacienda estaban sometidos á un régimen fijo y un sistema postal, establecido por Ciro y bastante parecido al de nuestros tiempos, ponia en contacto los miembros distantes de tan vasto cuerpo. Este ingenioso recurso ocupa despues del descubrimiento de la imprenta el segundo lugar entre las invenciones que mas han contribuido á cambiar el aspecto de la sociedad humana, y debe enumerarse entre las causas que con mas eficacia contribuyeron al influjo que la revolucion griega ejerció sobre la Persia. Bastaría el uso de los correos que nosotros empleamos en las simples relaciones de la vida para dar actualmente al traste con todos los tronos de Oriente (d). Entre los medos no se empleaban los correos mas que para los asuntos de Estado.

La religion de los persas era diferente de la que dominaba en todo lo restante de la tierra. Adoraban al astro cuya llama vivificadora parece á primera vista ser alma del universo y el culto que le tributaban no tenia la solemnidades del paganismo griego, ni siquiera habian pensando en edificar templos, ni monumentos sagrados (6). El único templo era el desierto, su altar la cima de un monte, y la pompa de sus sacrificios el astro del dia suspendido en la inmensa bóveda de los cielos, derramando su dorada luz tras de la noche lóbrega sobre los rios, los bosques, los campos y los prados.

CAPITULO LVII.

CUADRO DE LA ALEMANIA EN EL MOMENTO DE LA REVOLUCION FRANCESA.

Al caer la monarquía francesa, presentaba la Alemania, asi como la antigua Persia un cuerpo com-

(1) Muy incierto es cuanto se sabe respecto de Budda. Los partidarios del paganismo lo oponian á Jesucristo diciendo que tambien habia sido engendrado de una Virgen. (Véase SAN GERÓNIMO *contra Jov.*)

(a) Héme aquí mezclando muy *filosóficamente* á los judíos con los demás pueblos, á los levitas con los brahmas, y á Moisés con Budda! (N. ED.)

(2) Zoroastro el antiguo ó el Caldeo. Hablaré de los libros del segundo Zoroastro.

(3) Ochocientas leguas en latitud y trescientas en longitud, apreciando los grados de longitud en cerca de diez y ocho leguas, unos en otros bajo aquellos paralelos.

(4) HERROD., lib. I, cap. XCV.

(b) Ocioso es entrar en controversia por lo tocante al derecho divino respecto de los reyes, ni á la tolerancia nacional por lo que hace á los pueblos. Gocemos de la armonia del poder y la libertad sin meternos á escudriñar su origen misterioso al par que sagrado.

(5) HEROD., lib. I, cap. CXXXVII; lib. VII, cap. DCXCIV.

(c) No se desmiente un momento el horror que siempre me han inspirado la arbitrariedad y la opresion. Bien se echa de ver que siendo un pobre emigrado lo manifesté sin reposo, y no esperé la aparicion de los corrompidos sistemas de gobierno puestos en juego en tiempo de la Restauracion. (N. ED.)

(d) La idea es atrevida, pero no deja de ser cierta en algun modo.

(6) Esto se entiende por lo tocante á los primeros tiempos; pues posteriormente edificaron templos.

puesto de diversas partes reunidas bajo un gefe comun. Si bien Leopoldo no tuvo de derecho el mismo poder sobre los círculos que Darío sobre sus provincias, no puede negársele que lo tuvo de hecho. Prevaleció el mismo abuso respecto de la dignidad suprema pudiendo el imperio germánico aunque electivo ser considerado tal vez como hereditario. (a)

El sistema militar de José II ha gozado entre nosotros igual reputacion que el de Ciro entre los antiguos. Hicieron ambos monarcas consistir la principal fuerza de sus armas en la caballería; solo se diferenciaron en que Ciro creyó, que la seguridad de sus Estados dependia de las plazas fuertes, y el otro creyó deber destruirlas.

Las opiniones religiosas del moderno imperio de Occidente estaban divididas en católicos, y en diversas sectas de protestantes, asi como los adoradores de Mithra, Jehovah, Júpiter, Brahma y Apis componian la sociedad religiosa en el Oriente.

El sistema feudal abrumaba al labrador aleman poco mas ó menos del mismo modo que la esclavitud á los vasallos del gran rey. Sin embargo, entre esos hombres desgraciados resalta una notable diferencia, que consiste en las costumbres de ambos pueblos, siendo las del primero justas y puras por la poderosa razon de su indigencia, sin que por eso deba inferirse que en Alemania se carecia de instruccion. Encuéntrase por el contrario en mi concepto mas instruccion y buen sentido en el pueblo aleman que en ninguna otra nacion de Europa sin exceptuar la Inglaterra, cuyo pueblo está lleno de preocupaciones. Una de las principales causas que sirve para sostener la moral entre los alemanes proviene de la virtud de su clero. (b) En otra parte me ocuparé de este asunto.

CAPITULO LVIII.

CONTINUACION.—LAS ARTES EN PERSIA Y EN ALEMANIA. —POESIA.—KREESHNA.— KLOPSTOCK. — FRAGMENTO DEL POEMA MAHABARAT SACADO DEL SANSCRITO.—FRAGMENTO DEL POEMA DEL MESIAS. — SACONTALA.— EVANDRO.

Los jardines aéreos de Babilonia, y los vastos palacios de los reyes, decorados de pinturas y estatuas dan testimonio del reinado de las bellas artes en el imperio de Ciro. Sus inmensos Estados compuestos de mil pueblos distintos debian dar inagotables asuntos á la poesía, diferentes en su colorido, segun las costumbres y la naturaleza que en ellos se reflejaban. Afeminada en la Jonía, arrogante entre la púrpura de los medos, sencilla y agreste en las montañas de Persia, y voluptuosa en la India cantaba como el árabe al patriarca sentado bajo la palmera del desierto en medio de sus rebaños y su familia. (1) (c)

Voy á dar á conocer algunos preciosos fragmentos de la literatura oriental, sacados del sanscrito de cuyo lenguaje he tenido ya ocasion de hablar varias veces. (2) Autorízame á hacerlo asi la circunstancia de extenderse el imperio persa sobre una parte considerable de las Indias.

El primer fragmento está sacado del Mahabarat, poema épico de cerca 400,000 versos, compuestos por el brahma Kreeshna Dioypayen Veias, 3000 años antes de nuestra era. El episodio llamado *Baghval Geeta* era lo único de este poema que el traductor inglés, M. Wilkins habia publicado en 1785.

El asunto de este antiguo monumento de la poesía india es una guerra civil entre dos ramas de la casa real de Bhaurat.

Estando ambos ejércitos á punto de venir á las manos, el dios Kreeshna que acompañaba á Arjoon, como Minerva á Telémaco, invita á su discípulo á que lance su carro entre los combatientes. Arjoon, tiende en derredor la vista y no viendo ni en una ni otra parte sino padres, hijos, hermanos y amigos dispuestos á degollarse mutuamente, exclama lleno de piedad y dolor.

O Kreeshna! al ver á mis amigos tan impacientes por oir la señal del combate, me abandonan las fuer-

(a) Es tanto lo que en la actualidad me chocan esas comparaciones, que á pesar de estar continuamente prometiendo no volverme á ocupar de ellas, no está en mi mano el pasarlas en silencio. ¿Qué paralelo es ese que voy á establecer entre Alemania y la antigua Persia? Es temeridad que en sí misma lleva su merecido castigo. (N. ED.)

(b) Al fin tengo que dar alabanzas á un clero, no obstante el tono filosófico de esta obra! Veíame irresistiblemente impelido hácia la imparcialidad. (N. ED.)

(1) JOB.

(c) *El Ensayo histórico* y los *Natchez* son la mina de donde he sacado la mayor parte de los materiales empleados en sus demás escritos; pero los *Natchez* por lo menos estan enteramente desprendidos de su primitivo orígen. (N. ED.)

(2) Creo que una nota sobre el sanscrito no disgustará á muchos de mis lectores (*). El hanscrito, ó mejor dicho, el sanscrito es como todo el mundo sabe, la lengua sagrada en que estan escritos los libros de los Brahmas, únicos poseedores de su clave. Este idioma que en concepto de Mr. Halhed, primer inglés que ha llegado á comprenderlo, era en otros tiempos tan universal en las regiones de Oriente, que dominaba desde el golfo Pérsico hasta los mares de la China.

Las pruebas en que apoya esa opinion, estan fundadas en inscripciones halladas en distintos puntos del pais (**); y en la semejanza entre los nombres colectivos y numerales de aquellas regiones, y los mismos del sanscrito. Esa semejanza se extiende hasta los idiomas griego y latino. (***) No se hablaba el sanscrito sino en las altas clases de la sociedad, y el pueblo usaba otros dos idiomas vulgares.

Dividiase la cronología de los indios en cuatro edades, á saber:

1.ª La *Sutea Yoga*, ó la era de la pureza: su duracion fue de tres millones doscientos mil años. Los hombres vivian cien mil años.

2.ª La *Tirtah Yoga*, (corrupcion de la tercera parte del mundo). Su periodo fue de dos millones cuatrocientos mil años. El plazo de la vida del hombre era diez mil años.

3.ª La *Davapar Yoga*, (corrupcion de la mitad de la raza humana), duró un millon y mil y seiscientos años. En esta era el hombre ya no vivia mas que mil años.

4.ª La *Cola Yoga* (corrupcion completa), es la edad actual que durará cuatrocientos mil años, y de los cuales no han pasado aun mas que cinco mil. Es increible que todas estas traducciones que tan extravagantes deben parecer á todo el mundo, esten sin embargo conformes con los mas exactos cálculos de astronomía. Mi autoridad en todo lo que acabo de decir se apoya en *Robertson's Historial Disquisitions*.

(*) Pudo esta nota tener alguna oportunidad en su tiempo, mas en la actualidad que ya es completamente conocido aquel lenguaje carece de interés. ¡Qué triunfante citaba yo las cuatro *yogas* ó épocas que suponia comprender, tantos millones de años y destruir la cronología de Moisés. En la actualidad ya se sabe que todos aquellos supuestos millones de años entran en el estrecho círculo de las tradiciones de la Biblia.

(**) No es esta una razon concluyente, pues pudo muy bien haber sido grabado el alfabeto sanscrito en las monedas persas, indias, etc., sin que en esas regiones se hablara dicho idioma. Sabido es que en la actualidad los chinos y los tártaros se entienden por medio de signos escritos, aunque sus respectivos idiomas son enteramente diversos. Las letras chinas son una especie de caracteres generales, y signos de determinadas ideas.

(***) Los dramas escritos en estos tres dialectos, no dejan la menor duda sobre este particular. Las diversas obras traducidas del sanscrito al inglés son el *Mahavarat* y *Sacontala* de la cual ya he citado algunos pasajes; *Hecto-Pades*, ó la obra original de donde estan tomadas las fábulas de Esopo y de Pilpay; los *Cinco Diamantes*, ó estancias de los cinco poetas: una oda traducida de Wulli, y una parte del Shaster. Ademas de esas obras de imaginacion se han encontrado escritos en aquel idioma sagrado tratados pertenecientes á distintas ciencias, y entre otros el famoso *Surya-Siddhanta*. Redúcese ese tratado á una coleccion de tablas astronómicas de la mas remota antigüedad, y calculadas con arreglo á teoremas de trigonometría completamente exactos.

zas, mi rostro empalidece, se me eriza el cabello, y todo mi cuerpo tiembla de horror. Grandew, mi propio arco, se me cae de las manos, y mi piel pegándose á los huesos, se deseca. ¿Me atreveré á pedir felicidad para mí despues de haber dado muerte á todos esos queridos parientes contra quienes tengo que combatir? O Kreeshna, no ambiciono la victoria. ¿Que necesidad tengo de aumentar mi poder, ni el número de mis placeres? ¿Qué me importan los imperios, los placeres, ni mi propia existencia, sino existen los únicos que daban algun valor á esos imperios, á esos placeres y á esa vida? Padres, abuelos, hijos, nietos, tios, sobrinos, primos, parientes y amigos, vosotros deseais mi muerte, y sin embargo yo no deseo la vuestra; ¡no! aun cuando por ella pudiera adquirir el imperio de las tres cuartas partes del universo, cuanto menos por un pequeño rincon de la tierra. (1)

La patética sencillez de este fragmento tiene una verdadera hermosura, y lo que mas admira es no encontrarlo recargado de aquel lujo de colorido, y de aquellos rasgos de desarreglada imaginacion que constituyen el carácter dominante de la poesía oriental. Todo está escrito segun en el tono de Homero; pero despues de este apóstrofe de Arjoon, Kreeshna, con objeto de probarle que debe combatir, le contesta haciéndole presente sus deberes de príncipe, y entra en una difusa controversia teológica y moral con su discípulo, en la que á cada paso se revelaba el mal gusto y su ambicion. Elegiremos para comparacion del épico indio que acabamos de citar, un fragmento del épico aleman. La musa germánica, nutrida con la meditacion de las sagradas Escrituras, presenta algunas veces toda la magestad y toda la sencilla magnificencia hebrea: de manera que en las frias regiones del imperio germánico suele encontrarse el ardiente entusiasmo de los poetas de Israel.

Klopstock en su inmortal poema pinta, la conjuracion del infierno contra el Mesias. El sacrificio está á punto de consumarse; los fariseos triunfan, y el hijo del Hombre está sentenciado á muerte. Acompañado de su madre y discípulos, escoltado por soldados romanos y seguido de todo el pueblo de la Judea, avanza ya con la cruz al hombro hácia el lugar del suplicio: ya está en el Gólgota. Entonces Eloa, por mandado del Eterno, coloca los ángeles de la tierra en derredor de la sagrada montaña. Unos de estos se estacionan sobre las nubes, los otros vagan cruzando por el etéreo espacio.

Gabriel convoca las almas de los patriarcas, y los reune sobre el monte de los Olivos, á fin de que presencien el gran sacrificio. Uriel comparece al mismo tiempo acompañado de todas las almas de las generaciones futuras. El globo inmenso en que habitan ha recibido órden de volar hácia el sol é interceptar su luz. Satanás y todo el infierno, oculto en el mar Muerto y entre las ruinas de Gomorra, contemplan la Redencion. Los innumerables espíritus celestes que pueblan los astros y los soles, y los que rodean á Jehovah, estan con la vista fija en el Salvador, y el Santo de los Santos, retirado en su incomprensible profundidad, cuenta las horas del gran misterio. Entonces.... los verdugos se aproximaron á Jesús.

En aquel momento todos los mundos, con un rumor que resonaba á lo lejos, llegaron al punto de su curso desde donde debian anunciar la reconciliacion. Detuviéronse: el movimiento de los polos fue insensiblemente disminuyéndose hasta parar del todo. En todo el ámbito de la creacion reinó el mas sepulcral silencio. El curso suspendido de todos los globos, anunciaba en el cielo las horas del sacrificio..... Los ángeles llenos de asombro, tenian puesta toda su atencion en lo que iba á suceder. Jehovah lanzó una mirada sobre este mundo, y al ver que estaba á punto de desquiciarse, lo sostuvo en su centro. Jehovah, el Dios Jehovah tenia sus miradas fijas en Jesucristo.... y los verdugos le crucificaron..... A ese tremendo espectáculo los ángeles y los patriarcas enmudecieron de terror. La tenebrosa calma en que toda la naturaleza quedó sumergida, era la mas fiel imágen de la muerte. Hubiera podido decirse que súbitamente habian dejado de existir todos los vivientes, y que la vida se habia completamente apagado en todos los mundos.....

No tardaron las tinieblas en tomar posesion de la tierra sumergida en aquel pavoroso silencio, y en aumentar con su lobreguez la universal angustia. Las aves volaron silenciosas á esconderse en lo mas impenetrable de los bosques; las fieras buscaron asilo en las cavernas y en las hendiduras de las rocas; dominó sobre toda la naturaleza la calma mas aterradora. Los hombres, respirando trabajosamente un aire que iba perdiendo su elasticidad, levantaban sus ojos al cielo para encontrar un rayo de luz. La oscuridad se hacia cada vez mas densa, y llegó á toda su lobreguez cuando el disco del sol quedó enteramente interceptado por el astro ocupado por las almas de las generaciones futuras; entonces todos los límites del universo quedaron sepultados en los horrores de una espantosa noche.....

Brillaron por un momento los colores de la vida en la frente del Mesias; pero extinguiéronse rápidamente, y no volvieron á aparecer. Sus lívidas mejillas acabaron de marchitarse, y su cabeza, sucumbiendo bajo el peso de los pecados del mundo, se doblegó sobre el pecho. Hizo esfuerzos para levantarla hácia el cielo; pero volvió á caer sobre el pecho. Dilatáronse con movimiento pausado y horroroso las nubes sobre el Gólgota, quedando suspendidas como la fúnebre bóveda que cubre los sitios en que la podredumbre devora los cadáveres. Sobre la cruz se fijó una nube que aventajaba á todas las demás en lobreguez, y parecia que de su seno se destilaba la horrenda calma de la muerte. Hasta los espíritus inmortales se llenaron de pavor. Un ruido súbito resonó en las entrañas de la tierra: temblaron los esqueletos que dormian en ellas, y el templo se estremeció desde la base hasta la cúspide.

Volvió sin embargo á restablecerse el silencio sobre la tierra, y muertos y vivos, y los que han de venir á la vida fijaron sus estupefactos ojos en el Redentor. Presa de todos los dolores, Eva contemplaba á su hijo que insensiblemente iba sucumbiendo por una muerte lenta y angustiosa. No podian los ojos de Eva separarse de tan triste espectáculo, sino para fijarse en otra mortal que abrumada al pié de la cruz, con la cabeza caida sobre el pecho, con su rostro pálido y con su inmovilidad y silencio, imitaba ó sobrepujaba el silencio de la muerte. Sus ojos no tenian ya lágrimas.... «¡Ah! dijo entre sí la madre del linaje humano, esa debe ser la madre del mas perfecto de los hombres; harto claramente me lo revela la inmensidad de su dolor. Si, esa no puede menos de ser la augusta María, que en este instante está sufriendo lo que yo sufrí cuando al pié del ara ví á mi hijo Abel anegado en torrentes de su propia sangre. Si! esa es la madre del Salvador, que está espirando.» Distrájola de estos pensamientos la llegada de dos ángeles de la muerte, que venian con vuelo grave y magestuoso de hácia las regiones de Oriente. Sus vestidos eran mas sombríos que la noche, sus ojos brillaban mas que la llama, y en todos sus ademanes se revelaba la terrible mision de destruir. Lenta y silenciosamente avanzaron hácia la colina de la cruz, á donde el Juez supremo les habia mandado ir. Las almas de los patriarcas, se postraron aterradas, en el polvo de la tierra, sintiendo las impresiones de la muerte y los horrores de la tumba, en cuanto la sustancia indestructible puede sentirlos. Cuando los dos

(1) *Baghvat Geeta*, p. 31.

terribles ministros llegaron á la cruz contemplaron al MORIBUNDO, y volviendo á tomar su vuelo, el uno á la derecha, el otro á la izquierda, dieron siete vueltas al rededor de la cruz. Dos alas cubrian sus pies; dos alas temblorosas velaban su rostro, y otras dos le sostenian en el aire, cuya agitacion producia un quejido semejante á los dolorosos acentos de la muerte, semejante al que resuena en los oidos del amigo de la humanidad cuando millares de muertos y moribundos nadan en sangre sobre un campo de batalla, de donde el amigo de la humanidad se apresura á separar la vista. Las alas de los ángeles difundian hácia la tierra los terrores de Dios de que estaban impregnadas, e iban á dar la séptima vuelta en torno de la cruz, cuando el Salvador levantó su abrumada cabeza y vió á los dos ministros de la muerte: entonces dirigió sus apagadas miradas hácia el cielo, y con una voz arrancada de lo profundo de sus entrañas; pero que no llegó á ser oida, exclamó: «Cesad de espantar al HIJO DEL HOMBRE: bien os conozco por el rumor de vuestras alas... me anuncia la muerte... Cesa, Juez de los mundos, cesa...» Al decir esto su sangre brotó á torrentes... Entonces los ángeles dirigieron hácia el cielo su estrepitoso vuelo, dejando á los espectadores enmudecidos de espanto, y llenos de reflexiones angustiosas y confusas sobre lo que acababan de ver.... El eterno ha cubierto este misterio con un velo impenetrable.....

Los cielos, el infierno, los hombres, las generaciones pasadas y futuras, los globos suspendidos en sus revoluciones, el mundo estacionado en su movimiento, la naturaleza cubierta de un velo, un Dios espirando, ¡qué cuadro! En vista de tal sublimidad seria ocioso cuanto pudiéramos decir.

El segundo fragmento que voy á trasladar del sanscrito es de un género enteramente distinto del primero que he citado. Entre los escritos indios se han descubierto una multitud de piezas de teatro compuestas en lengua sagrada, tan regulares en su plan, como interesantes en sus argumentos. Si pudieran ocurrir dudas acerca de la alta civilizacion de la India en otras épocas, bastaria esa particularidad para desvanecerla y despojar al propio tiempo á los griegos del honor de haber sido inventores del género dramático.

No solo admitió el teatro indio la máscara y el coturno, sino que alguna vez ensayó tambien el género pastoril, complaciéndose en representar las escenas campestres, y no temiendo rebajarse por pintar cuadros de la naturaleza. Vamos á citar una prueba.

Sacontala, princesa de ilustre prosapia, fue educada por un ermitaño en un bosque sagrado, donde pasó los primeros años de su vida entregada á ocupaciones rústicas y en medio de la inocencia pastoril. Estando á punto de abandonar ese querido, cuanto oscuro albergue, para pasar á la córte de un poderoso monarca á quien estaba prometida, las compañeras de su infancia se lamentan de su partida y hacen votos por su felicidad con las siguientes palabras:

«¡Oid, árboles del bosque sagrado! ¡oid, y lamentaos de que Sacontala tenga que despedirse de vosotros para ir al palacio de su esposo! ¡Sacontala! la que no bebia agua cristalina sin haber antes regado vuestras raices; aquella cuyo afecto hácia vosotros era tan tierno que jamás arrancó ni una sola hoja de vuestro lozano follaje, por mas que sus hermosos cabellos estaban al parecer reclamando una guirnalda; aquella, cuyo mas grato placer era la estacion en que se cubren de flores vuestras ramas flexible.

CORO DE NINFAS DEL BOSQUE.

¡Acompáñenla todas las prosperidades! Rodéenla las ligeras brisas empapadas con todo el aroma de las flores. Préstenle grata frescura durante su viaje los lagos de agua cristalina cubiertos de verdes hojas de lotos! Protéjanla de los abrasadores rayos del sol las sombras de los bosques!

Sacontala pide permiso á Cana, el ermitaño, para despedirse de la liana Madhavi, *cuyas purpúreas flores inflaman el bosque*; despues de haber dado un beso á la mas *radiante de todas las flores*, y de haberle suplicado que *la ciña con sus amorosos brazos*, exclama:

¡Ah! ¿quien tira de los pliegues de mi vestido?—

CANA.

Tu hijo adoptivo, el cabritillo, cuyos labios has humedecido tú tantas veces con aceite balsamico cuando las espinas se los habian desgarrado. El cabritillo, á quien tantas veces has dado de comer con tu propia mano. Ahora no quiere separarse de su bienhechora.

SACONTALA.

¿Por qué gimes, tierno cabritillo? Necesariamente tengo que abandonar nuestra comun morada. Cuando á poco de haber nacido perdiste á tu madre te tomé bajo mi proteccion. Mi padre Cana cuidará de tí, cuando yo no habite en este sitio. Retirate, pobre cabritillo, retirate; fuerza es separarnos. (*Llora*)

CANA.

Esas lágrimas, hija mia, no convienen á tu situacion. Ya nos volveremos á ver: cobra aliento. Si acude á tus hermosos ojos una ardiente lágrima, sepa tu valor contenerla aunque esté á punto de salir. En nuestro tránsito sobre esta tierra, donde la senda tan pronto se abisma en los valles, como sube á la cima de las montañas, y donde es difícil distinguir el verdadero camino que hemos de seguir, necesariamente han de ser desiguales sus pasos; pero no pierdas nunca de vista la virtud y ella te guiará con toda seguridad. (1)

Aunque no esté conforme con nuestras costumbre este diálogo, no puede menos de decirse que está respirando toda la calma y la frescura del idilio.

La última leccion de Cana, arreglada al gusto del apólogo oriental no tiene oportunidad: pero está llena de una amable filosofía. El Teocrito de los Alpes va á darnos un paralelo de este fragmento por lo tocante á la literatura alemana.

Pirro, rey de Brissa y Arates, amigo de Pirro, enviaron por mandado de los dioses, el primero á su hijo Evandro y el segundo á su hija Alcimna á ser educados secretamente entre unos pastores. El amor hirió el pecho de ambos jóvenes y se amaron mutuamente sin conocer su ilustre orígen. Llegan sus padres, revelan el secreto y se unen los amantes. El *Evandro* no es la mejor produccion de Gessner; pero ofrece interés por su semejanza con *Sacontala*. Al ver que el espiritu humano reproduce unos mismos asuntos á una distancia de 5,000 años, y en opuestos puntos del globo, se ensancha misteriosamente el campo del pensamiento filosófico. ¿Qué figuraba en el mundo la bárbara Helvecia cuando el autor de Sacontala florecía bajo el hermoso cielo de la India?

Alcimna sabe ya el secreto de su nacimiento y se ve rodeada de jóvenes que tratan de instruirla de los modales de la córte. Pero la princesa echa de menos, como la discípula de Cana, sus bosques, sus corderos, su cayado, y sobre todo sus amores. Esta situacion da lugar al siguiente diálogo, entre la princesa y dos jóvenes de su comitiva.

SEGUNDA JOVEN.

Permitid que os diga debeis renunciar á las cos-

(1) SACONT., acto IV. p. 57, etc.

tumbres del campo para abrazar las de la córte. Una gran señora debe saber conservar su alto puesto. A nosotras se nos ha mandado no separarnos de vuestro lado é instruiros.

ALCIMNA.

Prefiero nuestras costumbres porque son sencillas, naturales y porque se aprenden por sí solas. Nadie entre nosotros viene á darnos lecciones: nos reiriamos del que intentara hacerlo como del que se empeñara en hacer aprender á un pájaro gorgeos distintos de los que le ha enseñado la naturaleza. Pero en fin dadme alguna noticia del género de vida que se usa en las ciudades. Mucho temo que no ha de estar conforme con mi gusto.

SEGUNDA JOVEN.

Por la mañana cuando os disperteis, que será á eso del medio dia, pues las damas de gran tono no han de despertarse á la hora de los artesanos...

ALCIMNA.

¿Con que no oiré el canto de las aves, ni veré la salida del sol? Eso no me acomodaría.

PRIMERA JOVEN.

Vuestra hermosura os atraerá forzosamente muchos adoradores. Preciso os será estudiar el modo de complacer á todos, y no dar á cada cual mas que un poco de esperanza.

ALCIMNA.

Todos esos señores me fastidiarian grandemente si me habláran de amor, pues yo nunca podré amar sino al que amo en la actualidad.

SEGUNDA JOVEN.

¿Es decir que amais?

ALCIMNA.

Si, por cierto; no me ruborizo de confesarlo. Amo con toda mi alma á un pastor, y él me corresponde con igual vehemencia. Mi amante es hermoso como el sol al asomar por el horizonte y encantador como la primavera. No es tan dulce el canto del ruiseñor como su voz. Si, querido mio, tú serás el único que yo amaré eternamente. Esos verdes árboles morirán, el sol dejará de alumbrar esas hermosas praderas, antes que tu Alcimna te sea infiel. Si, querido mio, juro.....

SEGUNDA JOVEN.

No jureis: vuestro padre no os permitirá que envilezcais hasta ese punto vuestra ilustre cuna.

ALCIMNA. (*con enojo*)

¡Que quereis decir con mi ilustre cuna! Pues que ¿puede haber alguna que no sea noble y honrosa? ¡Oh! No entiendo nada de lo que me quereis enseñar. Preciso será que me hableis con mas naturalidad. Nunca acabaré de entenderos. Estoy persuadida de que mi padre es un hombre razonable y no querrá que yo olvide lo que mas amo en el mundo, ni ame lo que mas detesto. Con cuánto pesar me separo de vosotras tranquilas moradas, sombras apacibles, ocupaciones inocentes! ¡Con cuanto placer os preferiría al tumulto de las ciudades; pero no puedo menos de separarme de vosotras para seguir á mi querido padre. No habrá ciertamente venido á sacarme de aquí para hacerme desgraciada, porque yo lo seria hasta un punto que no me es posible expresar si tratasen de separarme del que amo mas que á mi misma. ¡Ah! no me inspireis esos recelos, amigas mias! ¿No es verdad que no tengo motivo de abrigar ese temor? (1) (a)

CAPITULO LIX.

FILOSOFÍA.—LOS DOS ZOROASTROS.—POLÍTICA.

El nombre del célebre Zoroastro (2) recuerda el del fundador de la filosofía persa, y el del órden de los magos. Su moral y sus dogmas fueron sublimes. Enseñaba la existencia de dos principios, el uno bueno y el otro malo que se disputaban entre sí el imperio de la naturaleza (3). La duracion del primero abrazaba todos los siglos pasados y futuros; pero la del segundo se acabaria al acabarse el mundo.

Este antiguo sabio fue seguido en tiempo de Darío, hijo de Histaspes, de otro filósofo del mismo nombre que hizo alguna modificacion en la doctrina de su predecesor. Es verdad que admitia tambien dos principios; pero los derivaba de un ser primitivo, cuyas inmensas miradas jamas llegaban á fijarse en la imperceptible raza de los hombres (4). Decia, que esos principios subordinados se regeneraban mutuamente sobre la tierra, cada cual durante un período de seis mil años; que el genio del mal seria últimamente subyugado por el principio del bien, y que entonces los hombres despojados de su grosera corteza, vagarian sin necesidades y en un estado de completa felicidad como ligeras (5) sombras por unas mansiones encantadas.

Los escritos del primer Zoroastro han perecido en las revoluciones de los imperios; pero algunas obras del segundo han podido llegar hasta nosotros. La mas considerable de ellas es el *Zend* (6) que existe aun entre los antiguos persas dispersados en las fronteras

(1) EVANDRO, acto III, escena V.

(a) La literatura alemana tiene indudablemente alguna semejanza con la oriental; pero tambien es cierto que cuando yo analizaba á Klopstock tenia poco conocimiento de la primera: de lo contrario, ¿cómo no habria citado á Willand, Goethe, etc. Ignoraba las diversas revoluciones que en los autores de la lengua germánica se habian instantáneamente verificado; puede decirse que yo no habia salido aun de Klopstoch y Gessner.

En la actualidad no me parece sublime lo que yo consideraba como tal en la composicion del *Mesias*. Siempre que saliendo del límite de las pasiones se lanza uno á concepciones gigantescas, no hay cosa mas fácil que remover el universo: para eso no hace ninguna falta el númen. Que se haga suspender la marcha de los globos en el firmamento; que se hagan aparecer cometas, ni que se coloquen los muertos y los vivos, lo pasado y lo porvenir en distintos mundos, todo eso no será mas que una estéril grandeza sin sublimidad, un lujo de imaginacion bueno para un cuento de brujas, para entretenimiento de un niño. El fragmento de Klopstock que he citado, no ofrece un solo rasgo que merezca conservarse: el autor pasa con frecuencia cerca de una belleza sin echarlo de ver. ¿Quién no espera algun acontecimiento extraordinario al ver acercarse al Cristo los dos ángeles? Todo queda sin embargo reducido á lugares comunes sobre la muerte y el poeta, se ve tan embarazado con sus ángeles que cuanto antes puede, los despacha Dios sabe á dónde. (N. ED.)

(2) Este primer Zoroastro es el caldeo de quien ya he hablado en otra ocasion. Segun Aristóteles, debió vivir seis mil años, antes de la toma de Troya.

(3) Hyde refiere algunas curiosidades por lo tocante al genio del mal. Los persas escribian su nombre con letras al revés: llamábanlo Arimanes, y al bueno Orosmanes.

(4) LAERT., lib. pár. VI, IX.

(5) PLUT., *Isis y Osiris*, tom. II, p. 155.

(6) Los magos han formado un epítome de este libro, dándole el nombre de *Salder*, y leyéndoselo al pueblo todos los dias festivos.

de la India. Este libro sagrado se divide en dos partes de las cuales la una trata de las ceremonias religiosas, y la otra contiene preceptos morales.

Poseemos ademas los fragmentos de otra obra del mismo filósofo con el título de *Oráculos de Zoroastro* (1).

La teoría de los gobiernos parece haber sido tambien familiar á los sabios de la Persia. No faltan autores que representan á Zoroastro el antiguo, bajo el aspecto de un legislador, y Herodoto introduce en su historia la escena de unos señores persas deliberando despues del asesinato del mago, sobre la forma de gobierno que habian de adoptar para el imperio. «El tirano, segun se dice en aquella escena, henchido unas veces de odio y otras de orgullo, comete acciones horribles.» Megabizes (uno de los interlocutores), opinó por la oligarquía, y pintó los furores del pueblo. Darío habló en favor de la monarquía, y triunfó (2).

Los magos y demás sacerdotes sometidos á los persas, sobresalian en el estudio de la naturaleza. Pueden apreciarse sus conocimientos en astronomía por una serie de observaciones de mil novecientos tres años que Calistenes, filósofo griego, que acompañaba á Alejandro, encontró en Babilonia (3). No nos olvidemos de la ciencia misteriosa que dió nombre á la secta que la practicó. La magia da testimonio de dos cosas, de la ignorancia de los pueblos de Oriente, y de las desgracias de los hombres de aquellas épocas. Solo el que padece es quien se afana por saber el porvenir.

No puede suponerse que tantas luces hicieran un contrapeso capaz de resistir á la corrupcion (a). Asi es que vemos extenderse bajo el imperio de Ciro un espantoso despotismo, vemos que los sátrapas convirtiéndose en pequeños tiranos de sus respectivas provincias, abrumaban á los pueblos postrados á sus piés, en tanto que un gérmen de lujo y de miseria devoraba á los grandes y á los pequeños. De ese cuadro moral y político del Oriente, considerado en el momento de establecerse las repúblicas en Grecia, resulta, que habia ya llegado á ese punto de madurez en que son inevitables las revoluciones, ó por lo menos al estado aquel de vicios y de ilustracion que da á un pueblo susceptibilidad de ser conmovido por las agitaciones políticas de los Estados vecinos. La influencia de la revolucion republicana de Persia favorecida por causas internas, obró de un modo directo, pronto y terrible, porque la encontró dispuesta á tomar las armas á consecuencia de los sucesos que voy á describir.

Notemos de paso que el principal efecto de la revolucion francesa sobre Alemania influyó tambien por la via militar. Mas hallándose ese país en diferente situacion moral que el imperio de Ciro, ni debió ni debe temer los mismos resultados (b). Contemplando lo pasado, es como puede adivinarse el porvenir. Hay un dato seguro que nunca extraviará á quien parta del mismo principio: las costumbres.

Antes de entrar en detalles de la guerra médica y de la lucha actual, conviene decir una palabra sobre la situacion política de la Persia y Alemania consideradas un poco de tiempo antes de aquellas calamidades.

CAPITULO LX.

SITUACION POLÍTICA DE LA PERSIA AL EMPEZAR LA GUERRA MÉDICA.—ESTADO DE LA ALEMANIA AL OCURRIR LA GUERRA REPUBLICANA —DARÍO, JOSÉ, LEOPOLDO.

Reinando Darío, hijo de Histaspes fue cuando estalló la famosa guerra médica, cuya historia vamos á trazar. Aquel monarca reunió al parecer en su persona las diversas cualidades de los emperadores de Alemania José y Leopoldo. Aficionado á reformas y á la guerra como el primero de estos, y legislador como el segundo, tuvo tambien que luchar á un mismo tiempo contra los rigores de la fortuna.

El rey de los persas al ocupar el trono, llevó á cabo una grande revolucion religiosa, dando á los magos, que hasta entonces habian dominado en la opinion y usurpado las riendas del poder supremo, un golpe de muerte. No contento con haberlos precipitado de la cumbre del poder, los atacó en el orígen mismo de su influencia, y sustituyendo supersticion con supersticion, esto es, el culto de las estrellas al antiguo culto del sol, tuvo la destreza de desprestigiarlos á la vista del pueblo.

Este hecho, que atendidas las circunstancias en que se hallaba la Grecia, es de grande importancia, y que por sí mismo constituye un acontecimiento del mayor interés, apenas ha merecido la observacion de ningun historiador (c). Sin embargo, sus consecuencias debieron causar una viva conmocion. Si la ciencia de los hombres ha producido siempre los mismos efectos, si me es lícito discurrir acerca del efecto de las pasiones con arreglo al conocimiento que tenemos de ellas, puedo atreverme á conjeturar que la insurreccion de Babilonia y tal vez la de la misma Jonia, provinieron en medio de otras causas, que ahora no nos es posible apreciar, de las innovaciones religiosas (4) que en aquellos países se verificaron. ¿Quién podrá calcular hasta qué punto influyeron en los sucesos de la guerra médica, y por consiguiente en el destino de la Persia? Aquellas reformas sacerdotales y las del emperador de Austria en nuestros tiempos, consumadas unas y otras casi en el mismo instante de derrocarse la monarquía en Grecia y en Francia presentan una de las mas interesantes afinidades de la historia.

Apenas José II trató de poner en planta las innova-

(1) Patricio publicó 323 versos de esta obra á continuacion de su *Nova Philosofía de Universis*, impresa en Ferrara en 1591. No me ha sido posible adquirir este libro á tiempo de poder insertar la traduccion de dichos versos; pero si puedo lo haré al fin del tomo.

(2) HEROD., lib III, cap. LXXX.

(3) SIMPL., lib. II, *de Cœlo*.

(a) Leyendo con atencion este libro se echa de ver que bajo el punto de vista político, mi objeto era demostrar que la república no podia tener buenos resultados en Francia; porque faltaba la necesaria pureza de costumbres. Yo convertia esa observacion en un principio general, dando por contrapeso de las luces la corrupcion, y no suponiendo que fuese posible la república en un pueblo antigno y civilizado. Esto, como ya lo he dicho otras veces, nacia de no haber yo estudiado mas que las repúblicas bajo la antigua forma, y de este principio falso inferia que la civilizacion nos condenaba á una eterna esclavitud. Afortunadamente al pensar yo de ese modo incurria en un solemne error: estoy plenamente convencido de que la libertad es muy compatible con las luces, y que es mas amable en el estado actual de civilizacion bajo la forma monárquica, que bajo la republicana; porque aquella enfrena las ambiciones, cuyo encono se aumentaria con la poca pureza de las costumbres. (N. ED)

(b) No son muy exactas estas predicciones. La revolucion francesa no puede considerarse como un hecho aislado; el mundo se ha puesto en movimiento, y sigue marchando hácia un nuevo órden de cosas. La Francia se ha puesto al frente de ese movimiento; pero no lo ha iniciado: no ha hecho mas que acelerar la madurez de un fruto que caerá del árbol al llegar su hora. (N. ED.)

(c) Esta es la mas curiosa de las comparaciones presentadas en este Ensayo, y el hecho histórico menos observado. (N. ED.)

(4) No es fácil suponer que un órden religioso de la mas remota antigüedad, y que gobernaba á su placer al pueblo, se dejara matar y proscribir sin poner en juego todos los recursos de su poder. Y puesto que Luciano nos dice que en su tiempo aun habia en Persia magos que vivian en el mayor grado de esplendor, bien se puede inferir que triunfaron de Darío. Por lo demás, Plinio y Arriano hablan del gran poder de los magos en tiempo de Jerjes, y de este príncipe como de un celoso sectario del segundo Zoroastro.

ciones, corrió el clero alarmando las ciudades de los Países Bajos, diciendo que se atentaba contra sus franquicias, siendo así que en realidad no se trataba mas que de algunos conventos de frailes inútiles. La revolucion del Brabante produjo las mas funestas consecuencias. El pueblo, vencido únicamente por la fuerza de las armas, destituido de afecto hácia sus soberanos, ó mejor dicho, considerándolos como unos tiranos, lejos de adherirse con calor á la causa de los aliados, se presentó como fácil presa de los franceses. Nótese tambien al mismo tiempo la reaccion, digámoslo así, de la justicia general: aquel clero que sublevó á los pueblos del Brabante contra sus reyes legítimos, solo por salvar alguna parte de sus inmensas riquezas, vino por último á caer en manos de los republicanos, que sin consideracion de ningun género le despojaron enteramente de ellas (a).

Una guerra funesta desoló la Persia, y arruinó la Alemania. Darío en su expedicion de Escitia perdió un ejército brillante.—Los Estados de José acabaron de debilitarse con los esfuerzos que hizo al tomar parte en la expedicion contra la Puerta. Mas, en este particular conviene tener presente una diferencia local del mayor interés. Las tropas persas al dirigirse á la Tracia por las orillas del Danubio, se aproximaron á la Grecia.—El ejército austriaco al lanzarse sobre la Turquía, se alejaba por el contrario de las fronteras de Francia. Este incidente de situacion ha contribuido particularmente á decidir la guerra actual, pues, ó bien los emperadores se habrian declarado antes contra la república y la habrian encontrado menos preparada, ó bien los franceses no habrian podido penetrar en el Brabante. De diversos datos, diversas consecuencias.

Habiendo muerto José en Viena, le sucedió en el trono su hermano Leopoldo, gran duque de Toscana. Este, como acostumbrado á una posicion no tan elevada, y de un horizonte mas limitado, no pudo abarcar la inmensidad de la perspectiva, cuando se vió elevado á tan altas regiones. La naturaleza lo habia dotado de aquel género de vista que puede llamarse microscópica, porque distingue con claridad los detalles mas diminutos, al paso que no puede extenderse sobre las dimensiones mas latas del objeto. A pesar de esto, su carácter presenta algunos puntos de semejanza con el de Darío, particularmente en lo relativo al amor á la justicia, y al conocimiento de las leyes. Mas, el monarca persa dirigió á sus vasallos aquellas miradas que indican á los pueblos el camino que han de seguir, y el emperador austriaco los miró como el pastor que recuenta su ganado. El primero poseia la energía y la liberalidad del gefe que da, y el otro la frialdad y la parsimonia del depositario que enumera (1).

Tales eran los monarcas y el estado de los imperios cuando la revolucion republicana de Grecia y la de Francia hicieron estallar la guerra médica en el antiguo mundo, y la presente en el mundo moderno.

Intentaremos manifestar las causas que la desarrollaron (b).

(a) No carecen de exactitud estas observaciones, y es por lo tanto, lástima que esten debilitadas por la manifestacion de un espíritu anti-religioso. Todos convenimos en que hay frailes inútiles: sin dejar de ser buen católico puede uno decir con Fleury y con otros sabios sacerdotes que se han introducido algunos abusos; pero no quiero recurrir á esta defensa, prefiero decir la verdad, y es que al escribir el párrafo á que alude esta nota, me hallaba embebido en la doctrina de mi siglo. (N. ED.)

(1) Establezco este paralelo con arreglo al libro intitulado *Instituciones toscanas* de Leopoldo, por lo que he oido decir en Alemania á varios florentinos, y últimamente por la história general de Europa en aquella época. Sin embargo, la justicia me obliga á manifestar que tambien he encontrado alemanes que profesaban veneracion á las virtudes de Leopoldo.

(b) He llegado ya al fin de lo que constituye en esta edicion (la de 1826) el primer tomo del *Ensayo*. No creo que ningun culpable haya nunca llegado á imponerse penitencia mas rigurosa. No por eso se crea que no me ha sido doloroso el castigo que me he aplicado. Desafio al crítico de peor intencion á que trate esta obra con mas rigor que el que yo la he tratado, pues no he tenido consideracion de ningun género ni con mi amor propio, ni con mis principios: así proseguiré haciéndolo en las notas del tomo segundo.

Séame ahora lícito preguntar al lector qué es lo que piensa por lo tocante al libro que acaba de leer. ¿Se ha hecho formar acerca de mi persona un juicio distinto del que ya tenia formado? ¿Qué juicio ha formado del autor al leer el *Ensayo*? ¿Será acaso un impío, un revolucionario, un faccioso, ó un jóven accesible á toda idea honrada, imparcial con sus enemigos, justo contra sí mismo, y á quien en el curso de una larga obra no se le ha escapado una sola palabra que revele bajeza de corazon? El *Ensayo* será un mal libro; pero si el autor no merece ninguna alabanza por haberlo escrito, ¿se le podrá por lo menos rehusar alguna señal de aprecio?

Literariamente hablando, el *Ensayo* toca todas las cuestiones, discute todos los asuntos, promueve una multitud de ideas controvertibles, excita otras nuevas y presenta todas las formas de estilo. No sé si mi nombre llegará á la posteridad, ni si esta oirá hablar de mis obras; mas si el *Ensayo* pudiera librarse del olvido, en la misma forma que ahora tiene, y con las notas críticas que le acompañan, bien se puede asegurar que seria considerado como uno de los mas raros monumentos de mi vida.

(N. ED.)

CAPITULO LXI.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION REPUBLICANA DE LA GRECIA SOBRE LA PERSIA—Y DE LA FRANCESA SOBRE LA ALEMANIA.—CAUSAS INMEDIATAS DE LA GUERRA MÉDICA—Y DE LA GUERRA REPUBLICANA.—LA JONIA (2).—EL BRABANTE.

Las diversas colonias que los griegos habian fundado en las costas del Asia Menor, habian ido cayendo sucesivamente bajo el poder de los reyes de Lidia (3). Habiendo esta potencia sido á su vez derribada por Ciro, las ciudades de la Jonia tuvieron que someterse al yugo de la Persia.

No les fue sin embargo conocida la esclavitud mas que por el nombre. Sus nuevos señores no hicieron ninguna innovacion en el antiguo gobierno popular de estas ciudades, y se contentaron con exigir de ellas un ligero tributo (4); pero sus habitantes, incapaces de moderacion, no creian que hubiera mayor tormento que el reposo. Enervados con el lujo y las voluptuosidades, no conservaban ya de la pureza de sus costumbres primitivas, mas que una especie de inquietud siempre dispuesta á lanzarlos en la calamidad de las revoluciones, sin darles por eso la energía necesaria para saberse aprovechar de ellas (5).

Las colonias greco-asiáticas formaban un cuerpo de repúblicas que se gobernaban por sus propias leyes, bajo la proteccion de la córte de Susa (6), del mismo modo que los Estados confederados de los Países-Bajos respecto de los emperadores de Alemania. Muchas veces habian ya aquellas intentado librarse del yugo de la Persia, sin haberlo podido conseguir. Durante el décimonono año del reinado de Darío, se levantaron en masa los pueblos de la Jonia (7). Lo que generalmente daba márgen á la insurreccion, eran esa clase de vagos rumores de tiranía, continuo pretexto de los facciosos, y que rigurosamente hablando, nada mas significan sino que hay necesidad de emplear expresiones figuradas para no usar en su verdadero sentido

(2) Bajo el nombre general de Jonia comprendo la Eólida y la Dórida.

(3) HEROD., lib. I, cap. VI.

(4) *Id.*, lib. VI, cap. XLII, XLIII.

(5) THEN.; lib. XII, p. 526; HEROD., lib. IX, cap. CIV, PAUSAN., lib. III.

(6) HEROD., lib. I, cap. CXLIII.

(7) HEROD., lib. V, cap. XCVIII.

las palabras, odio, envidia, venganza, y todas las demás que componen el verdadero diccionario de las revoluciones.

—Habiendo el Brabante, que en lo antiguo habia pertenecido al ducado de Borgoña, pasado al través de varias sucesiones, á la casa de Austria, permaneció en posesion de sus privilegios políticos, constituyendo una especie de república sometida á un poderoso imperio.

El carácter de los flamencos, civilmente considerado, presenta singulares analogías con el de los griegos-asiáticos, notándose tambien en los primeros la inclinacion á insurreccionarse sin mas motivo, que el no poder permanecer tranquilos. Asi lo demuestran la república del cervezero Artavelle (1), el destierro de muchos de sus ilustres ciudadanos, las revoluciones en tiempo de Carlos el Temerario, y los grandes trastornos bajo Felipe II (2). Hubo en las innovaciones de José causas mas que suficientes para sublevar á un pueblo turbulento y supersticioso. En

PITAGORAS.

un instante, todo los Paises Bajos estuvieron sobre las armas, y el emperador de Alemania comprendió aunque tarde, que no habia conocido el carácter de aquellos hombres.

CAPITULO LXII.

DECLARACION DE LA GUERRA MÉDICA, AÑO 1.° DE LA OLIMPIADA SEXAGÉSIMO NONA, (505 AÑOS ANTES DE J. C.) — DECLARACION DE LA GUERRA DE 1792.— PRIMERAS HOSTILIDADES.

En tanto que en la Jonia y en el Brabante tenian lugar en sus respectivas épocas estos sucesos, eran la Francia y la Grecia teatro de grandes escenas. Levantándose en nombre de la libertad habian esas dos regiones destronado á sus príncipes y cambiado la forma de gobierno. Hallándose los atenienses en el colmo de su entusiasmo, vieron de improviso llegar embajadores de la Jonia insurreccionada, suplicando dispensaran proteccion á sus conciudadanos en la causa comun de independencia. (3)—Igual súplica hicieron los di-

(1) FROISARD., cap. XXXIV.

(2) *Id.*, cap. XXIV; HUMÉ'S *Hist. of England*, t. II, página 393.

(3) HEROD., lib. V, cap. LV.

putados del Brabante á la Asamble nacional francesa.

La impetuosidad ática y francesa habrian deseado lanzarse súbitamente á la medida que se les proponia; mas aun no habia llegado la hora de hacerlo. No podian aun contar sino con preparativos muy poco adelantados; todavía se conservaba un resto de temor, y no era posible sin faltar á todo decoro romper la paz con Persia,—tampoco en Francia habia ningun motivo de queja respecto de Alemania. No consiguieron, pues, los diputados, sino palabras consoladoras, y la seguridad de saber que los gobiernos á que habian acudido fomentarian en secreto los trastornos en que no podian tomar parte desembozadamente. (1)-(a)

No tardó en presentárseles una excusa en que fundar el rompimiento. Hypías, huyendo de Atenas, se habia refugiado en la córte de Artafernes, hermano de Darío y sátrapa de Lidia.—Los príncipes, hermanos de Luis XVI, habian buscado un asilo en la córte de Coblentza.—En el acto levantaron los atenienses el grito, diciendo que Darío favorecia al tirano, y que este intrigaba para suscitar enemigos contra la patria: á consecuencia de esto enviaron diputados á Artafernes dándole á entender que debia dejar de dispensar su proteccion á Hypías.—Los franceses exigieron de Leopoldo que no consintiera reuniones de emigrados en sus dominios y dejara de proteger á los príncipes

SACONTALE Y EL ERMITAÑO CANA.

fugitivos.—Artafernes contestó terminantemente que si los atenienses deseaban reconciliarse con el gran rey, debian reponer al hijo de Pisistrato en el trono. —El emperador aleman aparentó ceder á las insinuaciones de la Asamblea, y secretamente obró en sentido contrario. (b)

(1) Fuerza es creerlo así con arreglo á lo que dice Herodoto, en cuya narracion acerca de esto se encuentra alguna contrariedad. Ademas, mi opinion acaba de robustecerse con lo que Plutarco y Platon en el lib III *de las leyes* dejaron dicho.

(a) Esto es grave: establezco conjeturas en vez de hechos históricos, y acuso sin presentar las pruebas de la acusacion. El gobierno francés trató de propagar los principios revolucionarios, pero no fue durante la asamblea Constituyente, sino en la época del Terror: La preocupacion de mi sistema me hizo cometer un anacronismo. (N. ED.)

(b) Lo que digo respecto de los atenienses se funda en una

Por otra parte Darío se quejaba de que los griegos impelian á la revolucion á las ciudades de la Jonia, y se abrogaban el derecho de mezclarse en asuntos del gobierno interior de sus provincias, (1) poco mas ó menos lo mismo que los príncipes alemanes dijeron en nuestros dias contra los decretos de la Asamblea nacional.

No era posible que en medio de esas recíprocas contestaciones conserváran los ánimos por mucho tiempo la moderacion de que aun hacian alarde. Los partidos hablaban de sus deseos de paz, en tanto que bajo mano se preparaban para la guerra. Cada vez se exacerbaba mas el odio... Hypias en la córte de Suza representaba á los atenienses como un pueblo enemigo del órden y de los reyes.—Los emigrados franceses declamaban á la faz de Europa contra los regicidas que habian jurado odio eterno á los tronos.—Los griegos y los franceses decian que los pueblos debian levantarse contra los tiranos que amenazaban destruir la libertad. Los unos invocando el republicanismo, los otros á la esclavitud, se insultaron, y por último, corrieron á las armas. Los atenienses y los franceses ganando en impetuosidad de carácter á los persas y á los alemanos, fueron los primeros en lanzarse al combate. (2) El año 1.° de la olimpiada sexagésimo-nona, y el 1792 de nuestra era, presenciaron las primeras hostilidades de aquellas guerras demasiado célebres. Los atenienses se precipitaron sobre el Asia Menor y quemaron la ciudad de Sardes, —Los franceses cayeron sobre el Brabante y se distinguieron tambien por sus incendios. Unos y otros tuvieron por último que emprender una fuga vergonzosa, y se retiraron dejando en pos de sí hogueras que solo podian apagarse con torrentes de sangre. (a)

CAPITULO LXIII.

PRIMERAS CAMPAÑAS. — AÑO 3.° DE LA OLIMPIADA LXXII. (3)—1792.—RETRATO DE MILCIADES—DE DUMOURIEZ.—BATALLA DE MARATON.—DE TEMMAPES. —ACUSACION DE MILCIADES—DE DUMOURIEZ.

Propusiéronse los persas, asi como los austriacos, tomar una ruidosa venganza de sus enemigos. Los primeros hicieron salir á Datis con un ejército de ciento diez mil hombres, y teniendo á sus órdenes á Hypías, el ateniense.—Los segundos avanzaron conducidos por el rey de Prusia, en cuya compañia iban tambien los hermanos de Luis XVI. El ejército persa despues de haberse apoderado de algunas islas inmediatas al Atica, llegó victoriosamente á Maraton.—El ejército aliado contra la Francia consiguió apoderarse de algunas plazas fronterizas y se desplegó en las llanuras de Champaña.

Quedó toda la Grecia en el mayor grado de confusion—y en Francia sucedió lo mismo. Los partidarios de la monarquía se regocijaban en secreto de la llegada del ejército aliado; otros, cuyas opiniones habian variado con los acontecimientos, empezaban á querer disculparse del patriotismo que habian manifestado; y por último los amantes de la libertad, exaltados por el peligro del momento, sentian que su valor se redoblaba en proporcion de las calamidades que amenazaban á la patria, y obedecian á un misterioso y sublime instinto que estimulaba su ardimiento.

Siéntese uno poseido de santa veneracion al oir pronunciar el nombre de Milciades, no porque deslumbre con sus victorias, sino por haber salvado su pais de la esclavitud. (b) Las cualidades guerreras en que mas se distinguió aquel insigne varon, fueron la actividad y discernimiento. A este último debió el no haber vacilado en dejar que sus compatriotas se lanzaran en Maraton sobre los persas, bien convencido de que la reflexion podria ser perjudicial al impetuoso valor de los atenienses. Las facciones del general republicano brillaban con la expresion de sus virtudes, ¿diré de sus vicios? Una frente espaciosa, la nariz aguileña, la boca algo fruncida y poco movible, y el vigor de su mirada revelaban al terrible enemigo de los tiranos, y tal vez al hombre algo dispuesto por sí mismo á la tiranía (4) (c). El puñal de un Junio Bruto puede fácilmente ser convertido en el cetro de hierro de un César: las almas enérgicas arrojan como los volcanes grandes torrentes de luz y grandes masas de humo.

Bajo formas y facciones pequeñas, y un ademan inquieto, aunque decoroso, Mr. Dumouriez ocultaba talentos nada comunes. Acrimínanle la versatilidad (d) de principios, mas dado caso de que así fuera, ¿se podria por eso decir que habia sido mas culpable que los demás hombres de su época? Nosotros, los romanos de este siglo virtuoso, todos tenemos en reserva nuestros trages políticos para el momento de salir al escenario; mediante una módica cantidad de dinero dada en la puerta del teatro, cualquiera puede proporcionarse el gusto de vernos representar con toga ó con librea el papel de un Casio, ó de un lacayo. (e)

Alentados por la confianza que Milciades les inspiraba, los atenienses volaron al combate.—Los franceses, conducidos por Dumouriez, buscaron al ejército aliado. Los persas y los prusianos poseidos de la mas increible inercia, parecia que habian quedado paralizados en sus campamentos. (5) No tardaron los segundos en tener que emprender su retirada, abandonando sus conquistas: en vista de lo cual los republicanos avanzaron rápidamente hácia Flandes. Maraton y Jemmapes (6) enseñaron al mundo que el hombre

autoridad histórica; mas por lo tocante á Alemania no me fundo sino en mis propias observaciones: lo cual no es bastante.

(1) HEROD., lib. IV, cap. CV.

(2) HEROD., lib. V, cap. CII.

(a) En obsequio de la verdad histórica debo decir que en este pasaje torturo la narracion de Herodoto y no guardo la mayor exactitud al referir las primeras hostilidades de los franceses. (N. ED.)

(3) 490 años antes de J. C.

(b) Adviértase que es un emigrado el que escribe.

(4) Tengo á la vista varios bustos de Milciades grabados en 1666 en Roma con arreglo á camafeos antiguos que el R. B. S. ha tenido la bondad de facilitarme.

(c) Retrato hecho segun el estilo de una mala escuela. No me muestro en este particular mucho mas escrupuloso que los atenienses, pues por la simple inspeccion de unas facciones desfiguradas tal vez por el grabado, declaro á Milciades algo inclinado á la tiranía. Está visto que yo hubiera mandado ahorcar á los tiranos solo por su rostro. (N. ED.)

(d) Esta manía de comparar los hombres del dia con personajes que hace miles de años que estan reposando en la tumba, y cuya gloria ha sido sancionada por el tiempo, es un prodigioso ejemplo de la locura del espíritu de sistema. ¡Cuánta diferencia hay entre el juicio que se pronunció acerca de Dumourier en 1794 y el que generalmente se pronuncia en la actualidad! (N ED.).

(e) La sátira histórica no es historia, pues juzga á la sociedad únicamente por los casos excepcionales, y da lugar á que por decir una frase brillante quede tal vez sacrificada la verdad. No faltan quizás hombres indulgentes y filantrópicos que manejan alguna vez la sátira, pero hay la diferencia de que no la emplean sino como arma defensiva, en tanto que los verdaderos satíricos la usan como ofensiva. (N ED.)

(5) Diez generales habia en el ejército ateniense; pero todos cedieron el honor del mando á Miliciades; mas este no quiso usarlo hasta el dia en que le tocaba el turno: de aqui resultó que un puñado de griegos, (once mil hombres) se mantuvieron en presencia de ciento diez mil persas sin que estos pensáran en atacarlos. Por lo tocante al rey de Prusia diremos que se tomó el piadoso cuidado de reinstalar en su sede al obispo de Verdun, y de asistir á una misa cantada por los canónigos con gran satisfaccion de los republicanos al verle tan devotamente entretenido. (N. ED.)

(6) Estas dos batallas cuyos efectos fueron tan semejantes para la Grecia y para la Francia, se diferencian totalmente en lo relativo á las circunstancias. Diez mil atenienses derrotaron á ciento diez mil persas: en Jemmapes costó trabajo á

que se bate por sus hogares, y el entusiasta que pelea en nombre de la libertad, son formidables enemigos.

A esas primeras tempestades sucedió un breve momento de calma, que los atenienses y los franceses llenaron, si asi puede decirse, con su ingratitud. Habiendo Milciades y Dumouriez sufrido algunos reveses (1) fueron acusados de realismo y de haberse dejado sobornar por el oro de la Persia y del Austria. El primero murió en una prision á resultas de las heridas que habia recibido por la patria, y el segundo no pudo evitar la muerte sino fugándose. (2)

CAPITULO LXIV.

JERGES,—FRANCISCO.—CONFEDERACION GENERAL CONTRA LA GRECIA,—CONTRA LA FRANCIA.—REVOLUCION DE ALGUNAS PROVINCIAS.

En tanto el imperio de Oriente y el de Alemania habian cambiado de dueño. Darío y Leopoldo (3) dejan de existir. A estos monarcas, profundos conocedores de los hombres y de la ciencia del gobierno, sucedieron sus hijos Jerjes y Francisco. (a) Puestos ambos jóvenes al frente del gobierno de tan grandes Estados en aquellas borrascosas circunstancias, se mostraron muy distintos en carácter. Tan pusilánime se manifestó Jerjes, educado en la molicie, como valeroso el emperador de Alemania, cuya primera edad habia ido pasando en los campamentos de José. El único rasgo que al parecer les dió alguna semejanza, fue la obstinacion. Uno y otro tuvieron tambien la desgracia de ser engañados por sus enemigos que llegaron á introducirse hasta en sus consejos.

Resuelto Jerjes á seguir con todo vigor la guerra que su padre le habia legado, juntamente con la corona, reunió su consejo y demostró la necesidad de volver á todo su antiguo esplendor el brillo de la Persia, mancillado en los campos de Maraton. «Atravesaré los mares, dijo aquel príncipe, atravesaré aquella criminal ciudad y traeré cargados de cadenas á sus habitantes.» Los aliados han usado poco mas ó menos el mismo lenguaje.

No se pensó, pues, mas que en reunir los inmensos preparativos de la expedicion proyectada. Despacháronse á las provincias de Persia correos portadores de las órdenes de la córte de Suza á fin de que las tropas acelerasen su marcha. Al mismo tiempo se formó una confederacion general de todos los Estados del Asia, Africa y Europa, contra el pequeño país de la Grecia. Los cartagineses tomando á sueldo soldados galos, italianos é iberos, se declararon en favor del gran rey y firmaron con él un tratado de alianza ofensiva. La Fenicia y el Egipto concurrieron á la gran confederacion con sus buques y la Macedonia con sus falanges. Jerjes sacó de sus Estados, propiamente dichos, la Media y la Persia, tropas aguerridas. Babilonia, Arabia, Lidia y la Tracia, aprestaron sus contingentes. Por último, en las llanuras de Dorisco se llegó á reunir un ejército de tres millones de soldados.

Al ruido de tan formidables preparativos algunas provincias de la Grecia, sea por cobardía, sea por su opinion, desertaron al campo de los confederados. No tardaron la Beocia, la Argolide, la Tesalia y otras muchas islas del mar Egeo en aliarse con los tiranos.

Tambien el emperador Francisco hizo contra la Francia preparativos inmensos. Sus Estados de Hungría, Bohemia y Lombardía, etc., le suministraron excelentes soldados: la Prusia sostuvo al emperador con todo su poder; los círculos electorales del Imperio aprestaron sus legiones, Inglaterra, Holanda, España, Sicilia, Cerdeña y la Rusia tomaron parte en la confederacion general é hicieron avanzar numerosas huestes hácia las fronteras de Francia. Algunas provincias de esta última como la Vandé, el Lyonesado y el Langüedoc se insurreccionaron, y la naciente república, se vió interior y exteriormente atacada y en vísperas de una inevitable ruina.

Muy pocos fueron los pueblos que permanecieron tranquilos espectadores de aquellas grandes escenas. En el antiguo mundo no se sabe que dejasen de tomar parte en la expedicion de Jerjes mas que Creta, Italia, y la Escitia, permaneciendo neutrales, y en nuestros dias solo guardaron neutralidad la Dinamarca, la Suecia, la Suiza y algunas otras pequeñas repúblicas. Ni los griegos, ni los franceses tuvieron aliados al principio de la guerra; pero luego los conquistaron por el esfuerzo de sus armas.

El lector podrá recorrer de una mirada y enterarse de tan interesante situacion á beneficio del siguiente estado.

cincuenta mil franceses forzar las líneas de diez mil austriacos. La retirada de Clerfait despues de la batalla pasa por una obra maestra del arte militar. Los persas perdieron seis mil cuatrocientos hombres y los griegos ciento noventa y dos. Dos patriotas que se hallaron en Jemmapes me han asegurado que los franceses dejaron en el campo de doce á quince mil cadáveres.—La batalla de Maraton se dió el 29 de setiembre, 490 años antes de J. C. y la de Jemmapes el 8 de noviembre de 1792.

(1) Herod., lib. VI, cap. CXXXII; C. NEP., *in Milt.*, cap. VII.

(2) *Memorias del general Dumouriez.*

(3) Leopoldo no llegó á ver la conclusion de la primera campaña, pues falleció en Viena el mismo dia que se declaró la guerra en París. Mas como esta declaracion se hizo en nombre suyo, no he hablado antes de este acontecimiento, que en nada altera la verdad de los hechos, ni puede perjudicar al conjunto del cuadro.

(a) Ya está el lector acostumbrado á esta clase de comparaciones. ¿No parece que yo conozco á Jerjes tan á fondo como al respetable emperador de Alemania que aun conserva la vida? Hago la descripcion de los ejércitos persas y alemanes poco mas ó menos como el ingenioso hidalgo de la Mancha decia el nombre de los generales de aquellos dos *grandes ejércitos* de carneros. Aquel caballero de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia.....

(N. ED.)

PUEBLOS CONFEDERADOS
CONTRA LA GRECIA
EN LA GUERRA MÉDICA.

POTENCIAS CONTINENTALES.	BATALLAS, PAZ, CONQUISTAS, PAZ GENERAL.	Años a. de J. C.
LA PERSIA.		
ESTADOS PROPIAMENTE LLAMADOS DEL REY DE LOS PERSAS.		
Persia.	Los griegos talan la Lidia y son rechazados.	504
Media.	Batalla de Maraton 29 de setiembre.	490
Babilonia.	Confederacion general. .	485 y siguientes.
PROVINCIAS DE LA PERSIA.		
La Lidia.	Invasion de los persas. .	480
La Armenia.	Combate de las Termópilas, agosto.	480
La Pamfilia, etc.	Batalla de Salamina, 20 octubre.	480
ALIADOS.	artago hace la paz. . .	
Diversos pueblos de Arabia.	Batalla de Platea de Mycala, 19 de setiembre.	479
Diversos reyes de Tracia.	La Beocia asolada por los griegos.	
La Macedonia.	La Macedonia y diversas islas del mar Egeo hacen la paz.	479
POTENCIAS MARITIMAS.	Conquistas, depredaciones, y tirania de los griegos.	
Cartago.	Obligan á la Licia y á la Caria á declararse contra los persas	470
Tyro.	Subyugan la Tracia. . .	469 y siguientes.
El Egipto.		
La Jonia.	Invasion del Egipto por los griegos.	462
PROVINCIAS INSURRECCIONADAS.	Son derrotados en ella. .	462 y siguientes.
La Beocia.		
La Argólida.	Paz general.	449
Muchas islas del mar Egeo.		
GRIEGOS EMIGRADOS.		
Hypias, príncipe de Atenas.		
NACIONES NEUTRALES.		
Los Escitas.		
Los pueblos de Italia.		
Los Tesalianos.		
Los Cretenses.		
Y algunos otros.		

Los griegos no tuvieron ningun aliado al principiar la guerra.

Segun los cálculos que podemos formar con arreglo á los datos que nos han dejado los historiadores, perecieron cerca de diez millones de hombres en la guerra de los persas y los griegos.

PUEBLOS CONFEDERADOS
CONTRA LA FRANCIA
EN LA GUERRA REPUBLICANA.

POTENCIAS CONTINENTALES.	BATALLAS, PAZ, DIVERSAS CONQUISTAS.	Años de nuestra era.
ALEMANIA.		
ESTADOS PROPIAMENTE LLAMADOS DEL EMPERADOR.		
Hungria.	Intentan los franceses caer sobre el Brabante y son rechazados, 29 de abril.	1792
Bohemia.	Batalla de Jemmapes 7 de noviembre.	
Austria.	Confederacion general. .	1793
Brabante.	Invasion de los austriacos.	
Lombardía, etc.	Batalla de Maubeuge, 17 de octubre.	
CIRCULOS DEL IMPERIO.	La Vandé talada por los franceses, octubre. .	
Baviera.	Batalla de Fleurus, 29 junio.	1794
Sajonia.	Conquistas, depredaciones, tirania de los franceses, octubre. .	
Electorados de Treves, de Hannover, etc.	Paz de Prusia, 5 abril. .	1795
ALIADOS.	El rey de España y el de Cerdeña se ven obligados á entrar en la confederacion, 28 junio. .	y siguientes.
Rusia.		
Principados de Italia.	El primero un año despues de la pacificacion se halla en la necesidad de declararse contra los aliados.	
España.	Invasion de la Italia por los franceses.	1796
Prusia.	Invasion de Alemania, junio.	
POTENCIAS MARITIMAS.	Queda en ella destruido el ejército francés, setiembre.	
Inglaterra.	Principian las negociaciones de paz general, diciembre.	
Holanda.		
PROVINCIAS SUBLEVADAS.		
La Vandé.		
El Morbiham.		
El Lyonesado.		
Provenza y algunos otros departamentos.		
FRANCESES EMIGRADOS.		
Los Borbones, etc.		
NACIONES NEUTRALES.		
Suiza.		
Dinamarca.		
Suecia.		
Ciudades anseáticas.		
Estados-Unidos de América.		

Los franceses no tuvieron ningun aliado al principiar la guerra.

En las fronteras, en la Vandé y otras partes, pereció cerca de un millon de hombres. Formo este cálculo bastante moderado, al parecer, con arreglo á las *Memorias* de la Vandé, por el general Turreau y otros documentos.

CAPITULO LXV.

CAMPAÑA DEL AÑO CUARTO DE LA SEPTUAGÉSIMA-CUARTA OLIMPIADA (1) (480 ANTES DE J. C.)—CAMPAÑA DE 1793.—CONSTERNACION EN ATENAS Y EN PARÍS.—BATALLA DE SALAMINA.—BATALLA DE MAUBEUGE

Hechos ya todos los preparativos para la invasion, Jerjes levantó su campamento y avanzó hácia el Atica, seguido de sus innumerables cohortes (2).—Co-

(1) Los juegos olímpicos se celebraban durante el estío, de lo cual resultaba que entre los griegos ocupaba una campaña el último período del año civil y el principio de otro, esto es los tres últimos meses de la octava por ejemplo, y los tres primeros de la novena.

(2) Pasó el Helesponto al principiar la primavera del año 480 antes de J. C. permaneció algo mas de un mes en Doris-

co. De manera que pudo emprender su marcha á fines de mayo.

bourg, generalísimo de las fuerzas aliadas marchó tambien en nuestros dias hácia Francia seguido del brillante ejército del Austria, en el cual, asi como en el de Persia, figuraban una multitud de príncipes. Los Alejandros, Artemisa, los reyes de Cilicia, de Tiro y de Sidon en el de Jerjes—los York, los Orange y los Saxe, en el de Cobourg. Bien diferente era el ejército enemigo. Algunos ciudadanos oscuros, cuyos nombres ni siquiera eran conocidos mandaban á otros ciudadanos pobres y de su misma condicion. No haré el retrato de Temístocles ni de Arístides que en aquella ocasion salvaron á la Grecia. Si en mi siglo hubiese encontrado hombres dignos de oponerse á la memoria de aquellos, no habria ciertamente escrito este *Ensayo*.

Por de pronto las fuerzas aliadas arrollaron cuanto se les puso por delante. Las Termópilas, Tebas, Platea y Thespia cayeron en poder de los persas;—Valenciennes, Condé y Quesnoi fueron presa de los austriacos. Nada les quedó que hacer á los primeros mas que penetrar en lo interior del Atica;—ni á los segundos mas que apoderarse del interior de Francia.

No es posible pintar la consternacion, el terror que se apoderaron de Atenas y de París al llegar la noticia de tamaños desastres. Inevitable parecia la ruina de la patria: sus fronteras habian sido ya forzadas; un poderoso ejército enemigo estaba á punto de caer sobre la capital y algunas de sus provincias se habian declarado en abierta insurreccion. Para colmo de males acababa de estallar entre los mismos patriotas una fatal desunion de opiniones, que al parecer extinguia hasta el último rayo de esperanza de salvacion. La muerte de Hypías en Maraton,—la toma de Valenciennes en nombre del emperador no dejaban á los realistas de Grecia y de Francia ningun género de duda por lo tocante á las intenciones de las potencias aliadas. Todos los ciudadanos convenian en que era preciso defenderse; pero nadie estaba conforme en cuanto al modo de hacerlo. Los lacedemonios opinaban que lo mas acertado era encerrarse en el Peloponeso (1); parte de los atenienses queria que se defendiera la ciudad (2), y otros eran de opinion que se confiaran todas las fuerzas á la marina (3). La ambicion de los particulares acababa de complicar el peligro. Hombres sin capacidad querian elevarse á puestos que reclaman toda la atencion de los mas grandes talentos (a): Temístocles apareció en medio de ese tumulto: se hizo lugar entre los rivales; hizo adoptar el plan de la defensa marítima (4) y salvó á la patria.—Tambien en Francia dominó en caso igual la desunion. Cada ciudadano ideaba un plan, al cual queria que todos los demás se subordináran. Unos se prometian salvar la patria encerrándose en las plazas fuertes; otros hablaban de retirarse al interior. Los mas eran de parecer que la república se precipitara en masa sobre los aliados. Este último plan reunió mas votos en su favor, y á él se debió la victoria.

A todo esto la diversidad de opiniones, tan fatal á todas las causas, desordenaba tambien los ejércitos conquistadores, haciendo caer sus armas en una especie de imbecil postracion. Jerjes lleno de espanto por el combate de las Termópilas andaba fluctuando acerca de la conducta que debia seguir (5). No ignoraba que parte de la Grecia, como si considerara de ningun valor el formidable ejército que estaba talando ya sus campos, asistia tranquilamente á los juegos olímpicos, y el gran rey no sabia qué pensar de tanta serenidad. En su consejo el rey de Sidon se declaró en favor de un pronto ataque contra las naves griegas. Artemisa por el contrario, opinaba que el prolongar la guerra debia necesariamente causar la ruina de los enemigos.—Entre los austriacos y sus aliados muchos eran de parecer que debian apoderarse de todas las plazas fronterizas; el duque de York opinaba por dirigirse contra la capital. La opinion de la reina de Halicarnaso—y la del príncipe inglés fueron desechadas y se adoptaron los pareceres opuestos. De manera que cediendo al impulso de aquel destino, que al parecer rige en la suerte de los imperios, los griegos y los franceses eligieron las únicas medidas que podian salvarlos, al paso que sus respectivos enemigos se decidieron por las que necesariamente habian de causar su perdicion (b).

En el acto Jerjes se preparó para la famosa batalla de Salamina.—Cobourg dividió sus fuerzas y dispuso que los ingleses pasáran á atacar á Dunquerque. En tanto ocurrian en la flota reunida de los griegos aquellas grandes escenas que pintan los siglos y que no aparecen sino alguna que otra vez en la historia. Habíase introducido la division entre los generales. Los espartanos, obstinados constantemente en sus proyectos querian abandonar el estrecho de Salamina y retirarse á las costas del Peloponeso. Temístocles se oponia con todo su esfuerzo á esta medida que hubiera acarreado la ruina de la patria. El general espartano en un arrebato de ira levantó el baston para sacudir al ateniense «*Pega*, le contestó aquel varon eminente, *pero escucha.*» (6). No pudo el espartano menos de someterse á ese sublime rasgo de magnanimidad.

Era una noche lóbrega: al dia siguiente iba á darse la batalla de Salamina. Latia el corazon de los griegos que tripulaban la pequeña escuadra, con la violencia de todos los afectos que tienen mas precio para el hombre, el amor, la libertad y la patria, contrabalanceados por la inquietud y la esperanza. No hubo durante aquella noche crítica, nadie que se entregara al sueño: todos la pasaron con la vista fija en las naves enemigas espiando sus movimientos. De repente en medio del profundo silencio se oye el rumor que al hendir las olas hacia una barquilla que dirigia su curso á Salamina. El misterioso navegante que venia en ella pide ser presentado á Temístocles; ¿Sabes, le dijo al llegar á su presencia, que estais rodeados y que las naves persas estan doblando la isla para cortaros la retirada?—Nada de nuevo me dices, contestó el ateniense: estan haciendo esa maniobra por consejo mio, (7)» En estas breves palabras Arístides admiró á Temístocles, y este conoció al varon mas justo de los griegos.—La víspera del ataque del campamento austriaco por Jourdan delante de Maubeuge fue un dia de temor y ansiedad. Hasta entonces las victoriosas armas de los aliados no habian encontrado ningun obstáculo, y las tropas francesas poseidas de desaliento apenas se atrevian á presentar ningun combate; la salvacion de la Francia llegó á depender tal vez absolutamente de la de aquella plaza sitiada por los aliados, pues ademas de que su ruina habria ocasionado la de otras muchas, hubiera sido causa de que el ejército austriaco, cuyas fuerzas se hallaban imprudentemente divididas, las hubiera reunido sobre aquel punto, desde donde podia penetrar sin oposicion al interior del pais. Preciso era pues no desperdiciar aquella ocasion y hacer un esfuerzo para arrancar la patria de mano de los aliados, ó sepultarse bajo sus ruinas.

Jourdan, el general francés encargado de tan importante mision, era un soldado de alma fría, cuyo talento, menos brillante que sólido no consiguió prósperos resultados mas que en esta accion importante y en Fleurus. Despues de haber tomado todas las disposiciones para el ataque, el ejército francés pasó toda la noche sobre las armas, atento tal vez con mas temor que esperanza al resultado de aquella memorable jornada.

(1) Herod., lib. VIII, cap. XL; Ysocrat., pág. 166.
(2) Herod., lib. VII, cap. CXLIII; Plut. *in Cim.*
(3) Herod., lib. VII; Plut. *in Themist.*
(a) Esto es lo que generalmente sucede en tales casos hasta que aparece el genio que ha de dominarlo todo. (N. ED.)
(4) Plut., *in Themist.*
(5) Herod., lib. VII, cap. CCX.

(b) A pesar del duque de York y de la reina de Halicarnaso, esta reflexion no es indigna de la Historia. (N. ED.)
(6) Plut., *in Themist.*
(7) Id., *id.*, *in Arist.* Los griegos estaban decididos á retirarse, en vista de lo cual Temistocles avisó secretamente á Jerjes que en el acto envió naves que bloquearan los puntos por donde presumia que la escuadra griega habia de escaparse. De manera que los atenienses no tuvieron otro medio que combatir, y aprovechar su ventajosa posicion. Aristides, al pasar á Salamina echó de ver el movimiento de los buques persas, y como ignoraba la estratagema de que Themistocles se habia valido, se apresuró á darle noticia del peligro que en su concepto le amenazaba.

Lo contrario sucedia precisamente en el campo enemigo: todo era alegría, y todo era certeza de la victoria.—Jerjes quiso contemplar de lleno toda su gloria durante el combate de Salamina, y se sentó en un elevado trono, y para que ningun griego que se salvara de la ruina de sus buques pudiera librarse de su venganza, mandó el gran rey colocar soldados en las islas adyacentes.—Tan seguras estaban de la victoria las naciones aliadas contra la Francia, que á cada instante estaban anunciando la toma de Dunquerque y de Maubeuge.—Entre la costa oriental de la isla de Salamina y la occidental del Atica se forma un estrecho en espiral de cerca de cuarenta estadios (dos leguas) de largo y ocho de ancho. Encuéntrase casi cerrada la extremidad del estrecho por el promontorio Trofeo que corta las olas en forma de lanza. La primera línea de la escuadra griega se extendia desde la punta de este promontorio al puerto Foron situado paralelamente en la opuesta playa. Detrás de esta primera linea habia otra en la misma direccion, y asi sucesivamente estaba ordenada toda la escuadra ocupando el estrecho. Esta posicion quitaba á los persas la ventaja del número é interrumpia su línea de batalla, cortándola con la pequeña isla Psytalia, que está situada en frente y un poco mas abajo del canal.

En el ala izquierda de la escuadra persa se hallaban colocados los fenicios, teniendo á su frente á los atenienses y á la derecha los jonios que habian de combatir contra los lacedemonios, los meyarenses y los de Egina. El almirante de la escuadra persa se llamaba Ariabignes, (1) y el que mandaba los buques griegos era Euribiades.

—Los austriacos despues de haberse apoderado de Valenciennes avanzaron sobre Mauebuge á cuya plaza pusieron inmediatamente sitio. El príncipe de Cobourg con un ejército de observacion cubria las tropas sitiadoras.

—Habiendo Jerjes dado la señal del combate, los atenienses cayeron impetuosamente contra los fenicios. La lucha fue obstinada y durante mucho tiempo se sostuvo por ambas partes con igual valor. Mas habiendo el almirante persa Ariabignes abordado una galera enemiga, sucumbió cubierto de heridas. Desde aquel momento se hizo general en la escuadra persa la confusion, aumentada por la multitud de las naves é inutilizada por su mala posicion. La innumerable escuadra del gran rey que pocos momentos antes oscurecia el mar, desapareció ante el denuedo de un pueblo libre.

—En Maubeuge volvieron los franceses á recobrar aquel brillante valor que habian perdido desde Jemmapes. Precipitáronse sobre las líneas enemigas con aquella viveza impetuosa que les distingue de todos los demás pueblos. Fosos, baterías, bayonetas, montañas, rios, pantanos, nada les detiene. Parece que se multiplican pues casi á un mismo tiempo se les ve en diferentes sitios: trepan, corren, saltan: no bien acaban de ser vistos en la llanura, cuando ya dominan el baluarte que han tomado por asalto.

Los austriacos sostuvieron el choque con su acostumbrado valor. Aquellos bizarros soldados, que ningun contratiempo es capaz de arredrar y que despues de veinte años de lucha se volverian á batir con el mismo aliento que la primera vez, rechazaron por todas partes á sus numerosos enemigos. Pero creyendo el príncipe de Cobourg que era ya inútil prolongar por mas tiempo la resistencia, abandonó la posicion y levantó el sitio de Maubeuge. No tardó una columna de republicanos mandada por Houchard en obligar á los ingleses á levantar el sitio de Dunquerque, y los aliados tuvieron que renunciar por entonces, á sus esperanzas de conquista.

(1) No puede segun Herodoto y Diodoro decirse que la escuadra persa tuviese un almirante en gefe. Mas parece cierto que Ariabignes, hermano de Jerjes era el principal gefe.

Asi como la escuadra persa formada de diversas naciones—el ejército austriaco compuesto de distintos pueblos, masa indigesta de aliados unos pusilánimes, otros traidores, otros envidiosos de la gloria que tal vez iba á recaer en este ó en aquel general, en esta ó en aquella nacion, vino á estrellarse en Salamina, y en Maubeuge.—El gran rey tuvo que pasar como fugitivo en una barquichuela aquel mar al que en el delirio de su arrogancia habia poco antes mandado poner cadenas (2).—Cobourg despues de su contratiempo mandó que las tropas formaran cuarteles de invierno, y todos los partidos en tanto que volvia á abrirse la campaña tuvieron ocasion de meditar en la inconstancia de la fortuna ó deplorar su locura.

CAPITULO LXVI.

PREPARATIVOS DE UNA NUEVA CAMPAÑA.—RETRATOS DE LOS GEFES.—MARDONIO.—COBOURG.—PAUSANIAS—PICHEGRU.—ALEJANDRO REY DE MACEDONIA.

Mucho faltaba aun para poderse creer la Grecia y la Francia libres de todo peligro. Jerjes dejando en pos de sí un ejército de trescientos mil hombres escogidos habia hecho mas por su causa que arrastrando tres millones de esclavos.—La derrota que los aliados habian sufrido en las plazas sitiadas, no era mas que un ligero contratiempo que podia convertirse en provecho suyo dándoles una util enseñanza. De manera que solo esperaban la venida del buen tiempo para volver á principiar las hostilidades: antes de entrar en detalles de la campaña, diremos una palabra acerca de los gefes que mas se distinguieron en ella.

Mardonio que mandaba en gefe las tropas persas que habian quedado en Grecia era un sátrapa de elevado rango y algo pariente de sus soberanos. Su ambicion, que no estaba en armonía con su talento, le hacia ser uno de esos entes desproporcionados, que parecen grandes y no son mas que monstruosos. Vano, impaciente y orgulloso, no tenia mas que el valor brutal, ese valor que da la muerte, y la recibe sin temor (a).

—El príncipe de Cobourg puesto al frente de las tropas aliadas del Austria, era superior á Mardonio en lo ilustre de la cuna, y en las cualidades personales. A la bizarría y á la prudencia, reunia talento y virtudes militares, la ciencia del mando, y la lealtad del soldado (b).

Pausanías, oriundo de la familia real de Lacedemonia, y generalísimo de los ejércitos combinados de la Grecia; era un hombre lleno de jactancia, y de magníficas palabras, siempre dispuesto á hacer valer sus grandes servicios, y á vender á su patria. Despues de haberla salvado en los campos de Platea, la puso villanamente algunos meses despues en manos del tirano de Suza (3).

Pichegru, cuyo nombre plebeyo, humilde condicion y modestia contrastan con el brillo de su fama, era el que conducia los franceses al combate. Ese hombre extraordinario, hijo de la revolucion, supo elevarse desde la oscuridad de una clase inferior al puesto mas

(2) Herod., lib. VIII, cap. CXV.

(a) Esta disparidad entre el mérito real y la ambicion es un defecto de los mas comunes y puede llamarse una verdadera plaga social, siendo de advertir que no siempre produce una especie de grandeza como la de Mardonio; pues no pocas veces está colocada la ambicion en sugetos tan inferiores, que no teniendo fuerzas para soportarla, se ven oprimidos bajo su peso. (N. ED.)

(b) Háganse enhorabuena retratos, pero es preciso que se parezcan. Los talentos del príncipe de Cobourg eran inferiores á sus demás cualidades. (N. ED.)

(3) Thucid., lib. I, cap. CXXXIV. Condenáronlo á muerte en Esparta; y se la dieron tapiando las puertas del templo á donde se habia refugiado.

brillante de su país, y descender otra vez con no menos grandeza de alma á la oscuridad de su primera condicion (a).

Finalmente en el ejercito de los persas figuraba un hombre llamado Alejandro, rey de Macedonia, que traficando con su honor y conciencia, era traidor á los dos partidos, vendiéndose al mas rico ó al mas fuerte. Antes del combate de las Termópilas, avisó á los griegos del peligro de su posicion en el valle del Tempe, y marchó con Jerjes á Salamina. Despues de la derrota del monarca de Oriente, se llamó amigo de los atenienses, y les invitó en nombre de la humanidad á sustraerse del tirano de Asia. Acompañando á Mardonio le hizo traicion en los campos de Platea para asegurarse un asilo en caso de derrota, y dió personalmente avisó á Pausanías, de que al dia siguiente seria atacado por los medos. Los griegos á pesar de su odio á los reyes respetaron á este Alejandro (b) en fuerza del desprecio que les inspiraba, y no se desdeñaron de seguir poniendo en juego los resortes de aquel venal maniqui, mientras que pudieron utilizarlo en alguna cosa.

No hablaré del rey de Prusia.

CAPITULO LXVII.

CAMPAÑA DEL AÑO 479 ANTES DE NUESTHA ERA Y PRIMERO DE LA OLIMPIADA SEPTUAGÉSIMA QUINTA.—CAMPAÑA DE 1794.—BATALLA DE PLATEA.—DE FLEURUS.—VICTORIAS Y VICIOS DE LOS GRIEGOS.—DE LOS FRANCESES.—DIVERSAS PACES.—PAZ GENERAL.

Tales eran los generales que mandaban en las memorables campañas, cuya historia acabamos de trazar. Asi que lo permitió la estacion volvieron á renovarse con mas ahinco las hostilidades. Mardonio asoló por segunda vez el Atica.—Por su parte el principe de Coburgo, se apoderó de Landrecies, y abrió la campaña consiguiendo otras varias ventajas; mas no tardó en cambiarse el aspecto de la fortuna. El general griego Pausanías evitando dar combates en la llanura, tuvo el arte de atraer á los persas á un terreno que no les era favorable.—El general Pichegru, invadiendo la Flandes marítima, obligó á los aliados á abandonar sus conquistas. Despues de marchas y repetidas acciones parciales los grandes ejércitos griegos y persas, franceses y austriacos vinieron á encontrarse en el sitio marcado por el destino.

Es por lo regular tan despreciable la causa comun de las guerras, que la narracion de una batalla en que veinte mil fieras se desgarran por las pasiones de un hombre, no hace por último mas que causar disgusto y fastidio; mas cuando se ve que un puñado de valientes caen denodanadamente contra una horda de opresores, cuando por una parte se ven cadenas y opresiones políticas, y por otra, la libertad y la patria es sin duda ninguna el espectáculo mas digno de fijar la atencion de los hombres. Este interés es el que inspiran las batallas da Platea y de Fleurus, pero de un modo diferente. Los franceses desmoralizados ya, y habiendo marcado su revolucion con los crímenes mas enormes, no presentan el interesante cuadro de los griegos pobres, inocentes, é infinitamente mas expuestos que aquellos. Atenas puede decirse que ya no exsistia; en el sagrado campo de Platea se encerraban hijos, padres, dioses y patria; agostada por el mortífero hábito de la esclavitud, aquella clásica tierra de la independencia, no prometia ya ningun elemento de subsistencia, en el caso de una derrota; pero los héroes de Platea se cuidaron muy poco del porvenir; magnanimamente resueltos á hacer el sacrificio de su vida ¿como habian de temer vivir esclavos, estando determinados á morir como libres? (c)

Al Mediodia de la ciudad de Tebas en Beocia, se extiende una gran llanura, atravesada en su extremidad meridional por el Asopo, cuyo curso se dirige de Occidente á Oriente, delineando un grado al Norte. Por la otra parte del rio, se dilata la llanura hasta el pié del monte Citeron, de manera que entre la llanura y el rio queda un espacio de cerca de doce estadios en su mayor anchura.

Los persas ocupaban la orilla izquierda del Asopo con trescientos cincuenta mil hombres, desplegando su numerosa caballería en la llanura, protegido el frente con una línea atrincherada y teniendo á retaguardia Tebas y un pais libre. Las tropas cembinadas de los lacedemonios, atenienses y demás aliados, componian ciento diez mil hombres de infantería y estaban acampados en la pendiente del Citeron. Casi en la misma línea se echaban de ver al Oeste las ruinas de la pequeña ciudad de Platea, y en medio de la distancia que las separaba del campamento griego corria la fuente Gargafía: de manera que el Asopo era la línea que dividia ambos ejércitos enemigos.

Antes de principiarse la accion general ocurrieron dos movimientos.

Careciendo el ejército de Pausanías de agua en su primera posicion, lo hizo su general desfilar por la ladera del monte y tomó nuevas posiciones en los alrededores de la fuente Gargafía. Los persas ejecutaron una marcha paralela por el otro lado del rio. Viéndose el general lacedemonio inquietado por el enemigo levantó por segunda vez el campamento para apoderarse de una isla formada al Occidente por dos ramificaciones del Asopo; mas al llegar al frente de Platea, Mardonio atravesó el rio y cayó sobre el ejército griego con toda su caballería. Pausanias se puso precipitadamente en órden de batalla, de manera que los lacedemonios, formando el ala derecha quedaron en frente de los persas y de los sacios en tanto que los atenienses en la izquierda tuvieron que medir sus armas con los griegos que componian el resto del ejército de Jerjes. Los incidentes del terreno impidieron que el centro del ejército pudiera desarrollarse.

—Charlerroi, acababa de ser tomado por los franceses; mas el ejército austriaco ignoraba aun esa noticia. Habiéndose propuesto el príncipe de Coburgo socorrer aquella plaza, y habiendo recibido el dia antes un refuerzo de veinte mil prusianos avanzó el 26 de junio (8 *Messidor*) á las tres de la mañana sobre el Sambra. Su ejército se componia de cien mil hombres. El ala derecha estaba mandada por el príncipe de Orange, la izquierda compuesta de holandeses y emigrados por Beaulieu, y la caballería por el príncipe de Lambesc. El ejército francés mandado en gefe por Jourdan se componia de las divisiones del Mosela, de las Ardenas, y del Norte reunidas.

Por último, llegaron los dias 3 de boédromion (1),

(a) Esto decia un emigrado por los años de 1795 y 1796 antes que Pichegru hubiese abrazado la causa de la monarquía legítima, y antes que ocurriera por consiguiente el trágico fin de aquel grande y desgraciado general. La imparcialidad del realista puede en este caso pasar por una especie de presentimiento. (N. ED.)

(b) Hubiera sido prudente terminar el artículo en este período sin añadir la inconsiderada frase con que lo concluyó.

(c) Creo que al leer esta página nadie podrá decir que los emigrados detestaban la libertad, ni que tenian afinidades con los extranjeros y deseaban el desmembramiento de la patria. Aquí desaparece toda quijoteria de sistema y es completa la imparcialidad del escritor, que no se deja cegar ni aun por el afecto de la patria; pues al paso que desea el triunfo de los franceses, al paso que aplaude su triunfo, representa su causa como menos interesante que la de los griegos y asi era en realidad. Estas páginas escritas en mi primera juventud me dan derecho de hablar hoy con amor de las libertades públicas y con honor de la esclavitud: mis ideas políticas no se han desmentido un solo instante. (N. ED.)

(1) 19 de setiembre año 479 antes de J. C.

segundo año de la septuagésima quinta olimpiada y el 12 *Messidor* del año III de la República (1) : dias destinados por el supremo árbitro de los imperios para destruir los proyectos de la ambicion, y llenar de asombro á los hombres.

Las batallas de los antiguos, cuyo mortal silencio no se interrumpia sino de cuando en cuando, por el rabioso alarido de los combatientes, serian acaso tan pavorosas como las nuestras con el atronador estrépito de las baterías. El labrador del monte Citeron y el de las orillas del Sambra, pudieron contemplar de lleno los horrores de la guerra y bendecir la suerte que les habia reducido á vivir en la tranquila paz de las aldeas. En Platea y Fleurus brillaron en su esplendor todas las virtudes guerreras. Allí, el persa, expuesto bajo un débil escudo á las armas de los lacedemonios, mostró el valor mas intrépido al romper con sus ensangrentadas manos la pica que atravesaba su pecho.—Aquí el granadero húngaro se abrió paso con la culata (2) del fusil entre los numerosos franceses que por todas partes le rodeaban.—Allá los atenienses pudieron á duras penas exceder á sus compatriotas que militaban bajo las banderas enemigas.—Aquí los emigrados franceses opusieron un valor indómito á los soldados de Robespierre. Decídese por último la fortuna: Mardonio cae combatiendo en primera fila: su ejército se desordena y sucumbe al filo de la espada enemiga dentro el recinto de su mismo campamento.—El príncipe de Coburgo al rehacerse bajo el fuego enemigo, al disponerse para volver á la carga, recibió la noticia de la capitulacion de Charlevi, y tuvo que mandar tocar retirada. Doscientos mil persas quedaron tendidos sobre los campos de Platea: —Una multitud de austriacos y franceses en Fleurus, y estos últimos y los griegos, perdieron igualmente sus virtudes en el mismo campo donde adquirieron la victoria.

Desde aquel punto se sintieron dominados de la ambicion de conquistas y de la sed del oro en vez del entusiasmo por la libertad que acababa de darles la victoria. Los griegos, conducidos por otros generales, no menos hábiles que los primeros (3) recorrieron las costas de Asia, Africa y Europa, quemando, saqueando y destruyendo todo á su paso, imponiendo contribuciones forzosas, y manteniendo sus ejércitos á expensas de las naciones vencidas.—No necesito recordar al lector el incendio de Italia, las requisiciones y expoliacion de los templos, ni los atentados cometidos por los franceses en el Brabante, en Alemania y Holanda, etc. Ya he dicho en otra parte cuál fue la consecuencia de semejante conducta por parte de la Grecia. El pueblo de Atenas, veleidoso y cruel, que desde luego se habia distinguido por sus criminales excesos, se atrajo la guerra de los aliados y sucumbió en la del Peloponeso.

Desde la batalla de Platea hasta la pacificacion general, trascurrieron treinta años, pero en este intervalo los distintos confederados negociaron tratados particulares con el vencedor. Principiaron los cartagineses, sigieron los macedonios y luego las islas y los diversos Estados. Unos consiguieron la paz á fuerza de dinero, y otros se vieron obligados á declararse contra los persas, como en nuestros tiempos hemos visto que la Prusia, la España y pequeños principados de Italia y Alemania han tenido que hacer. Cansado Artajerjes de una guerra tan inútil, se bajó hasta el extremo de pedir la paz. He aquí las condiciones que se dignaron imponerle: 1° Que sus galeras armadas no podian entrar en los mares de Grecia: 2.° que sus tropas no podrian aproximarse en ningun tiempo á mayor distancia de tres jornadas del Asia Menor: 3.° y finalmente, que las ciudades jonias serian declaradas independientes. Pues que los persas eran los que tuvieron la locura de emprender la guerra, debieran haberla sostenido noblemente, aun cuando no fuera mas que por conseguir condiciones menos vergonzosas. Ese tratado de Artajerjes fue el golpe mortal que entregó el imperio de Ciro en manos de Alejandro. Aconteció al gran rey como á muchos soberanos de la Europa actual; concluyó por cansancio una paz ignominosa en el momento en que habria podido dictarla como vencedor. Los griegos no eran ya los Griegos de Platea. No se hablaba mas en Atenas que de la conquista de Egipto, Cartago y Sicilia, y la única idea que dominaba en todos los ánimos, era el extender los límites de la república, y el poner á sus piés todas las demás naciones cargadas de cadenas.—Aun no hace mucho tiempo que los franceses no sabian donde fijar los límites de su imperio. El Rhin, durante algun tiempo les ofreció un límite demasiado estrecho. Cuando Atenas se lisonjeaba de conquistar el mundo, estaba ya próximo el dia en que habia entregado su libertad á Lisander (a).

Asi pasó aquella calamidad, terrible, fruto de la revolucion republicana de Grecia. Desde la primera invasion de los persas (4) en tiempo de Darío (490 años antes de nuestra era) hasta la época del tratado de paz de Artajerjes (año 449 de la misma cronología), extendió su desolador imperio en un período de 41 años. Jamás ninguna guerra principió (asi como la actual) con mas lisonjeras esperanzas de triunfo ni concluyó de un modo mas calamitoso.

CAPITULO LXVIII

DIFERENCIA GENERAL ENTRE NUESTRO SIGLO Y AQUEL EN QUE SE VERIFICÓ LA REVOLUCION DE LA GRECIA.

Despues de haber examinado las relaciones que existen entre la revolucion republicana de Grecia y la de Francia, deben tambien considerarse, para proceder con imparcialidad, sus diferencias. De ningun modo tratamos de sorprender la fe de nuestros lectores ni dirigir su opinion, antes por el contrario solo deseamos alejar de esta obra todo espíritu de sistema, manifestando sinceramente la verdad; (b) no porque creamos que aun teniendo la dicha de aproximarnos á ella nos pudiera valer nada mas que el odio de los partidos, sino porque creemos que no hay mas que una sola regla para obrar bien, y es, hacer cuanto se pueda en obsequio de los hombres y despreciar sus clamores.

Sucede con los cuerpos políticos como con los celestes: obra su atraccion mutuamente en razon de su distancia y gravedad. Si el menor incidente interrumpiera esa ley de armonía en el mas pequeño de los satélites, es creible que toda la creacion se resentiria; y faltando el equilibrio, chocarian los cuerpos celes-

(1) 20 junio de 1794. Me sirvo de estas fórmulas republicanas para conservar mejor el colorido.

(2) Este rasgo de la batalla de Fleurus que me ha sido referido por algunos oficiales que se hallaron presentes, volvió varias veces á repetirse durante la campaña. Careciendo los granaderos húngaros de municiones en Jemmapes se batian desesperadamente á culatazos con los franceses que asaltaban sus trincheras.

(3) Como Cimon que conquistó la casi isla de Tracia, Mironides que se apoderó de la Focida y la Feocia, etc.

(a) Los cuadros y las comparaciones que hay en este capítulo me parecen menos defectuosas, y mas interesantes que los demás; hay tambien que notar que concluyen por un rasgo que al parecer anuncia á Bonaparte y al final resultado de sus conquistas.

(4) Llamo primera invasion á la que en realidad era la segunda, habiendo Mardonio intentado otra infructuosa antes de Datis.

(b) He indicado ya la pretension de todos los hombres al sistema de no tener sistema. Por lo demás este capítulo en su totalidad es razonable y si hoy lo escribiera, no lo haria de otro modo. (N. ED.)

tes unos con otros y volveria el universo á caer en el caos hasta el momento en que despues de mil choques y mil destrucciones, volverian todas aquellas masas á describir órbitas regulares en un nuevo sistema.

En Grecia destierra una pequeña ciudad al tirano, y la conmocion que de allí nació, se fue propagando hasta las extremidades del Asia y Europa: mil pueblos rompen sus cadenas ó caen en la esclavitud: el trono de Ciro se conmueve y se desarrolla el gérmen de todos los acontecimientos y todos los disturbios futuros. Cada revolucion es consecuencia y principio de otra: de manera que sin faltar á la verdad se podria decir, que la primera revolucion del globo produjo la que en nuestros dias hemos visto en Francia.

Para convencerse de esa fatalidad que preside á todo, que es la última razon de todo, y que podria hacer que se turbara el órden de los mundos (permítaseme la expresion) solo por haber mutilado el pié del insecto que se arrastra por el polvo (a), supongamos por un momento que el suceso mas frívolo se verificó en Atenas de un modo distinto del que en realidad ocurrió; supongamos que hubiera existido un hombre de menos, ó que ese hombre no hubiese ocupado el puesto que ocupó: por ejemplo, que Epícides hubiera prevalecido sobre Temistocles. En ese caso es probable que Jerjes hubiera impuesto su yugo á la Grecia. ¿Qué habria sido de los Sócrates, Platones y Aristóteles? El astuto Filipo habria envejecido bajo el látigo de su dueño, el gran Alejandro habria muerto tal vez como actor trágico en algun escenario, ó extendido en la cruz tiria como malhechor; habrianse desarrollado nuevos sucesos, habrian surgido otros Estados en el teatro del mundo: habrian los romanos tenido que luchar con nuevos y tal vez invencibles obstáculos; habria, por decirlo de una vez, cambiado totalmente el órden de cosas que ha llegado hasta nuestro siglo.

Al fijar la atencion en el estado en que se hallaban los hombres cuando ocurrió el establecimiento de los gobiernos populares en Esparta y Atenas, y en la situacion de los pueblos en el acto de ser abolida la monarquía en Francia, no puede menos de admirar una notable diferencia que entre ambos casos se observa. Todo, ó casi todo era república en el momento de la revolucion griega: todo, ó casi todo era monarquía en la época de la revolucion francesa. En el primer caso todo eran gobiernos populares que debian influir en otros de la misma clase, en el segundo una constitucion republicana iba á chocar con las constituciones monárquicas. Tanto mas rápida es la inflamacion cuanto mas heterogénea es la materia de los cuerpos que se rozan con violencia. Segun esta ley física, es de esperar que el efecto de las actuales colisiones de Francia sea infinitamente mas activo que el de las de Grecia (b). No sentemos ninguna proposicion sin aducir pruebas.

¿En dónde se dejó sentir con mas ruda violencia el efecto de las revoluciones de este último país? En Persia ¿Por qué? Porque al chocar con principios políticos diametralmente opuestos, tuvo que armarse de todo su vigor. Empero esto nos descubre otra disparidad.

El servil persa fue presa del ciudadano libre de la Grecia. ¿Cómo subsistian las repúblicas griegas? Por medio de esclavos. ¿Cómo vivian tan libres nuestros antecesores, los Bárbaros? Por medio de esclavos. Imposible es comprender en qué principio podria establecerse una verdadera democracia sin esclavos. De manera que las repúblicas son absolutamente imposibles segun nuestros modernos sistemas (c). Admiracion me causa el ver que los franceses, tan imitadores de los antiguos no hayan reducido á esclavitud á los pueblos conquistados. Ese era el único camino de encontrar lo que se llama libertad civil (d).

Hé aquí, pues, dos diferencias esenciales en los siglos, dependientes, la una del gobierno y la otra de las costumbres. ¿No habrá en el concurso casual de las cosas alguna circunstancia que determine, retarde, acelere ó modifique el efecto de esta ó aquella circunstancia? Vamos á examinarlo.

La mayor parte de los Estados contemporáneos de los atenienses y de los espartanos, estaban distantes de sus pueblos célebres. ¿Por qué conducto se habian propagado las luces sobre todo el globo desde aquel pequeño rincon del mundo? ¿Tenian los griegos interés en comunicarlas? Apegados enteramente á su patria, cuyo suelo sabian cultivar y defender con sus propias manos, apenas mantenian aquellos antiguos varones alguna que otra relacion con los demás pueblos. Usando cada nacion distinto idioma, no conociendo el sistema de correos, el de carreteras, ni el de la imprenta, vivian reducidas al aislamiento. De aquí resultaba que todo descubrimiento en materias morales, políticas ó científicas, quedaba limitado al país en que se habia hecho, ó bien se convertia en especulacion de un reducido número de hombres que las mas de las veces estaban muy interesados en ocultarlo á la multitud. Por otra parte, los pueblos con sus preocupaciones nacionales y por exclusivismo de amor patrio, ocultaban cuidadosamente sus propios conocimientos y su felicidad. De manera que ese espíritu de fraternidad universal que anima á los republicanos modernos, es de presumir que hubiese hallado muy poca acogida allá en la remota antigüedad (e).

En este particular es donde manifiestamente se echa de ver la desemejanza de los tiempos. Nuestros correos, nuestras vias públicas, y sobre todo la imprenta, contribuyen á que todos los Europeos podamos considerarnos como ciudadanos de un mismo país. ¿Se desarrolla alguna nueva idea, se hace algun interesante descubrimiento en Londres ó en París? No pasaran muchas semanas sin que llegue á noticia del que vive en las orillas del Danubio, del que habita en Roma, del vasallo de San Petersburgo y del esclavo de Constantinopla, que se la apropiaran, comentaran y bien ó mal la aplicaran en provecho suyo. Rara vez visitaban los antiguos las regiones extranjeras, porque eran casi insuperables las dificultades que se oponian á la traslacion de un punto á otro. En nuestros dias un viaje á Rusia, Alemania, Italia, Francia é Inglaterra ¿qué digo? un viaje alrededor del mundo, es asunto de algunas semanas, de algunos meses, ó de algunos años, calculados con algunos minutos de diferencia. Tampoco es en el estado actual de civilizacion un obstáculo la diversidad de idiomas, pues todos son recíprocamente conocidos en todos los pueblos.

Así es que á la menor revolucion que ocurria en los tiempos antiguos desaparecian los libros raros y los

(a) La palabra *fatalidad* disuena en ese párrafo. La mutilacion del pié de un insecto sobre ser una comparacion exagerada no podria aplicarse sino á un órden de cosas físicas; mas á pesar de eso las ideas en mi concepto estan en su verdadero punto de expresion. *El astuto Filipo envejeciendo bajo el látigo*, Alejandro reducido á ser *un actor trágico*, ó un *bandido* si *Epicides hubiera prevalecido sobre Temistocles* son observaciones de que cada acontecimiento desarreglado podria presentar una larga serie.

(b) La experiencia ha demostrado la exactitud de esta reflexion; mas al demostrar la diferencia que existe entre ambas revoluciones, trabajo contra mi propio sistema. (N. ED.)

(c) Si, toda república bajo la forma de las antiguas; pero no como ya lo he indicado una multitud de veces una república basada en los principios de civilizacion. Imposible es que los pueblos civilizados se sometan á una servil esclavitud, sin que un gobierno verdaderamente ilustrado se desenfrene al despotismo. (N. ED.)

(d) Hubiera debido decir *política*. (N. ED.)

(e) Esta página destruye enteramente mi sistema, mas ya en otra nota he hablado sobre el particular combatiéndolo (N. ED.

monumentos artísticos; la tierra volvia á retroceder á la primitiva barbarie, y los nombres que se libraban de aquella catástrofe tenian que volver á principiar como los primeros habitantes del globo una nueva carrera, pasando lentamente por todos los grados por donde fueron avanzando sus antecesores. Apagada la antorcha de las ciencias, era muy costoso volver á encontrar el foco de luz en donde volver á reanimarla, y no habia mas remedio que esperar la aparicion de algun genio creador que volviera á encenderla, bien así como la lámpara de Vesta que una vez apagada no podia encenderse sino á los rayos del fuego solar. ¡Qué enorme diferencia en los tiempos actuales! A nadie le es dado calcular la altura á que la sociedad puede elevarse en un tiempo en que nada se pierde, en que nada puede perderse: ¿No es esto por ventura caminar hácia lo infinito?

A primera vista parece que yo destruyo en este capítulo lo que he dicho en el anterior, pues ¿qué aplicacion podrá hacerse de los tiempos pasados á los modernos existiendo tan notables diferencias entre ambos? (a) Es indudable que á muchos lectores deslumbrará ese sistema de perfeccion á que vamos llegando. Si fuera ocasion de entrar en la discusion de una tan interesante materia no me seria difícil probar, que nuestra posicion es en realidad la misma que la de los pueblos antiguos, por lo tocante á los resultados, y que hemos perdido en costumbres lo que hemos ganado en instruccion. No parece sino que la providencia ha establecido tal equilibrio entre ambas cosas y que no puede enaltecerse la una sin menoscabo de la otra, como si de su consonancia estuviese destinada á prevenir la perfeccion de la humana raza. Es tambien muy cierto que de las luces no nace directamente la virtud; pues puede muy bien darse el caso de que un gran moralista sea un malvado. Queda por lo tanto la cuestion de felicidad en igual proporcion respecto de los pueblos antiguos y modernos, pues no es posible que exista sino en donde puede presentarse asociada á la pureza del alma. Eso mismo diremos por lo tocante á los buenos resultados que puedan esperarse de la revolucion actual si por mas alto que sea el grado de nuestras luces, no ha llegado el espíritu á obrar directamente sobre el corazon. Por otra parte, ¿que ciencia nos enseñará el secreto de cambiar la naturaleza del alma? ¿Qué palabras desarraigaran los pesares de este suelo surcado por ellos en todas direcciones? Si el hombre á despecho de su filosofía está condenado á vivir con sus deseos, nunca podrá redimirse de su esclavitud, nunca dejará de parecerse al hombre del dolor de los tiempos pasados, al hombre del angustioso momento en que escribo esta página, y al hombre de los nuevos siglos de miserias que vendran en lo sucesivo. Cuando el Ser Omnipotente que tiene en su mano el corazon de los hombres, ha querido en la inmensidad de sus juicios comprimir el resorte de la humana felicidad, nada importa que para mayor confusion haya dejado que sus gigantescas cabezas se hayan elevado casi á la altura de las esferas que ruedan por el espacio. Si el corazon no puede perfeccionarse, si la moral no alcanza á salir del estado de corrupcion ni aun con el auxilio de las luces, en ese caso adios planes de república universal, adios fraternidad de las naciones, adios paz general, adios deslumbrador fantasma de una felicidad duradera sobre este suelo! (b).

Si la influencia inmediata de la revolucion republicana de la Grecia tuvo que ser modificada por todas las causas que acabamos de indicar, es de creer que la revolucion francesa, libre de todos aquellos obstáculos producirá un efecto mucho mas rápido no siendo que encuentre al paso otros elementos de resistencia mas poderosos que la velocidad de su accion. No es este lugar á proposito para entrar en esta discusion; pero puede dudarse que la abolicion de la monarquia francesa produzca al género humano efectos remotos mas grandes y duraderos que los que resultaron de la abolicion de la monarquia en Grecia. Vuelta el Atica á la libertad se cubrió de toda clase de monumentos artisticos. Los Praxiteles, los Fidías, los Zeuxis y los Apeles unieron los esfuerzos de su ingenio con los de los Sofocles y Eurípides. Las luces diseminadas en las demás partes del mundo vinieron á concentrarse en este foco comun de donde andando el tiempo volvieron las diversas naciones á tomarlas. No habria tal vez Roma salido de su estado de barbarie sin el auxilio de la Grecia; la elocuencia de Demóstenes envolvia el gérmen de la de Ciceron, la sublimidad de Homero, la sencillez de Hesiodo, y las gracias de Teocrito, fueron precisas para que descollara en esos tres géneros la musa de Virgilio. No habrian hablado como hombres los lobos de Fedro, si los de Esopo hubieran sido mudos, y por último nosotros, celtas groseros, oriundos de los bosques no nos jactariamos de contar entre nosotros á los Racine, los Neuton, los Dryden, los Sidney, ni á otros mil hombres eminentes. y permaneceriamos todavía como nuestros antepasados sometidos á los druydas ó á los tiranos.

¡Felices los griegos si al adquirír tantas luces no hubieran perdido la pureza de las costumbres¡ ¡Felices si no hubieran cambiado las virtudes que les salvaron de Jerjes, por los vicios que les hicieron caer en manos de Filipo!. Vamos ahora á tratar de esta segunda revolucion, dando aqui fin á la primera parte de este libro primero, despues de añadir un capitulo de reflexiones á manera de resúmen. Mas de una vez pasaremos durante el curso de esta obra desde la luz á las tinieblas, y de un período de felicidad á otro de miseria? ¿Nos quejaremos por eso? Es de creer que nuestra felicidad ha sido calculada con arreglo á la inconstancia de nuestros deseos, y que la dósis de felicidad nos ha sido dada con medida, porque nuestro corazon es insaciable. La naturaleza nos trata como niños enfermos, cuyos apetitos se niega la madre á satisfacer, al mismo tiempo que calma sus llantos por medio de ilusiones y esperanzas. En nuestro alrededor hace vagar una multitud de fantasmas, hácia las cuales alargamos las manos sin poder alcanzarlas presentando tan maravillosas perspectivas á nuestros ojos que nos imaginamos ver Campos Eliseos hasta en el fondo de la tumba (c).

CAPITULO LXIX.

RECAPITULACION.

Acabo de demostrar la accion inmediata de la revolucion republicana del Atica sobre la Persia. Hemos visto que insurreccionó por el resorte de sus opiniones los pueblos sometidos á aquel imperio, envolviéndolo en una guerra funesta que costó la vida á millones de hombres, sin que los pueblos adelanta-

(a) Asi es efectivamente. La sutileza con que intento volver á entrar en mi nuevo sistema no es admisible. Mi buen sentido y mi amor á la verdad prevalecian sobre los sueños de mi imaginacion. (N. ED.)

(b) No falta un principio de verdad en todo eso. Los que hayan leido mis obras podran observar que este Ensayo es por decirlo asi la mina de donde he sacado las ideas diseminadas en mis demás escritos. Mas siendo el hombre infinito como realmente lo es por lo tocante á su espíritu, nada puede impedir que su inteligencia siga perfeccionándose constantemente. No puede por consiguiente la ciencia política, que en los pueblos antiguos perteneció al órden intelectual, asi como entre los modernos se deriva del órden moral, ser contenida en sus progresos por una corrupcion que no tiene poder sobre ella. (N. ED.)

(c) ¡Siempre el mismo, creyendo, y queriendo dudar. Por una debilidad de amor paternal casi he estado á punto de perdonarme esas frases. (N. ED.)

ran mucho en dicha ni en libertad. Cierto es que la córte de Suza fue humillada; ¿pero pudo llamarse por eso mas dichosa la Grecia? ¿No se dejó corromper por sus victorias? ¿No fueron los vicios y por último la esclavitud el resultado de aquellas acciones, al parecer tan gloriosas?

Por lo relativo al efecto remoto que en el imperio de Ciro produjo la caida de la monarquía en Atenas, nadie ignora el nombre de Alejandro, ni la conquista del Asia.

Recapitulemos en breves palabras las diversas influencias ejercidas en las naciones contemporáneos por el establecimiento del gobierno popular en Grecia De la suma de estos datos deben nacer las verdades que constituyen el objeto de nuestras investigaciones en este *Ensayo*.

La revolucion republicana de Grecia influyó:

Sobre el Egipto.

por medio de las armas. Produjo algunas calamidades pasajeras y no pudo enseñorearse de la opinion, porque la subdivision de clases de la sociedad y el sistema teocrático eran dificultades insuperables.

Sobre Cartago,

que era todavía un pueblo guerrero. La situacion topográfica y la excelencia del gobierno púnico le salvaron del peligro de las innovaciones y del contagio del ejemplo.

En Iberia,

la reaccion de las turbulencias del Atica no causó mas que desgracias. Es verósimil que el esclavo en el fondo de las minas pagó con sus lágrimas y sudores la libertad de Atenas.

En los Celtas,

divulgó las luces y por consiguiente la corrupcion (a). Fue tambien causa remota de la esclavitud de esos pueblos, contribuyendo á que los Romanos los conquistáran fácilmente.

En Italia,

el establecimiento de las repúblicas griegas propendió hácia la política. No es tampoco imposible que hubiese contribuido á la revolucion producida por Junio Bruto por la razon de haber ocurrido el viaje de ese grande hombre á Delfos casi en el momento en que Hiparco era asesinado por Harmodio. No despreciarán esta conjetura los que saben con cuánta facilidad nacen tal vez los mas atrevidos proyectos de las causas mas triviales (1).

En la grande Grecia,

la revolucion, cuyos efectos estamos investigando, influyó en la moral y dió márgen á varias reformas útiles, pero transitorias.

En Sicilia,

desarrolló la guerra y la monarquía: la una fue de corta duracion, pero la otra costó por espacio de mucho tiempo lágrimas y sangre siracusana.

En Escitia,

obró filosóficamente en sentido vicioso: los pobres y virtuosos pastores del Danubio se dejaron sobornar por el halago de las ciencias, y al último fueron dominados por el del oro.

En la Tracia,

no causó mas que algunas desolaciones, librándose aquellos pueblos por su barbarie de los efectos políticos y morales de la revolucion republicana.

Finalmente Tiro

pudo evadirse de la influencia armada de la revolucion, siendo la causa que la libró del contagio el espíritu mercantil y laborioso de sus ciudadanos.

Hemos hablado de la Persia en el principio de este capítulo. El lector al recorrer esta escala habrá indudablemente deducido lleno de admiracion la verdad que resulta de sus detalles. ¿Esa revolucion tan ponderada, esa revolucion que mereció serlo, esa revolucion toda virtud y toda verdadera libertad, no produjo pues en último resultado, exceptuando Roma y la grande Grecia, sino calamidades en todos los demás pueblos? ¿Pues qué? ¿No podrá un pueblo adquirir su libertad sino á expensas del resto de los hombres? ¿Será por ventura el mal la reaccion del bien? ¿No presentará, considerada bajo este punto de vista la historia, una nueva perspectiva? ¿No penetra un rayo de luz en la lobreguez de las cosas, manifestando el recíproco enlace de los pueblos? Si los griegos del tiempo de Arístides, al romper sus cadenas, no causaron sino males al género humano, ¿qué se podrá razonablemente esperar (dejando el sistema de perfeccion aparte) de la influencia de la revolucion francesa? ¿Podremos creer que todo va á ser virtud y libertad por haberse unos corrompidos franceses complacido en cambiar un rey por cinco tiranos (b)? Córrese el velo del porvenir. Dejo al lector en el abismo de penosas reflexiones, dudas y conjeturas á que la consideracion de lo que acabamos de decir le habrá conducido.

CAPITULO LXX.

ASUNTOS Y REFLEXIONES SUELTAS.

Despues de haber recorrido una obra, quedan generalmente una multitud de pensamientos confusos é ideas incoherentes, las unas enlazadas íntimamente con el asunto del libro, y las otras inspiradas por su lectura. Voy, pues, á presentar este efecto natural de una primera lectura, reproduciendo mis ideas sueltas en la forma que las he estampado en el papel, despues de haber revisado el bosquejo de mi trabajo y añadiendo solamente los ligeros matices necesarios para armonizar el colorido. Sabido es que no hay pensamiento tan rudamente expresado, que mediante un poco de reflexion no revele algun enlace con otro anterior, y no pocas veces es un estudio altamente instructivo el investigar las ocultas afinidades que repentinamente se descubren entre dos ideas totalmente opuestas.

Al concebir por primera vez el plan de este libro, revisé los clásicos que me daban noticia de las revoluciones de la Grecia. A cada página se me presentaba un nuevo horizonte de reflexiones y de semejanzas. Despues que conseguí bosquejar la revolucion descrita en este primer libro del *Ensayo*, empecé á ver los objetos con algo mas de claridad, particularmente despues que examiné la parte influyente de aquella revolucion, parte enteramente nueva en la historia, y en la cual no me acierto á explicar por qué razon nadie ha pensado hasta el presente. Desprendiéndome de una multitud de pensamientos secundarios, confié al papel las notas siguientes que forman una especie de resultado de las verdades generales que pueden deducirse de la revolucion republicana de Grecia.

(a) Aquí habla del discípulo de Rousseau. (N. ED.)

(1) La caida de una manzana reveló á Newton el sistema del universo.

(b) No deja de haber alguna parte de verdad en estas reflexiones; mas cuando se coloca la revolucion particular de Francia en el movimiento del órden social, y en la revolucion general que visiblemente va teniendo lugar en la especie humana, no indica sublimidad de miras ni prevision el reducir la revolucion francesa al único hecho del sacrificio del rey legítimo, y al establecimiento de una usurpacion. (N. ED.)

¿Existe una libertad civil? Lo dudo. ¿Los Griegos fueron mas dichosos? ¿Mejoraron despues de su revolucion? No. Cambiaron sus males de valor nominal, pero su valor intrínseco siempre fue el mismo.

Por mil esfuerzos que se hagan para penetrar en las causas de los trastornos de los Estados, siempre se echa de ver que hay algo que se escapa á la investigacion, un no sé qué oculto en no sé donde que al parecer es la razon eficiente de todas las revoluciones. Esta razon misteriosa inquieta tanto mas al investigador, cuanto que la ve desaparecer en el hombre de la sociedad. ¿Mas este por ventura no fue anteriormente el hombre de la naturaleza? Luego á este es á quien se deberá interrogar. ¿Nacerá tal vez ese desconocido principio de aquella vaga inquietud propia de nuestro corazon, por la cual nos disgustamos igualmente del bien que del mal, y será ella la que nos irá impeliendo de revolucion en revolucion hasta el fin de los siglos? Mas aun siendo asi, ¿cuál será la causa de donde esa inquietud se deriva? No lo sé: tal vez de la conciencia de otra vida; tal vez de una aspiracion hácia la divinidad. ¿Quién podrá decirlo? Pero lo cierto es que existe en todos los pueblos, lo mismo entre los salvajes que entre los pueblos civilizados: cierto es tambien que se aumenta particularmente por las malas costumbres, y llega hasta el punto de causar la ruina de los imperios.

En las causas de la revolucion francesa encuentro una prueba muy manifiesta de esa inquietud. Esencialmente se han diferenciado esas causas de las que

EL PRIMER NAVEGANTE.

ocasionaron las revoluciones políticas de la Grecia en el siglo de Solon. No se ve que los atenienses fuesen muy desgraciados, ni estuvieran muy corrompidos en aquella época. ¿Pero cuál era la moralidad de la Francia en 1789? ¿Podia nadie tener esperanza de librarse de una espantosa destruccion? No hablaré del gobierno: solamente haré observar que donde quiera que por espacio de muchos años se concentran el poder y las riquezas en un reducido número de hombres, cualquiera que sea su orígen, plebeyo ó patricio, y el manto con que se encubran republicano ó monárquico, necesariamente llegaran á corromperse en la misma progresion en que se alejaron del primer término de su institucion. En semejante caso cada hombre de aquellos, ademas de sus vicios particulares, tiene los vicios de sus antecesores. De aquí nace aquel continuo cambio de sistemas, de proyectos y de intenciones. Aquellos enanos políticos iban acompañados de una hambrienta comitiva de lacayos, de aduladores, de farsantes y de cortesanas. Todos esos seres de efímera existencia se daban prisa á devorar la sustancia del pobre antes de que llegara el momento de su transformacion en otra clase de insectos no menos caducos y ávidos que ellos.

En tanto que las locuras é imbecilidades del gobierno exasperaban el espíritu del pueblo, los desórdenes en el estado moral habian llegado á su apogeo, y conmovian el órden social de un modo espantoso. El celibato habia adquirido desmesuradas proporciones aun entre los individuos de la última clase del pueblo. Aquellos hombres aislados y por consiguiente egoistas, trataban de llenar el vacío de su existencia turbando las familias de los demás. ¡Ay del Estado cuyos ciudadanos buscan la felicidad fuera de la moral y de los mas tiernos afectos de la naturaleza! Si por una parte habia ido creciendo el número de los celibatos, por la otra las personas casadas habian adoptado ideas no menos disolventes de la sociedad. El principio de considerar como un bien el tener pocos hijos, habia sido adoptado casi generalmente en todas las ciudades de Francia, en algunos matrimonios por miseria, y en el mayor número por la relajacion de costumbres. No es fácil que unos padres sumidos en el egoismo se avengan á sacrificar las comodidades de la vida para educar

una numerosa familia; y este amor de sí mismo solia justificarse con apariencias de filosofía. Unos decian: ¿Para qué hemos de dar vida á unos seres que necesariamente seran desgraciados? ¿Para qué hemos de aumentar el número de los pordioseros? exclamaban otros. Dejo cubiertos con un velo los demás motivos secretos de semejante depravacion. Nada diré de las mujeres; pues siendo mejores que nosotros, no tienen mas falta sino la de ser lo que nosotros queremos que sean: nuestra es la culpa.

Si tales costumbres afectaban á la sociedad en general, aun influian mucho mas sobre cada individuo en particular. No encontrando el hombre su felicidad en los lazos de la familia, y desconfiando no pocas veces hasta del dulce nombre de padre, se acostumbró á crearse una felicidad independiente de la de los demás. Rechazado del seno de la naturaleza por las costumbres de su siglo, se encerraba en un frio egoismo que destruia hasta las raices de la virtud. Por colmo de males una atroz filosofía, al arrebatarle su felicidad sobre la tierra, le habia hecho perder su esperanza en la otra vida. En tal situacion, hallándose aislado en medio del universo, no teniendo por alimento mas que un corazon vacío y solitario, que nunca habia experimentado los latidos de otro: ¿qué maravilla es que el hombre estuviera pronto á lanzarse tras del primer fantasma que le prometiera llevarle un nuevo universo?

Se dirá que es un absurdo el representar al pueblo francés en tal grado de infelicidad y aislamiento; que lejos de eso se hallaba en un estado floreciente, numeroso, etc. El estado de poblacion que por de pronto parece destruir mi aserto, no hace en realidad mas que corroborarlo, pues no era efectivo sino en la clase agrícola, porque en ella se conservaban aun las antiguas costumbres: sabido es que no fueron los aldeanos los que consumaron la revolucion. Por lo tocante al estado de prosperidad contestaremos que no se trata de lo que la nacion parecia ser, sino de lo que era en realidad. Los que en el Estado no ven mas que coches, ciudades populosas, tropas, aparato y ruido, tienen razon de decir que la Francia se hallaba en una próspera situacion. Empero los que creen que la gran cuestion de la felicidad está lo mas cerca posible de la naturaleza; que cuanto mas se desvie de esta tanto mas se precipita en el infortunio, y que entonces en vano es tener la sonrisa en los labios delante de los hombres, porque el corazon á despecho de esos placeres ficticios permanece agitado, triste y consumido en el secreto de la vida; los que opinen de este modo no podran menos de convenir en que aquel disgusto general de sí mismo que aumenta la inquietud secreta de que ya he hablado, y aquel sentimiento de mal estar que cada individuo lleva en sí mismo, son en un pueblo la situacion mas favorable para una revolucion.

MELISADE MUERE EN LA PRISION.

¡Pues bien! en el momento que el cuerpo político todo lleno de manchas de la corrupcion, iba á caer en una disolucion general, se levantó repentinamente una raza de hombres, y llevados de su vértigo quisieron que resonáran en Francia la hora de Esparta y la de Atenas. En el acto resonó un grito de libertad; el viejo Júpiter al despertar de un sueño de mil y quinientos años, se admiró de verse proclamado en Santa Genoveva. Cubren la cabeza de un bausan de París con el gorro de ciudadano de la Laconia, y revistiéndole á pesar de sus vicios y sus defectos con las sublimes virtudes de la Lacedemonia, le hacen representar en esa pantomima el papel de payaso á los ojos de Europa.

¡Oh sublimes políticos que caminando á la inversa de Licurgo pretendeis establecer la democracia cuando todas las naciones retroceden por la naturaleza de las cosas á la monarquía, es decir, á la época de la corrupcion! ¡Oh célebres filósofos que creeis que la libertad existe en lo civil, que preferís el número cinco á la unidad, y que imaginais ser mas felices bajo la canalla del barrio de San Antonio que bajo la de los

empleados de Versalles!—¿Mas qué es lo que se debia haber hecho? Lo ignoro. No sé mas sino que puesto que os sentiais acosados del furor de destruir, debiais haber pensado en levantar un edificio que fuese digna habitacion de franceses, y sobre todo que debiais haber tratado de libraros del entusiasmo hácia las instituciones extranjeras. El peligro de la innovacion es terrible; rara vez conviene á un pueblo lo que es bueno para otro. Tambien yo quisiera pasar mis dias bajo una democracia tal cual muchas veces me la he imaginado, considerándola como el mas sublime de los gobiernos en teoría, y tambien yo he vivido como ciudadano de Italia y de Grecia: tal vez mis opiniones actuales no son mas que el triunfo de la razon sobre mis inclinaciones. Pero empeñarse en establecer repúblicas en todas partes y á pesar de todos los obstáculos, es un absurdo en la boca de muchos, y una maldad en la de algunos.

He reflexionado largo tiempo sobre este particular, y no aborrezco á una constitucion mas que á otra considerada abstractamente. Tomada cada una en lo que me concierne como individuo, todas me son perfectamente indiferentes: mis costumbres son mas propias de la soledad que de los hombres. ¡Ah, desgraciados! ¡Nos estamos atormentando por un gobierno perfecto y todos somos viciosos! ¡Por un gobierno bueno y todos somos malos! ¡Hoy nos estamos agitando por un vano sistema, y mañana habremos dejado de existir! De los sesenta años que el cielo tal vez nos ha concedido para arrastrarnos sobre este globo, gastamos veinte en nacer, veinte en morir, y la mitad de los otros veinte se desvanecerá en el sueño. ¿Tememos que las miserias inherentes á nuestra naturaleza de hombre, no sean suficientes para llenar ese breve espacio y para aumentarlas, les añadimos los males de la opinion? ¿Es por ventura un instinto indeterminado, un vacío interior que no podemos llenar el que nos tortura? Yo tambien he sentido esa sed vaga de alguna cosa. Ella es la que me ha arrastrado por las silenciosas soledades de América y por las bulliciosas poblaciones de Europa; para satisfacerla me he abismado en la profundidad de los bosques del Canadá, y entre la multitud que hormiguea en los templos y jardines europeos. ¡Cuántas veces me ha hecho abandonar el espectáculo de nuestras ciudades para ir lejos á contemplar el ocaso del sol desde algun sitio salvaje! ¡Cuántas veces he huido de la sociedad de los hombres, y he permanecido inmóvil en alguna playa solitaria contemplando por espacio de horas enteras con esa misma inquietud el cuadro filosófico del mar! Esa sed me ha hecho seguir en torno de sus palacios y de sus espléndidas cacerías á esos reyes que dejan en pos de sí una larga celebridad, y por ella me he sentado tambien silencioso en la puerta de la cabaña hospitalaria junto al salvaje cuya vida pasa tan ignorada como los rios sin nombre que corren por sus desiertos. Hombre, si tu destino es llevar do quiera que vayas, un corazon devorado por un deseo desconocido: si esa es tu enfermedad, aun te queda un recurso. Haz que las ciencias, esas hijas del cielo, llenen ese vacío fatal que tarde ó temprano te conduciria á la ruina. La calma de las noches te está invitando. ¿Ves esos millones de astros suspendidos por todas partes sobre tu cabeza? Investiga siguiendo los pasos de Newton las leyes ocultas que tan ordenadamente hacen girar esos globos de fuego al través de la azulada bóveda, si la divinidad toca tu corazon, medita y adora al ser incomprensible que con su inmensidad llena esos espacios sin límite. ¿Seran tal vez esos estudios demasiado sublimes para tu inteligencia, ó llegará acaso tu miseria hasta el punto de no tener esperanza en ese Padre de los afligidos que ha prometido consuelo á todos los que lloran? Otras ocupaciones hay no menos gratas, si bien no tan profundas. En vez de entretenerte con los odios de la sociedad, contempla las pacíficas generaciones, las dulces simpatías y los amores del reino mas encantador de la naturaleza. En ese caso no te verás rodeado mas que de placeres. Por lo menos tendrás la ventaja de volver á encontrar cada mañana tus plantas queridas, en tanto que en el mundo, cuantos ¡Ah! hemos apretado sobre el corazon la mano de un amigo que al dia siguiente hemos buscado en vano! Vivimos en el mundo cual si asistieramos á una comedia: cuando mas atentos estamos al espectáculo, suena el silbido y desaparecen los palacios encantados, quedando en su lugar decoraciones confusas y actores desconocidos.

Empero cualesquiera que sean nuestras ocupaciones, sea que nos vayamos envejeciendo en el taller del artesano, ó en el gabinete del filósofo, no perdamos de vista que no es vana nuestra pretension de ser libres en el órden político. Independencia individual ¡he aquí el grito que continuamente está resonando en nuestro interior. Préstemos atencion á esa voz de la conciencia. ¿Qué es lo que ella nos dice con arreglo á la naturaleza? «Sed libres.» ¿Y con arreglo á las inspiraciones sociales? «Dominad.» Mentir seria negarlo. No nos avergonzemos porque yo con mano temeraria arranque el velo con que nos empeñamos en cubrirnos á nuestros propios ojos. La libertad civil no es mas que un sueño, un sentimiento imaginario que no habita en nuestro seno: aprendamos á elevarnos á la altura de la verdad y á despreciar los axiomas de la mezquina sabiduria de los hombres. Tal vez nos insultaran por no habernos comprendido: los hombres honrados nos acusaran de principios perniciosos porque hemos ido á investigarlos en el fondo de su alma donde se imaginaban estar seguros y porque hemos puesto á la vista del público toda la pequeña máquina de su corazon. Riámonos del clamor de la multitud contentándonos con saber que en tanto que no volvamos á la vida del salvaje, constantemente tendremos que depender de algun hombre. ¿Qué importa, pues, que seamos devorados por una córte, por un directorio ó por una asamblea del pueblo?

Sin cesar tendremos que echar de ver que nos estamos engañando; que la hora presente está siempre acusando de error á la que acaba de pasar. ¿Iremos pues á atormentarnos á nosotros mismos y á nuestros semejantes por una opinion que dominando al principiar el dia habrá desaparecido del todo al llegar la noche? Todo gobierno es un mal; todo gobierno es un yugo; mas abstengámonos de sacar la consecuencia de que es preciso romperlo.

Puesto que nuestro destino es un esclavo, soportemos sin murmurar nuestra cadena, y tratemos de acomodar los eslabones de ella, ya sean reyes, ya sean tribunos con el tiempo y sobre todo con nuestras costumbres. Estemos seguros, por mas que se diga que vale mas obedecer á uno de nuestros compatriotas rico é ilustrado, que á una multitud ignorante que nos abrumará con todas las calamidades.

Y vosotros ciudadanos ¡vosotros que gobernais esa patria siempre cara á mi corazon, reflexionad; ved si hay en toda Europa una nacion digna de la democracia! Devolved la felicidad de nuestra comun patria, devolviéndola á la monarquía hácia la cual os arrastra la fuerza de las cosas. Mas si persistís en vuestras quimeras, no os engañeis; tened entendido que nunca llegareis á realizarlas por medio del moderantismo. Ea execrables verdugos, objeto de horror de vuestros compatriotas, objeto de horror de toda la tierra, volved á poner en accion el sistema de los jacobinos; volved á dar movimiento á vuestras ensangrentadas guillotinas; y haciendo rodar cabezas en torno vuestro, ensayad establecer en la desierta Francia vuestra espantosa república como la paciencia de Shakespeare, «sentada sobre un sepulcro y sonriendo al dolor.» (a)

(a) He aquí uno de los capítulos mas extraños de toda

LIBRO PRIMERO.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

SEGUNDA REVOLUCION.—FILIPO Y ALEJANDRO.

Cambia la escena; de la semejanza de los sucesos pasamos á la de los hombres. Hasta el presente los cuadros se han parecido por lo tocante á las situaciones; pero los personajes casi siempre han sido diferentes entre sí. Ahora por el contrario, las afinidades aparecerán en los grupos, y los contrastes en el fondo. Cuanto mas avanzemos hácia los tiempos de corrupcion, de luces y de despotismo, tanto mas nos aproximaremos á nuestros tiempos y costumbres. Alguna vez nos creeremos transportados á nuestras sociedades en medio de grandes mujeres, y pequeños hombres, de filosofos y de tiranos; personas roidas de vicios clamaran desaforadamente por la virtud; magnificos tratados acerca de la ciencia de la libertad, conduciran á los pueblos á la eslavitud, y por último, veremos que la multitud que nos rodea se compone en sus dos terceras partes y media de estúpidos y el resto de bribones.(a)

Pericles habia tomado la verdadera senda para llegar á la felicidad. Tratando al mundo como se merece, no presentaba, cuando la necesidad le obligaba á comparecer en él mas que ideas comunes y un corazon de hielo. Mas encerrándose por la noche con Aspasia y un reducido número de amigos íntimos les revelaba sus opiniones ocultas y un corazon de fuego. No tardaron los tontos en echar de ver el desprecio con que los miraba, pues hay que advertir que los tontos tienen un maravilloso tacto en lo tocante á este particular y que nada les ofende tanto como la indiferencia del desprecio. Acusaron pues á la tierna amiga de Pericles y este no pudo salvarla sino á fuerza de lágrimas: sin embargo ¿quién era mas acreedor que él á la gratitud de sus conciudadanos? pero como profundo conocedor de los hombres fundaba muy pocas esperanzas en ella. La gratitud es nula entre los mas necesitados, porque el sentimiento de su propia necesidad absorve todos sus afectos: existe alguna vez como virtud en el obrero pobre, pero no indigente: suele cambiarse en odio en el individuo colocado en la categoría inmediata á la del bienhechor; es un peso para los filósofos y no cabe en la memoria de los cortesanos. De aquí se infiere que es preciso hacer bien al infimo pueblo por deber, obligar al artesano por satisfacion del corazon, no tener mas que una extremada urbanidad respecto de la clase media, no prestar á los literatos sino lo que estrictamente pueden devolver, ni dar á los poderosos sino lo que pensabamos arrojar por la ventana (a).

A estas pequeñas caricaturas de nuestras sociedades acompañaran nuestras grandes escenas trágicas: la tiranía, las proscriciones, los reyes juzgados y sentenciados por los pueblos, y otros que han sido únicamente derrocados del trono y se han visto precisados á ganar el sustento con el trabajo de sus manos y por último nuestras abominables revoluciones con el acompañamiento de sus vicios.

Expliquemos el plan de esta parte de la obra.

Compréndese que es imposible seguir en ella el curso regular de la historia, ni aun adherirse á grandes detalles. Lo que nos falta pintar acerca de la historia griega se reduce á la parte que media desde la epoca que hemos descrito hasta el reinado de Filipo y Alejandro, en cuyo tiempo Atenas y Lacedemonia perdieron su libertad, sino de nombre, por lo menos de hecho.

En este período que contándolo desde el momento en que se hizo la paz con los persas hasta la batalla de Queronea, encierra un espacio de ciento once años, nos aprovecharemos únicamente de tres rasgos característicos: la caida de la constitucion y el reinado de los Treinta Tiranos en Atenas, la de Dionisio el Jóven en Siracusa, y por ampliacion la sentencia de Agis en Esparta. Ese sistema nos facilitará el modo de ver la edad de corrupcion en las tres principales ciudades griegas del antiguo mundo. No haremos mas que indicar la revolucion de Filipo, porque no está directamente enlazada con el objeto de esta obra; pero al mismo tiempo nos extenderemos al hablar del siglo de Alejandro, cuyas relaciones con nuestra época, son bastante íntimas consideradas bajo el aspecto filosófico. Resta decir que en obsequio de la brevedad hemos dado á esta segunda parte del Ensayo el nombre general de Revolucion de Filipo y Alejandro.

CAPITULO II.

ATENAS.—LOS CUATROCIENTOS (1).

El Atica aparece desolada por veinte años de guerras; (2) la peste, no menos destructora, ha arrebatado la mayor parte de sus habitantes, y los que han sobrevivido estan encenagados en todos los vicios. Pericles ya no existe: Alcibiades, fugitivo desde la des-

obra, y acaso uno de los pasajes mas extraordinarios que pueden haberse escapado á la pluma de ningun escritor: es una especie de lóbrega orgía de un corazon herido, de un espíritu enfermo, ó de una imaginacion que reproduce las fantasmas de que se ve obsediada ella misma, es la manera de Rousseau, de René y la expresion de un alma cansada, aburrida de todo. El autor aparece realista por desesperacion de no poder ser republicano, juzgando que la república es un hecho imposible: deduce atrevidamente las causas de una revolucion que en su concepto llegó á ser *inevitable*, y al mismo tiempo la ataca denodadamente. No contentándose con nada de lo pasado ni de lo presente, infiere que todo gobierno es un mal, que la libertad *civil* (quiere decir *política*), no existe; que todo se reduce á la independencia individual, y de aqui toma argumento para proponer la vida salvaje. No sabe cómo expresar todo lo que siente: crea un nuevo idioma; inventa las palabras mas bárbaras, y á otras no les da su acepcion natural. No parece sino que habiéndome sentado en la Trípode se ve atormentado por un númen maléfico: solo una cosa le queda en medio de ese delirio, el sentimiento religioso.

Habia tratado de refutar una por una las frases de que se compone este capítulo, pero no ha tardado en caérseme la pluma de la mano. No me ha sido posible seguirme á mí mismo al través de ese caos: la locura de las ideas, la contradiccion de los sentimientos, la falsedad de las razones y el neologismo, reducen todo mi comentario á exclamaciones de dolor y de piedad. Por lo que he creido que valia mas condenarme de una vez al fin del capitulo y hacer penitencia con la cuerda al cuello por lo que he pecado contra el buen sentido. Pero despues de haberla hecho, debo tambien decir con la misma imparcialidad que en ese insensato capítulo se nota revela una inspiracion que sea de la naturaleza que quiera, no se vuelve á encontrar en ninguna de mis demás obras.

(N. ED.)

(a) ¡Bizarra manera de arreglar el mundo! (N. ED.)

(a) ¡Singular ilacion de ideas! Continuamente se presenta en este Ensayo la inclinacion á la sátira, y en todos estos pasajes se advierte que solo haciendo grandes esfuerzos sobre mí mismo, es como consigo apagar esa inclinacion al desden y á la ironía.

Por lo demás, tambien se echa de ver que ya empezaba á escribir menos mal. Con relacion al arte, el *Ensayo* va á ponerse á nivel de mis obras ulteriores: sin embargo, aun presentará algunos idiotismos y algo de arrebatado y declamatorio.

(1) Para evitar notas, advierto que en cuanto voy á decir, sigo exactamente el libro VIII de Tucidides.

(2) Hubo una tregua que debia haber durado cincuenta años; pero que se rompió á los seis años y diez meses.

graciada expedicion de Sicilia se halla en la época que describimos retirado cerca de Tisafernes, sátrapa de Lidia, despues de haber dirigido por algun tiempo la confederacion del Peloponeso contra su patria.

Conmovido en su retiro de las desgracias que en parte solo á él se deben, no puede menos de volver dolorosamente sus miradas hácia el nativo suelo, y los ciudadanos de Atenas por su parte al sentirse abrumados por tantas calamidades, teniendo que hacer frente á todas las fuerzas del Peloponeso y del Asia, no ven mas recurso que acudir al talento de su ilustre compatriota. Entablan, pues, negociaciones con Alcibiades; pero este, no pudiendo olvidarse que fue desterrado por el pueblo, rehusa volver á Atenas, si antes no cambian la forma de gobierno, substituyendo la oligarquía á la constitucion democrática. El tirano queria mullir el lecho antes de recostarse.

A todo trance era necesario consumar la reconciliacion. Agis, con las fuerzas lacedemonias, bloqueaba á Atenas por tierra y talaba las campiñas inmediatas, cuyos habitantes se habian encerrado en la capital. Por otra parte la escuadra ateniense acababa de apoderarse de Samos: de manera que los habitantes del Atica se hallaban divididos en dos partes: los unos sirviendo en las expediciones exteriores, y los otros empleados en la defensa de la ciudad.

A pesar de unas circunstancias tan apremiantes, el pueblo y los soldados se opusieron vigorosamente á la proposicion de Alcibiades; mas como ella ofrecia el único medio de evitar la ruina de la patria, no pudieron menos de someterse y consentir en la abolicion de la democracia.

Entonces principiaron en Atenas las escenas trágicas que se renovaron con frecuencia durante el reinado de los Treinta Tiranos. No es posible imaginar una situacion mas espantosa que la de esta triste ciudad, ni semejanza mas completa con el estado de Francia durante el reinado de la Convencion. Ademas de verse atacada al exterior por mil enemigos y hallándose próxima á sucumbir bajo las armas extranjeras, tuvo que sufrir una aristocracia que en lo interior devoraba el resto de sus ciudadanos. Desde luego se decretó que únicamente los soldados y cinco mil ciudadanos, serian los que podrian tomar parte en los asuntos de la república, y á fin de quitar para siempre las ganas de oponerse á los decretos de los conjurados, se dieron prisa en quitar de en medio á cuantos pasaban por adictos á la antigua constitucion. El pueblo y el senado seguian reuniéndose; pero si alguno se atrevia á emitir una opinion contraria al partido dominante, en el acto era asesinado. Rodeados de espías, y traidores los ciudadanos, temian comunicarse mutuamente sus ideas: el hermano perdió la confianza del hermano; el amigo enmudeció delante del amigo, y la ciudad desolada se vió dominada por el silencio del terror.

Despues de haber establecido esa tiranía provisional, procedieron los conjurados á confeccionar una constitucion, encargando su redaccion á un comité de diez individuos que incesantemente tenian que dar parte de sus trabajos. En la época determinada presentaron su plan, que consistia en establecer un consejo de cuatrocientos miembros, revestido de un poder absoluto y dueño de convocar los cinco mil ciudadanos.

Por el primer acto del nuevo gobierno pudo inferirse lo que el pueblo podia prometerse de su justicia. Los Cuatrocientos, armados de puñales, y acompañados de sus parciales, entraron en el senado y expulsaron á los senadores. En seguida destruyeron todos los antiguos establecimientos, mandaron degollar, ó proscribieron á todos los enemigos de su despotismo, y no levantaron el destierro á ninguno de los antiguos proscriptos, á pesar de haber aparentado por de pronto interesarse en su favor, sea por miedo de Alcibiades, sea para seguir impunemente disfrutando de sus bienes. Represéntase á mi imaginacion el mundo como un inmenso bosque donde los hombres se estan acechando para despojarse. (a)

Sin embargo, al tener noticia el ejército de los trastornos que ocurrian en Atenas, se declaró contrario á la nueva constitucion; por su parte Alcibiades, á quien importaban muy poco la aristocracia ni la democracia, y que el único afecto que profesaba á los hombres era un profundo desprecio, tampoco tuvo por conveniente dispensar su favor á los conspiradores. Los soldados enardecidos, lo mismo que el ejército francés con sus victorias, echaron de ver que lejos de ser recompensados por la república, eran ellos los que la hacian subsistir con sus conquistas, y que era ya tiempo de dar fin á tantas miserias, marchando hácia aquella criminal ciudad.

En tanto que en el ejército los ánimos andaban agitados por estos pensamientos, llegó un fugitivo de Atenas dando cuenta de las mas siniestras noticias; el crímen habia llegado á su colmo: los tiranos arrebatan las esposas, degüellan á los ciudadanos y encarcelan á las familias unidas por algun lazo de parentesco con los soldados. (1) Al oir estas noticias prorumpe todo el ejército en un grito de indignacion: juran exterminar á los tiranos; toman en el acto medidas contra los oficiales partidarios de la faccion aristocrática, nombrando en su lugar otros mas populares y por último llaman á Alcibiades.

Todo anunciaba la caida de los Cuatrocientos. Entre estos habia hombres de un talento verdaderamente extraordinario: Antifon, de escasas palabras, pero de maravilloso discernimiento, Frínico de ánimo audaz y emprendedor, y Teramenes lleno de elocuencia y de talento. No tardó la discordia en introducirse entre ellos. Muy poco se parecen los hombres á ciertos animales de cuyo espíritu de equidad cuentan maravillas los viajeros, suponiendo que despues de haber cazado en comun reparten con toda igualdad el fruto de sus fatigas: los facciosos en lo general estan muy acordes en el modo de hacer la presa; pero nunca llegan á entenderse por lo tocante á la reparticion. Conociendo Teramenes que el poder se iba escapando de manos de sus compañeros, fue retrocediendo poco á poco hácia la antigua constitucion y colocándose al lado de los demócratas, Frínico, impulsado de su ambicion, sostenia el nuevo órden de cosas, y á fin de procurarse recursos, envió secretamente una diputacion á Esparta y empezó á construir una ciudadela en el Pireo para resistir á los enemigos, ó mas bien dicho para que le sirviera de asilo donde retirarse en cualquier caso dado. En tanto que con ardor se entrega á la ejecucion de estos planes, se divulga súbitamente la noticia de que acaba de ser asesinado en la plaza pública, como Marat en medio de sus triunfos. Entonces Teramenes poniéndose á la cabeza del partido popular, sublevó los ciudadanos y se apoderó del general que mandaba el bando contrario. Los Cuatrocientos corren á tomar las armas para defenderse á tiempo que la escuadra aparece en la entrada del Pireo, y la confusion llega á su colmo. Teramenes vuela al puerto, habla con los soldados; les dice que aquella nueva fortaleza que tienen á la vista ha sido construida por los tiranos, no para seguridad de la plaza, sino para introducir al enemigo de la patria, cuyos buques estan ya á la vista del puerto. Apodérase de la tropa el furor, queda arrasada hasta los cimientos la ciudadela á manos de aquella multitud irritada: decrétase por unanimidad la abolicion del tribunal de los Cuatrocientos; los conjurados llenos de terror se escapan de la ciudad, y entre aplausos y bendiciones del pueblo vuelve á instalarse la constitucion democrática.

(a) ¡Donosa manera de ver el mundo! (N. ED.)
(1) Estas noticias estaban llenas de exageracion.

Tales fueron los pasajeros trastornos, en cuyo carácter es fácil encontrar mucha analogía con los que hemos presenciado en Francia. En ambos se descubre el mismo fondo de inmoralidades y de vicio interior. Vemos por de pronto un gobierno dando positivas señales de ruina y de tiranía al adular á la soldadesca y al tener que rodearse de armas. Descúbrese cierta mezquindad en las cosas y en las ideas, que hace pensar que estamos presenciando hechos de la historia contemporánea. No figuran ya los Temístocles, los Arístides, ni los Cimones, sino los Robespierre, los Couthon y los Barrere. Por lo demás esa revolucion de Atenas va unida á un principio político que vamos á examinar antes de pasar á la historia de los Treinta Tiranos (a).

CAPITULO III.

EXÁMEN DE UN GRAN PRINCIPIO EN POLÍTICA.

Segun el principio generalmente adoptado por los publicistas, las naciones tienen derecho de elegir el gobierno, y segun otro axioma no menos famoso, «todo poder dimana del pueblo: » de manera que en uso de este poder, los pueblos, cuando lo crean conveniente, son dueños de cambiar la forma de gobierno. Esto es precisamente lo que hicieron los atenienses al abolir la democracia y al volverla á establecer. Veamos á dónde pueden conducirnos esos principios.

De los tres partidos que componen la multitud, los unos adoptan absolutamente esas proposiciones y dicen: Una nacion tiene derecho de elegir la forma de su gobierno, porque ella es superior á este, como que la primera es un cuerpo real, y existente en la naturaleza, y el gobierno cuando mas no pasa de una modificacion, un pensamiento. La ley no puede ascender del efecto á la causa, sino descender del efecto á la consecuencia. De manera que todo poder dimana del pueblo, y aun cuando este quisiera enajenar su libertad no podria hacerlo; pues resultaria un contrato vicioso, dando el uno todo lo que tiene y no comprometiéndose á nada el que lo recibe: de modo que el uno no tiene medios con que pagar lo que adquiere, ni el otro facultad para enajenar lo que vende.

El partido opuesto niega rotundamente ese axioma, y los partidarios del término medio tienen buen cuidado de tenerlo cubierto con un religioso velo.

Yo no me avengo á ninguno de esos sistemas; ese aire de misterio me hace mucho mal. El pueblo es como un niño; presentadle un juguete de cuyo interior salgan sonidos, si no le explicais la causa que los produce, no tardará en romper el juguete para verlo con sus propios ojos. No tengo inconveniente en decir en alta voz mi opinion, porque estoy persuadido de que la verdad bien explicada nunca puede dejar de ser útil. Admito, pues, los dos principios inatacables en su base, é indisputables en los términos del raciocinio; mas al adoptar la mayor con los republicanos, séame lícito ver si puedo admitir tambien la consecuencia.

¿Podrá nadie decir que lo que es rigurosamente cierto con arreglo á los buenos principios de la lógica, deberá ser necesariamente saludable en la aplicacion? Hay verdades abstractas que serian absurdas una vez reducidas á verdades de práctica. Hay verdades negativas y verdades de males, cuya condicion no mejora ciertamente por llamarse *verdades*. Tengo calentura; es una verdad, mas por serlo ¿podrá decirse que la calentura sea una cosa buena? Evidente por sí mismo es el cáos en que ambas proposiciones podrian sumergirnos. El pueblo tiene poder de elegirse un gobierno; pero tambien tiene el de cambiarlo, porque todo poder dimana del pueblo. De manera que ayer república, hoy monarquía, mañana oligarquía... Se me objetará diciendo que por el primer derecho correria una nacion el riesgo de caer en la esclavitud, como sucedió en Atenas si no hubiera podido usar del segundo para salvarse. Asi es en efecto.

¿Pero este segundo derecho no la dejará tambien expuesta á las intrigas de facciones sin número, cuyo elemento son las tempestades? ¿Facciosos que conociendo las turbulentas inclinaciones de la multitud la estaran incesantemente diciendo que su constitucion actual es la peor de todas, por la única razon de marchar bien con ella? ¿El Estado que ceda á esas sugestiones no se convertirá en una eterna confusion, en un eterno palenque de todas las atrocidades? Por otra parte, ¿quién tiene derecho de violar por la tarde los juramentos con que se ha ligado solemnemente por la mañana? El honor, los compromisos mas sagrados, ¿qué digo? la misma moral no será mas que una demencia una vez que se me conceda el derecho de poderlos violar, y cuando por tal violacion creo merecer alabanzas y no vituperios. ¡Cómo! ¿Será posible que esa falta de fe que castigaríais como crímen en el individuo, merecerá recompensa si es consumada por el cuerpo social? ¡Luego habrá dos clases de virtud, una para el individuo y otra para las masas! Y si la virtud, en fuerza de subdivisiones, no viene á ser mas que un ente de razon que nivela al malvado y al hombre de bien, sino es mas que un fantasma omniforme modificado al capricho de la voluntad y variable al soplo de la opinion. ¿Qué será del mundo?

Tal es el abismo á que nos abocan los que á lo lejos nos ponen á la vista esas luces funestas; como las insidiosas hogueras que ciertos pueblos encienden sobre los escollos durante la noche, para que los incautos pasajeros corran á su ruina. ¿Quereis convenceros mas todavía de la ilusion de tales preceptos? fijad la mente en las contradicciones en que cayó la Convencion al aplicarlos á la economía política. En Francia habria sido en ciertas épocas, un crímen digno de muerte el atreverse á sostener que una nacion no tiene el derecho de constituirse. Vino la anarquía y los revolucionarios no se avergonzaron de negar la proposicion en defensa de la cual se habia derramado tanta sangre. De manera, que á pesar de verse obligados á abandonar la base de su propio edificio, siguen sin embargo suspendiendo su cúpula en el aire. ¿Será por superioridad de talento? ¿Será una fe mentida? Por lo que á mí toca, que sencillo de espíritu y corazon, no reconozco talento sino el inspirado por la conciencia, confieso que como teoría, creo en el principio de la soberanía del pueblo; pero tambien añado, que si ha de llegar á ser puesto rigurosamente en práctica, vale mucho mas para el género humano volver á ser salvaje, é ir á habitar en completa desnudez las selvas. (b)

(a) No se trata ya de comparaciones directas, sino de algunas semejanzas generales entre los hechos y los personajes: ese sistema es ya mas soportable. (N. ED.)

(b) Inconcebible es la audacia de este capítulo. y en la actualidad no tendria yo ciertamente el valor de cortar de ese modo el nudo gordiano. ¿Habré en realidad hallado en mi juventud el mejor modo de tocar esa cuestion de la soberanía del pueblo? Me descarto de todos los argumentos en favor de esa soberanía y la *reconozco*; evito todos sus peligros y la declaro *impracticable*; la considero como una verdad de la naturaleza de la peste, la peste es tambien una verdad.

Por lo demás, he dicho ya en otras *notas* que el derecho divino para el monarca, y la soberanía para el pueblo son misterios que ningun espíritu razonable debe tratar de sondear. Tan fácil es negar la soberanía del pueblo como defenderla.

El principio de que el pueblo existia antes del gobierno, carece de solidez, pues con mucha razon sus contrarios lo atacan diciendo que quien existe antes que el pueblo es el que lo organiza y lo constituye en sociedad: ademas, faltando el gobierno puede decirse que hay individuos, pero no nacionalidad.

Por otra parte en nada interesa á la libertad el principio

CAPITULO. IV.

LOS TREINTA TIRANOS.—CRITIAS, MARAT.—ERAMENES, SIÉYES.

Los lacedemonios se apoderaron de Atenas algunos años despues de la revolucion de los Cuatrocientos. Habiendo mandado Lisander derribar las murallas, extinguió la democracia, y nombró treinta ciudadanos que debian ocuparse en redactar una nueva constitucion. No tardaron esos hombres perversos en apoderarse de la autoridad imprudentemente confiada á sus manos. Demos á conocer los principales actores de aquella sangrienta escena.

Al frente de los Treinta Tiranos, figuraba Critias filósofo de la escuela de Sócrates. Tenia este déspota todos los vicios que en nuestros dias han desolado la Francia: era ateo por principios, sanguinario por placer, tirano por inclinacion, y asi como Marat, habia renegado de Dios y de los hombres.

Su colega Teramenes tenia mas talento y tambien le aventajaba en disimulacion. Era apasionado cual otro Sieyes de la democracia; mas sin embargo, ya hemos visto que se avino á ser uno de los Cuatrocientos, contribuyó directamente á la caida de estos y fue elegido individuo de los Treinta, despues de la rendicion de Atenas.

Lo primero que hicieron aquellos tiranos, fue asociarse tres mil foragidos, y sacar de Lacedemonia una fuerza armada dispuesta á ejecutar sus órdenes. Cuando se creyeron bastante fuertes procedieron sin descanso á desarmar á los ciudadanos (como lo ha hecho en nuestros dias la Convencion respecto de las secciones de París;) y solo dejaron armas á los Tres mil, que al mismo tiempo siguieron gozando de sus derechos de ciudadano. Tambien los conjurados de Francia obraron del mismo modo convirtiendo á los jacobinos en únicos ciudadanos activos de la república; en tanto que el resto del pueblo, sumergido en la nulidad y el terror, temblaba bajo el gobierno revolucionario.

Cuando los Treinta creyeron bien asegurado su poder, soltaron toda rienda á los crímenes; todos los atenienses sospechosos de afecto á la antigua libertad y todos los que poseian algunos bienes de fortuna, fueron envueltos en una proscripcion general. Critias solia decir, como Marat, que á todo trance convenia hacer rodar las principales cabezas de la ciudad. Llegaron aquellos monstruos al extremo de condenar á muerte á un ciudadano rico, para pagar con la confiscacion de sus bienes á los satélites de su tiranía, y como si esa tragedia debiera ser enteramente parecida á la que Robespierre y la Convencion representaron en Francia, privaron de honores fúnebres á los ciudadanos degollados por el puñal de sus verdugos.

No era ya la brillante Atenas, comparable solo á una vasta tumba habitada por el terror y el silencio. El ademan, la mirada, el pensamiento eran motivos de acusacion, contra cualquier ciudadano. Los tiranos fijaban su atencion hasta en la frente de las víctimas y sobre ese hermoso órgano de la verdad, trataban aquellos malvados de sorprender un vestigio de candor ó virtud, asi como el juez trata de investigar el crímen entre los tenebrosos actos del acusado. Los menos desgraciados de los atenienses pueden llamarse aquellos que protegidos por las sombras de la noche, podian evadirse de la ciudad y llegar á implorar el caritativo auxilio de alguna nacion extraña.

Por último, algunos de los mismos tiranos no pudieron menos de asombrarse en vista de tan enormes atentados. Teramenes coservaba en el fondo de su alma algun valor y alguna inclinacion hácia el bien: opúsose magnánimamente á la atroz conducta de sus colegas, y desde aquel momento quedó por parte de estos decretada su perdicion. Tallien, aborrecido de Robespierre, estuvo á punto de ser víctima de una acusacion, pero siendo mas afortunado ó mas diestro que el ateniense, supo convertir el puñal contra el acusador. Asi es como las eventualidades disponen de la vida de los hombres. Voy á presentar el cuadro de estas dos célebres acusaciones á fin de demostrar que los partidos han usado siempre el mismo lenguaje, procurando acusar á sus enemigos con unas mismas razones, y excusar su conducta fundándose en iguales principios. Creo dar una provechosa leccion á los ambiciosos y á los amigos de las revoluciones, demostrando que en todos los siglos no han ofrecido mas salida á los que han entrado en su órbita, que la tumba. (a)

CAPITULO V.

ACUSACION DE TERAMENES: SU DISCURSO Y EL DE CRITIAS —ACUSACION DE ROBESPIERRE.

Al abolir las autoridades constituidas, los Treinta Tiranos dejaron subsistir en Atenas el senado, de cuyo terror estaban seguros que no se atreveria á oponerse á sus atentados. Ante este tribunal fue donde Critias acusó á Teramenes. El pueblo lleno de temor asistia guardando un sepulcral silencio al acto en que iba á decidirse la suerte del último defensor de sus derechos en tanto que los emisarios de la tiranía tomaban asiento ocultando bajo los pliegues del manto sus puñales.

Estando ya reunido el senado, Critias abló en estos términos.

»Senadores; no falta quien acusa de severidad á nuestro gobierno sin tener en cuenta la malhadada necesidad consiguiente á la reforma de todo Estado. Pero Teramenes, que es miembro de ese gobierno, y uno de los que nos hacen ese cargo ¿no será por ventura quien lo merece con mas fundamento? ¡Ah! No es él quien ha enseñado el arte de conspirar! Llamándose amigo del pueblo, estableció el poder de los Cuatrocientos, y cuando los vió amenazados de una inevitable ruina, los abandonó prontamente pasando al partido contrario, mereciendo que por esa facilidad en acomodarse á uno y otro bando se le diera el sobrenombre de *Coturno*. Senadores, ¿será digno de la vida el que prostituye su fe al interés? Quitad, decretando su muerte un caudillo á los sediciosos, cuyas esperanzas alienta con su audacia.»

Teramenes contestó:

A vuestro juicio dejo, senadores, el decidir quién de Critias ó yo es en realidad enemigo vuestro. Cierto es que seguí el parecer de Critias cuando mandó castigar á

de la soberanía del pueblo, antes por el contrario seria peligroso el derivar la libertad del derecho político; pues este siempre es controvertible, y está sujeto á interpretacion y modificaciones. La libertad tiene un origen mas sólido dimanando del derecho natural. El hombre ha nacido libre. No adquiere su libertad asociándose con los demás hombres; mas bien la pierde que la gana en las asociaciones políticas, mas no por eso deja su imprescriptible derecho á ella. Dios no quiso que sometiera ese derecho sino al órden, y no lo expuso á perderlo sino por la violencia de las pasiones.

De aquí resulta que la libertad no puede ni debe soportar mas que el yugo de la ley; que ningun soberano tiene autoridad política sobre ella, que cuanto mas ilustrada sea esta bertad, menos expuesta se halla á perderse por las pasioes, y que asi como su principal enemigo es el vicio, es su as firme apoyo la virtud.

(a) Bien se echa de ver que en todas las épocas de mi vida, y en todas partes me he manifestado tan amigo de las libertades públicas como enemigo de las revoluciones. Estoy convencido de que con la razon y la constancia se pueden producir en el órden político las reformas necesarias sin trastornar la sociedad, sin adquirir libertad por medio de atrocidades é injusticias.

los delatores, pero tambien me opuse á que proscribiera á los hombres de bien como á un leon de Salamina á un Nicias, cuya muerte ha sido el terror de los propropietarios y aun Antifon, cuya sentencia hace estremecer todavia á todos los beneméritos de la patria. He reprobado la confiscacion de los bienes porque la creo injusta, y el desarme de los ciudadanos, porque propende á debilitar el Estado. Me he opuesto á la admision de tropas extranjeras, porque pueden convertirse en instrumentos de la tiranía, y he votado contra el destierro de los atenienses como peligroso á la seguridad del Estado. Senadores ¿no arruinan efectivamente vuestra autoridad los que se apoderan de los bienes agenos, y los que condenan personas inocentes al patíbulo? ¡Me acusan de volubilidad! ¿Es Critias quien puede hacerme esa acusacion? Enemigo del pueblo en la democracia: enemigo de los hombres virtuosos cuando el gobierno está en manos del pequeño número, no quiere constitucion popular sino con la canalla, ni constitucion aristocrática sino con la tiranía.

Advirtiendo Critias que este discurso producia sensacion en el senado, llamó á sus sicarios y replicó diciendo: He aquí unos patriotas que no estan muy dispuestos á dejar escapar al criminal. En virtud de mi soberanía borro á Teramenes del número de los ciudadanos y le condeno á muerte.—Y yó exclamó Teramenes abrazándose al altar no pido sino que se me forme causa con arreglo á la ley ateniense ¿no considerais que es tan fácil borrar vuestro nombre del número de los ciudadanos como el mio? Critias mandó avanzar á los asesinos y el senado bajo la impresion del terror nada dijo al ver que Teramenes era violentamente arrancado de las sagradas aras. Solo Sócrates tuvo valor para oponerse aunque en vano al infame proyecto. El desgraciado colega de Critias, arrastrado por los asesinos trataba al pasar entre la multitud, de enternecer al pueblo recordando los beneficios que le habia dispensado pero ¿se acuerda de ellos alguna vez el pueblo? (1) Al llegar al calabozo de los Treinta, Teramenes bebió intrépidamente la cicuta y lanzando al aire como en el brindis de un festin los restos que habian quedado en la copa «eso para el hermoso Critias» exclamó.

¿No podriamos decir que esos hechos no fueron mas que un retrato de la Convencion? ¿No se arrastraron tambien repetidas veces por el cieno los miembros de esta haciéndose recíprocamente blanco de las mas abominables acusaciones en tanto que la opinion eetaba encadenada en las tribunas llena de asesinos? Puede tambien el filósofo observar que en todas partes donde las revoluciones, es decir sus efectos, han sido duraderas, jamás se han visto deshonradas por tales excesos ¿Que se podrá inferir de semejante observacion?

Una de las épocas mas memorables de la revolucion francesa es indudablemente la caida de Robespierre. Ese tirano á quien no le faltaba ya mas que un escalon para trepar al trono, resolvió derribar la cabeza del moderado Tallien, asi como Critias se habia propuesto deshacerse de Teramenes. Volvió con ese objeto á presentarse en la Convencion despues de una larga ausencia. Habríase dicho que el frio de la tumba pegaba ya la lengua de aquel miserable al paladar: enigmático, tartamudeando y frio, parecia que hablaba desde el fondo de la huesa. Otra circunstancia no menos notable es, que todavía su discurso, cuya impresion se mandó hacer por la mas baja de las adulaciones, no habia salido de la prensa, cuando sobre el hombre omnipotente que lo habia pronunciado, cayó la cuchilla del verdugo. ¡*O altitudo!*

Llegó por fin el dia de las venganzas, apenas se concibe cómo Robespierre que indudablemente debia ser conocedor del corazon humano, hizo denunciar ante los jacobinos á los diputados cuya perdicion meditaba: eso equivalia á reducirlos á la desesperacion y hacerlos mas formidables. Presentáronse pues ante la Convencion resueltos á morir ó á derribar al déspota. Era tal el imperio que este ejercia entonces sobre sus cobardes colegas, que por de pronto no se atrevieron á atacarlos de frente, pero al fin alentándose mutuamente llegaron á dar un carácter amenazador á la acusacion. Robespierre quiso hablar, mas por todas partes resonaron gritos de *abajo el tirano*. Tallien se presentó en la tribuna: He aquí, dijo, un puñal para hundirlo en el seno del tirano, en el caso de ser desechado el decreto de acusacion. No lo fue ciertamente: Barrere, abandonando á su amigo, y presentándose como acusador inclinó la balanza del desgraciado Robespierre. Procedieron á su arresto y habiendo sido librado por los jacobinos pudo guarecerse en la casa consistorial, donde vanamente hizo esfuerzos por reunir su partido. Puesto fuera de la ley por la Convencion, abandonado de todo el mundo, ni aun tuvo el recurso de escapar de sus enemigos por aquel medio que nos sustrae de la persecucion de los hombres; la fortuna se le declaró contraria hasta el punto de rehusarle ocasion de consumar el suicidio. Arrancado por los ejecutores de la justicia del rincon (detrás de una mesa) en donde habia atentado contra sus dias, tuvo que subir manchado con su propia sangre á la guillotina. Débil era sin duda la espiacion que Robespierre ofrecia con su muerte á las atrocidades que habia cometido; pero al caer un malvado en manos del verdugo la piedad se desentiende de los crímenes que ha cometido y no cuenta mas que sus padecimientos. (a).

(1) Este hecho me trae á la memoria la interesante reflexion de Veleyo Pæterculo al hablar de Pompeyo, que creyendo encontrar asilo cerca de este monarca á quien habia colmado de favores, no halló sino la muerte. *Sed quis*, dice aquel historiador, *beneficiorum servat memoriam ? Aut quis ullam calamittosis deberi putat gratiam ? Aut quando fortuna non mutat fidem?* Las últimas pirámides de Egipto, construidas por los esfuerzos reunidos de todo un pueblo, y la humilde tumba de arena del gran Pompeyo, furtivamente erigida sobre la misma playa, por la piedad de un veterano, debieron ofrecer á César dos monumentos bien extraordinarios de la vanidad de las cosas humanas. Deberian los pintores tomar de la historia asuntos que reunieran la magestad de la moral con la sublimidad de la naturaleza. La tumba del rival de César podria ofrecer esa doble pompa. Un mar agitado, las ruinas de Cartago medio sepultadas en la arena y entre los juncos marinos; Mario contemplando la tempestad, apoyado con ademan pensativo en el truncado fuste de una columna, donde en caracteres púnicos podian leerse las primeras letras del nombre de Anibal, ofreceria otro asunto no menos sublime que el primero. De la historia de los suizos podia tomarse otra idea para un cuadro. El pintor representaria los tres grandes libertadores de la Helvecia en su sencillo trage de aldeanos, reunidos secretamente en un lugar desierto á la orilla de un lago solitario, y deliberando sobre la libertad de su patria, en medio de las montañas, los torrentes y los bosques, rodeados del silencio de la naturaleza, y no teniendo mas testigo de su santa union que el Dios que aglomeró aquellas inmensas rocas, y extendió el firmamento sobre su cabeza.

CAPITULO VI.

GUERRA DE LOS EMIGRADOS.—EJECUCIONES EN ELEUSINA. —MATANZAS DEL 2 DE SETIEMRRE.

Despues de la ejecucion de Teramenes, ningun ciu-

(a) Haré por centésima vez notar que el *Ensayo* es obra de un emigrado, y que como tal sabia muy poco ó nada acerca de los hombres que en aquel tiempo dominaban en su país: este es el motivo que le hace tomar por personajes á unos facciosos vulgares que habian vuelto á caer en su natural oscuridad. Mas no son ya tan chocantes las comparaciones por la razon de ser tambien Critias y Teramenes actores comunes y sin celebridad. No puede sin embargo decirse que esos emigrados que se compadecian hasta del mismo Robespierre, fuesen hombres de animo violento. (N. ED.)

dadano, excepto Sócrates, se atrevió á oponerse á las determinaciones de los Treinta. Sin embargo, los emigrados expulsados por la tiranía no habian podido encontrar un sitio donde reclinar su cabeza. Lacedemonia amenazaba con su poder á cualquiera que se atreviese á darles asilo. Esa misma conducta observó la Convencion respecto de los emigrados franceses, y algunos Estados tuvieron la cobardía de obedecer. Solo Tebas y Megara dieron el valeroso ejemplo que en nuestros dias hemos visto renovado por la Inglaterra imponiéndose el deber de dar un asilo á la humanidad afligida.

No tardaron los emigrados en reunirse bajo Trasíbulo, ciudadano distinguido por sus virtudes. Un pequeño grupo compuesto solamente de setenta de aquellos héroes se apoderó del fuerte de Phylé. Presentáronse los partidarios del gobierno de los Treinta con su caballería, pero fueron rechazados, y temiendo en vista de esta derrota una sublevacion en Atenas, se retiraron á Eleusina.

El modo con que trataron á los habitantes de esta ciudad (sospechosos sin duda de adhesion al partido contrario), recuerda una de las escenas mas trágicas de la revolucion francesa. Habiendo erigido un tribunal en la plaza pública, mandaron que todos los ciudadanos se presentáran á inscribirse en sus registros. Al ciudadano que se presentaba á cumplimentar esta órden, le hacian pasar por una puerta secreta que comunicaba con la playa, en la cual habia una fuerza de caballería formada en dos filas, que apoderándose de la víctima la entregaba al juez criminal para que mandara ejecutar su sentencia de muerte (1). Esto fue tambien lo que poco mas ó menos ocurrió en las matanzas del 2 de setiembre.

Habiendo Trasíbulo aumentado el número de sus secuaces, se apoderó del Pireo. Empezaba ya la opinion pública á interesarse por aquel puñado de generosos ciudadanos que estaban en abierta lucha contra el poder de la tiranía, de manera que de todas partes empezaron á recibir socorros, y hasta el orador Lysias les envió quinientos hombres. Tampoco se descuidaron los Treinta en atacar con su ejército á Trasíbulo para desalojarle de aquella posicion. Este mandó formar en batalla á sus soldados, infinitamente inferiores en número á los de Critias, y dejando en el suelo su escudo, «ea amigos mios, les dijo, vamos á combatir para arrancar por medio de la victoria nuestros bienes, nuestra familia y nuestra patria de manos de los tiranos. Feliz el que goze el honor de la victoria ó recobre la libertad aunque sea á expensas de la vida! No hay cosa mas dulce que morir por la patria.»

Los emigrados al oir estas palabras, se precipitaron sobre las tropas enemigas. Era muy desigual el combate para que la victoria pudiera permanecer mucho tiempo indecisa. Por una parte peleaban la venganza y la virtud, y por la otra el crímen y el remordimiento. Los tiranos fueron derrotados; Critias perdió la vida y sus satélites, llenos de terror, corrieron á encerrarse en Atenas.

Despues de la batalla los soldados de ambos partidos se comunicaron entre sí, y se vió que los que habian peleado en favor de Crítias eran del número de los Cinco mil, únicos que como ya lo he dicho habian conservado el derecho de ciudadanos Cleorito, partidario de Trasíbulo, les hizo comprender que era una locura el exponerse á morir por semejantes tiranos. Los Cinco mil se desengañaron al fin, y nombraron otros diez, cuya conducta no fue menos criminal que la de los primeros. Los Treinta y su faccion huyeron á Eleusina.

(1) Este pasaje merece una explicacion. Jenofonte que es el que refiere este hecho en el libro segundo de su historia, no dice terminantemente para que *mandara ejecutar su sentencia de muerte*, sino que el general que mandaba aquella fuerza de caballería, iba entregando los ciudadanos al juez criminal; que al dia siguiente los Treinta reunieron las tropas, y les manifestaron que debian tomar parte en la *condenacion* de los habitantes de Eleusina, puesto que el gobierno y el ejército estaban envueltos en una misma suerte. ¿No era esto hablar con bastante claridad? Algunos autores que ya he citado han hecho subir á quinientos el número de los ajusticiados en Atenas; pero Jenofonte hace decir á Cleocrito en un discurso, que las víctimas sacrificadas por los Treinta durante algunos meses de paz, excedieron en número á cuantas perecieron durante la guerra del Peloponeso en veinte y siete combates. Aunque á primera vista parece exagerado este aserto, no deja de tener en el fondo alguna verdad. Por otra parte tal vez seria posible demostrar que la expresion del original griego encierra el sentido que yo le doy, si pudiera resolverme á cansar al lector por medio de una disertacion gramatical. En vista, pues, de todo lo manifestado, puede muy razonablemente inferirse que hubo una gran matanza en Eleusina.

CAPITULO VII.

DESTRUCCION DE LA TIRANÍA.—RESTABLECIMIENTO DE LA ANTIGUA CONSTITUCION.

Una de las máximas del pueblo libre de Esparta, era el sostener por todas partes la tiranía. No hay en semejante modo de pensar generosidad alguna; mas sin embargo, es bastante natural. Todos procuramos ser felices, pero no todos podemos tolerar la felicidad de nuestros vecinos. Los hombres nos parecemos á esos niños ambiciosos que no contentos con sus juguetes, quieren apoderarse de los de sus compañeros (a). Los lacedemonios volaron á defender á los Treinta, y Lisandro bloqueó el Pireo: perdidos estaban los emigrados atenienses, si las pasiones humanas no hubiesen venido á salvarlos y á devolver la paz á Atenas.

Pausanías, rey de Esparta, envidioso de la gloria de Lisandro, halló medio de ser enviado á Atenas con un ejército. Aparentó dar un combate á Trasíbulo pero al mismo tiempo le invitó secretamente á que enviara á Esparta algunos de sus amigos.

Estos concluyeron un tratado por medio del cual la tiranía quedó abolida, y restablecido el antiguo gobierno en su primitiva forma. Así que esta buena noticia llegó á Atenas, los partidos se reconciliaron, y Trasíbulo despues de haber ofrecido un sacrificio á Minerva, terminó con estas palabras el discurso que dirigió á los Treinta y á los Diez: «¿Por qué razon quereis imponernos vuestro mando, ciudadanos? ¿Valeis por ventura mas que nosotros? ¿Hemos ambicionado, aunque somos pobres, vuestras riquezas, siendo así que vosotros habeis cometido mil crímines por apoderaros de las nuestras?... No quiero recordar lo pasado; pero nosotros os haremos conocer que muchas veces el oprimido tiene mas virtud y mas fe que el opresor.»

Los Treinta y los Diez que como hemos dicho, se habian retirado á Eleusina, quisieron levantar tropas para restablecerse. Un tirano reducido á la impotencia, es como una fiera encadenada y por lo mismo mas feroz. Marcharon los atenienses contra aquellos miserables, y dieron fin de ellos en una entrevista. Sus parciales se arreglaron por último con los vencedores, y convinieron en una amnistía en que quedaron cerradas todas las heridas del Estado.

CAPITULO VIII.

UNA PALABRA SOBRE LOS EMIGRADOS.

Alguna vez al escribir la historia del reinado de los Treinta, me he preguntado á mí mismo: ¿por qué razon elevan á Trasíbulo hasta las nubes? ¿Por qué rebajan á los emigrados franceses hasta el último grado, siendo así que todos se hallan exactamente en el

(a) ¿De dónde pude yo sacar una tan abominable idea acerca de la humana naturaleza? (N. ED.)

mismo caso? Los emigrados de ambos paises, viéndose obligados á huir de la persecucion que sufrian en su patria, tuvieron que empuñar las armas en tierras extranjeras en favor de la antigua constitucion de su pais. Las palabras no deben alterar la verdadera naturaleza de los hechos: aunque los emigrados atenienses se hubieran batido por la democracia y los franceses por la monarquía, el hecho es exactamente el mismo. Esa diferencia de opiniones sobre unos mismos objetos proviene de nuestras pasiones: lo pasado lo juzgamos con arreglo á la justicia, y lo presente con arreglo á nuestros intereses.

Nuestros emigrados, como todo lo que procede del choque de las revoluciones, tienen violentos detractores y fogosos partidarios. Para aquellos no son mas que unos malvados, la hez y el oprobio de la nacion; para estos son unos hombres virtuosos y valientes, flor y gloria del pueblo francés. Esto trae á la memoria el retrato de los chinos y los negros: todos buenos ó todos malos. No basta en la actualidad convenir en que un gran señor puede ser un pícaro, y un realista un hombre depravado: es preciso confesar que cualquiera de aquellos antiguos nobles debió por necesidad ser un perverso. ¿Y por qué? Porque uno de sus antepasados del tiempo de Dagoberto podia obligar á sus vasallos á que hicieran callar las ranas de un estanque inmediato á su castillo feudal cuando su esposa se hallaba de parto.

Algun buen extranjero en el rincon de su hogar en un pais tranquilo, seguro de levantarse por la mañana con la misma quietud con que se acuesta por la noche, en completa posesion de su fortuna, con la puerta de su casa bien cerrada, rodeado de amigos y con toda seguridad al exterior, dice tal vez apurando una copa de buen vino, que los emigrados franceses hicieron mal en abandonar su patria: ese buen extranjero es consecuente en su modo de discurrir. El se halla perfectamente; nadie le acosa; puede pasearse por donde le acomode sin temor de que nadie le insulte ni nadie le asesine: su casa está libre de que nadie vaya á pegarle fuego, ni nadie le arrojará de ella como una bestia feroz: está en posesion de todos esos bienes: goza de toda esa tranquilidad solo porque la suerte ha querido que se llame Perez y no Gonzalez, y porque su abuelo que murió hace cuarenta años, tenia el derecho de sentarse en un banco determinado de la iglesia, y detrás de su asiento mantenia en pié dos ó tres arlequines vestidos de librea (a). No hay duda, vuelvo á decir, que ese buen extranjero raciocina con mucha consecuencia al decir que los franceses hicieron mal en emigrar de su pais.

Nadie sino el desgraciado es juez competente de la desgracia. El corazon grosero de la prosperidad no puede comprender los sentimientos delicados del infortunio. Muy fuertes nos creemos en los dias de bienandanza, y magistralmente solemos decir: «Si nos halláramos en esa posicion hariamos esto, obrariamos de aquel modo...» pero cuando la adversidad pesa sobre nosotros, entonces conocemos de lleno nuestra propia flaqueza, y con amargo llanto recordamos nuestras baladronadas y las frívolas palabras que se nos escaparon durante los dias felices.

Considerando imparcialmente todo lo que los emigrados franceses tuvieron que sufrir en su país, ¿quién es el hombre dichoso en la actualidad, que poniendo la mano sobre su corazon se atreva á decir: «¿Yo no hubiera obrado como ellos?»

La persecucion principió simultáneamente en todos los puntos de Francia, y en mi concepto no fue la que lo produjo. Aunque hubiéseis sido el mejor patriota, el demócrata mas exagerado, bastaba el tener un apellido conocidamente noble, para haber sufrido todo género de persecuciones, y para haber muerto á manos del verdugo: asi lo acreditan los Lameth y otros muchos que á pesar de ser revolucionarios y de la mayoría de la Constituyente, tuvieron que sufrir la completa devastacion de sus propiedades.

Hordas de salvajes, excitadas por otros, salieron de sus guaridas. Un desgraciado noble, en su casa de campo, veia llegar los azorados inquilinos uno tras otro diciéndole: «Señor, que estan tocando á rebato; señor, que ya estan aquí; señor, que estan determinados á quitaros la vida; señor, ponéos en seguridad, huid, ó estais perdido!...» Si el desgraciado, cuyo sueño acababa de ser interrumpido en las altas horas de la noche por los gritos de fuego y de asesinato, queria despues de haber podido salir con mil peligros de entre las llamas de sus hogares, refugiarse con su esposa é hijos, medio desnudos, en alguna poblacion inmediata, allí era recibido con gritos de muerte por un populacho feroz que al verlo gritaba: «Al palo el aristócrata. Al palo!» En el acto venia la municipalidad con su cinta encarnada, y al frente del populacho á registrar al mísero prófugo para saber si llevaba armas. Si por desgracia le encontraban un cuchillo de monte lleno de orin, ó una pistola tal vez sin llave, conducíanlo entre horribles vociferaciones de *traidor*, *conspirador*, *perverso*, á la casa de ayuntamiento, para tomar razon de sus supuestas maquinaciones contra el pueblo, y en defecto de otras pruebas bastaba el que se le probase haber oido misa, segun la fe de sus padres, para que se le impusieran exorbitantes multas, calculadas con arreglo á la totalidad de las rentas que en otro tiempo cobraba, y de las cuales tal vez en aquel momento no percibia ni la menor cantidad: imponíansele sumas enormes que no pocas veces excedian la suma total de aquellas rentas (1). ¡Tan absurdos, tan arbitrarios eran aquellos que se habian intrusado en el conocimiento de las causas políticas!

En medio de aquel abandono general, en medio de aquella persecucion, no tenian los nobles otro recurso que refugiarse en la capital. Allí, confundidos entre la multitud, pensaron librarse por su pequeñez, contentándose con poder vivir en algun oscuro rincon, comiendo con alguna quietud el triste pedazo de pan que les habia quedado: sin embargo, no sucedió asi.

No parece sino que los hombres que dominaban aquella situacion hicieron cuanto les fue posible para obligarles á expatriarse, y no falta quien opina que la Asamblea adoptó secretamente ese plan para tener un pretexto de apoderarse de sus bienes. Las víctimas no odian permanecer en París mas que durante un tiempo dado: de lo contrario las puertas de sus casas aparecian el dia menos pensado manchadas de negro y encarnado, como en señal de incendio ó de asesinato. Entonces fue cuando llegaron á verse en una situacion tan horrible que vanamente yo intentaria describir. ¿A dónde habian de ir? ¿En dónde habian de poder ocultarse? Reducidos á la mas profunda miseria; pero sin poder olvidar su patria, todavía se les vió caminar á pié por las carreteras hácia las capitales de sus respectivas provincias, donde por ser mas conocidos tuvieron que apurar aun mayores amarguras. Otros regresaron á sus casas solares, es decir, á las ruinas que las llamas habian dejado en pié. Allí se consumó su último destino: algunos fueron arrojados á una hoguera, como el rey Juan, delante de su propia familia: algunos tuvieron que ser testigos de la bárbara violacion de sus propias esposas ó hijas, y en vano hubo nobles desgraciados que en medio de aquel infernal desórden elevaron su apagada voz para gritar: Somos patriotas: os cedemos volun-

(a) No sé si esta clase de defensa era muy agradable á mis compañeros de infortunio. (N. ED.)

(1) Esto es precisamente lo que sucedió á la madre del autor, teniendo que añadir seis mil francos de su bolsillo para satisfacer las contribuciones del año 1791.

tariamente nuestros bienes, nuestros vestidos... Sus débiles gritos fueron apagados por los alaridos de los caribes, ó solo sirvieron para redoblar su ferocidad. La desesperacion se apoderó de las víctimas. ¿Qué remedio les quedaba? Huir de su patria. Eso hizo el que pudo hacerlo.

Esa es una de las incontestables razones de la emigracion. ¿Quién cometerá el absurdo de dejarse persuadir por las declamaciones de los revolucionarios, que adunan el sarcasmo con la ferocidad, al condenar á aquellos desgraciados por un principio que no les dejaron abrazar? ¡Os apoderais de mis bienes y me llamais ladron! !Me asesinais, y si el dolor me arranca una queja, me acusais de traicion! ¡Pegais fuego á mi casa, y si me escapo por una ventana, me condenais á muerte por desertor! ¿Y con qué derecho? Dejando por un momento aparte vuestra barbarie, ¿no me habeis ya por medio de multiplicadas órdenes incapacitado para todo destino público? ¿no me habeis condenado bajo la mas cruel severidad á una completa inercia? ¡Y aun os atreveis á decir que la patria necesita de mí! ¡Gran Dios! Inútil es toda razon cuando la falta de pudor llega á ese extremo. Asi como el filósofo de que habla Juan Jacobo, nosotros nos cerramos los oidos por no escuchar el grito de la humanidad y seguimos argumentando.

Pero precisamente en esa conducta es donde aparece la razon que obliga á ciertas personas á calumniar los emigrados. Hemos sido, dicen entre sí los calumniadores, crueles respecto de aquellos, y su desgracia pesa sobre nuestra responsabilidad. Cuando los hombres han cometido ó se proponen cometer una injusticia, se preparan acusando á la víctima: cuando en Cartago se arrojaban niños á la sagrada hoguera, se apagaban sus gritos con redobles de tambores y estrépito de trompetas. Cuando me han dicho que alguna persona se quejaba violentamente de mí, siempre he pensado que el tal se proponia hacerme algun daño, ó que yo le habia hecho algun bien (a)

CAPITULO IX.

DIONISIO EL JÓVEN.

Escenas de distinto carácter llaman nuestra atencion hácia Siracusa, donde podremos contemplar la monarquía despues de haber tratado tan largamente de las repúblicas. Inútil parece prevenir al lector de que en aquella clase de gobierno, lo mismo que en estas, no verá mas que unas mismas pasiones, unos mismos vicios, y unas mismas virtudes: la diferencia solo está en los nombres. La diadema régia, la tiara sacerdotal, ó el gorro del republicano, pueden causar tal vez alguna distinta impresion en las sienes del que las lleva; pero estan muy lejos de modificar el corazon.

En tanto que la tiranía se abria camino para introducirse en Atenas, habia tambien enarbolado su estandarte en Sicilia. Tranquilo posesor de una autoridad usurpada por la astucia, Dionisio, el Viejo, sostuvo por espacio de treinta y ocho años su poder, empleando alternativamente virtudes y vicios, exterminando con la influencia de estos á sus enemigos, y haciendo soportable su yugo con las primeras: fue como Augusto, proscribió y reinó.

Al morir fue reemplazado en el trono por su hijo, que solo se distinguia de la muchedumbre por el trage, y el elevado rango que el capricho de la suerte quiso dar á su mediana capacidad. Asi como otros muchos príncipes de aquellos y de nuestros tiempos, todo su mérito consistia en ser un amable jóven, que sabia decir galanterías á las hermosas, apurar copas de Chio, vivir agradablemente, y estar persuadido de que con llamarse Dionisio, y no hacer mal á nadie, podia muy bien estar al frente del gobierno de una nacion.

Muy grato le habia sido al jóven Dionisio representar á tan poca costa el papel de rey en Siracusa, y tal vez los pueblos se habrian avenido con su sistema; porque en realidad es cosa que importa muy poco. (a) Desgraciadamente el novel soberano tenia un tio que era filósofo. (1)

(a) Algo mas tolerables son en este pasaje esos sentimientos de misantropía. Mas para ser justo es preciso decir que no toda la emigracion francesa fue obra de la violencia, y que muchos de los emigrados lo fueron voluntariamente. La nobleza de las provincias particularmente, y la oficialidad del ejército emigraron impelidos por un noble sentimiento de honor, y para agruparse bajo la bandera blanca que los príncipes legítimos se habian llevado consigo. ¿Qué francés se hubiera resignado á permanecer en sus hogares cuando se le podia tachar de mujeril inercia? Al defender á los emigrados no defendia mi causa mas que bajo el punto de vista de la lealtad y de los sufrimientos, pues mis opiniones políticas no estaban representadas por las de la emigracion. (N. ED.)

(a) Quiero decir que todo gobierno humano es una cosa detestable y que lo mas perfecto seria vivir en confusion sin ninguna clase de gobierno. Estos capítulos son mucho mas difíciles de refutar que los de la primera parte y son tambien mas peligrosas que todas las frusterías antireligiosas de la obra. No se pierda de vista que creyéndome cercano á la muerte cuando los escribí, aborreciendo á los nombres por los crímenes revolucionarios, no apreciando las cosas que habian existido antes de la revolucion, y no teniendo tampoco aficion á lo que habia venido en pos de ella, mis ideas iban á parar directamente en la anarquía y en la destruccion de la sociedad. En mi prurito satírico no perdonaba ni á muertos ni á vivos, ni antiguos ni modernos, y no tardaré mucho en turbar las cenizas de Pompeyo, de César, de Ciceron y de Bruto. (N. ED.)

(1) Al leer la historia antigua conviene precaverse del entusiasmo. Hay mucho que rebajar de la idea que nos formamos acerca de los griegos y los romanos. Ese filósofo era indudablemente un grande hombre; pero tampoco carecia, segun nos dice el mismo Platon de grandes defectos. He aquí como habla de Pompeyo Ciceron en sus epístolas á Atico: «*Tuus autem ille amicus, nos, ut ostendit, admodum diligit, amplectitur, amat, aperte laudat; occulte, sed ita ut perspicuum sit, invidet nihil comes, nihil simplex, nihil..... honestum (in rebus quæ sunt reipublicæ) nihil illustre, nihil forte, nihil liberum*» y ese es el mismo hombre en favor de quien el mismo Ciceron escribió el discurso ¡*Pro lege Manilia*! y aquel famoso Bruto, aquel virtuoso regicida, verosimilmente asesino de su padre, tan magníficamente alabado de Plutarco y de otros muchos escritores; aquel Bruto habia prestado dinero á la ciudad á un miserable que con un destacamento de caballería tuvo asediados por deudas á los senadores de Salamina de los cuales llegaron á morir trescientos de hambre, y aun despues de eso Bruto se atrevia á proponer que por medio de una ejecucion militar se le indemnizara de la suma prestada. Me es muy sensible, añade Ciceron, ver que vuestro amigo (Bruto) es tan distinto de lo que yo pensaba. En esas mismas epístolas de Ciceron á Atico es donde se lee esa anécdota muy poco conocida y que sin embargo merece serlo. Ese rasgo es aun mas odioso por la circunstancia de reclamar Bruto aquella cantidad en nombre de dos amigos suyos, aunque en realidad nada tenian que ver con ella.

No careció tampoco el buen Ciceron de debilidades como nos lo revelan sus propios escritos y su biografía escrita por Plutarco. Es curioso ver que César le escribiera hablando de las guerras civiles: «Mi querido Ciceron permaneced tranquilo, un buen ciudadano como vos no debe meterse en nada.» Y el pobre Ciceron se llena de espanto diciendo: «¿Qué habria sido de mí, querido Atico? ¿Estuve á punto de ser arrestado con mis lictores? ¡Ah! ¡Dioses inmortales! circulan las mas funestas noticias ¡Si yo estuviese en mi casa de Tusculum! Me retiraria á una isla de la Grecia; pero Antonio no lo querrá. ¿Qué he de hacer? Escribió una hermosa epístola á Antonio que llegó con tres cómicas en una litera. En seguida pronunció las Filipicas y Antonio presentó la malhadada carta. César no se tomaba la molestia de

Dion, que asi se llamaba el filósofo, cometió el grave error de no comprender el carácter de Dionisio, y como ciego apasionado de la filosofía, creyó que todo el mundo estaba obligado á amarla como él la amaba. Queriendo, pues, elevar al jóven monarca sobre los límites que la naturaleza le habia prescrito, no hizo mas que llenarle la cabeza de ideas indigestas, y acaso darle vicios, cuya semilla tal vez no se albergaba en su corazon. Arte en extremo difícil es el saber formar un exacto juicio acerca de un hombre y del modo con que es preciso hablarle. Una inteligencia de elevado temple propende á creer que los demás se hallan á la altura de su capacidad, y les habla en ese sentido sin conocer que no le comprenden. El hombre de talento tiene absolutamente que sacrificarse á la tonteria, y no falta quien me ha asegurado tener cada vez mas partido en la sociedad porque incesantemente estaba aparentando ser mas nulo que el sugeto con quien hablaba (a).

Por toda la Grecia dominaba la reputacion de Platon, por lo cual Dion aconsejó á su sobrino tratase de atraerlo á Siracusa. Platon despues de haber presentado algunas dificultades, consintió en ir á dar lecciones al jóven monarca, y á resultas de su venida no tardó la córte en transformarse en una academia. Dionisio no hacia mas desde la mañana hasta la noche que argumentar sobre cuál era el mejor ó el peor de los gobiernos; mas al fin se cansó de desatinar en lo que no entendia. Los cortesanos murmuraban; el ejército se cuidaba poco ó nada del *mundo ideal*, y la virtud filosófica era demasiada casta para el tirano. Dion fue desterrado y de allí á poco se le unió Platon en Grecia. Apenas habia salido de Siracusa el moralista, cuando ya Dionisio ardia en deseos de volverlo á ver. Deseos en los reyes son lo mismo que necesidades. Pero por esta vez fue preciso que todos los filósofos de la grande Grecia comprometieran su palabra en obsequio de la seguridad ofrecida al anciano de la Academia. En este interés que toda una corporacion de sabios se tomó por uno de sus miembros, hay algo que conmueve gratamente el corazon: cuando Juan Jacobo andaba errante de pais en país, (1) muy poco se cuidaban de él los sabios de Francia, de Inglaterra (2), ni Italia.

ocultar sus vicios. La proclamacion de su colega Bibulo: «*Bithynicam reginam eique regem antea fuisse cordi, nunc esse regnum*,» y los versos de los soldados:

Gallias Cæsar subegit, Nicomedes Cæsarem
Ecce Cæsar nunc triumphat qui subegit Gallias;
Nicomedes non triumphat quæ subegit Cæsarem,

dan claramente á entender los desórdenes de la reina de Bitinia. Augusto despues de haber proscrito cuando jóven á sus conciudadanos, deshonraba, siendo viejo, á las jóvenes de sus Estados. Paso en silencio los Nerones y los Tiberios. Sin embargo es cosa particular que mostrándose Suetonio tan aficionado á referir cierto género de anecdotas nada diga acerca de lo que nos refiere Tácito por lo tocante á los incestos de Agripina con su hijo.

(a) Trato al público con la franqueza mayor del mundo: le cojo del brazo y le cuento con toda familiaridad lo que otro cualquiera me ha contado. (N. ED.)

(1) Las supuestas persecuciones de Rousseau no tenian por la mayor parte mas origen que en sus propias ideas. Es cierto que por algunos de sus escritos fue condenado judicialmente, pero otros escritores que se hallaban en igual caso se reian de una sentencia que no hacia mas que aumentar su celebridad, y cuyo mas duro rigor se reducia á pronunciar algunos dias de arresto en el castillo de Vincennes. No quiero decir que no se cometió una gran falta en dar órden de prision contra Rousseau, pues soy demasiado amigo de la libertad individual y de la imprenta, para no salir en defensa de sus derechos, pero digo que no deben usarse exageraciones y que no es justo dar el nombre de *proscripcion* ni de *destierro* á lo que en realidad no presentaba el odioso carácter de tal. (N. ED.)

(2) Seria injusto olvidarse de que Hume dió hospitalidad á Juan Jacobo; que en el duque de Portland encontró la proteccion de un Mecenas y las luces de la filosofía, y finalmente que el gobierno de S. M. británica concedió una honrosa pension al ilustre emigrado.

Platon suplicó al tirano mandase levantar el destierro de Dion; pero no consiguió nada favorable, antes por el contrario Dionisio confiscó los bienes del desterrado, cosa que habia pensado hacer. Resentido el filósofo de la injusticia que se hacia á su amigo, pidió el permiso de retirarse y lo consiguió, aunque con bastante trabajo. Habiéndose quedado el príncipe solo con sus vicios y sus cortesanos, volvió á sumergirse en los excesos del despotismo y la disolucion. La medida de la indignacion del pueblo se iba colmando, y la hora de la venganza estaba á punto de sonar.

CAPITULO X.

EXPEDICION DE DION.—FUGA DE DIONISIO.—TRASTORNOS EN SIRACUSA.

Dion, viéndose despojado de sus bienes, y herido en el alma por el divorcio de su esposa, dada en matrimonio por Dionisio á uno de sus favoritos, resolvió librar de su tiranía á la Sicilia. Púsose al frente de una expedicion no compuesta mas que de dos buques y ochocientos hombres, contra un príncipe que poseia ejércitos y escuadras; (1) pero el gefe de la expedi-

(1) Dionisio entonces carecia de recursos financieros, que son causa poderosa de revoluciones. * En este *Ensayo* hay tres ó cuatro capítulos en los que aparecen algunas investigaciones sobre el sistema rentístico comparado de los antiguos y los modernos. Sobre este particular debo decir que es un asunto muy oscuro y que me ha causado mucho trabajo el seguir paso á paso en cuanto me ha sido posible el estado de las contribuciones, de los préstamos, y de todas las operaciones financieras desde los primeros tiempos de la historia hasta nuestros dias. Se verá que tal vez podria probarse que las letras de cambio hubiesen sido conocidas por los antiguos, y que tanto en este particular como en todo lo demás nuestra superioridad sobre aquellos no es tan absoluta como algunos creen. Por lo tocante al papel moneda, no merece la pena de que nos alabemos de su uso, pues nunca ha producido mas que calamidades. Asi lo demuestra palpablemente la Francia y América que tambien ha tenido que sufrir por esa plaga. En 1775 el Congreso decretó la emision de *bills* de crédito por una suma de dos millones de *dolares* que debian irse gradualmente retirando de la circulacion por medio de impuestos, quedando fijado el primer plazo de amortizacion para el 31 de noviembre 1779. Siguieron otras muchas emisiones, de modo que en febrero de 1776 habia en los Estados-Unidos mas de veinte millones de dolares en papel.

El entusiasmo del pueblo los sostuvo por algun tiempo, pero al fin el interés pudo mas que el patriotismo y principiaron á perder. Prosiguiendo el Congreso en multiplicar el papel, no tardó en llegar su total á doscientos millones. Ademas de esa enorme masa, cada Estado tenia sus bonos particulares asi como los departamentos de Francia tuvieron sus pequeños asignados. A fin de remediar la pérdida que en 1779 sufrian los *bills*, el Congreso empleó un recurso que la Convencion puso tambien en juego posteriormente y consistia en reemplazar el antiguo papel por otro de nueva crea-

* Al oirme hablar de asuntos rentísticos en la tribuna, ó cuando mas he hecho en obsequio de mi pais que es cuando me he abstenido de hablar acerca de malhadadas operaciones, se ha creido generalmente que yo principiaba entonces, como otros muchos, mi educacion financiera, sin embargo no es asi como lo demostraran esta nota y otros muchos pasajes de esta obra. El estudio y la fraseología rentística me eran familiares desde mucho tiempo atrás, pues me aficioné á ellos durante mi emigracion en Inglaterra. Cuando llegué á la direccion de asuntos en mi pais, nada ignoraba de lo concerniente á mis deberes. No sé si hubiera desempeñado debidamente el ministerio de Hacienda, pero por lo menos en tal caso habria tenido ese punto de semejanza con Pitt, y el Estado se habria visto en la necesidad de costear mis funerales. La casa de aquel ilustre ministro inglés se halló siempre en el mayor desórden: todo el mundo le robaba y Pitt nunca acertó á ponerse al corriente de su deuda con la lavandera; yo soy mucho mejor rentístico que todo eso. (N. ED.)

cion contaba con que los vicios del tirano, y la inconstancia del pueblo, suplirian la escasez de sus fuerzas, y no se engañó.

Todo salió á medida de su deseo: hallándose Dionisio ausente de Siracusa, se sublevaron sus habitantes y Dion entró en la ciudad, proclamando el restablecimiento de la república. Al llegar á oidos del tirano esta noticia, se dió prisa en aventurar una batalla cuyos resultados acabaron de arruinarle completamente, y despues de varias negociaciones pudo retirarse á Italia, dejando la ciudadela, de la que habia tenido la fortuna de apoderarse. Entre tanto se habia la discordia introducido en la ciudad: unos defendian á Dion, su libertador; y otros proclamaban á Heraclides que proponia sistemas democráticos. En favor de este se declaró la victoria, y Dion, perseguido por los mas ingratos de entre los hombres, tuvo que retirarse con un pequeño número de amigos leales, atravesando un populacho feroz dispuesto á despedazarlo.

Apenas tan ilustre patriota habia salido de Siracusa, cuando el partido de Dionisio que permanecia

ENCERRADO CON ASPASIA Y ALGUNOS AMIGOS.

constantemente bloqueado en la ciudadela; hizo una impetuosa salida, forzó la línea de los sitiadores, y

cion; mas no consiguió nada y la pérdida fue cada vez en aumento. De manera que por último tuvo el Congreso que mandar suspender la accion de las medidas coercitivas que habia puesto en juego, y la enorme pérdida que el papel sufria paralizó enteramente su circulacion en 1781.

Asi se verificó la bancarrota. Es un hecho extraordinario pero evidente, que la caida del papel moneda nunca ha producido grandes movimientos en un Estado: la principal razon de este fenómeno consiste en que el que recibe papel en su primera emision, es decir, cuando por lo regular tiene todo su valor, lejos de sufrir una pérdida suele por lo contrario hacer alguna ganancia. Cuando principia la baja, el papel regularmente ha cambiado ya de dueño, y el capitalista que lo ha recibido en estado de baja se deshace de él con la misma; de manera que continúa circulando en el precio corriente al verificarse la negociacion, y el descuento llega á ser insensible entre los individuos que lo van negociando. Solo produce una considerable pérdida al acreedor y al último entre cuyas manos espira. Pero como los capitales no han hecho mas que cambiar de mano, resulta que la pérdida no afecta al Estado porque hay la misma cantidad de propietarios que antes, y el equilibrio no ha sufrido alteracion.

causó tal terror, que los ciudadanos enviaron una humilde diputacion á Dion, y este tuvo la magnanimidad de volver á socorrerlos.

Púsose, pues, en camino de la capital durante la noche, pero tuvo que suspender la marcha por haber recibido correos en que se le mandaba por haber retirarse otra vez. Habiendo los soldados de Dionisio vuelto á encerrarse en la ciudadela, el pueblo recobró su primitiva audacia: el partido de Heraclides custodiaba las puertas de la ciudad y se proponia disputar la entrada á las tropas de Dion.

Entre tanto, trasmitiéndose de eco en eco, se extiende á lo lejos un sordo rumor que viene de la ciudad; no tardan en oirse gritos espantosos: óyense alaridos confusos, y cuando estos cesan, se distinguen agudos sonidos y alguna voz doliente y solitaria como la de alguno que perece á manos de asesinos en alguna calle desierta; por último resuena de lleno todo el espantoso tumulto de un pueblo insurreccionado, sosteniendo una lucha desesperada con sus enemigos.

Un incendio general, que solo el pincel de Virgilio podria describir, acabó de aumentar el horror de

DIONISIO REDUCIDO Á LA MENDICIDAD.

aquella pavorosa noche. Las púrpureas ráfagas de luz que se reflejan en el sereno cielo, dan á entender á Dion (1) que su patria es presa de las llamas. No tarda en confirmar esta triste realidad un mensajero, que hasta en nombre de Heraclides suplica al filósofo guerrero acelere sus pasos y se olvide en vista del peligro comun, de todo resentimiento de las antiguas injurias. La guarnicion de la ciudadela habia vuelto á hacer otra salida, y despues de haber pegado fuego á la ciudad, degollaba indistintamente á cuantos ciudadanos caian en sus manos.

Dion no vaciló un momento. Entra en Siracusa con su pequeña tropa de héroes en medio de las aclamaciones de los ciudadanos prosternados que le miran mas bien como un Dios, que como un mortal. El filósofo patriota avanza por las calles al través de mil peligros, pisando cadáveres de los ciudadanos asesinados al resplandor del incendio, entre paredes enrojecidas y entreabiertas por el fuego, unas veces sumergiéndose en torbellinos de humo y de abrasadoras

(1) Dion se hallaba á tres leguas de distancia de la ciudad.

cenizas, y otras exponiéndose á la caida de los edificios que contínuamente se estan desplomando en su alrededor. Por último llegó á la ciudadela, á cuya vista las tropas del tirano estaban formadas en batalla; atácalas denodadamente y las obliga á encerrarse otra vez en su guarida, de donde no salieron sino despues de haber entregado la plaza mediante capitulacion, á los ciudadanos.

Habiendo Dion restablecido la tranquilidad, no gozó largo tiempo del fruto de sus trabajos; (1) pues pereció asesinado despues de haberse hecho por su parte culpable de otro asesinato. Calipe, que fue el matador de Dion, se vió á su vez arrojado por el hermano de Dionisio, y por último este tirano volvió á recobrar el trono perdido despues de diez años de interregno.

Platon conoció mejor que Dion á los hombres de su época, cuando le predijo que no conseguiria mas que causar nuevos males sin poder remediarlos. Es mucha insensatez el querer dar república á un pueblo que carece de virtud: quien lo intente no hará mas que arrastrarlo de calamidad en calamidad, y de tirano en tirano, sin conseguir establecer su independencia. En mi concepto existe una clase de gobierno particular adecuado á cada uno de los diversos periodos de la edad natural, digámoslo asi, de los pueblos: la libertad absoluta á los salvajes, la república monárquica á los pastores, la democracia á la edad de las virtudes sociales, la aristocracia á la relajacion de costumbres, la monarquía á la edad del lujo y el despotismo al período de corrupcion. De aquí se infiere que al querer dar á un pueblo la forma de gobierno que no es análoga á su estado moral, no se consigue nada mas que agitarlo sin fruto, pues tarde ó temprano el inevitable impulso de las cosas (a) lo coloca en el estado que naturalmente debe tener. Hé aquí el motivo de convertirse muchas supuestas repúblicas súbitamente en monarquías: de tales principios, tales consecuencias; de tales costumbres, tales gobiernos. Si hombres viciosos trastornan un Estado, por muy plausible que sea el pretexto de que se valgan, lo único que podrá resultar es el despotismo. Los tiranos son el remordimiento de las revoluciones llevadas á cabo por los perversos.

CAPITULO XI.

NUEVOS TRASTORNOS DE SIRACUSA.—TIMOLEON.—RETIRADA DE DIONISIO.

No duró mas que dos años la nueva aparicion de Dionisio en el trono. Insurreccionáronse nuevamente los intratables siracusanos y llamaron en su ayuda á Icetas, tirano de un país inmediato. Este, lejos de pensar en combatir por la libertad de Sicilia, no pensó sino en substituir á Dionisio, y se alió secretamente con los cartagineses. No tardó la escuadra púnica en presentarse á la vista del puerto, cuando el antiguo tirano no habia abandonado aun la ciudadela y se defendia contra el nuevo dueño de la ciudad. En semejante conflicto los siracusanos enviaron á pedir socorro contra Dionisio, contra Icetas, y contra los aliados de este, á Corinto, su madre patria. Compadecidos los corintios de su antigua colonia, enviaron á Timoleon al frente de diez buques de guerra. Este grande hombre desembarcó en Sicilia, y alcanzó una victoria sobre Icetas.

Al ver Dionisio desvanecidas sus esperanzas, se entregó al general corintio, y este hizo marchar á Grecia con una sola nave, sin acompañamiento, y con una pequeña suma de dinero, al que en otro tiempo habia sido señor de escuadras, tesoros, palacios, esclavos y de uno de los mas hermosos reinos del mundo antiguo. Viéndose de allí á poco Timoleon dueño de Siracusa, batió á los cartagineses; é invitando al pueblo con la libertad, mandó que se arrasaran las ciudadelas que acostumbraban servir de guarida á los tiranos. Precipitáronse los siracusanos sobre aquellos odiosos monumentos de esclavitud: arrasáronlos, y destruyendo hasta los sepulcros de los déspotas, dispersaron sus huesos por los campos, ó los dejaron suspendidos como los esqueletos de las aves de rapiña que se colocan en las heredades para espantar á sus semejantes (b). Erigiéronse tribunales de justicia nacional en el mismo terreno de aquellas ciudadelas de donde en otro tiempo emanaban las injustas arbitrariedades de los reyes. Hasta sobre las estátuas de estos recayó públicamente la justicia del pueblo y fueron condenadas á ser vendidas, no exceptuándose entre todas mas que la de Gelon. El bueno, el patriota Enrique IV, que no habia sido un usurpador como Gelon, no pudo salvar su efigie del furor de los republicanos franceses. Los antiguos acataban la virtud hasta en sus mismos enemigos, y los que concedieron honores sepulcrales al extranjero Mardonio, no habrian ciertamente dejado confundir las cenizas de su compatriota Turena, en medio de una osteologia de monos. En vano tratamos de aumentar nuestra estatura para imitar á los gigantes de la Grecia, nunca pasaremos de ser unos pigmeos (c).

CAPITULO XII.

DIONISIO EN CORINTO.—LOS BORBONES.

Al llegar Dionisio á Corinto, acudió todo el mundo á saciar la curiosidad de contemplar un monarca en la desgracia. No es tan intenso el amor que profesamos á la libertad como el odio que alimentamos contra los poderosos; porque no podemos tolerar la felicidad en los demás y estamos en la inteligencia de que aquellos la poseen completamente. Como los reyes estan al parecer persuadidos de ser una raza distinta de la multitud, no es extraño que en el dia de la desgracia no encuentren quien acompañe con una lágrima su desgracia. Cada cual al verlos en el infortunio dice entre sí: «he aquí el hombre á quien los demás prestábamos obediencia y que con solo una mirada habria podido arrebatarme la libertad y la vida.» Sin poder elevarnos de nuestra bajeza rastreamos ante el prín-

(1) Dion juntamente con algunos filósofos platónicos quiso establecer en Sicilia una de esas repúblicas ideales que tanto daño causan á los hombres. Tal vez sea esa la única vez que se ha intentado establecer un gobierno sobre principios puramente abstractos. Los franceses quisieron tambien hacer lo mismo en nuestros tiempos, pero ni estos, ni aquel pudieron conseguirlo, porque el vicio dominaba ya en las costumbres nacionales. Es casi increible cuánto se parece la edad filosófica de Alejandro á la nuestra.

(a) Aqui refuto victoriosamente la mania de querer dar á los pueblos constituciones uniformes desentendiéndose del estado de civilizacion en que se encuentran. Eso mismo he dicho en la tribuna hace diez años, sea como miembro de la oposicion, sea como ministro, deseando á todas las naciones una libertad proporcionada á su grado de ilustracion. Ese es el único modo de elevar á los hombres á una libertad completa, y no siguiendo ese camino todo cuanto se haga en obsequio de la libertad redundará en favor de la tiranía. Mi razon ya madura aprueba pues completamente lo que dije en esta página hace treinta años, pero no por eso se pierda de vista que entonces me referia únicamente al sistema de las repúblicas antiguas, esto es, fundando la libertad únicamente en las costumbres, y olvidándome de otra especie de libertad que es la que los progresos de la civilizacion traen consigo. (N. ED.)

(b) La comparacion es bastante exacta; mas no conviene llevar el odio de la tirania hasta el extremo de aplaudir la violacion de los sepulcros. (N. ED.)

(c) Ese pasaje aunque no enteramente falto de verdad respira demasiada indignacion. Fácilmente se echa de ver que ese sentimiento de independencia que campea en todas esas páginas, en nada perjudicaba al afecto que yo tenia á mis legítimos soberanos. No pueden condenarse con mas sinceridad los excesos revolucionarios, ni profesar mas apego á la libertad. (N. ED.)

cipe sentado en el trono y cubierto de gloria; mas tambien le escupimos al rostro asi que lo vemos caer (a).

¿Qué recurso le quedaba á Dionisio en medio de tales angustias? Habria debido saber que para los desgraciados son menos temibles los tigres y los desiertos que la sociedad. Habria debido retirarse en algun lugar solitario á llorar sus culpas pasadas y particularmente á ocultar sus lágrimas; lo mejor que podia haber hecho era haberse recostado como los antiguos y haber muerto. No es tan digno de lástima el hombre que en medio de su infortunio vive cerca de un droguero ó de un vendedor de puñales, y conserva algunas monedas en su bolsillo (b).

No tenia ese temple el alma de Dionisio : aquel tirano conservaba todavía no sé por qué razon apego á la existencia Tal vez algun lazo oculto que no se atrevía á descubrir, algun secreto afecto... ¿No era por ventura padre? ¿No dan las debilidades del corazon apego á la existencia? Uno de los terribles efectos de la desgracia es el redoblar nuestra sensibilidad: al mismo tiempo que en el corazon de los otros estingue nuestro afecto, nos hace mas susceptibles de amistad, cuando ha pasado ya la hora de los amigos.

Provechosa leccion ofrecia el tirano de Siracusa en Corinto á donde los extranjeros acudian á meditar sobre tan extraordinario espectáculo. Aquel desgraciado monarca cubierto de harapos pasaba su vida en las plazas públicas y las puertas de los bodegones donde por compasion le daban algun poco de vino y los restos de las comidas. El populacho formaba corro en su alrededor y Dionisio tenia la bajeza de divertirlo con sandeces. En seguida pasaba por las tiendas de los perfumistas, é iba á casa de las cantoras á ensayar lo que ellas habian de cantar en el teatro, y á disputar sobre reglas de música. Mas adelante para no verse reducido á morir de hambre tuvo que reducirse á enseñar gramática á los niños del pueblo de los arrabales, y aun no fue este el único envilecimiento á que le condenó la fortuna.

No ha faltado quien ha querido indagar las causas de tan rastrera conducta, y sobre este particular hizo Ciceron una reflexion llena de amargura, opinando que no siéndole posible á Dionisio olvidarse de su propension á la tiranía quiso ejercerla sobre los niños. Justino por el contrario cree que el tirano obró de aquel modo por quitar todo motivo de sospecha á los de Corinto. ¿No será mas prudente creer que la desesperacion fue la única causa que precipitó al destronado monarca de Sicilia en aquel colmo de bajeza? A fuerza de insultarlo lo convirtieron en objeto digno de los insultos. Es la desgracia una enfermedad del alma que quita la energia necesaria para desprenderse de la vida, y cuando el desgraciado conoce que su carácter se envilece, y que la piedad de los hombres se desdeña de emplearse en él, entonces se envuelve enteramente en el desprecio, como en una especie de sudario.

No obstante la máscara de insensibilidad con que el tirano ocultaba su rostro, dudo que el banco de piedra que le servia de almohada durante la noche en la plaza pública, y que tal vez tenia que compartir con algun mendigo de Corinto, amaneciese enteramente seco por la mañana. Muchas palabras que se le escaparon á aquel desgraciado justifican esta conjetura.

Habiéndose cierto dia encontrado con Diógenes y oyendo que este le decia; «Tú no merecias semejante suerte,» no entendió el sentido de esta exclamacion, y figurándose que al fin habia tenido la dicha de encontrar un ser humano que le compadeciera, contestó sin poder dominar su emocion «¡Luego tú me compadeces! Gracias. »La sencillez de esas palabras que habria debido enternecer á Diógenes, no hizo por el contrario mas que irritar el despecho del feroz cínico.» ¡Yo compadecerte! esclavo, te engañas, replicó Diógenes : cáusame indignacion el ver que te dejan vivir en una ciudad donde gratuitamente se te han de proporcionar algunos placeres.» No quiera Dios que nunca participe yo de semejante filosofía.

Viéndose en otra ocasion importunado por un hombre que le abrumaba con indecentes familiaridades exclamó con la mayor resignacion : «¡Bienaventurados los que han aprendido á sufrir!»

Tambien sabia algunas veces rechazar una injuria grosera por medio de dichos agudos. Cierto ciudadano sospechoso de ratería, se aproximó á él sacudiendo la túnica, á fin de manifestar que no llevaba ninguna arma oculta (se acostumbraba hacer esta ceremonia para hablar con los tiranos); viendo lo cual Dionisio le dijo: «Prefiero que sacudas la túnica al despedirte.»

La fortuna mezclaba alguna vez dulzuras con sus rigores como para hacerle mas insoportable lo acerbo de su cáliz. Concedióse al destronado tirano licencia para viajar, y Filipo le recibió en su córte con todos los honores debidos á su anterior estado. De manera que habiendo sido maestro de escuela en Corinto honrado como rey en la córte de Macedonia, y viéndose luego reducido á la mendicidad, nadie mejor que aquel desgraciado pudo dar testimonio del insensato capricho de la fortuna y de la vanidad de todos los papeles que se vió obligado á representar. Por lo menos el padre de Alejandro se honró asimismo respetando tan atroz infortunio, y al ver á su desgraciado huesped no pudo menos de decirle con alguna viveza: «¿cómo has perdido un reino que tu padre supo conservar tanto tiempo?—Eso consiste, respondió Dionisio en que heredé su poder, pero no su fortuna. »Esa contestacion explica la historia entera del género humano. Cierta noche que Filipo y Dionisio pasaban amigablemente el tiempo en una orgía preguntó el primero al de Sicilia cuánto tiempo empleaba su padre, Dionisio el antiguo, en componer tanto número de versos:» El tiempo que nosotros empleamos en beber, contestó alegremente el rey destronado (c).

Por último, quiso la suerte dar al gran drama de la escuela de los reyes un desenlace no menos extraordinario que las demás escenas. Viéndose otra vez reducido Dionisio al último grado de miseria, ó tal habiendo flaqueado su razon en fuerza de tantas desgracias se alistó en una compañía de sacerdotes de Cibeles, y la Grecia vió al monarca de Siracusa recorrer sus ciudades y aldeas bailando con su enorme barriga al sonido de un timpano y luego alargando la mano para recibir la miserable limosna que el populacho le daba.

(a) Insufrible seria la vida si fuese la raza humana lo que en aquel tiempo me parecia ser. Si el pueblo escupe en el rostro á los reyes caidos del trono, falta saber si al recobrar estos el poder no escupen tambien en el rostro de sus servidores.

(b) Solo me faltaba para coronar la obra el recomendar el suicidio. Si el resto de la obra no estuviera en contradiccion con semejantes principios, y no ofreciera una expiacion de esos arrebatos de un alma dolorida, no habria términos con que reprender al autor del libro. Si me fuera posible alegar una excusa de doctrina tan perniciosa, haria notar que era un sentimiento generoso y hasta monárquico el que me las inspiraba. Yo hubiera querido que Dionisio se hubiese dado la muerte antes que envilecer á un mismo tiempo su persona y su dignidad; el consejo es criminal; pero el motivo que lo dictaba es noble. (N. ED.)

(c) No he sacado todo el partido que podia de esta entrevista de Dionisio y Filipo. Dionisio el Antiguo, fue un monarca bastante ilustre que tuvo un hijo demasiado mezquino, y Filipo por el contrario, tuvo por heredero á un hijo, que es uno de los hombres mas eminentes que la historia recuerda. Aquel pequeño déspota que daba fin al reino de Sicilia comiendo con el jóven Alejandro, que iba á dar principio á una de las tres mayores monarquías del mundo, formaba un contraste que yo habria debido aprovechar. (N. ED.)

Fácil es comprender la causa que me ha hecho referir tan extensamente las desgracias de Dionisio; pues ademas de la moralidad que de ellas puede deducirse, la Europa estaba presenciando en el momento que yo me dediqué á describirlas un triste ejemplo, no de los vicios de aquel tirano; pero sí de su menguada suerte. En aquellos instantes se presentaba á los ojos del mundo un Borbon, que hallándose privado, hasta de su patrimonio particular, se veia reducido á emplear en Suiza el mismo recurso de que se valió Dionisio en Corinto para sostener su vida. No puede dudarse que el duque de Orleans habrá enseñado á sus pupilos los peligros que una culpable ambicion lleva en pos de sí, y los inconvenientes sin fin de una educacion descuidada: no se habrá olvidado de inculcarles á todas horas que el primer deber del hombre no es el ser rey, sino el ser probo. Si esta palabra parece algo severa, apelaré al testimonio de ese mismo príncipe, cuyo valor y virtudes naturales son harto conocidas. Fije en torno suyo una mirada sobre Europa y contemple los millares de víctimas sacrificadas diariamente á la ambicion de su familia: por mi parte me habria sido grato no haber tenido que recordar el nombre de su padre.

El resto de la familia de los Borbones no se ha eximido tampoco de ser acrisolada por el rigor de las desdichas. El heredero de los reyes, el soberano legítimo de Francia anda errante al escribir yo estas líneas, por Europa á merced de los hombres (a), y el dueño de tantas riquezas y de tantos palacios se habria considerado como muy dichoso en poseer en algun rincon del mundo la cabaña del mas infeliz de sus vasallos.

Sin embargo aunque tanta amargura debian causar á Luis los recuerdos de sus grandezas perdidas, de ningun modo debia temer el llegar á ser víctima del exceso de indigencia, como los tiranos de la antigüedad. En aquellos tiempos remotos un monarca destronado no encontraba por todas partes mas que repúblicas que se complacian en insultar su desgracia, y en la actualidad por do quiera encuentra soberanos que por lo menos atienden á las necesidades de su vida (b). Si algun dia llega la Europa á constituirse en democracias, el último de los reyes que caiga del trono tendrá que apurar las mismas amarguras que Dionisio.

Desde las primeras épocas del mundo hasta la catástrofe de los Borbones, la historia presenta un gran número de príncipes destronados y presa de infortunios, herencia comun del humano linage. En esta triste categoría figuran particularmente entre los antiguos, aquel monarca privado de la vista que apoyado en el brazo de Antigone recorria la Grecia: Teseo, el legislador, defensor de su patria y desterrado por un pueblo ingrato; Orestes acompañado de su único amigo; Idomeneo expulsado de Creta; Demárato, rey de Esparta, refugiado cerca de Darío; Hypias, muerto en la batalla de Maraton, al esforzarse por recobrar la corona; Pausanías II, rey de Esparta, sentenciado á muerte y evitándola por medio de la fuga; Dionisio en Corinto; Darío huyendo de Alejandro y asesinado por sus mismos cortesanos; Cleomenes, digno sucesor de Agis, crucificado en Egipto, á donde se habia retirado; Antioco Hierax, á quien no dió Tolomeo mas asilo que un calabozo; Antioco X que anduvo errante entre los partos y en Cilicia; Mitridates solicitando vanamente asilo cerca de su yerno Tigranes, y obligado á tomar un veneno; en Roma Tarquino expulsado por Bruto, y tratando inútilmente de sublevar la Italia en su favor, y por último veriamos una multitud de soberanos de ambos imperios, cuya enumeracion seria demasiado difusa (c). No faltan tampoco entre los pueblos modernos trágicos ejemplos con que poder aumentar este catálogo: Gelimer (1) en Africa expulsado del trono de los Vándalos y reducido á cultivar el campo con sus propias manos; Lamberg en Italia, primer príncipe destronado de la Europa moderna; Pedro de Médicis que á no haber sido por Felipe de Comines no habria podido hallar asilo en Venecia; el emperador Enrique IV, huyendo de su hijo; el conde de Flandes, expulsado por Artavelle; Carlos V de Francia, destronado por la faccion de Carlos de Navarra; Carlos VII, reducido á solo la ciudad de Orleans; Enrique VI de Inglaterra, precipitado del trono, restablecido y vuelto á destronar; Eduardo IV, errante por los Paises-Bajos privado de todo socorro; Enrique IV de Francia, expulsado por los partidarios de la Liga; Carlos II de Inglaterra durmiendo bajo una encina en sus propios Estados, mientras que su familia en el continente permanecia todo el dia en la cama por no tener fuego con que calentarse; Gustavo Vasa oculto en unas minas; Estanislao, rey de Polonia, huyendo disfrazado de su palacio; Jacobo II, hallando una córte en Francia y sus descendientes careciendo de lugar en que reclinar su cabeza (d); María, presentando su hijo al pueblo húngaro, y finalmente los Borbones con sus repetidas desgracias podrian terminar dignamente esa fúnebre lista. En este catálogo de miserias cada cual

(a) Terminantemente queda consignado en este pasaje mi afecto á la monarquía de San Luis y á la legitimidad; pero el paralelo entre Dionisio y los herederos de tantos monarcas, presenta la misma importunidad é inconveniencia que otras muchas comparaciones que se leen en este *Ensayo*. ¿Qué relacion de influencia, de carácter, ni de grandeza puede hallarse entre el tirano de unas cuantas ciudades de Sicilia, hijo de otro tirano, y primero de su raza con la dinastía de los Borbones? ¿Puede aquel régio farsante que bajó del trono para figurar en una comparsa de sacerdotes de Cibeles, ofrecer ningun punto de parangon con el magnánimo soberano que rechazó tan noblemente todas las proposiciones que le hizo el usurpador de su corona? Pero yo necesitaba á todo trance comparaciones para deducir consecuencias mas ó menos exactas, y escribir páginas mas ó menos congruentes. (N. ED.)

(b) Hay algo de limitado, de árido y de vulgar en esta comparacion. Me he expresado con mas nobleza anteriormente cuando dije: Un rey de Francia, aunque desprovisto de todo, no dejará de ser rey en tanto que pueda vestir su trage *flor de lisado*, llevar por baston el cetro de San Luis, y ceñir la espada de Enrique IV. (N. ED.)

(c) En este catálogo habria debido hacer mencion de Perseo, aunque no fuera sino por recordar el trono de Alejandro. (N. ED.)

(1) La interesante historia de este monarca ofrece una de las mas caprichosas combinaciones de la fortuna. Al dia siguiente de haberse podido escapar secretamente de Cartago, comia Belisario en el mismo palacio de aquel desgraciado príncipe, en su misma mesa, y servido por sus mismos esclavos. Habiéndose Gelimer acogido á un general romano fue conducido á Constantinopla, donde despues de haberse humillado ante Justiniano, se le asignaron algunos bienes territoriales en un rincon del Imperio. (PROCOP., *Bell. Vandal*: lib. I, cap. XXI, etc.) Ese buen Procopio que tan cándidamente refiere sus sueños, el amor de Honorio á una gallina llamada *Roma*, y las canciones de los niños que decian. «G expelerá á B y B expelerá á G...» me hace acordar que en su historia de la guerra de los persas se encuentra un interesante capítulo acerca del mar Rojo y el comercio de Indias que en mi concepto no ha llegado á noticia del sabio Robertson, en su *Disquisicion*. Dícese en aquel capítulo que para aquella navegacion se construian los buques sin clavazon de hierro, uniendo las tablas únicamente con cables, y esto lo hacian no por causa de las rocas de iman, segun dice Procopio que en este pasaje hace alarde de incredulidad, sino para darles mas ligereza (*). (*De Bello Pers.*, lib. I, capitulo XVIII.)

(d) La Francia los rechazó; pero Roma, madre comun de desgraciados, les dió asilo.

(*) Esta nota está escrita á la diabla, sin mas mérito que el ofrecer una noticia bastante curiosa. ¿Qué tenia que ver con el texto de la obra ni las canciones de los niños, ni Honorio ni Robertson, ni el comercio de Indias, ni las rocas de iman, etc. etc? Erudicion digna ciertamente de la *obra maestra de un Incógnito*. (N. ED.)

Podrá satisfacer las inclinaciones de su corazon : la envidia dirá que fueron reyes; la piedad no verá sino desgraciados, y la filosofía tendrá presente que eran hombres.

CAPITULO XIII.

Á LOS DESGRACIADOS.

Price happy you, exho loock as from the shore.
And have no venture in the Wreck yon see!
(Tres veces venturoso quien comtempla.
desde seguro puerto la borrasca!)

No está escrito este capítulo para toda clase de lectores: muchos de estos podran dejarlo aparte sin interrumpir el hilo (a) de la obra : solo se dirige á la clase de los que padecen, y por lo tanto no he procurado mas que escribirlo en su idioma que hace ya mucho tiempo estoy estudiando! (b).

No era ciertamente un favorito de la fortuna el que repetia los dos versos que sirven de epígrafe á este capítulo. Era un monarca, era el desgraciado Ricardo II que lanzando una mirada al través de las celosías de su prision al amanecer del dia en que fue asesinado, envidiaba al pastor que en el valle podia sentarse tranquilamente al lado de su rebaño.

Cualesquiera que tus errores hayan sido, inocente ó culpable, procedas de un trono ó de una cabaña; quien quiera que seas, hijo de la desgracia yo te saludo: *Experti invicem sumus, ego ac fortuna.*

Mucho se ha disputado ya acerca del infortunio, como acerca de todo; mas sin embargo creo que no careceran de novedad las siguientes observaciones (c).

¿De qué manera influye sobre los hombre la desgracia? ¿Aumenta la energia del alma? ¿La deprime?

Si la aumenta ¿por qué se mostró Dionisio tan cobarde?

Si la deprime ¿por qué manifestó tanta fuerza la reina de Francia?

¿Se amalgama con el carácter de la víctima? En ese caso ¿por qué razon Luis (d) tan tímido en los dias de bienandanza desplegó tanto valor en el momento de la adversidad? ¿Por qué motivo aquel Jacobo II, tan valiente en la prosperidad, huyó cobardemente por las riberas del Boyne cuando ya nada tenia que perder?

¿Podrá suponerse que la desgracia da nueva forma al carácter de la víctima? ¿Será fuerte el que era débil, ó vice-versa? ¿Pero qué fue sino un cobarde durante toda su vida aquel emperador romano que por salvar su existencia se ocultó en las letrinas de su propio palacio? ¿Y el Breton Caractacus no sostuvo su noble independencia lo mismo en medio de la capital del mundo que en la soledad de los bosques de su suelo natal?

En presencia de tales datos no parece posible raciocinar de un modo exacto acerca de la naturaleza del infortunio.

Es verosimil que influye en nosotros por causas secretas que dependen de nuestras costumbres y preocupaciones, y por la posicion en que nos hallamos con relacion á los objetos que nos rodean. El mismo Dionisio tan vil en Corinto, habria tal vez sido sublime entre sus vasallos en Siracusa.

Otra investigacion. Consideremos la desgracia en si misma, examinándola en sus relaciones exteriores.

La vista de la miseria causa diversas sensaciones en quien la mira. Los poderosos, es decir los ricos, no fijan en ella los ojos, sino con extremado disgusto : nadie puede prometerse de ellos mas que una compasion insolente, algun favor, alguna atencion que tal vez será mas amarga que los mismos insultos.

El comerciante al ver entrar en su despacho á un desgraciado, recoge precipitadamente todo el dinero: no sabe aquella alma de barro distinguir entre el desgraciado y el pícaro.

El pueblo os tratará si sois desgraciado con arreglo á su propia índole. En Alemania os dispensaran verdadera proteccion, en Italia no os faltaran humillaciones, y alguna vez vereis brillar destellos de sensibilidad y delicadeza; en España tendreis que soportar altivez; pero no os faltaran pruebas de su natural hidalguía. El pueblo francés á pesar de su barbarie, considerado en conjunto, es el mas caritativo y sensible respecto del que padece y eso consiste en que es el pueblo menos ávido de oro. El desinterés es una cualidad que el pueblo francés posee en mas alto grado que todas las demás naciones de Europa. Ningun valor tiene para aquel pueblo el dinero con tal que no le falte para cubrir estrictamente las necesidades de la vida. En Holanda no encontrará el que sea víctima de la fortuna mas que brutalidad, y en Inglaterra un soberano desprecio; el pueblo de esa nacion comprende, analiza, critica, examina y no entiende mas que de *chelines*, ni ve por todas partes mas que cobre, plata y oro. Por lo demás este pueblo es enteramente lo contrario del francés. Tanto se puede esperar que los individuos que lo componen cometan en particular bajezas por algunas monedas, como que estando reunidos en masa den inequívocas pruebas de generosidad. No creo que existan dos pueblos tan antipáticos en genio, costumbres, vicios y virtudes que los ingleses y los franceses, pero con esta diferencia: los primeros reconocen generosamente algunas buenas cualidades en los segundos, en tanto que estos les niegan toda virtud (e).

Veamos ahora si de esas diversas indagaciones podremos deducir algunas reglas de conducta durante la desgracia. En mi concepto pueden deducirse tres.

El desgraciado es objeto de curiosidad para los demás hombres: hallan estos un placer en examinarlo, en tocar la cuerda de sus angustias á fin de proporcionarse el gusto de estudiar su corazon en el momento de las convulsiones del dolor, asi como los cirujanos estudian la circulacion de la sangre y el juego de la musculatura en animales, atormentándolos para este objeto (f). Debe pues establecerse como primera regla el ocultar nuestras lágrimas. ¿A quién le inspirará interés la relacion de nuestros males? Unos la oiran sin fijar la atencion en ella, otros se fastidiaran al oirla, y en unos y otros lo único que sobraria es malignidad. La suerte próspera es como una estátua de oro, cuyas orejas se parecen á las sonoras cavernas descritas por ciertos viajeros: el mas leve suspiro resuena en ellas como un espantoso sonido.

La segunda regla que se deriva de la primera, consiste en aislarse completamente. El desgraciado debe evitar la sociedad, porque esta es enemiga natural del

(a) El hilo de una obra no se interrumpe, se corta. Aun prescindiendo de ese defecto, semejante frase condena todo el capítulo. El lector puede suprimirlo si tal es su deseo. (N. ED.)

(b) En efecto, presento la cuestion bajo todos sus puntos de vista ; puedo pasar por sabio en la ciencia del infortunio. Yo me deleitaba en hablar de la desgracia , y cuando lo hacía , estaba en mi terreno natural, como el pez en el agua. (N. ED.)

(c) Muy propenso me mostraba á alabarme. (N. ED.)

(d) Alababa y admiraba á esas ilustres víctimas , cuando nada podia esperar de sus descendientes. (N. ED.)

(e) Tal vez se necesitaria valor para hablar de este modo en Inglaterra ; pero de todos modos conviene advertir que hay que hacer una trasposicion en el texto. En vez de decir *que los ingleses y los franceses*, debe leerse: *que los franceses y los ingleses.* (N. ED.)

(f) Me acosa incensantemente esa abominable idea que me formé de los hombres. Esas comparaciones son incoherentes.

que padece y siempre le aplica este argumento: Desgraciado?—Luego culpable. Tan convencido me hallo de esta verdad social, que no puedo andar por la calle sin llevar baja la cabeza.

Tercera regla: orgullo intratable. El orgullo es la virtud de la desgracia. Cuanto mas nos deprima la suerte, tanto mas debemos elevarnos, si es que queremos salvar nuestro carácter. Conviene no perder de vista que lo que se honra en todas partes es el trage y no el hombre. Poco importa que seais un pícaro, si sois rico; ni hombre de bien, si sois pobre. Las posiciones relativas son las que en la sociedad representan aprecio, consideracion y virtud. Como nada hay de intrínseco en el nacimiento podeis muy bien ser rey de Siracusa, pero en la actualidad sois un quidam desgraciado en Corinto. En la primera condicion debiais despreciar lo que érais, y en la segunda llenaros de orgullo por lo que fuisteis; no porque dejeis de conocer en el fondo de vuestra alma lo poco que se merece esa consideracion, sino para serviros de ella como de un escudo contra el desprecio inherente á la desgracia. Propenden los hombres á tratar con demasiada familiaridad al que ven en el infortunio, y es preciso que este se arme constantemente de su dignidad de hombre sino quiere que los demás la olviden.

Sentadas estas consecuencias queda aun en pié una gran cuestion relativa al asunto de que nos estamos ocupando: ¿Qué remedio podrá uno emplear para aliviar sus pesares? En eso consiste la piedra filosofal.

No siendo por de pronto perfectamente conocida la naturaleza del pesar, no es posible digámoslo asi, resolver esa cuestion. Concretémonos por lo tanto á indagar si es posible aplicarle remedio, cuando sabemos positivamente el origen de que dimana.

Asunto ha sido este sobre el cual han escrito muchos filósofos de los tiempos antiguos y modernos. Unos proponen la lectura, otros la virtud, otros el valor y todos vienen á ser como el médico que dice al enfermo: «Manténgase V. bueno.»

El libro verdaderamente útil al que padece, el verdadero tesoro de piedad, de tolerancia, de dulce indulgencia; la inagotable fuente de esperanza, el único bálsamo capaz de cicatrizar todas las heridas del alma, son los santos evangelios. No se limita su divino autor á exortar vanamente á los desgraciados: enaltece sus lágrimas; las bendice, y apura con ellos el cáliz de la amargura hasta las heces (a).

No hay una panacea universal para los dolores del alma, pues como todos tenemos distintas naturalezas no puede convenir á todos un mismo remedio. Por otra parte nuestra razon es demasiado áspera y algunas veces no hace mas que exacerbar nuestros padecimientos, asi como un mal avisado enfermero que revolviera en el lecho al que está en la agonía martirizándolo á trueque de ponerlo en una posicion mas cómoda. Nada menos que la mano de un amigo se necesita para vendar las heridas del corazon y para ayudarnos á levantar suavemente la losa de la tumba.

Mas si ignoramos cómo obra la desgracia, por lo menos no ignoramos en qué consiste: en una privacion. No importa que esta varíe hasta un grado infinito: quién suspira por un trono; quién por un empleo; quién por un abuso: no importa, el efecto es igual para todos. Cierto sugeto me decia: No conozco mas que una desgracia positiva, y es la de carecer del preciso alimento. Cuando el hombre satisface esta necesidad de la vida, tiene un trage con que cubrirse, un techo en que albergarse y fuego, se desvanecen todas las demás calamidades. La falta de lo absolutamente necesario es una cosa horrible, porque la incertidumbre del dia de mañana acibara completamente el momento actual. Asi es en efecto; mas no por eso se resuelve la cuestion (b).

¿Qué hará el hombre para adquirir el preciso sustento? Trabajar, contestan los que no comprenden el corazon humano. Pesa sobre nosotros el infortunio con mas ó menos intensidad en razon de nuestros principios, educacion, inclinaciones, carácter y genio. Hay quien pudiendo ganar pasablemente la subsistencia mediante una ocupacion cualquiera, apenas echará de ver que ha cambiado de posicion; en tanto que otro de carácter mas elevado se considerará como el mas infeliz de los mortales en tener que renunciar al ejercicio de su profesion, en asociarse á unos artesanos, cuyas ideas no se elevan del tronco que estan labrando, y en tener que pasar sus dias en la edad de la razon y del pensamiento, haciendo aprender de memoria algunas palabras á los estúpidos hijos de su vecino. Un hombre de ese temple preferirá morir de hambre á ganar la subsistencia de esa manera. No es, pues, tan fácil como parece el combinar lo necesario con la felicidad: no todos entenderan esto que acabo de decir.

De aquí resulta que no todos somos jueces competentes del bien y del mal ageno, cuando no se trata de apariencias, sino de realidades.

Se me figura que los desgraciados que lean este capítulo lo recorreran con la misma ávida inquietud con que yo he leido el tratado de las humanas miserias en las obras de los moralistas esperando hallar algun consuelo. Me imagino que al ver frustrados tambien sus deseos como yo los he visto me diran: «Nada de nuevo nos enseñais, no nos ofreceis ningun medio para mitigar nuestros pesares; antes por el contrario, nos desauciais, pues venis á confesar que no creeis que lo haya.» O compañeros mios de infortunio. Justa es vuestra recriminacion: ¿Qué no diera yo para enjugar vuestro llanto; pero solo una mano mas poderosa que la de los hombres es la que puede conseguirlo (c). No os dejeis, sin embargo, dominar del abatimiento: no faltará alguna dulzura en medio de tantos sinsabores. ¿Intentaré demostraros el partido que de la condicion mas miserable puede sacarse? Tal vez os será mas provechoso mi consejo que toda la pompa de un discurso histórico.

El desgraciado entre los hijos mimados de la fortuna se parece á un miserable que cubierto de andrajos se presenta en medio de una brillante sociedad, donde todos no hacen mas que mirarle de reojo y evitar su encuentro. ¿Cuál será la conducta mas prudente que el que se halle en semejante situacion podrá seguir? El evitar los paseos públicos, la concurrencia, la luz... Tal vez llegará un dia en que no saldrá de su casa sino durante la noche: cuando empiecen las sombras á confundir los objetos, entonces se aventurará nuestro desgraciado a salir tímidamente de su guarida y atravesando rápidamente los sitios concurridos, buscará algun paraje solitario por el que pueda vagar con toda libertad. Alguna vez se sentará en la cumbre de una colina desde donde su vista dominará la ciudad, y una vasta extension de terreno y contemplará las luces que brillan en el paisaje oscuro, y bajo los techos de las casas. Desde allí verá cuál derrama luz el espléndido reverbero en la puerta de algun palacio, cuyos moradores distraidos con

(a) He citado ya este pasaje en el prefacio como prueba de *mi incredulidad*. (N. ED.)

(b) ¿No es extraño que para nada hiciera yo mencion de las penas morales, de los dolores paternales, ó filiales, ni de los de la amistad? Solo se explica este olvido recordando que en aquella época vivia yo en medio de la emigracion, y continuamente se presentaban á mi vista males físicos y disgustos políticos. Por esta razon hice figurar la *indigencia* y los *abusos* en el número de los infortunios. (N. ED.)

(c) Esos gritos religiosos, que súbita é involuntariamente se escapan del fondo del alma, dan testimonio de mis convicciones, mas claro que todos los discursos de la tierra. (N. ED.)

el bullicio de los placeres estan lejos de pensar que en aquel instante hay un desgraciado que se distrae, contemplando desde lejos la luz de sus festines ¡un desgraciado que en otro tiempo vagó tambien entre luces y rodeado de amigos! En seguida fijará la vista en el trémulo rayo de claridad que salga al través de la ventana de alguna casa pobre de los arrabales, y el desgraciado dirá en su corazon: «Allí estan mis hermanos» (a).

Alguna vez cuando la luna derrame sus pálidos fulgores, se colocará como en emboscada cerca de algun sitio concurrido para gozar de la vista de los hombres sin ser visto de ellos, y recatándose por temor de que al verlo no haya alguno, que como los guardas del doctor inglés en la *Cabaña indiana* grite: ¡un paria! ¡un paria!

Pero el sitio favorito de sus correrías será tal vez algun bosque de pinos á poca distancia de la ciudad. Allí encontrará una sociedad pacífica que tambien se complace en el silencio y la oscuridad. Aquellos *Silvanos* (b) solitarios se dignaran tolerarlo en su república á la que pagará un ligero tributo, manifestando de este modo que agradece la hospitalidad que le conceden.

Cuando los azares del destino nos expelen de este modo fuera de la sociedad, la superabundancia de nuestra alma, á falta de otro objeto real, se derrama hasta sobre el órden mudo de la creacion, y hallamos placeres donde menos lo esperábamos. La vida es dulce en el órden de la naturaleza. Por mi parte debo decir que me he salvado en la soledad, y estoy resuelto á morir en ella sin tratar de aventurarme otra vez al borrascoso mar del mundo (c). Aun contemplo alguna vez sus olas embravecidas como el náufrago arrojado á una isla desierta se complace con una secreta melancolía en ver cual se estrella la furia del mar contra las lejanas playas, testigos de su naufragio. Si no sucumbimos al dolor que nos causa la pérdida de nuestros amigos (d), el corazon se concentra en sí mismo y se propone abstraerse de todo afecto, y vivir únicamente de recuerdos. Si tal estado le hace poco á propósito para la vida social, por otra parte contribuye á que se desarrolle su sensibilidad. Hasta la desgracia puede sernos provechosa: sin ella permanecerian inertes las facultades afectivas de nuestra alma, ni llegaria esta á ser á manera de un instrumento tan altamente armónico que al menor soplo produce sonidos inexplicables. Vague por los bosques el que se ve acosado de pesares; suba á la cumbre desde donde por un lado verá ricas campiñas, y por otro el sol que con sus torrentes de luz teñirá de púrpura y de color de fuego la verde superficie del mar, fije toda su atencion en ese magnífico espectáculo, y el dolor que le abruma no resistirá á su influencia; no porque le haga olvidar los objetos de su amor; que en tal caso serian preferibles todos los padecimientos, sino porque confundirá su recuerdo con la calma de los bosques y del firmamento, y entonces podrá explayarse dulcemente la memoria. Bienaventurados los amantes de la naturaleza, pues ella y solo ella les ofrecerá consuelo en el dia del infortunio.

Esa es la primera especie de placer que puede proporcionarnos la desgracia; pero aun hay otros varios. Por mi parte recomendaria singularmente el estudio de la botánica como muy á propósito para calmar el espíritu, distrayéndolo de la contemplacion de las pasiones humanas para fijarlo en la inocente turba de las flores. Armado con sus tijeras, su punzon, y su anteojo de aumento va el aficionado á la botánica, recorriendo las márgenes de algun antiguo camino, sentándose al pié de la torre ruinosa; junto á una cristalina fuente para contemplar sus algas en la ladera septentrional de un bosque, ó tal vez recorre arenales limitados por grandes festones de aromáticas yerbas. Nuestro botánico se complace en hallar la *tulipa silvestre*, que retirada siempre en lugares sombríos, parece indicarle el camino que debe seguir al través de la sociedad; aquellos melancólicos lirios, cuyos pétalos inclinados sobre la corriente del agua parecen entregados á una profunda meditacion le inspiran tierno interés. En el lúpulo que con sus pálidas flores rodea estrechamente el tronco de algun olmo secular, cree ver una jóven ciñendo con sus brazos de alabastro el moribundo cuerpo de su anciano padre: el *ulex* espinoso cubierto de botones de oro, y sirviendo de asilo seguro á los pajarillos, le inspirará la imágen de un poder protector del débil, y en el tomillo, y en las plantas que sin elevar su tallo embellecen generosamente el ingrato suelo, cree encontrar el símbolo del amor á la patria. Entre los árboles, fija particularmente el botánico su atencion en aquellos cuyo follaje agitado por las ráfagas del viento, produce un rumor semejante al lejano murmullo del mar; aficiónase á ciertos árboles de orígen americano, cuyas ramas caen desmadejadas sobre el tronco, como los brazos de una persona abrumada de dolor; y da entre todos la preferencia al sauce de melancólico aspecto parecido á la cabeza de una jóven, que llorando al márgen de una fuente, deja flotar á merced de los vientos su dorada y sedosa cabellera. Por último, en el amable reino vegetal se inclinará con preferencia á estudiar las plantas que por su forma, colores, ó modo de existir presenten mas afinidad con las secretas aspiraciones de su alma (e) (1).

¡Oh! ¡Con qué placer vuelve el botánico á entrar en su miserable morada, cargado con el precioso despojo de los campos despues de una penosa correría! Como si temiera que algun ladron pueda venir á arrebatarle aquel tesoro, cierra misteriosamente la puerta de su estancia, y empieza a hacer el análisis de su cosecha, criticando ó aplaudiendo los sistemas de Tournefort, Linneo, Vaillant, Jussieu, Solander y Du-Bourg. En tanto la noche va llegando; empieza á cesar todo ruido en la parte exterior de la habitacion, y el solitario amante de la naturaleza, siente palpitar el corazon al pensar en el placer de que va á disfrutar. Un libro, cuya adquisicion le ha costado no pocos afanes, un libro que el solitario saca con esmerada atencion del oscuro rincon en que lo tenia oculto, va á distraerle durante las monótonas horas del silencio. Sentado junto á un humilde fuego, y al resplandor de una luz vacilante, seguro de que nadie le escucha, da libre rienda á su sensibilidad al leer los imaginarios padecimientos de alguna Clarisa, Clementina, Eloisa ó Cecilia. Las novelas son los libros de los desgraciados: cierto es que nos alimentan con ilusiones; pero ¿la vida es por ventura otra cosa que un sueño?

Pero en fin, si asi lo quereis, no seran novelas, será algun enorme crímen, alguna verdad lo que ocupará la atencion de nuestro solitario: será por ejemplo, Agripina asesinada por su hijo. Velará, el solitario

(a) En el René hay un pasaje, algo parecido á este. (N. ED.)

(b) ¿Qué son Silvanos?..... ¿Serán aves?..... No lo sé. (N. ED.)

(c) Esto es cierto, y es probable que no habria tenido tiempo de cansarme de esta soledad, pues por momentos esperaba encontrar otra mas profunda. (N. ED.)

(d) Al fin no puedo prescindir de hablar de los dolores morales. (N. ED.)

(e) Encuéntranse algunas de estas ideas en el *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

(1) Siento que no haya sido el botánico de la duquesa de Portland (J. J.) quien ha dado el nombre de *Portlandia* al arbusto de la familia de las rubiáceas, conocido por esa denominacion. La protectora, el protegido y la planta se habrian prestado recíprocamente su prestigio y la gratitud de un grande hombre, hubiera vivido eternamente en el perfume de una flor.

con su imaginacion junto al lecho de la ambiciosa romana, en el fondo de un aposento alumbrado apenas por una pequeña lámpara. Oirá las quejas que la emperatriz destronada dirige á la única criada que la acompaña, y que por último la abandona tambien: observará en el rostro de aquella desgraciada princesa la angustia que por momentos va creciendo... al parecer teme que algun rumor interrumpa el profundo silencio que la rodea. No tarda en oirse ese rumor... Son los pasos de los asesinos que fracturan las puertas. Agripina se estremece, se incorpora en el lecho y presta oidos... El ruido se acerca; los asesinos entran, y rodean el lecho,... el gefe de aquellos desnuda la espada y la descarga sobre las sienes de la reina,... y la madre de Neron exclama ¡*Ventrem feri*! Sepúltala en mi vientre,..... exclamacion cuya sublimidad hace estremecer de admiracion.

Tal vez cuando el mundo está sepultado en silencio, ó cuando allá en las altas horas de la noche, el viento y la lluvia azotan las ventanas de la habitacion del solitario, este se entretendrá en confiar al papel las ideas que ha podido adquirir acerca de los hombres. El desgraciado está en muy buena situacion para estudiarlos, pues estando separado de su camino, puede cómodamente contemplarlos al pasar.

Mas á pesar de todas esas distracciones que el desgraciado puede emplear en medio de sus pesares, no hay mas remedio que retroceder al principio de que no teniendo para cubrir las primeras necesidades de la vida, no hay alivio posible á nuestros males. Otway mendigando el pedazo de pan que lo ahogó y Gilbert tragando en un momento de perturbacion mental una llave en el hospital, dieron testimonio á pesar de ser literatos, de la vanidad de la filosofía en ese particular (a).

CAPITULO XIV.

AGIS EN ESPARTA.

La revolucion de los Treinta tiranos en Atenas produjo funestas consecuencias para la imprudente república que la habia favorecido. Al hacer Lisandro venir á Lacedemonia el oro y la plata del Atica, introdujo tambien en su patria los vicios de aquel país. No tardó la sencillez de costumbres en ser reputada por grosería; la frugalidad pasó por estupidez y la honrada conducta por superchería. Habiendo el eforo Epitades publicado una ley permitiendo enajenar los bienes paternos, todas las propiedades territoriales pasaron á manos de los ricos, y los espartanos destruyendo aquella admirable igualdad de rango y de riquezas, quedaron convertidos en un vil rebaño de esclavos y de dueños.

Tal era la situacion política de la república de Licurgo, cuando ocupó el trono de Lacedemonia un rey digno de los siglos heróicos de la Grecia. Agis, apasionado de los encantos de la virtud acometió la empresa de restablecer las leyes y costumbres de la antigua Laconia en un momento en que la mayor parte de los hombres apenas tenian noticia de su existencia. Agis manifestó su proyecto á la juventud lacedemonia y tuvo la inesperada satisfaccion de ver que se hallaba mas bien dispuesta que los ancianos á llevarla á cabo. Eso mismo pudo haberse observado en Francia al principio de la revolucion: hay en aquella hermosa edad un generoso ardor que nos impele hácia el bien, en tanto que la sociedad no haya aun perdido toda ilusion de virtud (b). Sin embargo, el rey de Lacedemonia consiguió captarse la voluntad de tres hombres de grande influencia, Lisandro, Mandroclidas y Agesilao, y asimismo mereció la aprobacion de su madre Agesistrata.

Todo al parecer se daba la mano para favorecer la empresa. Lisandro habia sido nombrado eforo, y las deudas habian sido públicamente abolidas. Leonidas despues de haber hecho vana resistencia á los proyectos de su colega Agis, tuvo que huir y en su lugar fue puesto Cleombotro, yerno de este último. No faltaba ya mas que proceder á la reparticion de terrenos cuando Agesilao, que como ya lo hemos dicho, se habia mostrado favorable al proyecto, mudó de opinion y contribuyó á que variara el aspecto de las cosas.

Eminentes cualidades poseia aquel espartano, pero desgraciadamente se hallaba abrumado de deudas. Abrazó pues ávidamente la ocasion de deshacerse de ellas, mas asi que lo consiguió se opuso á que la revolucion prosiguiera su curso. Habiendo conseguido astutamente que recayera en su persona el nombramiento de eforo ejerció en ausencia de Agis tiránicamente su poder. Al verse los ciudadanos tan villanamente engañados por Agesilao, y creyendo que obraba de acuerdo con el jóven rey, se confederaron y secretamente mandaron llamar á Leonidas; aquel desterrado, cuyo puesto ocupaba Cleombotro.

Entre tanto Agis regresó á Lacedemonia y de allí á poco Leonidas lo verificó tambien triunfalmente, por lo cual Agis y Cleombotro no tuvieron mas recurso que evitar su venganza y la del partido de los ricos que otra vez habian vuelto á conquistar todo su poder. Cleombotro se acogió al asilo del templo de Neptuno, y por la virtud y el llanto de su esposa pudo salvar su vida, siendo únicamente condenada á destierro, pero el jóven y desgraciado príncipe Agis no tuvo tan buena suerte ni le valió el haberse acogido al sagrado del templo de Minerva. Dejaré referir esta tragedia al buen Amyot.

CAPITULO XV.

SENTENCIA Y EJECUCION DE AGIS Y SU FAMILIA.

«De manera que habiendo Leonidas expulsado á Cleombotro fuera de la ciudad y despues de haber instalado eforos á su gusto, no pensó mas que en discurrir medios para apoderarse de Agis. Primeramente trató de persuadirle que abandonara sin ningun temor la inmunidad del templo, y volviera á ejercer con toda seguridad las funciones de la monarquía, dándole á entender que los ciudadanos habian puesto en olvido su conducta pasada porque sabian muy bien que Agesilao habia hallado medio de fascinarle aprovechándose de su inexperiencia y su afan de gloria. A pesar de eso Agis no abandonaba el sagrado recinto antes por el contrario sospechaba que cuanto le decian no era mas que un puro engaño. En vista de esto Leonidas perdió la esperanza de atraerlo por medio de la astucia, pero Amfares, Democares y Arcesilao, iban frecuentemente á visitar á Agis y alguna vez llegaban hablando con él hasta los baños y despues de haberlos tomado lo volvian á conducir al templo. Es de advertir que estos tres sugetos eran amigos de Agis, pero habiendo uno de ellos (Amfares) tomado prestados de Agesistrata algunos muebles preciosos, tapicerías y vajilla de plata, se resolvió á hacer traicion á él, á su madre y á su abuela con la esperanza de apoderarse de aquellas alhajas. Dicen, pues, que este fue quien mas que ningun otro prestó oidos á las sugestiones de Leonidas, é incitó á sus colegas, los eforos, contra el desgraciado Agis. Como este no salia nunca del sagrado recinto sino cuando alguna que

(a) En una obra bien redactada este capítulo sería un verdadero despropósito; mas en un libro tan incoherente como el *Ensayo*, importa poco que haya hecho esa digresion sobre los desgraciados, ó sobre cualquier otro asunto. (N. ED.)

(b) No se crea que al hablar así, siendo viejo, adulo á la juventud dándole las alabanzas que se merece; pues bien se echa de ver que me expresé con igual afecto y admiracion, cuando yo me hallaba todavía en aquella edad deliciosa. (N. ED.)

otra vez iba á los baños, en este sitio fue donde le propusieron apoderarse de su persona. Presentáronse pues, á él cierto dia que estaba en el baño y despues de haberle saludado como de costumbre, hicieron ademan de volverlo á acompañar al templo hablando y chanceándose, como lo permitia la mucha familiaridad con que se trataban; mas asi que llegaron á un ángulo que formaba la calle por donde regresaban al templo que servia de prision á Agis, Amfares le echó la mano como magistrado, diciéndole: «Te reduzco á prision y te conduciré ante los eforos á que des cuenta y razon de las innovaciones que has introducido en la cosa pública.» Y entonces Democares que era hombre de grande estatura y de muchas fuerzas le rodeó el cuello con su túnica y lo arrastró hácia adelante en tanto que los otros le empujaban por detrás como entre ellos habian convenido. De esta manera y no encontrando á nadie que saliera en defensa del desgraciado Agis, consiguieron llevarlo á una prision y en el acto se trasladó á ella Leonidas con una buena porcion de saldados extranjeros que se establecieron alrededor del recinto para vigilarlo. En seguida vinieron los eforos y llamaron á los senadores con cuyas simpatías contaban, y mandando comparecer como un criminal á Agis, le preguntaron el motivo que habia tenido para alterar el gobierno de la cosa pública. El jóven se echó á reir de su aparente ignorancia y Amfares le dijo, que no era tiempo de risas, sino de pagar la pena de su insensata temeridad. Otro efero; aparentando tomar su defensa, indicándole un camino para librarse de aquel procedimiento judicial, le preguntó si en realidad no habia sido alucinado é impelido á obrar de aquel modo por Agesilao y Lisandro. Agis contestó que por parte de nadie habia sufrido coaccion; que no habia llevado mas mira que imitar á Licurgo, y que por eso habia intentado dar á la cosa pública la misma direccion que aquel legislador le dió en otros tiempos. El mismo eforo volvió á preguntarle si se arrepentia de haber obrado de aquella manera. El jóven contestó terminantemente que nunca se arrepentiria de un proyecto tan sabio y virtuosamente acometido, aun cuando viera que no le quedaba mas arbitrio que morir. Entonces le condenaron á muerte mandando conducirlo á la *Decada* que era un sitio destinado en la prision para los que habian de morir á manos de la justicia. Viendo Democares que los encargados de conducir al reo no se atrevian á ejecutarlo, y que probablemente hasta los mismos soldados extranjeros se negarian horrorizados á tomar parte en semejante ejecucion, considerando que el poner violentamente la mano en un monarca era una cosa enteramente contraria á todo derecho divino y humano, amenazándolos y llenándolos de injurias arrastró personalmente al desgraciado jóven hasta el lugar del suplicio. La noticia de este suceso habia atraido ya una multitud de gente á las puertas de la prision, y á la luz de las antorchas que agitaban con impaciencia se veia la madre y abuela del preso gritando que se hiciera justicia, y que nadie sino el pueblo fuese dueño de enjuiciar al rey de Esparta. Los enemigos de este se dieron prisa á terminar su obra temiendo que el tumulto creciera durante la noche, y las puertas de la prision llegaran á ser violadas. Al ser llevado Agis al lugar de la ejecucion, vió que uno de los esbirros lloraba y se atormentaba y le dijo: «No te aflijas por »mí, amigo mio, pues soy mas hombre de bien que »esos que tan malvada é indecorosamente me quitan »la vida.» Dichas estas palabras presentó espontáneamente su cuello al dogal. Entre tanto Amfares salió á la puerta de la prision y se encontró con Agesistrata, madre de Agis, que al verlo se arrojó suplicante á sus piés: él aparentando no haberse olvidado de las relaciones de amistad que con ella habia tenido, le aseguró que ninguna violencia se cometeria con su hijo; que no habia dificultad en que entrara á verlo y consolarlo, y por último accedió á que esa desventurada señora entrara en la prision acompañada de su anciana madre. Asi que las dos mujeres estuvieron dentro, Amfares hizo cerrar los puertas de la prision, y mandó al ejecutor Arquidamia quitar la vida á la abuela de Agis, que era una señora muy anciana y que por su decorosa conducta se habia hecho acreedora á la mayor consideracion. Consumada esta ejecucion dispuso que entrara Agesistrata en el lugar del suplicio, la cual al ver el cadáver de su hijo, tendido ya en el suelo, y el de su madre pendiente aun del patíbulo, comprendió positivamente el fin que le esperaba, mas aun tuvo fuerza de alma para ayudar á los verdugos á desprender el cadáver de su madre, y tendiéndola junto al de su hijo y besando el de este exclamaba arrastrándose por el suelo: «hijo mio, tu excesiva bondad y tu clemencia nos han dado la muerte. »Amfares que estaba detrás de una puerta observando cuanto pasaba en el fúnebre recinto, entró aparentando gran cólera y dijo á Agesistrata: «Puesto que apruebas la conducta de tu hijo será conveniente que participes de su destino.» Alzóse del suelo la desolada madre y sin favorecer al asesino ni con una mirada, ni con una palabra, se entregó á manos de los verdugos, diciendo: «sea útil á la patria nuestro sacrificio.» Al divulgarse por la ciudad esa catástrofe, tuvieron los magistrados mucho temor de que los ciudadanos demostraran de un modo positivo su disgusto y su mortal odio á Leonidas y á Amfares, pues bien conocian que nunca crímen tan atroz se habia perpetrado en Esparta desde que los dorios se establecieron en el Peloponeso. Hay que advertir que ni los mismos enemigos se atrevian en el furor de una batalla á poner sus manos sobre los reyes lacedemonios, antes por el contrario evitaban su encuentro movidos del respeto y veneracion que profesaban á su magestad... Cierto es que Agis fue el primero de los reyes á quien los eforos sentenciaron á muerte por haber intentado reformas muy útiles y convenientes á la dignidad del Estado, pero debieron advertir que lo hizo en una edad en que hasta las mismas faltas merecen indulgencia, y causando mas daño con el perdon concedido á Leonidas, y con el exceso de dulzura de su carácter á sus propios amigos que á los que no lo eran.

En esta interesante historia pueden notarse varias circunstancias parecidas á las que acompañaron la muerte de Luis como por ejemplo el no haber consentido que se apelara al pueblo, la injusticia é incompetencia de los jueces etc. Voy á presentar en un breve bosquejo la sentencia de Carlos I, rey de Inglaterra y la de Luis XVI de Francia, para que el lector halle agrupados bajo un solo punto de vista los tres mayores acontecimientes de la historia.

CAPITULO XVI.

SENTENCIA Y EJECUCION DE CARLOS I REY DE INGLATERRA.

Hacia mucho tiempo que en el consejo secreto de Cromwell (1) se agitaba el proyecto de encausar á

(1) Nadie ignora las farsas religiosas que Cromwell empleó para autorizar su crímen. Poseo una coleccion de folletos de aquella época que componen tres abultados tomos en octavo mayor. No es casi posible leerlos enteramente por lo asquerosos y desprovistos de hechos; pero al mismo tiempo hay que convenir en que son una viva pintura del espíritu y calamidades del siglo funesto en que salieron á luz. Redúcese la mayor parte á una especie de sermones políticos, cuyos absurdos y ridículez exceden toda comparacion. Podrá el lector entretenerse viendo el título de algunos de aquellos extraños monumentos de las revoluciones, como por ejemplo: «*A tender visitation of the Father's love to all the elect children or an Epistle unto the righteous congregation who in the light are gathered and are worshippers of the Father in spirit and truth.*» Tierna visitacion del amor del

Carlos, pero sea porque aquel no pudiera inculcar la idea del crímen á todo el Parlamento, sea porque esa corporacion conservara en masa su integridad, ó sea por cualquiera otro motivo, la ejecucion del proyecto se ha laba suspendida. Mas asi que la cámara de los Comunes quedó reducida á un pequeño número de malvados á merced del tirano, le fue muy fácil poner en accion la espantosa tragedia.

Nombraron un comité investigador de la conducta de S. M. Británica y en vista de su informe la cámara Baja procedió al nombramiento de un alto tribunal de justicia compuesto de ciento treinta y tres miembros para encausar á Carlos Estuardo, rey de Inglaterra como culpable de traicion para con el pueblo Cromwell e Ireton eran del número de los jueces, Cook desempenaba el papel de fiscal y Bradshaw el de presidente.

El *bill* que dictaba estas disposiciones, fue desechado en la cámara de los Pares, pero los miembros de la cámara Baja determinaron que fuera puesto en ejecucion: dióse órden al coronel Harrison, hijo de un carnicero y demagogo el mas exaltado de Inglaterra, de traer á Londres á su soberano.

El tribunal fijó su residencia en Westminster. Carlos compareció en aquella caverna de la muerte rodeado de asesinos con sus cabellos encanecidos en el infortunio y la serenidad de la inocencia (1). Hacia ya diez y ocho meses que estaba acostumbrado á contemplar las engañosas escenas de la vida desde el fondo de una solitaria prision; nada esperaba de los hombres, y se presentó ante sus jueces con todo el esplendor de la desgracia. Difícil seria imaginar una conducta mas noble ni mas interesante. Revestido de toda la magnanimidad de un monarca, á la que se habia elevado desde su condicion de príncipe vulgar, se negó con dignidad á reconocer la competencia de aquel tribunal. Tres veces tuvo que comparecer ante sus verdugos y otras tantas desplegó el talento de un hombre superior, la magestad de un rey, y la calma de un héroe. Vióse obligado á sufrir penalidades de diversas especies. Habia soldados que pedian á gritos su muerte, y le escupian en el rostro, en tanto que el pueblo se deshacia en llanto y le colmaba de bendiciones. Era demasiado grande el alma de Carlos para conmoverse por aquellas atroces injurias, pero al mismo tiempo tenia tambien la suficiente ternura para apreciar debidamente aquellos testimonios de amor por parte de su pueblo: no se quebranta el corazon de un desgraciado por ultrajes, sino por demostraciones de afecto.

Verificada la cuarta confrontacion, los jueces sen-

Padre á todos los hijos electos, ó bien Epístola á las muy justas congregaciones reunidas en la luz y adoradores del Padre en espíritu y verdad. «*A few words of tender counsel unto the Pope, with all that walk that way.*» Tiernos consejos al papa y á todos los que siguen su camino. «*An alarm to all flesh with an invitacion to the true secker.*» Alarma á la carne con una invitacion al verdadero indagador. Ahora daremos á conocer el estilo de esas producciones literarias.

»*An alarm to all fleschi, etc.*

»*Howle, Howle, shriek, bawl and roar, ye lust-full, cursing, swearing, drunken, lewd, superstitions, devilish, sensual, earthly inhabitant of the whole earth; bow bow you most surly tre es and lofty oaks; ye tall cedars and low shrubs, cry out aloud; hear, hear ye, proud wares, and boistrous seas; also listen ye uncircumsided, stiff-necked and mad-raging bubbles who even hate to be reformed.*

»*In the name of the Lord God of gods, King of Kings, hear, hear, repent, repent fosthwith, repent; for be as sure as the Lord liveth you shall feel... the irresistible and the mighty hand of the All Mighty... for behol, his inook, Ismael and Diveses of this generation, roar and reel, yea shake and quake. lood upward and downward, and curse their leaders and their God which now is their lust, bellyes, superstitions and pleasures. Horror shall lay hold on their right, and terror shall seire upon their left; and every man's hands shall be upon his loyns shall be «who whils hew as any wood»? And an unparalleled dart of amazement shall pierce quitte through the liver of the champion. etc.*»

Ahullad, ahullad, gritad, rugid, rugid, ó vosotros libidinosos, malditos, blasfemos, borrachos, impuros, supersticiosos, diabólicos, sensuales habitantes terrestres de la tierra. Encorvaos, encorvaos, ó vosotros árboles muy altivos; vosotras, elevadas encinas, vosotros altos cedros y pequeños arbustos, gritad con todas vuestras fuerzas; oid, oid, olas orgullosas, y vosotros mares indómitos; óyeme escoria ruda, esteril, incircuncisa, que aborreces la reforma.

En nombre del Señor, Dios de los dioses, y Rey de los reyes, oid, oid, arrepentios, arrepentios, si, arrepentios; pues tan cierto es que el Señor existe como vosotros sentireis la mano poderosa é irresistible del Omnipotente. Oh! Mirad! su espada invencible, brillante, é inevitable pende de su cintura... Entonces las encinas de Basham, de Ismael y de Diveses de esta generacion, rugiran con estertor; temblaran y crugiran, tendiendo la vista arriba y abajo y maldeciran á sus gefes, y á su Dios, que en la actualidad son sus placeres, su gula y sus supersticiones. El horror se apoderará de su diestra, y el terror de su izquierda. Cada cual pondrá el puño en sus caderas y exclamará: ¿Quién quiere enseñarnos el camino del bien?.. y un increible dardo de sorpresa atravesará de parte á parte el hígado del campeon, etc.»

Lo demás es del mismo género. Sensible es que el autor de tal escrito haya tenido la modestia de ocultar su nombre, pues no pertenece á un tal Jorge Fox que representa un gran papel en mi coleccion.

Concluiré esta nota por algunos versos de un jóven cuaquero: las bellas artes figuran en mi coleccion despues de los documentos de sana lógica.

Dear friend J. C., With true anfeigned lore
y thee salute. . . . . .
. . . . . .

La traduccion literal de dichos versos es como sigue: «Mi querido amigo Jesu-Cristo, yo te beso con un amor sin límites. Tócame, querido amigo, tócame como miembro unido estrechamente á todos en Jesu Cristo, que está sentado en las celestiales regiones. Allí yo no seré extranjero entre mis amigos: amo tiernamente, y lo confieso á las almas que en su destierro suspiran y gimen verdaderamente por la adopcion que redime sus pecados.»

Tales son los hombres que Butler ha pintado tan admirablemente, sobre todo en el segundo canto de la segunda parte de *Hudibras*, en donde traza con mano maestra un sucinto bosquejo de la revolucion de Cromwell. Los apasionados á la literatura no deben dejar de leer ese delicado pasaje demasiado largo, para que podamos presentarlo como una cita.

(1) Cierto es que Carlos no era del todo inocente; pero no era culpable de los delitos que le imputaban, y ademas estaba tambien fuera de duda la incompetencia del tribunal que se atrevia á condenarlo, segun lo demuestra el mismo autor de la *Defection of the Court.*, y el de la historia *of Independency*. Los lectores que hayan fijado su atencion en las notas de este *Ensayo*, habran observado que llevo mi imparcialidad hasta el punto de citar siempre que puedo dos autores contrarios *.

* No puede sin embargo negarse que el Parlamento inglés, ó una comision de su seno, podia hacer valer al tratar de excusar su crimen, *precedentes* que la Convencion nacional no tuvo. Confusos en extremo son los límites que siempre han separado en la Gran Bretaña la aristocracia de la monarquía.

La omnipotencia parlamentaria es en la actualidad un dogma político en Inglaterra, y el Parlamento de esa nacion se ha creido mas de una vez autorizado á destronar y encausar á los reyes, como lo demuestra la historia de Ricardo II. Poco importa que el Parlamento hubiese sido juguete de la ambicion del duque de Lancaster en 1399, de Cromwell en 1640, ó de Guillermo en 1688, el Parlamento partia siempre del principio de estar autorizado para hacer lo que hacia.

Pero en la monarquía francesa ni aun esta excusa podia darse. Si el parlamento de París incoó el proceso de Enrique III en 1589, no fue sino cometiendo una monstruosa usurpacion que de ningun modo pudo crear un derecho. El Parlamento en tiempo de Cromwell podia llamarse heredero del de Ricardo II; mas aun cuando la Convencion hubiera tenido la pretension de llamarse sucesora de los Estados Generales, nunca habria podido tomar de estos su autoridad regicida, pues nunca se abrogaron los Estados Generales el derecho de sentenciar á su soberano.

(N. ED.

tenciaron á muerte á Carlos Estuardo por traidor, asesino, tirano y enemigo de la república, y le dieron tres dias de plazo para prepararse.

De todos los miembros de la familia real, no quedaban ya en Inglaterra mas que la princesa Isabel y el duque de Glocester. Carlos obtuvo permiso de despedirse de este amable niño, que bajo la cándida fisonomía de la inocencia, parecia albergar el corazon simpático de un hombre. Durante los tres dias, el intrépido monarca, durmió con sueño profundo entre el ruido de los obreros que levantaban el aparato del cadalso.

En 30 de enero de 1649 fue conducido el rey de Inglaterra al patíbulo construido en frente de su propio palacio, refinamiento de barbarie que los regicidas franceses tuvieron tambien muy presente. Procuraron rodear con una compacta masa de soldados el lugar de la ejecucion por temor de que los clamores de la víctima no llegáran á oidos del pueblo, que á lo lejos y lleno de abatimiento presenciaba la terrible catástrofe. Carlos, conociendo que era inútil esforzar la voz, quiso por lo menos dejar á la posteridad una saludable leccion, y reconoció que la sangre inocente que en otro tiempo habia sido derramada por órden suya caia en aquel supremo instante sobre su cabeza. Hecha esta confesion presentó denodadamente su cabeza al verdugo, que de un solo golpe la separó del tronco (1).

CAPITULO XVII.

MR. DE MALESHERBES.—EJECUCION DE LUIS XVI.

La monarquía francesa habia dejado de existir. El descendiente de Enrique IV estaba esperando por momentos que los regicidas consumasen el crímen, y la ejecucion de este quedó decretada.

De todos los servidores de Luis XVI solo uno se habia quedado en París. Ese digno anciano, el hombre mas honrado de Francia en concepto de los mismos revolucionarios, se habia mantenido distante de la córte durante la prosperidad del monarca. Magnífico debió ser el espectáculo que ofreció Mr. de Malesherber, honrado con sus setenta y dos años de probidad al ir, no al palacio de Versalles, sino á las prisiones del Temple á defender á su soberano, cuando los aduladores y hasta los guardias de su persona le habian abandonado. ¿Con qué vergüenza se atrevian los supuestos republicanos á ver en su barra al amigo de Juan Jacobo? ¿al que durante el largo curso de su vida se habia impuesto el deber de defender al oprimido contra el opresor, y que despues de haber dispensado su proteccion al último individuo del pueblo contra la tiranía, se presentaba á defender la causa de un rey inocente contra los déspotas plebeyos del arrabal de San Antonio? ¡Ah! reservado estaba á nuestro siglo el tener que contemplar al venerable magistrado vestido con la túnica encarnada conducido en la fúnebre carreta á la guillotina entre su nieta y su nieto, acompañado de los alaridos de un pueblo ingrato, cuya miseria habia lamentado tantas veces. Perdóneseme este acto de debilidad: ¡Virtuoso Malesherbes! si es cierto que en alguna parte existe una morada donde los bienhechores de la humanidad reciben la recompensa, vuestros ilustres manes, reunidos con los del autor del *Emilio* (a) gozaran actualmente de aquella mansion de paz. Otros (b) mas afortunados que yo, han mezclado su sangre con la vuestra (2): mi suerte

(1) Los tiempos en que vivimos y la naturaleza de mis estudios me inspiraron deseos de ver el sitio en que Carlos I fue decapitado. Yo entonces habitaba en el Strand. Despues de haber atravesado no pocos sitios bastante solitarios, y caminando siempre por detrás de las casas y los callejones mas oscuros, llegué al lugar en donde muy impoliticamente se erigió la estatua de Carlos II, indicando con la mano el pavimento que fue regado con la sangre de su padre. Al ver las ventanas tapiadas de Witehall, de aquella localidad que mas bien puede llamarse patio de los edificios que la rodean, que calle, sentí que mi corazon se comprimia y abrumaba por diversos sentimientos. Me figuré estar viendo un cadalso en el sitio que ahora ocupa la estátua, los guardias ingleses formando una columna cerrada, y la multitud apiñándose á lo lejos. Presentáronse en mi imaginacion todos aquellos rostros, unos agitados por una alegría feroz, otros reprimiendo una sonrisa de ambicion, y la mayor parte dominados por el terror y la piedad. Sin embargo, en aquel momento solo yo y algunos picapedreros que silbaban al compás de sus martillos, ocupábamos aquella localidad tan solitaria y tranquila. ¿Qué se han hecho aquellos hombres célebres, que llenaron la tierra con el estrépito de su nombre y de sus crímenes, y que se atormentaban llenos de ambicion como si hubiesen tenido que vivir eternamente *? Asi es tambien como dentro de algunos años el extranjero preguntará en Francia por el sitio donde pereció Luis XVI, y apenas podran las generaciones llenas de indiferencia indicárselo **. Regresé á mi habitacion lleno de filosofía y de tristeza, y mas convencido que nunca por lo que acababa de ver de la vanidad de la vida; y de la poca, de la ninguna importancia de sus mas ruidosos acontecimientos.

(*) Algunas de estas ideas se reproducen en la narracion de René. Véase ese episodio. (N. ED.)

(**) No sucederá asi porque el sitio en que pereció Luis XVI está consagrado á diversiones públicas: el regocijo perpetuará la memoria del dolor, y cuando iran á bailar á los Campos Eliseos, y cuando tiren cohetes en la plaza regada con la sangre del Justo, no podran menos de acordarse del patíbulo del rey mártir. (N. ED.)

(a) No quiero desheredar á Rousseau del cielo que en mi juventud crei deber pertenecerle, pero debo decir que el alma de Mr. de Malesherbes en nada se parecia á la del ciudadano de Ginebra. La miserable duda que se me escapa en esa frase, no es mas que una nueva contradiccion en ese conjunto de contradicciones que llamo Ensayo histórico. (N. ED.)

(b) Mi hermano. (N. ED.)

(2) No siempre lo que mas se siente es lo que mejor se expresa, y no me ha sido posible hablar del defensor de Luis XVI con toda la dignidad que yo hubiera querido. El parentesco que unia nuestras familias me proporcionaba con frecuencia la dicha de verle. Se me imaginaba que yo adquiria mas fuerzas y mas libertad cuando me hallaba en la presencia de aquel hombre virtuoso, que en medio de la corrupcion de la córte habia sabido conservar en alto grado la integridad del corazon y el valor del patriota. Nunca me olvidaré de la última conferencia que tuve con él. Era una mañana que por casualidad lo encontré solo en casa de su nieta; hablóme de Rousseau con una emocion que se reproducia en mi pecho con no menor violencia. Siempre tendré presente al noble anciano dignándose darme consejos y diciéndome: «Hago mal de hablaros de esas cosas; mas conveniente seria aconsejaros que moderárais esa fogosidad de alma que tanto daño ha causado á vuestro amigo (J. J.). Yo he sido lo mismo que vos: he abominado la injusticia y he hecho cuanto bien he podido sin contar con la gratitud de los hombres. Sois jóven, y teneis mucho que ver; pero yo he de vivir poco tiempo.» Omito todos los detalles que en la expansion de su alma y en la indulgencia de su carácter añadió á esas palabras. De todas sus predicciones una sola se ha realizado: yo no he llegado á ser nada, y él no existe. La angustia que sentí al separarme de él me pareció un presagio de que ya no volveria á verlo.

Mr. de Malesherbes era de alta estatura, aunque por su obesidad no lo parecia tanto.

Lo que en él habia que admirar era la energía con que se expresaba á pesar de su avanzada edad. Quien lo hubiera visto sentado sin hablar, con sus ojos algo hundidos, sus espesas cejas medio blancas, y su aire de bondad, lo hubiera tomado por uno de aquellos venerables personajes pintados por Lesueur. Mas si llegaba á herirse su cuerda sensible, se levantaba rápido como el rayo; sus pupilas se dilataban, y en las ardientes palabras que brotaban de sus labios, y en su ademan expresivo y animado, habria podido creerse que era un jóven en todo el ímpetu de la edad, y solo en su blanca cabeza, y en la confusa articulacion de sus palabras, por falta de dientes, se echaba de ver que era un septuagenario. Este contraste realzaba el encanto de su conversacion, bien asi como es grato á la vista contemplar las llamas que salen de entre las nieves y hielos del invierno.

Mr. de Malesherbes llenó la Europa con la celebridad de su nombre; pero el defensor de Luis XVI no fue menos ad-

me condenaba á arrastrar en lo sucesivo una vida sin ilusiones, y abrumada de pesares.

¿Mas por qué he de hablar del enjuiciamiento de Luis XVI? ¿Quién ignora sus circunstancias? ¿Quién no sabe que nada bastó á oponerse á un torrente de crímenes y de facciones? Agis, Carlos y Luis perecieron con todo el aparato y parodia de la justicia. Dejemos á Orleans observar á su rey y pariente con el anteojo en la mano y pronunciar la palabra *muerte*, llenando de espanto á los mismos malvados. Fiemos en la posteridad cuya voz atronadora muge ya en el porvenir; en la posteridad que como juez incorruptible de las pasadas edades, se prepara

ESTO ES PARA EL HERMOSO CLITIAS.

leal víctima al patíbulo, estaba esperando. Luis

mirable en las demás épocas de su vida que en los últimos momentos en que tan gloriosamente fue coronado. El mundo le debe el Emilio, por la proteccion que dispensó á los literatos, y es sabido que fue el único cortesano, excepto el mariscal de Luxemburg, á quien J. J. amó sinceramente. Mas de una vez se abrieron por su influencia las puertas de la Bastilla; jamás se doblegó su carácter á los vicios de los poderosos, y salió ileso de destinos en que otros se habian mancillado. Acúsanle de haber sido partidario de lo que llaman ideas del dia. Si por esta palabra se entiende el odio á los abusos, no puede dudarse que Mr. de Malesherbes fue culpable. Por mi parte confesaré que si no hubiera sido mas que un honrado y leal caballero, dispuesto á sacrificarse por su rey y á apelar á su espada mas bien que á su talento, no habria hecho mas que apreciarlo sinceramente y habria dejado á otro el cuidado de hacer su apología.

Me propongo escribir la vida de Mr. de Malesherbes para lo cual hace ya tiempo que tengo reunidos materiales. Esa obra abrazará lo mas interesante de los reinados de Luis XV y XVI. Presentaré el ilustre magistrado tomando parte en todos los asuntos de la época, apareciendo como patriota en la córte, como naturalista en Malesherbes y como filósofo en Paris: de manera que el lector podrá seguir los actos de su vida en el consejo de los reyes y en el retiro del sabio. Se le verá seguir una correspondencia con los ministros sobre materias de Estado, y otra con Rousseau acerca de la botánica. Finalmente lo presentaré mereciendo el disfavor de la córte por su integridad y empeñado en ofrecer al verdugo su cabeza por acompañar á su soberano.

(a) ¿Qué dirán los acusadores del Ensayo. ¿Es ese el modo de hablar de un *revolucionario?*

(N. ED.)

á llevar al suplicio la pálida memoria de los hombres de mi siglo (a).

Llegó por fin para eterno luto de la Francia el fatal dia 21 de enero de 1793. Sabiendo el monarca que ya no habia mas remedio que morir, se preparó con toda solemnidad para aquel grande acto de la vida: su conciencia era pura y la religion le abria la puertas del cielo. Mas ¡qué de lazos no tenia que rasgar aun sobre la tierra! Luis habia visto á su esposa, á su hija y á su tierno hijo, humillarse y suplicar por la vida de su rey. Jamás existió un alma desgarrada por tan feroces tormentos.

Llegó la hora. El carro que habia de conducir á la

bajó las escaleras de la prision acompañado de su confesor. Al atravesar el patio no pudo abstenerse de dirigir una mirada á las ventanas de su esposa. ¡Oh ¡qué amargura debió haber en aquella mirada! Sin embargo, no le faltaron fuerzas para subir al fúnebre carruaje que empezó á caminar lentamente hácia su destino en medio de un silencio sepulcral. Al ir repitiendo con su confesor las oraciones de los agonizantes, bien puede decirse que iba apurando á grandes sorbos un infinito cáliz de amargura. Habiendo por fin llegado á la plaza en donde se habia levantado el patíbulo en frente del palacio de Enrique IV, descendió del carruaje y quiso por lo menos protestar acerca de

su inocencia: «Aquí no habeis venido á hablar, sino á morir» le gritó uno de los bárbaros que presenciaban la catástrofe. Entonces fue cuando el mundo pudo ver al mejor de los reyes que en ningun tiempo se sentaron en el trono de Francia, atado como el mas vil de los malvados á un ensangrentado madero, con la cabeza violentamente encorvada bajo la media luna de hierro esperando el golpe que iba á librarlo para siempre de la vida: y como sino hubiera quedado ni un solo francés que fuera adicto á su soberano, un extranjero asistió en los postreros instantes al rey que moria en medio de su pueblo. Dominó un profundo silencio: «Hijo de San Luis, remontaos al cielo» dijo el piadoso sacerdote acercándose al oido del monarca: silbó al

DIÓGENES Y DIONISIO.

caer la horrenda cuchilla, y lo perecedero se hizo inmortal (a).

CAPITULO XVIII.

TRIPLE PARALELO: AGIS, CARLOS Y LUIS.

De manera que los griegos vieron perecer al rey de Esparta, Agis; nuestros abuelos presenciaron la

(a) Podrá decirse que los amantes de las libertades públicas son menos adictos á sus reyes y menos leales á las desgracias de estos.

Se conserva un extraño testimonio del valor de Luis XVI, monumento, por decirlo así, tan infernal, como divino fue el testamento de aquel monarca: el cielo y el infierno se pusieron de acuerdo para alabar á la víctima. Este testimonio á que me refiero, es la carta de Sanson, verdugo de París. El original de esta carta me fue confiado por mi digno y honorable amigo el señor baron Hyde de Neuville, el hombre de los sacrificios por la monarquía, tan bien tratado por los ministros del rey. Aun se halla en mi poder aquel papel sobre el cual pasó la ensangrentada mano de Sanson, aquella mano que se atrevió á tocar la cabeza de mi rey, y que derribó aquella sagrada cabeza, y la presentó á todo el aterrado pueblo.

catástrofe de Carlos Estuardo, rey de Inglaterra, y nosotros hemos sido testigos del asesinato de Luis de Borbon, rey de Francia. No he referido en detalle la ejecucion del segundo mas que para demostrar hasta

La carta de Sanson fue dada por el que era propietario de ella al impresor Mr. Tartu, que tuvo la singular hidalguía de no quererla vender á los extranjeros por mas que le ofrecieron por ella. Es un testimonio de remordimientos y de dolor, de gloria y de virtud que pertenece á la Francia, es un documento de familia que debe conservarse en el tesoro del archivo de los Borbones. Pocos dias antes de terminarse la última legislatura, Mr. Aimé Martin, secretario redactor de la cámara de los Diputados, tan conocido por sus talentos como escritor, como por sus ideas realistas habló de la carta de Sanson al señor baron Hyde de Neuville. Este por de pronto se llenó de horror, mas cuando la hubo leido conoció que era el último floron añadido á la corona del rey mártir.

Nadie tenia mas derechos que este baron para ser elegido por la Providencia á fin de que se diera la mayor publicidad á semejante documento. Bien sabidos son los peligros á que estuvo expuesto durante el proceso del rey, y apoyado en el brazo de este leal vasallo se sostuvo Malesherbes al retirarse de la barra de la Convencion cuando se presentó en ella á implorar por última vez á los verdugos de Luis XVI. Veinte años de peligros han venido en pos de aquel acto de valor. ¿Dónde estaban entonces los que en la actualidad se ensañan con mi honorable amigo?

Ninguna duda puede ocurrir acerca de la autenticidad de la carta de Sanson: la letra y la firma de aquel hombre son demasiado conocidas, como que ha certificado con su V. B. la mayor parte de las desgracias y crímenes que ocurrieron en Francia. Ademas, la carta en cuestion fue insertada en un periódico revolucionario de aquella época, llamado *Termómetro del dia*, y si mal no me acuerdo, apareció tambien en el periódico de Peltier en Londres.

Hé aquí el artículo del *Termómetro*, fecha 13 de febrero de 1793, núm. 410, pág. 356. Esta última parte histórica de la carta de Sanson ha sido dada por Mr. Aimé Martin.

El epígrafe del artículo dice: *Anécdota exactísima* acerca de la ejecucion de Luis Capeto, y se expresa en estos términos:

»Asi que el *reo* subió al patíbulo, (el que usa de la palabra *reo* y refiere estos pormenores es Sanson, el que era »ejecutor de las altas sentencias criminales), me sorprendió »con su serenidad y firmeza; mas asi que vió el redoble de »los tambores que interrumpieron su arenga, y al ver el mo»vimiento simultáneo que hicieron mis criados para apode»rarse de su persona, se alteró visiblemente su fisonomía, y »exclamó precipitadamente por tres veces seguidas: *Estoy* »*perdido*. Esta circunstancia unida á otra, referida tambien »por Sanson, á saber, la de haber el reo cenado la noche an»terior copiosamente y haber almorzado del mismo modo »aquella mañana, nos da á entender que Luis Capeto estuvo »hasta el preciso momento de su muerte en la inteligencia de »que conseguiria perdon. Los que le sostuvieron en esta creen»cia se habian sin duda propuesto inspirarle un ademan sere»no que admirara á los espectadores y á la posteridad; pero »el redoble de los tambores desvaneció el prestigio de aquella »supuesta firmeza, y los contemporáneos y la posteridad sa»brán como han de juzgar acertados los últimos momentos »del tirano sentenciado.»

Habiendo leido el verdugo esta nota (es Mr. Aimé Martin el que habla), creyó deber protestar contra los hechos que en ella se mencionan, y pasó á la redaccion del *Termómetro* un comunicado que dió lugar á que en 18 de febrero de 1793 se estampara el siguiente artículo:

«El ciudadano Sanson, ejecutor de sentencias criminales, »nos ha escrito reclamando contra un artículo inserto en »nuestro número 410, en el cual se le hacian referir las últi»mas palabras de Luis Capeto. *Declara que cuanto allí se* »*dice es enteramente falso.*»

»No somos nosotros los autores de aquel artículo, (nos si»gue diciendo el redactor del *Termómetro*), ni hicimos mas que tomarlo de los *Anales Patrióticos* de Carra, que lo anunciaban como cosa muy cierta. Le invitamos á retractarse, asi como tambien invitamos al ciudadano Sanson á que nos dé noticia, como lo promete, de cuanto sepa con exactitud acer»ca de un suceso que debe ocupar un alto puesto en la his»toria. Para el filósofo es muy interesante el aprender cómo »saben los reyes morir.»

«Esa terrible leccion, (vuelve á hablar Mr. Aimé Martin), »que los asesinos se atrevian á pedir en nombre de la filoso»fía, no se hizo esperar mucho tiempo. En medio de la multi»tud aterrada solo habia un testimonio posible, un testigo ir»recusable. La Providencia consintió que el que habia derra»mado la sangre de la víctima, escribiera tambien su historia, »y la mano del verdugo trazó esa sangrienta página que á un »mismo tiempo inspira horror y veneracion.» Aquí termina la narracion de Mr. Aimé Martin. El jueves 21 de febrero de 1793 al mes de haber perecido la víctima, publicó el *Termómetro* la carta siguiente, en cuyo original se notan defectos de ortografía, que á pesar del respeto con que el autor las conserva, no puede darse una idea de ellas en la traduccion castellana.

CIUDADANO.

«Una momentánea ausencia ha sido causa de que no haya »tenido hasta el presente el honor de contestar á la invitacion »que en vuestro periódico me habeis hecho con motivo de »Luis Capeto. Hé aquí pues, con arreglo á mi promesa, la »exacta verdad de lo que acaeció en aquel acto. Al bajar del »carruaje le dijeron que era preciso que se quitara el vestido, »á lo cual opuso alguna dificultad diciendo que podian ejecu»tarlo tal cual estaba; mas habiéndole replicado que era im»posible, él mismo ayudó con sus propias manos á despojarse »de la parte de vestido necesaria para la ejecucion. Tambien »opuso dificultades cuando se le dijo que habia que atarle las »manos; pero las presentó espontáneamente asi que la perso»na que lo acompañaba le dijo que era el último sacrificio que »se le exigia. Entonces preguntó si los tambores proseguirian »redoblando: respondímosle que no lo sabiamos y asi era en »efecto. Subió al cadalso y se encorvó hácia adelante en ade»man de hablar. Pero habiéndole hecho presente que no le »era posible hacerlo, se dejó conducir y atar al poste, y allí »dió un grito diciendo: Pueblo, muero inocente. En seguida, »volviéndose hácia nosotros, nos dijo: Señores, estoy inocen»te de cuanto se me acusa. Deseo que mi sangre pueda con»solidar la felicidad de los franceses. Estas son ciudadano, »sus últimas y verdaderas palabras.

»La especie de resistencia que ocurrió al pié del cadalso, »fue motivada porque no creia necesario quitarse el trage, ni »que se le atáran las manos. Asi es que propuso cortarse por »sus propias manos el cabello.

»Finalmente, por dar testimonio á la verdad debo decir »que sostuvo todas esas pruebas con una serenidad y firmeza »que nos llenaron de admiracion, y no me cabe duda de que »lo que le inspiraba ese aliento eran los principios religiosos »de que al parecer nadie podia estar mas penetrado ni con»vencido.

»Podeis estar seguro, ciudadano, de que este relato es la »verdad pura y en su mayor esplendor.

«Tengo el honor de ser vuestro Conciudadano,

Firmado, SANSON.

Paris 20 de febrero de 1793, año 11 de la república francesa.»

General admiracion causa la lectura de esta carta tanto por la angélica dulzura de la víctima, como por la sencillez de aquel hombre de sangre que habla de semejante hecho como un artesano cualquiera hablaria de su obra.

Luis XVI manifiesta que *podian ejecutarlo tal cual estaba*: habiendo oido que era imposible, ayuda con sus propias manos á desnudarse. La misma dificultad ocurre cuando se trató de atar las manos á ese otro Cristo, y presentándolas *luego que la persona que le acompañaba* (el verdugo no se atreve á nombrar al confesor) *le dijo que este era el último sacrificio*, Luis XVI declara que muere inocente y desea *que su sangre pueda consolidar la felicidad de los franceses*. El verdugo es el que oyó esas palabras testamentarias, y las vuelve á repetir á la Francia. ¡*Estas son, ciudadano, sus últimas y verdaderas palabras!*

El verdugo refiere la especie de resistencia que ocurrió al pié del cadalso entre él y la víctima: no se trataba mas que de quitarle el vestido al rey, de atarle las manos y de cortarle el cabello. Tal era el pequeño debate, *la especie de resistencia* suscitada entre Sanson y el hijo de San Luis.

Mas qué diremos de las últimas palabras del verdugo, que tanto se diferencian del resto de la carta que apenas podrian creerse que fuesen suyas, sino confirmáran su autenticidad el tono grosero y la circunstancia de haber sido escrito todo el original con su propia letra. *No cabe duda que lo que le inspiraba ese aliento eran los principios religiosos de que al parecer nadie podia estar mas penetrado ni convencido.*

No parece sino que se está oyendo al centurion encargado de la custodia de Jesús glorificando á Dios en el momento que el Justo espira y diciendo: ¡*Certe hic homo justus est*! Esta

qué punto los Jacobinos han llevado el espíritu de imitacion en el asesinato del último. Aun diré mas: si Carlos no hubiese sido decapitado en Londres, probablemente no habria Luis sido guillotinado en París (a).

Si establecemos una comparacion entre estos dos príncipes, la balanza por lo tocante á la inocencia se inclinará indudablemente en favor de Agis y de Luis. Ambos estuvieron llenos de amor hácia su pueblo: ambos sucumbieron al querer atraer sus vasallos al terreno de la libertad y de la virtud, y ni el uno ni el otro comprendieron las costumbres de su siglo. El primero dijo á los corrompidos espartanos: Volved á ser ciudadanos de Licurgo, y los Espartanos lo sacrificaron. El segundo, puede decirse, que dió á gustar á los Franceses el fruto vedado, y el pueblo contestó: «O todo ó nada.»

Carlos, en una monarquía limitada, invadió los derechos de una nacion libre; Luis, en una monarquía absoluta se estuvo despojando continuamente de los suyos en favor del pueblo.

Los tres monarcas siendo buenos, compasivos, morales y religiosos tuvieron todas las virtudes sociales. El primero fue mas filósofo, el segundo mas rey y el tercero mas hombre particular: el destino se valió de los defectos diametralmente opuestos en sus caracteres para hacerlos caer en unos mismos errores y conducirlos á una misma catástrofe: el espíritu sistemático de Agis, la obstinacion de Carlos, y la falta de Luis fueron los agentes de su ruina. Siendo los tres moderados y sinceros figuraron como reos de despotismo y duplicidad, contribuyendo á esto la demasiada exaltacion de ideas en Agis, la demasiada energía de voluntad en el rey de Inglaterra, y la demasiada facilidad en seguir la opinion agena en el soberano frances (b).

Por lo tocante á los padecimientos, Luis á primera vista parece haber dejado muy atrás á los otros dos (1). Mas ¿quién nos trasportará á Lacedemonia? ¿De qué manera podremos ver al digno imitador de Licurgo obligado á permanecer oculto en un templo por premio de su virtud, y esperando por momentos la muerte, sin tener mas distraccion que meditar al pié de los altares acerca de la ingratitud de los hombres? ¿Quién nos introducirá cerca del infeliz Carlos abandonado de todo el mundo? ¿Cómo podremos verlo en Carisbrook con la barba desaliñada y la venerable cabeza encanecida por las penas, ayudando por la mañana á encender lumbre al pobre anciano, única persona que le acompañaba, pasando el resto del dia en una completa soledad, y la noche en una angustiosa vigilia, creyendo á cada instante oir las pisadas de los asesinos en los corredores de la prision? (2). Finalmente, ¿quién nos abrirá las puertas del Temple? ¿Quién nos facilitará ver al rey de Francia, casi desnudo, entregado á la continua obsesion de unos bárbaros, y con el corazon abrumado de dolor al contemplar incesantemente las miserias de su esposa y de sus amados hijos? Contemplemos al rey Agis vendido por sus propios amigos, arrastrado por las calles de Esparta al tribunal del crímen; al tierno Carlos en Whitehall teniendo sobre las rodillas á su hijo y dándole el postrer consejo y el último beso, y á Luis en el Temple diciendo el fatal adios á su familia. Fijemos la atencion en el rey de Lacedemonia extrangulado ignominiosamente en el recinto de los criminales comunes y arrastrando en pos de sí á su madre y á su augusta abuela; en el rey de Inglaterra desnudándose sobre el cadalso á la vista de su pueblo, y en el monarca francés al pié de la guillotina con el cabello cortado, la camisa desabrochada y con las manos atadas por detrás..... Pero terminemos este espectáculo tan aflictivo para la humanidad. Monarca ó esclavo, guerrero ó filósofo, rico ó pobre, toda la vida se reduce á sufrir y á morir. Entre los infortunios de un rey y los de un vasallo, no existe otra diferencia para la posteridad que la que aparece en los monumentos sepulcrales: el del primero edificado con mármol subsiste durante algunos años, el del segundo, cubierto simplemente con un poco de yerba, no forma por lo regular mas que un pequeño surco que al cabo desaparece por las pisadas de los transeuntes (c) (3).

espontánea manifestacion del verdugo, es acaso uno de los mayores triunfos que la religion ha conseguido.

Si me fuera lícito hacer algunas observacionus agenas de tan sagrado asunto, haría notar que al ocurrir la muerte de Luis XVI la prensa gozaba de libertad: es cierto que los escritores realistas no se libraban tal vez de la guillotina, mas no por eso desistian de su propósito, y en último resultado hubieran repuesto al rey legítimo en su trono, si Robespierre y en seguida el Directorio no hubiesen recurrido á la censura de los carceleros y de los verdugos. A la libertad de la prensa (21 de enero de 1793) es pues á lo que debemos el testamento de Luis XVI y la carta de Sanson. A pesar de eso aun hay titulados hombres de Estado que piensan como pensaba Robespierre, que no hay gobierno posible sin la censura.

(a) Aun me mantengo en esamisma opinion.

(b) Me parece que esto está escrito con imparcialidad. (N. ED.)

(1) Es preciso tener presente que Agis, Carlos y Luis fueron sentenciados á despecho de las leyes de la mas vulgar justicia y despues de haberse cometido en su enjuiciamiento la mas evidente violacion de las formas legales. * De manera que aun siendo posible admitir el principio de que el pueblo tiene el derecho de encausar á sus soberanos, con lo cual vendria indudablemente al suelo todo el edificio de la sociedad humana, no por eso podria menos de decirse que Agis, Carlos y Luis murieron asesinados. Neron, por muy justa que pueda parecernos su sentencia, no fue condenado, por contumacia. Conrado fue indignamente degollado en Nápoles Isabel no tenia mas derechos sobre María Stuardo que los que Carlos de Anjou pudiera tener sobre Conrado. La reina de Francia ni aun mereció ser oida. Estas observaciones son de la mayor importancia, y de alta significacion en la historia de los pueblos y de los hombres.

* Eso es muy exacto.

(2) Carlos esperaba ser asesinado secretamente.

(c) Esto es filosofar fuera de tiempo. Es verdad que para el hombre *que muere*, sea rey ó vasallo, la muerte es exactamente la misma; mas para los hombres que viven, la muerte de un monarca poderoso tiene mucha mayor importancia que la de un oscuro ciudadano. La cabeza de Luis XVI al caer se llevó en pos de sí muchos millones de cabezas de hombres, en tanto que la cabeza de mi hermano rodando por el patíbulo, ó la de su primo Armando de Chateaubriand taladrada por una bala en la llanura de Grenelle ninguna consecuencia han producido en la nacion. (N ED.)

(3) No tengo aficion á escribir historia contemporánea, por el temor de que por mas que uno se afane su ser imparcial, puede sin embargo dejar correr su pluma á impulsos de alguna secreta pasion. Si tengo precisamente que hablar de algun hombre de mi siglo, acostumbro hacerme á mi mismo estas preguntas. ¿Lo he conocido? ¿Me ha hecho algun bien, ó algun mal? ¿No tengo alguna prevencion favorable ó perjudicial respecto de él? ¿He oido discutir la cuestion por ambos lados? ¿Cuál es mi pasion favorita? ¿No soy demasiado propenso al entusiasmo, á la compasion, al odio, etc? ¿A pesar de eso escribo lleno de temor. Confesaré, pues, que fui presentado á Luis XVI que habia concedido favores á mi familia y aun á mi mismo, aunque el objeto de dichos favores nunca llegó á realizarse. Sin embargo, mi carácter era tan antipático á la córte, me inspiraban tan alto desprecio ciertos hombres, lo manifestaba yo tan públicamente, y me importaba tan poco lo que llamaban *medrar* que en la córte vine á ser como los confidentes en los dramas, cuyo papel se reduce á entrar, salir, ver y callar. * Asi es que S. M. no me habló nunca mas que dos veces en mi vida: la primera cuando tuve el honor de serle presentado, y la segunda en una caceria. Paréceme, pues, que ningun motivo de interés secreto tengo en lo que he dicho relativo á su augusta persona, y creo haber hecho justicia candorosa é imparcialmente á sus virtudes. Por lo relativo á su inocencia diré que está reconocida por los mismos Jacobinos.

Luis era de aventajada estatura: tenia las espaldas an-

* Me he retratado hace treinta años del mismo modo que en el prefacio general de esta edicion. Tal vez se comprenderá que en esas confesiones hay ingenuidad. (N. ED.)

CAPITULO XIX.

ALGUNOS PENSAMIENTOS.

No haré mas que algunas breves reflexiones acerca de esos famosos acontecimientos. Los grandes crímenes, asi como las grandes virtudes nos llenan de admiracion. Todo célebre acontecimiento agrada á la multitud. Complácese esta en agitarse, andar solícita y ser parte de numerosa concurrencia; no faltaria tal vez hombre honrado que compadeciendo á su legítimo soberano asesinado por una faccion, tendria un disgusto, ó quizás se contemplaria como engañado sino llegaba á realizarse el sacrificio (a). He aquí el motivo de haber alucinado á tantos hombres las revoluciones en que ha perdido la vida algun rey, y de hallar imitadores en las generaciones futuras: niños que han asistido á una tragedia, no pueden reconciliar el sueño sino se pone junto á su almohada el puñal ó la espada de los conspiradores que han visto en el teatro. Por otra parte, toda revolucion trae generalmente en pos de sí alguna leccion provechosa. Los que estan colocados demasiado cerca de la catástrofe, se afectan mas de los males que de las ventajas que resultan de ella; mas en los que se hallan situados á mayor distancia, sucede precisamente lo contrario: los primeros han sido testigos de la realidad, los segundos no han hecho mas que oirla referir. Este el motivo de no haber apenas ejercido influencia sobre su siglo la revolucion de Cromwell en tanto que en nuestros dias ha encontrado tan apasionados imitadores. Eso mismo sucederá tal vez con la revolucion francesa que por mas que se diga, no ejercerá un influjo muy considerable en las generaciones contemporáneas, al paso que andando el tiempo será tal vez causa de un trastorno general en la Europa (b).

Pero la mayor diferencia que se echa de ver entre la revolucion de Esparta en tiempo de Agis, la de Inglaterra reinando Carlos I, y la de Francia bajo Luis XVI, nace particularmente de los hombres. ¿Quién de nuestros contemporáneos podrá ser comparado con Lisandro, patriota enérgico, íntegro y modelo de las antiguas virtudes? ¿Un Cromwell ocultando bajo un aspecto vulgar todo lo mas grande que hay en la humana naturaleza; profundo, vasto y secreto como un abismo? albergando una ambicion de César en un alma inmensa, demasiado superior para ser comprendida de sus colegas no siendo Hampden que supo penetrarla? ¿Podremos oponerle la sombra de Robespierre meditando crímenes en la cavernosidad de su corazon, y siendo grande por la única razon de no tener ni una sola virtud? ¿Compararemos con el virtuoso Hampden que hubiera figurado como tal hasta en los tiempos del primer Bruto en Roma, aquel Mirabeau que á un mismo tiempo fue legislador, gefe de partido, orador, novelista, historiador, político en una extension sin límites, sabio en el conocimiento del corazon humano, genio el mas eminente, y corazon el mas corrompido de la revolucion? (c)

Cuando tales desproporciones se encuentran entre los hombres, deben existir otras mucho mayores entre los tiempos en que vivieron. En otro lugar nos haremos cargo de esta observacion; pues el plan que nos hemos propuesto, exige que por ahora retrocedamos al siglo de Alejandro.

CAPITULO XX.

FILIPO Y ALEJANDRO.

En tanto que Dionisio caia en Siracusa, y Atenas era presa de facciones, se habia encumbrado un tirano en Macedonia. El carácter de Filipo, que asi se llamaba el tirano, es demasiado conocido para que yo me entretenga en describirlo: solo diré, que bien puede calificársele de autor de esa política que domina aun en nuestros dias, y cuya esencia consiste en perturbar para recoger, y en corromper para reinar.

En vano Demóstenes le anatematizó con su elocuencia, el rey de Macedonia se rodeó de sombras en tanto que se sintió debil, y se lanzó á la arena asi que se creyó con fuerzas suficientes. Los griegos se opusieron entonces á las maquinaciones del tirano; pero ya era tarde: el magnífico edificio que con tanto trabajo y en medio de tantas borrascas habian erigido á la libertad, vino al suelo en las llanuras de Queronea al impulso de dos hombres, cuyo talento volvió á cambiar la faz del universo.

CAPITULO XXI.

SIGLO DE ALEJANDRO.

Si los tiempos de Alejandro se diferencian de los nuestros por lo tocante á la parte histórica, ofrecen sin embargo semejanzas en lo relativo á la moral. Vióse entonces surgir una multitud de filósofos que se atrevieron á dudar de la existencia de Dios, del universo, y de ellos mismos. En ninguna época ha predominado mas el espíritu de indagacion. Se escribió sobre todo, se analizó y disecó todo, no quedando mezquino sistema político, ni sutileza metafísica que no fueran objeto de un minucioso exámen. Los pueblos instruidos por lo tocante á sus derechos, y conociendo todas las especies de gobierno, tenian algo

chas, y el abdómen saliente: al andar arrastraba una pierna. Su vista era corta, la boca grande, la voz hueca y vulgar, y ademas habia adquirido la costumbre de tener los ojos medio cerrados. Por leves motivos reia á carcajadas: su ademan respiraba alegría, pero no la que procede de un espíritu superior, sino aquel cordial bienestar del hombre honrado que de nada tiene que acriminar á su corazon. No le faltaban conocimientos científicos particularmente en geografía y tenia sus debilidades como todos los hombres. Entre otras manías era aficionado á pegar chascos á sus pajes y á espiar á las cinco de la mañana desde las ventanas del palacio á los señores de la córte que salian de sus departamentos. Si en las cacerias se interponia alguna persona entre él y la res, le daban arrebatos de cólera, como yo mismo tuve ocasion de experimentarlo. Cierto dia que hacia mucho calor ocurrió que un antiguo empleado de las caballerizas sintiéndose muy cansado, echó pié á tierra y se recostó á la sombra, quedándose dormido. De allí á poco pasó el rey, y al ver á aquel hombre, tuvo el capricho de dispertarlo, se apeó del caballo, y con la mejor intencion del mundo dejó caer sobre el pecho del dormido una piedra bastante pesada. El anciano al dispertarse cediendo al impulso del dolor y la ira exclamó; ¡Ah! ¡Bien os conozco en lo que acabais de hacer! ¡siempre tirano, siempre cruel, siendo feroz como en vuestra infancia! A estas palabras añadió otra multitud de injurias. S. M. volvió á montar aceleradamente, medio riéndose y medio incomodado de haber hecho mal á aquel anciano á quien apreciaba mucho, y al soltar la rienda al caballo, se alejó diciendo: ¡Se ha incomodado! Se ha incomodado!

Por mezquinos que parezcan estos rasgos pintan el carácter mejor que las grandes acciones que generalmente no son mas que virtudes de aparato que por otra parte en nada perjudican el respeto que se debe á la memoria de Luis. La inocencia de sus costumbres, su odio á la tirania y su amor al pueblo le haran siempre apreciable y digno de elogios por parte del hombre imparcial. Aquel desgraciado monarca demostró con su trágico fin que entre los hombres es mejor cuando no se trata mas que de nuestro interés personal, ser malo que débil.

(a) ¿No es abominable?

(b) ¿Me atreveré á decir que todo este párrafo es digno de una obra mejor que el *Ensayo*? Cuando lo escribí la Francia estaba instituyendo repúblicas por todas partes; mas yo comprendí que no serian de larga duracion; previ las consecuencias remotas de la revolucion y no solo la previ sino que tuve el valor de asegurar que *toda revolucion trae generalmente alguna cosa buena en pos de si*. (N. ED.)

(c) Anteriormente he hecho observar que en este *Ensayo* no se encuentra el nombre de Bonaparte mas que una sola vez, y arrojado como por casualidad juntamente con otros en una nota. Mirabeau tenia *genio*, pero no un *genio eminente*. El afirmarlo seria una exageracion. (N. ED.).

mas que libros para aprender á ser libres: tenian las tradiciones de sus antepasados, y sus tumbas en los campos de Maraton. Gozaban hasta de formas republicanas, vanos juguetes que la tiranía les dejaba tener, como se deja á los niños tocar las armas de que sus pocas fuerzas no les permiten hacer uso: notable ejemplo que da al traste con nuestros sistemas sobre el efecto de la ilustracion (a), demostrando que para llegar á la independencia no basta saber raciocinar eruditamente acerca de la virtud, sino que es preciso amarla; pues una vez perdida su aficion, no hay en la tierra moralistas que puedan inspirarla. Los siglos de las luces en todos tiempos, han sido los de la esclavitud; ¿por qué singular prodigio nuestro siglo podia exceptuarse de esa regla general? Las comparaciones entre los filósofos antiguos y modernos que vamos á hacer, pondran al lector en el caso de apreciar hasta qué punto la edad de Alejandro es parecida á la nuestra. Mediante esas comparaciones, podrá verse, que lejos de haber imaginado nada de nuevo, nos hemos quedado muy atrás, menos en lo relativo á historia natural, de la Grecia, y por último, se podrá observar, que en el momento en que los sofistas atacaron la religion y las ideas que el pueblo tenia, se encontró este amarrado por las cadenas que Filipo le impuso.

En vista de los datos que ofrece la historia, no soy dueño de enfrenar mi temor por los futuros destinos de la Francia (b).

CAPITULO XXII.

FILÓSOFOS GRIEGOS.

Dos sublimes talentos casi contemporáneos fueron los fundadores de los diversos sistemas filosóficos de la Grecia.

Tales fue el padre de la escuela Jónica y Pitágoras el de la Itálica.

HE AQUI EL CUADRO SINÓPTICO DE LAS DOS ESCUELAS FILOSÓFICAS:

ESCUELA JÓNICA.

TALES.

SUS DISCIPULOS INMEDIATOS:

MAXÍMENES, ANAXÁGORAS, ARQUELAO, SÓCRATES.

De la escuela de Sócrates salieron cinco principales ramificaciones que son las siguientes:

SOCRATES.

Secta megarense.	Secta elica.	Secta académica.	Secta cirénica.	Secta cínica.
EUCLIDES.	FEDON.	PLATON.	ARISTIPO.	ANTISTENES.
Sistema de dialéctica ó sea arte de probar todo y no probar nada.	Pura doctrina de Sócrates: la razon y la moral práctica.	*Aristóteles: Secta inmensa de los peripatéticos.* (rama de los académicos.) . . . . . Sistema del encadenamiento de los seres, dialéctica.	Sistema del placer sensual.	Zenon, gran secta de los estoicos. (rama de los cínicos.) Fortaleza de alma, fatalidad . . . Cínica. Toda accion natural es buena en sí misma. Desprecio de las ciencias.
(Extinguida en breve.)	*(Extinguida en breve.)*	*Académicos*: Sistema del espiritualismo. Ant. Acad., la duda. Nuev. Acad., la duda moderada *Espeusmo, Polemo, Crates*; Antig. Academia, *Arquelao*, Nuev. Acad., *Carneades.*	*(Extinguida en breve)*	

ESCUELA ITÁLICA.

PITÁGORAS.

Sus discípulos son poco conocidos hasta Empedocles: en tiempo de este se dividió la escuela en tres sectas:

EMPEDOCLES.

Secta eleática.	Secta epicúrea.	Secta pirrónica.
LEUCIPO, DEMÓCRITO Y OTROS.	EPICURO.	PIRRON.
Sistema de los átomos. Ateismo.	Sus discípulos. Sistema de los átomos perfeccionado. Doctrina de la felicidad.	Sus discípulos. Sistema de duda universal.

(a) Eso no es cierto. En la antigüedad el espíritu humano era jóven, si bien los pueblos habian envejecido. Por no haber establecido bien esta distincion se ha querido muy desacertadamente juzgar á las naciones modernas con arreglo á la historia de las antiguas, confundiendo dos sociedades esencialmente distintas. Ya he dicho en el Prefacio, y demostrado veinte veces en estas *Notas críticas*, el orígen de donde provenia ese error.

(b) El despotismo vino en pos de la república francesa, por consiguiente no era infundado mi temor; pero en todo lo

He hablado en otra parte de sus sistemas (1). Trazaré rápidamente el cuadro de la filosofía de los fundadores de las principales sectas de estas dos escuelas, limitándome á Platon, Aristóteles, Zenon, Epicuro y Pirron.

Platon (2). La sabiduría tomada en toda la extension platónica de la palabra, es el conocimiento de lo que existe (3).

Filosofía, segun Platon, quiere decir deseo de ciencia divina (4), y se divide en tres clases á saber: filosofía de dialéctica, de teoría y de práctica (5). Omito tratar de la primera.

Filosofía de teoría. De nada, nada se hace. De aquí nacen dos eternos principios: Dios y la materia. El primero imprimió movimiento y órden á la segunda. Dios nada puede crear; pero lo arregló todo (6).

Dios, principio opuesto á la materia, es un ser enteramente espiritual, bueno por excelencia, inteligente en el mas alto grado (7), pero no omnipotente, pues no puede enfrenar la propension de la materia al mal (8).

Dios ordenó el mundo con arreglo al modelo que desde toda eternidad existia en sí mismo (9), y con arreglo á esa razon de la divinidad que contiene los tipos increados de las cosas pasadas, presentes y futuras. Las ideas de la esencia espiritual, subsisten por sí mismas como seres distintos y reales (10). Los objetos visibles de este universo, nada mas son que sombras de las ideas de Dios, que constituyen por sí solas las verdaderas sustancias (11).

Finalmente, ademas de esas ideas preexistentes, Dios comunicó una emanacion de su vida al universo, de donde resultó un tercer principio compuesto simultáneo de espíritu y materia y llamado alma del mundo (12).

Tal es el sistema teológico de Platon, del cual se dice, que los cristianos tomaron el misterio de su Trinidad.

Platon admitia la inmortalidad del alma (13), que al separarse del cuerpo, regresaba al seno de Dios de donde habia salido (14). En otra parte me ocuparé del sistema político ideado por este filósofo, limitándome por ahora á decir, que en su concepto la mejor forma de gobierno, era la monárquica.

Aristóteles (15) Siguió la triple division que Platon habia hecho de la filosofía, y dejando á un lado su malhadada dialéctica que por espacio de tanto tiempo ha servido de asilo á la ignorancia, no me detendré á hablar mas que de su metafísica.

Fúndase la doctrina de los peripatéticos en el famoso sistema del encadenamiento de los seres. Aristóteles, remontándose de accion en accion, demuestra que en alguna parte es preciso que exista un primer agente motor de todas las cosas. Ese primer movil de toda sustancia increada y puesta en movimiento, es la única sustancia que permanece en reposo. No tiene por consiguiente ni cantidad, ni materia. Por lo tocante al insoluble problema de cómo el alma obra sobre el cuerpo, cree el filósofo estagirita hallar una explicacion atribuyendo el fenómeno á un acto inmediato de la voluntad del motor universal (16).

Nada mas supo por lo tocante á la naturaleza del alma, á la cual daba la denominacion de perfecta energía, diciendo, que si bien no era el primer movimiento, era un principio del movimiento (17), y la consideraba como inmortal.

Zenon, (18) *fundador de la secta estóica.* Segun este sabio consistia la filosofía en una aspiracion del alma hácia la sabiduría, y en esta aspiracion estribaba la virtud (19).

El mundo se ordenó por su propia energía. Ese conjunto que lo abarca todo y del cual nada puede ser mas que miembro ó parte, es lo que se llama naturaleza. Ese todo se compone de dos principios, uno activo y otro pasivo, que no existen separados, sino unidos entre sí. El primero se llama *Dios*, el segundo *materia*. Dios es un puro eter, un fuego que envuelve la superficie exterior y convexa del cielo: la materia es una masa inerte y en reposo (20).

Ademas de esos dos principios existe otro, al cual Dios y la materia estan mutuamente sujetos. Ese principio es el necesario encadenamiento de las cosas, efecto que necesariamente resulta de los acontecimientos, y causa inevitable al mismo tiempo: este principio es la fatalidad (21).

Dios, la materia y la fatalidad no constituyen mas que un solo principio; son, digámoslo asi, las ruedas, el movimiento y las leyes de la mecánica y estan, como partes, sujetas á las leyes que dictan como conjunto (22).

Afirmaban ademas los estóicos que el mundo pereceria alternativamente por el agua y el fuego, para volver luego á renacer bajo la misma forma (23); que el hombre tiene un alma inmortal, y por último admitian, como la Iglesia Romana los tres estados de recompensa, ó sea de purificacion, premio y castigo, y la resurreccion de los cuerpos despues del incendio general del universo (24).

Epicuro (25). La filosofía segun pensó este filósofo no tiene mas objeto que la investigacion del bien estar lo cual consiste en la salud y paz del alma. A esa altura se llega por dos caminos, ó sea estudiando el órden físico de los cuerpos y la moral.

El universo subsiste desde toda eternidad: en la naturaleza no hay mas que cuerpos y vacío (26).

Los cuerpos se componen de la agregacion de partes de materia, infinitamente pequeñas, ó sea átomos.

Los átomos tienen un movimiento interno: la gra-

demás de ese párrafo voy fuera de camino y siempre extraviado por la preocupacion en que me hallaba de aquella libertad de los antiguos basada en las costumbres. En breve se podrá ver una nota donde yo mismo combato el sistema que en este pasaje me domina. (N. ED.)

(1) Tales atribuyó al agua el principio de la creacion Pitágoras es el fundador del sistema de las armonías Uno y otro establecieron teoremas y descubrieron magníficas verdades en la ciencia de las matemáticas.

(2) Platon, nació 429 años antes de J. C. (año 3.° de la olimpiada 87) y vivió 82 años.

(3) *Id. Phœd.*, pág. 278.

(4) *Protag.*, pág. 313.

(5) *Reso.*, lib. VI, pág. 495.

(6) *Tim.*, pág. 28; Diog., Laert. lib. 3; Plut., *de Gen. Anim.* pág. 78.

(7) *De leg.*, pág. 886; *Tim.*, pág. 30.

(8) *Polit.*, pág. 174.

(9) *Tim.*, pág 249.

(10) *Id Ibid.*

(11) *Reipub.*, lib. VIII, pág. 515.

(12) *Tim.*, pág. 34.

(13) Por muy extraño que parezca no faltan autores que suponen que Platon no creyó en la inmortalidad del alma y no carecen de razon para decirlo.

(14) *Tim.*, pág. 298.

(15) Aristóteles nació el año 384 antes de J. C. (año 1.° de la olimpiada 99) y vivió 52 años.

(16) *De Gen. Anim.*, lib. II, cap. VI, etc. *De Cœlo*, lib. XI, cap. VI, *De Cœlo.* lib. XI, cap. III, etc.

(17) *De Gen. Anim.*, lib. II, cap. IV; lib. III, cap. XI.

(18) Zenon nació el año 359 antes de J. C. y alcanzó una longevidad de 98 años.

(19) Plut., *de Plac. Phil.*, lib. IV, Senec., *Ep.* LXIX.

(20) Laert., lib. V, Stob., *Eccl, Phys.* cap. XIV; Senec., *Consul*, cap. XXIX.

(21) Cic., *de Nat. Deor.*, lib. I, Anton., lib. VII.

(22) *Loco citato*

(23) Cic., de *Nat. Deor.*, lib. III, cap. XLVI; Laert., libro VII; Senec; *ep.* IX. XXXVI, etc.

(24) Senec., *Ep.* XC; Plut., *resiq stoi.*, pág. 31; Laert. lib. VII; Senec., Ep. IX, XXXVI, etc.

(25) Epicuro nació el 343 antes de J. C. (año 3.° de la olimp. 109) vivió 73 años.

(26) Lucret., lib. II.

vedad. Verificaríase su movimiento en un plano vertical, si por una ley particular no describiesen una elipse en el vacío.

La tierra, el firmamento, las estrellas, los planetas, los animales, incluso el hombre, debieron su existencia al concurso casual de los átomos, y cuando la virtud engendradora del globo se evaporó, las razas vivientes se fueron perpetuando por medio de la generacion (1).

Hay dioses; no porque la razon nos demuestre su existencia, sino porque el instinto nos los revela. Pero esos dioses, extremadamente bienaventurados, no se cuidan ni pueden cuidarse de lo que en este mundo sucede. Residen en una desconocida morada, centro de pureza, de delicias y de paz (2).

Moral. Hay dos especies de placeres: la primera consiste en una perfecta quietud del espíritu y del cuerpo, y la segunda en una dulce emocion de los sentidos que se comunica al alma. No debe entenderse por placer esa embriaguez de las pasiones que se enseñorea de nosotros, sino una tranquila ausencia de todo mal. No debe tampoco ese estado de calma ser una profunda apatía, un marasmo del alma, sino aquella sensacion que uno experimenta en el armonioso ejercicio de las facultades físicas é intelectuales. Una vida feliz no puede compararse ni con un torrente rápido, ni con el agua estancada; solo puede dar una idea de tan dichosa vida el arroyuelo que silenciosa y lentamente se desliza por el valle, reflejando en sus cristales las flores y el follage de sus márgenes (3).

En eso consistia el encantador sistema de Epicuro, calumniado por espacio de tanto tiempo. Por lo tocante á Pirron hay que advertir que el escepticismo antiguo mas bien que en una negativa universal, consistia en una indiferencia absoluta No negaba el filósofo pirrónico la existencia de los cuerpos, los incidentes del calor, del frio etc.; pero se limitaba á decir que creia experimentar ó sentir tal ó cual cosa, sin afirmar si en realidad existia y sin tomarse siquiera la molestia de indagarlo. Ellos decian: Dios existe, ó no existe; tal cuerpo parece redondo, ó cuadrado, ú óvalo; parece que el sol brilla etc. (a) (4).

No nos importa tanto considerar lo que puede haber de verdadero ó falso en esos sistemas, como el hacernos cargo de la influencia que ejercieron en el bien estar de los pueblos por donde se propalaron. En otra parte investigaremos esa influencia, contentandonos en la actualidad con manifestar cuán directamente propendian contra las instituciones morales, religiosas y políticas de la Grecia. Asi es que los sacerdotes y magistrados se opusieron á dichos sistemas empleando cuanto vigor pudieron para impedir su propagacion, pues no se les ocultó que se resentiria el edificio social hasta en sus bases, y que unos escritos que ponderaban la monarquía en un estado republicano, y el ateismo, ó deismo, en un pueblo lleno de fe religiosa, debian producir tarde ó temprano la disolucion de la sociedad. De manera que los filósofos griegos se hallaron lo mismo que los de nuestros dias en lucha abierta con el siglo. ¡Pero predicaban la verdad! ¿Qué importa? No siempre la verdad sencilla y abstracta constituye la verdad complexa y relativa. No precipitemos con nuestras opiniones el curso de las cosas. Si un gobierno es malo, si una religion es supersticiosa dejemos obrar el tiempo que sabrá remediarlo mejor que nosotros mismos. Los cuerpos políticos abandonados á su propia accion sufren metamórfosis naturales como las crisálidas. Por largo tiempo permanece el insecto encerrado en la prision que él mismo se ha construido, dominado al parecer del sueño á la abyecion y en el estado mas vil, pero de repente, á la hora menos pensada se le ve con asombro taladrar los muros de su prision, desplegar dos magníficas alas, y volar gloriosamente al campo de la libertad. Si hubiera habido quien por medio de un calor intempestivo hubiese tratado de acelerar la transformacion, es probable que el insecto habria muerto, y en vez de reproducirse el magnífico espectáculo de libertad y nueva vida, solo se hubiera encontrado un cadáver y unas formas asquerosas (b).

Antes de tratar del importante asunto de la influencia de las opiniones sobre las costumbres y gobiernos de los pueblos (c), comparemos nuestros filósofos con los de la Grecia.

CAPITULO XXIII.

FILÓSOFOS MODERNOS.—DESDE LA INVASION DE LOS BÁRBAROS HASTA EL RENACIMIENTO DE LAS LETRAS.

Habiendo caido la Italia, la Francia y la Gran Bretaña bajo el yugo de los pueblos del Norte, se extendió por todo el Occidente una filosofía bárbara que inspiró odio á las letras á los mismos que habrian debido protegerlas. En aquella triste época fue cuando los emperadores dictaron leyes para desterrar á los *matemáticos* y á los *hechiceros* (5), y los papas entregaron á las llamas las bibliotecas de Roma (6) (d).

(1) Epicuro imaginó ese movimiento de declinacion para no caer en el sistema de los fatalistas, segun el cual es inútil molestarse por conseguir la felicidad. Pero la hipótesis es absurda; pues si este movimiento es una ley, es de rigurosa necesidad, ¿y en tal caso como puede una causa necesaria producir un efecto libre?

(2) LUCRET., lib. II. LAERT., lib. IX.

(3) LAERT., lib. X; CIC, *Tuscul.*, lib. III, cap. XVII; *de Finib.*, lib. I, cap. XI-XVII

(a) La explicacion de esos sistemas dió á los críticos modernos motivo de creer que el autor habia leido algo. Confieso que yo amaba entonces apasionadamente la metafísica; pero ¿qué era lo que yo no amaba entonces? Tan apasionado estaba del álgebra, como de la poesia, y por lo tocante á erudicion histórica tenia el afan de un verdadero benedictino.
(N. ED.)

(4) Queda siempre en las matemáticas una invencible objeccion contra el pirronismo. Que los cuerpos no sean mas que una modificacion de nuestros sentidos, pase; pero no por eso puede dudarse que las cosas geométricas existen por sí mismas. Sea que yo me considere como cuerpo, ó como espíritu, las propiedades del cilindro, del polígono, de la tangente, de la secante, etc, no por eso dejaran de poder ser demostradas hasta la evidencia. Luego hay algo que no me pertenece; que no puede ser una combinacion de mis pensamientos, porque toda verdad que puede demostrarse (y solo las matemáticas son susceptibles de serlo) existe por sí misma? Ademas, si yo soy espíritu, ó parte del todo, Dios ó materia, ¿cómo podrá la cantidad finita de una linea ser efecto de una causa infinita? Desde el punto que se demuestra haber algo fuera de mí mismo, se viene al suelo todo el sistema de los escépticos; pues aunque no me sea dado probar la realidad de aquel objeto, tengo motivos para creer en su identidad; no siendo que se admitan las verdades matemáticas en el órden de los *Números de Pitágoras* ó el *Mundo ideal de Platon*. En cuyo caso serian el verdadero Dios tan buscado por los filósofos. *

(b) Esta comparacion será tal vez demasiado larga; pero encierra una verdad de primer órden; no hay revolucion duradera sino la que el tiempo hace gradualmente y sin violencias (N. ED.)

(c) Aquí mi sistema entra en el terreno de la razon: no es posible negar la influencia de la opinion sobre las costumbres. (N. ED.)

(5) *Cod. Just.*, lib. X, tít. XVIII; *Cod. Theod., de Pag.* pág. 37.

(6) Sarisberiens. POLICRAT., lib. II-VIII, cap. II-VI. Gregorio mandó quemar la hermosa biblioteca del templo de Apolo reunida por los emperadores romanos.

(d) Bien está que uno se indigne al ver arrojar bibliotecas á la hoguera, pero ¿por qué han de figurar entre las calamidades de aquella época los nombres dados á las notas del dia-

* Por esta nota se ve con qué buena fe combatia yo el pirronismo y cuan distante estaba del materialismo y del ateismo. (N. ED.)

Estudiábase con ardor en los cláustros el *Trivium* y el *Quadrivium* (1). Un fraile inventó las notas del diapason sobre las primeras sílabas del himno *Ut queant laxis* (2), y para colmo de males aparecieron hácia el siglo XII las obras de Aristóteles. De entonces data aquella malhadada filosofía escolástica, compuesta de las sutilezas de la dialectiva peripatética y del oscuro misticismo de Platon.

No tardó la nueva secta en subdividirse en varias ramificaciones con los nombres de *nominalistas, albertistas, occamistas* y *realistas*. Mas de una vez sus campeones pasaron á vías de hecho y hasta los pontífices y los reyes combatieron en pro ó en contra. Brillaron entre los nuevos filósofos Tomás de Aquino, Alberto, Roger, Bacon, y antes de todos ellos Abelardo, de quien no conviene olvidarse. Hay muertos cuyo nombre dice mas que cuanto nosotros podriamos decir (a) (3).

pason por Guido Aretino? ¿Qué transicion hay posible entre el estudio del *Trivium* y las primeras sílabas de una estrofa de *Ut queant laxis*? ¡Por qué razon las obras de Aristóteles han colmado los males causados por el *ut, re, mi, fa, sol, la*! Yo sabia todo eso hace treinta años.

(1) Estos dos célebres versos encierran toda la ciencia del *Trivium* y del *Quadrivium*.

Gram. loquitur, *Dia.* vera docet, *Rhet.* verba colorat,
Mus. canit. *Ar.* numerat, *Geo.* ponderat, Ast. *colit.* astra

(2) Guido Aretino halló la expresion de las seis notas en el himno de Pablo el Diácono.

Ut queant laxis.—*Re*sonare fibris,
*Mi*ra gestorum.—*Fa*muli tuorum.
*Sol*ve polluti.—*La*bii reatum,
Sancte Joanes.

(a) Preciso es convenir que enlazo con bastante sutileza una nota con un nombre, pues á propósito de Abelardo hallo modo de insertar un largo pasaje de mis *Viajes á América*. En esta nota se encuentra la descripcion de la catarata del Niágara, tal como la he hecho ya en la *Atala*. Luego entro en una relacion bastante circunstanciada acerca de mis proyectos de descubrimiento en América Septentrional. No son, pues, ni los viajes de Mackensie, ni las últimas expediciones de los Ingleses las que me han hecho decir que en otros tiempos intenté el descubrimiento del paso á los mares del polo, al Noroeste del Canadá, descubrimiento que el capitan Francklin está intentando en estos momentos. Mi proyecto fue anterior á esas empresas, como consta por esta obra publicada en Londres en 1797, hace ya 29 años. Puede decirse que lo Providencia me ha puesto varias veces en disposicion de acometer diversas carreras presentándome siempre en perspectiva el término mas difícil y mas distante: sucesivamente me ha ido dando el baston del viajero, la espada del soldado, la pluma del escritor y la cartera del ministro. (N. ED.)

(3) Una vez he probado evidentemente el mágico efecto de un nombre, y esta fue en América. Encaminándome al país de los salvajes, me embarqué en un paquebot, que por el rio de Hudson va desde New-York á Albani. Los pasajeros eran numerosos y componian una amable sociedad en la que habia muchas señoras y algunos oficiales americanos. Un viento fresco nos iba conduciendo suavemente á nuestro destino. Hácia el anochecer de la primera jornada nos hallábamos todos reunidos sobre el puente tomando un refresco: las señoras estaban sentadas en los bancos del castillo de popa y los hombres nos colocamos á sus piés. La conversacion dejó muy en breve de ser animada: he observado que cuando se presenta á la vista algun magnífico cuadro de la naturaleza, todos los que lo contemplan caen insensiblemente en el silencio. De repente uno de los pasajeros exclamó: Cerca de aquí fue donde quitaron la vida al Mayor André.

Al oir este nombre todas mis ideas sufrieron un desconcierto: suplicaron á una linda pasajera americana que cantara el himno de aquel desgraciado jóven y ella cediendo á los ruegos se puso á hacerlo con una voz tímida llena de voluptuosidad y de emocion. El sol iba llegando á su ocaso, y en aquel mismo instante nos hallábamos entre unas escarpadas montañas. Veíanse en el horizonte algunas cabañas suspendidas sobre abismos, y que aparecian y desaparecian súbitamente entre las nubes medio blancas, medio purpúreas, que pasaban horizontalmente á la altura de aquellas habitaciones. Cuando por encima de dichas nubes se veia la cima de alguna roca, ó las cumbres de los montes con su cabellera de altos pinos, hubiera podido decirse que se veian islas flotando por el aire. La Constantinopla acababa de caer bajo la dominacion magestuosa corriente del rio, ladeándose unas veces al Norte y otras al Sur, se presentaba en aquel momento á nuestra vista, extendiéndose en línea recta y encajonada entre dos orillas paralelas como una tabla de plomo; luego encorvándose repentinamente arrastraba sus olas doradas por los últimos rayos del ocaso alrededor de un monte, que interponiéndose á la vista con todo su follaje, parecia un inmenso ramillete suspendido ó una zona azul y de color de aurora. Todos los pasajeros guardaban profundo silencio; yo apenas me atrev á respirar. Nada interrumpia el melancólico canto de la jóven no siendo el rumor apenas sensible de la quilla al deslizarse rápidamente sobre las olas. Alguna vez cuando estábamos muy cerca de la orilla, la voz de la cantora parecia tomar un timbre mas grave, y en dos ó tres sitios fueron repetidos sus acentos por un eco lejano. En tiempo de la mitología se hubiera podido creer que el alma de André, atraida por aquella suave melodía se complacia en repetir sus últimas notas allá en el silencio de las montañas. La idea de aquel jóven, enamorado, poeta, valiente y desgraciado, que favorecido con el recuerdo de sus conciudadanos y con las lágrimas de Washington murió en la flor de la edad por su país, acababa de dar á aquella romántica escena un colorido mas patético. Los oficiales americanos y yo teníamos los ojos henchidos de lágrimas; yo por efecto del delicioso éxtasis en que me hallaba sumergido, y ellos sin duda por el recuerdo de los trastornos de la patria vivamente excitado por la calma de aquel momento. No podian contemplar sin una especie de arrobamiento del corazon aquellos sitios donde en otro tiempo resonó el estrépito de las armas de numerosos batallones, y en aquel instante sepultados en una profunda calma, iluminados por el último crepúsculo, decorados con la pompa de la naturaleza, animados con el dulce silbido de los cardenales, y el monótono arrullo de las palomas torcaces, y cuyos sencillos habitantes sentados en el pico de alguna roca á poca distancia de sus cabañas contemplaban tranquilos la marcha de nuestro buque.

Por mi parte aquel viaje no era mas que el preludio de otro mas importante: proponíame nada menos que determinar por tierra la gran cuestion del paso del mar del Sur al Atlántico por el Norte. Sabido es que á pesar de los esfuerzos del capitan Cook y de otros viajeros la cuestion permanece siempre en pié. El plan que yo me habia propuesto y comunicado á M. Malesherbes era el siguiente:

Si el gobierno hubiera favorecido mi proyecto, me habria embarcado para Nueva Yorck: aquí hubiera hecho construir dos inmensos carros cubiertos, arrastrados por cuatro pares de bueyes. Ademas, me habria llevado seis caballos pequeños como los que me sirvieron en mi primer viaje. Tres criados europeos y tres salvajes de las cinco naciones me habrian acompañado, y hubiera ademas tomado otras precauciones que tengo especificadas en un pequeño tomo que no seria inútil para los que traten de explorar regiones desconocidas. No puedo sin embargo menos de decir que todas mis precauciones estaban tomadas en sentido tan pacífico, que hubiera desistido de recorrer los desiertos de América á trueque de no costar una sola lágrima á sus sencillos habitantes.

Hechas estas prevenciones me habria puesto en marcha caminando directamente al Oeste á lo largo de los lagos del Canadá hasta el origen del Misisipí que tambien habria reconocido. Desde allí bajando por las llanuras de la Alta Luisiana hasta los 40° de latitud Norte habria vuelto á seguir mi rumbo al Oeste hasta abordar la costa del mar del Sur, un poco mas arriba del golfo de California. Siguiendo el contorno de las costas sin perder de vista el mar, me habria remontado directamente al Norte, dando espalda al Nuevo Méjico. En el caso de que ningun descubrimiento hubiese detenido mi marcha, habria avanzado hasta la embocadura del gran rio de *Cook* y desde allí hasta el del *Cobre* á los 72° de latitud septentrional. Finalmente, en el caso de no haber encontrado paso por ninguna parte, y no haber podido doblar el cabo mas septentrional de América, habria regresado á los Estados Unidos por la bahía de Hudson, Labrador y el Canadá.

Tal era el inmenso viaje que me proponia, en el cual no habiendo ocurrido interrupcion habria gastado cinco ó seis años, proponiéndome hacer un indisputable servicio á mi patria y á la Europa.

Grandes eran sin duda los peligros que me amenazaban; pero en este particular debo advertir que á pesar de lo que se dice de los salvajes, los riesgos que he corrido en América casi siempre han provenido de las localidades y de mi imprudencia, y rara vez de parte de los hombres. Por ejemplo, hallándose rota la escalera que los Indios habian construido en la catarata del Niágara, me empeñé á pesar de las reflexiones de mi guia, en bajar al pié de la caida por una roca casi vertical de cerca de doscientos piés de elevacion. En me-

de los turcos y el resto de los filósofos griegos fugitivos encontraron un asilo en Italia. Las letras principiaron á revivir por todas partes. Dante y el Petrarca habian ya aparecido. Este último es mas conocido por sus *canciones* que por sus tratados *De contemptu mundi*, y *De sua ipsius et aliorum ignorantia*, aunque en realidad esta última obra vale mas que la mayor parte de sus sonetos. Pero Laura y Vaucluse son nombres muy dulces y los hombres se conmueven mas fácilmente por el corazon que por la cabeza. Pico de la Mirandola, Policiano y otros mil que florecieron en aquella época, merecieron con razon ser considerados como prodigios de erudicion. En pos de ellos vino Erasmo, cuyas *Cartas*, y *Elogio de la locura* estan llenas de imaginacion y elegancia. No tardaron los reformadores de la Iglesia Romana en atacar mas vigorosamente aun la secta escolástica (1). Volvieron á revivir las obras de los demás filósofos de la Grecia. Gasendi renovó casi enteramente la secta de Epicuro (2) y se hizo célebre por su talento astronómico y por último tres hombres, Jordan Bruno, Gerónimo Cardan y Francisco Bacon desdeñándose seguir las huellas de los griegos abrieron una nueva senda en Europa, y fundaron lo que se llama la *filosofía moderna*.

dio de los rugidos de la catarata y del espantoso abismo que hervia bajo mis plantas, pude conservar la cabeza y llegar á unos cuarenta piés de distancia del fondo. Mas como allí ya no habia en la roca ni raices, ni hendiduras en que apoyarme, quedé colgando todo lo largo del cuerpo, no pudiendo subir ni bajar, sintiendo que mis manos abrumadas por el peso empezaban á desasirse de la superficie saliente de una hendidura á que estaban aferradas, y considerando como inevitable la muerte. Pocos hombres habrá que hayan pasado dos minutos de tanta angustia, como yo los pasé suspendido sobre el abismo del Niágara. Al fin mis manos no pudieron resistir, se abrieron y caí. Por una inexplicable fortuna me encontré sobre un peñasco, donde naturalmente debia haberme estrellado, y sin embargo, en ninguna parte de mi cuerpo sentia dolor; estaba a media pulgada del abismo y no habia rodado hasta él; pero cuando el frio del agua empezó á penetrarme, sentí un dolor insoportable en el brazo izquierdo, y conocí que me lo habia fracturado. Mi guia corrió á buscar algunos salvajes que con mucho trabajo consiguieron sacarme de aquella profundidad por medio de cuerdas de cortezas de árbol.

No es ese el único riesgo que corrí en el Niágara: al llegar me arrimé al borde de la catarata, llevando las riendas del caballo envueltas en el brazo. Mientras que yo estaba medio inclinado contemplando el abismo, se asustó el caballo de una culebra de cascabel, se encabritó y avanzando hácia el precipicio me arrastró en pos de sí, no dando lugar á desenredarme de las riendas. Ya estaba el cuadrúpedo á punto de lanzarse y no tocaba en la tierra sino apoyándose en los cuartos traseros: mi ruina era inevitable, cuando espantándose sin duda del nuevo peligro, volvió á encabritarse, y dando un salto de lado se separó lo menos diez piés de la orilla.

Esa famosa catarata sobre la cual no puedo resistir á la tentacion de escribir otra página, que tal vez no desagradará á mis lectores, está formada por el rio Niágara al salir del lago Erie y arrojarse en el Ontario. La caida se verifica á unas nueve millas de este último lago, y su altura perpendicular tendrá acaso unos doscientos piés. Mas lo que contribuye á que el raudal se precipite con tanta violencia es el venir desde su salida del lago Erie descendiendo por un plano rápidamente inclinado, de manera que al llegar á la catarata, mas que rio es un mar impetuoso, cuyos cien mil torrentes corren desenfrenados á precipitarse en la ancha boca del abismo. La catarata se divide en dos brazos y se encorva á manera de herradura de cerca de media milla de circuito. En medio de ambos brazos avanza un enorme peñasco hueco en su parte inferior que con todos sus pinos y toda su verdura está pendiente sobre aquel tumultuoso caos de agua. La masa del rio que se precipita hácia el Mediodía, se arquea y toma la forma de un vasto cilindro al lanzarse y luego se desarrolla como una capa de nieve, y refleja la luz del sol con todos los colores del prisma: el otro brazo que cae hácia el Norte, se desploma causando una espantosa sombra, cual una columna de las aguas del diluvio. Numerosos arcos iris se forman y cruzan sobre el abismo, cuyo terrible mugido se oye á nueve millas de circunferencia. Al estrellarse las aguas en la conmovida roca se disuelven en torbellinos de espuma, que elevándose sobre los bosques inmediatos parecen, vistos á cierta distancia, columnas de humo de un vasto incendio. Rocas desmesuradas y gigantescas, á manera de fantasmas decoran aquella escena sublime. Algun avellano, y algun parduzco y escamoso sahuco, son los únicos vegetales que á duras penas se sostienen en aquellos esqueletos de piedra, y los únicos animales que frecuentan aquellos sitios son las águilas, que cerniéndose magestuosamente sobre el abismo, se ven tal vez arrastradas por algun torbellino de aire y á su pesar tienen que descender hasta el fondo. Tambien suele verse algun chacal tigre, que suspendido por medio de su larga cola enroscada á una rama, acecha el momento de recoger el cadáver de alguna danta ó de algun oso arrastrado por la corriente; pero lo que mas abunda son las culebras de cascabel que por todas partes hacen resonar sus siniestros rumores.

CAPITULO XXIV.

CONTINUACION. — DESDE BACON HASTA LOS ENCICLOPEDISTAS.

El canciller, lord Bacon (3), uno de los hombres que honran al género humano, dejó varias obras. Su inmortalidad es debida principalmente al tratado *On the advancementof learning* y al *Novum organum Scientiarum*.

En el primero examina en toda su plenitud el círculo de las ciencias, clasificando cada cual á una respectiva facultad intelectual que en su concepto son cuatro, á saber, alma, memoria, imaginacion y entendimiento. Reduce todas las ciencias al número de tres; esto es poesía, historia y filosofía. En su segunda obra, deshecha el método de raciocinar silogísticamente, y propone la física experimental como única guia en la naturaleza. Asi es como aquel prodigioso talento franqueó el paso de la ciencia á los que vinieron despues de él, indicando su verdadero puesto á los que tuvieron la dicha de prestarse dócilmente á las inspiradas advertencias de aquel genio sublime (4).

En tanto que Bacon ilustraba la Gran Bretaña, Campanella (5) florecia en Italia. Ese hombre extraordinario atacó vigorosamente las preocupaciones de su siglo, y desgraciadamente no pudo librarse de ser arrastrado por el torbellino de los sistemas. Sepultado durante 27 años en los calabozos (6), vivió como una salamandra entre las llamas de su propio talento, no teniendo ni siquiera una pluma, ni siquiera un miserable papel para ponerse en comunicacion con el exterior. En sus escritos brilla el ingenio, pero se echa de ver una cabeza desarreglada. Por lo demás hay que advertir que admitia segun el sistema de Platon el alma del mundo, etc.

Hobbes (7) contemporáneo de Bacon publicó muchos escritos: su libro *De la naturaleza humana*, su tratado *De corpore politico*, su *Leviatan* y su *Disertacion acerca del hombre* son las obras de este filósofo que merecen mas consideracion. En política sostuvo poco mas ó menos los principios del *contrato social* de J. J. Rousseau, pero al mismo tiempo defiende las opiniones mas disolventes de la sociedad. Opina que la autoridad y no la verdad debe constituir el principio de la ley; que el magistrado supremo que castiga al inocente peca contra Dios, pero no contra la justicia; que no hay propiedad, etc. En moral dice que el estado de la naturaleza es un estado de guerra, y que la felicidad consiste en un continuo paso de deseo á deseo (8).

(1) *Declarationes ad Hoildebbrgentes*, apud Werensdorf.

(2) SORBIERE, *de Vit. Sass. Præf. Synt. Phil. Epic.*; BAILE.

(3) Nació en 1560 y vivió 79 años.

(4) Véanse las obras citadas.

(5) Nació en 1568 y vivió 71 años.

(6) Por una supuesta conspiracion contra el rey de España.

(7) Nació en 1588 y murió en 1679.

(8) Véase las obras citadas, particularmente el *Leviatan*,

Descartes (1) resucitó el pirronismo y abrió las cataratas del diluvio de la filosofía moderna. La única verdad, en su concepto, consiste en su famoso argumento, *yo pienso, luego yo existo*. Admitia las ideas innatas, y la existencia de la materia. Explicaba la accion del alma sobre el cuerpo con arreglo á los principios de Platon (2), y en la física es bien conocido su sistema de los torbellinos.

Leibnitz publicó su sistema de las *Mónadas* (unidades) con cuya palabra quiso dar á entender una simple sustancia sin partes, pero que siendo diversa en sus propiedades y relaciones, hace que de sus diversas combinaciones aparentes resulten otras muchas en la unidad. Ese sistema tiene en cierto modo alguna analogía con los *Números* de Pitágoras y las *Ideas* de Platon. Leibnitz (3) es el autor del cálculo diferencial (4).

Espinosa (5) es la imágen del ateo por excelencia. Admite una sustancia universal que contiene en sí misma todos los principios de modificacion: esa sustancia es Dios. De manera que todo viene de Dios: el muerto y el moribundo, el rico y el pobre, el que sonrie y el que llora, la tierra, los astros, todo pasa y existe en Dios (6).

Locke (7) dejó en su tratado *On human understanding* uno de los mas hermosos monumentos del talento del hombre. Sabido es que destruye las ideas innatas; que explica la naturaleza de esas ideas derivándolas de dos fuentes: la reflexion y la sensacion (8).

Grocio (9) despues de Maquiavelo, Mariana y Bodin (10) fue uno de los primeros que hizo revivir en Europa la política. Su libro *De Jure Belli, et pacis* carece de método y no se contiene en el límite que su título indica. Ademas todo él estriba en un principio dudoso: la sociabilidad del hombre (a); pero no pueden negársele rasgos de talento y erudicion.

Puffendorf (11) desplegó menos talento que Grocio en su tratado *De Jure Naturæ et Gentium*; pero es mas instructivo por el excelente plan de la obra. Llégase de la moral á la política (único camino para llegar á la verdad) considerando al hombre en sus relaciones con Dios, consigo mismo y con sus semejantes.

El universal escepticismo de Bayle (12), aparece claramente en sus escritos, pues destruye todos los sistemas conocidos, sin proponer ninguno nuevo (13). A pesar de eso merece con razon ser considerado como el mas eminente dialéctico que en ningun tiempo ha existido.

Malebranche (14) dejó un nombre ilustre. Encuéntranse en su *Indagacion de la Verdad* las dos mas extraordinarias opiniones que han cabido en la mente de un filósofo. Afirma que no es el pensamiento lo que produce el entendimiento, sino que este se deriva inmediatamente de Dios, y que el espíritu humano comunica directamente con la divinidad y en ella lo ve todo (15).

Muy difuso y ageno del propósito de esta obra seria recordar todos aquellos grandes hombres que al mismo tiempo empleaban con ardor su capacidad en el estudio de la *Historia natural*. Copérnico volvió á dar al universo su verdadero sistema (16) perdido desde Pitágoras; Galileo, inventó el telescopio, descubrió los satélites de Júpiter, el anillo de Saturno, etc. (17), y finalmente el inmortal Newton, indicó el camino de los cometas, vió el movimiento de todos los mundos, penetró en el principio de los colores, y, sí asi puede decirse, robó al mismo Dios el secreto de la naturaleza (18). Todos esos hombres ilustres precedieron á los enciclopedistas de los cuales me voy á ocupar en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXV.

ENCICLOPEDISTAS (19).

Imposible seria entrar en detalles acerca de la filosofía de los enciclopedistas: la mayor parte de ellos han caido en el olvido sin dejar mas recuerdo que la revolucion francesa (20). Tampoco es fácil tratar de sus libros; ninguno de ellos ha explanado sistemas completos. Solamente vemos por muchas obras de Diderot que admitia el ateismo puro fundándose en razones de mala ley (21). Voltaire se desentendió enteramente de la metafísica: no hizo mas que reir, escribir hermosos versos y destilar inmoralidad. Los que vivieron en tiempos mas inmediatos á los nuestros, no son tampoco mucho mas fuertes en su modo de raciocinar. Helvecio escribió libros para niños, llenos de sofismas que el mas ramplon estudiante podria refutar. Omito hablar de Condillac y de Mably, ni tampoco diré nada acerca de Juan Jacobo, ni Montesquieu, hombres de un temple superior á los enciclopedistas.

¿Cual fue pues el espíritu de esa secta? La destruccion. Su objeto fue, destruir; su único argumento

(1) Nació en 1596 y murió en 1650.
(2) Vide *Princip. Phil., Medit., Phil; De prima Phil.*
(3) Nació en 1646, vivió 55 años.
(4) Vid. THEODICEA, *Calculus diferentialis*, etc. Un monumento literario algo mas precioso que la correspondencia de los enciclopedistas es la de Newton, Clarke y Leibnitz por ejemplo, cuando este da parte al primero de su descubrimiento del *calculo diferencial* y Newton consulta su opinion acerca de su *Teoria de las mareas*
(5) Nació en 1632, murió en 1677.
(6) *Tractat. Theolog. Politic.; Orat. pro Chr.*, BAYL. SPIN.
(7) Nació en 1632, murió en 1704.
(8) *Essay ou hum. underst.*
(9) Nació en 1583, murió en 1645.
(10) Sidney escribió de allí á poco tiempo. No hay que confundir este Sidney que escribió un excelente *Tratado de Gobierno* con otro Sidney, autor de la Arcadia.
(a) ¿Me propondria yo negar la sociabilidad del hombre? (N. ED.)
(11) Nació en 1631, murió en 1694.
(12) Nació en 1647, murió en 1706.
(13) *Dict. Resp. ad Provincial Quend.*
(14) Nació en 1638, vivió 77 años.
(15) *Indagaciones de la verdad.*
(16) *De Orbium cælest. revol.*
(17) VIVIANI, *Vit Gal; Act. phili; Sistema cosmicum.*
(18) *Philososphiæ naturalis principia mathematica.* No se sabe á cual de esos tres grandes hombres que acabo de citar, puede tributarse mayor admiracion, al ver cual unos en pos de otros se van remontando de maravilla en maravilla. Débense á Galileo las importantes verdades de que el espacio recorrido en la caida de un cuerpo está en razon del cuadrado del tiempo, y que el movimiento de los proyectiles se verifica en sentido de una curva parabólica. *
(19) Comprendo bajo esta denominacion no solo á los verdaderos enciclopedistas, sino hasta los filósofos de nuestros tiempos.
(20) No fueron su única causa, pero sí una de las mas poderosas. No provino esta revolucion de este ni de aquel hombre determinado, ni de este, ó aquel libro: trajéronla los acontecimientos: era inevitable, y esto es precisamente lo que muchos no quieren acabar de entender. Nació particularmente del progreso de la sociedad hácia las luces y hácia la corrupcion, y por eso se notan en ella principios tan excelentes, y consecuencias tan aciagas. Los primeros se derivan de una teoría ilustrada; las segundas nacen de la corrupcion de las costumbres. Ese es el verdadero motivo del desarrollo de crímenes ingeridos en un tronco filosófico, y esto es lo que he procurado demostrar en todo el curso de esta obra. **
(21) No puede esto aplicarse á sus escritos en particular; pero sí á su conjunto: en algunas de sus obras es deista. Cosa difícil es ser consecuente.

* No puedo olvidarme de mis queridas matemáticas. Por lo menos se ve que habia leido antes de escribir. (N. ED.)
** Si algo bueno he escrito en mi vida es indudablemente esta nota. (N ED).

destruir. ¿Qué pensaban edificar sobre tantas ruinas? Nada. Impulsados por una especie de frenesí contra las instituciones de su pais, que ciertamente no eran de las mejores, no pensaron, ó no se atrevieron á acometer la empresa verdaderamente útil y difícil, que es el construir : empresa que nos debe hacer mirar con recelo á los innovadores. Efecto es de la debilidad humana el que estando las verdades negativas al alcance de todo el mundo, no se revelen las razones positivas mas que á los grandes hombres. Cualquier estúpido os dirá una buena razon en contra de una cosa, pero nunca una en pro.

Proponiéndome hablar en el artículo del Cristianismo de los enciclopedistas, concluiré manifestando que aunque parezca que hablo demasiado severamente acerca de unos sabios, recomendables por muchos conceptos, no por eso dejo de hacer á su mérito la justicia que se merece. Pero dígase imparcialmente: ¿Qué produjeron? ¿Deberé apasionarme á su ateismo? ¿Eran acaso Newton, Locke, Grocio y Bacon, espíritus débiles ó inferiores al autor de *Santiago el fatalista*, ó al de los *Cuentos de mi primo Vadé*? ¿Serian absolutamente ignorantes en materias de moral, física, metafísica y política? ¿J. J. Rousseau era un espíritu limitado? ¡Pues bien! Todos esos creyeron en el Dios de su patria, y todos predicaron religion y virtud. Otra reflexion desoladora puede tambien hacerse por otra parte: ¿Lo que los enciclopedistas manifestaban podrá creerse que fuese la opinion íntima de su conciencia? Tal es la vanidad de ciertos hombres, hasta tal punto son débiles, que muchas veces por solo el afan de una triste celebridad afirman lo que se hallan muy distantes de creer (a), sobre todo yo no sé si hay algun hombre que sepa con exactitud el verdadero rumbo que siguen sus pensamientos (b).

Antes de hablar de la influencia que los bellos ingenios del siglo de Alejandro y los del nuestro ejercieron, vamos á presentarlos en un grupo á los ojos del lector, escogiendo los mas amables de entre ellos, para podernos formar una idea de sus obras y de su estilo, y pasar en seguida á la historia de sus costumbres: de este modo formaremos insensiblemente una pequeña historia completa de la filosofía, y de sus adeptos.

CAPITULO XXVI.

PLATON, FENELON, J. J. ROUSSEAU.—LA REPÚBLICA DE PLATON, EL TELÉMACO Y EL EMILIO.

Si las gracias del estilo, el calor de la imaginacion y una incalificable expresion en lo místico y espiritual, parecida al modo de hablar de los ángeles, son las prendas que dan á un escritor el dictado de grande y sublime, Platon puede sin disputa alguna aspirar á ese título. Acaso su manera de decir se parecerá á la del virtuoso arzobispo de Cambrai mas que al estilo de Juan Jacobo, pero la analogía entre este y el filósofo griego resalta mas por la identidad del asunto que trataron. Vamos á presentar el magnífico grupo de esos tres admirables ingenios, en quienes se encierra todo cuanto hay de amable en la virtud, de grande en el talento y de sensible en el carácter de los hombres.

Platon, en su *República*, Fenelon, en su *Telémaco*, y Juan Jacobo en su *Emilio*, han presentado en su perfeccion el hombre moral y político.

El primero divide su *República* en tres clases (1): el pueblo ó los artesanos, los guerreros que defienden la patria, y los magistrados que la dirigen. La educacion del ciudadano principia desde la cuna. Sin duda sus tiernos padres se apresuran á velar sobre ella? Nada de eso. Trasportado el recien nacido á un establecimiento público (2), va á nutrirse con la leche de otra madre: tal vez la suya propia estará sin conocerlo, dando el pecho junto á su cuna, á otro niño.

Asi que el ciudadano empieza á entrar en la edad de la adolescencia tiene que invertir todas sus horas en el gimnasio.

El primer objeto en que han de fijarse sus miradas es en el pudor sin velos y allí han de perder las formas de la vírgen su misterioso encanto, como una rosa en el polvo de la arena. Su mirada ha de familiarizarse con las gracias en su desnudez, y en su imaginacion han de borrarse todos los incentivos de la belleza ideal. Privado de familia, tampoco le es dado tener una querida; y cuando la patria elegirá en su nombre una compañera, tendrá por lo regular que romper sus primeras relaciones para admitir en su lecho nupcial no á una doncella tímida y llena de pudor, sino á una esposa pública para la cual no hay castidad en los besos, ni misterios en el amor.

Si entre aquellos hijos comunes de la patria hay alguno que descollando por lo hermoso de su figura, ó por precoces indicios de talento da lugar á creer que con el tiempo será un grande hombre, se le da una educacion aparte de los demás se le instruye en las ciencias, y se le facilita ocasion de distinguirse de la multitud combatiendo en defensa de la patria. A proporcion que va avanzando en edad se le confieren los mas importantes empleos y se le instruye en las causas secretas de la naturaleza, hasta que por último un filósofo le revela la existencia del ser infinito. De esta manera ha ido aprendiendo el modo de desprenderse de todos los afectos humanos, y como viajero en el mundo intelectual, despojado por decirlo asi, de su terrestre cubierta, se asocia á la sabiduría divina, de la cual no es mas que una mera sombra la humana. Por último cuando cincuenta años de estudios y meditaciones le han dado una naturaleza superior á la de sus semejantes, vuelve el ciudadano á descender á la tierra para ser uno de los magistrados de la patria.

Tal es el hombre político de Platon. El divino discípulo de Sócrates queria en el delirio de su virtud espiritualizar á los hijos de la tierra, y para hacerlos semejantes á Dios, principiaba oprimiendo al pueblo, creando un cuerpo de genízaros, instituyendo legisladores metafísicos y despojando á los ciudadanos de la piedad de padre, y del amor conyugal, que la naturaleza ha concedido hasta á los mismos tigres que vagan por los desiertos. ¡Comunidad de hijos! ¡Oh blasfemia filosófica! Mil veces mas feliz, es en comparacion de la mujer de semejante república la triste pordiosera que va en nuestras ciudades mendigando un pedazo de pan de puerta en puerta sosteniendo en sus brazos al hijo de sus entrañas. La sociedad harto cruel la rechaza de su seno; pero la providencial naturaleza la recibe en sus brazos: seguro es que no sentirá la inclemencia del invierno, si entre sus harapos encuentra alguno bastante grande para abrigar al fruto de su corazon. Hasta del hambre que la devora la vereis olvidarse si en su estenuado pecho encuentra sustento para el hijo querido, para aquel tierno niño que con su inocente sonrisa le hace perder la memoria de la miseria que la abruma, y con sus angelicales caricias la recompensa del horrendo abandono á que una sociedad tal vez injusta la ha condenado (3).

El arzobispo de Cambrai comprendió mejor que el

(a) Ciertamente. ¿Podrá decirse que yo soy ateo? Millones de ejemplos podrian citarse de esa deplorable vanidad. (N. ED.)

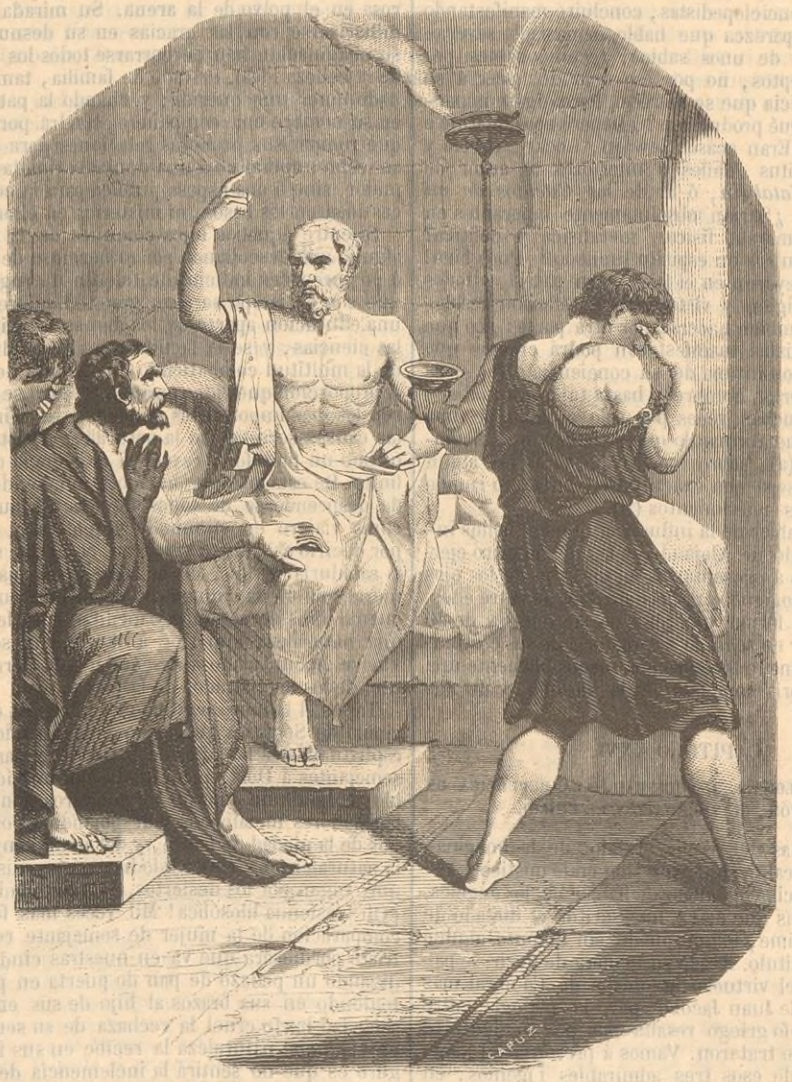
(b) Candidez cómica. (N. ED.)

(1) PLATON., *de Rep.*, lib. II, pág. 293, etc.

(2) *Id. Ibid.*, lib. V, pág. 460.

(3) Algo de esto he dicho en el *Genio del Cristianismo*; pero este pasaje en su totalidad es mejor en esta obra. (N. ED.)

filósofo griego el estado de la sociedad. El jóven de quien se vale para desarrollar su sistema moral abandona la patria para ir á buscar á su padre. La sabiduría, que disfrazada bajo el aspecto de Mentor le acompaña, no impide que el primer paso que el jóven da en esta peregrinacion, sea como el primer paso de la vida, hácia la desgracia. En Sicilia se ve amenazado de la muerte, y habiéndose librado de este peligro pasa á Egipto donde le esperan la esclavitud y la pobreza, pero la religion y las ciencias le dispensan su proteccion. Hallándose á punto de regresar á su patria, es nuevamente víctima de la desgracia y se ve sepultado en un calabozo. Allí desde lo alto de una torre pasa sus dias contemplando las olas que se estrellan contra una lejana playa, y los hombres agitados por las tempestades. De repente se presenta á su vista un terrible combate; ve rodar la cabeza de un rey despótico, y ser ofrecida en espectáculo al pueblo que momentos antes estaba oprimido por su férreo yugo.



MUERTE DE SÓCRATES.

Telémaco sale finalmente de Egipto y pasa á Fenicia á dar en manos de la mas execrable tiranía. Abandona esa tierra de esclavitud y llega á la de los placeres. No está el jóven lejos de su ruina, mas la Sabiduría se presenta súbitamente á su vista; auxiliado de ella puede huir lejos de aquella isla mortífera, y durante una tranquila navegacion, adquiere divinas nociones acerca del Supremo Ser, y acerca de la virtud, que abren su corazon á las delicias de la virtud.

Allá en el horizonte empiezan á distinguirse cimas de montañas doradas por los primeros crepúsculos de la aurora. Poco á poco la isla de Creta se presenta en toda su magnificencia á la vista de los navegantes. Llanuras cubiertas de mieses, bosques de olivos, risueñas aldeas y cabañas rodeadas de espesos arbolados, toda la isla en fin se presenta como un anfiteatro en el fondo de la brillante y azulada superficie del mar.

¿Qué encanto ha producido tantas delicias en aque-

lla isla? Un buen gobierno. Allí en presencia de un pueblo dichoso se instruye el jóven viajero en el secreto de las leyes y de la política: allí aprende que el gobernado no debe acomodarse al gobernante, sino este á aquel. Telémaco, cuya sabiduría ha ido cada dia tomando nuevo incremento, no acepta por amor á su patria la corona con que los Cretenses le brindaban, y despues de haberla hecho pasar á manos de un filósofo, vuelve á proseguir su navegacion. Venus, irritada del desprecio con que el jóven mira su culto, le espera con el Amor en la isla de Calipso.

Aquí no siente aquella voluptuosidad grosera que dominaba su cuerpo en Chipre. Sus sensaciones participan de una naturaleza celestial, y subyugan á la vez á su alma y á sus sentidos. No se trata ya de aquellas bellezas atrevidas, cuyas fáciles gracias nada dejan por adivinar al deseo, sino de las trenzas flotantes de Eucaris que velan encantos no conocidos; es la modestia, es el pudor de la vírgen enamorada, no se atreve á confesarlo; pero lo exhala en su rededor como un perfume.

Por otra parte una pasion devoradora consume á la infeliz Calipso. Los zelos, mas devoradores aun, jaspean sus ojos con manchas lívidas. Sus mejillas se hunden y ruge como una leona. Telémaco espantado no halla por de pronto seguridad sino al lado de Eucaris, á quien la diosa está á punto de despedazar, en tanto que el niño Cupido, en medio de aquella turba de ninfas, celebra, riendo, los males que ha causado.

No hay remedio; el jóven sucumbe, va á perecer: preséntase á sus ojos la Sabiduría, y le va arrastrando hácia la ribera del mar. Telémaco insensible á la virtud no ve nada mas que Eucaris; quisiera besar la huella de sus pasos, y pide que por lo menos se le permita despedirse de ella. De repente se ven brill

TELÉMACO PASA SUS DIAS CONTEMPLANDO LAS OLAS DESDE LO ALTO DE UNA TORRE.

llamas en la marina; el Amor ha pegado fuego al buque que Minerva habia construido. Una secreta alegría penetra en el corazon del hijo de Ulises; la Sabiduría, al ver que el jóven va á recaer en un acceso de debilidad, se aprovecha de la oportunidad del momento, y empujando á su discípulo desde una elevada roca, se precipita con él en las olas.

Telémaco consigue llegar nadando á un buque que estaba estacionado á la vista de la isla, y en él encuentra á un antiguo amigo que le refiere la muerte de un tirano, y le pinta la felicidad de un pueblo que vive segun los preceptos de la naturaleza. Creyendo el jóven, entretenido en esas sabrosas pláticas, haber llegado ya á su patria, aborda á unas playas extranjeras. Torres á medio levantar, columnas rodeadas de andamios, y templos aun no cubiertos anuncian una ciudad que se está edificando. En ella reina Idomeneo, expulsado de Creta por sus vasallos.

Allí recibe Telémaco las últimas lecciones de su educacion. Preséntasele á la vista la pintura de los palacios, de los príncipes y de los vicios que dominan en las córtes: el discípulo de Minerva tiene ocasion de ver el cuadro que ofrece el hombre virtuoso desterrado; el perverso ocupando altos puestos, la ambicion, preocupaciones y desarreglados deseos de los reyes, las guerras injustas, los sistemas viciosos de legislacion, y finalmente no solo las arbitrariedades de la tiranía, sino ese mal estar general que domina en los gobiernos corrompidos. Despues de haber descendido al infierno, y haber visto los tormentos reservados á los déspotas, y las recompensas concedidas á los buenos monarcas; despues de haberse endurecido en las fatigas de la guerra, y haber sentido en su alma un casto ardor hácia una jóven con quien se une en indisoluble vínculo, Telémaco regresa á su patria instruido por la sabiduría y la adversidad, siendo ya tan apto para mandar, como para obedecer, pues ha aprendido á dominar sus pasiones.

El defecto de esa inmortal obra consiste en la sublimidad de sus lecciones, á cuya altura no es dado

á todos los hombres llegar. Peca tambien por algunos pasajes demasiado difusos, particularmente en los últimos libros. Pero los que aman la virtud y son al mismo tiempo apasionados á lo bello antiguo, no deben nunca dormirse sin haber leido el libro segundo del *Telemaco*. Considerable fue la influencia de esta obra de Fenelon: en ella se encierran todos los principios del dia: toda la obra respira libertad, y puede decirse que hasta pronostica la revolucion. Téngase presente la época en que se publicó, y se comprenderá que fue uno de los primeros escritos que contribuyeron á cambiar el curso de las ideas nacionales en Francia. (a)

«Todo está bien al salir de manos del Autor de las cosas, todo degenera entre las manos del hombre.» Así es como principia el *Emilio*, y esa sola frase explica todo el sentido de la obra. Juan Jacobo, así como Platon, se apodera del hombre desde que viene al mundo, y lo encomienda al seno materno. Quiere que así que el párvulo abre sus ojos, empiece á estar sometido á la necesidad, única ley de la vida; si llora, no se trata de apaciguarlo; si pide un objeto, se le da. La alabanza, la reprension, el miedo y el valor son los resortes del alma, de la cual ignora hasta el nombre. No se habla de Dios al discípulo de Juan Jacobo, porque para comprenderlo se necesita que la razon esté en todo su vigor. Emilio no sabe leer ni escribir; pero comprende su debilidad, y todos los dias en medio de sus diversiones se promueve á propósito algun incidente que le haga desear instruirse en las matemáticas, en la literatura y en los demás ramos del saber. El mismo método se sigue por lo tocante á las ideas morales y civiles. Se ha procurado no enseñarle lo que se llama justicia ó propiedad, pero se le ha proporcionado ocasion de que por medio de un jugador de manos, un jardinero ó cualquiera otro objeto análogo se haya ido desarrollando gradualmente en su imaginacion el sistema de las cosas relativas.

Emilio no acertaria á permanecer en un sitio en que se fastidia, ni á velar cuando quiere dormir. Si tiene hambre, come; si no puede satisfacer sus necesidades ó sus deseos, no murmura. ¿No sabe ya lo que es la necesidad?

Es valeroso, pero no porque sea preciso serlo, sino porque no conoce el peligro. Ignora lo que es la muerte. Ha visto morir, y le ha parecido ser una cosa buena porque es natural, y sobre todo porque es una necesidad.

Sin embargo, Emilio ha aprendido á hacer una pregunta. Cuando le mandan hacer alguna cosa, cuyos resultados son desconocidos para él, trata de informarse. ¿Qué conseguirá con aquello? Muchas veces no se le contesta, y el niño por casualidad encuentra en sí mismo, mas ó menos tarde, la solucion de lo que deseaba saber.

Mas ya va entrando en la edad de las pasiones, empieza á sentirse el rugido de la tempestad. El discípulo de Juan Jacobo ha aprendido jugando, no solo los principios de las ciencias abstractas, sino hasta los de las artes mecánicas, como por ejemplo los de la carpintería, pues aunque Emilio sea rico, no quiere verse expuesto á las revoluciones de los Estados. Estais confiados, dice Juan Jacobo, en el órden actual de la sociedad, sin tener presente que ese órden está sujeto á revoluciones inevitables, y que no podeis ni prever ni evitar los resultados de la parte que de ese trastorno social puede caber á vuestros hijos. El poderoso se hace pequeño, el rico miserable, el monarca se convierte tal vez en vasallo. ¿Tan poco frecuentes son los cambios de fortuna, que os podais imaginar estar libres de ellos? Nos vamos acercando al estado de crisis y al siglo de las revoluciones. *Juzgo como imposible que las grandes monarquías de Europa puedan durar mucho tiempo; todas han tenido ya su época de esplendor, y todo Estado que brilla, está próximo á la época de su decadencia. Otras razones mas especiales aun que esta máxima me hacen opinar de este modo; mas no es este lugar á propósito para decirlas, ni creo que haya nadie que deje de verlas con demasiada claridad* (b) (1).

(a) En vista de estas páginas me parece que ya habia prendido á escribir.

(b) Nada tengo que retractar acerca de los elogios que en este pasaje doy a Rousseau tanto en el *texto*, como en la *nota*. Por lo tocante á mi juicio general de sus obras puede el lector atenerse á lo que he dicho en otra nota anterior. (N. ED.)

(1) Tom. XI, pág. 85, edic. de Londres, 1781. Ese es el famoso pasaje del Emilio en el cual ocurren varias cosas dignas de observacion. La primera es la claridad con que Juan Jacobo anunció la revolucion. La segunda es relativa á la célebre idea de hacer aprender un oficio á los niños. ¡Cuánto se burlaron de ella al publicarse el *Emilio*! ¡Cómo ridiculizaron al autor! excuso preguntar si ahora nos pareceria tan descabellada esa máxima. Hay muchos caballeros franceses en este momento que se considerarian como muy dichosos de saber el oficio de Emilio. Si pudieran ejercerlo recibirian diariamente su medio duro, ó seis reales, y serian ciudadanos útiles del pais á donde les hubiera arrojado la suerte.

La tercera observacion es todavia mas importante y depende de la misma naturaleza del pasaje. Es evidente que J. J. no solo previó la revolucion, sino hasta los horrores que la acompañarian. Manifiesta que Emilio tiene el designio de emigrar. ¿Cómo el republicano J. J. habria podido tener tal pensamiento sino hubiese entrevisto qué clase de gente era la que habia de hacer la revolucion, y si en vista de las costumbres del pueblo no hubiese comprendido que no era realizable una revolucion basada en los generosos principios de la virtud? Sin duda que el sensible filósofo en cuyo concepto la revolucion que costaba la vida de un solo hombre no debia llamarse buena, no habria celebrado la revolucion francesa. He presenciado una discusion muy interesante sobre Voltaire y Rousseau en una reunion de literatos que los habian conocido, y los reputaban por otra parte como decididos partidarios de la revolucion. Examinábase cuál habria sido probablemente la conducta del poeta y del filósofo en el caso de haber vivido hasta el desarrollo de la revolucion. Todos los concurrentes opinaron que Voltaire y Rousseau hubieran sido aristócratas. El primero nunca hubiera podido olvidar su condicion de gentil-hombre del rey, ni perdonar el apoteosis de J. J. y este por su parte lleno de horror por la sangre derramada habria sido por esta razon uno de los mas decididos anti-revolucionarios. Esta observacion es muy exacta y pinta fielmente el carácter de aquellos dos hombres. Mas ¿cual no seria la fuerza de talento de Rousseau para predecir la revolucion y sus crímenes? y ¡qué increible circunstancia contribuyó á que sus escritos aceleraran su fatal desarrollo!

Es de presumir que Rousseau llegó á prever otras muchas catástrofes. Me parece que si fuera lícito explicarme podria decir alguna cosa interesante sobre el particular. Si en Inglaterra llega á ocurrir una revolucion será totalmente distinta de la francesa, * porque atendiendo á razones, cuyo detalle seria demasiado largo, es de esperar que los partidos vendrian á parar en una guerra civil y no en una matanza sorda como en mi patria. Si la Inglaterra se libra de la suerte que le amenaza, tampoco será por demasiada prudencia ni justicia en el gobierno. Por lo demas la idea de J. J. acerca de que su discípulo aprendiera un oficio no es mas que

* Así debia ser porque en Inglaterra existia una aristocracia llena de poder, en tanto que en Francia habia esta clase perdido enteramente su prestigio. No solo se salvará la alta nobleza de Inglaterra mediante la justicia y la prudencia que les recomiendo, sino mejor aun poniéndose al frente de los siglos, y dando direccion como siempre lo han hecho á las sucesivas ideas. Así es que no habiendo nunca esas clases quedado atrás de las inferiores, conservan todos sus derechos y su natural superioridad. Tambien es preciso advertir que en Inglaterra no hay, excepto en las grandes ciudades, pueblo que se pueda llamar tal, pues todo está reducido á clientes y patronos como en la antigua Roma. Esto es causa de que casi sea imposible una revolucion popular. Cuando los proletarios ó jornaleros se sublevan, los propietarios toman las armas; algunos de los revoltosos pierden la vida y todo vuelve á su curso normal. (N. ED.)

Por fin Emilio llega á la edad de la razon, en la que va á revelársele la existencia de Dios. Un filósofo sensible sube una mañana á la cumbre de una alta colina, á cuyo pié pasa el Po, en tanto que el sol naciente proyecta la sombra de los árboles en el valle. Despues de algunos instantes de meditacion y recogimiento, inspirados por aquel magnífico espectáculo, y por la idea que dispierta acerca de la Divinidad, demuestra el vicario saboyano la existencia del gran Ser no con silogismos metafóricos, sino valiéndose de las sensaciones que abundan en su corazon. Un dios justo, benéfico y lleno de amor á los hombres, es el único Dios que reconoce Emilio. Confiesa que en los evangelios se encuentra una moral tierna y sublime, pero no ve en ellos mas que la mano del hombre. (a)

Tambien el amor ejerce sus derechos en el corazon del discípulo de Juan Jacobo; pero ha de ser inspirado por una mujer tal, cual su imaginacion enamorada de la virtud se complace en pintar. Al fin la encuentra en un retirado asilo. La modestia, la gracia y la hermosura brilian en la frente de Sofía. Emilio arde por ella, pero no puede alcanzarla. Su amigo le arranca de la embriaguez para hacerle recorrer la Europa. La pasion del jóven enamorado resiste al tiempo y á la ausencia; regresa, contrae himeneo con su querida, y es feliz (b).

¡Cómo! ¿Solo á eso se reduce el *Emilio*? A eso solo; pero hay que advertir que Emilio es tan superior á los hombres de su siglo, como los primeros romanos lo fueron respecto de nosotros. ¿Qué digo? Emilio seria el hombre por excelencia, porque es el hombre de la naturaleza. Su corazon no conoceria preocupaciones. Libre, valeroso, benéfico, teniendo todas las virtudes sin haberse gastado en esfuerzos para conseguirlas, no tiene mas defecto que el de hallarse aislado en el mundo, el tener que vivir como un gigante en nuestras mezquinas sociedades.

Tal es la famosa obra que precipitó los pasos de la revolucion francesa. Su principal defecto consiste en haber sido escrita no mas que para un reducido número de lectores. Alguna vez he visto el *Emilio* en manos de ciertas mujeres, y me ha causado risa el ver que buscaban en esa obra reglas para la educacion de sus hijos. Ese libro no es un libro práctico: seria imposible educar á un jóven bajo un sistema que exige el concurso de otras personas adornadas de virtudes cual no es posible encontrar; pero á los ojos de la sabiduría, ese escrito de Rousseau es como un tesoro. Tal vez no habrá en el mundo mas que cinco obras dignas de ser leidas, y el *Emilio* es una de ellas (c).

Incurriria por mi parte en una omision imperdonable, si concluyera este capítulo sin hablar de la influencia que el *Emilio* ha ejercido en el siglo actual. Me atrevo á asegurar, que causó una revolucion completa en la Europa moderna, y que constituye época en la historia de los pueblos. Desde que salió á luz esta obra, se alteró completamente el sistema de educacion en Francia, y sabido es, que alterar la educacion, es alterar la índole de los hombres. ¡Cuál debió ser el asombro de las naciones cuando Rousseau saliendo del oscuro círculo de las opiniones comunes vió mas allá de ese término la luz de la verdad; cuando derribando el edificio de nuestras ideas sociales demostró que nuestros principios y hasta nuestros sentimientos dependian de costumbres convencionales contraidas en el seno de nuestras madres, y que por consiguiente ni nuestros mejores libros, ni nuestras mejores instituciones no habian puesto de relieve la criatura de Dios, y que viviamos como en una especie de mundo imaginario! Grande, vuelvo á repetirlo, debió ser el asombro cuando aquel filósofo lanzó en medio de sus degenerados ciudadanos el hombre vírgen de la naturaleza (d).

No me es posible hacer esas reflexiones sin experimentar una sensacion de dolor. La profesion de fe del *Vicario Saboyano*, y los principios morales y políticos de esta obra, son el ariete que ha derribado el edificio de los gobiernos actuales de Europa, y particularmente el de Francia (e), del cual no existen ya mas que ruinas. De esto se deduce, que la verdad no es provechosa á los hombres malos; que debe permanecer sepultada en el seno del sabio, como la esperanza en el fondo de la caja de Pandora. Si yo hubiera vivido en tiempo de J. J., habria tenido un placer en ser discípulo suyo; pero hubiera aconsejado á mi maestro que guardara el secreto. En el fondo del sistema de misterios adoptado por Pitágoras y los antiguos sacerdotes del Oriente, hay mas filosofía que lo que vulgarmente se piensa.

CAPITULO XXVII.

COSTUMBRES COMPARADAS DE LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS Y DE LOS MODERNOS.

Si por sus opiniones han ejercido los filósofos antiguos y modernos una misma influencia sobre su siglo, no puede sin embargo decirse que sus pasiones ni sus costumbres han sido idénticas.

Nadie habrá que no haya oido hablar del tonel de Diógenes. Menedo de Lampsaco se presentaba en público con una túnica negra, y un sombrero de corteza de árbol, en el cual se veian grabados los doce signos del zodiaco: su larga barba bajaba hasta la cintura, y al mover sus piés calzados con el coturno trágico, se apoyaba en un garrote de fresno. Pretendia ser un espíritu evocado del infierno para predicar sabiduría á los hombres (1).

Habiendo caido Anaxarco, maestro de Pirron en un barranco, se negó terminantemente su discípulo á sacarlo, diciendo que toda cosa era indiferente en sí misma, y que lo mismo era vivir en un hoyo que en la superficie de la tierra (2).

Cuando Zenon andaba por la calle, sus amigos tenian que acompañarle, temerosos de que no se tomara la pena de evitar el choque de algun carruaje, ó de alguna caballería, pues en concepto de aquel filósofo no se debia dar un paso para evitar la fatalidad (3).

Demócrito se encerraba en las tumbas para dedi-

lo que contestaba Neron á los que criticaban el ardor con que se dedicaba á la música, en cuyo caso solia repetir la célebre frase griega: «*Un artista vive en todas partes*» Es singular por cierto que el pensamiento de un filósofo haya sido en este particular formulado por las palabras de un tirano.

(a) Esto es lo que yo en mi juicio general califico con el nombre de Sermon sociniano. (N. ED)

(b) Rousseau ha prodigado menos gracias á la esposa en el retrato de Sofía, que á la querida en la semblanza de Julia la índole de su talento se acomodaba mas al ardor de un enlace ilegítimo que á la castidad del vínculo nupcial. (N. ED)

(c) Eso es risible por lo muy exagerado. Vuelvo otra vez á remitir al lector á mis notas anteriores.

(d) No es un hombre *vírgen* lo que J. J. lanzó en medio de sus conciudadanos, sino un hombre imaginario fuera de relacion con todo lo que existia. Su *Emilio* no es mas que el sueño de un sistema, la hechura de un sofista, el ente ficticio que nada tuvo de realidad sino la hoz con que se presentó armado.

(e) En este pasaje no he podido menos de hacer justicia á los hechos; pero es tal mi afecto á Rousseau que me cuesta trabajo considerarlo como culpable, siéndome mas grato decir que han abusado de sus principios que me obstino en considerar como buenos, aun cuando me veo obligado á confesar el daño que han causado; preferiria condenar á todo el género humano antes que á Rousseau. ¡Qué fatuidad! (N. ED)

(1) SUID.; ATHEN., lib. IV, pág. 162.

(2) LAERT., *lib. in Pyrrhon.*

(3) *Id.*, *lib.* VII.

carse al estudio (1), y Heráclito pacía la yerba de los campos (2).

Queriendo Empedocles pasar por una divinidad, se arrojó al Etna; mas habiendo el volcan lanzado las sandalias de cobre del impío (3), quedó patentizada la supercheria. Muy ingeniosa es esta fábula de los griegos. ¿No querrá decir que los dioses saben castigar el orgullo del filósofo insensato revelando á la humanidad las partes mas viles y vergonzosas de su caracter (a).

Mas comedidos fueron por lo menos nuestros filósofos modernos. Cierto es, que Espinosa vivia en medio de sus perros, sus pájaros y sus gatos; cierto es, que J. J. vestia el traje armenio (b); pero ninguno de ellos iba por las plazuelas á predicar sabiduría a la canalla reunida, y dudo que nuestro populacho hubiera dejado en paz dentro de un tonel al que hubiese tenido la manía de no tener otra habitacion ¡Tan diferentes son nuestras costumbres de las de los antiguos!

No se pierda empero de vista, que si los sofistas de Grecia hicieron gala de tan extravagante modo de vivir, se diferenciaron asimismo de los modernos por la castidad y pureza de sus costumbres (c). Todos se dedicaron á las ocupaciones comunes de los ciudadanos, y como el último de estos soportaron trabajos en obsequio de la patria. Solon, Sócrates, Carondas y otros mil, ademas de ser filósofos, se distinguieron como guerreros. La frugalidad, el desprecio con que miraban los placeres, y todas las virtudes morales brillaron en su carácter.

Conduciéndose de muy diverso modo nuestros filósofos modernos, escribian sin salir de su gabinete libros sobre la guerra donde nunca habian estado; sobre el gobierno sin haber nunca tenido la menor parte en él; sobre el hombre en su estado natural, sin haberlo visto ni estudiado mas que tal vez en algun teatro, y despues de haber escrito rigurosas máximas contra el lujo, contra la corrupcion de la época, y contra el despotismo de los magnates, iban luego á adular á los poderosos en los círculos sociales, á sobornar la esposa del vecino, y á participar de todos los vicios del mundo.

Viejo loco, viejo bribon, «decia Diderot apostrofándose á sí mismo, á la edad de 72 años, y hallándose enamorado de todas las mujeres» ¿cuando cesarás de exponerte á la vergüenza de una negativa ó á la de hacer un papel ridículo? (4)

«Vuestro paraiso, decia madama de Rochefort á Duclos, puede componerse de pan, de vino, de queso y de la primera mujer que se os presente á la vista (5).»

Helvecio, que por otra parte era un buen sugeto y hombre honrado (es preciso volver á dar á esta palabra ya gastada su primitivo valor), hacia que su ayuda de cámara le llevara todas las noches una nueva mesalina que el diligente criado se esforzaba por encontrar entre las honradas clases del pueblo. Segun dicen, ni madama de... pudo librarse de las caricias del viejo de Ferney, cuya inmoralidad es ademas de esto bien conocida (6) (d).

He oido á Chamfort referir una curiosa anécdota acerca de J. J. Decia haber visto cartas del filósofo ginebrino á una mujer, en las que empleaba toda la seduccion de su elocuencia para probar que el adulterio no es un crimen. Deseais descifrar el misterio de esas cartas, decia Chamfort, pues no es mas sino que el defensor de las buenas costumbres estaba enamorado.

Por último, nadie ignora que las manos del gran canciller Bacon no eran muy puras; que Hobbes aquel filósofo tan audaz en sus escritos, no pudo resignarse á morir (7), ni que exceptuando Fenelon y Catinat, los filósofos de nuestros dias (e) se diferenciaron completamente de los antiguos sabios de la Grecia por lo tocante á las costumbres.

¡No quiera Dios que sea yo quien rebele las torpezas de aquellos hombres eminentes (8), por efecto de una maliguidad agena de mi corazon! A pesar de tantas debilidades, todavía los considero como los hombres mas honrados de nuestro siglo; ninguno de los que criticamos su conducta valemos en el fondo del corazon la mitad de lo que valió cada uno de ellos; pero contra mi natural inclinacion me he visto obligado á poner de relieve estas diferencias porque de ellas espero deducir verdades esencialmente útiles al objeto de este *Ensayo*.

Resulta, pues, de cuanto acabamos de decir que los antiguos viviendo mas íntimamente en el mundo, y segun el mundo han debido pintar mas á lo vivo la sociedad y conocer mejor las pasiones y los resortes de estas, y que por lo tanto sus escritos, como mas calcados en el espíritu del siglo, han debido ejercer una influencia mas enérgica sobre sus contemporáneos que los libros de Platon y Aristóteles. Asi es que efectivamente vemos que han trascurrido entre la ruina de las costumbres en Francia y el reinado de los Enciclopedistas (f), menos años que los que mediaron en Grecia desde la destruccion de los principios y el triunfo de los sofistas. Pero unos y otros consiguieron trastornar del todo las leyes y opiniones de sus respectivos paises. El lector puede ahora fijar su mente

(1) *Id., lib.* IX., *in Demet.*
(2) *Id., Ibid., in Heracl.*
(3) *Id.*, lib. VIII; LUCIAN.; ESTRAB., lib. VI; HORAT. *Ars Poet.*
(a) No cabe duda de que en esta obra me manifiesto muy apasionado á la libertad y muy poco á los filósofos de los cuales no dejo de burlarme bastante tal vez en este pasaje. (N. ED.)
(b) J. J. llevaba ese traje por necesidad; pero bien hubiera podido en mi concepto elegir otro, menos notable. (N. ED.)
(c) No Diógenes por lo menos. (N. ED.)
(4) CHARAF., *Pens., Máx.*
(5) *Id. Ibid.*
(6) No hago mencion de las inmundas novelas debidas á la pluma de la mayor parte de los filósofos.
(d) Puesto que tengo valor para escribir una página semejante tengo que decir que los hechos que en ella se mencionan quedan aun muy atrás de la verdad. Todas las memorias publicadas despues de la aparicion de esta obra nos demuestran que los filósofos del siglo XVIII fueron altamente miserables por sus costumbres. Pueden verse esos escandalosos detalles en los escritos de Grimm, de madama d'Epinay, de los secretarios de Voltaire etc. Las costumbres de nuestros reformadores literarios nada tenian que echar en cara á las de los cortesanos contra quienes declamaban con tanto ahinco, ni en las Memorias de Besenval y de Lausun se encuentra nada mas inmoral que lo que acabo de citar. La sociedad estaba en completa disolucion: nada tenian que envidiar en cuanto á costumbres los filósofos que suspiraban por la revolucion, ni los cortesanos que la temian. (N. ED.)
(7) HUMES *Hist. of Engl.*, tom. VII, pág. 346; BAYLE, *Art. Hob.*
(e) ¿Qué extraña aberracion me hizo remontar hasta Bacon, Fenelon y Catinat al hablar de los filósofos de nuestros dias? (N. ED.)
(8) ¡*Aquellos hombres eminentes*! ¿Me referiré sin duda á Diderot y d'Alamber? Protesto contra mi humildad y creo valer tanto como cualquiera de *los hombres mas honrados de nuestro siglo*. (N. ED.)
(f) No me he reconciliado con los filósofos del siglo XVIII y hago muy bien de tratarlos como los trato en esta obra. No puedo sufrir hombres que se imaginen dar libertad á un pueblo., *ahorcando el último rey con los intestinos del último sacerdote*, y que para el triunfo de las luces quieren sustituir la lectura de alguna asquerosa novela á la del Evangelio. Veo con placer que semejantes hombres van diariamente desacreditándose en concepto de la juventud y creo que esto será un bien para el porvenir. La incredulidad no pasa ya por prueba de energia de ánimo, ni de independencia de carácter. La supersticion desagrada, la hipocresia es mirada con horror; pero el siglo rechaza simultáneamente las torpezas irreligiosas y el fanatismo filosófico. Se trata ya á la libertad, con el decoro debido sin exigir que sea una impía ó una prostituta. (N. ED.)

en la investigacion de la influencia de los filósofos griegos sobre su siglo, y la de los modernos sobre el nuestro.

CAPITULO XXVIII.

INFLUENCIA DE LOS FILÓSOFOS GRIEGOS DEL TIEMPO DE ALEJANDRO SOBRE SU SIGLO, Y DE LOS MODERNOS SOBRE EL NUESTRO.

Mucho interés ofreceria la cuestion de saber de qué manera influye la filosofía en el corazon humano; si produce mas bienes que males, ó por el contrario no hace mas que aumentar nuestras naturales miserias; indagar cómo promueve las revoluciones y en qué sentido las determina, y por último demostrar hasta qué punto podria ser feliz un pueblo que no se gobernara sino con arreglo á los sistemas filosóficos.

Pero no abrazaremos esa cuestion en toda su latitud, porque nos obligaria á salir del límite de nuestro propósito, y por lo tanto solo consideraremos la filosofía bajo el punto de vista de la influencia que ejerció en Francia y Grecia, limitándonos á la política y á la religion. Un ensayo no es mas que un libro que encierra el gérmen de otros libros, y su bondad depende del mayor número de embriones de obras que lleva consigo. Por otra parte, es tan vasto el asunto de que trato, y mis talentos son tan limitados que forzosamente he de procurar circunscribirme: ademas el tiempo no se precipita, y yo principio á sentirme cansado.

CAPITULO XXIX.

INFLUENCIA POLÍTICA.

Considerable es la influencia que se nota entre la edad filosófica de Alejandro y la nuestra, examinadas por el lado de su influencia política. Los diversos escritos que acerca del gobierno circularon por Grecia en aquella época, dieron la señal de una revolucion completa en las constituciones de los pueblos. El Oriente cambió sus instituciones despóticas en monarquías mas templadas, en tanto que las repúblicas griegas volvieron á ponerse bajo el yugo de los tiranos.

Los escritos de nuestros publicistas modernos han producido por el contrario una revolucion diametralmente opuesta. Sobre las ruinas de los tronos se han erigido Estados democráticos, y esta diferencia se deriva precisamente de una posicion relativa diversa en aquellos y estos tiempos.

Cuando Platon y Aristóteles dieron á luz sus *Repúblicas*, estaba todavía gobernada la Grecia por esa forma de gobierno. El discípulo de Sócrates y el Estagirita nada de nuevo enseñaron á los pueblos. ¿No tenian estos las leyes de los Solones y Licurgos? Aquí tenemos que penetrar en los repliegues del corazon humano. ¿Cuál fue la clase de gobierno que los filósofos legistas de Atenas proclamaron como mejor en sus escritos? La monarquía. ¿Por qué? Porque les eran ya notorios los inconvenientes del gobierno popular; pero no, será mejor decir que no clamaron por la monarquía sino porque tenian república. El estado en que vivimos siempre nos parece el peor, y mil pequeñas rastreras pasiones que no nos atrevemos á confesar, nos hacen criticar o aborrecer continuamente las instituciones de nuestra patria. Si descendieramos mas á menudo al fondo de nuestra conciencia para analizar las vehementes pasiones de patriotismo y de libertad que nos fascinan, tal vez llegariamos á descubrir nuestra propia supercheria. Al tocarlas con el anillo de la verdad veriamos acaso á esas hechiceras perder, repentinamente, como la Maga de que habla el Ariosto, sus prestados encantos y aparecer bajo la forma natural y repugnante del interés, del orgullo y de la envidia (a). Esa es la clave de las revoluciones. Los escritos de aquellos célebres varones debieron influir poderosamente en la opinion de los que hallándose al frente de los Estados tenian mucho poder para alterar sus formas. En vano clamó Demóstenes contra Filipo: á pesar de sus invectivas hubo muchas personas en Atenas que creyeron que su gobierno no seria tan malo como lo pintaba aquel orador. Sus preocupaciones contra los reyes se habian ido mitigando por la lectura de las obras políticas, hasta el punto de someterse de allí á breve tiempo la Grecia casi espontáneamente á la autoridad real.

Pero Juan Jacobo, Mably y Raynal, encontraron al hacer resonar la trompeta republicana á la Europa dormida á la sombra de los tronos.

Fijáronse los ojos del pueblo al dispertarse en libros que no predicaban mas que cambios é innovaciones, y la mente se vió arrastrada por un torbellino de nuevas ideas. La relajacion de costumbres, el entusiasmo por la novedad, la envidia de los pequeños y la corrupcion de los grandes, el recuerdo de las arbitrariedades de la monarquía, y sobre todo el furor de sistemas que habia cundido hasta en los mismos que rodeaban el trono, contribuyeron poderosamente á dar accion á la influencia del partido filosófico é hicieron que la Francia se precipitara en una revolucion republicana. Pues, por el mismo motivo que los publicistas griegos encomiaron el gobierno monárquico, celebraron (b) los publicistas franceses la constitucion democrática.

De manera que la influencia política de los filósofos del tiempo de Alejandro y la de los de nuestro siglo, han obrado en el sentido mas contrario produciendo, allí la monarquía, y aquí la república; pero debemos proceder con pulso al admitir esas verdades.

Distínguese Francia actualmente por las formas llamadas democráticas. ¿Las conservará mucho tiempo? Eso es lo que importaria saber (c). Si examinamos esta cuestion bajo el punto de vista de las costumbres, veremos que las del pueblo griego cuando ocurrió la revolucion de Alejandro, estaban poco mas ó menos en el mismo grado de corrupcion que las de Francia al instituirse en república: luego si tales costumbres causaron en Atenas la esclavitud, ¿qué podrá prometerse de ellas la Francia aunque vayan autorizadas por un libro mas ó menos importante de algun filósofo? ¿podrá crerse que las causas que mataron la libertad en Atenas la sostendrán en París (d)?

Pasemos á tratar de la influencia religiosa de los filósofos. No juzgo necesario advertir al lector que la religion y la política marchan tan de consuno que muchas de las cosas que he suprimido en este artículo y encontrará en el siguiente, pudieran tener cómodamente lugar en el artículo que acabo de escribir.

CAPITULO XXX.

INFLUENCIA RELIGIOSA.

Sobre este particular ha sido absolutamente idéntica

(a) Esto es cierto tratándose de individuos en particular, pero no lo es hablándose de naciones. (N. ED.)

(b) Eso es atribuir á una causa demasiado pequeña, efectos demasiado grandes; es decir que las revoluciones que han cambiado la faz del mundo no son hijas mas que de un impulso de mal humor, ó de espíritu de contradiccion, siendo así que por el contrario las causas reales de aquellas revoluciones provinieron del cambio que gradualmente se fue verificando en las creencias políticas y religiosas. (N. ED.)

(c) No tardó mucho en saberse: la democracia francesa engendró el despotismo militar y de este á su vez nació la monarquía constitucional, especie de gobierno que consiste en la oportuna alianza del órden que trae consigo el poder real y la libertad que produce el poder popular. (N. ED.)

(d) No deja de ser vicioso este modo de discurrir por la insostenible y obstinada comparacion entre el órden político y moral de los pueblos antiguos y el órden político y moral de los pueblos modernos. (N. ED.)

la influencia ejercida por los escritos de los filósofos griegos y latinos en sus respectivas épocas. Destruyeron el culto de la patria propalando el sistema de dudas y el ateismo, y llevaron á cabo las dos mas violentas revoluciones que han dejado estampadas sus huellas en la historia. Igual causa, esto es, la alteracion de los principios religiosos puede tambien asignarse en parte al derrocamiento del coloso romano. Consumaron esa alteracion por medio de las sectas dogmáticas de Atenas, y sabido que ese mismo cambio de ideas religiosas en el pueblo, es lo que en nuestros dias ha producido los trastornos de Francia y renovará dentro de poco tiempo la faz de Europa. Voy á tratar de concentrar todas mis fuerzas para concluir este *Ensayo* con la explanacion de un asunto de tamaño interés, y para conseguirlo es preciso presentar la historia del politeismo y de la religion de Jesucristo. No fije en estas páginas los ojos quien se halle muy apegado á sus preocupaciones: no trate de leerlas quien no tenga un corazon sincero y sencillo. Vamos á poner las manos en el velo que cubre al Santo de los Santos, y nuestras investigaciones exigen como condicion precisa la concentracion religiosa, la sublimidad de la filosofía y la pureza de la virtud (a).

CAPITULO XXXI.

HISTORIA DEL POLITEISMO, DESDE SU ORÍGEN HASTA LA ÉPOCA DE SU MAS ALTO ESPLENDOR.

Hay un Dios. Bendícenlo las yerbas del valle y los cedros del Líbano; el insecto murmura sus alabanzas, y el elefante lo saluda al nacer el nuevo dia; las aves celebran su gloria cantando entre el follaje, el viento repite su nombre al agitar los bosques; el rayo y el trueno son humildes señales de su omnipotencia, y el Océano anuncia su inmensidad: solo la ignorancia del hombre ha podido decir en su corazon: No hay Dios.

Quien tal haya podido decir ¿no habrá, pues, en medio de sus infortunios elevado los ojos al cielo? ¿No se habran nunca paseado sus miradas por aquellos estrellados espacios donde los mundos estan hacinados como las arenas en las playas de los mares? Por lo que á mi toca, he visto, y es muy suficiente; he visto el sol suspendido en las puertas del ocaso, envuelto en celajes de púrpura y oro, en tanto que la luna en el opuesto horizonte, se iba remontando como una lámpara en un oriente azul. Los dos astros confundian en el zenit sus tintas de albayalde y de carmin. El mar multiplicaba la escena del astro que aparecia en su oriente, con pabellones de diamantes, y la pompa del que llegaba á su ocaso brillaba en las olas teñidas de carmin. Las hondas tranquilas y suavemente encadenadas entre sí, venian á espirar á mis piés sobre la playa, y los primeros silencios y los últimos rumores del dia luchaban en las colinas, en la orilla de las corrientes, en las selvas y en los valles (b).

Oh tú, á quien no conozco, cuyo nombre ignoro, cuya morada me es desconocida, invisible arquitecto de este universo, tú que me has dado un instinto para sentir tu existencia, y me has negado una razon para comprenderte, ¿será posible que no seas mas que un ser imaginario, sueño dorado del infortunio? ¿Se disolverá mi alma asi como el polvo de mi cuerpo? ¿Será la tumba un abismo sin salida, ó el pórtico de una nueva existencia? ¿No habrá colocado la naturaleza mas que por un efecto de cruel compasion, la esperanza de mejor vida en el corazon del hombre, al lado de las humanas miserias? Perdona mi debilidad, Padre de las misericordias; no, no dudo de tu existencia. Bien sea que me hayas destinado á una carrera inmortal bien sea que todo esté reducido á pasar y á morir, adoro en silencio tus decretos, y tu insecto confiesa tu divinidad. (c)

Cuando el hombre salvaje, que andaba errante por los bosques, hubo satisfecho las primeras necesidades de la vida, sintió no sé que vaga necesidad en su corazon. El arroyo que se despeñaba, el susurro del viento, todos aquellos armoniosos sonidos que exhala la naturaleza y por los cuales podria uno imaginarse que oye brotar los gérmenes en el seno de la tierra, y crecer y desarrollarse las hojas de los árboles, le pareció que dependian de aquella necesidad misteriosa, de aquella causa oculta. La casualidad enlazó esos efectos locales con algunas circunstancias adversas ó favorables de sus cacerías: chocáronle tambien al mismo tiempo las situaciones relativas de un objeto ó de un color, y de aquí nacieron el *Manitú* del habitante del Canadá y el *Fetiche* del Negro, primitivo elemento de todas las religiones.

Una vez establecida esta base del culto, surgieron de tropel todas las supersticiones humanas. No tardaron los afectos del corazon en ser simbolizados bajo la forma de los mas amables de los dioses: el salvaje al elevar el *monte* de la tumba á su amigo, y la madre al entregar á la tierra el cadáver de su niño, vinieron anualmente al caer las hojas del otoño, el primero á humedecer con sus lágrimas, y la segunda á derramar leche de su seno sobre el sagrado césped. Ambos creyeron que lo que tanto habian amado no podia ser insensible á sus recuerdos: no pudieron concebir, que aquellos seres ausentes tan echados de menos, y tan vivos continuamente en su imaginacion, hubiesen dejado de existir de un modo absoluto, ni que alguna vez no vinieran á reunirse con aquella otra mitad de su alma, á quien tan amargas lágrimas costaban. Sin duda la Amistad deshecha en llanto sobre una tumba, fue la que imaginó el dogma de la inmortalidad (d) del alma y la religion de los sepulcros.

En tanto el hombre, saliendo del fondo de los bosques, se asoció á sus semejantes. Algunos individuos laboriosos favorecidos por incidentes casuales, inventaron los primeros rudimentos de las artes, y la gratitud pública los elevó al rango de dioses. Sus nombres, al pasar por las diversas tribus, fueron perdiendo su primitivo sonido hasta quedar completamente alterados en la pronunciacion de idiomas extranjeros. Asi es que el Thot de los fenicios, es el mismo que el Heri

(a) ¿No me parezco á un hombre que hallándose á punto de cometer una gran falta, procura justificarse haciéndola pasar por una accion meritoria? ¿Con qué derecho invocaria yo la religion, la filosofía y la virtud cuando con la mas temeraria mano iba á tratar de conmover las bases del órden social? Y sin embargo es cierto que en esas mismas páginas rechazo con horror el ateismo y que en mis discursos, que si estan faltos de prudencia, no carecen de intencion, anuncio que *la faz de la Europa se renovara dentro de poco tiempo*. (N. ED.)

(b) En el *Genio del Cristianismo* he reproducido esas mismas imágenes y descripciones pero con mas pureza y correccion. (N. ED.)

(c) Al principio de este párrafo dudo de la existencia de Dios, á los pocos renglones se disipa la duda y por último me conformo en tener ó no tener un alma, para manifestarme sumiso á los decretos de la Divinidad. Mi respeto á Dios raya tan alto que consiento en hacerme materialista. ¡Qué excelente deista! ¡Qué lógico y concluyente es todo en esa filosofía de colegio!

Nada tengo que decir mas sobre este particular sino que hace ya tiempo que refuté estos errores y que para oponerme á esta última parte del *Ensayo* escribí el Genio del Cristianismo. (N. ED.)

(d) He aquí poco mas ó menos el mismo texto purificado de su filosofismo. «Tristes serian los últimos deberes que se tributan á los hombres si estuvieran despojados de los signos de la religion. La religion ha debido nacer entre tumbas, pues estas no pueden pasar sin ella: es hermoso que el grito de esperanza se eleve del fondo del sepulcro y que el sacerdote del Dios vivo escolte hasta el monumento fúnebre la ceniza del hombre; pues al verlo podria decirse que es la inmortalidad que marcha al frente de la muerte.» (*Genio del Crist.*, part. IV. lib. II, cap. 1.°) (N. ED.)

mes de los egipcios, y el Mercurio de los griegos. (1) Los legisladores famosos por su sabiduría, y los guerreros coronados por la victoria, Júpiter, Minos y Marte, se remontaron al Olimpo. Las artes sociales desarrollaron nuevas pasiones, dando lugar á que cada cual deificara sus propias debilidades, sus virtudes ó vicios: el voluptuoso erigió altares á Venus; el filósofo, á Minerva; y el tétrico tirano sacrificó á las deidades infernales (2). Por otra parte, algunos ingenios favorecidos del cielo, algunas almas sensibles á los encantos de la naturaleza, como un Orfeo, un Homero, aumentaron el número de los habitantes de las celestiales moradas. Sus pinceles transformaron los incidentes de la naturaleza en espíritus celestes: en el límpido cristal de las fuentes, se imaginaron ver una Driada: las Floras, las del vuelo rápido, abrieron las puertas del dia; la Aurora tiñó de carmin sus dedos y recogió sus lágrimas (perlas) en las hojas de las flores humedecidas por la frescura de la mañana. Apolo subió á su carro de fuego, el Céfiro al verlo se refugió en los bosques; Tetis volvió á entrar en sus húmedos palacios (3), y Venus, tan amiga de la sombra y del misterio, se retiró en brazos del gallardo cazador, Adonis (4) y con las gracias al fondo de las florestas.

No faltaron hombres astutos que echando de ver esa tendencia de la naturaleza humana á la superstición la explotaron en provecho suyo. Instituyéronse sectas sacerdotales, que se creyeron altamente interesadas en extender mas y mas el velo del error. Los filósofos aprovecharon esas ideas del pueblo para santificar las buenas leyes con el sello de la religion (5); y el politeismo, consagrado por el tiempo, embellecido con el encanto de la poesía y la pompa de las solemnidades, favorecido por las pasiones del corazon y la astucia de los sacerdotes, llegó en tiempo de Aristides y Temístocles á su mas alto grado de influencia y solidez.

CAPITULO XXXII.

DECADENGIA DEL POLITEISMO ENTRE LOS GRIEGOS, OCASIONADA POR LAS SECTAS FILOSÓFICAS Y OTRAS VARIAS CAUSAS.

Pero en tanto que el politeismo veia multiplicarse sus templos, se habia ido desarrollando un elemento de destruccion que germinaba en su propio seno. Los discípulos de Tales y Pitágoras iban siendo cada vez mas numerosos. Los estragos de la peste, y las calamidades de la guerra del Peloponeso, habian insensiblemente contribuido á la relajacion de los vínculos sociales. Por último, la filosofía, que durante mucho tiempo habia andado ocultándose entre las sombras, apareció sin misterios á la luz del dia. Platon, Aristóteles, Zenon, Epicuro y otros mil, enarbolaron el estandarte contra la supersticion religiosa de su país, y levantaron las aras del materialismo y ateismo. Es de suponer que el lector no habrá echado en olvido los sistemas de estos filósofos. ¿Qué cosa podia haber mas opuesta que dichos sistemas á las opiniones que entonces dominaban acerca de la naturaleza de los dioses? ¿No conmovieron hasta en su base el edificio religioso de la Grecia? ¿Y á qué fin hicieron alarde de tanto frenesí contra el culto de su patria? ¿Valian mas por ventura los *átomos*, un *mundo de ideas* y el *encadenamiento de los seres*, que un Júpiter que daba castigo al crímen, y remuneracion á la virtud? ¡Qué limitada, qué nula es la filosofía, de semejantes sistemas!

Los poetas imitando á los sofistas se atrevieron á presentar en el teatro principios metafísicos (6). Los sacerdotes y los magistrados hicieron algunos esfuerzos para detener el torrente: obligaron á los autores dramáticos á retractarse: muchos filósofos pagaron su temeridad con el destierro y algunos hasta con la última pena (7). Mas no hubo remedio: sus prosélitos llegaron á ser tan numerosos que pudieron burlarse de toda persecucion. Otro tanto ha sucedido exactamente entre nosotros, y en ambos casos se ha consumado una total revolucion: siempre que se altera la religion de un Estado debe necesariamente suceder lo mismo respecto de la institucion política (a). Vemos por el ejemplo de la Grecia hasta qué punto puede el espíritu sistemático ser perjudicial á los hombres: no podian los sectarios de aquellos filósofos valerse, asi como los nuestros, del pretexto de las malas instituciones políticas de su país, puesto que aun estaban en su vigor las leyes de los Solones y Licurgos; mas no por eso levantaron mano de la empresa hasta dar al traste con el edifico social. Nunca faltan hombres que á toda costa se empeñan en causar mucho estrépito. Al autor de un sistema le importa muy poco el daño que pueda causar con tal que espere conseguir alguna celebridad. A trueque de no pasar por tontos no les importa el parecer malvados (b).

Los cambios políticos y morales atacaron tambien simultáneamente á los principios fundamentales del politeismo. Habiendo quedado ya los pueblos sometidos á sus nuevos señores no tuvieron un interés nacional en ir á consultar á Delfos. ¿Qué podia importarles que el oráculo dijera que Alejandro, Antipater, Demetrio, ú otro tirano seria el que habia de gobernarles? Por su parte los tiranos confiando en sus propias fuerzas y conociendo la corrupcion de aquellos pueblos no se tomaban tampoco la molestia de enviar ricos presentes al oráculo, y por último echando de ver que ya no les era necesaria la supersticion, se desprendieron de ella y abrazaron el filosofismo. De manera que el antiguo culto de la patria fue debilitándose cada vez mas, y mas, y llegó á no tener mas sosten que la solemnidad, y aparato exterior de las festividades: á proporcion que el ardor religioso se iba entibiando quedaba mas sensiblemente puesta en evidencia su absurda doctrina. La ambigüedad de la respuesta de un oráculo no daba ya como en otro tiempo testimonio de la magestad del Dios que la habia dictado, sino de la superchería del sacerdote: el pueblo se reia cuando las circunstancias desmentian la verdad de la prediccion del oráculo, y finalmente la explicacion de los fenómenos de la naturaleza por medio de las ciencias exactas

(1) SANCONIATON, *apud* EUSEB.
(2) APOLLONIUS etc.
(3) HOM., *Iliad.*; HEROD., *Theog Poes* etc.
(4) BION., *apud Ret. Minor. Eprœ.*
(5) PHUCYD., PLUT., HERODOT., etc.

(6) EURIPID., ARISTOPH.
(7) JENOFONTE., *Historia de la Grec.*, PLUT., *Mor.*; PLAT., *in Phœd.*; LAERT.; etc.

(a) Eso es muy cierto, y por ahí puede verse como yo lo predije mucho antes de los escritores que de la alianza de la religion y la política han tratado de hacer un argumento para atacar nuestra forma actual de gobierno. Los tales escritores han invertido el axioma diciendo: Cuando la constitucion de un Estado cambia, sucede tambien necesariamente lo mismo respecto de la religion; de manera que por habérsenos dado una monarquia constitucional no habrá mas remedio que venir á ser protestantes: este es un axioma tan absurdo lógicamente hablando, como falso en el terreno de la historia. (N. ED.)

(b) Nada puede haber mas extraño que la intencion que me animaba al referir todo esto. Por una parte aceptaba en algun modo las opiniones de los filósofos contra los cuales voy declamando, y al paso que adoptaba interiormente sus doctrinas filosóficas, me indignaba exteriormente de la aplicacion que de ellas hicieron. ¿Qué será pues lo que yo queria? ¿Que hubieran los filósofos sido hipócritas é impíos á un mismo tiempo? Creo que no, y sin embargo esa seria la única consecuencia que podria inferirse de mi amor á sus doctrinas, y mi odio á sus personas. La realidad es que yo en aquel tiempo no era mas que un aprendiz de sofista, cuyas ideas y sentimientos opuestos entre si producian esas miserables incoherencias. (N ED.)

acabó de destruir el prestigio y de expulsar del Olimpo á unos seres imaginarios que solo habian debido su existencia á los sueños de la ignorancia. En ese estado de decadencia se hallaba el politeismo en Grecia cuando los romanos sometieron la tierra al yugo de sus armas. Las religiones deben su orígen á nuestro temor y á nuestras debilidades, se aumentan por el fanatismo y mueren por la indiferencia (a).

CAPITULO XXXIII.

EL POLITEISMO EN ROMA HASTA EL CRISTIANISMO.

Al quedar convertida la Grecia en una mera provincia romana principió el período de decadencia. El espíritu filosófico emigró á la capital del mundo y no tardó en contagiar á las personas mas notables de ella (1) Los Catones, y los Brutos pusieron en práctica sus virtudes: los Lucrecios y Cicerones explanaron sus sistemas, y los Tiberios y Nerones se encenagaron en sus vicios.

Otra causa peculiar á los romanos contribuyó tambien á la caida del politeismo, y fue el haber admitido dioses extranjeros en el Panteon nacional : la confusion introducida en los objetos del culto debilitó la religion en los corazones. De allí á poco los romanos plagados ya de vicios, aun subsistiendo la república, cayeron en la apatía respecto del culto Solo pueblos ó muy libres, ó muy esclavos son los esencialmente religiosos. Los primeros parece que por sus virtudes se acercan hácia la Divinidad, los segundos se guarecen al pié de las aras por el instinto de sus infortunios. El hombre de bien y el desgraciado rara vez son incrédulos, pero el vicioso lo es siempre (b).

Este era el estado del politeismo cuando apareció en el Oriente un hombre (c) extraordinario, y como el principio del cristianismo debe considerarse como término final del culto de los dioses, en lo sucesivo encontrará el lector la historia de este mezclada con la de aquel.

CAPITULO XXXIV.

HISTORIA DEL CRISTIANISMO DESDE EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO HASTA EL MOMENTO DE SU RESURRECCION (2).

Habia un pueblo mirado con horror por las demás naciones, un pueblo esclavo y cruel que no podia gloriarse de haber dado la existencia á ningun hombre célebre, no siendo á cierto legislador, á un rey y á algunos poetas de ingenio sublime. El Dios de Sinaï era el Dios de ese pueblo. No era ese Dios, como el Júpiter de los Griegos una encarnacion de las pasiones humanas, sino una Divinidad terrible y sublime, que entre todas las ciudades de la tierra habia elegido á la ciudad de Jacob para ser adorado.

Entre ese pueblo judío el Eterno habia dicho que una vírgen de la casa de David quebrantaria la cabeza de la serpiente y daria á luz un hombre Dios. A pesar de esa prediccion el tiempo iba andando, Jerusalen gemia bajo el yugo de Augusto y el gran monarca tan deseado, no acababa de parecer.

De repente se divulga el rumor que el Salvador ha venido al mundo en la Judea. No ha sido envuelto al nacer entre paños de púrpura, antes por el contrario ha visto la luz en un miserable asilo de la indigencia; nadie ha anunciado á los grandes y poderosos de la tierra su venida al mundo, pero los ángeles la han revelado á los humildes y sencillos de corazon: no han ido los potentados de la tierra á dar testimonio de su nacimiento al pié de su cuna; pero se ha convertido ya en centro de una multitud de desgraciados : de manera que por aquel primer acto de su vida el recien nacido se ha declarado con preferencia Dios de los miserables.

Si la moral mas pura y el corazon mas tierno, si una vida pasada en combatir errores y aliviar miserias, dándola por último en testimonio de la de la verdad son los verdaderos atributos de la Divinidad, ¿quién será el temerario que niegue la de Jesucristo? Ejemplar modelo de todas las virtudes, la amistad lo ve alguna vez dormido en el seno de Juan ó le oye encomendar á su madre á ese discípulo querido; la tolerancia lo admira enternecida en el juicio de la mujer adúltera; la piedad lo encuentra bendiciendo constantemente el llanto del desgraciado; su inocencia y candor se revelan espléndidamente en su amor á los niños; la fuerza de su alma brilla en medio de los tormentos de la cruz, y su postrer suspiro, entre las angustias de la muerre es un suspiro de misericordia.

CAPITULO XXXV.

INCREMENTO DEL CRISTIANISMO HASTA CONSTANTINO.

Habiendo el Cristo mediante su gloriosa ascension desaparecido de la vista de los hombres fueron sus discípulos dotados de su espíritu y se diseminaron por las inmediatas regiones desde las cuales no tardaron en pasar á Grecia y á Roma. Hemos visto ya las diversas razones que de comun concierto conspiraban á debilitar en aquella época el culto de Júpiter, ¡cuál seria la admiracion de aquellos pueblos cuando los apóstoles que venian del Oriente empezaron á cautivar su razon refiriendo los prodigios que habian visto, y consolando su corazon con el mas amable de todos los sistemas morales! Hallábanse oprimidos de la tiranía y la nueva religion no predicaba mas que igualdad; sufrian dura esclavitud y el nuevo Dios de paz amaba con preferencia á los que lloraban ; gemian abrumados por el pesado cetro de la tiranía, y el apóstol cantaba *deposuit potentes de sede et exaltabit humiles*. En fin Jesús habia sido pobre como ellos y prometia un asilo á los miserables en el reino de su padre. ¿Qué divinidad del paganismo podia contrabalancear en el corazon del débil y del desgraciado al nuevo Dios que los apóstoles ofrecian á su veneracion? ¿Qué podia prometerse el oscuro individuo del pueblo de unos campos Elíseos donde solamente figuraban héroes y reyes?

Tales fueron los grandes medios que contribuyeron á la propagacion del cristianismo ; y no debe perderse de vista que por de pronto no se introdujo mas que en las clases menesterosas de la sociedad. No tardaron los discípulos en rennir numerosos prosélitos, que acabaron de aumentarse mediante la persecucion. Los primitivos cristianos, burlando la celosa vigilancia de sus verdugos, se sustraian del patíbulo, afirmándose cada vez mas en sus creencias. Poderosos son los encantos de una religion cuando prosternándose al pié de los altares en medio del pavoroso silencio de las catacumbas, oculta de las humanas miradas su Dios perseguido, en tanto que un venerable anciano que ha podido salvarse de mil peligros y ha sido tal vez alimentado por la piedad allá en el fondo de alguna cavidad subterránea celebra al resplandor de las antorchas ante un reducido número de fieles, mis-

(a) Todo esto es exacto refiriéndose al politeismo. (N. ED.)

(1) Era ya conocida antes de esta época la filosofía en Roma, como lo atestigua Ciceron en el principio del libro IV de las *Tusculanas*, hablando de su Amafanius que escribió sistemas filosóficos y reunió numerosos prosélitos Pero no sé de donde sacó Ciceron que este Amafanius hubiese enseñado el sistema de Epicuro pues sobre este particular guarda el autor un profundo silencio. (N. ED.)

(b) Vuelven á campear mis buenos instintos en medio de todas esas locuras. (N. ED.)

(c) Poco ha durado la inspiracion de mi buen instinto. (N. ED.)

(2) No marco las fechas porque estan anotadas en el capítulo de los filósofos modernos.

terios rodeados por todas partes de peligros y de muerte.

La sangre de los mártires, los milagros hechos en presencia del pueblo, los vicios de los Nerones (1) y Calígulas contribuyeron eficazmente á propagar la nueva doctrina. Cansados los emperadores de haber hecho inútiles esfuerzos por destruirla, trataron de utilizarse de ella. Constantino enarboló el estandarte de la cruz, y los dioses del paganismo cayeron derrocados del Capitolio (2).

CAPITULO XXXVI.

CONTINUACION DESDE CONSTANTINO HASTA LOS BÁRBAROS.

Tan luego que la religion cristiana se vió sólidamente arraigada se dividió en una multitud de sectas (3). Vióse entonces por primera vez un espectáculo que nunca habian los siglos anteriores presentado, hombres que se arrojaban á todos los desvaríos de la religion, y se perseguian cruelmente entre sí por palabras cuya significacion ignoraban. En medio de esas alternativas los sacerdotes empezaron á adquirir una influencia á que nunca los del paganismo habian podido llegar y fueron estableciendo las bases de la grandeza de los papas.

Juliano quiso hacer un postrer esfuerzo en favor de los dioses del paganismo. Apostató de la religion de Cristo, y como guerrero, como político y como filósofo creyó tener razones para oponerse á sus progresos. Sabia muy bien aquel emperador que donde quiera que una religion se establece, el Estado está inmediatamente dispuesto á una revolucion inevitable; pero Juliano se engañó en cuanto á la oportunidad del remedio, ya no era tiempo de aplicarlo.

No se contentó con oponer al cristianismo el rigor de las leyes; intentó tambien atacarlo con la agudeza de sus escritos (a). Ese mismo sistema siguieron tambien una multitud de filósofos, parodiando al mismo tiempo los milagros de Jesús con las supercherías de varios impostores. Por otra parte los poetas viendo que Belcebú y Astarot eran palabras que no se acomodaban á las cadencias métricas de Virgilio, suspiraban por Pluton y por el antiguo Tártaro.

Tampoco faltaron campeones entre los cristianos que consiguieron acabar de cubrir de ridículez los dioses del Panteon, que ya habian sido arrastrados en el cieno por Luciano. Juliano pereció en su expedicion contra los Persas, y la cruz salió triunfante.

Mas el momento crítico habia llegado ya Al dividir Constantino el imperio, y reformar las legiones, le dió un golpe mortal. Las desgracias de la familia de aquel príncipe conmovieron las bases del imperio romano; las opiniones religiosas acabaron de aumentar el desórden, y en las fronteras aparecieron las miriadas de Bárbaros que venian á derribar el antiguo coloso. Teodosio sostuvo el choque por algunos momentos; empezaba á restablecerse el órden cuando resonó el formidable grito de muerte que allá en el fondo de los desiertos daba el genio guerrero de los hunos, que desde los confines de la China venian avanzando silenciosamente por los bosques por espacio de tres siglos. Al grito del fantasma los godos se precipitaron aterrados sobre el imperio romano. Valente cayó derrocado del trono de Oriente, y de allí á poco un rey de Italia se enseñoreó del patrimonio de los Casios y Brutos (4).

CAPITULO XXXVII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO. — CONVERSION DE LOS BÁRBAROS.

Hemos visto que una de las primeras causas que contribuyeron al triunfo del cristianismo fue el haber descendido á consolar las humanas miserias; esa misma causa influyó con toda la plenitud de su fuerza en el momento de la invasion de los bárbaros. Un trastorno general de derecho y de garantías, se verificó entonces simultáneamente en todo el mundo conocido. No tenia la vida humana mas precio á los ojos de los bárbaros que la efímera existencia de un insecto: cuando los vándalos no podian hacerse dueños de una plaza fuerte degollaban los prisioneros, acinaban los cadáveres al pié de los muros, y confiaban su victoria á los estragos de la peste (5).

Habiendo, pues, quedado disuelta toda autoridad civil, solo el clero pudo extender su brazo para protejer al pueblo. Entonces fue cuando los restos del antiguo culto vinieron á colocarse bajo las banderas del cristianismo. Si en algun tiempo la religion ha aparecido en toda su sublime grandeza, fue cuando sin mas fuerzas que la virtud opuso su augusta frente á los furores de los bárbaros, subyugándolos con una mirada, y obligándolos á deponer su nativa ferocidad al pié de las aras del cristianismo (b).

Asi se concibe fácilmente como unos salvajes procedentes de sus eternos bosques, no contaminados por ninguna preocupacion religiosa anterior, se sometieron dócilmente al primer sistema teológico que se les presentó. La imaginacion es una facultad activa, eco y espejo á la vez de la naturaleza que la rodea; la imaginacion del hombre de las selvas, constantemente afectada con el espectáculo de desiertos, cavernas, torrentes y montañas, se llena de fantasmas, de vagos rumores y de misteriosas sublimidades. Si en tal disposicion de ánimo se le presentan objetos individuales, se apoderará de ellos ávidamente, en

(1) Suetonio nos da una idea de la manera con que el impío Neron trataba á los dioses: *Religionum usquequaque contemptor, præter unius deæ Siryæ. Hanc mox ita sprevit, ut urina contaminaret.*

(2) Estos dos últimos capítulos han sido trasportados casi integralmente al *Genio del Cristianismo*, y no son ciertamente indignos de ese honor y ellos deben servir de excusa y expiacion de lo que voy á decir en los siguientes capítulos Cuando asi como en este pasaje soy cristiano, sin quererlo ser, se encuentra un fondo de verdad en mis escritos muy distinto de todas mis habladurías filosóficas. Para todo hombre de buena fe puede ser solventada la cuestion por estos dos solos capítulos. Yo era cristiano, y muy cristiano cuando me empeñaba en no serlo. (N. ED.)

(3) Los Arrianos.

(a) «En tiempo de Juliano la Iglesia quedó expuesta á una »persecucion de las mas peligrosas. No se emplearon violencias contra los cristianos, pero los prodigaban el desprecio »á manos llenas. Principiaron despojando los altares y en »seguida prohibieron á los fieles dedicarse al estudio ó á la »enseñanza. Mas como al emperador no podian ocultársele »los beneficios que la religion de Cristo causaba á la sociedad, trató de imitar algunas de sus mas saludables instituciones: fundó hospitales y monasterios, é intentó combinar la moral con la religion haciendo que en los templos »paganos se pronunciaran sermones. Los sofistas que rodeaban á Juliano se desencadenaron contra el cristianismo: el »apóstata no se desdeñó de medirse con los galileos. La obra »que contra ellos escribió no ha llegado hasta nosotros; pero »S. Cirilo, patriarca de Alejandria cita algunos pasajes refutándolos. Cuando Juliano adopta un tono serio S. Cirilo »triunfa del filósofo; pero cuando el emperador recurre á las »armas de la ironia, el patriarca pierde la superioridad.» *Genio del Cristian.*, part. 1.ª, lib. 1.º, cap. 1.º

(4) Véase Fleury. *Hist. Eccl.*; *Hist. Aagut.*, Gibb. *Rise and fall of the romain empire*, De Guines. *Hist. de los Hun. y de los Par.*, Montesquieu *causas de la grand. y decadenc. de los rom.*

(5) Robertson, *Hist. of Charles* V. tom. 1.

(b) Hablando con toda franqueza ¿no podrá decirse que ese párrafo se enteramente un pasaje del *Genio del Cristianismo* y que soy mas bien el apologista que el detractor de la religion? (N. ED.)

particular si son incomprensibles, pues la muerte de la imaginacion es el conocimiento de la verdad.

Otras razones contribuyeron tambien á la conversion de los bárbaros. A medida que iban avanzando hácia el Mediodía, alejándose de las tempestuosas y sombrías regiones del Norte iban perdiendo enteramente la idea del culto paterno, inherente al clima en que habian nacido. No era ya fácil que en un cielo sereno pudiesen ver celajes que les representáran las almas de los héroes que habian perecido: no vagaban ya al pálido resplandor de la luna por áridos campos, ni solitarios valles, creyendo oir en pos de sí las ligeras pisadas de los espectros, ni podian creer que las elevadas cimas de los pinos, se encorvaban al impetuoso vuelo de los espíritus irritados: no reposaba ya el meteoro en el ramage del ciervo al borde del azulado torrente; no podian ver ya los altos torreones envueltos por la niebla de la tarde; ni el aliento de la noche silbaba en las abandonadas salas de armas del guerrero, ni el viento del desierto suspiraba entre las agostadas yerbas, y alrededor de las cuatro piedras angulares de la tumba (1). La primitiva religion de aquellos pueblos se habia por último disipado con las tempestades, las nubes y las nieblas del Norte (2).

Por otra parte el nuevo culto que se les presentaba no era tan extraño como vulgarmente se cree al dogma de sus padres. Si Jehóva creó á Adan y Eva, Odin formó tambien del barro de la tierra al valiente Askus y á la hermosa Emla: Henærus les dió la razon, y Læ lur, derramando en sus venas torrentes de una sangre pura, hizo que se abrieran sus ojos á la vida (3).

Por último, habiéndose civilizado los caudillos de aquellos pueblos bárbaros abrazaron el cristianismo para lograr imperios, y los hombres despues de haber cambiado de costumbres, idioma y religion, y habiendo perdido hasta la memoria del tiempo pasado pudieron imaginarse que acababan de ser creados sobre la tierra (4).

CAPITULO XXXVIII.

DESDE LA CONVERSION DE LOS BÁRBAROS HASTA EL RENACIMIENTO DE LAS LETRAS.—LLEGA EL CRISTIANISMO SU MAS ALTO GRADO DE GRANDEZA.

Afianzando cada vez mas y mas el clero su poder en medio de esas tempestades, consiguió organizarse de un modo casi indestructible. Reuniones de solitarios que vivian en el retiro de los claustros, componian las columnas del edificio; el clero regular, clasificado tambien en corporaciones distintas y separadas, ejecutaba los decretos del pontífice romano que bajo el modesto nombre de *Papa* se habia ido gradualmente poniendo á la cabeza del gobierno eclesiástico. La ignorancia acabando de envolverse en nuevos velos contribuia á dar una apariencia mas formidable á la situacion, y la Iglesia rodeada de tinieblas, que daban mayor volúmen á sus formas, se encaminaba como un gigante al despotismo.

Despues del reinado de Carlo Magno, y de la division de su imperio, fue cuando el cristianismo llegó al apogeo de su esplendor. Las guerras civiles de Italia, conocidas con el nombre de güelfos y gibelinos, presentan un carácter nuevo á quien no haya hecho estudio del corazon del hombre. Los papas, atacados por los emperadores, tenian por enemigos la mitad de los pueblos de Italia, y eran considerados por parte de estos como unos tiranos y perversos: eso no obstante bastaba un decreto de la Córte de Roma para destronar á un soberano, y le obligaba á presentarse en señal de penitencia con los piés y la cabeza desnudos tal vez en invierno, bajo las ventanas del pontífice que por último se dignaba concederle la absolucion humildemente pedida de rodillas (5). Roma religiosa tomaba parte en aquel tiempo en todos los asuntos civiles, y disponia de las coronas, como de unos juguetes que le pertenecian.

De allí á poco ocurrió el período de las Cruzadas que forma época en la historia del cristianismo, porque dulcificando las costumbres por medio del espíritu de la caballería prepararon el camino al renacimiento de las letras. Entonces fue cuando los señores de Crequi embrazando su escudo abandonaban su casa solar para ir á buscar aventuras, y tal vez alguna corona. Cuando aquellos buenos caballeros llegaban á verse desarmados, y en peligro inminente, se arrodillaban los unos al pié de los otros como dice el señor de Joinville y se pedian sencillamente la absolucion de sus culpas. Pero en tanto que su diestra podia enristrar la lanza por grande que fuera el peligro, no hacian mas que sonreirse diciendo los unos á los otros: «Ea, caballeros, mucho hablaremos de esto con nuestras muchachas.»

CAPITULO XXXIX.

DECADENCIA DEL CRISTIANISMO POR TRES CAUSAS, Á SABER: VICIOS DE LA CÓRTE DE ROMA, RENACIMIENTO DE LAS LETRAS Y LA REFORMA.

De la época de las cruzadas empieza á datar la decadencia de la religion cristiana. Los papas, expulsados de Italia, se refugiaron por algun tiempo en Aviñon, y la autoridad de la Iglesia se vió debilitada por la creacion de anti-papas que dió lugar á nuevos cismas. Por otra parte, los pontífices subyugados por el lujo, y deslumbrados por los atractivos del poder, se fueron encenagando en toda clase de vicios. El ateismo público de algunos, y el escándalo y desvergüenza de su vida privada, no eran en verdad elementos muy poderosos para sostener el culto entre los pueblos. El clero, tan depravado como su gefe, se entregó á todos los excesos, y los conventos servian de asilo á la crápula y á la disolucion (6).

En medio de tales circunstancias ocurrió un gran suceso que vino á dar una herida de muerte al cristianismo. Habiéndose apoderado los turcos del imperio de Oriente, vinieron los sabios de la Grecia á refugiarse en Italia al lado de los Médicis. Por un singu-

(1) Los *dos Edda*; MALLET, *Introduc.* á la Hist. de Din.; OSSIAN.

(2) Si cito á Ossian con otros autores es porque soy como el doctor Blan en Inglaterra, Mr. Goethe en Alemania, y muchos otros, uno de esos espíritus crédulos á quienes los chistes de Johnson no han podido persuadir que no hay algo de cierto en las obras del bardo escocés. Que Johnson, cuando se le preguntaba si conocia muchos hombres capaces de escribir semejantes poesías, contestara que conocia muchos hombres, muchas mujeres y muchos niños, nada significa, ni prueba nada. Lo que me parece extraño es que en esa célebre disputa no se haya tenido presente la coleccion del ministro Smith que acota continuamente las páginas con el texto celta, y propone una edicion original de los poemas de Ossian por medio de una suscripcion. En esa coleccion de Smith figuró un canto sobre la muerte de Gaul, en el que hay pasajes verdaderamente interesantes, en especial el de Gaul expirando de hambre en un desierto y alimentándose con la leche de su esposa. *

(3) BARTHOLIN, *Antiqued. Danes.*

(4) DANIEL, *Hist. de Franc.*; GREGOR. DE TOURS, lib. I., HUME'S *Hystor. of. Engl.*; HENRI'S, *Ibid* etc.

* No estoy aun convencido de la autenticidad de las poesías de Ossian; en vez de creer que el celta de Ossian ha sido traducido al inglés por Macpherson creo que este ha sido traducido al celta por algun buen escocés, amante de las glorias de su país. (N. ED.)

(5) DENIN., *Ist. del'Ital.*; MACCHIAR., Ist. Pior.; ABR., *Cron. de Alem.*; HEN, *Cron.*, GIAN., *Ist di Nap.*

(6) DANTE, *Inferno*; PETRAR, *Lett*; MAQUIAB., *Ist. Fiorent.*

lar concurso de circunstancias acababa de hacerse en el Occidente el descubrimiento de la imprenta como para estar á punto de recibir dignamente á los ilustres emigrados. En otra parte he hablado ya del renacimiento de las letras y sus efectos. No tardó en venir en pos de ella la reforma; de manera que el cristianismo tuvo que recibir uno en pos de otro ataques de que hasta el presente nunca se ha podido reponer (a).

CAPITULO XL.

LA REFORMA.

Una de las interesantes épocas de la Europa moderna es la de la reforma. Desde que los hombres empiezan á dudar en materias de religion, dudan tambien en materias de política. El que se atreve á investigar los fundamentos de su culto, no tarda en hacer lo mismo respecto de los principios del gobierno. Una vez que el espíritu pide ser libre, el cuerpo ambiciona tambien serlo: esto es una consecuencia natural (b).

Erasmo preparó el camino á Lutero; Lutero franqueó el paso á Calvino, y este á otros muchos. Se dará razon de la influencia política de la reforma en las revoluciones de que tengo que hablar aun. Considerándola únicamente en este lugar bajo el punto de vista religioso puede observarse que las diversas sectas que engendró produjeron en el cristianismo iguales resultados que las doctrinas filosóficas de Grecia en el ateismo; pues ambas debilitaron todo el sistema sacerdotal. El árbol, del que brotan demasiadas ramas no suministra todo el vigor necesario á su único tallo, y está mas propenso á la decadencia. No concluiré este artículo de la reforma sin hacer una reflexion. ¿Para qué sirvieron todas aquellas escenas de matanza de la Liga? (1), en cuyo tiempo se vió, como en nuestros dias, que no faltaron franceses capaces de arrastrar por el suelo las entrañas de sus

(a) Algo de cierto hay, históricamente hablando en lo que acabo de decir del cristianismo desde la conversion de los bárbaros hasta la reforma; pero en el relato histórico se echa de ver á un enemigo y el espíritu de la sátira transpira por todas partes. Por lo que digo de que el *cristianismo nunca ha podido reponerse de los ataques que sufrió*, debo manifestar que emitiendo ese juicio incurrí en un error capital. La religion cristiana no pereció en la revolucion, ni perecerá nunca porque sus raices estrivan en la naturaleza divina y en la naturaleza humana. La fe podrá tal vez cambiar de país, pero subsistirá eternamente con arreglo á la promesa divina. (N. ED.)

(b) Presento en estas cuatro líneas dos ó tres verdades sobre las cuales se han escrito posteriormente obras llenas de declamaciones contra las libertades públicas Ningun inconveniente hay en investigar los principios del gobierno á que estamos sometidos para adherirse á ellos si son buenos y reformarlos si son malos; no hay en mi concepto ninguna razon para que se ponga una venda en los ojos de los hombres á fin de hacerles marchar por el camino derecho No ignoro ciertamente que el que se toma el empeño de conducirlos tiene grande interés en dejarles puesta esa venda porque de ese modo los dirige por donde le da la gana. Pero ni el cristianismo por su parte, ni la libertad por la suya no temen la claridad, pues con cuanta mayor detencion sean examinados tanto mas amables y mas dignos de amor apareceran. Tampoco encuentro razonable que se pretenda amalgamar la religion con la política; pues de eso se inferiria que cuando un pueblo es esclavo tiene que serlo eternamente por temor de tocar las cosas santas. El asociar la fe á las injurias del despotismo seria causar á la primera un inmenso perjuicio. (N. ED.)

(1) *Espíritu de la Liga.*

Encuéntranse en las *Cartas de Pasquier* dos pasajes interesantes acerca de las desgracias que las revoluciones produjeron en Francia, y sobre todo en la capital de la monarquía. Voy á presentarlos.

El primero se refiere á las guerras civiles del tiempo de Carlos VI. Pasquier despues de haber hablado de la poblacion y riqueza de París en tiempo de Carlos V, sigue diciendo:

«En tanto que nuestra ciudad se empeñó en sostener tan furiosamente el partido de Borgoña fue insensiblemente quedándose del todo desierta, y principiaron sus grandes hosterías llamadas de Flandes, Artois, Borbon, Borgoña, Nesle y otras muchas á no servir mas que para nidos de cornejas, siendo asi que poco antes no servian sino para habitacion de príncipes, duques, marqueses y condes En un manuscrito de aquella época escrito en forma de diario he leido de cierto lobo que habia tomado la costumbre de atravesar todos los meses la ciudad de un extremo al otro, estando ya el pueblo tan familiarizado con su vista que le llamaban el *correcalles*, y se reian grandemente al verlo. Habria sin duda tomado el animal esta costumbre ó bien por las matanzas que diariamente se cometian en el recinto de la ciudad y por los cadáveres que frecuentemente hallaba abandonados. ó bien porque la poblacion habia quedado casi enteramente desierta. De todos modos es indudable que durante las turbulencias de los Borgoñones y Orleaneses y la guerra de Francia é Inglaterra llegó la ciudad de París á un increible extremo de miseria, pues en la titulada historia de Luis VI se lee que para volver á poblarla se recurrió al expediente adoptado por Rómulo en otro tiempo de conceder ámplio indulto y perdon de toda pena á los criminales que quisieran avecindarse en ella. Mas no puede citarse mayor prueba del abandono y miseria en que cayó, que la ordenanza que se encuentra en los antiguos registros del Chatelet mandando denunciar á son de pregon los solares abandonados. y dando su propiedad al primero que los reclamaba si en el término de siete semanas no se presentaba su verdadero dueño. De manera que cuando en nuestros antiguos títulos y escrituras leemos que algunas casas y terrenos tanto de la ciudad, como de sus alrededores fueron dados sin mediar ningun precio, no puede tomarse por argumento de la felicidad de aquellos tiempos, sino antes por el contrario se debe considerar como una prueba incontestable de la calamidad á que por la larga serie de trastornos se habia llegado.» (*Tom.* I, *lib.* x, *pág.* 665.)

Si en una historia de la revolucion actual se presentara el siguiente pasaje del mismo autor apenas creeria nadie que se referia á los tiempos de la Liga. «Hace ya tiempo que me devora una tristeza que es preciso que la deposite en vuestro seno. Temo, veo y estoy persuadido de que nuestra república va llegando á su fin. No podemos negar que tenemos un gran monarca, sin embargo si Dios no lo mira con ojos de piedad está muy cerca de perder su corona, ó de presenciar el completo trastorno de su reino.—El verdadero subsidio que el monarca debe atesorar es el amor de sus vasallos. La mayor parte de los que han rodeado al soberano, no lo han hecho sin duda mas que por la codicia de enriquecerse, y han creido que el mejor medio de conseguirlo era presentarle nuevos proyectos de contribuciones que arruinan al pobre pueblo, ó mejor dicho que arruinan al mismo trono. Dignos son ciertamente esos malhadados consejeros de un castigo aun mas horrible que el de ser despedazados por cuatro caballos como se suele hacer con el que atenta contra la Magestad de su rey. Tanto mas cuanto que conservando aquellos pérfidos su grandeza por medio de tan reprobadas invenciones le han puesto en el conflicto en que ahora le vemos.....

»Dios concedió á nuestro soberano muchos de sus altos dones que le son particulares; mas como al fin es hombre no puede ser tan completo que entre sus buenas prendas no tenga algunas imperfecciones. Ni uno solo hay de cuantos han participado de su favor que no haya (no diré resistido, porque esa palabra disonaria tratándose de un monarca) hecho estudio de halagar sus opiniones por mas que manifiestamente se desviaran del camino de la razon. El monarca era naturalmente inclinado á la liberalidad, propension heredada de su madre, la reina, y que es una virtud verdaderamente régia, cuando no se satisface á costa de la opresion del pobre pueblo. ¿Quién es el que por sus extraordinarias importunidades no haya incurrido en el abuso? Por desgracia ninguno de los altos funcionarios que estan á su alrededor le ha contradicho, y he aquí como un grande y excelente príncipe dejándose en primer lugar arrebatar de su inclinacion, luego vencido por la importunidad de los que le rodean, y últimamente no auxiliado por la prudencia de sus consejeros, no ha podido impedir que la cosa pública haya ido cayendo en el desórden y confusion en que la vemos.

»Tal es la causa que impele á nuestra nacion hácia la ruina; primeramente por no sé qué fatal artificio de los que se hallan contentos (que son causa de que los hombres de bien no lo estén): los cuales viendo que á la larga no podrian dar cumplimiento á todas las liberalidades extraordi-

TETIS REGRESANDO Á SUS HÚMEDOS PALACIOS.

víctimas, devorar sus corazones palpitantes, y sus carnes aun tibias, profanar los sepulcros, y esparcir sobre el suelo los huesos, medio reducidos á polvo de sus antepasados? ¿Para qué sirvieron aquellos de-

narias del rey, han recurrido á una infinidad de perversos arbitrios no para aliviar las necesidades públicas, sino para hacer donativos, en medio de nuestros trastornos á unos y á otros. Y para que esos expedientes surtieran efecto han obligado á los altos funcionarios á autorizarlos con su aprobacion, unas veces con intervencion del rey y otras con la de los príncipes de su casa. En ningun pais se ha practicado anteriormente semejante liberalidad. Y si no tenian á mano dinero para satisfacerla recurrian á una cierta clase de gente, verdadera plaga producida por la corrupcion del siglo y designada por la palabra nueva *financieros*, que avanzaban la mitad ó la tercera parte de la suma para cobrarla luego ellos por completo. Verdadera generacion de víboras ha sido esa gente; pues han hecho morir á su madre la patria, asi que han abierto los ojos.

»Por colmo de desgracia hay que añadir que al paso que los príncipes y grandes señores se han ido apartando de la direccion de la cosa pública, las medianías han ido avanzando hasta las gradas del trono. Ya os he referido todo esto en globo. Si me propusiera referíroslo por menor, temo que me faltaria tinta para escribir tantos detalles. ¿Qué fruto han producido todos esos manejos? Opresion de los vasallos, pobreza de todo el reino descontento de las clases altas y un odio general de todo el pueblo contra su rey. ¿Y al fin podemos prometernos otra cosa mas que ese desconcierto que nos abruma en la actualidad?..... Tantas innovaciones introducidas á expensas del pobre pueblo eran como unos malos humores de que el cuerpo social se iba llenando, de los cuales no podia resultar mas que esa grande explosion de escándalo que acabamos de ver. Eran á manera de un pus, á manera

AGRIPINA SE INCORPORA EN EL LECHO : EL MAS LEVE RUMOR LA ESTREMECE.

sastres de los Paises Bajos, en os que puede decirse que el duque de Alba ensayó el primer acto de la tra-

de una podredumbre que el médico sobrenatural ha resuelto en viento cuando menos lo pensábamos. Bien lo ha conocido el mismo monarca ; cuando tan súbitamente desde que llegó á Chartres para tomar alguna providencia sobre ese desórden revocó muchas de aquellas malhadadas medidas y dictó otros saludables decretos. Ojala que hace dos meses hubiese adoptado espontáneamente esa resolucion para que los que vemos que estan indignados hubiesen podido creer que á la prevision del monarca y no al escándalo ocurrido debian semejante beneficio. Pero es un defecto comun á todos los reyes el no reconocer sus faltas, cuando Dios los castiga..... En mi concepto ningun monarca ha recibido mayor afrenta por parte de su pueblo (lo digo lleno de confusion) que la que ha recibido el nuestro. Habiendo sido tan victoreado cuando regresó de la Beauce, ¿quién habia de creer que de allí á seis ó siete meses fuese recibido de modo que lo ha sido el dia de las Barricadas en su querida ciudad de Paris? Jamás se ha visto mas

gedia de Robespierre (1)? ¿A qué contribuyeron los asesinatos cometidos en Alemania, y las guerras civiles de Escocia (2)? ¿Qué produjo la revolucion de Cromwell, durante la cual hubo víctimas acinadas bajo cubierta de los buques, y reducidas á tal desesperacion que mutuamente se propinaban venenos para librarse de tanta miseria (3)? ¿Cuál fué sobre todo la causa que motivó tan execrables resultados? Compadezcamos, lloremos los extravios de la humana raza. El motivo fue que un fraile llevó á mal

tumultosa agitacion de pueblo que durante el jueves y el viernes que permaneció en la ciudad, y el sábado así que se tuvo noticia de su partida, vimos el impensado derrocamiento de todas las cosas: triste y demasiado evidente señal del odio que le profesan!» (Tom. I, lib. XII, pág. 796 etc.)

(1) BENTIBOG. GROTIUS. STRADA etc.

(2) ROBERTSON'S, *Hist of Rotland*.

(3) HUME, WHITELOCK, WALKER, etc.

que el papa no hubiese dado á su comunidad, mas bien que á otra la comision de vender indulgencias en Alemania (a).

CAPITULO XLI.

DESDE LA REFORMA HASTA EL REGENTE.

Cuando se disipó la tempestad suscitada por la reforma, apareció el Vaticano, pero va medio arruinado. Sus sólidos muros habian perdido su altivez, y en sus torreones se veian hendiduras causadas por sus propios rayos que el furor de la tempestad habia hecho retroceder hácia el mismo sitio de donde habian partido. Las medidas violentas adoptadas por los reyes y los papas contra las inovaciones religiosas, no habian hecho mas que acabar de exasperar los ánimos. La libertad que durante la calma parecia pequeña y de fuerzas escasas, se convierte en gigante al rugir la tormenta.

Entre las consecuencias funestas para la religion que resultaron de aquellos trastornos, debemos hacer particular mencion de una. Las revoluciones causan en su rápido curso tales estragos en las costumbres, como aquellos miasmas letales que al pasar, marchitan la vida de las flores. La ley, cuya vista se oscurece durante las convulsiones de un Estado, no puede velar sobre el ciudadano que suelta la rienda á sus pasiones y se precipita en la inmoralidad: para remediar esta relajacion no bastan años ni á veces siglos. Esto es precisamente lo que sucedió en Europa despues de los trastornos de que acabo de hablar; y la religion que siempre corre parejas con el estado de las costumbres, perdió mucha parte de su influencia en proporcion del malcamiento de aquellas.

Habiéndose finalmente restablecido la armonía, los hombres no pudieron menos de volver hácia atrás la vista, y ruborizarse de su insensatez. La ilustracion que cada vez iba tomando nuevo incremento, contribuia tambien á que se aborreciera la causa que al parecer habia producido resultados tan funestos. En materias de fe no se reconocen límites: desde el punto en que deja de creerse alguno de sus artículos, es muy temible que no domine de allí á poco la incredulidad absoluta. Rabelais, Montaigne y Mariana dieron que admirar por la novedad y audacia de sus opiniones políticas y religiosas. Hobbes y Espinosa, arrancándose la máscara, se presentaron en su verdadero aspecto; y de allí á poco Luis XIV dió á la Europa el último ejemplo de fanatismo nacional con la revocacion del edicto de Nantes. (1)

CAPITULO XLII.

EL REGENTE.—ACELÉRASE LA CAIDA DEL CRISTIANISMO. (b)

En fin apareció el regente, á cuya época es preciso referir la caida total del cristianismo. El duque de Orleans brillaba por su imaginacion, sus gracias y su finura; pero al mismo tiempo era el hombre mas inmoral de su época y el menos á propósito para dirigir una nacion veleidosa, sobre la cual tanta influencia ejercian los vicios de sus gobernantes, particularmente si llevaban el sello de la amabilidad. Entonces fue cuando se vió nacer la secta filosófica, causa primera (c) y última de la actual revolucion. Cuando los pueblos se corrompen, surgen hombres que les dan á entender que no hay venganza por parte del cielo.

El trastorno que Law (d) produjo en el Estado con la creacion del papel, contribuyó no poco á conmover la moralidad del pueblo. Interés y corazon humano son palabras de igual significacion (e). Cambiar las costumbres de un Estado, es lo mismo que cambiar el órden de las fortunas. En los accesos de desesperacion, y en la embriaguez de la prosperidad se apaga todo sentimiento de delicadeza, no diferenciándose ambas situaciones sino en que el que se ve súbitamente elevado á la segunda, conserva todos sus vicios, y el que cae en la primera pierde todas sus virtudes.

La imprenta, esa invencion medio celestial, medio diabólica, (f) principió á lanzar canciones satíricas, folletos y obras filosóficas. Cada correo se divulgaba algun nuevo crímen con circunstancias tan abominables, que el mismo Suetonio hubiera tenido vergüenza de referirlas: el ciudadano, al satisfacer las contribuciones, pagaba con ellas á los viles cortesanos y al ejército que le obligaba á obedecerlos El desprecio y la ira eran los sentimientos que debian dominar en el corazon de aquel ciudadano (g). Si un pueblo que se halla en tal situacion, llega á comprender el secreto de su propia fuerza, bien puede decirse que el Estado ha llegado ya al fin de su carrera.

En el reinado siguiente fue cuando se desbordó la secta enciclopédica, acerca de la cual he dado ya alguna breve noticia, y cuyas relaciones religiosas y políticas con las instituciones que entonces regian en Francia voy ahora á considerar, como he ofrecido.

CAPITULO XLIII.

LA SECTA FILOSÓFICA EN TIEMPO DE LUIS XV.

Ese espíritu de innovacion y de duda que se desarrolló en tiempo del regente, hizo en poco tiempo rápidos progresos. Al ocupar el trono Luis XV, se vió por último formarse una sociedad de los mas brillantes ingenios que la Francia ha producido, los Diderot, los d'Alembert y los Voltaire (h). Solo dos grandes hombres, los dos mas eminentes (i), Juan Jacobo Rousseau y Montesquieu, se desdeñaron de pertenecer á aquella sociedad: de aquí nació el odio con que por parte de Voltaire fueron mirados, en especial el primero digno de ser considerado como un apóstol de Dios y de la moral. Atribuíase aquella sociedad la mision de difundir las luces y derrocar la tiranía; su-

(a) Este capítulo habia principiado muy bien por lo tocante á la reforma y es lástima que por causa del filosofismo acabe tan mal. Me parece que al escribir este *Ensayo* yo no era partidario ni de *Ginebra*, ni de *Roma*. (N. ED.)

(1) Omito hablar de las escandalosas escenas del populacho de Londres contra los católicos en 1680.

(b) *¡Caida del Cristianismo!* Parece que me habia aficionado á esa frase; sin embargo no era el cristianismo, sino las costumbres las que iban cayendo. Mas aunque en realidad hubiera el cristianismo caido en Francia ¿podrá decirse que habia sucedido lo mismo en el resto del mundo? (N. ED.)

(c) Deberia decir causa segunda en vez de *primera*. (N. ED.)

(d) En los proyectos de ese extranjero se encuentra el plan literalmente llevado á cabo en nuestros dias por Mirabeau (el mayor) esto es el pagar la deuda nacional en papel, el vender los bienes del clero etc.

(e) No es cierto esto refiriéndose á Francia. (N. ED.)

(f) Nada tiene de diabólico la prensa, sino cuando está bajo la direccion de leyes malas. Si depende de la arbitrariedad, si se la encadena por medio de la censura entonces solo es cuando pierde sus cualidades divinas, y se convierte en un instrumento diabólico. Nadie puede aprobar el abuso de la prensa, pero á nadie sino á las leyes incumbe el prevenirlo y remediarlo. (N. ED.)

(g) Hago bien en manifestar mi indignacion contra la regencia, pues ella y el reinado de Luis XV son dos épocas de las que mas deben provocar la indignacion de la historia. (N. ED.)

(h) ¡Diderot y d'Alembert puestos en el número de los mas brillantes ingenios! Es un rasgo completamente ridículo. (N. ED.)

(i) No es cierto que fueran los mas eminentes. Voltaire valia tanto como ellos y Buffon debe tambien ocupar, como escritor, un puesto muy inmediato al de aquellos. (N. ED.)

blime hubiera sido la empresa, mas el verdadero espíritu que dominaba á los enciclopedistas era una frenética persecucion á todo sistema, una intolerancia de opiniones que aspiraba á sofocar hasta la libertad del pensamisnto en los demás, y finalmente un rabioso encono contra lo que ellos llamaban *Infame;* esto es, contra la religion cristiana que á todo trance se habian propuesto derribar. (a)

Lo que hay de admirable en la historia del corazon humano, es que el déspota Federico II perteneciese á esa confederacion que en realidad estaba trabajando vigorosamente para destruir el poder de los reyes. El mas extraordinario documento literario que existe, es tal vez la correspondencia entre Diderot, Voltaire, d'Alembert y el rey de Prusia. En cada una de las páginas de esa coleccion de cartas hay que admirarse, al ver cómo los filósofos se desprendian del velo con que se presentaban cubiertos á los ojos del vulgo: el monarca, despojándose de su régia máscara, llamaba fábulas á la moral, deseaba para sí propio y para sus amigos la libertad, reservando la esclavitud para el pueblo estúpido; se burlaba de cuanto hay sagrado para el hombre, y últimamente con mano tan criminal como poderosa profanaban y disponian de la reputacion y opiniones de todos los que no pertenecian á su pandilla.

Tal fue esa famosa secta que reinando Luis XV principió á extenderse y á destruir la moral en Francia, siendo verdaderamente maravillosa la rapidez de sus progresos. No se cansaba el infatigable Voltaire de gritar: «Persigamos, abrumemos al infame.» Una turba de autores, demasiado pequeños para merecer la atencion del grande hombre, se pusieron á borronear papel á imitacion de su maestro. No tardó en propagarse la incredulidad á la gente de buen tono. En vano J. J. gritaba poseido de santo celo: «Pueblo, te extravian; hay un Dios que castiga el crímen y recompensa la virtud.» Todos los esfuerzos del sublime atleta fueron inútiles contra el torrente de los filósofos y algunos individuos del clero, que habian depuesto su mortal enemistad, solo para perseguir de comun acuerdo al grande hombre (b).

Mientras que unos filósofos combatian contra los principios religiosos, otros dirigian sus ataques contra la política, y no debe dejarse pasar desapercibido que la secta atea no hizo mas que cometer miserables errores en materias de política. Montesquieu (c), J. J. Mably, Raynal (d), dieron desgraciadamente alguna ilustracion á aquellos hombres que habian perdido la fuerza y pureza de alma necesarias para hacer un buen uso de la verdad. Las facciones han ido devorando á esos ilustres ciudadanos: los jacobinos á Montesquieu y los realistas á Juan Jacobo; mas no por eso el *Espíritu de las leyes* ni el sublime *Emilio* tan poco comprendido de la multitud, dejaran de pasar á la mas remota posteridad. Por lo tocante al *Contrato social* como que una parte de él se encuentra en el *Emilio*, y como que no es mas que extracto de una grande obra, en la que todo se desecha y nada se afirma, creo que en su estado actual de imperfeccion, puede producir poco bien y mucho mal (e): lo único que me admira es que los republicanos del dia hayan tomado esa obra por regla de su conducta, siendo asi que es el libro que mas altamente reprueba su sistema.

De manera que así que el pueblo empezó á leer, fijó los ojos en libros que no predicaban mas que política y religion: el efecto fue prodigioso. En tanto que rápidamente iba perdiendo sus costumbres y su ignorancia, el gobierno, cerrando los oidos al estrépito de una vasta monarquía que empezaba á precipitarse hácia el abismo en que la hemos visto desaparecer, se aferraba mas que nunca á su sistema de vicios y de despotismo. En vez de dar mas latitud á sus planes, elevar sus ideas, y purificar su moralidad en progresion relativa al aumento de luces, se contraia, digámoslo asi, en su propia pequeñez, y ni sabia someterse á la fuerza de las cosas, ni oponerse á ellas con el vigor necesario. Esa miserable política de irse limitando el espíritu del gobierno, en tanto que el del pueblo va adquiriendo nueva extension, es cosa digna de notarse en todas las revoluciones, y puede compararse á la tenacidad de querer trazar un gran círculo en una pequeña circunferencia: los resultados son positivos. La tolerancia se aumenta cuando los sacerdotes hacen que sea condenado á muerte algun jóven, que en medio del desarreglo de una orgía ha insultado á la imágen de la divinidad: porque el pueblo se muestra inclinado á la resistencia, y el gobierno tan pronto cede inoportunamente á su impulso, como desentendiéndose de toda prudencia, emplea contra él nuevas coerciones: el espíritu de libertad empieza á manifestarse, y los políticos no encuentran otro medio de reprimirla, que fulminar arbitrarias órdenes de destierro. Sé muy bien que en Francia tales órdenes causaron en la época á que aludo mas ruido que daño; pero ni aun asi puede decirse otra cosa sino que tales providencias destruyen radicalmente los principios. Todo lo que no es ley, está fuera de la esencia del gobierno, y por lo tanto es criminal. ¿Quién se expondria á permanecer con una espada suspendida de un cabello sobre su cabeza, á pretexto de que no ha de caer? De manera que el cuadro que presentaba la sociedad francesa momentos antes de la revolucion, era un monarca adormecido entre voluptuosidades, unos cortesanos corrompídos, unos ministros imbéciles ó perversos, el pueblo perdiendo de todo punto sus costumbres, filósofos combatiendo unos contra la religion otros contra el Estado, nobles llenos de ignorancia ó plagados de los vicios de la época, y eclesiásticos siendo en París el escándalo de su órden, ó llenos de preocupaciones en las provincias. Reunidos tantos elementos de destruccion ¿podia subsistir el edificio social por mucho tiempo en pié? (f)

Desde el reinado de Luis XV la religion venia perdiendo terreno, hasta que al fin la hemos visto abismarse con la monarquía en la sima de la revolucion. (g)

Para completar la historia del cristianismo, voy á poner en evidencia las armas con que los filósofos modernos han combatido contra ella, asi como anteriormente he explicado los sistemas mediante los cuales los sofistas griegos dieron muerte al politeismo. Hay, sin embargo, entre los filósofos de ambas épo-

(a) En mi edad madura he acabado de corroborar la exactitud de ese juicio: los enciclopedistas fueron los mas intolerantes de los hombres, y esa es la razon porque no los puedo sufrir. Los considero como los hipócritas de la libertad, como los seudo-apóstoles de la filosofía que confundian el miserable orgullo de su vanidad con el espíritu de independencia, sus malas costumbres con la aspiracion al derecho natural y su furor irreligioso con la sabiduría. No se debe á sus doctrinas lo que pueda haber de bueno en la revolucion, pues no produjeron mas que los asesinatos del clero, las deportaciones á la Guyana y los cadalsos. (N. ED.)

(b) ¿Habré dicho algo mas conveniente ni enérgico contra el filosofismo antireligioso en el mismo Genio del Cristianismo? En este pasaje Rousseau está muy opuesto á los demás filósofos. (N. ED.)

(c) Ciertamente: el ateismo no es bueno para nada, sino para probar la debilidad del espíritu y la mediania del talento. (N. ED.)

(d) ¡Mably y Raynal con Montesquieu y Rousseau! Solo la falta de criterio de la juventud, y la inexperiencia pudieran asociarlos. (N. ED.)

(e) Juzgo bien el *Contrato social*; pero mal el *Emilio*. (N. ED.)

(f) Esa es una opinion valerosamente emitida, y el párrafo está escrito tan bien como me es posible. (N. ED.)

(g) Una vez por todas volveré á decir que la religion ni se ha hundido ni puede desaparecer. (N. ED.)

cas la diferencia de que los Platones y los Aristóteles se contentaron con publicar los nuevos dogmas sin atacar directamente la religion de su país, en tanto que los Voltaire y los d'Alembert se declararon, sin anunciar otras opiniones, decididamente contra el culto de su patria, y en esto fueron mucho mas inmorales que los sectarios de Atenas. (a)

Advierto al lector que en los capítulos que van á seguir á este, no tengo mas parte que la de ser un simple narrador de los hechos, y que en ellos, cumpliendo con lo que el asunto exige, no hago mas que referir la opinion de otros autores, aunque discrepo de ellos (b). Es necesario dar á entender las causas que nos han sumergido en la revolucion actual; por lo tanto voy á presentar las mas considerables.

CAPITULO XLIV.

OBJECIONES DE LOS FILÓSOFOS CONTRA EL CRISTIANISMO.—OBJECIONES FILOSÓFICAS.

A cuatro especies pueden reducirse las objeciones de los filósofos contra el cristianismo: 1.° Objeciones filosóficas propiamente dichas. 2.° Objeciones históricas y críticas. 3.° Objeciones contra el dogma. 4.° Objeciones contra la disciplina.

Examinemos las primeras.

Objeciones filosóficas (1). La creacion es un absurdo. ¿Qué voluntad alcanza á sacar un átomo de materia de la nada? Todas las razones imaginables no destruiran jamás este axioma vulgar. De la nada, nada puede hacerse. Entiéndase, que en la misma Escritura (sagrada) admite la nada pues dice: *el Espíritu de Dios reposaba sobre las aguas*. He aquí pues la materia coexistente con el espíritu: he aquí un verdadero caos.

¿Decís que Dios ha sido el arquitecto del mundo? No es en verdad expresion muy digna del sistema del cristianismo; mas sin embargo, veamos si puede ser admitida.

Si Dios ordenó la materia, es un ser impotente y limitado. El caos era la primitiva forma, y necesariamente la mejor, pues era la natural, y en su fondo dormian pasivos los vicios, los disgustos y las enfermedades. ¿Qué ha hecho Dios? Todo lo ha separado, todo lo ha dividido, y al clasificar los males, no ha hecho mas que un mundo vulnerable por todas partes de un mundo que yacía tranquilo en la inercia; ha dado un alma de dolor y sensibilidad á las penas (c). Luego Dios se engañó, y su ponderado órden no es mas que un espantoso desconcierto.

(a) No puedo ser ni mas imparcial ni mas severo. Si soy filósofo al hablar del Emilio, bien podran decir los filósofos que jamás han tenido un colega mas desagradable que yo. (N. ED.)

(b) Notable pasaje y que por sí solo bastaria para absolverme de la acusacion de anti-cristiano que algunos me han hecho. No puede suponerse que semejantes palabras sean á manera de una precaucion del autor; pues bien se ha manifestado en todo el resto de la obra que no soy hipócrita ni me dejo dominar del temor. Solo el espíritu de la verdad me animaba, y por eso dije que iba *á referir opiniones de otros autores aunque discrepo de ellos*, y solo iba á ser un simple narrador. Sin embargo esos mismos capítulos sobre los cuales hago esa advertencia han sido uno de los principales cargos de la acusacion que algunos me han hecho. Pero en verdad cuanto mas se lea el *Ensayo*, menos cargos pueden hacérseme. No pretendo sin embargo disculparme enteramente del pasaje que da lugar á esta nota: hice mal, muy mal en referir las objeciones de los filósofos contra el cristianismo; tanto mas culpable soy cuanto que al paso que me complazco en decir que no son mias, no por eso dejo de manifestar alguna complacencia al referirlas. (N. ED.)

(1) No es posible citar á cada paso los autores de donde saco estas opiniones, y me contentaré con citarlos todos al fin del capítulo.

(c) Véase para la refutacion de todas estas lindezas las *Notas* y *Aclaraciones del Genio del Cristianismo*. (N. E.D)

Pero os concedemos la mayor. Suponemos por un momento que todo dimana de Dios. Ese Dios al crear al hombre le dijo «Si pecas, mueres,» y sin embargo ya habia previsto que habia de pecar y habia de morir. «Serás bueno y virtuoso, ó te condenaré á las penas del infierno.» Dios sabia muy bien que el hombre no seria bueno, ni virtuoso, y sin embargo lo habia creado. A esto contestareis que Dios os ha dado un libre albedrío. Enhorabuena; pero dejemos á un lado esa cuestion. ¿Habia Dios previsto que yo habia de caer y por lo tanto ser eternamente desgraciado? Sí, ciertamente. Pues en tal caso, vuestro Dios no es mas que un tirano horrible y ridículo. Da á los hombres pasiones mas poderosas que su razon, y sin embargo le dice: «Te he dado una razon.»—Asi es, pero tambien me has dado pasiones, y sabías muy bien, que estas me habian de arrastrar, y tú desde millones de siglos antes de mi nacimiento, habias previsto que en tu tribunal habia de ser condenado á una eternidad de dolores. ¿Por qué me sacabas de la nada? ¿Quién, ¡Oh Ser Omnipotente! podia obligarte á crear un miserable? ¿No pudiste hacerme fuerte y virtuoso en el grado oportuno para conseguir la felicidad? ¿Te complaces en crear víctimas y en insultarlas en medio de sus tormentos hablándoles de un libre albedrío sobre cosas que tu presciencia te habia hecho ver desde toda eternidad, y que por la razon misma de haberlas tú previsto debian necesariamente suceder?

Dios no pudo impedir que al nacer ocupárais en el órden de los seres el sitio que os correspondia.—Está muy bien; pero ese Dios ya no es el Dios de los Hebreos; es el Destino, otro sistema que tiene tambien sus inconvenientes. Por último, parais en atrincheraros en el grande argumento que decís que tan imposible es á nuestra naturaleza comprender al Gran Ser como á un animalillo infusorio comprender al hombre: esa razon, aunque excelente en sí misma, nada prueba por lo tocante á las Escrituras Sagradas. Aténgome pues, á que nada me es posible comprender por lo tocante á Dios, y bajo este supuesto, el mismo crédito daré á Moisés que á Platon, salva la diferencia de que este discurre mejor que aquel.

Paso por alto otra multitud de objeciones filosóficas fundadas en las diversas razas de hombres, en la antigüedad del globo etc., y sigo con el exámen de las razones histórico-críticas (2).

CAPITULO XLV.

OBJECIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS.

Los profetas de Israel habian desde mucho tiempo atrás anunciado la mision del Hijo de Dios. Llegó por fin el momento de su venida, y las profecías fueron cumplidas al pié de la letra.

No se predice el hecho, porque ha de suceder, sino que sucede porque ha sido predicho. Asi lo comprueban los mismos Evangelios diciendo á cada paso con la mayor candidez. «Y Jesús hizo esto *á fin de que se cumpliera la palabra del profeta*.» Mas sin detenernos á combatir vuestro futil argumento, os demostraremos, que lo que anuncia la venida de Cristo no nace mas que de la torpe ignorancia de los Hebreos, pues convirtieron en profecías el calendario egipcio que no llegaron á entender. Allí se ve todo el misterio de la Vírgen y su Hijo, que no significa otra cosa sino el oriente y ocaso de diversas constelaciones. Los Hebreos al salir de Egipto, se llevaron consigo esos signos, y de allí á poco los convirtieron en las mas absurdas fábulas.

Aun hay mas: no está tampoco enteramente de-

(2) Autores de donde he tomado esas objeciones: BAYLE; *Cartas de Diderot al rey de Prusia*; TOLANDO, VOLTAIRE *Diccion. filosof.*, HUME'S *Philosoph. Essay*; LE BOUCHER, BUFFON, etc.

mostrado, que en ningun tiempo haya existido un hombre llamado Jesús que haya sido crucificado en Jerusalem. ¿Qué pruebas existen de semejante suceso? Los Evangelios. ¿Admitireis en un proceso como documentos válidos los indudablemente escritos por una de las partes? Decimos esto, como suponiendo que creemos en la autenticidad del Nuevo Testamento (lo cual estamos muy lejos de creer como se verá en lo sucesivo). Lejos de encontrar nada en la historia que admite la verdad de la existencia de Jesucristo, vemos, segun los autores latinos, que hablan con el mayor desprecio de la secta naciente (1), que los Evangelios no eran literalmente entendidos ni aun por los mismos cristianos primitivos. Considerábanlos como una especie de alegorías ó misterios, en los cuales se hacian iniciar como en los de Eleusis.

Mas hay tambien que advertir, que habeis á vuestro placer suprimido una multitud de Evangelios calificándolos de apócrifos, sin embargo de no serlo ni mas ni menos que los otros. En ellos se notan tantas contradicciones (que no habeis podido hacer desaparecer completamente ni en los mismos Evangelios que nos habeis dejado) que necesariamente hay que inferir, que en sus principios la historia de Jesucristo no fue mas que un cuento que cada cual referia á su manera.

Los primeros cismas de la Iglesia acaban de corroborar esta opinion. Los Padres no estaban de acuerdo ni en cuanto al fondo ni en cuanto á la forma. ¿Cómo puede creerse que estando tan reciente el suceso, ignorasen la verdad? Demuéstrase pues por ese encontrado choque de sentimientos opuestos, que el sistema del cristianismo no habia aun llegado á formarse, y que cada cual lo iba modificando á su modo. Por consiguiente nada está al parecer menos demostrado que la existencia de Cristo.

Vayamos mas allá. Admitamos la realidad de su vida y la autenticidad de los Evangelios. De la simple lectura de estos mismos, resulta destruida la divinidad de Jesús. ¿Por ventura, no vemos que cuantas personas decentes habia en Jerusalem, sacerdotes, magistrados, finalmente esa clase de hombres cuya opinion en todos tiempos es mas apreciada que la del populacho, consideraron al Cristo como un impostor que trataba de adquirirse prosélitos? Pidiéronle que hiciera milagros públicamente, pero no pudo hacerlos, siendo asi que resucitaba muertos entre la canalla. En sus contestaciones jamás se le oyó dar una respuesta terminante; hablaba con oscuridad á la manera del oráculo de Delfos. Por lo tocante á su resurreccion, todo el misterio queda explicado suponiendo que se dió un poco de vino y de dinero á los guardas del sepulcro ¿A quién apareció despues de su salida triunfante de la tumba? A sus discípulos, á unas mujeres crédulas, á unas personas que estaban interesadas en que se prolongara la impostura. No apareció á los sacerdotes, ni al pueblo, ni á los magistrados que le vieron perecer y que estaban bien seguros de que ya no existia. Vamos á examinar los dogmas (2).

CAPITULO XLVI.

OBJECIONES CONTRA EL DOGMA.

Intrínseca y extrínsecamente parece demostrado, que los Evangelios nunca fueron predicados por Jesús ni escritos por sus discípulos. Fueron segun todas las probabilidades, compuestos en Alejandría durante los primeros siglos de la Iglesia.

(1) Afflicti suppliciis christiani, genus hominum superstitionis novæ ac maleficæ. (SUETON., *in Neron.*) No habla tampoco Tácito en mejor sentido de los cristianos.

(2) Refiérense estas objeciones á los mismos autores citados al fin del capítulo anterior.

Despues de las conquistas de Alejandro y la institucion del reino egipcio por los Tolomeos, se trasladaron á Alejandría las escuelas filosóficas de la Grecia y en esta ciudad brillaron con nuevo esplendor. De la situacion topográfica de aquella localidad, que constituia el paso del Oriente al Occidente, resultó que las opiniones de los filósofos de la India, las de los magos de la Persia, las de los antiguos sacerdotes del Egipto, y las de la filosofía del Oeste, vinieron á concentrarse en un foco comun de errores y de luces. En la biblioteca de Alejandría y en medio de aquella multitud de sectas, es en donde evidentemente fueron compilados los Evangelios, que nada mas son que una miscelánea de las diversas doctrinas acumuladas en un cuerpo, y revestidas con el lenguaje oriental. Su autor ó autores fueron sin disputa personas dotadas de un brillante ingenio y de sensibilidad de corazon Reuniendo la moral de todos los sabios, la sencillez, la pureza de las lecciones de Sócrates, y la elevacion de los principios de Confucio y de Moisés, supieron comunicar á la obra la ternura propia de su alma, y animándola con la interesante narracion alegórica de Cristo consiguieron dar el mas alto atractivo á su obra. Tal es la historia de la parte moral de los Evangelios: de sus dogmas diremos lo siguiente:

El misterio de la Trinidad está tomado de la escuela de Platon. Dios, el espíritu, ó las ideas, el alma del mundo, ó el hijo incorporado á la materia (3). Del Whisnou de los Brahmas se deriva el misterio de la Encarnacion (4), que por otra parte corresponde tam-

(3) Véanse los diversos sistemas en los artículos de los filósofos griegos y persas. No faltan filósofos modernos que hayan asegurado que Jesucristo no era otra cosa mas que el mismo Platon, de quien tambien se dice haber salido del seno de una vírgen. Tambien los indios tenian una trinidad, á saber: Sree-Mun Narrain, Mhah Letchimy, una hermosa mujer (como el hijo, emblema del amor), y la Serpiente ó el Espíritu. (*Sketches on the Mythology and Customs of the Hindoos*, pág. 11.)

(4) Whisnou no era el único Dios de los indios que se hubiese encarnado. Véase una de las Encarnaciones de Sree-Mun Narrain. Esta divinidad principal de los indios con sus inseparables compañeros Mhah Letchimy y la Serpiente resolvió encarnarse para corregir los grandes abusos que se habian introducido entre los hombres. Narrain tomó la figura del guerrero Ram; Letchimy se convirtió en esposa suya con el nombre de Seetah Devee, y la Serpiente se metamorfoseó en un jóven llamado Letchimum, hermano y compañero de Ram. Cierto dia que pasaban por un desierto, Ram tuvo que separarse de su esposa, y la confió durante la ausencia á su hermano. Por de pronto ninguna novedad les ocurrió; pero habiendo un famoso mago visto á Seetah se enamoró perdidamente de ella, y para separarla de su fiel compañero, se convirtió en un ave del mas brillante plumaje. Apenas la débil esposa de Ram vió al ave pérfida, suplicó encarecidamente á Letchimum se apoderara de ella. En vano fue que el jóven le hiciera presente el peligro á que iba á quedar expuesta: deseo de mujer es irresistible: Leetah, sorda á todas las reflexiones, acusó en un momento de despecho á su cuñado de haber tenido intenciones criminales respecto de ella. Letchimy al oir esta acusacion no vaciló un momento: pero antes de separarse de la ingrata belleza para ir á correr tras del ave, trazó un círculo alrededor de su cuñada advirtiéndole que mientras no saliera de aquella circunferencia nada tenia que temer. No bien el jóven se alejó de aquel sitio cuando el mago tomando la forma de un decrépito anciano se apareció á Seetah suplicándole le diera un poco de agua para mitigar la abrasadora sed que le devoraba. La desdichada y compasiva esposa de Ram salió fuera del círculo fatal y cayó en poder del cruel hechicero.

El autor de donde yo he tomado esta anécdota nada dice acerca de la conclusion de la aventura. Solo puede inferirse que el mago no consiguió el objeto tan pérfidamente solicitado, pues no fiándose Ram de las protestas de su esposa despues de haber vuelto á reunirse con ella, le mandó justificar su inocencia por medio de la prueba del fuego. Seetah caminó sobre hierros candentes, «pero sus pies, segun dice el autor, bronceados por la inocencia pasaron sobre las ascuas como por una senda de flores.» (*Sketches of the Mitology of the Hindoor.*)

bien al sistema del alma del mundo de los Académicos. La Vírgen, como ya lo hemos dicho, encierra un emblema astronómico. La persecucion, el martirio y la resurreccion de Cristo, no son mas que el dogma alegórico persa, concerniente al principio del bien y al del mal, segun cuya alegoría, el segundo destruye por de pronto al primero, pero vuelve á renacer, y triunfa á su vez del principio del mal. La doctrina de la renovacion de las cosas, y de la resurreccion de los cuerpos despues del incendio general del universo, procede de la secta de Zenon, ó sea de los fatalistas. Fácil seria, dicen los filósofos, ir desmenuzando de esa manera todos vuestros Evangelios, y enseñaros las piezas de que se componia su edificio: basta, empero lo dicho para haceros ver de donde han sido tomados vuestros dogmas fundamentales. Ahora vamos á dirigir nuestra atencion hácia la disciplina de vuestra Iglesia (1).

CAPITULO XLVII.

OBJECIONES CONTRA LA DISCIPLINA.

Decís que el mismo Dios es el que ha establecido vuestra Iglesia y que en ella respira por todas partes su orígen divino. Verdaderamente es preciso que supongais que los hombres son muy estúpidos, muy ignorantes. Vuestras gerarquías de cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes, diáconos y subdiáconos son instituciones egipcias. En ellas existia un hierofante, del cual dimanaba una serie de sacerdotes que variaban de nomenclatura y de facultades en razon de la mayor ó menor distancia de su gefe supremo. El Oriente y el Occidente os dieron el modelo de vuestras ceremonias y vestiduras. Vosotros imitásteis los coros de niños, la marcha en dos filas, las oscilaciones del incensario, la genuflexion y el canto en ciertas señales convenidas; imitásteis todo esto vuelvo á decir de las pompas áticas y romanas. Aun conservais en vuestras ceremonias fúnebres el canto que en iguales circunstancias se usaba en Atenas en tiempo de Pericles, y los individuos de muchas de vuestras sectas gastan todavía sandalias al modo de los griegos. El uso de la tapicería, la exposicion de cuadros, las lámparas, los doseles y los vasos de oro y plata los habeis tomado del culto oriental. Pero, ¿qué es lo que decimos? Llevais sobre vosotros mismos sin saberlo las señales del paganismo! La tonsura, la estola, la hostia y el sacramento que alguna vez brilla en vuestras manos, ¿son acaso nada mas que los símbolos usados entre los sacerdotes persas para representar el disco, y los rayos del astro que era objeto de su culto? ¿Si los magos resucitaran ¿cómo no habian de creer al ver vuestras mitras, vuestras túnicas, vuestras sobrepellices y vuestras capas que no erais miembros de sus sectas, diseminados entre los pueblos bárbaros?

Los detalles de vuestras ceremonias presentan las mismas semejanzas. Sabido es que la comunion es una institucion judáica. La época de vuestras festividades corresponde exactamente á las de los antiguos. Hasta en vuestras oraciones habeis conservado la forma latina. La misa de ramos, en la cual durante el siglo XI, el pueblo acostumbraba repetir por tres veces seguidas un rebuzno despues del *Ite missa est*, ocultaba una de las mas obscenas alegorías de la antigüedad. El carnaval antes del dia de ceniza no es mas que un resto tradicional de las bacanales. Finalmente es cosa clara que vuestra disciplina se deriva de la de los sacerdotes del politeismo. (a).

No os condenamos absolutamente por eso, siguen diciendo los filósofos; nada mas queremos sino que seais de buena fe, y no os empeñeis en decir que en todas esas cosas se echa de ver su celestial orígen (2). No dejamos de conocer que sin la solemnidad del culto nunca hubiérais convertido los pueblos al cristianismo. En ese particular damos la preferencia á la secta romana. Es ridículo ser luterano, calvinista, cuáquero, etc., esto es admitir con pequeñas salvedades lo absurdo del dogma, y deshechar la religion de los sentidos, única que conviene al pueblo. No es mas difícil creer en el todo que en una parte, y una vez admitiea la Encarnacion, poco mas puede costar el admitir la presencia real.

Tales eran las objeciones de los filósofos modernos contra el cristianismo, objeciones de las cuales no he entresacado mas que un escasísimo número. Siento extremadamente que mi asunto no me permita reproducir las victoriosas razones con que los Abadie, los Houteville, los Bergier y los Warburton han combatido á sus antagonistas, y remito el lector á las obras de esos sabios y piadosos escritores (b).

Yo que estoy muy poco versado en estas materias repetiré sencillamente á los incrédulos, no valiéndome mas que de mi propia razon lo que ya les he dicho anteriormente. «Vosotros destruis la religion de la patria, sumergís el pueblo en la impiedad, y no proponeis ningun otro medio en que con toda seguridad pueda escudarse la moral. Cesad de proponernos esos sistemas de una cruel filosofía; no arrebateis al desgraciado su última esperanza. ¿Qué importa que sea una ilusion, si con ella puede aliviar en parte el peso de la vida, si con ella pasa mas tranquilo las noches en su lecho solitario y humedecido de lágrimas, si ella es finalmente la que le hace cumplir sus buenos propósitos, y tributa el postrer servicio á la amistad, cerrándole los ojos, despues que solo y abandonado en el lecho de miserias, ha exalado el último suspiro? (c).

CAPITULO XLVIII.

DEL ESPÍRITU SACERDOTAL ENTRE LOS ANTIGUOS Y ENTRE LOS MODERNOS CONSIDERADO EN UN GOBIERNO POPULAR.

Hemos consagrado el fin de este primer libro á investigaciones acerca de los diversos cultos. Los sacerdotes estan tan inmediatos á este asunto, y tan considerable ha sido su influencia en todos los siglos que no puedo prescindir de hablar brevemente acerca de ellos. Sé muy bien que esta sola materia exigiria un libro aparte; pero ya no tengo mas que algunos pocos capítulos que consagrarle.

Bajo la denominacion de sacerdotes comprendo los ministros dedicados al servicio del altar, que algunas veces tienen virtudes y algunas veces vicios; que viven de las preocupaciones del pueblo, como otras muchas profesiones; que no son ni mas ni menos perversos que el resto de su siglo, ni mas buenos, ni mas malos que los demás hombres (d).

(1) En este capítulo he citado las opiniones de los autores mencionados y ademas las de VOLNEY en las ruinas de Palmira.

(a) SAINT-FOIX. *Ensayo sobre Paris.*

(2) Nunca ha supuesto la Iglesia que las vestiduras de los sacerdotes, ni los ornamentos de los altares etc. tuviese un orígen celestial. Yo he discurrido mas acertadamente en el Genio del Cristianismo, cuando para inspirar amor á la magestad de nuestro culto he demostrado que se referia á las mas nobles vestiduras de la antigüedad, y á las mas venerables tradiciones históricas. (N. ED.)

(b) Habiendo citado contra la religion unas tan miserables autoridades como Diderot, Tolando etc. no debe extrañarse que cite en favor de ella los Abadie, los Warbunton, los Clarke etc. (N. ED.)

(c) He citado este párrafo en el prefacio del *Ensayo* y uniéndolo á otro en que declaro que referiré las opiniones de otros autores *sin admitirlas por mi parte*, destruye casi completamente el efecto de esos miserables y odiosos capítulos. (N. ED.)

(d) Algo duro es este párrafo, pero no puede tachársele de parcialidad. (N. ED.)

Los sacerdotes de la antigüedad nos presentan un espíritu algo diferente de los de nuestra época: lo cual depende de la situacion política de las naciones. Estableceremos, pues, una distincion entre los sacerdotes que viven en un estado monárquico, y los que habitan en una república. Principiaremos por estos últimos.

Entre los griegos y romanos era considerable la influencia que el sacerdocio ejercia y como que el estado se hallaba administrado bajo una forma popular el interés de los ministros del culto propendia á la libertad. Las respuestas del oráculo de Delfos por lo general estaban dictadas con arreglo á un espíritu de independencia, sin embargo siempre tenian la astucia de dejar lugar para una evasiva, y en las bóvedas del templo se veian suspendidos los donativos de los tiranos lo mismo que las ofrendas de los patriotas. En cuanto á ese particular el clero moderno y el antiguo se parecen completamente.

Otra analogía. La casta religiosa de Atenas no era menos susceptible de entregarse á persecuciones que los ministros del cristianismo (a). Los sofistas no tenian mas seguridades en Grecia que los enciclopedistas en Francia; mas como la ley en aquel país protegia al ciudadano, el magistrado absolvia al acusado de impiedad, no siendo que el cargo que contra él se hacia estuviese evidentemente patentizado. No se necesitaban en Francia tantas sutilezas para encerrar á un filósofo en la Bastilla (b). Pasemos á examinar las diferencias.

Desde luego se nos presenta á la vista una muy importante. Los sacerdotes de Grecia ejercian bastante influencia sobre las masas del pueblo; pero ninguna absolutamente sobre los particulares; nuestro clero por el contrario nos rodea y nos asedia. Apodérase de nosotros al salir del seno de nuestras madres, y no nos abandona hasta depositarnos en la huesa. Hay hombres que representan el papel de los vampiros, y que nos chupan el dinero, la sangre, y hasta el pensamiento (c).

Segunda diferencia: entre los antiguos, particularmente en Roma no era conocido por parte de los ministros del culto ese sistema de corporacion que tanta fuerza comunica á los asuntos religiosos. Los representantes de los dioses, dispersos en el Estado, no se apoyaban mutuamente, y por lo tanto no podian ser dañosos como simples particulares á las libertades públicas. La constitucion gerárquica de la Iglesia Romana, en la sociedad moderna, infundia un espíritu demasiado temible de corporacion á todo el clero. Por lo demás los depositarios del culto en Grecia, graves, mesurados y virtuosos, sabian contenerse en los decorosos límites de su profesion (d). Nuestros abates de manteo corto hacian ostentacion en París del vicio, de la ridiculez y de la tonteria (e); apenas podria concebirse como tales hombres se atrevian á dar semejante espectáculo de sí mismos al público, si no se tuviera conocimiento de la estupidez y perversidad que dominan en el mundo. Cuando contemplo algunos personajes de la sociedad los comparo con ciertos estafadores que suelen concurrir á los paseos públicos, vestidos á propósito de un modo extravagante. En tanto que la multitud embobada se reune para contemplar la extremidad de la cinta encornada, azul ó negra que va flotando sobre el trage del supuesto arlequin, este va despojando con toda sutileza el bolsillo de los curiosos. Por lo regular el mas cargado de condecoraciones es el que hace fortuna (f). Sin embargo despues de examinada atentamente la cuestion debe decirse que los sacerdotes son necesarios á las costumbres, y excelentes en toda república, y que sin poder causar mal al Estado pueden por el contrario hacerle mucho bien.

CAPITULO XLIX.

DEL ESPÍRITU SACERDOTAL ENTRE LOS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS CONSIDERADO EN UN ESTADO MONÁRQUICO.

Mas si el espíritu sacerdotal puede ser saludable en una república (g), puede tambien por el contrario llegar á ser terrible en un estado despótico, por la razon de que sirviendo de retaguardia al tirano, legitima la esclavitud haciéndola santa á los ojos del pueblo (h).

Los sacerdotes de la Persia y del Egipto fueron enteramente parecidos á los nuestros. Su espíritu se componia igualmente de fanatismo y de intolerancia (i). Los magos hicieron saquear y reducir á ce-

(a) Los ministros de la *filosofía* han sido menos propensos á la persecucion que los ministros del cristianismo. (N. ED.)

(b) Soy en este particular extremadamente injusto aun hablando en sentido histórico. En Atenas se condenaba á destierro y aun á la última pena por un simple escrito y á veces por un solo verso. No debe quitarse la vida, ni aun encarcelar á nadie por causa de la religion; pero el historiador tampoco debe desnaturalizar los hechos. No es oportuno presentar á los filósofos como perseguidos por el clero cuando en realidad este se veia á los piés de aquellos. No debiera yo haber ignorado esta circunstancia, pues cuando escribí ese párrafo tenia á la vista una multitud de venerables prelados y millares de sacerdotes desterrados de su patria y andando por las calles de Londres. (N. ED.)

(c) De todas esas innobles injurias he dado satisfaccion en el Genio del Cristianismo.

(d) No es cierto: la templanza y comedimiento de los ministros de aquellas locuras divinizadas, Baco, Mercurio, Cibeles, Priapo y Cupido consistia en prostituirse, correr como unos delirantes por el campo, ó representar el papel de saltimbanquis en las calles y plazas públicas. (N. ED.)

(e) Esto está escrito de un modo muy vulgar é injusto. Los vicios de algunos individuos no pueden ser considerados como carácter constitutivo de una corporacion. (N. ED.)

(f) Muy mal estaba yo con la sociedad. No queria perdonarle cuando era yo jóven el mal que me habia hecho. En la actualidad como que estamos ya casi á punto de separarnos no le profeso ningun rencor, y conozco que en mis anteriores observaciones no campeaba la mayor exactitud. He sido yo tambien á mi vez condecorado con multitud de cintas, mas ¿he logrado por eso encadenar la fortuna? (N. ED.)

(g) No sé por qué los sacerdotes han de ser mas útiles en una república que en una monarquia. Mi opinion actual es enteramente contraria y creo que mas exacta. ¿Contemplo por otra parte la cuestion bajo el punto de vista que se merece? Política y filosoficamente hablando, hubiera sido preciso demostrar lo que eran los sacerdotes en Grecia y en Roma considerados en el órden social, qué parte tenian en los asuntos políticos, en qué participaban del poder, y cómo influian en el destino del Estado bien sea que salieran ó se limitaran al círculo de sus instituciones. No puede decirse que unos hombres que en ciertos casos podian aplazar ó disolver las asambleas del pueblo é impedir ó mandar dar una batalla fuesen personas que carecian de autoridad política mayormente cuando las funciones pontificales eran generalmente patrimonio de ciudadanos poderosos y llenos de ambicion. Por lo tanto me veo precisado á confesar paladinamente que no supe en este pasaje del Ensayo, absolutamente lo que decia, y que bajo todos aspectos lo considero, como uno de los mas miserables de la obra. (N. ED.)

(h) Si yo no hubiera nunca dicho mas que cosas parecidas á esa no me habria hecho acreedor mas que á una reprension fraternal. (N. ED.)

(i) Aun me inspira el mismo horror el fanatismo y la intolerancia; pero el espíritu de los sacerdotes cristianos no está en verdad plagado de semejantes afectos. Esos sacerdotes han sido alguna vez fanáticos é intolerantes segun los siglos; pero hasta en esas mismas épocas en que tenian que ceder al imperio de las costumbres se han distinguido frecuentemente por ser mas ilustrados y caritativos que sus contemporáneos. Dos obispos se opusieron á las matanzas de S. Bartolomé, y aunque Roma los aplaudió y aunque algunos sacerdotes indignos de tal nombre se han distinguido por su furor en diversas ocasiones, no deben achacarse las faltas de un particular á toda la corporacion á que pertenece. (N. ED.)

nizas los templos de la Grecia cuando ocurrió la expedicion de Jerjes. Ellos, los que gobernaban el trono y dominaban exclusivamente en su consejo: sin embargo se distinguian de los ministros del culto cristiano por dos rasgos característicos.

Aquellos no creian en la religion que enseñaban; profesaban en secreto otras doctrinas y dirigian sus oraciones al verdadero Dios que gobierna el mundo. Nuestros sacerdotes, en su totalidad profesan los mismos dogmas que predican (a).

La segunda diferencia característica consiste en la ilustracion. Aquellos, particularmente los magos, estudiaban las ciencias; nuestro clero por el contrario hace voto (b) de renunciar á su estudio. Ambos caminos conducen á un mismo objeto: igualmente se domina desde el fondo del tonel de Diógenes que desde lo alto del observatotio de Babilonia.

Pero una institucion particular ha contribuido á dar á nuestros ministros un espíritu diferente del de los sacerdotes de la antigüedad; hablo de la confesion auricular. Esta institucion ha sido uno de los grandes textos de las declamaciones de los filósofos. ¡Cómo ha de ir, dicen estos, tal vez la inocencia á depositar sus secretos en el seno del crímen, el pudor en el de la inmoralidad, el hombre libre á revelar su pensamiento al tirano! ¡Cómo han de confiarse las indisposiciones entre dos amigos, entre el esposo y la esposa, en fin todo aquello de que solo Dios y nosotros debemos tener conocimiento, cómo ha de confiarse, repiten, á un hombre débil y sujeto á nuestras mismas pasiones! ¡Sacerdote me arrodillo ante tu tribunal: he pecado; he hecho traicion á la amistad, á la hermosura, á la juventud y á la inocencia... Mas yo te veo empalidecer! ¿Serias tú tambien culpable? ¡Pues que! ¿No eres hombre? Sé, pues, mi amigo, pero no juez; consuélame y permite que te consuele: supliquemos pues á ese Dios que nos creó débiles consienta que mutuamente podamos apoyarnos, á ese Dios que por toda penitencia nos dió el remordimiento (c). Asi raciocinan los filósofos.

(a) Por lo menos esta confesion hace honor al clero. (N. ED.)

(b) ¿Habia yo perdido el juicio? ¿Cuándo ha hecho voto el clero de renunciar al estudio de las ciencias? ¿No es él por ventura quien las salvó del naufragio de la barbarie? etc etc. Semejante aserto bastaria por sí solo para desacreditar un libro. Vea el lector en el *Genio del Cristianismo* probado enteramente el extremo contrario con la enumeracion de los servicios que el clero ha prestado á las ciencias. (N. ED.)

(c) La confesion sigue al bautismo. La Iglesia con la prudencia que le es exclusivamente propia ha fijado la época de la confesion en la edad en que puede concebirse la idea del crímen; pues no hay duda de que á los siete años ya tiene el niño nociones del bien y del mal. Todos los hombres, hasta los mismos filósofos por mas que en otros puntos hayan discrepado sus opiniones, estan acordes en considerar el sacramento de la penitencia como una de las mas fuertes barreras contra el vicio y como obra maestra de la sabiduría. «¡De cuántas restituciones, é indemnizaciones no ha sido causa la confesion, dice Rousseau, entre los católicos!» Segun Voltaire, «la confesion es una cosa muy excelente, y un »freno para el crimen inventado en la antigüedad mas remo»ta: acostumbrábase ya la confesion en la celebracion de to»dos los antiguos misterios. Nosotros hemos imitado esa sa»bia institucion, muy buena para inspirar perdon á los co»razones roidos de encono.»

Sin esa saludable institucion el culpable tendria que caer en el desaliento. ¿En qué seno descargaria el peso de su corazon? ¿Seria en el de un amigo? ¡Ah! ¿Quién podrá contar con la amistad de los hombres? Los desiertos estarian resonando incesantemente para el criminal con aquel ruido de trompetas que el parricida Neron creia oir en torno del sepulcro de su madre. Qué dulce debe ser encontrar un Dios dispuesto á perdonar cuando los hombres y hasta la misma naturaleza son inexorables. Solo la religion cristiana pudo hacer dos hermanas de la inocencia y del arrepentimiento. (*Genio del Cristianismo*, parte 1.ª lib. 1.º, cap. VI.) (N. ED.)

Concluyamos con algunas observaciones generales.

El espíritu dominante del sacerdocio debe ser el egoismo (d). Viéndose el sacerdote aislado en el mundo y extralimitado de la sociedad, no puede menos de concentrarse en sí mismo, y al ver que todos los hombres se ocupan de los intereses que les afectan, no puede menos de dedicarse tambien al suyo propio. Careciendo de mujer y de hijos, rara vez podrá ser buen ciudadano, porque mirará con indiferencia la marcha del Estado. Para tener amor á la patria es preciso haber dado como Enrique IV una vuelta por su habitacion llevando los hijos á la espalda (e).

Otro rasgo general del carácter de los sacerdotes: el fanatismo. En ese particular los sacerdotes son parecidos á todos los demás hombres: cada cual procura hacer valer el comercio de que vive. Estamos sentados en la sociedad como los mercaderes detrás del mostrador de sus tiendas: el uno vende leyes; el otro abusos; quién mentiras; quién esclavitud: el hombre mas honrado es el que menos falsifica las drogas que vende, despachándolas en su estado de pureza, sin disimular su natural amargura con rótulos de libertad, de patriotismo y religion (f).

Finalmente, debe tambien el odio dominar entre el clero, por la razon de que constituyen una corporacion. No es propio de la índole del corazon humano el asociarse para hacer bien, y en eso consiste el gran peligro de los clubs y las cofradías. Los hombres acostumbran poner en comun sus odios, pero casi nunca su amor (g).

CAPITULO L.

DEL CLERO ACTUAL DE EUROPA.—ESTADO DEL CLERO EN FRANCIA.

Pasemos á examinar el estado del clero en Europa, principiando por el de Francia.

El clero galicano puede dividirse en tres clases, á saber; obispos, abates y párrocos.

Los obispos al estallar la revoludion participaban tal vez demasiado del antiguo espíritu de su órden, pero generalmente eran instruidos y caritativos; conocian mejor que la alta nobleza, el estado de la opinion porque vivian con el pueblo, y si todos hubiesen imitado la conducta de algunos de su clase que tanto se distinguieron por la pureza de costumbres, es de presumir que se hallarian aun al frente de sus rebaños. Pero á pesar del conocimiento que tenian del genio nacional, no se elevaron bastante á la altura del siglo; aunque en este particular fueron menos ignorantes que los cortesanos, cuya ineptitud por lo tocante á este particular fue hasta repugnante (h). He conocido personas que en 1789 me decian: ¡La revolucion! De aquí á tres ó cuatro años se hablará de ella como del sonambulismo, ó como del asunto del collar. ¡Desde aquel punto preví que nos amenazaban grandes calamidades!

(d) Esto podria ser cierto para cualquiera clase de sacerdote que no lo fuera del cristianismo. El ministro cristiano no puede separar su atencion de la caridad evangélica, que incesantemente le está inspirando todas las santas ternuras del alma, y el sacerdote no puede menos de ser, atendiendo al espíritu de aquella, el hombre mas compasivo, el hermano mas tierno y el amigo mas leal, y como su divino Maestro, *va practicando el bien.* (N. ED.)

(e) Nuestros revolucionarios, los mas atroces, aquellos tigres que se embriagaban de sangre francesa adoraban á sus hijos: en ningun tiempo hubo mejores padres y *¡como amaban la patria!* (N. ED.)

(f) Mucho sentiria tener en la actualidad tal fondo de desprecio hácia la raza humana. (N. ED.)

(g) Si eso fuera cierto seria preciso reducir á cenizas las ciudades. (N. ED.)

(h) Este juicio no es demasiado parcial para un novel filósofo. (N. ED.)

Los abates que forman la segunda clase del clero, han sido en parte lo que ha provocado ese diluvio de odios que ha caido sobre la cabeza del clero. Sin embargo no debemos perder de vista que los Raynal, los Mably, los Condillac, los Barthelemy, y otros mil sugetos distinguidos pertenecian á esa segunda clase (a).

El clero parroquial se hallaba, es cierto, lleno de preocupaciones y de ignorancia: pero por la sencillez de su corazon, por la santidad de su vida, por su pobreza evangelica y por su caridad celestial, podia ser considerado como la parte mas respetable de la nacion. He conocido algunos, que mas que hombres parecian espíritus benéficos que habian descendido á la tierra para consolar las miserias de la humanidad. Frecuentemente se despojaban hasta de sus propios vestidos para cubrir la desnudez de sus semejantes, y no pocas veces cercenaron su propio alimento para repartirlo entre los menesterosos. ¿Quién se atreveria á criticar á tales hombres por alguna severidad de opinion? ¿Quién de nosotros, orgullosos filántropos querria durante el rigor del invierno, ser despertado á media noche para ir en medio de la oscuridad á llevar lejos, tal vez al campo, un Dios de vida al indigente que está espirando sobre un lecho de paja? ¿Quién de nosotros querria tener constantemente a la vista el abrumador espectáculo de la miseria, sin contar con elementos para poderla socorrer? ¿Verse rodeado de una familia medio desnuda, cuyas hundidas mejillas, cuya vista extraviada anuncia el desasosiego del hambre y de todas las necesidades? ¿Nos resignariamos a seguir al párroco que pasa á la morada del dolor y del crímen, a consolar al vicio y la inmoralidad que se presentaran á sus ojos bajo las formas mas asquerosas, y á derramar esperanzas en un corazon que se cree incapaz de tenerlas? ¿Quién de nosotros se avendria á separarse del mundo de los dichosos, para consagrarse sin reposo á una vida de miserias, sin mas perspectiva de recompensa por tantos favores dispensados, que la de recibir al espirar ingratitud por parte de los pobres y calumnias por parte de los ricos? (b)

De este ventajoso estado del clero en Francia puede uno prometerse la consoladora idea de que el cristianismo subsistirá por mucho tiempo (c). El sacerdote que vive en medio del pueblo, siendo casi tan indigente como él, es un compañero de desgracia, de quien el miserable hara siempre lo posible por no separarse. El protestantismo no seria nunca á propósito para mis compatriotas (d): no podrian estos cobrar afecto á un ministro que viviera distante de su condicion, y á quien tal vez no verian mas que un momento los dias de fiesta: los franceses exigen que su párroco sea popular; que esté continuamente a su lado para adorarlo, y alguna vez hasta para llenarlo de injurias. El francés es la criatura mas apasionada; necesita que se le hable con calor, con expresion y con intimidad. Pero téngase tambien entendido que ese íntimo contacto del pastor con el menesteroso, es uno de los vínculos mas respetables que han llegado á formarse entre los hombres (e). El cristianismo ha adquirido nuevo vigor en Francia por la persecucion que acaba de sufrir el clero, y es de presumir que por esta circunstancia durará algunos años mas que si se le hubiera dejado en reposo (f).

(a) Al fin hago justicia á los abates. (N. ED.)

(b) En vista de este elogio que he copiado en el *Genio del Cristianismo* se comprende lo inoportuno que ha sido decir en el capítulo anterior que el espíritu del sacerdocio es el egoismo. (N. ED.)

(c) Exactamente. ¿Por qué razon habré dicho pues anteriormente que el cristianismo habia recibido un golpe mortal y que no se repondria ya de él? (N. ED.)

(d) En efecto: la Francia podria llegar á ser impía ó indiferente en materia de religion, pero protestante, nunca. (N. ED.)

(e) ¿Por qué pues habré hablado del egoismo de los sacerdotes? (N. ED.)

CAPITULO LI.

DEL CLERO EN ITALIA.

La multitud de órdenes monásticas que hay en Italia contribuye á sostener la supersticion. ¿Quién creeria que á fines del siglo XVIII iban aun los nobles de Roma peregrinando descalzos, y la soga al cuello para conseguir el perdon de algun asesinato? Mas como en todas las cosas hay siempre un principio de contrariedad, resulta que los lazos de la religion estan por esa misma credulidad mas próximos a romperse.

En todos tiempos los italianos estuvieron divididos en dos sectas, la una de ateos y la otra de supersticiosos: ese parece ser el necesario resultado de su posicion tan inmediata á los abusos y vicios de la córte de Roma (g). La degeneracion del carácter moral, mas adelantada en Italia que en ninguna otra parte de Europa, será tambien una de las causas que acelerará la caida del cristianismo (h).

CAPITULO LII.

DEL CLERO EN ALEMANIA.

En Alemania es donde probablemente encontrará la religion su último asilo, porque en ese país se sostiene por la fuerza moral del pueblo, y por las luces y virtudes del clero. He visto venerables pastores predicar en la puerta de su campestre presbiterio á unos hombres honrados que al parecer estaban tan conmovidos con las sencillas razones de su pastor, que me creí trasportado á los tiempos en que el Dios de Jacob hablaba con los patriarcas en el borde de las fuentes.

CAPITULO LIII.

DEL CLERO EN INGLATERRA.

El cristianismo espirará en Inglaterra afectado de una profunda indiferencia. La razon de esa tibieza en materias de religion tan digna de notarse en aquel país, proviene de dos causas (i): del culto y del clero.

Del culto. No tiene la religion todas las formas exteriores necesarias: lo cual es un defecto general de todas las religiones reformadas: los ejercicios de piedad no son tan numerosos como debieran ser: en las poblaciones subalternas los templos permanecen cerrados durante toda la semana, y todo el culto exterior queda limitado á unas pocas oraciones en los dias festivos. Johnson se queja con frecuencia de semejante costumbre, y en vista de ella predice la caida del cristianismo.

Del clero. El ministro inglés, rico y hombre de

(f) *¡Algunos años mas!* Sin duda al escribir este párrafo me acordé repentinamente de lo que antes habia dicho y para no ponerme en evidente contradiccion conmigo mismo hice esa pequeña concesion de *¡Unos pocos años!* (N. ED.)

(g) Algo de verdad hay en esas reflexiones, pero las generalizo demasiado. No habria debido confundir los diversos Estados de Italia con Roma, ni hablar de la córte romana en tiempo de Pio VI, Pio VII y Leon XII como si aun estuviera bajo la dominacion de los Borgias. He confundido los tiempos, los hombres y las cosas. (N. ED.)

(h) Véase en refutacion de este pasaje lo que he dicho en otras varias notas, particularmente en una donde he citado algunos pasajes del *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

(i) Hablo únicamente de causas religiosas y no políticas. Compréndese que viéndose cada cual obligado á atender á sus intereses mercantiles no tiene mucho tiempo que poder pasar en las iglesias.

mundo, no tiene el contacto necesario con el pueblo, y á veces ni de sus mismos feligreses es conocido. El abuso de la no residencia causa grave perjuicio á la religion: un ministro desempeña precipitadamente sus funciones en dos ó tres parroquias campestres el domingo, y en seguida se retira y desaparece en su casa durante toda la semana. Considerado bajo el punto de vista filosófico, no se podria criticar ese género de vida á que se ha entregado el clero británico, pero religiosamente analizado, es indudable que acelera la caida del cristianismo. No puede uno figurarse la admiracion que causa en los extranjeros el oir que los ministros del culto ingleses asisten á los bailes; los dan en sus propias casas, y toman parte en diversiones en que no dominan mas que el vino y las mujeres. En una palabra, en nada se distinguen las costumbres de este clero de las del resto de sus compatriotas (1). Las luces, la erudicion, la filosofía y la generosidad que he encontrado en algunos miembros de la Iglesia Anglicana, me hacen deplorar en el fondo del corazon la ruina á que en mi concepto la fuerza de las cosas y la marcha del siglo van á precipitarlos. No me parece posible que su genero de vida pueda seguir por mucho tiempo acomodándose con sus grandes rentas; porque si bien son dueños de la primera, las segundas, esto es, las rentas, no pertenecen sino al pueblo. Perdóneseme el hablar con alguna severidad: profeso odio á la mentira, y hasta por agradecimiento me veo obligado á expresarme con esa franqueza, á fin de que el clero busque en su sabiduría los medios á propósito para conjurar la catástrofe que les anuncio.

CAPITULO LIV.

DEL CLERO DE ESPAÑA Y PORTUGAL.—VIAJE Á LAS AZORES.—ANÉCDOTA.

Considero al clero español y al portugués como no componiendo mas que una sola corporacion, y voy á referir un hecho que he presenciado, y que dará á conocer sus costumbres mejor que cuanto yo podia decir.

Hallándonos á la altura de de las Azores durante la primavera de 1791 y empezándonos á faltar el agua y provisiones, resolvimos tocar en dichas islas. En el buque que me conducia á América habia bastantes clérigos franceses que emigraban á Baltimore, bajo la direccion del superior de San... M. N. Entre ellos habia algunos extranjeros, y particularmente un jóven inglés llamado M. T. hijo de una excelente familia, y que acaba de convertirse al catolicismo (2).

(1) Esto presenta ademas el grave inconveniente de propender á aumentar la secta presbiteriana que se aprovecha de esa facilidad de costumbres para calumniar á los ministros ingleses. Asi es que los presbiterianos se aumentan en proporcion espantosa, porque la política viene tambien en apoyo de la religion. Es cierto que la religion de Inglaterra subsistirá mientras la constitucion del Estado; pero hay que tener mucha cuenta de que una parte del edificio no venga al suelo por efecto de la relajacion de costumbres; porque en tal caso seria inevitable la ruina total. Temamos las revoluciones. Si en Inglaterra llegara á ocurrir una en estos tiempos, la de Cromwell no habria sido mas que un juego comparada con ella: yo me sé la razon.

(2) Es demasiado curiosa la historia de ese jóven para que yo deje de referirla particularmente hallándome en Inglaterra donde podrá interesar á muchas personas: ruego pues al lector, termine esta nota antes de proseguir con la lectura del capítulo.

M. T. habia nacido de madre escocesa y padre inglés, que segun creo era ministro de W. (aunque por mas diligencias que he hecho no me ha sido posible indagar su paradero, sin duda porque me habré olvidado de los nombres.) El jóven habia servido en artillería y es indudable que su mérito le habria hecho progresar en esa carrera. Pintor, músico, matemático, y poseedor de varios idiomas, reunia los conocimientos útiles, y os que nos hacen amables en la sociedad

El 6 de mayo á las ocho de la mañana dimos vista al pico de la isla del mismo nombre que segun dicen

con las ventajas de una elevada talla y una hermosa figura.

Habiendo M. N. superior de San..... venido á Londres, segun creo en 1790 conoció al jóven M. T. Siendo tan astuto el primero como fogosa la imaginacion del segundo, no tardaron mucho en estar acordes en que este pasaria á Paris, pediria desde allí su licencia absoluta al duque de Richemont, abrazaria el catolicismo y despues de profesar iria con M. N. á América. Asi se hizo: el jóven á pesar de las cartas de su madre, que en realidad le arrancaban lágrimas, se embarcó para el Nuevo Mundo.

Uno de esos azares que deciden de nuestra suerte nos reunió á bordo de un mismo buque, donde no tardé mucho tiempo en descubrir aquella alma tan mal acomodada con las que le rodeaban; confieso que no me cansaba de admirar la rara casualidad que hacia figurar á un inglés rico y de buena familia en un grupo de sacerdotes católicos. El jóven echó de ver que yo comprendia su situacion: deseaba estrechar nuestras relaciones, pero temia al mismo tiempo á M. N. que ya le habia dado á entender que yo le era sospechoso y no le acomodaba que hubiera mucha intimidad entre los dos.

Nuestro viaje se iba prolongando y aun no habiamos tenido ocasion de franquearnos enteramente: por fin una noche pudimos quedar solos sobre cubierta y el jóven me refirió su historia. Le manifesté que si en realidad creia que la religion romana era mejor que la protestante, nada tenia que objetar respecto de su conversion, pero que á pesar de eso no podia menos de considerar como una insigne locura, de la que se arrepentiria amargamente, el que hubiere abandonado su patria, su familia y su fortuna, para ir al otro lado del mundo con un seminario ambulante. Le insté á que rompiera abiertamente con M. N. y diciéndome que no podia hacerlo por haberle entregado todo el dinero que tenia le ofrecí mi bolsillo, y le manifesté que mi designio era emprender una correria entre los salvajes despues de haber entregado mis cartas de recomendacion al general Washington, que si queria acompañarme en aquella interesante expedicion volveriamos á Europa, que yo en obsequio de su amistad pasaria á Inglaterra y lo entregaria en el seno de su familia, prometiéndole ademas escribir á su madre dándole cuenta de esa buena noticia. El jóven se avino á todo y desde entonces quedamos enlazados con una tierna amistad.

Ambos eramos apasionados á la naturaleza. Pasábamos noches enteras hablando cuando todo el resto de los pasajeros estaban entregados al sueño y no velaba mas que el cuarto vigilante. Algunas veces íbamos surcando por aquel inmenso mar, en tanto que brillaba sobre nuestras cabezas la magnífica iluminacion del firmamento tachonado de estrellas. No eran en tal caso indignas nuestras conversaciones del portentoso espectáculo que se nos presentaba á la vista, y de cuando en cuando se nos ocurrian pensamientos de aquellos que uno tedria vergüenza de anunciar en medio de la sociedad, pero que consideraria como una fortuna poderlos grabar en la memoria y confiarlos al papel. En una de aquellas hermosas noches, hallándonos á unas cincuenta leguas de las costas de la Virginia, é impedidos por una ligera brisa empapada con el aroma de la tierra compuso mi amigo un canto para una letrilla francesa en el cual se exaltaba abundantemente el espíritu de la escena que se lo inspiraba. He conservado en la memoria aquellas preciosas notas, y cuando alguna vez las repito en las actuales circunstancias, me veo dominado de emociones que poquísimas personas podrian comprender.

Antes de esa época, habiendo declinado considerablemente el rumbo hácia el Norte, tuvimos que abordar en la isla de S. Pedro (en la costa de Terranova.) Durante los quince dias que allí nos detuvimos, recorrimos mi amigo y yo las montañas de aquella espantosa isla perdiéndonos en medio de las nieblas de que sin cesar está cubierta. Complacíase la sensible imaginacion de mi amigo en aquellas escenas sombrías y románticas, y alguna vez vagando entre nieblas y ráfagas de viento, oyendo los bramidos del mar que se ocultaba á nuestra vista, y hallándonos al borde de algun turbio torrente que se precipitaba entre peladas rocas se ponia á declamar en su calidad de medio escocés pasajes de Osian, para los cuales improvisaba cantos salvajes que mas de una vez me han traido á la memoria el «*twas like the memory of joys that are part, pleasing and mouruful to the foul.*» Mucho siento no haber reducido á nota escrita aquellos cantos extraordinarios que habrian admirado á los aficionados y á los artistas.

Recuerdo que una tarde nos entretuvimos en colocar cuatro grandes pedruzcos en memoria de cierto infeliz, celebrado

excede en elevacion al de Tenerife y finalmente á las once y media anclamos en una mala rada, sobre un fondo de rocas.

La isla *Graciosa* que era adonde habiamos abordado está compuesta de pequeñas colinas cuyo contorno se encorva un poco hácia la cúspide, como el de las hermosas líneas de los vasos corintios. En aquel momento se hallaban cubiertas de verdes campos de trigo que exhalaba el suave olor particular á los campos de las Azores. En medio de las verdes campiñas se veian las divisiones simétricas, ó linderos de las heredades, construidos de las piedras volcánicas medio negras, medio blancas, hacinadas unas sobre otras.

Algunas higueras silvestres con sus hojas violáceas y sus pequeños frutos de color de púrpura colocados como granos de rosario en las ramitas, aparecian confusamente esparcidas por la campiña. Al pié de un monte en cuya cima dominaba un convento, se veian colorear sobre un terreno pedregoso los tejados de la pequeña ciudad de Santa Cruz. Toda la isla con sus recortes de bahías, cabos, colinas y promontorios se reflejaba en sentido inverso sobre la superficie de las olas. Grandes peñascos desnudos, verticales al plano del mar le servian de faja exterior, contrastando por sus colores oscuros con los festones de espuma que iluminados por el sol parecian un collar de filigrana de plata. El pico de la isla del mismo nombre se elevaba magestuosamente coronado de nubes por encima de la Graciosa en el fondo del cuadro. Un mar de color de esmeralda y un horizonte de azul purísimo eran, digámoslo así, la magnífica tapicería de aquella decoracion, en tanto que bandadas de aves propias de aquel país con su rápido vuelo y con sus graznidos al cortar las olas con sus grandes alas en forma de hoz, y al pasar por encima de nuestro buque, aumentaban en nuestro alrededor el ruido, el movimiento y la vida.

Se determinó que yo como intérprete juntamente con T, otro jóven y el segundo capitan pasáramos á tierra: echóse al mar la chalupa y nuestros marineros remaron hácia la isla de la cual nos hallábamos aun á dos millas de distancia. No tardamos en apercibir que habia movimiento en la costa, y que una ancha canoa salia á recibirnos. Cuando estuvimos al alcance de la voz vimos que en ella venian una multitud de frailes. Interrogáronnos en portugués, en italiano y en francés y nosotros contestamos en esos mismos idiomas diciendo que eramos franceses. En la isla se habian alarmado, pues nuestro buque era el primero de alto bordo que se hubiese atrevido á echar áncoras en la peligrosa rada en que nos hallábamos; por otra parte aun no habia flotado sobre aquellas aguas nuestra bandera tricolor y no sabian si eramos Tunecinos ó procedentes de Argel. Al ver que nuestro aspecto era como el de los demás hombres y que entendiamos el idioma en que nos hablaban, los buenos frailes de la canoa tuvieron una singular alegría, y habiéndonos hecho pasar á bordo llegamos á Santa Cruz, no sin alguna dificultad, á causa de la violenta resaca que produce la costa.

Todos los habitantes de la isla acudieron á vernos. Cuatro ó cinco desdichados á quienes habian á toda prisa armado de picas nos rodearon. El uniforme que yo llevaba atrajo particularmente la atencion de todo el mundo y fuí considerado como el hombre importante de la diputacion. Llevárонnos á la presencia del gobernador que habitaba en una miserable casa y estaba vestido de un trage que en algun tiempo fue verde y estuvo adornado de galones de oro: allí nos recibió oficialmente su eminencia (a), y nos dió permiso para comprar las diversas cosas que nos hacian falta.

Despues de esta ceremonia nos dejaron en libertad y nuestros buenos frailes nos llevaron á un parador ancho, cómodo y de buenas luces, que era mucho mas digno de alojar al gobernador que la casa en que realmente habitaba.

T..... se habia encontrado con un compatriota. El fraile que mas molestia se tomaba en servirnos era de Jersey y habia sido marinero en un buque que hacia muchos años habia naufragado á vista de la Graciosa. Asi que se vió solo en tierra tuvo el buen sentido de comprender que en aquella isla no podia dedicarse á ninguna ocupacion mejor que á la de ser fraile: mostróse pues, muy sumiso á las lecciones que le daban los reverendos, aprendió el portugués y al cabo de unos cuatro meses se halló en disposicion de leer el latin, hasta que por último hablando en su favor la circunstancia de ser inglés fue elevado á las sagradas órdenes aquella oveja que volvia al redil. Excusado es decir que el marinero de Jersey, bien alimentado, y en una habitacion cómoda sin tener que pensar en nada y bebiendo *fayal* á todas horas, comprendió que aquel estado era preferible á tener que subir á *tomar un rizo* á la vela del palo mesana.

Mas no se le habia borrado todavía de la memoria su primitiva condicion. Como hacia ya mucho tiempo que no habia oido hablar en su idioma patrio, tenia un verdadero placer de haber encontrado por último alguno que le entendiera: reia, juraba y nos referia con frases dignas de su antigua profesion la escandalosa vida de alguno de los frailes que nos acompañaban y que estaria acaso muy distante de imaginarse el género de conversacion con que el hermano

en un pequeño episodio á la manera de Osian. En aquella ocasion nos acordábamos de Rousseau cuando se entretenia en su isla en levantar piedras para ver lo que habia debajo. Si no teniamos el talento del autor del Emilio, no le cediamos en sencillez. Otras veces herborizábamos.

Mas ya desde entonces conocí que no podia contar para mucho tiempo con la amistad del jóven T. Antojéseles á los curas hacer procesiones y mi amigo al verlas corrió desaladamente, se colocó en las filas y se puso á cantar como uno de tantos. Desde aquel sitio escribí á la madre de T; mas ignoro si mi carta llegó, como el gobernador me lo habia ofrecido á su destino, y en vista de que las esperanzas que en ella daba yo á aquella señora se han desvanecido, debo alegrarme de que en realidad se haya extraviado la carta.

Cuando llegamos á Baltimore mi amigo desapareció repentinamente, sin manifestar ningun recuerdo de nuestras relaciones, ni de lo que yo habia hecho por él particularmente, atrayéndome el odio de los clérigos: desde entonces no lo he vuelto á ver. El desgraciado estaba fascinado y se desentendia de todo género de reflexiones. Menos me ha interesado la ingratitud de aquel jóven que el deseo de saber la suerte que le habrá cabido. Yo no desearia sino saber que es feliz: cuando lo conocí, no era lo que soy ahora: entonces podia yo hacer algunos servicios á un amigo, y no acostumbro por cierto desde que he caido en la pobreza el recordar mis anteriores relaciones con los ricos. El obispo de Londres me ha permitido hojear algunos registros y en ellos he encontrado el nombre del ministro T. Preciso es que se me haya olvidado la ortografía del nombre. No me acuerdo sino de que aquel jóven tenia otro hermano y que dos hermanas suyas estaban acomodadas en la córte. Pocos hombres he encontrado, cuyo corazon estuviera mas en consonancia con el mio que el de aquel jóven; sin embargo mi amigo tenia sin duda alguna segunda intencion, cosa de que yo no era capaz. *

* Nada puede tolerarse en esa nota mas que mis descripciones como viajero. Como buen filósofo no podia yo eximirme del carácter de mi secta, esto es, el furor de la propaganda y la propension á calumniar á los sacerdotes. Como embajador he sido mas afortunado durante mi residencia en Londres que cuando me hallaba allí como emigrado, pues en 1822 tuve el gusto de encontrar á M. N. No llegó á ordenarse, permaneció en el mundo, se casó, es ya tan viejo como yo; no tiene ya *segundas intenciones* y la novela de su vida está á punto de concluir asi como la mia. (N. ED.)

(a) Claro está que por el traje verde debí comprender que el gobernador no era cardenal y por lo tanto no pude llamarle *eminencia*. Acaso esta equivocacion será culpa del corector inglés que la usó en vez de *excelencia*. ¡Hacen tan poco caso de tales títulos en Inglaterra! (N. ED.)

de Jersey nos regalaba. En seguida nos llevó á ver la isla y el convento.

La mitad de la Graciosa sin mucha exageracion me pareció habitada de frailes y el resto de los moradores debe indudablemente estar tambien unida á ellos por los mas tiernos vínculos. Manifiesto esta opinion confirmándola no solo en lo que me contaron muchas mujeres, sino en observaciones, que habiendo sido hechas por mí mismo, no me dejan la menor duda acerca de su veracidad. Paso por alto algunas graciosas escenas que aquí nos ocurrieron (1), y me limito á lo concerniente al clero.

Al anochecer nos sirvieron una excelente cena, y como para muestra de las bellezas de la isla se nos presentaron unas lindas jóvenes. Fácil es prever lo que allí sucedería; al llegar media noche ninguno de

VELA DURANTE LARGAS NOCHES JUNTO A SU LECHO SOLITARIO.

los convidados habria podido tenerse de pié. A las seis, nuestro fraile de Jersey nos dijo medio tartamudeando, y repitiendo cierto juramento inglés bastante conocido, que iba á cumplir con la obligacion de su estado: le acompañamos á la iglesia, y en menos de cinco minutos quedó todo corriente. Muchos portugueses asistieron muy devotamente al santo sacrificio de la misa, y al volver observamos que la gente del pueblo que encontraba al fraile besaba su hábito con el mayor respeto. El descaro con que aquel marinero lleno aun de vino, y de vapores de la orgía daba su mano á besar fue cosa que me divirtió extraordinariamente si bien en el fondo del alma no pudo menos de lamentar la estupidez humana.

(1) Dos rasgos pueden servir para probar á nuestros lectores la ignorancia, ociosidad y la especie de infancia en que aquellos buenos frailes se hallaban á fines del siglo XVIII.

Llevárонnos misteriosamente á ver el órgano de la parroquia pensando tal vez que nunca habiamos tenido ocasion de ver un tan raro instrumento. Sentóse con aire triunfal el organista al teclado y empezó á tocar un miserable retazo de canto llano dirigiéndonos miradas al soslayo como para ver el efecto que en nosotros iba á producir. Nosotros aparentamos una profunda admiracion: así que acabó, T..... alargó

Habiendo embarcado nuestras provisiones á eso del mediodia regresamos á bordo de nuestro buque, constantemente acompañados de los buenos hermanos, que por último nos presentaron una enorme cuenta del gasto que habiamos hecho, y despues de cobrada, y llevándose nuestra correspondencia con encargo de remitirla á Europa se separaron de nosotros con las mayores protestas de amistad. Habiéndose encontrado nuestro buque durante la noche en inminente peligro por haberse levantado una fuerte brisa del Este, se trató de virar el áncora; pero se perdió, como ya lo habiamos previsto. Tal fue el resultado de nuestra expedicion.

Quiero creer que esas costumbres no son las que generalmente tiene el clero español y el portugués (1); aunque sabido es que no son de las mas puras. En vista de ellas podria predecirse la ruina de la religion, si al mismo tiempo el pueblo no estuviera tan envilecido, y fuera tan supersticioso que apenas se concibe cómo podria encontrar en sí mismo bastante energía para sustraerse á los abusos que le devoran.

El cristianismo subsistirá por lo tanto mucho tiempo en España, á menos que algunas causas extrañas al país no contribuyan á acelerar su ruina.

Es digno de atencion el que los frailes de la Graciosa hablasen tambien de las reformas que debian hacerse en sus conventos, sin duda tenian alguna noticia de lo que en Francia habia ocurrido. Por lo tocante á la conducta del marinero de Jersey puede decirse que no carecia enteramente de imaginacion, ni hasta de una especie de filosofía; por lo menos habia sabido elegir su puesto mas bien entre los engañadores, que entre los engañados, y obrando de este modo estaba seguro de tener en su favor el voto de una respetable mayoría de la sociedad (a).

modestamente la mano como para pulsar una tecla, y el organista dirigió sobre él una mirada de compasion, como quien dice: *no es para tí*, pero T se fue humildemente poniendo en posicion y súbitamente hizo resonar en el órgano toda la armonía de un célebre pasaje de Pleyel. Difícil seria pintar la grotesca escena que aquel ex-abrupto produjo: el organista quedó como petrificado en el taburete, los frailes con el rostro pálido y desencajado quedaron extáticos y con la boca abierta, en tanto que los legos nos andaban observando como uno de los mas raros fenómenos.

La segunda anécdota no es tan divertida pero da una idea de lo que eran aquellos frailes. Presentáronnos un Padre cuyo aire reservado y lleno de importancia daba á entender que era el *Doctor* del claustro. Este venerable sacó de su manga un *Corazon de Jesús*, todo pintorroteado de signos cabalísticos. Mis compañeros no entendian nada de aquello, y al fin la curiosidad me hizo fijar la atencion. Yo sabia leer algo el hebreo y ví que el buen Padre no habia hecho mas que copiar un versículo de la Biblia; mas como por no saber mas habia omitido los puntos que en ciertos casos suplen por sus posiciones relativas á las vocales, no habia hecho mas que amontonar consonantes, cuyo sentido nadie hubiera podido descifrar. Yo noté el error; me sonreí, pero no dije nada: poder leer aquellas palabras *Corazon de Jesús* en hebreo era ya demasiado y no me hubiera sorprendido que la inquisicion hubiese tenido que entender en aquel caso de manifiesta brujería. Otro tanto pasó poco mas ó menos cuando nos oyeron interpretar el Cámoens y algunos otros autores españoles.

(1) Como el mismo autor va á desmentir esta imprudente calificacion en la nota final del capítulo, es inútil, que por nuestra parte tratemos de rechazar tan grosera calumnia del modo que se merece. (*N. del T.*)

(a) ¿Qué significa, que prueba esa escandalosa conducta del marinero de Jersey hecho fraile en las Azores? Nada absolutamente nada. ¿Qué tiene que ver el desenfreno de unos cuantos frailes en una isla en medio de los mares con la conducta del venerable clero español? Nada, absolutamente, nada. Esa narracion de mal género y que en todas sus cláusulas revela la inexperiencia de un jóven, es un argumento hasta perjudicial para el sistema que me habia propuesto; pero yo queria á todo trance hablar de mis viajes, y no pude contenerme, cual debia, en la descripcion de la isla.

Una sola idea grave hay en ese relato, y es la de que en

CAPITULO LV.

¿CUÁL SERÁ LA RELIGION QUE REEMPLAZARÁ AL CRISTIANISMO?

Al concluir este abreviado compendio del politeismo y del cristianismo se presenta una cuestion que puede formularse en estos términos. ¿Cuál será la religion que reemplazará al cristianismo (b)?

Por mas interesante que sea esta cuestion no es posible casi resolverla con arreglo á los datos comunes. El cristianismo cae de dia en dia, y sin embargo no vemos que ninguna secta oculta circule secretamente por Europa, ni se halle en estado de poder invadir los límites de la antigua religion. Júpiter se hundió para siempre con todo su olimpo: la doctrina de Swedenborg, ó sea de los *iluminados* nunca podrá llegar á ser un culto dominante: podrá tal vez pretender un reducido número de individuos tener inspiraciones, pero no la masa de los individuos. Tambien es absurda la suposicion de que pueda existir un culto moral, en que se personificaran únicamente las virtudes como la sabiduría, el valor, etc.

La religion natural tampoco presenta probabilidades: el sabio puede tal vez adoptar su culto, pero la comprension de la multitud nunca llegará á su altura: un Dios, la inmortalidad del alma, y las penas y recompensa, necesariamente suscitan en el pueblo la idea de un culto compuesto; por otra parte, nunca, como lo acabo de decir podrá levantarse el pueblo á la altura de esa metafísica.

¿Podrá suponerse que algun impostor, algun nuevo Mahoma, saliendo de las regiones de Oriente, avanzará hácia nosotros con el hierro y el fuego en la mano, y nos obligará á los cristianos, á doblar la

España subsistirá por mucho tiempo el cristianismo con tal que algunas causas extrañas al país no aceleren su ruina. Digo tambien «porque se concibe cómo el pueblo español tan envilecido y supersticioso podrá encontrar en sí mismo bastante energía para sustraerse á los abusos que le devoran.» La guerra de la Independencia demuestra de un modo terminante que *ese pueblo se ve sobrado de energía para sacudir el yugo extranjero.*

Mas acertadas fueron mis profecías en el *Genio del Cristianismo*, cuando dije: La España, separada de las demás naciones, ofrece al historiador un carácter aun mas original: la especie de estancamiento de costumbres en que reposa podrá serle útil algun dia, y cuando los pueblos europeos se hallaran ya gastado por la corrupcion, solo la España podrá erguir su cabeza, y volver á presentarse imponente en la escena del mundo, por la razon de que sus costumbres siguen siendo inalterables en el fondo. (*Genio del Cristianismo*, part. III, lib. III, cap. V.) Tampoco alcanzo la razon de haber querido á todo trance confundir á los españoles con los portugueses en ese capítulo del *Ensayo*, siendo asi que ambos pueblos son muy diferentes entre sí. Habiendo tenido los ingleses desde la alianza de la familia de Lancaster con la casa reinante de Portugal, multiplicadas relaciones, han ejercido mucha influencia en las costumbres de ese pueblo. (N. ED.)

(b) Este capítulo tiene alguna semejanza con el último y tal vez el mejor, del *Genio del Cristianismo*, cuyo epígrafe es: *¿Cuál seria actualmente el estado de la Sociedad si el cristianismo no hubiese aparecido en la tierra?* Pero en el primero incurrió en el despropósito de suponer que el cristianismo se va extinguiendo, y en el otro supongo que nunca ha existido. Si esto fuese asi, la posicion de la sociedad nunca seria la misma en ambos casos, pues aun pudiendo ser destruido el cristianismo, siempre quedarian huellas de su paso entre los hombres, y su moral sobreviria á los dogmas. Sin embargo de este capítulo del *Ensayo* puede inferirse un hecho grave, y es el que considero como imposible que la sociedad pueda existir sin religion, y me espanta la idea de que esta pueda dejar de existir sobre la tierra. El principio de órden que va envuelto en esa idea es el contrapeso de todas las divagaciones á que me he entregado. (N. ED.)

rodilla ante su ídolo? Las armas de fuego nos han puesto á cubierto de semejante calamidad (1).

¿Surgirá de entre nosotros, cuando el cristianismo se haya completamente desacreditado, algun hombre que predique un nuevo culto? No se pierda de vista que en tal caso los pueblos seran demasiado indiferentes en materias de religion, y estaran demasiado corrompidos para hacer caso de los delirios del nuevo profeta: por lo tanto su doctrina moriria en nuestro siglo tan desprestigiada como la de los *iluminados*. Sin embargo, ó ha de existi. una religion, ó ha de perecer la sociedad. Cuanto mas se examina esta cuestion tanto mayor es el terror que se apodera del alma: no parece sino que la Europa está abocada á una revolucion, ó mas bien á una disolucion, de la cual los trastornos de Francia no han sido sino precursores.

Otra hipótesis. ¿No sería tambien posible que los pueblos llegáran á un grado tal de luces y de conocimientos morales que no tuvieran necesidad de ningun culto? ¿No ha cambiado el descubrimiento de la imprenta todos los antiguos datos sobre el particular? El exámen de este asunto pertenece al sistema de perfeccion de que hablaré en otra parte, y sobre el cual no diré en este momento sino una palabra.

Cuando se reflexiona que la gran causa que con tanta frecuencia renovó la faz del mundo antiguo ha cesado ya enteramente, y cuando se considera que la Europa no debe tener temor de la irrupcion de los pueblos salvajes, se abre para el observador un inmenso campo de conjeturas.

¿Cuál será el destino de las futuras generaciones? Puede esta cuestion resolverse de dos modos.

O bien los pueblos, enteramente ilustrados por un prodigioso cúmulo de luces, se uniran bajo un mismo gobierno en un estado de felicidad inalterable;

O bien desgarrados interiormente por revoluciones parciales, despues de largas guerras civiles y de una anarquía espantosa iran simultáneamente cayendo en la barbarie. Durante aquellos trastornos, algunas naciones menos avanzadas en la corrupcion y las luces, se elevaran sobre las ruinas de las otras, hasta que les llegue la hora de perecer por las mismas causas que las anteriores; volveran las primeras á surgir nuevamente: volveran á caer, y asi andará continuamente el género humano agitándose en un eterno círculo de revoluciones.

Si de lo pasado podemos deducir algunas conjeturas para lo venidero, será preciso confesar que esta última solucion es la mas análoga á nuestra debilidad (a): si se me pregunta qué pueblos seran los primeros en destruirse, responderé que seran los que se hallen mas corrompidos. Sin embargo, hay eventualidades y sucesos incalculables que pueden causar la ruina de una nacion antes de la época marcada por la naturaleza. Pero esas visiones políticas son demasiado inciertas: solo pueden servir cuando mas para satisfacer la inclinacion de nuestra alma que la induce á fijarse en perspectivas infinitas, y pues nada útil podemos aprender sobre el particular, dejemos de interrogar á los siglos venideros, demasiado distantes para que podamos oirlos, y cuya débil voz espira al remontarse hasta nosotros al través de la inmensidad del porvenir.

He llegado ya al término de la primera parte de mi empresa. He presentado al lector una historia casi completa de las revoluciones de la Grecia, consideradas en sus analogías con la revolucion francesa. Vamos ahora á dejar la sagrada patria de los talentos, para no volver ya á ocuparnos mas de ella. Si he sabido inspirar durante el viaje algo de interés al lector, espero que no se desdeñará de seguirme en la correría que voy á hacer por Italia y por los pueblos modernos; pero antes es preciso decir un último adios á Esparta y Atenas, y tratar de resumir todo lo que hemos aprendido.

CAPITULO LVI.

RESÚMEN.

En la primera parte de este libro, primero hemos estudiado la *revolucion republicana de la Grecia*, examinado su influencia sobre las naciones contemporáneas, y seguido sus ramificaciones hasta perderlas de vista.

En la segunda parte de este mismo libro, comprendida bajo el título de *Revolucion de Filipo y Alejandro*, hemos fijado la atencion en los tiranos de Atenas, en Dionisio de Siracusa, en Agis de Esparta, en los filósofos griegos, en su influencia política y religiosa y en la historia del orígen, progreso y decadencia del politeísmo: como paralelo de todos esos acontecimientos hemos presentado la Convencion francesa, los Borbones en su emigracion, Luis XVI en París, los filósofos modernos, la influencia que en su siglo ejercieron, y por último, hemos tambien presentado un apéndice histórico del cristianismo y del clero. La primera parte forma un todo compacto que se enlaza mutuamente y la segunda es un conjunto de documentos análogos no menos instructivo. Fáltanos, pues, ahora reconocer la altura en que nos hallamos y hasta qué punto hemos avanzado respecto del plan general del *Ensayo*.

Por de pronto nos hemos ocupado (y nos ocupare-

(1) Esta ventaja será nula si los gobiernos cristianos tienen la locura de enseñar el arte de la guerra á los sectarios del Alcoran. Crimen seria ese de lesa-civilizacion que nuestros venideros, tal vez cargados de cadenas echarian en cara con lágrimas de sangre á cuatro miserables hombres de Estado de nuestro siglo. Esos mal llamados políticos no habrian hecho mas que invocar en beneficio de sus mezquinos sistemas á los fanáticos soldados de Mahoma, dándoles medios de vencer, y consintiendo que se les enseñara el arte de la guerra. Y no siendo la disciplina militar lo mismo que la civilizacion, no cabe duda que los bárbaros adoradores del Profeta pueden siendo dirigidos por oficiales renegados aprender á ganar batallas con las mismas reglas que los soldados cristianos.

El mundo mahometano *bárbaro* estuvo á punto de subyugar al mundo cristiano *bárbaro*. Sin el valor de Carlos Martel tal vez en la actualidad cubriria un turbante nuestra cabeza. El mundo mahometano *disciplinado* podrá poner en el mismo peligro al mundo cristiano *civilizado*. No se necesita para eso tanto tiempo como generalmente se piensa, diez años bastan para formar un buen ejército, y pues los cosacos, vasallos del czar han llegado á bañarse en el Sena viniendo desde las fronteras de la China, nada habria de extraño que los negros de Abisinia, esclavos del Gran Turco vinieran á solazarse en el patio del Louvre. (N. ED.)

(a) No: el progreso de las luces es un hecho indudable; y como que ya no es posible, gracias al descubrimiento de la imprenta, que estas perezcan por mas revoluciones que se supongan, el esplendor de aquellas irá siempre en aumento. No es posible suponer que esas luces, mas ó menos derramadas sobre la multitud, dejen de ejercer su influencia sobre la sociedad en general. ¿Podrá contarse la hipótesis de una destruccion casi completa del mundo civilizado por la guerra, ó por la peste? Adviértase que América se ha civilizado á su vez lejos de la vieja Europa, y que por lo tanto seria preciso suponer que las naciones del nuevo continente habian de ser destruidas al mismo tiempo que las del antiguo. Hasta el espacio que la civilizacion ocupa en la actualidad sobre el globo es una nueva esperanza de que nunca podrá llegar á ser destruida. Fácil era que allá en los tiempos remotos hubiera perecido al impulso de una invasion de los bárbaros, porque entonces se hallaba únicamente reducida á los pequeños límites de la Grecia: pero en la actualidad, aun cuando fuera posible, aun cuando llegara á verificarse otra invasion de pueblos desconocidos ¿cómo podrian los nuevos bárbaros recorrer para extinguir la civilizacion las cuatro partes del mundo y hasta las islas del océano Pacífico? (N. ED.)

mos aun por mucho tiempo) en la investigacion de estas cuestiones, á saber:

1.ª ¿Cuáles son las revoluciones que durante otros tiempos han ocurrido en los gobiernos de los hombres? ¿Cuál era en aquellas épocas el espíritu de la sociedad, y cuál fue la influencia de esas revoluciones en la era en que se desarrollaron y siglos que las siguieron?

2.ª ¿Habrá entre esas revoluciones alguna que por sus tendencias, ó por las costumbres y luces de su época pueda compararse con la revolucion francesa?

Trátase ahora de saber si en realidad hemos dado algun paso hácia la solucion de estas cuestiones.

No puede negarse que hemos dado uno y de bastante consideracion: aunque este libro no constituya sino una pequeñísima parte del inmenso asunto de la obra, puede sin recelo ninguno decirse que la mayor parte de las cosas que algunos querian hacer pasar por nuevas en la revolucion francesa, han sido casi literalmente copiadas de la historia de la antigua Grecia. Hemos adquirido el importante conocimiento de que el hombre, en la limitacion de sus medios y de su genio, nada mas hace que repetirse eternamente; que se agita en un círculo cuya salida (a) procura en vano encontrar; que hasta los mismos sucesos no dependientes de la accion del hombre, y que al parecer estan enlazados con el mero capricho de la fortuna, no hacen tampoco mas que reproducirse eternamente: de manera que seria imposible componer un cuadro, en el cual todos los sucesos imaginables de la historia de un pueblo dado, se hallasen reducidos á una exactitud matemática, y aun cuando de la composicion de ese cuadro surge una inmensa variedad de cálculo, dudo que sus caracteres primitivos pudieran llegar á ser extremadamente numerosos (1).

¿Pero qué fruto podria sacarse de esa observacion en provecho de la revolucion francesa? Uno muy grande.

En primer lugar, cualquiera que se llegue á convencer de que nada hay nuevo en la historia, perderia la aficion á las innovaciones, aficion que yo considero como una de las mayores calamidades que en estos momentos afligen á la Europa. El entusiasmo, por lo tocante á este particular, proviene de la ignorancia; disípese esta y el otro se desvanecerá; el conocimiento de los hechos obra como un poderoso narcótico sobre la exaltacion.

Pero ademas de esa gran ventaja ¿quién no comprende que ese cuadro general de las causas, fines y efectos de las revoluciones conduce gradualmente á resolver la cuestion última que nos hemos propuesto por objeto de esta obra, esto es, á saber. «Si la revolucion francesa se consolidará? Vemos efectivamente pueblos que hallándose en igual posicion que la Francia, han intentado las mismas cosas; viendo las razones que dieron buen resultado, ó hicieron fracasar sus proyectos ¿no habrá un motivo para conjeturar el establecimiento ó la caida de la república en Francia? Ya he dejado entrever mi opinion (b) por lo tocante á este asunto; mas aun no es ocasion de desenvolverla por completo, pues debe ser el resultado del conjunto de las revoluciones y no de una parte de estas. De todos modos es indudable que he seguido el único camino que conduce al descubrimiento de esta verdad, que interesa no solo á Europa, sino al resto de todo el mundo.

Debo hacer observar que el lector que desee formular un juicio exacto, no deberá descuidar un momento de emplear toda su cautela; porque es absolutamente necesario que considere los objetos bajo su verdadero punto de vista. Mucho menos se trata de la semejanza de la política y de los acontecimientos, que de la situacion moral del pueblo: las costumbres, ese es el punto que no se ha de perder de vista y la clave del libro del destino (c). Si repito con sobrada frecuencia esa palabra *costumbres*, es porque en realidad, son el centro en torno del cual giran todos los nuevos políticos: en vano pretenden desviarse; á su pesar tienen que describir en rededor su órbita; ó caer en un vacío sin límites, si acaso llegan á desprenderse de aquel centro comun de atraccion.

El segundo tomo de este *Ensayo* va á principiar con las revoluciones romanas (d), asunto que aun tiene mas magnificencia que el que acabamos de describir. Fácil es reparar que en cuanto me es dable, procuro variar la marcha de esta obra; pero todo asunto tiene sus defectos, y el de esta obra, á pesar de su grandiosidad, tiene el de caer en repeticiones. Procuraré, pues, escribir cada revolucion bajo un plan distinto de las otras, como ya lo he practicado en las dos primeras partes de este libro.

Despues de haber demostrado lo que resulta de la lectura de este libro por lo tocante á la verdad general, paso á notar algunas verdades particulares que se pueden deducir acerca de la naturaleza del hombre considerada en sus relaciones morales y políticas; voy pues á presentarlas en el estado en que existen en mi manuscrito, en forma de pensamientos sueltos indicando únicamente el asunto que me las ha suministrado.

El hombre se compone de dos órganos diferentes en su esencia, sin relaciones en su poder: la cabeza y el corazon.

El corazon siente, la cabeza compara.

(a) No se agita el genio del hombre en un círculo del cual no puede salir. Antes por el contrario (prosiguiendo la alegoría) traza círculos concéntricos que cada vez se van haciendo mayores, y cuya circunferencia se aumenta sin cesar en un espacio infinito. Obstinándome en el *Ensayo* en juzgar lo presente por lo pasado deduzco muchas consecuencias; pero partia de un punto falso: en la actualidad niego la mayor de mi argumento, y todas aquellas consecuencias vienen al suelo. (N. ED.)

(1) Ese cuadro ó estado es fácil de componer y no seria un juego frívolo. En él podrian establecerse como principios dos clases de gobierno, el monárquico y el republicano, el hombre político y civil se encontrarian colocados en dos columnas: en la tercera se indicarian los diversos grados de ignorancia é ilustracion, y en la cuarta las eventualidades. Multiplicados todos esos números por las diversas pasiones como la envidia, la ambicion, el odio, el amor etc. se indicarian sus resultados en una quinta columna *: todo eso vendria á resolverse en fracciones compuestas por los matices de carácter etc. Pero guardémonos bien de trazar semejante cuadro: sus resultados serian tan terribles que ni aun me atrevo á suponerlos.

* Idea ingeniosa pero enteramente inútil. En tiempo de la Calprenede y de la señorita Scuderi se hacian mapas de *La Ternura* que debian ser muy parecidos á mi estado *de la política*. (N. ED.)

(b) Esta opinion indudablemente seria la de que la revolucion francesa no llegaria á consolidarse. En esta opinion habia tanto de verdad, como de mentira; la primera, porque la república debia transformarse en despotismo militar ó en monarquía templada; la segunda porque era imposible que la revolucion no dejara huellas en pos de sí. Finalmente lo que en particular podia llamarse inexacto en esa opinion era el querer sacar consecuencias de la sociedad antigua á la moderna y sacar comparaciones de hombres y cosas que ninguna relacion tienen entre sí. (N. ED.)

(c) Es cierto por lo tocante á los pueblos antiguos, pero no respecto de los modernos. He repetido mil veces esta observacion en el curso de la obra. (N. ED.)

(d) El *Ensayo* en la edicion de Londres no formaba mas que un volúmen de 681 páginas. En la edicion actual el aumento á que se refiere esta nota formaria el segundo tomo, si alguna vez pudiera ocurrírseme el continuar semejante obra. Es cierto que su continuacion obra en mi poder; pero las llamas me libraran de ella, salvando únicamente algunas páginas que emplearé en otra obra. Espanto me causa el considerar mi prodigiosa fecundidad. Preciso es que en mi juventud los dias tuviesen para mí mas de 24 horas: algun demonio alargaba sin duda el tiempo que yo empleaba en mi diabólica ocupacion. (N. ED.)

El corazon juzga del bien y del mal y la cabeza de as relaciones y los efectos.

La virtud dimana del corazon; las ciencias de la cabeza.

La virtud es la ciencia escuchada y obedecida: la ciencia es la naturaleza ilustrada.

El vicio y la virtud con arreglo á la historia, son al parecer una suma dada que ni se aumenta, ni se disminuye; las ciencias por el contrario, son á manera de incógnitas que continuamente se estan despejando. ¿En qué viene á parar el sistema de perfeccion? (a) (*Pensamientos sacados de la consideracion de la edad filosófica de Alejandro, llena de luces y de corrupcion* (b).)

No hay mas que dos principios de gobierno: la asamblea general del pueblo, y la no asamblea general del pueblo.

En el primer caso el Estado es una república; en el segundo una monarquía.

Si el pueblo se reune parcialmente la constitucion prosigue siendo monárquica ó bien es una reunion de pequeñas repúblicas. La reunion de los sufragios no es en tal caso el voto de un pueblo, sino un número colectivo de votos.

Cada una de aquellas asambleas, teniendo en sí misma todas las propiedades de cuerpo político, se convierte en una pequeña república perfecta y viviente en su totalidad: no tiene esa pequeña república el derecho de someter su opinion á la seccion inmediata, asi como tampoco está sujeta á tener que adoptar la opinion de esta. De aquí resulta que la Francia con sus asambleas *primarias* no es una república.

¿Cómo han de representar esas asambleas primarias el pueblo? ¿No es la hez de la poblacion la que se reune, y la que separando de su seno á los hombres de bien, nombra tal ó cual diputado por una cantidad dada de *asignados*? ¿No se funda en esa misma circunstancia el pretexto que suelen los representantes alegar para prolongar el ejercicio de sus funciones? Al entregar la república á unos hombres sin costumbres, los gobernantes de Francia parece que no desean mas que buscar una razon legal para destruirla (c): esto me hace acordar de aquel tirano de Roma que para salvar el texto de la ley que prohibia ejecutar la pena de muerte en una vírgen, la hacia violar anticipadamente por el verdugo (*Reflexiones deducidas del exámen de los gobiernos de Grecia, en que no fue conocida la representacion*).

¿No os admiran los prodigios de la revolucion francesa, sus victorias, sobre la Europa etc.? Sin duda que sí: contemplo sus gigantescos esfuerzos con la admiracion con que los romanos asistian á la danza de los elefantes sobre la cuerda, mucho menos admirados de la rareza del espectáculo, que de ver al coloso suspendido en el aire sobre una base elástica de algunas pulgadas y amenazando abrumar á los espectadores con su caida (d). (*V. el paralelo de las guerras médica y republicana*).

¿De qué se trataba entre Harmodio é Hiparco? De un asunto que en nuestro moderno lenguaje podria llamarse una mera etiqueta. Hiparco obligó á una hermana del primero á retirarse de una procesion pública: y de ese suceso nació la guerra médica. La política es con relacion á la moral, lo que el fuego en el mundo físico, un elemento universal producido por todos los choques, y que nace de todo género de colisiones (*Fácil es conocer el asunto de donde he deducido esa observacion*).

La libertad, hija de la virtud marcial, es á manera de aquellos niños que por fuerza tienen que ser separados del pecho de su madre, cargada de malos humores, y alimentarse con otra leche mas pura; no puede vivir, sino siendo nutrida en el seno de las buenas costumbres. (*Consideracion del estado de Atenas despues de la guerra médica*).

¿Por qué pereció Agis en Esparta? ¿Por qué Dionisio fue expulsado de Siracusa? ¿Por qué Trasíbulo tuvo que emigrar de su nativo suelo, de Atenas? Porque en Esparta, en Siracusa y en Atenas habia hombres y teniendo presente la incomprensible índole del corazon de este bípedo se explican todos los fenómenos de ese género. (*Esparta, Atenas, Siracusa*).

¡Libertad! ¡Magnífica palabra! ¿Qué es libertad política? Voy á explicároslo. Un hombre libre significaba en Esparta un ciudadano, cuyas horas estaban arregladas como las de un estudiante bajo la férula, que se levanta, come, se pasea, ejercita sus fuerzas en presencia de un maestro cargado de años que le cuenta que tambien él *ha sido jóven, valiente y atrevido en otros tiempos*; si las necesidades de la naturalera, si los derechos de un casto himeneo hablan á su corazon, forzoso le será cubrirlos con el mismo velo con que se oculta el crímen: si le refieren la muerta de un amigo debe tener aparejada una sonrisa para oirlo; si le mandan que vaya á degollar á un ilota inocente, á un ilota, esclavo suyo en el mismo campo donde el infeliz está derramando el sudor de su rostro en beneficio del amo, preciso es que el hombre libre ejecute la órden por mas que en sus entrañas sienta todas las emociones de la piedad.

Os engañais; esa no es la libertad política, ni los atenienses la entendian de esa manera —¿Pues cómo?—Entre ellos era preciso tener cierta renta para ser admitido á los cargos públicos del Estado y cuando un ciudadano habia contraido deudas era vendido como esclavo. Un orador con tal que supiera hilvanar frases en la tribuna hacia hoy envenenar á Sócrates, y mañana desterrar á Focion. El pueblo libre tenia siempre á su órden, pero solo en cuanto á la fórmula á Pisistrato, Hipias, Temístocles, Pericles, Alcibiades, Filipo, Antígono ú otro de este jaez.

Desearia saber cuántas libertades políticas hay; pues todas las demás pequeñas ciudades de la Grecia poseian al mismo tiempo sus libertades y no explicaban esta palabra en el mismo sentido que los atenienses y los espartanos. Singular gobierno es ciertamente el de una república donde es preciso que todos los miembros sean unos Catones, ó al menos Catilinas: si entre los primeros hay un solo malvado, ó entre los segundos un solo hombre de bien; la república deja de existir (e). (*Libertad*).

Los ciudadanos, segun algunos dicen, son esclavos; pero no lo son sino de la ley. Pura superchería de palabras. ¿Qué me importa que sea la ley ó el mo-

(a) Precisamente mi distincion entre la parte moral y la intelectual del hombre no destruye ese sistema. (N. ED.)

(b) (Ese paréntesis en letra bastardilla y los que siguen se hallan tambien impresos en mi edicion de Londres; lo cual quiere decir que las reflexiones diseminadas en ese capítulo han sido sugeridas por los diversos pasajes del *Ensayo* á los cuales debe referirse el lector al encontrar semejantes paréntesis.)

(c) Razonables serian esas observaciones generalmente hablando sino me olvidara de la forma representativa, sea de la república, sea de la monarquía. (N. ED.)

(d) Critica y alabanza bien fundadas, pues los triunfos de la Francia no tenian por base la libertad, ni eran producidos mas que por el despotismo republicano ó militar, pero daban márgen á la gloria que servia de contrapeso al crímen, y de la cual debia á su vez nacer la libertad. (N. ED.)

(e) ¿Me alabaré? No me faltan ganas de hacerlo. La cólera que domina en esas páginas me divierte; ya las habia olvidado completamente. Hablemos con toda formalidad: mi modo de raciocinar es vicioso porque confundo las formas de la libertad con el principio de ella. No soy republicano, ni lo seré nunca: por convencimiento he preferido y preferiré siempre la monarquía representativa: pienso que la libertad que ese gobierno produce, es tan plena y completa bajo esta forma de gobierno, como bajo una república; pero creo que las monarquías vendrán á parar en repúblicas si se empeñan en desechar la libertad. (N. ED.)

narca quien me envia al cadálso? En vano es torturar la imaginacion, inventar frases, y sutilizar el ingenio; la mayor desdicha de los hombres consiste en tener leyes, y tener un gobierno (a).

El estado social es tan opuesto al de la naturaleza, que generalmente todos los seres débiles son los que aspiran constantemente al gobierno : el niño pega á los criados: el estudiante quiere enseñar al maestro; el ignorante pretende empleos y por lo general siempre los consigue; el hipocondriaco fastida á sus tertulios con la gota; el anciano reclama para sí los primeros destinos y la mujer domina á todos.

En el estado de la naturaleza el niño no hace mas que callar y esperar, la mujer vive sumisa, el guerrero y el fuerte son los que mandan , y el anciano se sienta al pié de un árbol y espera la muerte (1). (*Pensamientos relativos al mismo asunto*).

Seamos hombres, es decir, libres. Aprendamos á despreciar las preocupaciones del nacimiento y de las riquezas, á elevarnos sobre los poderosos y los monarcas; demos energía á nuestra alma y elevacion al pensamiento; no nos desprendamos nunca, ni en la posteridad ni en el infortunio de la dignidad de nuestro carácter y sepamos desafiar la pobreza y sonreir á la muerte; mas para conseguir todas esas ventajas, es preciso que principiemos por desapasionarnos de las instituciones humanas, sean las que fueren. Rara es la vez que vemos los sucesos bajo el aspecto que realmente tienen, sino siempre desfigurados al través del prisma de nuestros deseos, y nuestra vida se pasa poco mas ó menos bajo la misma engañosa apariencia que la del que mirara el firmamento cubierto de nubes al través de un cristal de color que le hiciera creer que es una vasta atmósfera serena. En tanto que nos dejamos halagar de tan vagas quimeras el tiempo vuela, y repentinamente se abre la tumba junto á nosotros. Los hombres salimos de la nada y á la nada volvemos: la muerte es un gran lago en medio de la naturaleza; á él van á sepultarse nuestras vidas como los rios al mar, y del seno de ese mismo lago salen en seguida otras generaciones que despues de un curso mas ó menos largo sobre la tierra vienen á confundirse en su primer orígen. Aprovechémonos, pues, de estos veloces momentos que nos es dado permanecer sobre la tierra para conocer por lo menos la verdad. Si es la verdad política la que deseamos conocer, no será muy difícil nuestra empresa. Supongamos que despues de haber sufrido persecuciones, y haber permanecido veinte años sepultado en el fondo de un calabozo (2) sin mas motivo que la arbitrariedad de un ministro despótico, me escapo lleno de indignacion de la Bastilla, lanzándome en brazos de la democracia; en este nuevo partido me está esperando un antropófago en la guillotina. El republicano continuamente expuesto á ser robado, saqueado, y hecho pedazos á manos de un populacho furioso celebra su felicidad (3) en tanto que el vasallo arrastrando tranquilamente la cadena, pondera los espléndidos banquetes y la opulencia de su amo. ¡Hombre de la naturaleza! Solo por tí me envanezco de ser hombre! Tu corazon no conoce la dependencia: tú ignoras lo que es arrastrarse por los salones de un palacio, ni tener que acariciar á un tigre popular. ¿Qué te importan á tí nuestras artes, nuestro lujo, ni nuestras ciudades? Si deseas contemplar un espectáculo sublime, vas al templo de la naturaleza, al religioso recinto del bosque: las columnas llenas de musgo de las encinas sostienen la antiquísima bóveda; una claridad misteriosa penetra en la santa oscuridad del santuario, y confusos rumores, leves suspiros, suaves murmullos y cantos melancólicos y llenos de melodía resuenan bajo las bóvedas sonoras. Dícese que el salvaje no conoce las dulzuras de la vida. ¿Podrá ignorarlas quien á nadie tributa vasallaje; quien vive enteramente libre de la influencia de las revoluciones, quien no tiene que envilecer sus manos dedicándolas á un trabajo asalariado, ni humillarse por un oficio todavía mas vil que es el de murmurador? ¿No valdrá algo el poder mostrarse impunemente siempre grande, siempre altivo, siempre libre? ¿El no conocer las odiosas distinciones del estado civil, y finalmente, el no poder ser obligado á pasar una parte de su vida en ocultar sus sentimientos y la otra en ser testigo de los vicios y estupideces sociales sintiéndose dotado del orgullo y la noble franqueza del hombre?

Sé muy bien que no faltará quien me diga que soy uno de aquellos sofistas que sin cesar estan ponderando la felicidad del salvaje á expensas de la del hombre civilizado. Confieso que si eso se llama ser sofista, yo

(a) ¡Misericordia! Eso mismo he dicho en otra parte del *Ensayo*. Es una lindeza que no me podia cansar de repetir. No parece sino que los salvajes que M. Violet hacia danzar en una quinta cerca de Albany me habian trastornado la cabeza (*V. Itinerario*). (N. ED.)

(1) Un cierto individuo llamado Felipe le Coq, natural de una aldea del Poitu, pasó durante su infancia al Canadá y despues de la toma de Quebec (campaña de 1754) en donde habia servido de soldado. se retiró á las Cinco-Naciones, se enlazó con una india y olvidando enteramente las costumbres de su país se convirtió en un verdadero salvaje. No fue poca la sorpresa que al viajar yo por aquellos paises, tuve al saber que allí cerca, en los bosques se habia establecido un compatriota mio. Dime prisa á visitarlo, y lo encontré ocupado en hacer estacas delante de la puerta de su cabaña. Al verme me dirigió una mirada bastante fria y prosiguió su trabajo; mas así que le dirigí una palabra en francés, se estremeció al recuerdo de su patria y rodó una gruesa lágrima por sus mejillas. Aquellos conocidos acentos habian despertado súbitamente todas las sensaciones de la infancia en el corazon del anciano: en la juventud echamos poco de menos nuestros primeros años; mas á proporcion que vamos avanzando se nos hace cada vez mas amable su recuerdo: entonces es cuando cada uno de nuestros dias pasados se nos presenta como un triste término de comparacion. Felipe me rogó que entrase en la cabaña, y en efecto entré. Costábale mucho trabajo expresarse y reunir las antiguas ideas del hombre civilizado: yo le observaba con toda mi atencion. Pude notar que habia dos especies de cosas relativas enteramente borradas de su cabeza, la de la propiedad de lo superfluo y la de incomodar á otro sin necesidad. No quise hacerle entrar en el punto mas interesante de la conversacion hasta que al cabo de algunas horas pudo reunir suficiente número de palabras y de ideas para contestarme. Por último le dije; ¿sois dichoso Felipe? «¿Dichoso? dijo él reflexionando.... ¿Dichoso? sí, si lo soy desde que me he hecho salvaje.—¿Y cómo pasais vuestra vida? Al oir esta pregunta el anciano se echó á reir y yo repliqué. «Ya lo comprendo: no creais que esa pregunta merezca contestacion. ¿No desearíais volver á vuestra antigua vida, y ver vuestra patria?—¿Mi patria? ¿La Francia? Si no me hallara tan anciano desearia volverla á ver.....—¿Y no desearíais quedaros en ella? Un movimiento de cabeza del anciano me dió á entender la contestacion. «Y ¿qué os motivó á haceros, como vos decís, salvaje?—No lo sé, el instinto.» Esa palabra del anciano puso fin á mis dudas y á mis preguntas. Permanecí dos dias observándolo, y no lo ví desmentirse ni una sola vez. Su alma libre del combate de las pasiones sociales, me pareció, expresándome á la manera de los salvajes, «tranquila, como el campo de batalla, despues que los guerreros han fumado juntos el *calumet* de paz.»

(2) Como cierto desgraciado á quien Malesherbes puso en libertad.

(3) Dícese que las tempestades de la domocracia valen mas que la calma del despotismo. Eso es una frase sonora y nada mas. Nadie me persuadirá de que el reposo no es una parte esencial de la felicidad, cuando por el contrario he observado que sin cesar propendemos á ese objeto: trabajamos para descansar; andamos para disfrutar un sueño mas dulce, pensamos para dar luego treguas al pensamiento; el amigo reposa en el corazon del amigo: el amor funda el colmo de voluptuosa felicidad en el reposo, y finalmente el desgraciado que ha perdido su felicidad sobre la tierra aspira tambien al reposo de la tumba y la naturaleza le presenta la idea de la muerte al fin de sus desgracias, como Hércules sus columnas, allá donde creyó estar situada la extremidad del mundo.

lo soy, pero en ese particular tengo de mi parte algunas brillantes capacidades. ¿Pues qué? ¿Será preciso que tolere la perversidad del mundo civilizado, que en una parte ensalza á las nubes la república y persigue á los monárquicos, y en otras deprime á los republicanos y proclama como el gobierno mas perfecto la monarquía? ¿Tendré que aprobar y aplaudir el orgullo y la estupidez de los ricos y poderosos, y la bajeza y envidia del pobre y del humilde? Los cuerpos políticos, sea cual fuere su forma, no son mas que un conjunto de pasiones que como en un foco comun se corrompen y descomponen. Los menos malos son aquellos en cuya exterioridad se nota todavía algun vestigio de decoro, y los que menos abiertamente repugnan á la vista, los que son, digamoslo asi, como aquellos montones de sustancias impuras destinadas á fertilizar el campo, cuyo hediondo aspecto suele tal vez disimularse cubriéndolos (a) con algunas verdes ramas.

¿Pero tendremos que decir por última consecuencia que no hay gobierno, y que no hay libertad? ¿Libertad? Hay una libertad deliciosa (b), celestial, la de la naturaleza. ¿Cuál, es pues, esa libertad que nos ponderais como si fuera la suprema dicha? Imposible me seria pintarla: lo mas que puedo hacer es manifestar cómo ejerce su influencia sobre nosotros. Venga el lector á pasar conmigo una noche entre los salvajes del Canadá, tal vez de esa manera me será posible darle una idea de esa especie de libertad. La imágen de semejante noche le aliviará de la penosa sensacion que le habrá causado el atravesar el conjunto de miserias que he acinado en esta obra, y sus últimas páginas le dejaran en su muerte un agradable recuerdo. Entonces el lector cerrará el libro sintiendo su espíritu mas tranquilizado y mas dispuesto á distinguir las verdades entre los errores que hay en esta obra de los cuales soy mas capaz que nadie por mi escasez de luces.

CAPITULO LVII Y ULTIMO.

UNA NOCHE ENTRE LOS SALVAJES DE AMÉRICA.

Todo desgraciado trata naturalmente de reproducir ilusiones de ventura trayendo á la memoria la imágen de dichas pasadas. Cuando me siento acosado del fastidio de la vida, cuando mi corazon se contrae por el daño que le causa el trato de los hombres, la mente se aleja expontáneamente de cuanto me rodea en aquellos momentos, y va á refugiarse en la oscuridad de las escenas que ya pasaron. ¡Meditaciones encantadoras! Placeres misteriosos é inefables de un alma que se goza en sí misma; allá en el fondo de las inmensas soledades de América, es en donde he saboreado mas plácidamente vuestra consoladora influencia. Todos se jactan de amar la libertad y apenas hay una persona que se haya formado de ella una idea cabal. Cuando en mis viajes por las tribus indias del Canadá dejé atrás las habitaciones europeas y me encontré por primera vez solo en medio de un océano de bosques, y teniendo por decirlo asi, la naturaleza prosternada á mis piés, se verificó en mi exterior una extraña revolucion. En la especie de delirio que se apoderó de mi alma, me separé de toda senda, iba de un árbol á otro, de aquí para allí, sin seguir ninguna direccion, diciendo para mí: «Aquí no hay carreteras á que sujetarse, ni ciudades, ni casas angostas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes; aquí no hay códigos, no hay hombres. Hombres sí, pero son unos buenos salvajes (c) que ni hacen caso de mí, ni yo de ellos, y que como yo vagan libremente por donde se les antoja, comen cuando tienen necesidad y duermen cuando les place dormir. Para ver si por último habia yo logrado restablecerme en el pleno ejercicio de mis derechos originales, me entregaba á mil caprichosos actos de la voluntad que hacian desesperar al flemático holandés que me servia de guia, dándole acaso á entender que yo habia perdido el juicio.

Al verme libre del tiránico yugo de la sociedad, comprendí el valor de la independencia de la naturaleza, que excede en mucho á cuantos placeres caben en la imaginacion del hombre civilizado. Entonces comprendí el por qué los salvajes no quieren civilizarse, al paso que muchos Europeos se hacen salvajes, y finalmente, porque el sublime *Discurso sobre la desigualdad de condiciones* es tan poco conocido de la mayor parte de nuestros filósofos. Es increible lo raquíticas y diminutas que parecen las naciones y sus fórmulas de gobierno: parecióme que veia los pueblos de la tierra con un anteojo inverso, ó mas bien, que habiendo yo mismo tomado colosales proporciones, contemplaba con ojos de gigante los restos de mi raza degenerada.

Vosotros, que tratais de escribir acerca del hombre, transportaos á los desiertos, vivid algunos dias como hijos de la naturaleza, y entonces, y solo entonces, dejad correr vuestra pluma.

Entre los innumerables gozes que experimenté durante aquellos viajes, uno particularmente me causó vivísima sensacion (1).

Pasé á ver la famosa catarata del Niágara atravesando las tribus indias que viven en los desiertos al Oeste de las plantaciones americanas. Eran mis guias el sol, una brújula de bolsillo, y el holandés de que acabo de hablar, el cual entendia perfectamente cinco dialectos del idioma huron. Nuestro equipaje consistia en dos caballos, á los cuales dejabamos andar libres por el bosque durante la noche con sola la precaucion de atarles una campanilla al cuello: por de pronto, tuve temor de perderlos; pero me tranquilizé, porque el holandés me aseguró que aquellos animales por su admirable instinto, no perdian nunca de vista la hoguera que nosotros encendiamos.

Cierta noche, que segun nuestro cálculo no nos hallábamos mas que á siete ú ocho leguas de la catarata, echamos pié á tierra antes de la puesta del sol, y estabamos construyendo nuestra choza y encendiendo nuestra hoguera como los indios, cuando vimos en el

(a) Perdónese á un emigrado, á un infeliz, á un jóven que cree hallarse en las puertas de la muerte esas fanfarronadas contra la sociedad: ningun mal resultado pueden producir esas amargas quejas, y por otra parte no carecen absolutamente ni de elevacion, ni de generosidad. (N. ED.)

(b) Ya estoy en mi terreno: hagámonos salvajes. (N. ED.)

(c) *¡Buenos* los salvajes, y se comen á sus vecinos! (N. ED.)

(1) Todo lo que sigue, exceptuando algunas adiciones está sacado de un manuscrito de esos viajes, que ha perecido juntamente con otras muchas obras principiadas tales como las tituladas *Cuadros de la naturaleza* y la *Historia de una nacion salvaje del Canadá*, especie de novela, cuyo cuadro enteramente nuevo y las descripciones de asuntos desconocidos de nuestros climas habrian podido merecer la indulgencia del lector. * No falta quien se ha dignado tributar alguna alabanza á mi manera de pintar la naturaleza; pero si hubieran leido aquellos diversos pasajes escritos sobre la rodillas entre los mismos salvajes en los bosques y al borde de los lagos de América, me atrevo á presumir que habrian encontrado en ellos cosas mas dignas del público. De todas aquellas obras nada mas me queda que algunas hojas sueltas, entre las cuales se encuentra la descripcion de la *noche* á que se refiere esta nota. Yo estaba destinado á perder durante la revolucion francesa fortuna, parientes, amigos y otra cosa que nunca puede subsanarse, que es el fruto de los trabajos del pensamiento, único bien que acaso nos pertenece exclusivamente.

* Trátase de los *Natches*. Ya he dicho que los primeros ensayos de esa obra habian perecido, pero que en Londres encontré un manuscrito de que me serví para terminarla. He publicado ese manuscrito con el título de *Los Natches* habiendo sacado anteriormente de su texto la *Atala* y *René*. (N. ED.)

mismo bosque el fuego que algunos salvajes acampados en la misma orilla del arroyo en que nos hallábamos, habian encendido. Dirigímonos hácia ellos, y habiéndoles el holandés por órden mia pedido y obtenido en el acto permiso de pasar la noche en su compañía, nos pusimos á hacer la misma faena que ellos hacian. Despues de haber cortado ramas, plantado estacas, arrancado cortezas para cubrir nuestro palacio, y concluido algunos otros trabajos de pública utilidad, cada cual fue dueño de entregarse á sus ocupaciones particulares. Mi guia tuvo cuidado de dar pienso á los caballos y traerme la silla del mio que me venia sirviendo de fiel almohada durante toda la travesía, cosa que el holandés no necesitaba, pues como menos delicado, se acomodaba perfectamente sobre cualquier tronco de árbol. En seguida nos sentamos todos alrededor de una inmensa hoguera con las piernas cruzadas como los sastres, y nos pusimos á tostar las mazorcas de maiz y á preparar nuestra cena. Yo conservaba todavía una botella de aguardiente que contribuyó no poco á dar alegría á los salvajes, y con la cecina de oso que estos tenian en sus provisiones, dimos principio á nuestro regio festin.

Componíase la familia de dos mujeres con dos niños de pecho, y de tres guerreros: dos de estos tenian de cuarenta á cuarenta y cinco años, aunque en realidad parecian tener mas, y el tercero, era un jóven. No tardó en hacerse general la conversacion, aunque yo no podia tomar parte en ella mas que con algunos monosílabos y con abundancia de gestos, expresivo idioma que aquellos pueblos entienden perfectamente, y que yo habia aprendido de ellos. Solo el jóven guardaba un obstinado silencio, no dejándome de mirar ni un solo instante. Distinguíase fácilmente á pesar de las rayas negras, encarnadas y azules, á pesar de sus orejas recortadas y de la perla que colgaba de su nariz la nobleza y sensibilidad que animaban su rostro. ¡Cuánto hubiera apreciado yo su afecto! Parecíame que en el fondo de su alma leia la historia de todos los males con que los europeos han abrumado á su patria.

Los dos niños enteramente desnudos, se habian quedado dormidos á nuestros piés delante del fuego: las madres los cogieron suavemente en sus brazos con aquella ternura maternal que tanto agrada ver en los supuestos salvajes: la conversacion fue apagándose por momentos, y por último, cada cual quedó dormido en el mismo puesto en que se hallaba.

Solo á mí no me fue dable cerrar los ojos: oyendo por todas partes las profundas aspiraciones de mis dormidos compañeros, levanté la cabeza, y apoyándome en el codo, contemplé al rojizo resplandor de la hoguera que se iba extinguiendo, á los indios tendidos en derredor mio, y sepultados en un profundo sueño. Con[illegible] eso que me costó no poco trabajo retener las lágrimas. Jóven, ¡qué interesante me pareció tu sueño! Tú, que tan sensible te manifestabas á los males de la patria, eras [illegible] demasiado grande, demasiado superior para tener desco[illegible] aquel espectáculo! Esos mismos salvajes á quienes hemos perseguido á hierro y fuego, á quienes nuestra avaricia no dejaria en todo el continente que antes era su vasto patrimonio una miserable azadonada de tierra con que cubrir sus cadáveres; esos mismos salvajes dan hospitalidad á su enemigo, parten con él su miserable alimento, su lecho jamás visitado por los remordimientos, y duermen á su lado con el sueño del justo. Esas virtudes son superiores á nuestras virtudes convencionales, como el alma de aquellos hombres de la naturaleza es superior á la del hombre de la sociedad.

(a) La luna brillaba con claridad en el firmamento. Exaltado yo con aquellas ideas, me levanté y fuí á sentarme al pié de un árbol que extendia sus ramas al borde de un arroyo. Era una noche de aquellas que el humano pincel nunca alcanzará á copiar, y cuyo recuerdo quedó deliciosamente grabado en mi memoria.

La luna se hallaba en su apogeo: en los intervalos del firmamento no ocupados por los celajes, brillaban millares de estrellas. Unas veces la luna se velaba en un grupo de nubes que parecian la cima de altos montes coronados de nieve, y luego prolongándose poco á poco se iban desarrollando en forma de zonas diáfanas y ondulaciones de raso blanco, ó se transformaban en ligeros copos de espuma, que por su multitud parecian rebaños de blancas ovejas errantes por las azuladas llanuras de los etéreos espacios. Otras veces la bóveda celeste, parecia haberse trocado en un arenal donde podia distinguirse la superposicion de las capas horizontales, y se distinguian los surcos paralelos trazados por el flujo y reflujo regular del mar: de repente, una ráfaga de viento rasgaba el velo y daba nueva combinacion á los celajes formando al parecer con ellos inmensos bancos de un algodon de una blancura tan resplandeciente y tan suave á la vista, que uno creia tocar su blandura y la elasticidad. No menores encantos ofrecia la escena que pasaba sobre la tierra: la plateada y dulce claridad de la luna, flotaba silenciosamente sobre la cima de los bosques, y penetrando por los intervalos de los árboles, lanzaba torrentes de luz hasta en las mas profundas tinieblas. El arroyuelo que corria á mis piés, se ocultaba á poca distancia bajo la espesura de unas encinas sauces, y unas cañas de azúcar; luego volvia á brillar en un espacio despejado de árboles, reflejando en su clara corriente todas las constelaciones de la noche, de manera, que bien podia ser comparado con una banda de *muaré* azul, salpicada de brillantes, y trasversalmente cortada por líneas negras. A la otra parte del riachuelo en una inmensa pradera, la claridad de la luna dormia sin movimiento sobre el cesped, semejante á una vasta pieza de tela blanca extendida en el suelo. Algunos grupos de álamos blancos confusamente esparcidos por aquella llanura, tan pronto se confundian á merced de la brisa con el suelo bañándose en los pálidos resplandores de la luna, como destacándose quedaban sumergidos en la oscuridad, formando como islas de sombras flotantes en medio de un inmóvil océano de luz. Todo en mi alrededor era silencio y reposo no turbado sino por la caida de alguna hoja, alguna repentina ráfaga de viento, ó los gemidos raros y no interrumpidos de un ave nocturna; pero á lo lejos resonaba por intervalos el solemne rumor de la catarata del Niágara que en medio de la calma de la noche se iba propagando de desierto en desierto, y espiraba al través de las selvas solitarias.

La grandeza, y la maravillosa melancolía de aquella escena, no pueden expresarse en términos humanos, ni las noches mas magníficas de Europa alcanzarian á dar una idea de ellas. En vano la imaginacion en medio de nuestros campos cultivados, trata de extenderse, pues por todas partes tropieza con las habitaciones de los hombres; pero en aquellos paises desiertos, el alma se complace en esplayarse, en perderse en un océano de eternos bosques; complácese el espíritu en andar errante á la luz de las estrellas por las orillas de los lagos inmensos, en cernerse sobre el estrepitoso abismo de las cataratas, en precipitarse con la masa de las ondas, y por decirlo de una vez, en mezclarse y confundirse con toda aquella naturaleza selvática y sublime.

Aquellos goces son demasiado vivos: tal es nuestra debilidad, que los placeres muy exquisitos se convier-

(a) Aqui principia la descripcion de la noche tal como se encuentra en el *Genio del Cristianismo*, lib. v, cap. xii, intitulado *Dos perspectivas de la naturaleza*, comparando ti[illegible]as descripciones se verá lo que el gusto me ha hecho amb[illegible]ir ó añadir á mi segundo trabajo. (N. ED.)

suprim[illegible]

ten en dolores, como si la naturaleza temiera que nos olvidemos de nuestra condicion de hombres. Concentrado en mi propia existencia, ó mas bien dicho, derramado completamente en cuanto habia en torno mio, no teniendo un pensamiento fijo ni una idea distinta, sino solo una inefable é indefinible sensacion muy parecida á la felicidad mental que nos aseguran que gozaremos en la otra vida, fuí repentinamente traido al terreno de mi propia flaqueza: empezé á sentirme indispuesto, y conocí que ya era hora de salir de aquella situacion. Regresé pues á mi choza, y acostándome al lado de los salvajes, no tardé en quedar sumergido en un sueño profundo.

Al dispertar al dia siguiente, ví que mis compañeros se estaban disponiendo para emprender la marcha. Tambien mi holandés habia ensillado los caballos, los guerreros se habian armado, y las mujeres se ocupaban en reunir el bagaje que consistia en pieles, maiz y cecina de oso. Púseme en pié, y sacando de mi saco de noche un poco de pólvora y algunas balas, tabaco, y una caja de bermellon, regalé á mis generosos huéspedes que al parecer quedaron muy satisfechos de mi generosidad. En seguida nos separamos, no sin dar antes algunas señales de ternura y sentimiento, lo cual expresaban aquellos hombres de la naturaleza tocando nuestras frentes y pecho, ceremonias, que en mi concepto no valen menos que nuestros estudiados cumplimientos. Hasta el jóven indio estrechó cordialmente la mano que yo le presentaba, y por último, nos separamos mutuamente satisfechos. Ellos tomaron el camino hácia el Norte, guiándose por los musgos; y nosotros nos dirigimos hácia el Oeste conducidos por mi brújula. Los tres guerreros dieron el grito de marcha y se pusieron al frente, y las mujeres caminaban detrás de ellos cargadas con el equipaje, llevando ademas los niños envueltos en pieles y colgados de la espalda. Seguí largo tiempo con la vista aquella marcha verdaderamente paternal, enterneciéndome con la infantil sonrisa de los niños que de cuando en cuando volvian hácia mí su cabeza como para despedirse, hasta que por último, todos desaparecieron entre los árboles de la selva.

¡Bondadosos salvajes! vosotros que me concedísteis hospitalidad, y que probablemente nunca volveré á ver, séame lícito daros en esta ocasion un tributo de mi agradecimiento. ¡Ojalá el cielo os conceda gozar por largo tiempo vuestra preciosa independencia en esas hermosas soledades en donde mis deseos de que seais felices no cesan un punto de acompañaros! Amigos inseparables, ¿en qué rincon de vuestros inmensos desiertos habitais en la actualidad? ¿Permaneceis siempre unidos y siempre dichosos? ¿Hablais alguna vez del extranjero del bosque? ¿Podeis figuraros en vuestra imaginacion los sitios donde vive? ¿Le consagrais un grato recuerdo cuando os hallais en las orillas de vuestros rios solitarios? Generosa familia, la suerte de aquel extranjero ha cambiado mucho desde aquella noche que pasó en compañía vuestra; pero en medio de todo, se consuela pensando, que en tanto que se ve perseguido por los hombres de su país, se pronuncia aun con ternura su nombre al otro lado de los mares en el fondo de algun ignorado desierto por algunos pobres indios (a).

(a) Con este mismo apóstrofe á los salvajes termina poco mas ó menos *La Atala*, y con él termino tambien este penoso trabajo que mi deber y mi conciencia me impusieron. Me he presentado á la faz de los hombres tal cual fuí al principio de mi carrera y tal cual soy al conducirla, júzguenme si es que merezco la pena de que se ocupen de mi persona, en tanto que sobre todos nosotros no viene á caer el juicio supremo que nos ha de dar el puesto que merezcamos. (N. ED.)

NOTA.

REFUTACION DE TODOS LOS CAPÍTULOS PRECEDENTES RELATIVOS AL CULTO CATÓLICO.

(*Extracto del Genio del Cristianismo.*)

Ninguna otra religion ha presentado sobre la tierra un sistema semejante de beneficios, de prudencia y de prevision, de fuerza y de dulzura, de leyes morales y de leyes religiosas. Nada hay mas sabiamente arreglado que esos círculos, que partiendo del último beneficiado de aldea se elevan hasta el trono pontificio que se apoya en ellos y los corona. De esta manera la Iglesia por sus diferentes grados, satisfacia nuestras diversas necesidades; artes, letras, ciencias, legislacion, política, instituciones literarias, civiles y religiosas, fundaciones humanitarias, todos esos magníficos beneficios llegaban hasta nosotros por las categorías superiores de la gerarquía, en tanto que de las inferiores emanaban los detalles de la caridad y la moral hasta las últimas clases del pueblo. Si la Iglesia desde su último escalon hasta el primero, fue pobre en otros tiempos, no consistió sino en que la cristiandad era tan indigente como ella. Mas no pudo exigirse que la Iglesia siguiera siendo pobre, cuando la opulencia se fue extendiendo á su alrededor. Si la Iglesia hubiese subsistido en su estado de pobreza, habria perdido toda su consideracion, y ciertas clases de la sociedad con las que no habria podido tener comunicacion, se hubieran ido substrayendo de su autoridad moral. El gefe de la Iglesia tuvo que ser príncipe para hablar con los príncipes; los obispos, hallándose nivelados con los poderosos, pudieron instruirles de sus deberes, y finalmente, los clérigos seculares y regulares, habiéndose sobrepuesto á las necesidades de la vida, pudieron alternar con los ricos, y purificar las costumbres de estos; de manera, que el simple párroco, pudo estar en contacto con el pobre, aliviando con repetidos favores su miseria, y consolándolo por medio de su ejemplo.

»No es esto decir que el mas indigente de los sacerdotes no hubiera podido tambien instruir á los poderosos del mundo y atraerlos á la virtud, sino que no le era tan fácil, como al alto clero, seguirlos al través de las vicisitudes de la vida ni hablarles de un modo que los poderosos hubiesen perfectamente entendido. La misma consideracion de que gozaban dimanaba en parte de las gerarquías superiores de la Iglesia. Por otra parte un gran pueblo debe tener un culto honorable y altares en que el desgraciado pueda encontrar socorro. . . . . .

. . . . . .

»Fíjese la atencion en esas corporaciones de *caridad*, de *peregrinos*, de *la buena muerte*, de *enterradores*, en esos establecimientos para *insensatos* y para *huérfanos*; buscad si es que podeis en el largo ca-

tálogo de miserias humanas, una sola enfermedad física ó moral, en cuyo obsequio la religion no haya fundado un oportuno asilo!

»Por lo demás las persecuciones de los romanos contribuyeron por de pronto á poblar las soledades, y luego habiéndose precipitado los bárbaros sobre el imperio, y habiendo destrozado todos los vínculos de la sociedad, no les quedó á los hombres mas esperanza que Dios. . . . . .

. . . . . .

No faltará quien diga que habiendo dejado de existir los causas que en otros tiempos dieron orígen á la vida monástica, los conventos habian llegado á ser una cosa inútil. Pero ¿cuando han dejado de existir esas causas? ¿Pues qué? ¿Ya no hay huérfanos? ¿no hay enfermos? ¿no hay pobres? ¿no hay viajeros? ¿no hay desgraciados? ¡Ah! Cierto es que las calamidades de los siglos bárbaros han desaparecido, pero no lo es menos que la sociedad tan fecunda en crear tormentos, tan ingeniosa en concebir dolores, ha dado márgen á otras mil causas de infortunio que nos aislan por decirlo asi en un mundo de miserias. ¡Qué de pasiones contrariadas, qué de esperanzas malogradas y qué de sinsabores amargos no nos alejan cada dia del círculo de los dichosos! Grato era en aquellos momentos de angustia suprema poderse albergar en un establecimiento religioso y hallar asilo en su callado recinto contra los rudos golpes de la fortuna y las borrascas de su propio corazon. . . . . .

. . . . . .

¿Quién enumerará tus obras, Dios de los cristianos? Do quiera que se vuelva la vista no se ven mas que monumentos de tus beneficios. En las cuatro partes del mundo ha distribuido la religion sus milicias y apostado centinelas de la humanidad. El monge maronita llama con el sonido de dos planchas metálicas suspendidas de la copa de un árbol al extranjero que la noche ha sorprendido entre los precipicios del Líbano: aquel artista pobre é ignorante no sabe otro modo de llamar; el monge abisinio os espera en sus bosques en medio de los tigres y el misionero americano vela por vos en sus inmensas selvas. Si el naufragio os arroja á unas playas desconocidas tal vez á lo lejos vereis la cruz sobre una roca. Desdichado de vos si aquel signo de salvacion no os hace derramar alguna lágrima! Ya estais en país de amigos, ya estais entre cristianos. Sois francés y ellos son españoles, alemanes, tal vez ingleses. ¿Qué importa? ¿no sois todos de la gran familia de Jesu-Cristo? Aquellos extranjeros os reconocerán por hermanos; asi os lo asegura aquella piadosa señal que veis á lo lejos. Nunca os han visto y sin embasgo lloran de alegría al ver que os habeis salvado de los peligros del desierto. . . . . .

. . . . . .

»Inmensa y sublime idea que convierte en amigo del cristiano de Francia al cristiano de la China, y al monge egipcio en hermano del salvaje neófito! No podemos ya llamarnos extranjeros sobre la tierra, ni podemos extraviarnos en un vasto recinto. Jesu-Cristo nos ha devuelto el patrimonio perdido por el pecado de Adan. ¡Cristiano! ya para tí no hay océano, ni hay desiertos desconocidos: en todas partes encontrarás quien hable el idioma de tus abuelos, y la cabaña de tu padre. . . . . .

. . . . . .

»Dejando la religion á nosotros mismos el cuidado de procurarnos alegrias no se ha ocupado, á manera de una tierna madre, mas que del consuelo de nuestros dolores; pero para esa inmensa y difícil empresa ha querido contar con la cooperacion de todos sus hijos é hijas. A los unos les ha confiado el cuidado de nuestras enfermedades, como lo atestigua esa multitud de religiosos de ambos sexos dedicados al servicio de los hospitales; y á los otros como á las hermanas de la caridad les ha encomendado los pobres. El religioso de la redencion se embarca en Marsella ¿adónde va ese fraile con su baston y su breviario? Ese fraile es un conquistador que va á combatir por la humanidad y á extender sus límites: las armas que lleva para vencer en esa lucha son invisibles. Con la bolsa de la caridad en la mano corre á desafiar la peste, el martirio y la esclavitud. Se presenta al dey de Argel y le habla en nombre del rey celeste de quien es embajador. El bárbaro se admira al ver ese europeo que del otro lado del mar se atreve á presentársele solo y á pedir la libertad de los cautivos, vencido por una fuerza desconocida acepta el oro que se le ofrece, y el heróico redentor satisfecho con haber devuelto algunos desgraciados á su patria oscura y desconocida vuelve á pié y humildemente á los claustros de su convento.

»Por todas partes se presenta el mismo espectáculo: el misionero que parte para la China se encuentra en el puerto con el misionero que vuelve glorioso y mutilado del Canadá. La hermana parda (*sœurgrise*) corre á socorrer al indigente en su cabaña, el capuchino vuela á apagar el incendio, el hermano hospitalario lava los piés al viajero, el hermano de la *buena muerte* consuela al agonizante en su lecho, el hermano *enterrador* lleva á la última morada los despojos mortales del pobre; la hermana de la caridad sube á la mas alta boardilla á prodigar dinero, vestidos y esperanzas, esas hermanas tan justamente llamadas *hijas de Dios*, llevan á donde quiera que hagan falta caldos, hilas y medicinas; la hija del buen pastor alarga su caritativa mano á la mujer perdida y le dice: *Observa que no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores!* El huérfano encuentra un padre, el demente un médico y el ignorante un maestro. Todos esos artífices de celestiales obras corren precipitadamente á su tarea animándose unos á otros. Entre tanto la religion atenta al trabajo de sus predilectos y enseñándoles una inmarcesible corona, les dice: «¡Valor, hijos mios! ¡Valor! Anticipaos á los males en la carrera de la vida. Haced por merecer esta corona que os tengo preparada, y que os libertará de todos los males, de todas las necesidades.» . . . . .

. . . . . .

«¿Ocurria por ventura alguna cosa de aquellas que desgarran el alma, algun asunto de aquellos de que los hombres enemigos de molestias, no se atrevieran á encargarse por miedo de turbar la serenidad de su vida? Allí estaban los hijos del claustro, en particular los P. P. de la órden de San Francisco dispuestos á tomarlo por su cuenta: suponíase que unos hombres que espontáneamente se habian consagrado á la miseria debian ser los herederos forzosos del infortunio. El uno se comprometia á dar á una familia noticia de la pérdida de su fortuna; el otro se encargaba de la dolorosa comision de anunciar la muerte del único hijo: el gran Bourdalone cumplió no pocas veces con este tristísimo encargo: presentábase silenciosamente delante del desgraciado padre á quien iba á dar la noticia, cruzaba los brazos sobre el pecho, se inclinaba profundamente hácia delante, y se retiraba mudo como la muerte de la que era mensajero.

»¿Habrá quien crea que pudiera ser grato (grato á la manera del mundo) para un franciscano, un carmelita, ó otro de cualquiera órden que fuese el bajar á los calabozos á anunciar su sentencia á un hombre feroz, á oirlo, consolarlo, y á tener durante dias enteros el alma desgarrada con tan desconsoladoras escenas? Alguna vez en medio de esos actos de abnegacion se ha visto caer gota á gota el sudor de la frente de aquellos compasivos religiosos, hasta el punto de mojar la capilla, que bien podia llamarse sagrada desde aquel momento á despecho de todos los sarcasmos de la filosofía: ¿Qué honor, qué provecho resultaba á los P. P. de tales sacrificios no siendo el escarnio del mundo, y las groseras injurias tal vez por parte del

mismo infeliz que tanto se esforzaba en consolar? Mas por lo menos los hombres, por ingratos que fuesen, ya habian confesado su nulidad en esos terribles azares de la vida, puesto que los habian dejado á merced del influjo de la religion, único y verdadero consuelo en el postrer instante del infortunio. ¡Qué catástrofes no habeis presenciado, ó apostol de Jesu-Cristo cuando tal vez la sargre, que la destral del verdugo hacia saltar, salpicaba vuestros labios entreabiertos con la última palabra de esperanza! He aquí uno de los mas sublimes espectáculos de la tierra: en los dos extremos del cadalso estan las dos justicias, la divina y la humana: la una implacable y apoyándose en una espada, está acompañada de la desesperacion; la otra teniendo en la mano un velo empapado de lágrimas, se deja ver entre la piedad y la esperanza: la una tiene por ejecutor un hombre de sangre, la otra ostenta por ministro un hombre de paz: la una condena, la otra absuelve: la una grita á su victima inocente ó culpable: «Muere!» la otra le dice: «Hijo de la inocencia y del arrepentimiento, *remóntate al cielo!*». . . . .

. . . . . .

«Esa es una de las grandes y nuevas ideas que no pertenecen sino á la religion cristiana. Los cultos idólatras no conocieron el entusiasmo divino que anima al apostol del Evangelio. Jamás los filósofos antiguos abandonaron el recinto de Academo, ni las delicias de Atenas para volar á impulsos de un afecto sublime á humanizar el salvaje, instruir al ignorante, curar al enfermo, vestir al pobre ni establecer la concordia y la paz entre naciones enemigas, y esto es precisamente lo que los religiosos cristianos estan haciendo y han hecho continuamente. Los mares, las tempestades, los hielos del polo, los fuegos del trópico, nada puede servir de rémora á su celo. Con los esquimales viven en la odre de piel de vaca marina. Con los groelandeses se alimentan de aceite de ballena; con el tártaro y el iroqués recorren las vastas soledades; cabalgan en el dromedario del árabe; siguen al cafre por sus abrasados desiertos: el chino, el japonés y el indio se han convertido en neófitos suyos; no hay isla, ni escollo en el océano que haya puesto obstáculos á su fervor. Dícese que faltaban mundos á la ambicion de Alejandro; tierra donde padecer en obsequio de la humanidad es lo que falta á la caridad de los hérces de Jesucristo. . . . .

. . . . . .

«De poco sirve conocer en globo los beneficios que produce el cristianismo; lo que hay que penetrar es el detalle, es el arte con que la religion ha sabido variar sus dones, derramar sus socorros y distribuir sus tesoros, sus remedios y sus luces. Esos detalles, ese ingenio es lo que interesa tener á la vista. La religion á fin de que su benéfica mano pueda penetrar por todas partes ha guardado miramientos con el amor propio, con la delicadeza de sentimientos y hasta con las debilidades. Para nosotros que desde algunos años á esta parte nos estamos ocupando en investigar esas particularidades, son tantos los rasgos de caridad, tan admirables las fundaciones, y tan inconcebibles los sacrificios, que nos inclinamos á creer que en ese solo mérito del cristianismo hay con qué expiar todos los crímenes de los hombres. Culto celestial que nos obliga á tener amor á esa miserable humanidad que lo calumnia. . . . . .

. . . . . .

Para formar desde luego una idea de la inmensidad de los beneficios de la religion conviene considerar la religion como una vasta república, en cuya extension está simultáneamente sucediendo todo lo que sucede en una parte de ella. . . . . .

. . . . . .

»Es preciso considerar que á un tiempo se estan practicando las mismas virtudes y consumando los mismos sacrificios entre doscientos millones de hombres por lo menos; es preciso tener presente que hace ya mil y ochocientos años que existen esas virtudes y que se estan ejerciendo esos mismos actos de caridad. Calcúlese en vista de esto, si es que la imaginacion no se confunde en tan enormes sumas, cual será el número de individuos socorridos é ilustrados por el cristianismo en tantas naciones y durante una tan larga serie de siglos! . . . . . .

. . . . . .

»Antes de pasar al exámen de los servicios que la Iglesia ha prestado á la agricultura, recordemos lo que los papas han hecho en beneficio de las ciencias y las bellas artes. Mientras que por toda Europa las órdenes religiosas se dedicaban á la educacion de la juventud, al descubrimiento de manuscritos y á la explicacion de la antigüedad, los pontifices romanos prodigando recompensas y hasta honores del sacerdocio á los sabios, eran el elemento de aquel progreso general hácia la luz. Ciertamente que es muy glorioso para la Iglesia que un papa diese su nombre al siglo en que principió la era de la Europa civilizada, y que surgiendo de en medio de las ruinas de la Grecia, desarrolló las luces del siglo de Alejandro para reflejarlas en el de Luis.

»Muy desacordes estan con los documentos históricos los que representan el cristianismo como oponiéndose al progreso de las luces. Donde quiera que el Evangelio ha penetrado ha traido en pos de sí la civilizacion, muy al contrario de las sectas de Mahoma, de Confucio y de los Brahmas, que han limitado el progreso de la sociedad, y sido causa de que el hombre envejeciera desde su infancia.

»Roma cristiana era como un gran puerto que daba seguridad á todos los restos del naufragio de las artes. ¿Cae Constantinopla en poder de los turcos? al punto abre la Iglesia mil honrosos asilos á los ilustres emigrados de Bizancio y de Atenas. La imprenta proscrita en Francia halla un asilo en Alemania. Los cardenales gastan su fortuna haciendo excavaciones en las ruinas de Grecia y comprando manuscritos. Tan hermoso le pareció el siglo de Leon X al sabio abate Barthelemy que desde luego lo prefirió al de Pericles para el asunto de su grande obra: á la Italia cristiana era á donde queria conducir al moderno Anacarsis. . . . . .

. . . . . .

No dejaron los sucesores de Leon X extinguir esa noble aficion á las obras del talento. Los pacíficos obispos de Roma reunieron en sus casas de campo los preciosos restos de las edades. En el palacio de los Borgias y en el de los Farnesios, podia el viajero admirar las obras maestras de los Praxiteles y los Fidias: pontífices eran los que á precio de oro compraban las estátuas de Hércules y Apolo y otros pontífices procuraban conservar las demasiado insultadas ruinas de la antigüedad cubriéndolas con el manto de la religion. ¿Quién no admirará la piadosa industria de aquel pontífice que colocó imágenes cristianas en los hermosos restos de las Termas de Diocleciano? No existiria el Panteon si no hubiera sido consagrado por el culto de los apóstoles, y no se mantendria en pié la columna trajana si no hubiese sido coronada por la estátua de San Pedro.

»Notábase ese espíritu conservador en todas las órdenes de la Iglesia. En tanto que los despojos del tiempo que adornaban el Vaticano sobrepujaban en riqueza á los antiguos templos, unos pobres frailes protegian en el recinto de sus monasterios las ruinas de las casas de Tibur y de Tusculano acompañando al extranjero por los jardines de Ciceron y de Horacio. Un cartujo le enseñaba el laurel que coronaba con sus ramas la tumba de Virgilio y un papa ceñia en el Capitolio las sienes del Taso con la corona.

En aquella época hacia ya quince siglos que la Iglesia venia protegiendo las ciencias y las artes sin

haberse nunca entibiado su celo. Si en el siglo VIII un fraile llamado Alacino enseñó la gramática á Carlo Magno, otro fraile no menos *industrioso y lleno de paciencia* halló el modo de desarrollar los manuscritos de Herculano; si en 740 Gregorio de Tours describió las antigüedades de las Galias, en 1754 el canónigo Mazzochi explicó las tablas legislativas de Heraclea. La mayor parte de los descubrimientos que han cambiado el sistema del mundo civilizado han sido hechos por miembros de la Iglesia. La invencion de la pólvora y del telescopio se deben á un fraile llamado Roger Bacon, aunque no falta quien atribuye el descubrimiento de la primera á otro fraile aleman, cuyo nombre era Bertoldo Schwartz; las bombas fueron inventadas por Galen, obispo de Munter; el diácono Flavio de Givia fue el autor de la brújula; el monge Despina, de los anteojos y Pacífico, arcediano de Verona ó el papa Silvestre II, inventaron la máquina del relój. ¡Qué de sabios, cuyos nombres hemos mencionado ya en su mayor parte en el curso de esta obra han ilustrado los claustros y dado consideracion á las eminentes cátedras de la Iglesia! ¡Qué de escritores célebres! ¡Qué de distinguidos literatos! ¡Qué de ilustres viajeros, matemáticos, naturalistas, químicos, astrónomos y anticuarios! ¡Qué de oradores famosos, y eminentes hombres de Estado! Hablar de Suger, de Jimenez, de Alberoni, de Richelieu, de Mazarino y de Fleury ¿no equivale á recordar á un mismo tiempo los mas insignes ministros y los hechos mas célebres de la Europa moderna? . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»Roma cristiana ha sido para el mundo moderno lo que Roma pagana fue para el mundo antiguo, el lazo universal: esa reina de las naciones cumple todas las condiciones de su destino y realmente parece ser la ciudad eterna. Vendrá tal vez un tiempo en que se comprenderá que la institucion del trono pontificio fue una grande idea, una magnífica institucion. El padre espiritual colocado en medio de sus pueblos enlazaba las diversas partes de la cristiandad. ¡Que sublime carácter el de un papa verdaderamente animado del espíritu apostólico! Como pastor general del rebaño puede contener á los fieles en su deber, ó defenderlos de la opresion. Sus Estados al paso que son bastante grandes para asegurarle la independencia, son demasiado pequeños para que á nadie pueda inspirar temor su esfuerzo; no le dejan mas que el poder de la opinion, poder admirable, cuando funda su imperio en obras de paz, de beneficencia y de caridad!

»El mal que incidentalmente hicieron algunos papas, no dignos de serlo, desapareció con ellos; pero nosotros seguimos aun gozando diariamente la influencia de los bienes inmensos é inestimables que el mundo entero debe á la Córte de Roma, que en todos tiempos se ha mostrado superior á su siglo. Cuando todo estaba sumergido en las tinieblas de las instituciones góticas, en Roma se conservaban ideas de legislacion y derecho público, y no eran desconocidas las bellas artes, las ciencias ni la política, advirtiendo que lejos de reservarse exclusivamente para sí esos tesoros de luz, los difundia por todas partes para derribar las barreras que las preocupaciones levantaban entre los pueblos, dulcificar las costumbres, disipar la ignorancia y arrancarnos de nuestras groseras y feroces costumbres. Los papas entre nuestros antepasados fueron como unos misioneros de las artes enviados á un pueblo bárbaro, como legisladores en unas hordas de salvajes. «Unicamente el reinado de Carlo »Magno, dice Voltaire, presentó algun vislumbre de »finura, que probablemente fue resultado del viaje á »Roma.» (*Genio del Cristianiswo*, part. IV, lib. III, cap. III, cap. V, cap. VI; lib, IV, cap. I; lib. VI, capítulo I, cap. VI.)

FIN DE LAS REVOLUCIONES ANTIGUAS.

OBRAS DE CHATEAUBRIAND.

VAN PUBLICADAS.

LOS MARTIRES. Constan de 7 entregas con 25 magníficos grabados.
LOS NATCHEZ. Constan de 6 entregas con 22 grabados.
ITINERARIO DE PARIS A JERUSALEM. Consta de 7 entregas con 28 grabados.
EL GENIO DEL CRISTIANISMO. Consta de 8 entregas con 32 grabados.
VIAJES A ITALIA Y AMERICA. Constan de 5 entregas con 18 grabados.
ATALA consta de 1 entrega con 7 grabados.
RERE consta de 1 id. con 6 grabados.
ULTIMO ABENCERRAJE de id. con 5 grabados.
} Se venden juntas bajo su cubierta.
LOS CUATRO ESTUARDOS. Constan de 2 id. con 8 grabados.
ESTUDIOS HISTORICOS. Constan de 8 id. con 24 grabados.
MISCELANEAS POLITICAS. Constan de 9 id. con 29 grabados.
OPINIONES Y DISCURSOS. Constan de 6 id. con 21 grabados.
MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA. Constan de 26 id. con 92 grabados.
ENSAYO SOBRE LAS REVOLUCIONES ANTIGUAS. Consta de 6 entregas con 22 grabados.
Al Ensayo sobre las Revoluciones antiguas sigue:

ANALISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA.

Constará de 8 entregas con 25 grabados.

El que quiera suscribirse á las obras completas de Chateaubriand, no está obligado á recibir las ya publicadas en una sola vez, sino que puede ir tomándolas á medida de su gusto.